

Note al II Concilio Ecumenico Vaticano

Ante el II Concilio Ecuménico Vaticano

La unión, exigencia vital de las Misiones

Ante el II Concilio Ecuménico Vaticano

La unión, exigencia vital de las Misiones

COLECCION DE TRABAJOS PRESENTADOS A LA XII SEMANA INTENSIVA DE ORIENTACION MISIONERA, CELEBRADA EN BURGOS DEL 6 AL 13 DE AGOSTO DE 1959.

SECRETARIADO DE SEMANAS MISIONOLOGICAS
BIBLIOTECA "ID..."
INSTITUTO ESPAÑOL DE SAN FRANCISCO JAVIER PARA MISIONES EXTRANJERAS
BURGOS, 1960

Nihil obstat:
FLORENTINUS VALDAVIDA
Censor del IEME

Imprimi potest:
Burgis, 6-junii-1960
✠ JOSEPH LECUONA
Episc. Tit. Vagaden. Sup. Gen. IEME

Nihil obstat:
DR. HERMENEGILDUS GONZÁLEZ
Censor

Imprímase:
✠ LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS

Por mandado
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,
DR. MARIANO BARRIOCANAL
Canciller-Secretario

Depósito legal: BU. - 50 - 1960

HIJOS DE SANTIAGO RODRIGUEZ.—BURGOS



«Abrazamos con ardiente y paternal amor tanto a la Iglesia occidental como a la oriental; incluso a aquellos que están separados de esta Sede Apostólica».

(Alocución en la clausura del Cónclave: 29 de Octubre de 1958).

«Al llamaros amorosamente a la unidad de la Iglesia, no os invitamos a una Casa ajena, sino a la propia vuestra, a la que es común casa paterna... A la unidad con esta Sede Apostólica, con la cual vuestra comunidad cristiana también ha estado vinculada durante tantos siglos». (Primera encíclica del Papa S. S. Juan XXIII, 29 Junio 1959).

A Nuestro Beatísimo Padre y Pontífice Supremo de la Iglesia Juan XXIII

Desde el primer momento de vuestro Pontificado venís demostrando incesantemente vuestra preocupación y vuestro anhelo y vuestra oración ininterrumpida por conseguir, y extender y afianzar la unidad y concordia de todos los fieles cristianos en la Santa Iglesia de Dios.

Y porque fin tan universal y tan excelso requiere la colaboración mancomunada de toda la cristiandad, un día y otro día, invitáis incansablemente a todos vuestros hijos del Clero Secular y del Clero Religioso y del pueblo fiel, a emprender y desarrollar una cruzada de plegarias, de sacrificios y de esfuerzos, recomendando con todo encarecimiento esta vuestra intención a la bondad infinita del Altísimo por medio de la Santísima Virgen María.

Deseosos nosotros de cooperar a la realización de vuestros paternos anhelos, ofrecimos a Dios, por intercesión de la Reina y Madre de la Unidad,

las jornadas de la XII Semana Española de Misionología que congregó en Burgos, del 6 al 13 de Agosto de 1959, a vuestro egregio Representante en España, Mons. Hildebrando Antoniutti, y a una veintena de Prelados y Abades, a un nutrido grupo de misionólogos y a más de 400 sacerdotes, religiosos y seminaristas: jornadas de estudio intenso y de ferviente oración por el cumplimiento de vuestras supremas esperanzas.

Reunidas en forma de aromático ramillete, tenemos el alto honor y vivísimo placer de ofrendarlas humildemente a vuestra augusta Beatitud.

Dignaos, Santísimo Padre, aceptarlas benignamente como testimonio expreso de nuestra perenne adhesión a vuestra Persona y a la Cátedra y Sede Apostólica de Pedro.

Burgos, Fiesta de la Ascensión del Señor, 26 de Mayo de 1960

† Luciano, Arzobispo de Burgos
Fundador de las Semanas Misionales

Autorizados mensajes dirigidos a la XII Semana Española de Misionología



SEGRETARIA DI STATO
DI SUA SANTITA
N. 18.913

Dal Vaticano, li 31 julio 1959.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor:

Sabiendo que el anhelo de unidad entre todos los cristianos ha inspirado a Su Santidad el anuncio del próximo Concilio Ecuménico, los organizadores de la XII Semana Misional de Burgos han querido dedicar a este tema no sólo sus sesiones de estudio sino también hacerlo objeto de su oración en estos días.

Me complazco en transmitir a Vuestra Excelencia, como Presidente del Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, a la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias en España la especial benevolencia con que Su Santidad ha visto el plan de trabajo y el programa de actos que en fecha próxima tendrán lugar en esa Ciudad.

Puedo manifestarles con cuánta gratitud el Padre Santo ha acogido el testimonio de adhesión de los semanistas y con cuánto agrado se dirige a cada uno de ellos alentándoles en su labor.

Prenda de copiosos dones del Cielo y presagio de fecundos frutos es la especial Bendición Apostólica que el Augusto Pontífice de todo corazón envía a cuantos tomen parte en estas jornadas.

Aprovecho la oportunidad para reiterarle los sentimientos de mi más distinguida consideración con que soy

de Vuestra Excelencia Reverendísima
devotísimo en el Señor
D. CARD. TARDINI

EXCMO. Y REVDMO.
MONS. LUCIANO PÉREZ PLATERO
ARZOBISPO DE BURGOS

II

SEGRETARIA DI STATO
DI SUA SANTITA
N. 18.777

Dal Vaticano, li 28 de julio de 1959.

Excelentisimo y Reverendísimo Señor:

Ha llegado a manos de Su Santidad el ejemplar que del volumen titulado "ADAPTACION MISIONERA" Vuestra Excelencia me ha pedido Le presentara.

En esta hermosa publicación se recogen los valiosos trabajos de las dos Semanas de Orientación Misionera celebradas en Burgos en los años 1957 y 1958. El Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, con la colaboración de las Obras Misionales Pontificias, han querido con ello que se perpetuara de algun modo el bien hecho por estas reuniones a las que va el afecto paterno del Augusto Pontífice y Su complacencia.

Reciba Vuestra Excelencia, junto con la gratitud del Padre Santo, la Bendición Apostólica que gustosamente le otorga.

Aprovecho la oportunidad para reiterarle los sentimientos de mi más distinguida consideración, con que soy

de vuestra Excelencia Reverendísima
devotísimo en el Señor
D. CARD. TARDINI

EXCMO. Y REVDMO.
MONS. LUCIANO PÉREZ PLATERO
ARZOBISPO DE BURGOS

III

SACRA CONGREGATIO DE PROPAGANDA FIDE
PROT. N. 2.988-59

Roma, 21 de julio de 1959.

Excelencia Reverendísima:

He recibido la detallada y completa Relación Quinquenal del Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras enviada por V. E. a este Sagrado Dicasterio. Su lectura me ha sido de grande consuelo y a la vez que damos gracias a la Divina Providencia por su asistencia de predilección a ese Instituto Misionero, no podemos menos de encomiar la constante, intensa y acertada labor de los miembros del Instituto y el desarrollo adquirido por el mismo bajo la sabia y prudente dirección de V. E. y de sus colaboradores; esperando que continuará prestándole en el futuro tan preciosa y eficaz protección como hasta ahora.

Entre las iniciativas y actividad de ese Instituto merecen especial atención, elogio y recomendación las llamadas Semanas de Orientación Misionera para formar la conciencia misionera del Clero y de los seminaristas y para fomentar el contacto y fervor de ayuda a los misioneros. Las publicaciones que han recogido el caudal de conocimientos y experiencias expuestos en las últimas Semanas de Burgos son buena prueba de la acertada organización y desarrollo de estas últimas.

Aprovecho la ocasión para felicitar una vez más a los organizadores y a cuantos colaboran en esas importantes reuniones de estudio misionológico, y auguramos que sigan trabajando con renovado interés y celo.

Quiera el Señor bendecir a manos llenas a todos los miembros del Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras y en especial a V. E. que tan alta y valiosa asistencia le viene prestando.

Me es sumamente grato, entre tanto, reiterar a V. E. mi profundo sentimiento de estima y afecto.

G. P. CARD. AGAGIANIAN
Pro-Prefecto

A SUA EXCELENCIA REVERENDÍSIMA
MONS. LUCIANO PÉREZ PLATERO
ARZOBISPO DE BURGOS

C. CORVO
Sotto-Segret.

IV

SACRA CONGREGATIO DE PROPAGANDA FIDE
PROT. N. 5.241-59

Roma, 25 de noviembre de 1959.

Excelencia Reverendísima:

En el reciente Capítulo General del Instituto de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, V. E. R., impulsada de amor paterno hacia dicho Instituto, juzgó oportuno que el nombramiento del nuevo Superior General recayese en una persona que pudiera atender exclusivamente al gobierno del citado Instituto, continuando las ya gloriosas tradiciones consolidadas bajo el gobierno de V. E.

Esta Sagrada Congregación, que ha seguido siempre con particular solicitud el desarrollo del Instituto de Burgos, ha apreciado altamente el espíritu sobrenatural que siempre le ha guiado, especialmente en esta circunstancia.

Teniendo presentes los múltiples merecimientos adquiridos por V. E. ante el Instituto, hasta el punto de que V. E. puede ser justamente considerado como el segundo Fundador, este Sagrado Dicasterio tiene a gran satisfacción nombrarle Superior General Honorario del Instituto de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, a fin de que la figura de V. E. siga estrechamente vinculada a los ulteriores progresos de una obra tan preciosa y fecunda para la Santa Causa de las Misiones.

Las Semanas Misioneras, que desde hace trece años se celebran ininterrumpidamente en Burgos, se deben a la próvida y solícita iniciativa del celo misionero de V. E., y han promovido eficazmente entre el clero y los seminaristas españoles no sólo el conocimiento específico, sino también el amor, cada vez más activo para la dilatación de la Iglesia Misionera. Propaganda está convencida de que V. E., como Presidente de las Semanas Intensivas de Orientación Misionera, seguirá aportando su inteligente actividad para que tales reuniones de estudio se repitan en Burgos todavía por muchos años, cosechando cada vez más copiosos frutos.

Aprovecho complacido la ocasión para presentarle mis sentimientos de profunda estima y reiterarme affmo.

G. P. CARD. AGAGIANIAN
Pro-Prefecto

P. SIGISMONDI
Secret.

A SUA EXCELENCIA REVERENDÍSIMA
MONS. LUCIANO PÉREZ PLATERO
ARZOBISPO DE BURGOS

NOTA DE LA REDACCION. — El Emmo. Sr. Cardenal Pro-Prefecto de la S. Congregación de Propaganda Fide hace alusión en el anterior documento a los hechos siguientes: a) Celebración del Primer Capítulo General del IEME; b) Designación de nuevo Superior General; c) Nombramiento de Mons. Pérez Platero como Superior General Honorario del IEME; d) Confirmación en el cargo de Presidente de las Semanas Españolas de Misionología que anualmente organiza en Burgos el Instituto Español de Misiones Extranjeras con la colaboración de la Dirección Nacional de la Obras Misionales Pontificias.

Para conocimiento del lector, vamos a insertar en esta nota una amplia referencia explicativa de los hechos arriba mencionados.

ANTECEDENTES DEL PRIMER CAPITULO GENERAL DEL IEME. Al presentar para su aprobación por la Santa Sede las nuevas Constituciones Pontificias del Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras el entonces Superior General del IEME, Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos, Monseñor D. Luciano Pérez Platero, en carta del 15 de octubre de 1949, comunicaba al Emmo. Cardenal Prefecto de Propaganda Fide: «Yo siento el deber y el gusto de mostrar mi ánimo íntimo y verdadero de apartarme de toda intervención en el Instituto, dejando en completa libertad a la Sagrada Congregación para aplicar exactamente las Constituciones en toda su amplitud, y señaladamente en el uso del edificio y sus pertenencias y en la dirección general del Instituto.» El Emmo. Cardenal Prefecto, al enviar las nuevas Constituciones Pontificias del Instituto aprobadas «ad decennium», en carta del 13 de noviembre de 1949, dice: «A este respecto, Propaganda, mientras alaba una vez más su grande y desinteresado celo por la causa de las Misiones, ha creído oportuno que Vuestra Excelencia nombre por el momento un Vicario General para el Instituto, eligiéndole entre sus mismos miembros; al cual le confiera las más amplias facultades dentro de los límites que permitan las Constituciones, reservándose únicamente la alta dirección general, hasta tanto que se haga posible la reunión del Primer Capítulo General a tenor de las mismas Constituciones... Y Vuestra Excelencia, que conoce muy bien las circunstancias porque atraviesa el Instituto..., comunicará a Propaganda cuál sea el tiempo más oportuno para la convocación del Capítulo General.»

MONSEÑOR PEREZ PLATERO CONVOCA EL CAPITULO GENERAL. El siete de junio de 1958, el Arzobispo de Burgos y Superior General del IEME, Monseñor Pérez Platero, comunicaba a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide la decisión de convocar a los misioneros del IEME para la celebración del Primer Capítulo General para junio de 1959: «Gracias a Dios —decía en carta a Propaganda Fide— ya va llegando el Instituto a su madurez y cuenta con personal que puede asumir por sí solo la plena dirección del mismo... para continuar normalmente su ulterior desenvolvimiento.»

Propaganda Fide acogió con viva complacencia la propuesta, alegrándose de poder constatar que «el Instituto de San Francisco Javier ha realizado consoladores progresos y que su desarrollo continuará en lo sucesivo con ritmo siempre mayor» (Carta del 23 de junio, 1958).

El 12 de junio de 1958, en carta circular dirigida a todos los misioneros del IEME, Monseñor Pérez Platero anunciaba la convocatoria del Primer Capítulo General: «Alentado con tan autorizada aprobación (carta de Propaganda Fide) nos apresuramos hoy a dar a conocer a todos los miembros de nuestro amado Instituto la decisión de convocar el Primer Capítulo General para el mes de junio de 1959, en Burgos, teniendo prevista su apertura para el día 29, festividad de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, precedida de un retiro espiritual.»

ELECCION DE NUEVO SUPERIOR GENERAL. Conforme estaba anunciado, el 29 de junio de 1959, bajo la presidencia del Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos, como Superior General del IEME, a las siete cuarenta y cinco p. m., se celebró la primera sesión del Capítulo General, siendo postulado en ella para Superior General el Excmo. y Reverendísimo Monseñor José Lecuona Labandibar, Obispo Tit. de Vagada y Vicario Apostólico del San Jorge, Colombia. La Sagrada Congregación de Propaganda Fide aprobó y ratificó dicha postulación, comunicándose después al Prelado elegido, quien contestó con el siguiente radiograma: «Excmo. Arzobispo Burgos: Acepto voluntad divina. Llegaré

Madrid avión agosto doce. Abrázalos Monseñor Lecuona». Efectivamente, el 12 de agosto ya estaba en Madrid Mons. Lecuona y esa misma noche llegaba a Burgos. El 18 del mismo mes de agosto, Monseñor José Lecuona tomó posesión canónica del cargo, presidiendo a continuación las sesiones del Capítulo hasta su clausura el 9 de septiembre de 1959. En el Capítulo General fue elegido igualmente el nuevo Consejo General integrado por los siguientes miembros: M. R. P. César Ruiz Izquierdo, Primer Consejero y Vicario General y los MM. RR. PP. Ignacio Prieto Vega. Florentino Valdavida Lobo y Angel Fernández Morales. Entre las tareas capitulares, merece especial mención el detenido estudio y revisión de las Constituciones Pontificias del Instituto, aprovechando las aleccionadoras experiencias misioneras recogidas a lo largo de un decenio en los seis territorios confiados a los misioneros del IEME, a saber: Vicariato Apostólico del San Jorge y Vicaría Foránea del Chamí en Colombia; Administración Apostólica del Petén en Guatemala; Prefectura Apostólica de Wankie en Rhodesia del Sur; Misión de Tete en Mozambique, y Misión de Marugame en la Prefectura Apostólica de Shikoku, Japón. En los primeros días de noviembre último eran presentadas dichas Constituciones por la Dirección General del IEME en Propaganda Fide y ésta se dignó aprobarlas con carácter definitivo el 8 de enero de 1960.

LA SANTA SEDE FELICITA AL ARZOBISPO DE BURGOS POR LA CELEBRACION DEL CAPITULO GENERAL. En carta del 21 de julio de 1959, el Emmo. Cardenal Agagianian, Pro-Prefecto de la S. C. de Propaganda Fide, ratificando la postulación hecha en el Capítulo a favor de Monseñor Lecuona para Superior General, dice: «No podemos menos de encomiar la constante, intensa y acertada labor de los miembros del Instituto y el desarrollo adquirido por el mismo, bajo la sabia y prudente dirección de Vuestra Excelencia y de sus colaboradores, esperando que continuará prestándole en el futuro la tan preciosa y eficaz protección como hasta ahora». Abunda en los mismos pensamientos, el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, Monseñor Hildebrando Antoniutti, en carta del 26 de julio de 1959: «...me complazco en presentar a Vuestra Excelencia mis efusivas felicitaciones, que con loable celo e indiscutible acierto sin escatimar trabajos ni sacrificios, ha llevado con mano segura y paso firme al Instituto por caminos de prosperidad, prestando así un gran servicio a la Iglesia, que la Santa Sede reconoce y proclama por medio de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide».

JALONES RECORRIDOS PARA ESTA NUEVA ETAPA DEL IEME. Es indudable que se inicia ahora una nueva etapa para el Instituto de San Francisco Javier. El encargo pontificio de Benedicto XV de fomentar el Seminario de Misiones dirigido al episcopado de España en la carta pontificia enviada al Cardenal Benlloch (1919), está fundamentalmente ya cumplido y creemos que satisfactoriamente. Por ello, los elogios y congratulaciones de Roma, se extienden a toda la Jerarquía española y a España entera, aunque vengan dirigidos directa y principalmente al egregio Prelado de Burgos, Monseñor Luciano Pérez Platero, instrumento providencial de Dios, y representante de la Jerarquía en dar feliz cumplimiento al encargo pontificio. Veamos ahora sumariamente los jalones colocados en la pasada etapa felizmente coronada por Mons. Pérez Platero, fijándonos de manera especial en los quince años de su Superiorato General, hasta culminar en este momento de madurez y pleno resurgir del Instituto.

I. — Creación de un ambiente propicio en España para el fomento de vocaciones y ayuda del Episcopado y Clero al IEME.

II. — Construcción del nuevo y magnífico edificio para Seminario de Misiones, inaugurado por el Caudillo de España el 31 de julio de 1950.

III. — Celebración ininterrumpida desde 1947-1960 de Semanas intensivas de Orientación Misionera.

IV. — Formación de varios de nuestros sacerdotes misioneros en las Universidades Eclesiásticas de Roma ininterrumpidamente desde 1947.

V. — Estructuración jurídica del IEME y rango de Derecho Pontificio en las nuevas Constituciones de 1949.

VI. — Apertura de cinco nuevas Misiones en estos tres últimos lustros en América, Africa y Japón.

VII. — Instauración de los Cursos Teológicos y Filosóficos en el Seminario de Misiones con profesorado propio a partir de 1952 y 1956 respectivamente.

VIII. — Fundación del Seminario Menor de Misiones en Alzola, Guipúzcoa, para los cursos de Latín y Humanidades.

IX. — Celebración del DIA ANUAL en favor del Instituto Español de Misiones Extranjeras, coincidiendo con la jornada antiesclavista del 6 de enero, fiesta de la Epifanía acordada por la Conferencia de Excmos. Metropolitanos de España y ulteriormente aprobada por la Santa Sede.

A la vista de estos datos y espléndidos resultados obtenidos, podía con razón comunicar el Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos a Propaganda Fide que estaba llegando ya el Instituto a su madurez. La celebración, pues, del Primer Capítulo General, exigencia de las Constituciones, y el nombramiento de Superior General recaído en un misionero del Instituto, son frutos que se desprenden por sí solos del árbol del IEME, que ha logrado hundir ya profundamente sus raices en tierra, y trasplantar sus esquejes a lejanos campos de Misión en tres diversos Continentes.

En testimonio de reconocida y filial gratitud a su gran protector, el actual Arzobispo de Burgos, el Primer Capítulo General del IEME, en su última sesión celebrada el 9 de septiembre, tras revisar todos los acuerdos tomados y estampar los Padres Capitulares su firma al pie de los mismos para ratificarlos, tomó por aclamación y absoluta unanimidad el siguiente acuerdo: a) Que todos los misioneros del IEME ofrezcan anualmente, a poder ser el 8 de enero, la Santa Misa por las intenciones del Primer Superior General, Monseñor Luciano Pérez Platero. b) Que la Dirección General solicite de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide que tenga a bien nombrar a Su Excelencia Reverendísima, Monseñor Pérez Platero *SUPERIOR GENERAL HONORARIO* del IEME y confirmarle en su cargo de *Presidente* de las Semanas Misionales. c) Que Monseñor Pérez Platero tenga a su muerte en todas las casas del Instituto los mismos sufragios que le correspondiesen si entonces fuera Superior General efectivo.

Y la Santa Sede, como consta en la carta del 25 de noviembre anteriomente transcrita, ha accedido a los ardientes votos del Primer Capítulo General concediendo cuanto se le pedía. Con estos informes a la vista, podrá el lector valorar justamente y comprender en todo su alcance el contenido del documento de la Santa Sede anteriormente inserto y señalado con el n.º IV. ¡Loado sea Dios! que tan amorosa providencia ha tenido para con el Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras concediéndole en estos últimos lustros para Superior General un egregio prelado que llevara en sus venas la sangre de Javier y en su apostólico corazón los altos ideales misioneros y el temple de Javier para colaborar con tanto celo, sacrificio y desinterés, en una de las más importantes empresas que la Iglesia Misionera ha hecho surgir en España en los tiempos modernos.

Excelentísimos Prelados asistentes a las Jornadas de la XII Semana Española de Misionología en Burgos

EXCMO. Y RVDMO. MONS. HILDEBRANDO ANTONIUTTI
Nuncio Apostólico en España.

EXCMO. Y REVDMO. MONS. LUCIANO PEREZ PLATERO
Arzobispo de Burgos y Presidente de Semanas Misionales.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. TEODORO LABRADOR, O. P.
Arzobispo de Foochow, China.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. FEDERICO MELENDRO, S. J.
Arzobispo de Anking, China.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. ZENON ARAMBURU, S. J.
Obispo de Wuhu, China.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. GERARDO HERRERO, OESA.
Obispo de Changteh, China.

EXCMO. y RVDMO. MONSEÑOR ARTURO QUINTANILLA, ORSA.
Obispo de Kweiteh, China.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. ANGEL TEMIÑO SAIZ
Obispo de Orense.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. ABILIO DEL CAMPO Y DE LA BARCENA
Obispo de Calahorra, Santo Domingo de la Calzada y Logroño.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. GREGORIO GOMEZ, OSB.
Abad de Nueva Nursia, Australia.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. JESUS SERRANO PASTOR, CMF.
Obispo Tit. de Ipseli y Vicario Ap. del Darién, Panamá.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. VALERIANO LUIS ARROYO, OFM.
Obispo Tit. de Gomfi y Vicario Apostólico de Requena, Perú.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. JOSE LECUONA LABANDIBAR
Obispo Tit. de Vagada y Superior General del IEME.

EXCMO. Y RVDMO. MONS. DEMETRIO MANSILLA REOYO
Obispo Tit. de Eritrea y Auxiliar de Burgos.

ILMO. MONS. MANUEL GOMEZ FRANDE, OCD.
Prefecto Apostólico de San Miguel de Sucumbios, Ecuador.

RVDMO. P. DOM ISAAC MARIA TORIBIOS, OSB.
Abad Mitrado de Santo Domingo de Silos.

RVDMO. P. DOM BARTOLOME PEREZ LUZARDO
Abad Mitrado del Monasterio Cisterciense de S. Pedro de Cardeña.

RVDMO. P. DOM JUSTO PEREZ DE URBEL, OSB.
Abad Mitrado de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, y Catedrático de la U. C.

REVDMO. MONS. JAIME FLORES
Sup. Gen. de la Hermandad de Operarios Diocesanos, nombrado Obispo de Barbastro en abril de 1960.

RVDMO. MONS. BUENAVENTURA DIEZ Y DIEZ
Prelado Doméstico de S. S. y Vicario General del Arzobispado de Burgos.

RVDMO. MONS. MARIANO BARRIOCANAL RUEDA
Prelado Doméstico de S. S. y Canciller Secretario del Arzobispado de Burgos.

RVDMO. MONS. ANGEL SAGARMINAGA
Prelado Doméstico de S. S. y Director Nac. de la Organización Misional Pontificia.

RVDMO. MONS. L'ABBE J. DESPONT
Secretario General de la Obra Pontificia de la Santa Infancia, París

RVDMO. MONS. FELIPE ABAD SAIZ
Prelado Doméstico de S. S.

XII Semana Misional dedicada al II Concilio Ecuménico Vaticano

Ante el II Concilio Ecuménico Vaticano

Consignas y Orientaciones Pontificias

Dr. César Ruiz Izquierdo
Secretario de Semanas Misionales

De noticia bomba cabe calificar el anuncio del Concilio Ecuménico de la Unidad que hiciera S. S. el Papa Juan XXIII el 25 de enero, festividad de la Conversión del Apóstol San Pablo. Así lo publicaron a los cuatro vientos la prensa y radio de todo el mundo. La vibración emotiva y letificante en toda la Cristiandad fue instantánea y general. Vamos a aducir dos botones de muestra de campos diametralmente opuestos:

ECCLESIA: «UN CONCILIO PARA EL SIGLO XX:... Esta vez tienen justificación los grandes titulares de la prensa y los adjetivos solemnes aplicados al acontecimiento: Juan Papa XXIII anuncia la celebración del XXI Concilio Ecuménico Universal, al que serán convocados en su fecha los Obispos todos del orbe en comunión con la Sede Apostólica. Esta convocatoria irá acompañada de una entrañable invitación a todas las Iglesias cristianas —protestantes o cismáticas —para que en esta coyuntura, estudien en Roma, en clima de hermandad evangélica, los caminos que pueden conducir a la por todos deseada unión de los cristianos... Habrá que orar mucho para que Dios, que inspiró a su Vicario esta decisión importantísima, siga iluminando sus pasos y sosteniendo sus energías para que, asistido por el Episcopado católico y por las fuerzas mejores de la Iglesia, lleve a buen puerto esta empresa trascendental» [1].

NEWSWEEK: «Pero entre todos los actos del Papa Juan desde que fue coronado, aun los más sorprendentes y recibidos con mayor alegría, ningún otro ha atraído más poderosamente la atención del mundo que su anuncio convocando un Concilio General y su invitación a la Unidad cristiana... Atenágoras, el Patriarca Ecuménico de las Iglesias Ortodoxas de Oriente, ha dicho: "Si Su Santidad tiene éxito en realizar la unión de la Iglesia, él pasará a la historia como el más grande de los Papas" [2]».

Para aquella fecha, 25 de enero, estaba ya perfilado el anteproyecto del programa de la XII Semana Misional. Pero bastó una paternal sugerencia del Excmo. Arzobispo de Burgos, como Presidente de las Semanas, indicándonos la conveniencia de dedicar las jornadas semanísticas de oración y estudio al gran Concilio Ecuménico anunciado por el Papa, para que inmediatamente se dejara a un lado el tema previamente elaborado, y nos fijáramos como en blanco polarizador de nuestras miradas en la Unidad de la Iglesia, en su conexión esencial con el apostolado misionero. En los

---

[1] *Ecclesia*, Madrid, 1959, núm. 916, pág. 115.

[2] *Newsweek*, february, 9, 1959, pág. 36: «But of all Pope John's unexpected and pleasing acts since he was crowned, none has atrracted such worldwide attention as his call for a general council and its invitation to Christian unity... If His Holiness succeeds in uniting the church, he will go down in history as the greatest of Popes».

primeros días de febrero, el Secretariado de Semanas celebraba su acostumbrada reunión anual con el Director Nacional de las OO. MM. PP. y sus más destacados colaboradores: en ella quedaba elaborado en todos sus detalles el programa de la XII Semana Misional.

Y siguiendo nuestra ya tradicional postura de estudiar los grandes problemas de la Iglesia Misionera a la luz que emana de los documentos Pontificios y de las consignas y orientaciones del Dicasterio de Propaganda Fide, hemos querido enfocar todos los trabajos de la Semana, iluminándolos con los resplandecientes destellos que proyectan las luminosas y reiteradas instrucciones y alocuciones del Soberano Pontífice felizmente reinante, S. S. Juan XXIII.

Por esta misma razón, por el doble motivo de rendir pleitesia y filial homenaje de sumisión y obediencia a nuestro Santísimo Padre, el Papa Juan XXIII, y proyectar un potente haz de luz sobre cuantos trabajos semanísticos presentamos en este volumen, hemos querido recoger si no todos, sí los principales documentos y alocuciones papales que a lo largo de año y medio ha pronunciado y publicado el Sumo Pontífice para dar a conocer al mundo sus planes y objetivos al convocar el próximo Concilio Ecuménico. Y para mayor utilidad y provecho del lector, hemos dividido y numerado los párrafos, ordenados entre sí no por referencia cronológica, sino por relación lógica, destacando con diversos epigrafes el pensamiento dominante del Soberano Pontífice.

Esta ha sido la razón de insertar y anteponer aquí esta antologia de pensamientos de S. S. Juan XXIII referentes al Concilio cuya gozosa realización confiamos habrá de tener lugar ya el próximo año de 1961. Asi nos induce a creerlo de una parte la misma reciente declaración del Romano Pontífice en este sentido, y de otra el encontrarnos a principios de junio de 1960, en la fase inmediata y preparatoria ya del mismo Concilio, pues acaba de publicarse el «motu proprio» con el nombramiento de las correspondientes Comisiones Pontificias y se habla insistentemente de la creación de un Consejo o Secretariado presidido por un Cardenal para tratar de las cuestiones que puedan afectar a la Unión de las Iglesias.

El lector podrá encontrar el texto castellano completo de este transcendental documento pontificio al final de este trabajo dedicado al Concilio.

A la espléndida luz de estos bellos pensamientos pontificios, podremos comprender mucho mejor los trabajos aquí recogidos y presentados en las diversas jornadas de estudio de la XII Semana Española de Misionología celebrada en 1959 en la ciudad de Burgos.

1. — Anuncio oficial del Concilio Ecuménico.

«Venerabili Fratelli e Diletti Figli Nostri: Pronunciamo innanzi a voi, certo tremando un poco di commozione, ma insieme con umile risolutezza di proposito, il nome e la proposta della duplice celebrazione: di un Sinodo Diocesano per l'Urbe, e di un Concilio Ecumenico per la Chiesa Universale.

Per voi, Venerabili Fratelli e Diletti Figli Nostri, non occorono illustrazioni copiose circa la significazione storica e giuridica di queste due proposte. Esse condurranno felicemente all'auspicato e atteso aggiornamento del Codice di Diritto Canonico, che dovrebbe accompanare e coronare questi due saggi di pratica applicazione dei provvedimenti di ecclesiastica disciplina, che lo spirito del Signore Ci verrá suggerendo lungo la via. La proxima promulgazione del Codice di Diritto Orientale ci dá il preannunzio di questi avvenimenti.

Per la giornata odierna basta questa comunicazione fatta a tutto insieme il Sacro Collegio qui radunato riservando Ci di trasmetterla agli altri Signori Cardinali tornati alle varie sedi episcopali loro affidate, sparse nel mondo intero.

Gradiremo da parte di ciascuno dei presenti e dei lontani una parola intima e confidente che Ci assicuri circa le disposizioni dei singoli e Ci offra amabilmente tutti quei suggerimenti circa la attuazione di questo triplice disegno.

La conoscenza che Ci era gía abbastanza familiare, e che questi tre mesi dalla Nostra introduzione al servizio "servorum Dei" *ha confermata ad amplificata, Ci incoraggia a confidare nella grazia celeste: innazitutto nella intercessione della Immacolata Madre di Gesú e Madre nostra, nella protezione dei Santi Pietro e Paolo "Apostolorum Principum"; nonche dei Giovanni Battista ed Evangelista, Nostri particolari patroni, e di tutti i Santi della Curia celeste. Da tutti imploriamo un buon inizio, continuazione, e felice successo di questi propositi di forte laboro, a lume, ad edificazione ed a letizia di tutto il popolo cristiano, a rinnovato invito ai fideli delle Comunità separate a seguir Ci anch'esse amabilmente in questa ricerca di unità e di grazia, a cui tante anime anelano da tutti i punti della terra»* [1].

2. La idea del Concilio surgió como flor espontánea de inesperada primavera.

El Concilio Ecuménico, a su vez, se presenta como una manifestación de excepcional y bastísima transcendencia y de verdadera catolicidad mundial. Cuando acaece, confirma que el Señor asiste, con su santa gracia, el saludable proyecto. La idea del Concilio no ha madurado como fruto de prolongadas consideraciones, sino como flor espontánea de inesperada primavera.

El Santo Padre había acogido la feliz propuesta de clausurar el anual "Octa-

---

[1] AAS. An. et vol. LI, 27 febrero 1959, p. 68-69.

He aquí la traducción castellana publicada por Ecclesia: «Venerables hermanos y queridos hijos: Con un poco de temblor por la emoción, pero al mismo tiempo con una humilde resolución en nuestra determinación, pronunciamos delante de vosotros el nombre de la doble celebración que nos proponemos: Un Sínodo diocesano para Roma y un Concilio ecuménico para la Iglesia Universal.

A vosotros, venerables hermanos y queridos hijos, no os son necesarias detalladas explicaciones sobre la significación histórica y jurídica de estas dos propuestas. Ellas conducirán felizmente a la puesta al día, esperada y deseada, del Código de Derecho Canónico, que debe acompañar y coronar estos dos ejemplos de aplicación práctica de las disposiciones de la disciplina eclesiástica que el espíritu del Señor nos sugerirá a lo largo del camino. La próxima promulgación del Código de Derecho Oriental constituye un anuncio anticipado de estos acontecimientos.

Por hoy es suficiente esta comunicación hecha a todo el conjunto del Sacro Colegio aquí reunido, reservándonos el transmitirla a los otros Señores Cardenales que han vuelto a las diversas Sedes Episcopales a ellos confiadas en el mundo entero.

Nos deseamos de cada uno de los aquí presentes y de los que están lejos una palabra cordial y confiada que nos asegure las disposiciones de cada uno y nos ofrezca amablemente todas las sugerencias que atañen a este triple designio.

El conocimiento que nos era ya familiar y que estos tres meses de nuestra introducción en el servicio "servorum Dei" (de los siervos de Dios), ha confirmado y ampliado, nos anima a tener confianza en la gracia celestial y sobre todo en la intercesión de la Madre Inmaculada de Jesús que es también Madre nuestra; en la protección de San Pedro y de San Pablo "apostolorum principum" (Príncipes de los apóstoles), así como en San Juan Bautista y en San Juan Evangelista, nuestros particulares patronos, y en todos los santos de la corte celestial. A todos ellos pedimos un buen principio, una buena continuación y un feliz fin de estas proposiciones de trabajo valiente, luz para la edificación y la alegría de todo el pueblo cristiano, invitación renovada a los fieles de las comunidades separadas, para que también ellos nos acompañen amablemente en esta búsqueda de la unidad y de la gracia por la que tantas almas suspiran desde todos los puntos de la tierra» (Ecclesia, Madrid, 1959, núm. 926, pág. 426).

vario de oraciones para la unidad de la Iglesia" en la basílica de San Pablo el 25 de enero pasado. Ahora bien, en aquellos días se puso a pensar con insistencia en que el objetivo de tales plegarias era propiamente el "unum sint" de Nuestro Señor Jesucristo; esto es, el suspiro, el gemido del Redentor, que ya había exclamado: "Levate oculos vestros et videte regiones, quia albae sunt jam ad messem" (Jn. IV, 35) [2].

3. — El Concilio, espectáculo de unidad, verdad y caridad.

Profundamente animados por esta suavísima esperanza, hemos anunciado públicamente nuestro propósito de convocar un Concilio Ecuménico, al que habrán de acudir de todo el orbe de la tierra, sagrados pastores para tratar de los graves problemas de la religión, y principalmente para promover el incremento de la Iglesia Católica, una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano y para poner al día las leyes que rigen la disciplina eclesiástica según las necesidades de nuestros tiempos. Ciertamente, esto constituirá un maravilloso espectáculo de unidad, verdad y caridad, tal que al contemplarlo aun los que viven separados de esta Sede Apostólica, sentirán —según confiamos— una suave invitación a buscar y lograr la unidad por la que Jesucristo dirigió al Padre Celestial sus ardientes plegarias [3].

4. — Presentar ante el mundo la Iglesia de Dios en su perenne vigor de vida y de verdad, primer objetivo del Concilio.

Concluído felizmente el Sínodo Romano, del cual el Sumo Pontífice ha recibido grandes consuelos, nos lleva ahora a la preparación con afán más intenso del Concilio, el cual será también una enseñanza y una manifiesta lección de unidad. Y aquí cree el Padre Santo debe insistir de nuevo sobre lo que ya ha declarado muchas veces.

El objetivo primero e inmediato del Concilio es presentar al mundo la Iglesia de Dios en su perenne vigor de vida y de verdad, y con su legislación ajustada a las circunstancias actuales, de manera que responda cada vez más a su divina misión y esté preparada para las necesidades de hoy y de mañana. Después, si los hermanos que se han separado, y que están también divididos entre sí quieren concretar el común deseo de unidad, podremos decirles con vivo afecto: esta es vuestra casa; ésta es la casa de todos los que llevan la señal de Cristo. Si, por el contrario, se quisiera comenzar con discusiones y debates, nada se conseguiría [4].

5. — Motivos de consuelo en las tareas preparatorias del Concilio.

También en este orden de altos valores está el principio de la unidad que resplandece. La fase antepreparatoria del Concilio ha proporcionado motivos de consuelo. Aún sólo comparándolo con el siglo pasado, de cara al primer Concilio Vaticano, hallamos una mayor universalidad, un panorama mucho más amplio de consentimientos. Se obtuvieron entonces no más de 500 respuestas, tantos eran los obispos, a las cuestiones enviadas. Hoy esta cifra se ha cuadruplicado. Más todavía, si tenemos en cuenta también las respuestas de los representantes del pensamiento católico y de nuestras Universidades, de nuestros Institutos que han aumentado en una cifra mucho mayor que en 1870.

---

[2] *Ecc.* 1959, núm. 945, pág. 204.
[3] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 39.
[4] *Ecc.* 1959, núm. 972, pág. 262.

Todo esto, repitió el Padre Santo, es consolador y esperanzador, pero deberá al mismo tiempo encontrar, con un asentimiento y cooperación unánimes, su camino de luz universal y aquella sabiduria y prudencia que conduce al único propósito. El Señor ha hecho así a su Iglesia; asi la ha anunciado y mostrado en líneas generales al comienzo de su apostolado y la ha confirmado cuando iba a realizarse el drama divino, que puso el sello a la Redención llevada a cabo por Jesús con la oración al Padre: "Ut sint unum; ut omnes unum sint". Este anhelo y aspiración a la unidad tiene que ser propio de todos los seguidores de Cristo. Que la Acción Católica lo afirme con convicción en todas sus reuniones, en todas sus diferentes manifestaciones; que los afiliados a la misma Acción Católica sean apóstoles de la unidad en la actividad que han de desarrollar al exterior, de manera que lleven a todos por el único camino que es nuestra verdadera fuerza, porque es voluntad de Dios [5].

6. — El Papa ofrece su vida por el éxito del Concilio Ecuménico.

Esta mañana, al acercarnos al altar de la capilla doméstica para la Misa matutina, hicimos la consagración de nuestra humilde existencia al Concilio Ecuménico, y decidimos que estas candelas tan majestuosas y tan artisticamente trabajadas, vayan por los caminos del mundo buscando los santuarios más célebres de todas las naciones erigidos por la piedad del pueblo en honor de Jesús, María y José y de los santos apóstoles y confesores más distinguidos. Y confiamos que ellos, en tales santuarios, sean una invitación para los fieles de toda raza y de toda lengua a unirse al Papa en la oración, para que la preparación y el desarrollo del futuro Concilio señalen, como el paso del Angel del Señor en todas las almas, una renovación de energia, una palpitación de caridad, una elevación hacia la Iglesia santa, católica y apostólica, como Jesús la quiere en la unidad del rebaño y del Pastor [6].

7. Transcendencia del próximo Concilio.

El pontífice de la Iglesia de Cristo tiene puestos sus más altos y más grandes cuidados en el Concilio Ecuménico, que será el Vaticano II. La cuádruple denominación de la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica, da la medida precisa de las proporciones del gran acontecimiento sobre el que tendremos ocasión de ocuparnos de palabra, por escrito y con la oración.

En alto los corazones, queridos hijos: ¡Inmaculata, Fortitudo nostra! [7].

8. — Creación de nuevos Cardenales con miras a su activa colaboración en el Concilio.

La perspectiva que se ofrece a nuestros ojos y es ya exultación, no sin cierto temor, del anunciado Concilio Ecuménico Vaticano II justifica y acredita con nuevas razones esta tercera creación de Cardenales.

Un Concilio Ecuménico "opus grande est", y exige gran acopio de energias, las cuales, conforme a la opinión de personas de mucha autoridad y de varias procedencias, pueden encauzarse hacia una mayor comprensión de todo lo que más conviene a las necesidades de índole local, y a aportar mayor claridad de

---

[5] *Ecc.* 1959, núm. 972, pág. 262.
[6] *Ecc.* 1960, núm. 970, pág. 202.
[7] *Ecc.* 1959, núm. 962, pág. 730.

doctrina y disciplina y a incrementar una actividad más fervorosa de vida y apostolado cristiano.

Entre tanto, el nombramiento en estos meses de nueve Cardenales pertenecientes a las diferentes naciones del mundo, así como el buen resultado del Sínodo Diocesano de Roma, las muchas respuestas que siguen llegando al Vaticano sobre los múltiples puntos acerca de los cuales cada miembro del Episcopado de todo el mundo ha sido invitado a que libremente proponga y emita su propia opinión, y las respuestas que se esperan igualmente mediante la invitación que también se les ha hecho de las Universidades Católicas y de los Institutos esparcidos en todos los centros de investigación y de cultura eclesiástica, sin mencionar el respeto tranquilo y estimulante del que nuestra persona, aunque tan humilde y modesta, sigue siendo objeto, por parte de todo el Sacro Colegio, del Episcopado, del Clero y de los pueblos, todas esas circunstancias nos permiten gozar de una paz santa y bendita y mirar al futuro con confianza [8].

9. — Los Cardenales, primeros colaboradores del Papa en el próximo Concilio.

El saber representados en vosotros a los más diversos y amados países y los distinguidos y eficaces órganos de la Iglesia abre a nuestra mirada la radiante visión de la solemne asamblea ecuménica que se está preparando y que tendrá lugar en Roma, en el centro vivo de la catolicidad, de los Obispos y los pastores de todo el mundo, cada uno con los votos, las plegarias, las esperanzas de los pueblos a ellos confiados. Pues bien, en el próximo Concilio, que llevamos en el corazón y en la oración diaria y que tantas esperanzas ha suscitado de santificación, de concordia, de más amplio apostolado, los Cardenales todos se presentarán con su contraseña singular y principal: la capa purpúrea; estrechados en torno al Papa, los más próximos a él, como para ayudarle en primer servicio de caridad y de fraternidad para la gratisima acogida de todos los Obispos del orbe católico, en expresión de respeto y de afecto el más pronto y cordial.

Esta promesa de días laboriosos y fecundos para la santa Iglesia se conjuga, pues, con el especial honor hoy conferido a vosotros; y, permitidnos decirlo, os prepara solemnemente para un alto, nuevo e importante servicio, para una más espléndida disposición en orden a los anunciados acontecimientos [9].

10. — Con el Concilio revigorizará la Iglesia la propia vida y cohesión.

El anuncio del Concilio Ecuménico, hacía notar Su Santidad, ha suscitado por doquier un interés favorable, aunque no hayan faltado suposiciones y conjeturas que no responden a la realidad.

Es bueno recordar que el Concilio ha sido convocado, ante todo, porque la Iglesia Católica, en la fúlgida variedad de ritos, en la multiforme acción, en la inquebrantable unidad, se propone alcanzar nuevo vigor para su divina misión. Perennemente fiel a los sagrados principios sobre los que se apoya y a la inmutable doctrina que le fue confiada por el Divino Fundador, la Iglesia, siguiendo siempre las huellas de la tradición antigua, se propone, con ferviente ardor, revigorizar la propia vida y cohesión, incluso de cara a tantas contingencias y situaciones de hoy, para las cuales sabrá establecer eficientes normas de conducta y de actividad.

---

[8] *Ecc.* 1960, núm. 978, pág. 454.

[9] *Ecc.* 1959, núm. 963, pág. 763.

Así aparecerá a todo el mundo en su pleno esplendor. Confiada, pues, eleva la plegaria al Señor para que, ante este providencial e indefectible brote nuevo, de fervor y de obras, en la Iglesia Católica, también aquellos que se encuentran separados de la Sede Apostólica sientan una nueva y valiosu llamada a aquella unidad que Cristo dio a su Iglesia, y a la que muchos de ellos aspiran ya [10].

11. — El Concilio, nueva Pentecostés para la santificación del pueblo cristiano.

Esta circunstancia de nuestra vida personal y social, como individuos y como componentes del gran cuerpo vivo de la Iglesia Católica, está entretegida de alegrías y de penas, de consuelos y de amarguras. Os resultará grato oir hablar de los consuelos; no rehuiréis de participar con nosotros en las tristezas más graves de nuestra inmensa solicitud pastoral, extendida a todas las regiones de la tierra.

He aquí nuestro gozo sereno. Hacia fines de enero, en la fiesta de la conversión de San Pablo, anunciábamos el proyecto de la celebración de un "Concilium Oecumenicum", que habría de convocar, como en nueva Pentecostés, en primer lugar a todos los obispos de la Iglesia en comunión con la Sede Apostólica, Asamblea ésta de inmensa y profunda preparación; reservada, con la ayuda del Señor, para gran santificación del Clero, para edificación del pueblo cristiano y para espectáculo alentador de cuantos se remontan a pensamientos de fe y de paz.

Pues bien, henos aquí, en la fecha de hoy, 17 de mayo de 1959, fiesta de Pentecostés, en el primer acto de este extraordinario empeño, es decir, el anuncio de la Comisión Antepreparatoria del gran acontecimiento. Es una primera introducción, o sea, el comienzo de una serie de actos y de constituciones que suponen preparación de investigaciones y de estudios, a la que podrán prestar voz todas las lenguas de la tierra [11].

12. — El Concilio, espectáculo de concordia, unidad y unión.

Como sabéis, hemos tomado la determinación, por muchas y muy importantes razones, de celebrar un Concilio Ecuménico. El cual ofrecerá de suyo un admirable espectáculo de concordia, unidad y unión de la Santa Iglesia de Dios, ciudad puesta sobre el monte; será por su misma naturaleza una invitación a los hermanos separados que se honran con el nombre de cristianos, a que vuelvan al rebaño universal, cuya guía y custodia confió Jesucristo a San Pedro con un acto absoluto de su voluntad. Para que tan gran acontecimiento, proyectado tras tantas tinieblas y peligros, hacia un futuro mejor, alcance el éxito deseado, contribuid con vuestro trabajo, conjuntadas vuestras fuerzas; supeditad vuestra ayuda oportuna, pues clara y sinceramente confesamos que confiamos mucho en vuestra virtud, en la múltiple contribución de vuestra ciencia y en vuestras oraciones [12].

13. — Cómo surgieron en la Iglesia los Concilios Ecuménicos.

Después del Concilio de Jerusalén la Iglesia tuvo que sufrir tres siglos de persecución sangrienta. Al salir más rejuvenecida que nunca, después del Edicto

---

[10] *Ecc.* 1959, núm. 940, pág. 63.
[11] *Ecc.* 1959, núm. 933, pág. 619.
[12] *Ecc.* 1959, núm. 927, págs. 450-451.

de Milán, empezaron a surgir dudas, conflictos y errores de índole doctrinal y disciplinar y por lo mismo se evidenció la conveniencia de las reuniones colectivas, semejantes a aquella primera jerosolimitana. El sucesor de San Pedro presidía y dirigía y los ancianos con él discutían y definían. La pequeña iglesia de Jerusalén y de Antioquía se había extendido por todo el mundo romano. La palabra de los apóstoles había llegado a todos los confines del mundo; dificultades, incertidumbres, diferencias, corrientes de falsas doctrinas e interpretaciones erróneas del texto antiguo y de la tradición secular de las enseñanzas de Jesús, aconsejaron estas solemnes asambleas del pensamiento cristiano y católico, buscando fórmulas doctrinales seguras en la adaptación a expresiones de actividad religiosa, según las exigencias y circunstancias frecuentemente especiales de las diferentes épocas que se han sucedido en el transcurso de la historia de la Cristiandad. Y así, desde el principio del siglo IV, siglo de los grandes Padres y Doctores hasta pasada la mitad del siglo XIX, testigo de los graves errores filosóficos y antirreligiosos modernos, se extiende esa magnífica serie de los Concilios Ecuménicos, desde el Niceno I del año 325 al Vaticano I de 1869-1870, cuyo fin fue, en representación de la catolicidad unida y organizada, defender con la misma autoridad de Jesucristo la integridad de la fe y el vigor de la disciplina, resolver importantes cuestiones doctrinales y morales, atajar o resolver situaciones muy graves de carácter religioso y a veces político y social [13].

14. — Evocando el recuerdo del Concilio de Efeso.

Lleno de significado está el recuerdo de lo que sucedió en Efeso con ocasión del Tercer Concilio Ecuménico del 431. De las sesiones de aquellas memorables jornadas surgió la explícita confirmación de dos verdades de sublime resonancia: la unicidad de la persona del Verbo en sus dos naturalezas divina y humana; la maternidad divina de María.

Se cuenta que los fieles estaban en las cercanías de la sede del Concilio en espera de conocer lo deliberado y proclamado por los Padres; y cuando éstos salieron, los acogieron con festivas aclamaciones y los acompañaron en triunfo con antorchas a través de las calles.

Esto no pudo repetirse en 1870, cuando Pío IX en el esplendor de la actividad, del pensamiento y de la ciencia católica de entonces con la Constitución dogmática "Pastor Aeternus" del 18 de julio, definió la infalibilidad del Sumo Pontífice. Pero lo que entonces no se verificó podría muy bien acontecer en el nuevo anunciado Concilio Ecuménico. Este abrazará todo el ámbito del pensamiento cristiano [14].

15. — Recuerdos de los veinte Concilios Ecuménicos precedentes.

De estos veinte Concilios, más de cinco se celebraron bajo las viejas bóvedas de esta gloriosa Basílica Lateranense que hoy nos acoge tan noblemente, y otros ocho señalan hitos luminosos de la Iglesia Oriental, especialmente los dos de Nicea, cuatro de Constantinopla, uno de Efeso, y otro de Calcedonia, y después en Occidente los dos de Lyón, uno de Viena, uno de Constanza, uno de Florencia y el más abundante y rico en bienes que llegan hasta nosotros, el Concilio de Trento, al cual siguió el del Vaticano en el siglo pasado.

---

[13] *Ecc.* 1960, núm. 968, pág. 133.
[14] *Ecc.* 1959, núm. 927, pág. 449.

Venerables hermanos y queridos hijos: Son estas las asambleas extraordinarias que conciernen a la Iglesia esparcida por todo el mundo. El recuerdo de todos los Concilios en el pasado hace exultar nuestro corazón ante la ansiada celebración del nuevo gran Concilio Ecuménico que será el vigésimo primero de la Historia y que hace un año os anunciamos en la fiesta litúrgica de la conversión de San Pablo, aunque no sea este el Concilio a cuya invitación habéis respondido esta tarde en esta Basílica Lateronense[15].

16. — Tentativas unionistas en el Concilio de Lyón. Oraciones por el éxito del Concilio.

El día 3 de febrero la diócesis de Roma celebra la fiesta del Beato Papa Gregorio X. Bajo su pontificado tuvo lugar el II Concilio Ecuménico de Lyón que el Beato Papa inauguró. En él se trató con gran empeño de la unidad de todos los cristianos y por esto se formularon votos y se hicieron propuestas para que los hermanos separados volviesen a la Iglesia Católica, en la que se cumple el deseo y la oración de Jesús: que haya un sólo rebaño bajo un único Pastor.

Este anhelo del Salvador es constante en la Iglesia de Dios; he aquí por qué las oraciones por el feliz éxito del próximo vigésimo primer Concilio de la Iglesia Universal han de ser especialmente fervorosas y constantes para bien de todos los redimidos y de todos aquellos que esperan todavía la luz del Señor[16].

17. — Para renovar el espectáculo de los Apóstoles unidos en Jerusalén.

Teniendo en la mirada las páginas más luminosas de todos los siglos, se puede afirmar que el Concilio Ecuménico —para cuyo anuncio escuchamos una inspiración de cuya espontaneidad sentimos, en la humildad de nuestra alma, como un golpe imprevisto e inesperado— está ya preparando en la intimidad episcopal y sacerdotal, el buen propósito de cada eclesiástico, un deseo más acuciante de dilatar las fronteras de la caridad y de permanecer en su puesto con claridad de pensamiento y con grandeza de espíritu.

Rogamos y auguramos que el Concilio renueve, ante todo, el espectáculo de los apóstoles unidos en Jerusalén después de la ascensión de Jesús al cielo. Unanimidad de pensamiento y de oración con Pedro y alrededor de Pedro, pastor de los corderos y de las ovejas. Ofrecimiento de energías que se vigorizan, que se renuevan, para la búsqueda de aquello que mejor pueda corresponder a las actuales exigencias del apostolado.

La figura de San Pío X, invocado también como celeste protector del Concilio Ecuménico, se destaca por encima de los hechos y de las circunstancias que en sus tiempos originaron juicios irreflexivos e interesados, y vuelve más persuasiva la llamada a no buscar caminos peregrinos para la salvación del hombre y para la defensa de sus derechos, y a no imaginar fáciles divagaciones que puedan suplantar aquello que ahonda sus raíces en la esencia misma de las instituciones más sólidas, teniendo el valor de la experiencia secular. A saber: en Oriente, el acercamiento primero, el contacto después y la reunión perfecta de tantos hermanos separados con la antigua madre común; en Occidente, la generosa colaboración pastoral de los dos cleros bajo la mirada y la dirección del obispo, que es el pastor de todo el rebaño[17].

---

[15] *Ecc.* 1960, núm. 968, págs. 133-134.
[16] *Ecc.* 1960, núm. 971, pág. 233.
[17] *Ecc.* 1959, núm. 930, pág. 537.

18. — El Pontífice encarna la imagen del buen pastor.

El nuevo Pontífice, decimos también, encarna, ante todo, en sí mismo aquella espléndida imagen del buen pastor como nos lo ha descrito el evangelista San Juan, con las mismas palabras que salieron de la boca del Divino Salvador. El es la puerta del redil: "Ego sum ostium ovium".

En este redil de Jesucristo no puede entrar nadie sino es que bajo la guía del Soberano Pontífice, y los hombres sólo pueden alcanzar con seguridad la salvación cuando están unidos con El. Como el Romano Pontífice es el Vicario de Cristo y representa su persona en la tierra, ¡qué dulce consolador es evocar la imagen del buen pastor que se describe en el evangelio, con tal riqueza y ternura de detalles! [18].

19. — La promesa de Cristo de un solo rebaño y de un solo pastor.

Sin embargo, el punto central es el celo del buen pastor, dispuesto para cualquier empresa sagrada, sin tener en cuenta lo atrevida que pueda ser, siempre en el camino recto, constante, aun llegando al sacrificio supremo: "El buen pastor sacrifica su vida por el rebaño." ¡Qué bella es la Iglesia de Cristo, el redil! El pastor "va delante del rebaño" y todos le siguen. Si es necesario lucha con el lobo para defender a sus ovejas.

Luego el horizonte se amplía, "y a otras ovejas que tengo que no son de este rebaño, debo atraerlas y deben escuchar mi voz y habrá un redil y un pastor". Este es el problema misionero en toda su amplitud y belleza. Este es el cuidado del Pontificado Romano, el primero, aun cuando no el único; se combina con otros muchos de igual importancia [19].

20. — Abrazamos tanto a la Iglesia occidental como a la oriental.

Abrazamos con ardiente y paternal amor tanto a la Iglesia occidental como a la oriental; incluso a aquellos que están separados de esta Sede Apostólica donde Pedro vive en sus sucesores hasta la consumación de los siglos y que por mandato de Jesucristo tiene la misión de atar o desatar cualquier cosa en la Tierra y ser el pastor de todo el rebaño del Señor. A éstos Nos decimos que abrimos nuestra alma más amorosamente y extendemos nuestros brazos abiertos. Al abogar por su retorno a la casa del Padre común, repetimos aquellas palabras del Divino Redentor: "Santo Padre: No te olvides de aquellos que me has dado. Pueden ser lo mismo que nosotros somos. Así, pues, habrá un solo rebaño y un solo pastor" [20].

21. — La misión del Papa como pastor de todo el rebaño de Cristo.

Nos os repetimos como nuestra la admonición y la invitación de los Romanos Pontífices de todos los siglos, y en particular de nuestro predecesor Pío XII, de inmortal memoria, y en esta afirmación deseamos sobre todas las cosas insistir: a saber, que tenemos en el corazón de una forma especialísima, nuestra misión de Pastor de todo el rebaño. Todas las demás cualidades humanas, como ciencia, diplomacia, tacto y capacidad organizadora, pueden servir

---

[18] *Ecc.* 1958, núm. 904, pág. 549.
[19] *Ecc.* 1958, núm. 904, pág. 549.
[20] *Ecc.* 1958, núm. 903, pág. 514.

para embellecer y complementar el reinado de un Pontífice, pero no pueden en forma alguna sustituir a aquello [21].

22. — Recordando especialmente a nuestros hermanos separados del Próximo Oriente.

Todavía está vivo en los espíritus el recuerdo de hace algunas decenas de años, cuando algunos representantes de las Iglesias Ortodoxas —como se las llama— del Próximo Oriente, con la cooperación práctica de algunos gobiernos, pensaron en proveer a la concentración de las naciones civiles, iniciándola con un entendimiento entre varias confesiones cristianas de diverso rito y de diversa historia.

Por desgracia, el contraviento de intereses más presionantes y concretos y de preocupaciones nacionalísticas esterilizó aquellas intenciones de suyo buenas y dignas de respeto. Y el angustioso problema de la truncada unidad de la herencia de Cristo permanece siempre, para gran turbación y prejuicio del mismo trabajo de resolución, a lo largo de pesantes dificultades e incertidumbres [22].

23. — El Papa dirá a los pastores separados cuando retornen: «Yo soy vuestro hermano».

El Sumo Pontífice, a través de las coyunturas de la vida, es como el hijo de Jacob, que, encontrándose con sus hermanos, les descubrió la ternura de su corazón, su emoción hasta las lágrimas. "Elevavitque vocem cum fletu... Et dixit fratribus suis: Ego sum Joseph...". (Levantó su voz llorosa y dijo a sus hermanos: Yo soy José...). También el Papa puede repetir: soy vuestro hermano; ante Dios soy el primero de los hermanos, y como Pastor debo guardarlos. Para todos ellos alberga sentimientos de amor y quiere ayudarlos a ver lo que hay de bueno en esta tierra, y, sobre todo, lo que es bueno para el cielo [23].

24. — Ante el peligro de un cisma en la iglesia de China.

De modo especial, como decíamos en la alocución de nuestro primer Consistorio, nos angustia a diario el pensamiento de la situación, tan difícil y tan grave, en que se encuentran el clero y los fieles chinos, expuestos no sólo a dolorosas y prolongadas pruebas, sino más concretamente al gravísimo peligro de un funesto cisma. Hubiéramos querido no pronunciar jamás esta dolorosa palabra, pero la triste realidad nos ha llevado a ella, porque como dijimos, el Pastor supremo no puede permanecer silencioso e inerte frente a la amenazadora pérdida de una parte escogida de su grey, rica en una antigua nobilísima cultura, y de exquisita sensibilidad de espíritu [24].

25. — Profunda angustia ante las tentativas cismáticas en China.

Y, sin embargo, ¿cómo podría el Pastor de todos los cristianos asistir impasible y silencioso al descarrío, a la ruptura, a la escisión de la grey que le está confiada? ¿Cómo no ha de experimentar un acervo dolor viendo a aquellos que, por el sacerdocio santo que recibieron, deberían guiar a las ovejas hacia los

[21] *Ecc.* 1958, núm. 904, pág. 549.
[22] *Ecc.* 1959, núm. 912, pág. 7.
[23] *Ecc.* 1958, núm. 905, pág. 577.
[24] *Ecc.* 1959, núm. 915, pág. 90.

pastores y recogerlas en un único rebaño y, en cambio, llegan hasta el punto de desviarlas del recto camino y de la unidad de gobierno, a inducirlas a sustraer de la autoridad del Romano Pontífice, que Cristo Señor puso como fundamento, como piedra angular de su Iglesia? [25].

26. — Por el retorno a la unidad de los pastores ilegítimamente consagrados.

Todavía más: quisiéramos que nuestra voz llegase cuajada de advertencia y de invitación a aquellos que, desgraciadamente han dado señales de debilidad, de incertidumbre, de descarrío; sobre todo, a aquellos que, habiendo aceptado ocupar ilegítimamente el puesto de los verdaderos pastores, han abierto desgraciadamente el camino a una funesta tentativa de cisma. ¡Ah, nos queman los labios, nos angustian el corazón estas palabras que nos hemos visto obligados a pronunciar! Y precisamente ahora, cuando asumimos sobre nuestros hombros el peso del Supremo Pontificado, cuando nos sentimos investidos de un universal e ilimitado sentimiento de amorosa paternidad hacia toda la familia humana, no podemos menos de invocar a Dios omnipotente que quiera alejar, en su misericordia, una tal desventura de la comunidad católica china [26].

27. — La Iglesia católica celosa depositaria de la verdad.

La Iglesia Católica manda creer fiel y firmemente cuanto ha sido revelado por Dios, a saber, cuanto se contiene en la Sagrada Escritura y en la tradición oral y escrita y lo que, en el transcurso de los siglos, han promulgado y definido los Sumos Pontífices y los legítimos Concilios Ecuménicos. Siempre que alguno se ha alejado de este sendero, la Iglesia, con su maternal autoridad, no ha cesado de llamarlo repetidamente al recto camino. Pues sabe muy bien y sostiene que sólo hay una verdad y que no pueden admitirse "verdades" entre sí contrarias; haciendo suya y afirmando la palabra del Apóstol de las Gentes: "Pues nada podemos contra la verdad, sino por la verdad" (II Cor. XIII-8) [27].

28. — La Iglesia católica se asienta sobre el fundamento de la más sólida unidad.

Indudablemente, nuestro divino Redentor fundó su Iglesia con el fundamento y la nota de una solidísima unidad, y si —por un absurdo— no la hubiera hecho así, habría fundado una cosa caduca y contraria a sí misma, por lo menos para el futuro; como los diversos sistemas filosóficos que, abandonados al arbitrio y opinión del hombre, con el correr de los tiempos nacen, se transforman y desaparecen uno tras otro. Esto se opone diametralmente al magisterio de Jesucristo, que "es el camino, la verdad y la vida" (Jn. XIV-6); *no hay quien pueda ignorarlo.*

Esta unidad, venerables hermanos y amados hijos, que —como hemos dicho— no debe ser algo vano, incierto o caedizo, sino sólido, estable y seguro, si a las otras comunidades cristianas les falta, a la Iglesia Católica no le falta, como fácilmente puede echarlo de ver quienquiera que con diligencia la examine. Tiene tres notas que la caracterizan y adornan: Unidad de doctrina, de gobierno y de culto; es tal, que resulta visible a todos, de manera que todos la pueden recono-

---

[25] Ecc. 1958, núm. 911, pág. 762.
[26] Ecc. 1958, núm. 911, pág. 762.
[27] Ecc. 1959, núm. 939, pág. 40.

cer y seguir; y es tal, además, que conforme a la voluntad de su divino Fundador, en ella todas las ovejas pueden reunirse en un solo rebaño bajo la guía de un solo pastor; y así todos los hijos están llamados a venir a la única casa paterna, que descansa sobre el fundamento de Pedro, y en ella se ha de procurar reunir fraternalmente a todos los pueblos como en el único reino de Dios; reino cuyos súbditos, unidos en la tierra en la concordia del espíritu, puedan gozar un día de la eterna bienaventuranza en el cielo [28].

29. — Unidad y universalidad de la Iglesia.

Desde el centro romano a los países más lejanos, he aquí que el horizonte se dilata, se adecua a los confines del mundo entero.

Sobre este punto de permanecer en la Patria o del partir para lejanas naciones, el Evangelio de San Marcos —aquel evangelista que hasta ayer, desde Venecia llamábamos de modo particular nuestro— está especialmente preciso y lleno de color [29].

30. — Reconstrucción de la unidad al precio de la Divina Sangre.

La conmemoración del nacimiento de Jesús no cesa de renovar cada año el anuncio de la misma doctrina y en el mismo tono: unidad y paz. Por desgracia, la historia humana registra en sus comienzos un episodio de sangre: el hermano ha muerto por el hermano. La ley del amor, que el Creador imprimió en el corazón del hombre, fue violada por la "mala voluntas", qué rápidamente condujo a la humanidad por los caminos de la injusticia y del desorden. La unidad fue quebrantada, y fue menester nada menos que la intervención del mismo Hijo de Dios, que aceptó por obediencia reconstruir los vínculos sagrados, pero pronto comprometidos, de la familia humana: y la reconstruyó al precio de su sangre [30].

31. — Unidad de régimen en la Iglesia católica.

Y además, como está a la vista de todos, hay en la Iglesia Católica unidad de régimen. Porque, así como los fieles cristianos están sujetos a los sacerdotes, y los sacerdotes a los obispos, a quienes "el Espíritu Santo puso... para regir la iglesia de Dios" (Act. XX-28), *así también todos los sagrados pastores y cada uno de ellos se hallan sometidos al Romano Pontífice, como a quien se le ha de reconocer por el sucesor de Pedro. A él, Cristo Nuestro Señor, lo constituyó piedra fundamental de su Iglesia* (Mat. XVI-18), *y a él sólo, peculiarmente, le concedió la potestad de atar y de desatar, sin restricción, sobre la tierra* (Mt. XVI-19), *de confirmar a sus hermanos* (Lc. XXII-32), *y de apacentar el rebaño todo* (Jn. XXI-15-17) [31].

32. — Unidad cultual en la Iglesia católica.

Y por lo que toca a la unidad de culto, nadie ignora que la Iglesia católica, ya desde sus primeros tiempos y a través de los siglos, siempre ha mantenido

---

[28] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 39.
[29] *Ecc.* 1958, núm. 909, pág. 705.
[30] *Ecc.* 1959, núm. 912, pág. 6.
[31] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 40.

todos y solos los siete sacramentos, recibidos de Jesucristo como herencia sagrada, y jamás ha dejado de administrarlos en todo el orbe católico para nutrir y acrecentar la vida sobrenatural de los fieles.

Igualmente por todos es sabido que en ella se celebra un solo sacrificio, el eucarístico, en el cual Cristo mismo, salvación nuestra y nuestro Redentor, de una manera incruenta pero tan real como cuando pendía de la cruz en el Monte Calvario, cotidianamente es inmolado en favor de todos nosotros y nos comunica misericordiosamente los tesoros inmensos de su gracia. Por eso con tanta razón San Cipriano hacía esta advertencia: "No puede, fuera del único altar y del único sacerdocio, establecerse un altar diverso o instituirse un nuevo sacerdocio" (Ps. XLIV, 15).

Con el fin de que todos alcancen esa verdadera y concorde unidad, el sacerdote católico, al celebrar el sacrificio eucarístico, ofrece a Dios clementísimo la hostia inmaculada, suplicando en primer lugar "por tu Iglesia santa católica: dígnate pacificarla, protegerla, unificarla y regirla en todo el orbe de la tierra, junto con tu siervo el Papa nuestro y con todos los que, fieles a la verdadera doctrina, guardan la fe católica y apostólica" (Canon Missae) [32].

33. — Fidelidad de la Iglesia a la misión recibida de su Divino Fundador.

Queridos sacerdotes: La estructura interior de la Iglesia es una fuerza que le viene de la persuasión de deber permanecer fiel a la misión confiada por su Divino Fundador, sin temor de aparecer o de ser juzgada somera o demasiado prudente.

Esta Iglesia, que no tiene necesidad de nadie, se entrega a todos sus hijos. Como institución divina, ella representa cuanto de más seguro y digno de confianza se puede imaginar para la salvación del hombre, pero también en el orden de las relaciones humanas y de la preparación para resolver lo que preocupa a los fines del cotidiano sostenimiento de la paz social y de la colaboración entre los pueblos [33].

34. — Jesucristo no instituyó diversas iglesias, sino una sola, la Iglesia católica de Roma.

Ante todo, mis queridos hijos de Venecia, la fidelidad a la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica. Jesús instituyó no diversas iglesias, sino una sola; que no es la iglesia veneciana, o milanesa, o galicana, o griega, o eslava, según el nombre de cada una de las naciones, sino una Iglesia apostólica y universal.

Sí; esta es la Iglesia de Roma: verdadera madre de todas las gentes; espléndida en la variedad de sus ritos, en el uso de las varias lenguas y según el desarrollo litúrgico de los diversos tiempos y de los diversos pueblos, pero siempre llama única de creencias y de disciplina, de orden y de sagrada organización. A San Ambrosio corresponde la fórmula "Ubi Petrus, ibi Ecclesia". Para los protegidos de San Marcos, discípulo e hijo de San Pedro nos complace repetirlo, el mote fue muy bien aplicado por San Pedro Damiano: "Ubi Marcus, ibi Petrus". Allí donde está la familia de San Marcos, allí está la Iglesia. Por tanto, nada de divisiones o subdivisiones. Todos cuantos vivimos bajo el cielo, todos católicos de un solo modo. El divino Fundador así lo entendió y así lo quiso; este fue su último deseo a la hora del sacrificio. Padre, esto te pido: Ut unum sint. El prin-

---

[32] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 40.
[33] *Ecc.* 1959, núm. 930, pág. 537.

cipio de la unidad de todas las iglesias enlre si es el vínculo sagrado que asegura la perennidad, la herencia de Cristo a través de los siglos. Todos juntos unidos al primer Apóstol del Señor, según el lema del sello episcopal de un gran Obispo de la Iglesia anligua: "Cum Petro pugnare et cum Petro regnare" [34].

35. — Unidad de fe y libertad en las cuestiones opinables.

Hay, sin embargo, no pocos puntos en los que la Iglesia Católica deja que libremente disputen enlre sí los teólogos en cuanto se trata de cosas no del todo ciertas, y en cuanto —como notaba el celebérrimo escrilor inglés Cardenal Juan Enrique Newman— tales disputas no rompen la unidad de la Iglesia, sino más bien sirven para una mejor y más profunda inteligencia de los dogmas, ya que preparan y hacen más seguro el camino para este conocimiento, puesto que del choque de varias sentencias sale siempre nueva luz (Difficulties of Anglican, volumen I. Lect. X, pág. 261 ss.). *Sin embargo, hay que retener el dicho, que, expresado unas veces de un modo y otras de otro, se atribuye a diversos autores: En las cosas necesarias, unidad; en las dudosas, liberlad; en todas, caridad* [35].

36. — Las dos principales consignas de Pío XII: Unidad y paz.

Si se quisiera resumir en dos términos sintéticos la sustancia viva de esta enseñanza contenida en los diecinueve mensajes navideños y en los veinte volúmenes de la riquísima colección de discursos y carlas de Pío XII, bastaría pronunciar estas palabras: unidad y paz.

Pues estas palabras sostienen al mundo entero, desde su creación a la consumación de su historia; y ahí la unidad. Expresan también la luz bienhechora y fecundante de la gracia de Cristo, hijo de Dios y Redentor y Glorificador del género humano; y he ahí la paz. Es solo condición por parte del hombre la "bona voluntas" que es gracia de Dios también, pero que quiere que eslé libremente condicionada por la correspondencia del hombre. Esta falta de correspondencia de la humana libertad a la llamada de Dios en servicio de sus designios de misericordia constituye el más terrible problema de la historia humana y de la vida de cada uno de los hombres y de los pueblos [36].

37. — La unidad de fe y la libertad de los pueblos cristianos.

El primer frulo de esla unidad es de hecho no sólo la estimación, sino también el recto uso y el goce de la liberlad, don preciosísimo del Creador y Redentor de los hombres.

Tan es así, que loda desviación, en la historia de cualquier pueblo, de este punto de la liberlad, le lleva de hecho a la contradicción quizá más o menos velada, a veces prepolentemente audaz, con los principios del Evangelio [37].

38. — De esta concorde unidad nacerá una grande paz.

Todo esto lo reileramos Nos, junto con el orbe católico a Nos unido, en suplicante oración. Y lo hacemos así no solamente movidos por encendida caridad

---

[34] *Ecc.* 1959, núm. 924, pág. 365.
[35] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 40.
[36] *Ecc.* 1959, núm. 912, pág. 6.
[37] *Ecc.* 1959, núm. 917, pág. 145.

hacia todos los pueblos, sino también estimulados por evangélica humildad de espíritu. Porque conocemos la pequeñez de nuestra persona, a quien Dios, no por méritos nuestros, sino por misterioso designio suyo, se ha dignado elevar a la cumbre del Sumo Pontificado. Por lo cual a todos los hermanos e hijos nuestros que están separados de esta cátedra de San Pedro les repetimos estas palabras: "Soy yo... José, vuestro hermano" (Gen. XLV, 4). *Venid; "acogednos"* (II Cor. VII, 2); *ninguna otra cosa deseamos; ninguna otra queremos, ninguna más pedimos, sino vuestra salvación y vuestra eterna felicidad. Venid: de esta concorde y tan deseada unidad, que la caridad fraterna debe mantener y fomentar, nacerá una grande paz: aquella paz "que sobrepuja todo entendimiento"* (Filip. IV, 7), *como que proviene de las mansiones celestiales; aquella paz que Cristo, por medio de los ángeles que cantaban volando sobre su cuna, anunció a los hombres de buena voluntad* (Lc. II, 14) *y que, apenas instituído el sacramento y sacrificio de la Eucaristía, impartió con estas palabras: "La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo"* (Jo. XIV, 27).

Paz y gozo. También el gozo, pues quienes pertenecen con realidad y eficacia al cuerpo místico de Jesucristo que es la Iglesia católica, participan de esa vida que desde la divina Cabeza se difunde hasta cada miembro; y, por razón de ella, quienes obedecen fielmente a todos los preceptos y mandatos de nuestro Redentor también en esta vida mortal pueden gozar de aquella alegría que es auspicio y prenuncio de la celestial y sempiterna felicidad[38].

39. — Unidad, libertad y paz, trinomio de la fraternidad humana y cristiana.

Unidad, libertad y paz; gran trinomio que, mirado a través de los fulgores de la fe apostólica, sigue siendo para nuestras almas, motivo de elevación y de fervorosa fraternidad humana y cristiana.

Cuando terminamos una semana de plegarias encaminadas a obtener este triple don, el rito de hoy sobre la tumba del Apóstol que está para consumarse en el misterio del Cuerpo y Sangre de Cristo, vuelve a ser estímulo para nuestra fraternal, unánime, previsora caridad, que auna con los hijos de tantas naciones, ya un día florecientes en la luz del Evangelio, y ahora contristadas por inenarrables pruebas...

Queremos concluir con las conmovedoras y fuertes palabras con que el Apóstol de las Gentes termina su carta a los romanos, que son los romanos de todos los tiempos, honrados por un privilegio que, por el hecho de distinguirlos de los otros püeblos, les obliga más de cara al mundo entero a una colaboración de oraciones y de abierta profesión de Fe: "Os recomiendo, hermanos, que tengáis los ojos sobre los que producen divisiones y escándalos en contra de la doctrina que habéis aprendido y que os apartéis de ellos, porque éstos no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a su vientre y, con discursos suaves y engañosos, seducen los corazones de los incautos"[39].

40. — La unidad de la fe y la tranquilidad de los pueblos.

Pensad cómo la perfecta unidad de la Fe y la actuación práctica de la doctrina evangélica sería tranquilidad y alegría del mundo entero, en la medida en que es posible sobre la tierra. Y no sólo para servicio de los grandes principios de orden espiritual y sobrenatural que atañen a cada uno de los hombres con miras a los bienes eternos, de que el Cristianismo fue portador en el mundo,

---

[38] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 41.
[39] *Ecc.* 1959, núm. 917, pág. 146.

sino también de los más seguros elementos de prosperidad civil, social y política de cada nación[40].

41. — **El Romano Pontífice, defensor no sólo de la Iglesia, sino también de los derechos de toda la Humanidad.**

No queremos olvidar a aquellos hermanos e hijos separados de esta Sede Apostólica, e incluso a otros que ni siquiera llevan el nombre de cristianos, los cuales quisieron darnos prueba de su deferencia. Todos estos, más que a nuestra humilde persona, quisieron ofrecer testimonio de estima al Jefe de la Iglesia Católica, al Romano Pontífice, es decir, a aquel que, como la historia demuestra, ha sido siempre el asertor y vindicador no sólo de nuestra sacrosanta religión, sino también de la concordia y de la paz entre los pueblos[41].

42. — **La unidad de la familia católica envuelve con idéntico amor a los más diversos pueblos.**

Tal hecho —lo destacamos con íntima complacencia— muestra que de la inmensa familia católica —única sobre la tierra que arrastra con el ligamen de una sola fe y con la fuerza de un idéntico amor a tan diversos pueblos, por encima de los montes y de los océanos, por encima de las fronteras geográficas, de la distinción de razas, de civilizaciones y de agrupaciones políticas— se difunde una suave atracción de luz y de afectos que envuelve los ánimos de todos[42].

43. — **Sacerdotes de todas las razas que representan al mundo entero.**

Esta mañana, en el "dies natalis" de San Andrés, el hermano de Pedro, he aquí que sobre el Janículo, con vosotros, en vuestra y nuestra casa, queridos alumnos de Propaganda, ofrecéis un alto espectáculo de feliz representación de todos los hijos del Señor y de la Santa Iglesia, esparcidos en el universo mundo.

Para dar, en efecto, el toque definitivo al programa de nuestra nueva vida, nada podrá sernos más agradable y significativo, a título de completo diseño y programa de acción pastoral, que esta nuestra aparición matutina aquí arriba en el día de la fiesta de San Andrés, el querido hermano del apostólico pescador[43].

44. — **Los beneficios de la Gracia que implora la Iglesia son para todo el mundo.**

"Euntes in mundum universum, praedicate evangelium omni creaturae" (Mc. XVI-15).

Un ilustrador de aquellos breves pero explícitos trazos de la Historia de Cristo, llevada desde su punto central hasta las extremidades de la tierra, se complace en disponer la evangelización sobre dos cuadros, que fija así: "Sacerdocium Salvatoris mundi: Imperium Salvatoris mundi" (Biblia Sacra secundum Vulgatam Clementinam, edita a P. Michaele Hetzanauer, OFM Cap.).

Estas palabras contienen en verdad y embellecen la finalidad de vuestra presencia aquí en Roma, ¡oh hijitos de diversas tierras! llegados de todos los ma-

---

[40] *Ecc.* 1959, núm. 917, pág. 145.
[41] *Ecc.* 1958, núm. 911, pág. 761.
[42] *Ecc.* 1958, núm. 911, pág. 761.
[43] *Ecc.* 1958, núm. 909, pág. 705.

res, convocados por el mismo signo de la vocación divina que os llevará a la educación de las almas y a establecer el dominio misterioso de la gracia divina en todo el mundo y en todo tiempo [44].

45. — La unidad de la Iglesia sirve también a los intereses de la comunidad civil de los pueblos y de las naciones.

Tal reconstrucción es siempre actual: Jesús fundó una Iglesia, imprimiendo en su faz el carácter de la unidad, levantada como para recoger a todas las humanas gentes bajo sus inmensos pabellones, que se extienden "a mari usque ad mare". ¡Ah!, ¿por qué esta unidad de la Iglesia Católica, entendida directamente y por vocación divina referida a los intereses de orden espiritual, no podrá llegar también a la reunificación de las diferentes razas y naciones, igualmente interesadas en propósitos de convivencia social señalados por las leyes de la justicia y de la praternidad?

Se impone aquí el principio, familiar a los creyentes, de que el buen servicio de Dios y de su justicia es también propicio al provecho de la comunidad civil de los pueblos y de las naciones [45].

46. — Los intentos de escisión cristiana son contrarios también a la felicidad y al bienestar del mundo.

Esta unidad de la Iglesia, que San Pablo, desde el día de su prodigiosa conversión, puso en perfecta armonía con la enseñanza de Pedro, aquella enseñanza cuyas líneas dejó Marcos en su Evangelio, lleva a considerar con vivo dolor cómo los intentos y los esfuerzos desgraciadamente llevados a término a lo largo de los siglos, de despedazar esta cohesión católica, son contrarios a la felicidad y al bienestar del mundo, concebido por el Nuncio de Jesucristo, como un solo rebaño bajo la guía de un solo pastor [46].

47. — Invitación amorosa a la fraterna unidad a cuantos llevan el nombre de Cristo en la frente.

La tristeza de esta dolorosa comprobación no detiene, no detendrá, confiamos en Dios, el esfuerzo de nuestra alma para proseguir la invitación amorosa a aquellos nuestros queridos hermanos separados que, porque llevan en la frente el nombre de Cristo y leen su Evangelio santo y bendito, no son insensibles a las inspiraciones de la piedad religiosa y de la caridad benéfica y bienhechora.

Recordando las palabras de tantos predecesores nuestros que, desde la cátedra apostólica, extendieron —desde el Papa León XIII hasta Pío XII, pasando por San Pío X, Benedicto XV y Pío XI, todos dignísimos y gloriosos pontífices— la invitación a la unidad, nos permitimos —"quid dicimus" ¿nos permitimos?—, pretendemos seguir humilde pero fervientemente nuestra tarea, a la que nos espolean la palabra y el ejemplo que Jesús el buen Pastor divino, continúa dándonos al mirar las mieses que blanquean sobre vastos campos misioneros: "Et illas oportet me adducere... et fiet unum ovile et unus pastor" (Jn. X-16), *y el clamor elevado a su Padre en las últimas horas en la inminencia del supremo sacrificio: "Pater, ut unum sint; sicut tu, Pater, in me, et ego in te; ut et ipsi in nobis unum sint, et credat mundus quia tu me missisti"* (Jn. XVII-21) [47].

---

[44] *Ecc.* 1958, núm. 909, pág. 705.
[45] *Ecc.* 1959, núm. 912, pág. 67.
[46] *Ecc.* 1959, núm. 917, pág. 145.
[47] *Ecc.* 1959, núm. 912, pág. 7.

48. — Actitud de humildad y caridad hacia nuestros hermanos separados.

Ojalá este admirable espectáculo de unidad con que se destaca y resplandece la única Iglesia católica, y esos anhelos y plegarias con que pide a Dios para todos esa misma unidad, conmuevan y alienten saludablemente vuestras almas: nos referimos a vosotros, que estáis separados de esta Sede Apostólica.

Permitid que os llamemos, con suave afecto, hermanos e hijos: permitidnos alimentar la esperanza que de vuestra vuelta acariciamos con paterno y amante corazón. Queremos hablaros con el mismo interés pastoral que Teófilo, Obispo alejandrino, cuando un infausto cisma había desgarrado la túnica inconsútil de la Iglesia, convocaba a sus hermanos e hijos con estas palabras: "Cada uno según su capacidad, oh dilectísimos, participantes de la celestial vocación, imitemos a Jesús, cabeza y consumador de nuestra salvación. Abracemos esa humildad de corazón y esa caridad que elevan y unen con Dios y una sincera fe en los divinos misterios. Huid de la división, evitad la discordia..., estrechaos con mutua caridad; escuchad a Cristo, que dice: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis mutua caridad" (Hom. in mysticam coenam; P. G. LXXVII, 1.027) [48].

49. — Esperanzas de retorno de nuestros hermanos separados al único redil del catolicismo.

Todos saben que nuestro Divino Redentor fundó una sociedad, que habrá de conservar su unidad hasta el fin de los siglos: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo" (Mt. XXVIII-20); *y que para esto Jesucristo dirigió al Padre Celestial fervorosísimas súplicas. Esta oración de Jesucristo, que, sin duda, le fue acepta y escuchada por su reverencia* (Heb. V-7): *"para que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros"* (Jn. XVII-21), *engendra en nosotros una esperanza dulcísima y nos da la seguridad de que finalmente todas las ovejas que no pertenecen a este redil, sientan el deseo de volver a él; y así, conforme a las palabras del Divino Redentor: "habrá un solo rebaño y un solo pastor"* (Jn. X-16) [49].

50. — La Iglesia casa paterna de todos los cristianos.

Os rogamos presteis atención a que, al llamaros amorosamente a la unidad de la Iglesia, no os invitamos a una casa ajena, sino a la propia vuestra, a la que es común casa paterna. Permitid por eso que os exhortemos, con grande amor hacia todos "en las entrañas de Jesucristo" (Filip. I, 8), *a que os acordéis de vuestros padres, "que os predicaron la palabra de Dios; y, considerando el fin de su vida terrena, imitad su fe"* (Hebr. XIII, 7). *El preclaro ejército de santos bienaventurados que de cada uno de vuestros pueblos ya han subido al cielo, y principalmente aquellos que con sus escritos transmitieron y explanaron tan recta y copiosamente la doctrina de Jesucristo, parecen invitar a vuestros corazones con el ejemplo de su vida, a la unidad con esta Sede Apostólica, con la cual vuestra comunidad cristiana también ha estado vinculada durante tantos siglos* [50].

---

[48] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 40.
[49] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 39.
[50] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 40.

51. Todos los bautizados, quieran o no, son hermanos nuestros.

Por tanto, a todos los que están separados de Nos les dirigimos como a hermanos las palabras de San Agustín cuando decía: "Quieran o no, hermanos nuestros son. Sólo dejarían de ser nuestros hermanos si dejaran de decir: Padre nuestro" (In Ps. XXXII, Enarr. II, 29: P. L. XXXIV, 299). *"Amemos a Dios Nuestro Señor, amemos a su Iglesia; a El como a Padre, a ésta como a madre; a El como a Señor y a ésta como a su esclava; porque somos hijos de su esclava. Tal unión se forja con una grande caridad; nadie mientras ofende a uno puede merecer bien del otro. ¿De qué te sirve no tener ofendido al Padre si El venga a la madre ofendida?... Asíos, por tanto, carísimos; asíos unánimemente a Dios Padre y a la madre Iglesia"* (In Ps. 82. Enarr. II: P. L. XXXVII, 1.140) [51].

52. — Constante preocupación de la Iglesia por el retorno de los hermanos separados.

En su discurso a la Comisión Internacional para la Canonización de Nicolás Stenone, decía el Papa: "Este sentimiento (el celo apostólico) fue la fuente de una actividad incansable, marcada por dos trazos en los que se reconoce a los verdaderos hijos de la Iglesia: una aceptación inviolable de todos los puntos de la doctrina revelada, un gran respeto y una afectuosa caridad para los que no comparten nuestras convicciones. Por estos métodos, la santa Iglesia, hoy como en los tiempos de Nicolás Stenone, trabaja por atraer al rebaño de Jesucristo todas sus ovejas. Es aquel, como lo sabéis, uno de los principales designios de nuestro pontificado y un esfuerzo en el que contamos con el concurso de todos nuestros hijos y muy especialmente de los que, como Nicolás y como vosotros mismos, vivís en contacto con nuestros hermanos separados" [52].

53. — Los hermanos separados en su retorno no encontrarán una casa extraña sino la suya propia.

Rezamos a Dios para que puedan venir todos jubilosa y libremente y para que ocurra esto muy pronto, con la inspiración y ayuda de la Gracia divina. No encontrarán una casa extraña sino la suya propia, que ya en tiempos remotos fue hecha esplendorosa por la famosa sabiduría de sus antepasados y adornada por sus virtudes [53].

54. — Ambiente propicio de hoy para el Concilio Ecuménico.

Pedro está siempre presto a tener fe en su misión, en vista de las nuevas posibilidades que los recursos, aun de orden material, del progreso humano ofrecen para las ventajas de orden espiritual.

En nuestros días son frecuentes las reuniones de políticos, diplomáticos, científicos, industriales, de hombres pertenecientes a las varias categorías del comercio y de la profesión. Algunos de ellos no llevan en la frente, desgraciadamente, el nombre y el signo de Cristo, aún más, acaso, algunos se dejen dominar por la fuerza y por la prepotencia del príncipe de este mundo, que está contra

---

[51] *Ecc.* 1959, núm. 939, págs. 40-41.
[52] *Ecc.* 1959, núm. 955, pág. 480.
[53] *Ecc.* 1958, núm. 903, pág. 514.

Cristo. ¿Por qué no se podría reunir aquellos que están de acuerdo para la exaltación del hecho más memorable de la historia humana: la victoria de la civilización bajo la luz de Cristo? [54].

55. — Halagüeñas esperanzas al solo anuncio de Concilio.

También para el futuro Concilio se impone esta base sólida e insustituible. Por todas partes se aspira a la unión. Baste pensar y este es otro motivo de optimismo, que mientras una carta del gloriosísimo Pontífice León XIII, en 1897, que invitaba a los alejados a volver a la casa del Padre, fue acogida con manifestaciones de áspera negativa, más aún con insoportable desprecio, hoy, en cambio, las mayores esperanzas se han manifestado ya al solo anuncio del próximo Concilio.

La unidad interna de la Iglesia es siempre algo previo a su desarrollo. Si antes oyésemos voces y proposiciones del exterior y nos pusiésemos a discutir, dijo el Papa, otros se colocarían en nuestro camino, y sólo conseguiríamos agravar las dificultades. Por el contrario, la Iglesia debe pensar, ante todo, en su constante vida y finalidad para responder con nuevo ímpetu al plan divino trazado por nuestro Señor. Una vez que hayamos establecido, convenido, indicado, las mejores soluciones, conforme también con las nuevas exigencias de los tiempos, podremos indicar a los hermanos separados, el camino seguro para aquella unidad, que ellos mismos anhelan [55].

56. — Corrientes de simpatía entre muchos de nuestros hermanos separados hacia el Catolicismo.

Sabemos, por otra parte, con gran consuelo nuestro, que en estos últimos tiempos, se ha venido creando en el seno de no pocas comunidades separadas de la Cátedra de San Pedro, cierto movimiento de simpatía hacia la fe y hacia las instituciones católicas y que, al estudio de la verdad que disipa los prejuicios, ha brotado una estima considerable hacia esta Sede Apostólica. Sabemos, además, que casi todos los que llevan el nombre de cristianos, a pesar de estar separados de Nos, y desunidos entre sí, a fin de trabar entre sí la unión, han efectuado reuniones y para ello organizado asambleas; todo lo cual está demostrando el vehemente deseo que les impele a realizar por lo menos alguna unidad [56].

---

[54] *Ecc.* 1959, núm. 945, pág. 204.

[55] *Ecc.* 1960, núm. 973, pág. 295.

[56] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 39. El Papa parece aludir con estas palabras a las vibrantes manifestaciones del Patriarca Ecuménico de Constantinopla, Mons. Atenágoras, cuya jurisdicción se extiende a unos dos millones de fieles diseminados hoy por Turquía, Dodecaneso, Athos, Creta, Estados Unidos, Australia, Canadá y Europa Central y Occidental, quien en su mensaje de Año Nuevo de 1959, contestó así al mensaje navideño de invitación a la unidad que S. S. el Papa Juan XXIII dirigiera en días anteriores a todo el mundo cristiano:

«Esta Sede Santísima, Apostólica y Ecuménica, y Nos personalmente en oración continua por la Iglesia de todos, acogemos con gozo toda llamada sincera a la paz, venga de donde viniere, y particularmente, nótese bien, cuando esta llamada proviene de un centro cristiano como el de la antigua Roma.

»La imagen dolorosa de la humanidad actual, que padece pruebas sin número por falta de comprensión mutua, y la ausencia de una vida pacífica de los pueblos, nos impone a nosotros, los jefes de las iglesias cristianas, el deber imperativo de mostrar en común al mundo de hoy que los adelantos técnicos y científicos no bastan para crear una civilización mundial sin fundamentos espirituales religiosos y morales sin Jesu-Cristo, que concede a los hombres la caridad, la paz y la justicia.

57. — El Concilio iluminará muchas inteligencias y moverá muchos corazones.

Además, el Padre Santo expresó su complacencia por la promesa de oraciones por el feliz éxito del Concilio Ecuménico. Sin duda iluminará muchas inteligencias y moverá muchos corazones.

Es preciso preparar bien todo, con mucha caridad y perfecto conocimiento de los pueblos, y saber tener en cuenta también a los hijos de una antiquísima tradición, que ahora hay que comprender y atraer con demostraciones de fraternidad, amabilidad y paz. De seguro que el Señor intervendrá con su gracia y

---

»Por consiguiente, profundamente conscientes de esta responsabilidad, Nos declaramos que estamos sinceramente dispuestos a aportar positivamente, con abundantes oraciones y súplicas incesantes de nuestra Iglesia Ortodoxa por la "paz de todo el mundo", nuestra colaboración aun en los dominios más prácticos, tanto en las organizaciones intereclesiásticas más amplias, en las que nosotros participamos desde hace tiempo en colaboración completa, como en el cuadro de contactos especiales con la Venerada Iglesia de Occidente, a fin de aliviar la angustia de las naciones inquietas... en el pavor y la ansiedad por el futuro del universo, y de consolidar firmemente la esperanza de los hombres en la perspectiva de un futuro más dichoso.

»Consideramos ya oportuno que en estos tiempos cosmogónicos de la vida de la humanidad, Nos, que hemos sido llamado por Dios a la misión de cuidar y de asistir espiritualmente a millones de fieles de nuestras iglesias, debemos unirnos para que en sus profundísimas necesidades los pueblos encuentren un alivio y una solución a los problemas que les afligen.

»Bajo el peso de tales pensamientos y disposición de ánimo hemos tenido conocimiento indirectamente de "la llamada a la unidad de los iglesias" que Su Santidad el Jefe de la Iglesia de Roma ha renovado y que Nos interpretamos saludándole fraternalmente como una concepción clara de la necesidad de un encuentro de las fuerzas espirituales representadas por la Iglesia divinamente fundada por Cristo, no ciertamente en el estado de división y de disensión en el que se encuentra desde hace siglos hasta nuestros días, sino en la unidad ideal y deseable que el Señor ha previsto y le ha dado; y esto es necesario para probar que el mensaje de Navidad no es una cumbre inaccesible de autoperfección y de virtud, sino una fuerza que permite al hombre mortal acercarse al perfecto modelo.

»He aquí por qué Nos tenemos la convicción que cada llamada a la unidad debe ir acompañada de esfuerzos y de actos indispensables y concretos que pongan en armonía las intenciones y los actos y nos acercarán verdaderamente al Señor, a Nos y a los miembros de nuestras iglesias, al menos en cuanto al presente, en un orden práctico y en espíritu de igualdad, de justicia, de libertad espiritual y de respeto mutuo. Durante estos días de la Epifanía de Cristo nuestro Señor sobre la tierra sagrada del Oriente, Nos esperamos, con una firme confianza en nuestras oraciones, que con toda la humanidad vuelta hacia el "príncipe de la Paz y el Padre del siglo futuro" que vino del Oriente, la Iglesia de Roma se volverá también fraternalmente hacia el Oriente. Nos lo deseamos y lo esperamos de Su Santidad, el nuevo Papa de Roma Juan XXIII, cuya persona es tan conocida, amada y respetada en nuestras regiones. Es éste un deseo común del mundo cristiano y será el alba de un año verdaderamente nuevo en Jesucristo» (E. 1959, núm. 918 pág. 184).

Posteriormente, el mismo Patriarca Atenágoras, con motivo de su mensaje Pascual de 1960, refiriéndose después de su reciente viaje a la ciudad santa de Jerusalén al angustioso problema de la escisión cristiana, dice textualmente: «Confesamos que en la Santa Ciudad, junto al sepulcro del Salvador, sentimos más dolorosa y oprimente la división de la Iglesia de Cristo. Según San Juan, los soldados tomaron las vestiduras de Jesús e hicieron cuatro partes, una para cada uno de ellos (Jn. 19, 23). La suerte de las vestiduras de Jesús, fue, por desdicha, la suerte también de su Santa Iglesia. Fue desgarrada la túnica de Cristo y fue dividida su Iglesia, y esta división se continúa contra la voluntad de su Fundador y contra su oración sacerdotal en la que ruega al Padre Celestial que guarde a sus discípulos y a los que por su palabra han de creer en él para que todos sean uno (Jn. 17, 11). No es, sin embargo, posible que esta división continúe y se perpetúe para daño de la obra por la que se hizo hombre y fue inmolado Cristo. Es necesario que sea cosida de nuevo la túnica desgarrada de Cristo, que cubra

nos proporcionará grandes consuelos, aun cuando otros disfruten de sus fecundos resultados en el futuro. La historia lo atestigua con los acontecimientos de ese o de aquel siglo, pues la Iglesia a través de vicisitudes y contrariedades ha seguido constantemente fiel a su misión y ha podido continuar su marcha.

Este es el verdadero gozo para todos, viejos y jóvenes. La Iglesia es firme, pacificadora, orientadora. La piedra no se ha removido desde el día en que el Señor la colocó en terreno firme y declaró segura hasta el fin de los tiempos. San Pedro está siempre aquí. Junto a él está San Pablo como para cimentar la misma palabra del Primer Papa. Esta es nuestra certeza: Veritas Domini manet in aeternum. A ella se aferra por los siglos la Iglesia, una, santa, católica y apostólica (Alocución Pontificia a los Superiores y alumnos del Colegio Ruso el 5 de mayo de 1960) [57].

58. — Oraciones a María Santísima por la empresa cristiana más grande y de mayor interés del mundo.

Por esto declaro solemnemente que Nos confiamos mucho en la plegaria de los fieles que tienen el corazón encendido de amor hacia la Madre de Dios. Y como durante el mes de mayo, que por una costumbre laudable se dedica a la Virgen celeste, tienen lugar especiales plegarias y solemnidades religiosas, hemos decidido exhortar a todo el pueblo cristiano a suplicar a la Madre de Dios, en este tiempo, por el feliz éxito de una empresa que es de grandísima importancia e interés. Como, en efecto, hemos ya anunciado públicamente, es nuestra intención reunir un Concilio Ecuménico para tratar las cuestiones que mayormente interesan al bien de la Iglesia Universal [58].

59. — Las oraciones influirán más que los recursos humanos en el éxito del Concilio.

Estamos plenamente persuadidos que, para alcanzar un fin de tan gran importancia, los recursos humanos, de cualquier género que sean, valen muy poco; teniendo, sin embargo, mucha eficacia las fervientes e insistentes oraciones de los fieles. Se esforzarán, en consecuencia, los sagrados pastores en hacer que su grey, durante este mes, dirija ardientes súplicas a la gran Madre, potentísima ayuda de los cristianos y misericordiosísima Reina del cielo y la tierra. De manera particular deben sentirse comprometidos en recomendar insistentemente a María Santísima esta nuestra intención con su plegaria, los miembros del clero secular y religioso, que Ella ama con amor especial. Lo mismo harán todas las religiosas que, lejos del mundo, sirven a Cristo en sus conventos. También los fieles, en este mes de las flores, se acercarán cada día al altar de la Virgen, para presentarle su homenaje por esta intención y recitar la corona del santo rosario.

---

su desnudo cuerpo y que la santa e inmaculada esposa de Cristo, la Iglesia, encuentre su unidad. El muro medianero, que los siglos han levantado entre las confesiones cristianas, no hace imposible su mutua comprensión, acercamiento y reunión. A la vista está la consoladora y lúcida buena disposición por parte de los Jefes de las Iglesias, que se muestra en estos últimos tiempos. Sean invitados los teólogos para los trabajos preparatorios y para preparar el camino. Nosotros, los encargados de la dirección religiosa de los fieles, podemos desde ahora, con espíritu de caridad y sincera disposición, contribuir a la variada colaboración que incumbe a la Iglesia, sin omitir nada para su adelantamiento y progreso...» («Oriente cristiano», Madrid, mayo, 1960, núm. 5, págs. 4 y 12).

[57] *Ecc.* 1960, núm. 983, pág. 619.

[58] *Ecc.* 1959, núm. 930, pág. 533.

Si falta la posibilidad de acudir a la Iglesia, la familia levantará su plegaria en privado dentro de los muros domésticos. Los enfermos ofrecerán sus dolores como sacrificio gratísimo para obtener los favores de esta amantísima Madre.

A Ella, en fin, por la intención que tanto nos pesa en el corazón, dirigirán sus invocaciones los niños y las niñas con la gracia de su inocencia. Ella, refulgente por el esplendor de su virginidad, acoge y escucha de mejor grado las súplicas de las almas inocentes.

Sobre todo, desearíamos que se celebrara con más intenso fervor la novena preparatoria de la fiesta de Pentecostés, como universalmente suele hacerse, y que este año tendrá lugar dentro del mismo mes de mayo. Todos postrados delante de los altares de la Virgen, que justamente es llamada Esposa del Paráclito, pedirán insistentemente la efusión de los dones del Espíritu Santo para que a la familia cristiana llegue un nuevo Pentecostés [59].

60. — Actos de penitencia y expiación por el retorno de nuestros hermanos separados.

Se elevarán al cielo fervientes súplicas implorando consuelo para los que sufren; se ofrecerán al Señor actos de penitencia y de expiación para reparar los derechos divinos conculcados y alejar de aquella comunidad toda tempestuosa amenaza "ut per totum mundum sit castae communionis integritas" (S. León M. Ep. 80: ML, 54, 913). *Unidos así en torno a su Pastor, los romanos sentirán más viva la verdad, divinamente enseñada a Saulo en el camino de Damasco, de que en todo cristiano sometido a dura prueba es Cristo quien nuevamente sufre en él; en la oración testimoniarán el signo concreto de los lazos suaves que ligan entre sí a los diversos miembros del único Cuerpo Místico; y su gesto servirá para confortar y animar a los hermanos católicos chinos en la perseverancia del amor a Cristo y a su Iglesia* [60].

61. — El Papa envía los cirios de la Candelaria a los más célebres santuarios mundiales de la Santísima Virgen y de San José.

El Papa quiso luego añadir un pensamiento. Los presentes habían ido al Padre de las almas en la mañana siguiente de la fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen, llamada la fiesta de la Candelaria: gozosa iluminación de luces que recuerdan al Niño Jesús presentado en el templo y consagrado a Dios después de los cuarenta días de su nacimiento.

En tal circunstancia son ofrecidos al Padre Santo grandes y artísticos cirios que, luego, según costumbre, son distribuidos por él a Institutos religiosos y personalidades. Este año el Papa había pensado pedir un pequeño sacrificio a cuantos están acostumbrados a recibir estos cirios y los había destinado, por consiguiente, a los principales santuarios del mundo, en los que sonríe la Señora y se venera a San José.

A este propósito el Papa exhortó a tener una ferviente devoción al glorioso Patriarca, Padre putativo de Jesús. El es el santo más insigne después de la Santísima Virgen e intercesor poderosísimo, a quien nadie ha acudido sin que haya sido escuchado.

De San José recordó el Papa el gran santuario del Canadá; a él destinó uno de los cirios más hermosos, para que luzca allí y recuerde que el clero romano ha dado ejemplo a los fieles de lo hermoso que es unirse todos como hermanos,

---

[59] *Ecc.* 1959, núm. 930, pág. 533.

[60] *Ecc.* 1959, núm. 915, pág. 90.

y represente las súplicas para que Dios asista al futuro Concilio y que esta solemne Asamblea Ecuménica sea un coeficiente extraordinario y potente de paz [61].

62. — Ofrenda de plegarias y sufrimientos por el Concilio.

Antes que nada, deseamos expresaros el profundo reconocimiento por el don, más precioso que ninguno, que habéis venido a ofrecernos; el regalo de vuestras plegarias y de vuestros sufrimientos con que habéis respondido prontamente al llamamiento por Nos dirigido a todos los fieles para obtener las gracias divinas en favor del Sínodo de la Urbe, del Concilio Ecuménico y de la puesta al día del Código Canónico y promulgación del de la Iglesia Oriental.

¡Gracias, hijitos! Vosotros habéis demostrado así que sois en la Iglesia de Dios verdaderos tesoros incomparables y valiosa fuente de espirituales energías sobre quienes tanto confía el Vicario de Cristo para el bien y la salvación de la humanidad [62].

63. — El éxito del Concilio depende, más que de humanos trabajos, de las oraciones de todos.

Nos, a causa de todo eso, dirigimos humildes súplicas a Dios benignísimo, dador de luces celestiales y de todos los bienes, para que sea amparada la unidad de la Iglesia y extendido el reino y rebaño de Cristo; y a todos los hermanos e hijos carísimos que en Cristo tenemos les exhortamos a que también las dirijan. Porque el feliz éxito del futuro Concilio Ecuménico, más que de humanos trabajos y de diligente habilidad, ciertamente depende de las oraciones hechas por todos con gran fervor, como en una piadosa competencia mutua. E invitamos con grande afecto a elevar tales peticiones hacia Dios también a aquellos que, aun sin ser de este rebaño, reverencian, sin embargo, y rinden culto a Dios y con buena voluntad procuran obedecer a sus preceptos.

Aumente y cumpla esta esperanza y estos votos nuestros la divina plegaria de Cristo: "Padre Santo, que sean uno, como nosotros... Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad... Pero no ruego por estos solamente, sino también por quienes han de creer en Mí debido a su palabra; ...para que sean consumados en la unidad.." (Jo. XVII, 11, 17, 29, 21 y 23) [63].

64. — Cruzada de oraciones por la unidad.

Un tercer pensamiento —añadió el Padre Santo—. Estamos en el comienzo del "Octavario por la Unidad", es decir, en el ciclo de oraciones especiales para implorar el retorno o la llegada a la verdadera Fe, a la verdadera Iglesia de aquellos que todavía están alejados. El movimiento, la providencial iniciativa, se remonta a León XIII. No se trata sólo de una piadosa práctica, no se trata de un escapulario de devoción, aunque apreciable. Es un movimiento ardiente del espíritu, del corazón, que busca hacer suyo el suspiro, el anhelo supremo del Divino Maestro, quien, pocas horas antes de su inmolación suprema por nosotros, pedía a su Padre la unidad de todas las almas: "Ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint". El problema está muy en el alma del Pastor. Recoge sus ansias. Le afana para que la sal-

---

[61] *Ecc.* 1960, núm. 971, págs. 232-233.
[62] *Ecc.* 1959, núm. 924, pág. 367.
[63] *Ecc.* 1959, núm. 939, pág. 41.

vación llegue a todos los hombres: a aquellos que, aun estando dentro de la Iglesia, no acaban de escuchar la voz de Dios; a aquellos que están separados, pero llevan en el alma y en sus vestidos el signo de la cruz, o que en su soledad, buscan el sentido de la palabra de Dios en la Sagrada Escritura; a las multitudes que todavía ignoran la redención.

Se necesitan especiales oraciones, especiales sacrificios. Quizá, hoy más que nunca, la puerta para entrar es estrecha —como se lee en San Mateo—; es decir, requiere esfuerzo de voluntad y abnegación. Pero si todos nosotros actuamos como quiere el Señor, como El mismo anhela y espera, serán muchos los que entrarán en su redil, o sea, en la paz de su Corazón, en la unidad de su enseñanza [64].

65. — Oraciones en Lourdes por el Concilio.

Nuestra Señora de Lourdes os invita a reafirmar y a profundizar en vuestra fe, sin dejaros ofuscar por las falsas opiniones tan extendidas hoy.

Que a vuestra fe añada una confianza filial en quien tantas veces en vuestra historia se ha mostrado vuestra Abogada, vuestro Refugio, vuestra Protectora.

Continuad dirigiéndole con fervor vuestras plegarias y confiadle las grandes intenciones de la Iglesia, en particular, la del Concilio Ecuménico que ocupa ahora el centro de nuestras preocupaciones y del que Nos esperamos tan grandes cosas para el bien de las almas [65].

66. — Afán de la Acción Católica por el apostolado unionista

Hay, después, esparcidos por el mundo, cristianos de nombre, pero separados de la Iglesia católica. Algunos viven en directo contacto con los católicos en países donde los monumentos del pasado hablan elocuentemente de la antigua unidad. Hay regiones enteras en las que esta unidad se viene rompiendo, y más que en ninguna en los mismos campos de misión. La Acción Católica —Su Santidad gusta de ponerlo en relieve— merece un especial encomio por haberse ocupado siempre de este problema. ¿Qué cosa deseamos y auguramos? El triunfo para todos de Nuestro Señor Jesucristo y de su cruz [66].

67. — Los fieles deben interesarse también en el éxito del próximo Concilio.

En espera de aquella incomparable meta, he aquí ya un profundo consuelo al revelar los ecos favorables y la extraordinaria alegría producida en todas partes con el simple anuncio del Concilio. Es conveniente que los fieles sean adoctrinados de cuanto acaece y tendrá lugar en relación con las repercusiones y los resultados de la excepcional reunión.

Con la gracia de Dios, Nos haremos, pues, el Concilio. Y entendemos prepararlo teniendo como mira aquello que es más necesario consolidar y vigorizar en el conjunto de la familia católica, en conformidad con el designio de Nuestro Señor. Después, cuando ya hayamos actuado este poderoso empeño, eliminando aquello que de parte humana podía obstaculizar un más expedito camino, presentaremos la Iglesia en todo su fulgor, "sine macula et sine ruga", y diremos a todos los otros que están separados: "ortodoxos", protestantes, etc.: ésta es

---

[64] *Ecc.* 1959, núm. 916, pág. 118.
[65] *Ecc.* 1960, núm. 971, pág. 233.
[66] *Ecc.* 1959, núm. 945, pág. 204.

la Iglesia de Cristo. Nosotros nos hemos esforzado en serle fieles, pidiendo al Señor la gracia de que ella permanezca siempre como El ha querido.

Venid, venid; este es el camino abierto al encuentro, al retorno; venid a ocupar o a volver a ocupar vuestro puesto, que para muchos de vosotros es el de vuestros antiguos padres. De la paz religiosa, de la familia cristiana reconstruida, ¡qué alegría, qué prosperidad, aun de orden cívico y social, no es lícito esperar para el mundo entero! [67].

68. — Oremos al Espíritu Santo por el éxito del Concilio.

En cuanto a Nos, sentimos el deber de deciros que los cuidados más vivos y punzantes de nuestra conciencia de pastor universal de la Iglesia en la hora presente, nos invitan a señalaros, venerables hermanos y queridos hijos, algunas intenciones especiales que llevamos más en el corazón.

Ante todo, nos proponemos orar para que los dones del Divino Espíritu desciendan sobre los trabajos de preparación del Concilio Ecuménico. Se trata de un gran acontecimiento. "No mire el Señor nuestros pecados, sino la fe de su Iglesia y se digne pacificarla y reunirla según su voluntad"; para que su estructura interior adquiera nuevo vigor y todas las ovejas oigan la voz del Pastor, le sigan y se haga aquel único rebaño que el Corazón de Jesús ardientemente anhela [68].

69. — Oración al Espíritu Santo por el Concilio.

Oh Espíritu Santo, enviado por el Padre en el nombre de Jesús, que asistís a la Iglesia con vuestra presencia y la dirigís infaliblemente, dignaos, os lo rogamos, derramar la plenitud de vuestros dones sobre el Concilio Ecuménico.

Dulcísimo Maestro y Consolador, iluminad los espíritus de nuestros Obispos, que, respondiendo celosamente al Soberano Pontífice, se reunirán en Concilio.

Haced que este Concilio tenga frutos abundantes; que la luz y la fuerza del Evangelio se extienda cada vez más en la sociedad humana; que la religión católica y la actividad de las obras misioneras acrecienten su vigor; y que, en fin, la doctrina de la Iglesia sea más plenamente conocida y las costumbres cristianas experimenten un saludable progreso.

Dulce Huésped de las almas, confirmad nuestras inteligencias en la verdad y disponed nuestros corazones en la obediencia para que recibamos con sincera sumisión todas las decisiones del Concilio y las pongamos en práctica con entusiasmo.

Os rogamos también por las ovejas que no están en el único aprisco de Jesucristo, a fin de que, del mismo modo que se honran de ser cristianas, lleguen igualmente por fin a la unidad, bajo el cayado del único Pastor.

Renovad en nuestra época, como en un nuevo Pentecostés, vuestras maravillas y conceded a la Santa Iglesia que, en una plegaria unánime, insistente y perseverante a María, la Madre de Jesús, bajo la vara de San Pedro, se extienda el reino de nuestro divino Salvador, reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Así sea. [69].

---

[67] *Ecc.* 1959, núm. 945, pág. 204.

[68] *Ecc.* 1959, núm. 935, pág. 673.

[69] *Ecc.* 1960, núm. 981, pág. 550. A propósito del próximo Concilio Ecuménico, es del mayor interés la interviú que el Emmo. Cardenal Tardini, Secretario de Estado del Vaticano, y Presidente de la Comisión Antepreparatoria del Concilio, celebró en rueda de periodistas: Hela aquí:

—¿Cuál será la lengua del Concilio?

A esta interesante pregunta, presentada por un periodista norteamericano, el Cardenal respondió con vivacidad y en tono humorístico:

—El latín, que, siendo una lengua concisa y difícil, obligará a los padres conciliares a ser breves en sus discusiones.

Luego, Su Eminencia explicó los dos serios motivos que obligan a adoptar la lengua aúlica como idioma oficial del Concilio. Ante todo, porque es la lengua de la Iglesia católica, y luego, porque es especialmente apta para exponer con precisión, claridad y concisión los conceptos de nuestra doctrina y las normas de la disciplina eclesiástica. Por ahora no se piensa hacer uso de las traducciones simultáneas, porque en materia de fe una palabra mal traducida o expresada con poca exactitud en lengua vernácula puede dar origen a confusiones y disensiones. Podrían recordarse a este propósito las largas discusiones que se originaron en otros concilios en torno a las expresiones «filioque», «hipostasis», etc. Por otra parte, los latinistas de la Curia romana tienen ya hechos estudios muy completos sobre cómo han de traducirse al latín las expresiones modernas, como bomba atómica, telegrama, avión a reacción y otras.

—¿Será breve o largo el Concilio?

—Ciertamente, no durará diecisiete años como el de Trento. Los obispos no pueden ausentarse por largas temporadas de sus diócesis. Por eso el Concilio no será demasiado largo; pero nada se puede prever ahora sobre este particular. Una cosa juega en el mundo moderno a favor de una breve duración: la facilidad de comunicaciones postales. Esto permitirá que los asuntos lleguen ya al Concilio muy estudiados. Antes de que se abra la grandiosa asamblea, se enviarán a los Obispos los esquemas y cuestiones que después habrán de ser tratados, para que hagan sus anotaciones y expongan su criterio. Se ganará así mucho tiempo y luego las discusiones y los turnos de votación procederán con más rapidez.

Otra pregunta de un periodista, seguramente demócrata:

—¿Se puede decir que el Concilio es un parlamento mundial con carácter sagrado?

El Cardenal respondió con cierta gracia:

—Dado que los Obispos «hablarán» en las sesiones de estudio y en las discusiones, exponiendo con plena libertad su pensamiento y dando su libre voto, a la sagrada asamblea se le puede llamar «parlamento». Pero entre un Concilio Ecuménico y un parlamento existen muchas y profundas diferencias, que nacen de la diversa naturaleza y finalidad de ambas asambleas, así como de la categoría jurídica de sus componentes. Los Obispos son ciertamente testigos e intérpretes de la fe y de los deseos del pueblo cristiano. En este sentido la representan y serán el eco de su voz y de la opinión pública de la Iglesia, trayendo a Roma las inquietudes y los problemas de todas las situaciones y de todos los puntos de la geografía cristiana. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los Obispos reciben el poder y la autoridad de Dios a través de la libre elección del Papa. Y, reunidos en Concilio, en unión con el Sumo Pontífice, cuando se trata de decisiones últimas en materia de fe y costumbres, poseen el don de la infalibidad. Además, en el Concilio, los Obispos ejercen no sólo el poder doctrinal y legislativo, sino también el ejecutivo y judicial, como sucedió, por ejemplo, en el tercer Concilio Lateranense —año 1179—, donde fue ratificada la paz con Federico Barbarroja, y también en el primer Concilio de Lyón, que condenó al emperador Federico II —año 1345—.

Intencionada pareció la pregunta de un redactor de uno de los más importantes diarios italianos:

—¿Serán invitados esta vez a participar en el Concilio, como se hizo en otras épocas de la historia, los Jefes de Estado o sus embajadores?

Inmediata la respuesta del Cardenal «primer ministro del Papa»:

—«Questa volta faremmo da noi». Esta vez, no. La Iglesia, gracias a Dios, goza ahora de mucha mayor libertad que en otros tiempos. No estaría bien ver en el Concilio a jefes de Estado u hombres políticos junto a los Cardenales y Obispos. Si algunos quisieran asistir «para escuchar conversaciones en latín», podría prepararse para ellos una tribuna y nada más. Los tiempos han cambiado.

¿Qué fin se propone el Concilio?

A esta interrogación, el Cardenal presidente de la Comisión Antepreparatoria ha respondido así:

—De los documentos en los cuales el Papa habla del Concilio se deduce con toda claridad que el fin principal del Concilio Vaticano II será promover el incremento de la fe católica, una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano y la puesta al día de la disciplina eclesiástica según las necesidades de los tiempos. El Concilio ofrecerá, además, un espectáculo tan maravilloso de verdad, de unidad y de caridad, que constituirá por sí mismo para los que están lejos de la Sede Apostólica una invitación a buscar y conseguir esa unidad a la que muchos de ellos sinceramente

aspiran. A este anhelo corresponden los afanes de la Iglesia católica, que con su materna y comprensiva bondad les abre confiada sus brazos.

—El Concilio será un hecho interno de la Iglesia —repitió varias veces durante su conferencia de prensa el eminentísimo purpurado—. Cuando se afirma que se va a celebrar un Concilio para hacer la unidad de las Iglesias, se plantea mal el problema. No nos vamos a sentar a una mesa redonda a discutir con los hermanos separados el modo de realizar la unidad. El Concilio es para estudiar los problemas propios de la Iglesia católica, sobre todo los nuevos problemas que han surgido en los últimos tiempos. Y resolverlos para dar mayor intensidad de vida y perfeccionar la organización de la Iglesia. Por eso mismo, porque se trata de un hecho interno de la Iglesia de Cristo, no podrán tomar parte activa en el Concilio los que a ella no pertenecen. Sin embargo, los representantes de otras Iglesias podrán asistir en calidad de observadores. Los que lo pidan espontáneamente, pues es muy probable que no se les pase una invitación particular, sino que sencillamente se hará una invitación en forma genérica. Con todo, este delicado problema es objeto del más atento estudio.

La conversación del Cardenal Tardini tocó otros muchos temas que no puedo recoger ya en estas limitadas líneas. He tratado de reflejar fielmente para los lectores de «*Ecclesia*» las palabras del distinguido purpurado sobre este «cósmico» acontecimiento: el Concilio que la Cristiandad espera con tanta ilusión (*Ecc.* 1959, núm. 956, pág. 528).

«MOTU PROPRIO» DE SU SANTIDAD JUAN XXIII POR EL QUE SE CONSTITUYEN LAS DIVERSAS COMISIONES PREPARATORIAS DEL II CONCILIO ECUMENICO VATICANO

He aquí el texto español del citado documento pontificio que juzgamos del mayor interés para conocer la labor de preparación y organizativa del Concilio:

«Inspiración del Altísimo nos parece el pensamiento que desde el principio de nuestro pontificado brotó en nuestra mente, como flor de primavera imprevista, de convocar un Concilio Ecuménico. En efecto, con esta solemne asamblea de obispos en torno al Pontífice Romano la Iglesia, amada Esposa de Cristo, puede adquirir en estos agitados tiempos un nuevo y mayor resplandor y respecto de los que, gloriándose del nombre cristiano, viven con todo separados de esta Sede apostólica, brilla de nuevo la esperanza de que, oyendo la voz del Divino Pastor, vengan a la única Iglesia de Cristo.

Por eso el 25 de enero de 1959, en la fiesta de la conversión de San Pablo Apóstol, después de haber asistido a los sagrados ritos en la basílica ostiense, manifestamos nuestro propósito de convocar un Concilio Ecuménico al Sacro Colegio cardenalicio, que lo acogió con expresiones de júbilo y de fervosos deseos. Más adelante, el 17 de mayo siguiente, en la fiesta de Pentecostés, para que los primeros trabajos se ejecutasen con solicitud y diligencia, nombramos una comisión antepreparatoria del Concilio Ecuménico, compuesta de prelados muy escogidos de la Curia romana y presidida por nuestro querido hijo el cardenal Domingo Tardini, nuestro secretario de Estado.

En nuestra primera carta encíclica especificamos que el Concilio Ecuménico se celebraba con el fin principal de «promover el incremento de la fe católica y una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano y de adaptar la disciplina eclesiástica a las necesidades de nuestros tiempos. Esto constituirá, a no dudarlo, un espectáculo tan maravilloso de verdad, de unidad y de caridad, que su vista aun a los que se separaron de esta Sede Apostólica será una suave invitación, como lo esperamos, a buscar y encontrar la unidad por la cual Jesucristo dirigió a su Padre celestial tan ardiente súplica» (Enc. «Ad Petri Cathedram», 29 de junio de 1959, AAS, LI, pág. 511).

Determinamos, además, que por la sede en la cual se celebraría el futuro Concilio se denominase Vaticano Segundo.

La comisión antepreparatoria ha llevado a cabo con suma diligencia el encargo que Nos le confiamos. Se ha puesto en contacto con el Episcopado para recibir sus consejos y sugerencias acerca de las materias de que se ha de tratar en el Concilio y, después de haber ordenado cuidadosamente el material contenido en las dos mil y más respuestas enviadas por obispos y prelados con expresiones de regocijo y felicitación, lo ha puesto en conocimiento de las sagradas congregaciones de la curia romana, que han podido utilizarlo con gran provecho en la elaboración de las proposiciones que Nos han presentado. Además, las universidades de estudios eclesiásticos y católicos, movidas por un celo semejante, han presentado votos y estudios sobre asuntos que serán de gran utilidad para la Iglesia.

Nos mismo hemos seguido estos trabajos de investigación, realizados con cuidado y diligencia, y nos hemos reservado el examinar personalmente con la mayor atención las sugerencias y consejos de los obispos, las proposiciones de las sagradas congregaciones de la curia romana y los estudios de las universidades. Damos, pues, al Señor vivísimas gracias porque a nuestro propósito ha correspondido un trabajo tan generoso y ferviente de nuestros venerables hermanos y queridos hijos.

Ya del material tan abundantemente recogido aparece claramente de qué asuntos debe ocuparse el próximo Concilio Ecuménico para el bien de la Iglesia y para la salud de las almas. Ha llegado, pues, el momento de proceder, con la ayuda de Dios, a la constitución de las comisiones que deben atender al estudio de las materias que podrán tratarse en el Concilio. Estarán compuestas de cardenales, obispos y eclesiásticos insignes en virtud y doctrina, así del clero secular como del regular, escogidos en las diversas partes del mundo para que aun en esto brille la catolicidad de la Iglesia.

Así que, con el presente «motu proprio», establecemos:

1. Para preparar el Concilio Ecuménico «Vaticano II» se constituyen las comisiones preparatorias, con el fin de estudiar los asuntos escogidos por Nos a la vista de los votos de los obispos y las proposiciones de las sagradas congregaciones de la curia romana.

2. Según sus exigencias, cada comisión podrá dividirse en secciones o subcomisiones.

3. Cada comisión tendrá presidente y cierto número de miembros. El presidente será un cardenal. Los miembros serán escogidos entre los obispos y eclesiásticos ilustres.

4. Se agregarán a cada comisión algunos consultores escogidos entre gente experta.

5. Cada comisión tendrá su secretario.

6. Los presidentes y los miembros de cada comisión, como también los consultores y el secretario, serán escogidos por Nos.

7. Se han constituido diez comisiones, y si fuere necesario podrán constituirse otras, con nuestro beneplácito. Las comisiones, pues, son las siguientes:

a) Comisión teológica, encargada de examinar las cuestiones que rozan con la Sagrada Escritura, la sagrada tradición, la fe y las costumbres.
b) Comisión de los obispos y del gobierno de las diócesis.
c) Comisión para la disciplina del clero y del pueblo cristiano.
d) Comisión de las órdenes religiosas.
e) Comisión de la disciplina de los sacramentos.
f) Comisión de la liturgia.
g) Comisión de los estudios y de los seminarios.
h) Comisión para las iglesias orientales.
i) Comisión para las misiones.
j) Comisión del apostolado de los laicos para todas las cuestiones relativas a la acción católica, religiosa y social.

8. Se instituye, además, un secretariado para tratar de las cuestiones tocantes a los medios modernos de difusión del pensamiento (prensa, radio, televisión,

cine, etc.). Este secretariado estará dirigido por un prelado nombrado por Nos y tendrá miembros y consultores igualmente nombrados por Nos.

Demostrando nuestro amor y benevolencia hacia los que se llaman cristianos pero están separados de esta Sede Apostólica, para que también ellos puedan seguir los trabajos del Concilio y encontrar más fácilmente el camino para alcanzar la unidad por la cual Jesucristo dirigió al Padre celestial tan ardiente súplica, instituímos un consejo o secretariado especial, presidido por un cardenal, escogido por Nos, y organizado como se ha dicho de las comisiones.

9. Finalmente, se instituye una comisión central que Nos mismo presidiremos, personalmente o por un cardenal de nuestra designación.

Miembros de la comisión central serán los presidentes de cada comisión, algunos otros cardenales y algunos obispos de las diversas partes del mundo.

11. A la comisión central se agregarán cierto número de consejeros, escogidos entre los obispos e insignes eclesiásticos.

12. La comisión central tendrá su secretario, que será secretario general.

13. Los miembros de la comisión central, como también los consejeros y el secretario general, serán escogidos por nuestra autoridad.

14. La comisión central tiene la misión de seguir y coordinar, si fuere necesario, los trabajos de cada una de las comisiones, de cuyas conclusiones nos dará una relación para que podamos establecer los asuntos de que se ha de tratar en el Concilio Ecuménico.

A la comisión central corresponde, además, proponer las normas relativas al desarrollo del futuro Concilio.

15. Finalmente, para proveer a la parte económica y técnica de la celebración del Concilio serán constituídos los convenientes secretariados.

Todo lo que en esta materia hemos creído útil establecer, queremos y ordenamos que permanezca firme y decidido, así como ha sido establecido, en su totalidad y en cada una de sus partes, sin que obste ninguna cosa contraria.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 5 de junio, fiesta de Pentecostés, del año 1960, segundo de nuestro pontificado, **Juan Papa XXIII.»**

PRESIDENTES DE LAS COMISIONES PONTIFICIAS PARA EL CONCILIO

De la Pontificia Comisión Teológica, a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Alfredo Ottaviani.

De la Pontificia Comisión de los Obispos y del Gobierno de las Diócesis a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Marcelo Mimmi.

De la Pontificia Comisión de la Disciplina del Clero y del pueblo cristiano a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Pedro Ciriaci.

De la Pontificia Comisión de Religiosos a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Valerio Valeri.

De la Pontificia Comisión de la Disciplina de Sacramentos a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Benedicto Luis Massella.

De la Pontificia Comisión de Liturgia Sagrada a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Cayetano Cicognani.

De la Pontificia Comisión de Estudios y Seminarios a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal José Pizzardo.

De la Pontificia Comisión de las Iglesias Orientales a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Amleto Juan Cicognani.

De la Pontificia Comisión de las Misiones a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Gregorio Pedro Agagianian.

De la Pontificia Comisión «de apostolatu laicorum in omnibus quae ad actionem catholicam, religiosam atque socialem spectant» (del Apostolado seglar de la Acción Católica, religiosa y social) a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Fernando Cento.

De la Dirección del Secretariado para la Unión de los cristianos para la preparación del Concilio Ecuménico Vaticano II, a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Agustín Bea.—(L'Osservatore Romano, 6-7 junio 1960).

Sección Primera

Sesiones Públicas de Estudio

I

La gran fuerza que ha de atraer a los cristianos a la unidad *

M. R. P. Dom Bernardo Sánchez
Prior de la Cartuja de Miraflores

Acepto gustosísimo y agradecido la delicada invitación que se me hace de dirigiros unas palabras. Unas palabras que han de ser de saludo afectuoso, sentido; de bienvenida a esta mansión de la paz y de la oración, a la que habéis querido venir para empezar, también con la oración, vuestras tareas, vuestros estudios en esta nueva Semana de Orientación Misionera. De bienvenida, en primer lugar, para Vos, Excmo. Señor Nuncio de Su Santidad, que, al asistir de nuevo a estas Semanas, nos predicáis una nueva lección de fervor misionero; a Vos que, con vuestro paso por la Cartuja, dejaréis aquí más y más afianzado y acrecentado el afecto y la veneración que sentimos por vuestra persona y la devoción por el Papa a quien representáis. De bienvenida a nuestro queridísimo Prelado, alma y vida de estas Semanas Misionales, de cuyo corazón y desvelos hemos visto nacer

* *NOTA DE LA REDACCION.* — Terminada la Santa Misa celebrada por el M. R. Padre Prior del Cenobio Cartujano, los Excmos. Prelados, las Excmas. Autoridades de la ciudad, profesores y semanistas se trasladaron del santo templo de la Cartuja a la amplia Sala Capitular, donde tuvo lugar la solemne sesión inaugural de la XII Semana Misional. Con el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, Mons. Hildebrando Antoniutti, ocupaban destacados sitiales en la presidencia el Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos, Mons. D. Luciano Pérez Platero, Presidente de las Semanas, el Arzobispo de Focchow, Mons. Teodoro Labrador, O. P., Excmos. Obispos de Chanteh, Mons. Gerardo Herrero, OESA, de Kweiteh, Mons. Arturo Quintanilla, ORSA, de Wuhu, Mons. Zenón Arámburu, S. J., de Orense, Mons. Angel Temiño, de Calahorra y Logroño, Mons. Abilio del Campo, Vicario Apostólico de Darién, Panamá, Mons. Jesús Serrano Pastor, CMF., Prefecto Apostólico de San Miguel Sucumbíos, Ecuador, Mons. Manuel Gómez Frande, OCD., los Rvdmos. Abades Mitrados del Monasterio Benedictino de Silos Dom Isaac María Toribios y del Monasterio Cisterciense de San Pedro de Cardeña Dom Bartolomé Pérez Luzardo, y el Obispo Tit. de Eritre y Auxiliar de Burgos, Mons. Don Demetrio Mansilla Reoyo.

Entre las autoridades de la ciudad figuraba el Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, D. Servando Fernández-Victorio, el Alcalde de la Ciudad, Ilmo. Sr. D. Mariano Jaquotot, el Vicepresidente de la Diputación Provincial, Ilmo. Sr. D. Patricio Alonso Santaolalla y los titulares de diversas entidades y organismos provinciales. El Excelentísimo Sr. Nuncio vino acompañado del Ilmo. Monseñor D. Diego Bugallo del Tribunal de la Rota Española. La amplia sala capitular estaba materialmente abarrotada de semanistas, sacerdotes y seminaristas, y religiosos pertenecientes a las Ordenes y Congregaciones Religiosas con casas en España y que tienen ya brillante historial misionero. Abre la sesión inaugural, el Secretario de Semanas rezando las preces de costumbre y leyendo a continuación la carta del Emmo. Cardenal Agagianan, Proprefecto de la S. C. de Propaganda Fide, enviada al Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos, como Presidente de la XII Semana Misional y que publicamos en otro lugar. Seguidamente el Excmo Sr. Arzobispo, Mons. Pérez Platero cedió la palabra al Rvdmo. Prior de Miraflores que pronunció la bellísima alocución que aquí insertamos y a la que hemos querido intitular: «La gran fuerza que ha de atraer a los cristianos a la unidad de la Iglesia».

este nuestro Seminario de Misiones que ya llegó a su mayor edad y es suelo fecundo de apóstoles y misioneros... Bienvenida a todos los Excelentísimos y Reverendísimos Srs. Obispos, a las dignísimas Autoridades, a los Profesores, a los semanistas..., a todos los que, por vuestro paso por aquí de todos los años, sabéis que estáis en vuestra casa.

Y después del saludo, un ofrecimiento. Que los cartujos están con vosotros, aún en su ausencia, en estas vuestras tareas; que estamos con vosotros en el terreno y en el campo en que podemos y debemos estar, en nuestro campo, en el campo de la oración; en el que asegura la bienhechora lluvia del cielo que hace fructificar toda empresa, y en el que se recogen, sin duda, y de manera más eficaz, los frutos de todo apostolado.

Hablando de nuestra Orden Cartujana, (y lo mismo podría decirse de cualquiera otra verdaderamente contemplativa), dijo un pensador: «Los cartujos son las arterias del Cuerpo Místico de Cristo». Las arterias, íntimamente unidas al corazón, ignoradas y ocultas, dejándose influenciar constantemente por los movimientos de sístole y diástole de esa víscera eje que se llama corazón, reparten por el organismo toda la savia vital. Los cartujos íntimamente unidos con Dios por su vida de oración y apartamiento del mundo, ignorados y ocultos, latiendo y viviendo al unísono con el corazón de Cristo, en las horas de Getsemaní y del Calvario por la compunción, las penitencias y austeridades, y en las horas del Tabor por la pureza de vida y el trato íntimo con Dios, cumplen su papel de buenos conductores de la corriente salvadora y redentora, de arterias del Cuerpo Místico de Cristo, y trasladan a todos los miembros de este Cuerpo la savia vivificadora de la Sangre del Redentor con tanta más abundancia y con una eficacia tanto mayor, cuanto mayor es su unión y su enlace con el corazón de Cristo.

Y no voy a ponerme ahora a hacer una apología de la vida contemplativa, ni a dilucidar cuál de las diversas actividades del campo de la Iglesia sea la mejor. En la práctica todas son buenas; y para cada uno en particular aquélla es la mejor a la que la divina Providencia, por una vocación especial, le ha llamado. En el organismo humano la función de todos los miembros es importante. Y en que cada uno de ellos cumpla su misión está el secreto del orden y la garantía de efectividad... En el Cuerpo Místico de Cristo, en la Iglesia, todas las actividades son buenas: Apostolado de la palabra, de la pluma, de la acción y de la caridad, de la oración; los diversos modos de vida religiosa... En esa gran multiplicidad dentro de la unidad está la belleza y la fecundidad de la Iglesia. Y en que cada uno cumpla sus funciones, dentro de las actividades que su vocación le señala, está también el secreto del orden y la garantía de eficacia. Cada uno en su puesto; cada miembro en su función especial: he aquí el secreto de la fuerza; he aquí la garantía del éxito en esta campaña de la conquista del mundo para Dios en unidad de fe y de jerarquía, en unión de credo y de gobierno... Y el puesto del cartujo está en la oración. Por eso estaban con vosotros los cartujos en la iglesia durante la celebración de la Misa, a sabiendas de que allí tenían mucho que hacer. Pero su puesto está también en la soledad y el retiro. Por esto no están aquí ahora con nosotros, conscientes de que en la labor exterior de estudios, de proyectos... poco podría valer su aportación; conscientes de que sólo siguiendo su vida en el retiro y la oración pueden ser eficaces colaboradores de la causa.

Son arterias... Si las arterias quisieran salir al exterior y ejercer directamente la función de las manos, de los pies, de cualquiera de los otros

miembros, perderían su propia vitalidad y eficacia, y dejarían de comunicar su eficacia y vitalidad a los otros miembros y a todo el organismo. En su oración oculta y en su vida interior está la eficacia de su apostolado... Es la única manera de asociar a Dios a todas nuestras diligencias, condición esencial de nuestra omnipotencia. Cuando muchas almas, en plena posesión de la vida interior, están reunidas con un fin apostólico, y el Espíritu Santo les inspira deseos unánimes, poseen una fuerza irresistible, ha dicho Dom Chautard, en su obra: «El alma de todo Apostolado».

A veces contamos demasiado con los dones naturales y con las fuerzas humanas. Y sola la unión con Dios es la fuerza auténtica de conversión. El apostolado de la oración es la gran palanca, la fuerza que ha de traer las almas a Cristo y los descarriados al redil del único Pastor. El día que se interrupiera en el mundo el eco de las oraciones y los suspiros de las almas de vida interior, sería el último día de la humanidad, dijo Donoso Cortés. El día que los Moisés del Nuevo Testamento dejaran de elevar sus brazos al cielo, se habría perdido definitivamente la batalla de la conquista del mundo para Dios.

Hay en el misal de nuestra Liturgia cartujana, en la página que se abre al Canon de la Misa, un grabado en el que se representa la imagen del Crucifijo, y a los lados la Santísima Virgen con los brazos levantados en actitud de súplica, y un cartujo en actitud de oración devota. Es la expresión gráfica de la vida del cartujo, de lo que es, de lo que debe ser: Con sus rodillas clavadas en el suelo, en súplica constante por la humanidad, al lado precisamente de la Madre de esa misma humanidad, en actitud también de súplica, y delante del Hombre-Dios clavado en la cruz por la redención del mundo. He aquí la estampa elocuente del cartujo. He ahí dónde debe de estar...

Y ahí estamos, fervorosos apóstoles de la predicación, sacrificados misioneros; ahí estamos, en esa «Oración y sacrificio casi continuos» (así definió nuestra vida uno de nuestros más preclaros Superiores Generales), en esa vida y sacrificios ofrecidos por los mismos fines por los que vosotros dejáis vuestra Patria y os desveláis y sacrificáis... Ahí estamos, Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Burgos, bien lo sabéis, sintiendo con Vos y poniendo de nuestra parte cuanto sabemos y podemos, en nuestro campo de la oración, para que ese Seminario de Misiones, hijo de vuestro cariño y de vuestros desvelos, consiga plenamente sus fines... Ahí estamos, Excelentísimo Sr. Nuncio, fieles a las consignas del Papa, forzando, si así podemos hablar, el compás de nuestras oraciones y sacrificios para el éxito del Concilio Ecuménico que se anuncia y porque en él se logre que todos los que viven lejos de las delicias de la casa del Señor, como se lamentaba de sí mismo San Agustín antes de convertirse..., que todos los que, viviendo en el error, sienten la inquietud de la verdad, esa inquietud que es como el grito del hijo pródigo añorando ese rico, sabroso y abundante pan que se reparte a manos llenas en la mesa del Padre común; la añoranza de esas cosas tan bellas y católicas que echaba de menos el poeta luterano Kat Munk, y que se llaman: Eucaristía, perdón de pecados, amparo maternal de la Virgen, música sagrada...; todos vuelvan a la casa del Padre común.

Habéis oído mi saludo; Que seáis bienvenidos. Habéis oído mi ofrecimiento: Contad con nuestras oraciones. Termino ahora con un deseo que es una oración que sale del fondo del alma: Que el Señor bendiga vuestros

trabajos; que el Señor bendiga también nuestras oraciones, para que como fruto de las unas y de los otros, podamos ver en fecha próxima cómo todos los alejados de Roma y de la silla de Pedro vuelven a la unidad de la fe con un mismo Credo, a la unidad de gobierno con una misma Jerarquía, a la unidad de vida pujante de santificación con la participación de unos mismos Sacramentos.

II

Bases inmutables de la unidad *

EXCMO. Y RVDMO. MONS. HILDEBRANDO ANTONIUTTI
Nuncio Apostólico en España

Nunca, como en estos tiempos, han estado tan visibles las divisiones entre los pueblos y tan marcadas sus diferencias. Los medios modernos de comunicación: prensa, radio, la propaganda, que frecuentemente son vehículos de división, de odio y de lucha, nos ofrecen cada día una prueba impresionante de ello. Sin embargo, nunca, como en estos tiempos, ha sido tan general la aspiración de los pueblos a la inteligencia y a la recíproca aproximación. Casi podría decirse que, al multiplicarse las diferencias, se había agudizado la necesidad de entenderse y unirse.

Cuanto se verifica en el orden político, social, económico, científico y cultural, sucede también en el campo religioso. Basta observar el multiplicarse las reuniones interconfesionales, las iniciativas para el estudio de las religiones en general y de la católica en particular, el Consejo mundial de las iglesias, la semana anual de la unidad. Es que hay en el alma de los creyentes en Cristo una crisis, nacida de la consideración de la división que reina entre los mismos. Porque, si la gran masa de los cristianos parece haber olvidado la consigna del Divino Maestro, que tanto insiste en la unión de todos, no obstante, resuena en el ánimo de los buenos el eco de la plegaria divina: «Ut unum sint»!

En efecto, la unidad de la Iglesia no debe ser considerada solamente como escatología, sino como una realidad presente que debe ser lograda por un acto de plena adhesión a la voluntad de Cristo y con obras positivas y concretas.

Parece, por tanto, que el tema de esta Semana Misional no sea tan solo un asunto de palpitante actualidad porque se inspira en una reciente decisión del Papa que ha anunciado un Concilio que dará al mundo las normas directrices para la unión, sino que responde, además, a una necesidad general de los cristianos y de toda la Iglesia que siempre asentó su doctrina sobre las bases inmutables de la unidad.

De otra parte, si todos los cristianos deben sentir la preocupación de obedecer el mandato del Señor, aquellos que, por vocación especial, se con-

---

* NOTA DE LA REDACCION. — Transcribimos aquí la brillante alocución inaugural pronunciada por S. E. Mons. Antoniutti en la solemne apertura de las jornadas de la XII Semana Misional. Terminada la salutación del M. R. Prior de Miraflores, el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Burgos, Mons. Pérez Platero, como Presidente de las Semanas, después de dar lectura a la importante carta que el Emmo. Cardenal Tardini, Secretario de Estado del Vaticano, dirige en nombre de S. S. Juan XXIII a la XII Semana Española de Misionología celebrada en Burgos, invitó al Excmo. Sr. Nuncio a pronunciar la alocución inaugural. La hemos querido intitular: «Bases inmutables de la Unidad», por ser ésta la idea central desarrollada en la misma, a lo largo de su luminosa exposición. Los semanistas escucharon con religioso silencio la autorizada palabra del egregio representante del Vicario de Cristo en España, Mons. Hildebrando Antoniutti.

sagran a la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, tienen el deber de estudiar los caminos que conducen a esta unidad, para ser instrumentos no indignos de la labor apostólica y misionera a ellos confiada.

Esto explica y justifica el tema de la presente Semana Misional, que es una nueva expresión del celo pastoral del dignísimo Arzobispo de esta Diócesis, y una prueba de la preocupación que le anima para poner las enseñanzas del Seminario Nacional de Misiones Extranjeras de Burgos de acuerdo con el pensamiento, las aspiraciones y la voluntad del Papa.

* * *

Cuando Cristo dirigía al Padre la dulce e impresionante plegaria: "Ut unum sint!", preveía cuánto el enemigo de su Iglesia habría de hacer en el decurso de los siglos, sirviéndose de todas las debilidades humanas para destruir su obra. En las enseñanzas a sus discípulos, el "motivo" de la unión, de la concordia, de la fraternidad, se repite con insistencia. Sus recomendaciones fueron, sin embargo, olvidadas muy pronto. San Pablo escribía a los Romanos, poniéndolos en guardia contra los fautores de disensiones... y San Juan prevenía contra la propaganda de doctores gnósticos. La Iglesia de Cristo, afianzada sobre la unidad, ha sufrido desde su infancia las heridas, los ataques y los contrastes que le llevaron sus divisiones, las cuales han ido aumentando y fraccionándose con el tiempo.

Si poco queda de estas antiguas herejías, las grandes divisiones las suceden con el cisma de Occidente, primero, y después con la pseudo dicha reforma. Las divisiones y las subdivisiones de las divisiones entre cristianos son hoy motivo de escándalo a los paganos y de ridículo para los incrédulos. Las polémicas, las controversias, las condenaciones, los nacionalismos fautores de las más agrias diferencias, las represiones, las violencias y las mismas guerras de religión han escindido la túnica inconsútil de Cristo, han encendido el fuego devorador de la Casa de Dios, han sembrado la discordia entre los pueblos y la confusión entre los creyentes.

Esta dolorosa escisión de la Iglesia ha provocado una viva reacción entre los buenos, humillados y afligidos con tanta ignominia, y ha suscitado en los mismos miembros disidentes de la Iglesia Católica un movimiento de investigaciones, de estudios, de intentos, de esfuerzos, que reagrupa hoy 167 confesiones de 54 países.

Recuerdo que, cuando me hallaba en Canadá, en 1950, el mismo llamado Comité Central del movimiento ecuménico, no católico, hizo esta declaración que merece también nuestro respeto, porque revela un anhelo evidente y un intenso afán de unión: "Las iglesias miembros del Consejo se apoyan en el Nuevo Testamento, para afirmar que la Iglesia de Cristo es una. El movimiento ecuménico debe su existencia al hecho de que este artículo de fe se ha impuesto con una fuerza irresistible a creyentes, hombres y mujeres, en gran número de iglesias. Ellos se hallan llenos de santa indignación a la vista de este contraste. En verdad, no hay, ni puede haber más que una sola Iglesia. De hecho, sin embargo, existen varias iglesias las cuales, todas ellas, declaran ser la Iglesia de Cristo, pero no viven en una unidad vital las unas con las otras".

Parece oírse al Apóstol que clama: ¿Cristo está dividido? Mas, ¿qué diría el Apóstol, si retornase hoy a un mundo dilacerado por tantas nuevas divisiones? Admitamos que muchos protestantes lo sean de buena fe. El hecho mismo de tantas y tan diversas confesiones cristianas contribuye

a confirmarles en la confesión que han abrazado, creyendo que ella corresponda mejor que las otras al mensaje predicado por Cristo. No todos, sin embargo, se dan cuenta de que una iglesia debe tener un solo Jefe y que el Pontífice Romano, sucesor de Pedro, primer Papa, no tiene ambiciones y miras de dominio, sino que desea simplemente servir a los fieles de todo el mundo.

Es verdad que el movimiento de la unión de las iglesias disidentes no excluye a la Iglesia Católica; así, han intentado muchas veces tener representantes católicos en sus consejos. La Iglesia Católica, no obstante, que, antes que ninguna otra, y desde los primeros Concilios ha iniciado la labor de unión, no puede concurrir en paridad con las sectas, surgidas de un acto de rebelión a su divina autoridad. La ausencia de la Iglesia Católica en los varios movimientos que hoy se organizan en las diversas confesiones religiosas cristianas no es un fariseísmo. Está motivada por serias, graves y profundas razones. La Iglesia Católica comprende, más que cualquier otra, la desazón de las hijas que de Ella se han separado; pero son éstas, y no Ella, las que deben reconocer el desvío.

Ante todo, debe recordarse que Cristo no ha venido a fundar iglesias. El ha fundado una sola Iglesia. Entre todas las confesiones cristianas ¿cuál es la que ha conservado el depósito de Cristo?

Estudiando la historia de la Iglesia, se comprueba progresivamente el levantamiento de nuevas comunidades que se apartan de la Madre. Ingerencias de orden político, pretextos de carácter moral, puntillos de precedencias han causado la rebelión de las comunidades ortodoxas. Para nosotros la unidad de la Iglesia está verificada por la comunión de los fieles con sus obispos, en unión con el Obispo de Roma, sucesor de Pedro, al cual Cristo ha entregado las llaves del reino del Cielo.

Existen divergencias entre la Iglesia Católica y las iglesias llamadas Ortodoxas en materia de doctrina, de sacramentos, de disciplina, de liturgia; pero la divergencia más seria estriba en el reconocimiento, de una parte, y la negación, de la otra, de la autoridad de la Sede Apostólica, piedra angular de la unidad de la Iglesia.

La situación de las iglesias separadas es, por el contrario, en extremo grave. El valor de las mediaciones jerárquica, sacerdotal y sacramentaria varía en cada confesión religiosa, con aspectos que demuestran evidentemente el error y hacen resaltar el confusionismo.

El camino del retorno a la unidad de parte de las confesiones protestantes es muy complejo y difícil. Ellas admiten, examinando sus posiciones, que el verdadero interlocutor actualmente es la Iglesia Romana. Y diversos organismos protestantes se ocupan de examinar la doctrina de la Iglesia Católica y de estudiar las variantes entre Esta con la propia, como también las diferencias producidas después de la llamada reforma.

Las iglesias disidentes sostienen que ninguna iglesia cristiana reviste hoy los caracteres y la forma de la Iglesia fundada por Cristo, porque el pensamiento, la doctrina y la moral de Cristo no son conservadas más que parcialmente por parte de todas. Agregan, de ahí, que se deben reunir estas "características de la Iglesia Universal" y fusionarlas, para formar la unidad.

La Iglesia Católica, custodia de la revelación, no puede aceptar este punto, como tampoco admitir ninguna otra iglesia como verdadera, bajo el pretexto de la caridad.

"Nosotros amamos la unidad y la verdad, pero preferimos la libertad", dicen algunos otros. De esta extraña afirmación nosotros somos llevados a concluir que, mientras los mencionados asertores del liberalismo de la iglesia aman la libertad, su amor por la verdad puede ser discutido, desde el momento en que su unidad está dividida y su verdad contrastada con tantas denominaciones. A ellos podremos añadir que también nosotros amamos la libertad, la sana libertad, màs que preferimos la unidad y la verdad. No deseamos controversias disgregadoras, sino una fraternidad constructiva y estudiamos con simpatía el problema de los hermanos separados, para aproximar a tantos cristianos que, sin culpa suya, se hallan fuera de la Iglesia. Seamos conscientes de que la primera condición para atraer a los disidentes es la de amarlos, pues muchos de ellos, y particularmente los que practican el cristianismo, están de buena fe.

Mas, no podemos olvidar que esta obra de aproximación de nuestra parte no es posible, sin que cuantos se han alejado del Redil de Cristo acepten la unidad en la fe con un mínimo de cristiana humildad.

Se debe precisar bien que no es posible tratar de la reunificación de los cristianos separados, con compromisos. Se podrán abrir muchas puertas para el retorno; pero no se podrá jamás pedir que se ceda en punto a principios y que se comprometa la sólida estructura dogmática, ética y jerárquica de la Iglesia.

Sabemos que los disidentes insisten en decir que también en sus respectivas confesiones hay unidad. Se les puede responder que no pueden aportar prueba alguna de poseer la unidad como la Iglesia Católica. La unidad no consiste sólo en la unión de una determinada colectividad. Es la unidad del Jefe o Cabeza, de la doctrina, de la moral, de los medios de santificación... de acuerdo con el sagrado depósito de la revelación de Dios; y no con las discutibles invenciones o innovaciones de los hombres. En ninguna iglesia esta unidad aparece en todo el fulgor de su belleza como en la Iglesia Católica: una Cabeza, el mismo credo, la misma moral, los mismos sacramentos, tanto para el nómada primitivo de la selva, como para el científico del mundo atómico.

Debemos, pues, reconocer que los deseos, los estudios, las aspiraciones y la consideración atenta de tan elevado número de miembros de iglesias separadas reaniman en su ambiente la conciencia de la unidad visible y preparan el camino para encontrarse.

Hay algo más: Sobre las divergencias, las opiniones, los contrastes que dividen, flota una aspiración colectiva a realizar la plegaria de Cristo "Ut unum sint". Y los hombres divididos se unen para una plegaria de sabor ecuménico.

En definitiva, es esto un reconocimiento de lo limitado del pensamiento, de la debilidad de las energías humanas y de la mole de obstáculos que superar.

La unión de las iglesias no puede ser solamente objeto de asiduas investigaciones bíblicas, de controversias teológicas, de estudios históricos, de conferencias colectivas, de coloquios, reuniones y Concilios.

Por encima de todas las divergencias, hay un punto de unión: la oración. Mientras los cristianos que soportan los estigmas, tal vez cruentos, de sus divisiones, rezan y hacen penitencia con rectitud y verdadero espíritu de fe, es permitido esperar la terminación de los desacuerdos y el arribo a un Pentecostés con la efusión del Espíritu Santo, que renovará la faz de la tierra.

La Iglesia no es una institución humana; es obra de Dios. Y sobre los hombres que, animados de viva fe, de fundada esperanza y de sincera caridad rezan para que se haga la unión de todos bajo la paternidad de Dios, se siente la promesa infalible de Cristo que ha dicho: "todo lo que pidiereis a mi Padre en mi nombre, el Padre os lo concederá".

Esta unión, necesaria en el mundo, es indispensable en países de misiones. La amarga experiencia de la evangelización en los últimos siglos demuestra que los diversos modos de presentar el cristianismo a los paganos acaba por desacreditar una religión sobre la cual sus predicadores no están de acuerdo. Este triste espectáculo engendra la indiferencia, la duda, el desprecio, el escepticismo. ¡Cuántas veces yo he oído decir a paganos naturalmente buenos a los cuales hablaba de nuestra santa Religión!: "primero, que los cristianos se pongan de acuerdo sobre lo suyo, y después que vengan a traernos su mensaje, confirmando su bondad con su unión".

Con la unión a la Iglesia Católica de los hermanos separados de ella, el camino de la evangelización quedará libre y expedito.

Por eso, el retorno de los disidentes al seno de la verdadera Iglesia tiene una primordial e inmensa transcendencia misional. El P. Leslie Walper, S. J., ha dicho, con clara visión de las cosas: "el mundo pagano tolerará ciertas deficiencias, equivocaciones, abusos, infidelidades —e incluso las espera—, porque sabe que los cristianos y los ministros de la religión son hombres. Pero el mundo no quiere soportar más contradicciones entre aquellos que se precian de enseñar la divina revelación, la misma eterna verdad".

* * *

*Me place concluir con un recuerdo que se enlaza con mi misión en China, cuando era Secretario de la Delegación Apostólica regida por el llorado Cardenal Costantini * recientemente fallecido, a cuya santa memoria elevo un pensamiento de homenaje, de veneración y de piedad.*

---

* NOTA DE LA REDACCION.—El Emmo. Cardenal Celso Costantini, que pasó casi toda su vida al servicio de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, como Delegado Apostólico en China en su primera etapa, y luego al frente de la Secretaría de dicha Sagrada Congregación, es una de las personalidades más destacadas del mundo misionero moderno. Era uno de los mejores especialistas en lo que se refiere al arte en su relación a las Misiones. El fue uno de los principales promotores de la Exposición Misional Vaticana de 1950, trasladada después en buena parte a Madrid y a Lisboa. Con motivo de inaugurar dicha exposición misional de arte sacro en Madrid, vino a España, siendo Secretario de la Sagrada Congregación de Propaganda en mayo de 1951 e inmediatamente de cumplir su misión en Madrid, se trasladó a Burgos para visitar personalmente el Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras. En este día memorable —20 de mayo de 1951— Mons. Costantini se reunió con el Superior General del IEME, entonces el Excmo. y Rvdmo. Mons. Luciano Pérez Platero, Arzobispo de Burgos, presidió una reunión del Consejo General del Instituto y dirigió su palabra llena de unción apostólica a los sacerdotes, seminaristas y Hermanos Coadjutores que formaban la comunidad del Seminario de Misiones, dejando entrever claramente la espina que llevaba clavada en su corazón misionero: La persecución cruel del Comunismo en China a las Instituciones de la Iglesia Misionera y la urgencia de intensificar el apostolado misionero para plantar la Iglesia en todo el mundo. «Hay ahora dos frentes bien caracterizados en el mundo: De una parte, Cristo; de otra, Satanás. A un lado, la Iglesia, siempre en lucha y siempre triunfante; a otro, el Bolchevismo; dos frentes antagónicos; la espiritualidad y la bestialidad. Dos frentes que se ofrecen a nuestra elección...» (Véase en MISIONES EXTRANJERAS, vol. II. n.º VIII, Dic. 1951, pp. 94 y ss). Murió en Roma en octubre de 1958, en vísperas de reunirse el Cónclave para elegir el sucesor de S. S. Pío XII en la persona del gran Pontífice misionero S. S. Juan XXIII, felizmente reinante. El Cardenal Costantini ha muerto dejando una huella profunda en los anales de la Iglesia Misionera, R. I. P.

El Cardenal Costantini ha sido un valioso Representante de la Santa Sede, intrépido defensor de la Iglesia en las Misiones, ardiente apóstol de la propagación de la fe, inteligente asertor de la unión de los cristianos, admirador de las antiguas civilizaciones orientales, que quería injertar en el tronco del Cristianismo.

Yo he tenido la fortuna de acompañarle en las visitas a las misiones y a los grandiosos monumentos del antiguo imperio chino. Mas, en mi ánimo ha quedado grabado el recuerdo de la visita hecha al Templo del Cielo, de Pequín, el 20 de abril de 1932, en compañía del Superior General de las Misiones Extranjeras de París, Monseñor De Guebriant, una de las más bellas figuras misioneras de este siglo.

Permitidme que os lea un trozo del "diario" de Mons. Costantini, que narra esta visita:

"El Templo del Cielo es uno de estos raros monumentos en el cual, como en el Partenón de Atenas y en las Pirámides de Egipto, se asoman las experiencias de los siglos y, en una síntesis de profunda simplicidad, se tocan los vertices de la perfección".

"Subimos por la escalinata del Templo: vemos el interior, con su altísima columnata y con el artesonado, todo dorado y decorado. En el centro del templo estaba el trono del Emperador, vacío... Recorrimos a pie el camino marmóreo, alto y amplio, que del Templo conduce a la grande Ara circular, abierta al Cielo. Esta está concebida con el mismo estilo arquitectónico y con los mismos elementos decorativos de la gran escalinata del Templo. Esta Ara representa ideológicamente el punto más augusto de la tierra, y el Cielo constituye la cúpula natural que se curva sobre la grande Ara: el Cielo y la Tierra se juntan y forman el Templo de Dios. Los elementos materiales, árboles, flores, mármoles, arcos, techos esmaltados, etcétera, parecen espiritualizarse para la grande idea a la cual sirven".

"Describí a Mons. De Guebriant las ceremonias del sacrificio, recordé los himnos y las plegarias con que el Emperador, el Hijo del Cielo, se presentaba a Dios como mediador e intercesor de su inmensa pueblo".

"Parece cierto que este culto antiquísimo, en sus comienzos, fuese monoteístico. Más tarde, fue mezclado con elementos supersticiosos, recuerdos de antepasados del Emperador, influencias de genios, etc.".

"Cuando estuvimos en el centro del Ara, Monseñor De Guebriant dice: "recemos un "PATER NOSTER"... Al finalizar la plegaria, el venerable anciano llevó la mano a los ojos, ¡lloraba! Y me parece estar todavía viendo caer las lágrimas sobre su blanca barba, mientras el pecho se dilataba, por la emoción".

"Nosotros nos habíamos elevado al mismo Dios al cual, como por un instinto divino, sin tener noción clara y recta, se habían vuelto los emperadores, hablando en nombre de la más vasta nación de la tierra. Sentíamos en nuestra alma la tragedia de un pueblo que se debate en las convulsiones de la revolución y no conoce aún la revelación de Cristo, pero está tocado por el influjo de la civilización occidental que es esencialmente cristiana. También aquel, el pueblo chino, como el pueblo de Atenas, había erigido un altar al Dios ignoto, que nuestros admirables misioneros se esfuerzan en describir y dar a conocer. Me parecía llevar en el corazón el confuso anhelo de todo el inmenso pueblo chino. Y elevé el pensamiento a Dios, pidiendo que El tenga misericordia de esta Nación, le dé la paz, la enca-

mine, con el conocimiento de la verdad, hacia los grandes progresos humanos y divinos, que le estarán reservados cuando conozca al Redentor".

* * *

En esta página se ve el ansia de dos grandes almas misioneras, preocupadas por consagrar al verdadero Dios todo cuanto puede servir para Su gloria y Su honor.

En la oración humilde y confiada que los dos Prelados recitaron sobre el lugar donde los emperadores de la China pagana ofrecían los sacrificios al Cielo, se revela la aspiración de cuantos laboran por la extensión del reino de Dios, para que todos los hombres adoren al Padre común, que está en el Cielo.

¡Que las plegarias de todos puedan alcanzar la unión de los creyentes en los vínculos de la caridad de Cristo, a fin de que se forme una sola grey bajo un solo Pastor! **

** NOTA DE LA REDACCION. — Casi todas las revistas misionales, de España y del Extranjero, han publicado luminosas semblanzas del egregio Cardenal Misionero. El Dr. Sanz Burata publicó una muy interesante en Ecclesia, 1958, n.º 902, pp. 501-502, de la que extractamos los datos siguientes que juzgamos de interés para el lector:

Monseñor Costantini nació en Castión di Zoppola, cerca de Udine, en la Región Véneta, el 3 de abril de 1876. Ordenado muy joven de Sacerdote, en 1899 —a los 23 años—, después de doctorarse en Roma en Filosofía y Teologia, en el Véneto desplegó sus primeros conatos apostólicos como cura de la parroquia de la catedral de Concordia en 1901, y cinco años más tarde, como rector de la monumental basilica de Aquilea. En 1918, el Prelado de Concordia le nombra su Vicario General, lo que no le impide ser director del museo arqueológico de Aquilea, dadas sus aficiones artísticas que tanto le habían de valer más tarde. De entonces datan sus dos primeras publicaciones: «El Crucifijo» y la «Guía de Aquilea y de Grado». Funda entonces la asociación «Amigos del Arte Sacro», recogiendo adhesiones de ilustres personalidades, y luego la revista «Arte Cristiano», la cual sigue aun publicándose hoy día en Milán.

Poco después de estallar la primera guerra mundial, 1914-1918, Italia pasa a ser feroz teatro de lucha con los centrales, y cuando el desastre se cierne sobre la fatídica zona de Bassano, el sacerdote Costantini pide ser nombrado capellán militar del cuerpo alpino. Pero la Providencia ya entonces le tenía reservada una misión; la de salvar en admirable armonía y colaboración con las autoridades italianas, los tesoros de arte sacro del campo de operaciones, distinguiéndose ya entonces no sólo por su cultura histórica y artística, sino también por su encendido celo pastoral en constante contacto familiar con soldados y oficiales e influyendo en ellos espiritualmente con la mayor eficacia. Más tarde, terminada la guerra, en unión de su hermano Don Juan Costantini, nombrado después Obispo de Spezia, y luego Arzobispo Tit. de Colosse, fundó el Hospicio de San Felipe Neri para albergar hasta 300 niños, y ambos idearon ya entonces la obra de ayuda a las iglesias devastadas por la guerra para la reparación y reconstrucción de los edificios sagrados. La Santa Sede le nombraba después Administrador Apostólico de Fiume, siendo consagrado Obispo el 24 de agosto de 1921 en Concordia, su diócesis de origen.

En 1922, sube al solio pontificio, el Cardenal Aquiles Rati con el nombre de Pio XI, reconocido por todos como el gran Papa de las Misiones. Poco después llama al Vaticano a Mons. Celso Costantini para confiarle una misión especial e importantísima: «Le he llamado —dice el Papa— porque le necesito para la China, a fin de ensanchar la Iglesia en aquel inmenso país»; y le envió al Celeste Imperio en calidad de Delegado Apostólico con el Tít. de Arzobispo de Teodosiopolis de Arcadia; Mons. Costantini desempeñó ejemplarmente tan delicada misión de confianza.

Una de las cuestiones que le preocupó más hondamente, fue la celebérrima de los Ritos Chinos, piedra de tropiezo de tantos esfuerzos misionales en el Celeste Imperio desde los remotos tiempos del P. Ricci. Dedicó sus mejores energías y desvelos a su certera solución, al igual que al problema de la adaptación, impulsando para ello la creación de un arte religioso indígena. En esta titánica tarea triunfó en toda la línea,

descubriendo grandes talentos artísticos, ayudando con eficaces recursos a varios de los artistas chinos que hoy gozan de merecida fama mundial.

En 1933 regresa a Europa por motivos de salud. El Papa le nombra entonces Secretario de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide a las órdenes del Emmo. Cardenal Fumasoni, Prefecto de dicho Dicasterio. En estos años, la Obra Misional adquirió un rápido y extraordinario desarrollo en todo el mundo. Los mensajes reiterados cada año con motivo de la celebración del DOMUND le hicieron famoso en todo el mundo católico.

Entre las diversas publicaciones suyas, merecen citarse las siguientes: «El arte cristiano en las Misiones»; «Ve y anuncia el Reino de Dios» (dos volúmenes); «Las Misiones Católicas»; «Notas de archivo sobre la instrucción acerca del clero indígena», etc. Publicaba con frecuencia luminosos y orientadores artículos misionales en L'Osservatore Romano y en diversas revistas. En 1954 fue elegido Cardenal por S. S. Pío XII, pasando a ocupar el importante cargo de Canciller de la Santa Iglesia Romana. Sus actividades científicas en favor del Arte Sagrado Indígena no han cesado un momento, publicando todos los años diversos trabajos y comentarios en periódicos y revistas y dando preciosas normas de orientación sobre la materia que en ocasiones hizo suyas el mismo Santo Oficio y las comunicó a todo el episcopado. La muerte le sorprendió en vísperas de reunirse el Cónclave de Cardenales que luego eligió para Sumo Pontífice al Emmo. Cardenal Roncalli, actual Papa reinante S. S. Juan XXIII. Su vida y su obra misioneras dejan en la Iglesia una estela luminosa que irá siempre vinculada al crecimiento y multiplicación del Clero y Jerarquía indígenas en los lejanos países de Misión.

III

Llamamiento del Sumo Pontífice S. S. Juan XXIII a la unión de todos los cristianos

Excmo. y Rvdmo. Mons. Demetrio Mansilla
Obispo Tit. de Eritre y Auxiliar de Burgos

El tema general de la XII semana de orientación misionera centrado en torno a la unidad no sólo reviste un interés de palpitante actualidad, sino que afecta entrañablemente a una de las notas más importantes de la constitución misma de la Iglesia y está en relación con uno de los puntos más vitales de la teología católica. Añádese además otra razón desde el punto de vista misionero y es que la división entre los cristianos ha sido y sigue siendo uno de los mayores obstáculos para la conversión de los paganos, porque coloca a muchos de los gentiles, principalmente cultos, en una situación totalmente desconcertante. Por eso con razón reza en el tema general de la semana que «la unión de todos los cristianos es exigencia vital de las misiones».

Desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX, sobre todo, se han lanzado gritos angustiosos y unánimes a favor de la unidad de la Iglesia. Las funestas consecuencias del cisma oriental, primero, agravadas más tarde por la escisión protestante, han hecho más angustiosa y acuciante la necesidad de la unidad. La misma angustia e interés de los disidentes por recuperar la perdida unidad encierra una confesión bien elocuente y es que si buscan la unidad es porque no la poseen y si no la tienen no son la verdadera Iglesia de Cristo, que necesariamente ha de ser una. Para acallar esta voz íntima, que brota desde lo más íntimo de sus conciencias y justificar una postura multisecular han acudido a una variada distinción de formas del concepto de unidad [1], diciendo ser suficiente la posesión de una unidad neumática (espiritual) y escatológica o terminal, que no todos los disidentes definen ni conciben de la misma manera [2].

Pero, como ya notó acertadamente León XIII en su Enc. «Satis cognitum» del 28 de junio de 1896 [3], a nosotros no nos corresponde averiguar precisamente de qué modo ha de ser la Iglesia una, sino cómo quiso que fuera aquel que la fundó.

1. La unidad, nota distintiva de la Iglesia de Cristo

La unidad es una nota fundamental y dogmática de la Iglesia, señalada por Cristo. Las reiteradas parábolas expuestas por el Maestro bajo las variadas formas de reino, casa, rebaño, denuncian con toda evidencia la

[1] F. Puzo, S. I. *Unidad de la Iglesia en función de la Jerarquía.* «XII Semana Bíblica Española» (Madrid, 1953) 231 ss.

[2] J. M. Bover, S. I. *Unidad somática de la Iglesia según San Pablo bajo la imagen del Cuerpo Místico de Cristo,* en «XII Semana Bíblica Española» (Madrid, 1953) 2, 135 ss.

[3] H. Dezinger, *Enchiridion simbolorum et definitionum* (Friburgi, 1932) núm. 1.954.

realidad de una unidad somática u orgánica querida por su Fundador [4]. Esta unidad divinamente transcendente se ha de concretar en un organismo visible, corporativo, social, porque es inconcebible un reino sin un rey, una casa sin un jefe ni un rebaño sin un pastor. Según esto Jesucristo no concibió la Iglesia como una pluralidad de comunidades semejantes en su género, pero distintas y autónomas, ni tampoco como un conglomerado de fieles o un mosaico de sectas y doctrinas sin vinculación ni ligadura alguna.

San Pablo en uno de los pasajes más luminosos y claros de su epístola a los Eph.[5], nos descubre con toda diafanidad su pensamiento respecto de este punto. En su deseo de animar a los efesios a una mutua paz y concordia, no encuentra el Apóstol razones más poderosas que la triple unidad de la Iglesia: la unidad social, la unidad jerárquica y la unidad de fe. «Mantened solícitos —les dice— la unidad del espíritu con el vínculo de la paz (Eph. 4, 3) y el apóstol añade: porque sois un solo cuerpo, un solo espíritu, como también fuisteis llamados con una misma esperanza de vuestra vocación» (Eph. 4, 4) y a esta unidad basada en la formación de un solo cuerpo con un mismo destino añade la unidad jerárquica y doctrinal al decir que todos tienen: «un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo» (Eph. 4, 5). El pensamiento del apóstol respecto de la unidad orgánica y visible de la Iglesia recibe más sólida confirmación en otros pasajes de sus epístolas, como en (1 Cor., 12, 13 y Colos. 3, 15), donde insiste sobre todo en la necesidad de un solo cuerpo.

Y este cuerpo es, según el Apóstol, el cuerpo místico de Cristo, tan del agrado de San Pablo con una sola cabeza: «A El (Cristo) le puso (Dios) por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su cuerpo» (Eph. 1, 22-23), según lo cual tendremos que así como no hay más que una cabeza, no puede haber más que un cuerpo, a través del cual transmite a los hombres todos los frutos de redención, santidad y vida, merecidos por su redención y su muerte.

La unidad orgánica fue también taxativamente señalada por su Divino Fundador en la oración sacerdotal, cuando dijo: «ut omnes unum sint» y quiso que esta unión fuese tan coherente e íntima, tan perfecta y acabada entre todos los seguidores de su doctrina, que en cierto modo había de imitar la misma unión natural del Hijo con el Padre: «Te ruego no solamente por éstos, sino también por aquéllos, que han de creer en mí por medio de su predicación; te pido que todos sean una misma cosa y que como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti por identidad de naturaleza, así sean ellos una misma cosa en nosotros por unión de amor para que crea el mundo que tú me has enviado» (Ioh. 17, 20-21). Como se ve Jesucristo vincula a la unidad la propagación y aceptación del mensaje divino y es que solamente una unión así tan completa y acabada, como la señalada por Cristo es la que puede ofrecer la seguridad de la verdad evangélica y mantener la concordia de inteligencias y la unión de voluntades entre los fieles de la verdadera Iglesia de Cristo.

Según esto la palabras de la oración sacerdotal no expresan un deseo vehemente hacia una unidad futura «in fieri». como quieren los protestantes, sino que son la más íntima expresión de una realidad sentida y querida para su Iglesia desde el momento de su fundación.

Unidad doctrinal: Esta unidad, por lo que al orden doctrinal se refiere, es de capital importancia para la predicación y difusión del mensaje

---

[4] T. Zapelena, *De Ecclesia Christi. Pars Apologetica.* (Romae, 1930) 330 ss.
[5] Eph. 4, 4 ss.

evangélico. Mientras en los lejanos países de Asia, Africa o América se presenten misioneros con credos y doctrinas distintas no lograrán, sino acentuar más y más la división de inteligencias y corazones; sembrar la confusión y el desconcierto y llevar a muchas almas por el conocido y trillado camino del indiferentismo y relativismo religioso. En la conferencia universal de misiones del año 1910, los mismos protestantes reconocieron el gran fallo de sus iglesias desunidas para la propagación del evangelio y sintieron la necesidad de un remedio urgente. Fue entonces, cuando surgió el movimiento ecumenista de *Faith and Order* Fe y Constitución. La unidad de la Iglesia no puede surgir, sino de la unidad de su credo. Una sola fe — decía San Pablo (Eph. 4, 5), es decir, una sola ley, una sola doctrina; esto es lo que constituye la esencia y el ser de la verdadera Iglesia, la doctrina y la fe en el mensaje divino de Cristo, transmitido por los testigos de antemano elegidos por Dios (Act. X, 41).

Tan íntimamente persuadido estaba San Pablo de la necesidad de esta unidad doctrinal de su evangelio, que no puede menos de recriminar la conducta tornadiza de los fieles de Galacia, que prestaban oído a otras doctrinas y a otro evangelio distinto del que les había predicado San Pablo: «Me maravillo —les dice— de que tan de repente os paséis del que os llamó por la gracia de Cristo a un Evangelio diferente, que no es otro evangelio, sino que hay algunos que os alborotan y pretenden desquiciar el evangelio de Cristo; pero aun cuando nosotros o un ángel bajado del cielo os anuncie un evangelio fuera del que os hemos anunciado sea anatema. Como antes lo tenemos dicho, ahora también lo digo de nuevo: si alguno os anuncia un evangelio diferente del que recibisteis, sea anatema» (Gal. 1, 6-9).

Ya hay algunos protestantes como Barth que ha reconocido la necesidad de unidad y uniformidad de doctrina, aunque sin ningún vínculo de autoridad [6]; pero, en general, los protestantes son reacios a admitir otra unidad que la consistente en ciertos puntos o artículos que llaman fundamentales tan difíciles de señalar y puntualizar en la práctica.

Por haberse apartado o no querer aceptar los disidentes esta unidad orgánica, visible y doctrinal de la Iglesia tal como Cristo la quiso y planeó han tenido que lamentar la abigarrada división de sectas y confesiones religiosas, que con sus diversos credos, como en los protestantes o sus excesivas y peligrosas dependencias del poder estatal, como en las orientales, son la más elocuente apología de la unidad. La profecía de Cristo de que todo reino dividido será desolado y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá (Mat. 12, 25), se ha dejado y deja sentir en la vida lánguida o trágica, por la que atraviesan muchas de las iglesias disidentes y esto es una prueba más a favor de la Iglesia una y verdadera de Cristo, contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno (Mt. 16, 18).

Para mantener y conservar la unidad de fe, de régimen y comunión escogió a Pedro y a sus sucesores para que en ellos estuviera el principio y como el centro de la unidad. Los textos evangélicos a favor de la suprema autoridad en la persona de Pedro son diáfanos, pero no cesan de ser discutidos y puestos en duda por orientales y protestantes [7]. Tal vez sea esta la diferencia más honda entre disidentes y católicos y la distancia que más nos separa. No es que se trate de verdades en sí dudosas, sino porque los corazones y los espíritus de los hombres están llenos de resistencias y tinieblas, cuando se trata de aceptar verdades en que se ventilan intereses y pasiones arraigadas.

Vladimiro Soloviev en su obra «La Russie et l'Eglise universelle» (Paris, 1889), página 132, dice a este propósito: «Las verdades vivientes de la religión no se imponen a toda inteligencia como los teoremas geométricos. Por lo demás habría peligro de engañarse si se creyese que las verdades mismas matemáticas son admitidas unánime-

---

[6] A. Ibáñez Arana, *La eclesiología de Carlos Barth*, en «XII Semana Bíblica Española», (Madrid, 1953), pág. 134 ss.

[7] F. Puzo, S. I., *Unidad de la Iglesia en función de la Jerarquía*, en «XII Semana Bíblica Española», (Madrid, 1953), 288 ss.

mente por todo el mundo por la sola razón de su evidencia intrínseca; se va de acuerdo en reconocerlas, porque nadie se interesa en rechazarlas. Yo no tengo la cándida pretensión de convencer los espíritus que encuentran intereses más potentes que la verdad religiosa. Exponiendo las pruebas generales del Primado permanente de Pedro, como base de la Iglesia universal, yo no he querido sino ayudar el trabajo intelectual de de los que se han opuesto a la verdad, no por intereses o pasiones, sino solo por errores y por perjuicios hereditarios.»

Esta unidad tan valientemente defendida, alabada y reconocida por los padres orientales y occidentales de los primeros siglos quedó truncada más por razones y motivos políticos que por culpa y malicia de los hombres.

2. Causas de la separación

Los modernos estudios encaminados al conocimiento de la separación entre Oriente y Occidente han revelado como una de las causas más profundas del cisma la división del Imperio en oriental y occidental y la traslación de la capitalidad del imperio de Roma a Constantinopla [8].

Diocleciano al fundar la tetrarquía y dividir el mando del imperio entre dos Augustos (292) no pensó en la formación de dos Estados, pero desplazó hacia Oriente el mando del imperio. Aunque al principio las dos partes se consideraron como circunscripciones administrativas distintas de un mismo Estado, a partir, sobre todo, de la muerte de Teodosio (395) fueron evolucionando cada vez más en direcciones diversas y no pocas veces antagónicas.

Mucho más grave e importante fue en este sentido la decisión de Constantino. El año 330 de la era cristiana nacía a la vida de la historia la ciudad de Constantinopla, elevada de improviso a capitalidad del Imperio Romano. Su fundador, Constantino el Grande, la llamó «Nueva Roma», colmó de privilegios a sus habitantes e instituyó en ella un senado tan impotente, como lo era el que por entonces funcionaba en Roma.

La razón capital que movió a Constantino a tomar esta determinación fue de tipo político y particularmente de estrategia militar. El vencedor del Puente Milvio había restaurado la unidad política del Imperio con la victoria sobre Magencio. Su genio militar le hizo comprender claramente que el peligro en aquel entonces para el Imperio ya no partía del Rin y de los Alpes, sino del Danubio y del Eufrates. Por aquella sazón la metrópoli de los Césares (Roma) estaba desplazada del futuro campo de operaciones navales y terrestres y Constantino, en su visión militar, elige el golfo angosto y profundo de la antigua Bizancio para base de una escuadra que vigilara las costas asiáticas y las europeas del mar Negro. mientras las mejores legiones imperiales acampaban cerca de las tiendas nómadas de los bárbaros del Danubio y del Asia.

Pero hay que notar que Roma en los comienzos del siglo IV no era solo la vieja capital del Imperio; era también ya la sede eterna de los Papas y del Primado. Es verdad que Constantino respetó la independencia espiritual de la Iglesia y de los Papas y que no se le ocurrió remover la capitalidad cristiana del Orbe, pero al efectuar el cambio político de la metrópoli no midió las futuras consecuencias, que esto había de traer en el orden político y eclesiástico.

No pretendo restar a Constantino ninguna gloria y la Iglesia reconocerá siempre agradecida el beneficio de la paz, que la concedió así como las muchas ayudas materiales; pero lo que sí podemos afirmar es que a Constantino se le revistió de una aureola de grandeza y santidad inmerecidas por parte del Oriente, sobre todo. Constantino educado en un ambiente de paganismo estaba muy lejos de tener ideas claras sobre el Cristianismo; tenía muy arraigado todavía el concepto de pontífice pagano, vinculado a la persona del Emperador; era ante todo un soldado, que obró casi siempre más por miras políticas que por sentimientos religiosos y por eso ni previó el

---

[8] G. DE VRIES, S. I., *Oriente cristiano, ayer. Visión de conjunto sobre la historia de las iglesias orientales*, (Madrid, 1954), 29 ss. YVES M. J. CONGAR, *Neuf Cents ans après Notes sur le «Schisme Oriental»*, en «Colection Irenikon», 1054-1954. L'Eglise et les églises. (Paris, 1954), I, pág. 8 ss.

alcance de su decisión, ni sintió la necesidad de continuidad del desenvolvimiento histórico. Por esta razón el traslado por él efectuado de Roma a Constantinopla se considera hoy como una de las más grandes equivocaciones políticas e históricas.

Contribuyó todavía más a profundizar las diferencias entre Oriente y Occidente y entre Roma y Constantinopla el sistema cesaropapista tan arraigado en la tradición política del imperio y tan familiar con las ideas y mentalidad de Constantino. Dada la concepción pagana que el vencedor del Puente Milvio tenía del imperio, nada tiene de extraño que se diese prisa a encuadrar la vida eclesiástica de Constantinopla dentro de la esfera estatal, en la que la Iglesia había de ser una pieza más de la máquina imperial. Lo peligroso de esta postura se dejó pronto sentir en todas las cuestiones relacionadas con la vida de la Iglesia, como en el nombramiento de patriarcas, obispos, convocación de concilios y particularmente en la subordinación servilista de las diversas iglesias orientales a los poderes o gobiernos estatales.

Así la traslación de la capitalidad política del Tíber al Bósforo no sólo llevó consigo los gérmenes de la división política en el Imperio Romano, sino también la semilla del cisma en la Iglesia Católica. Roma, centro hasta entonces de la unidad de un imperio universal y centro siempre de la unidad eclesiástica quedaba resentida en su unidad y Constantinopla mediatizada por el cesaropapismo de los emperadores orientales difícilmente podía representar el principio de universalidad y libertad espiritual que late en la entraña misma de la Iglesia y del papado.

Se ha de añadir además que Constantinopla en el siglo IV era la ciudad de las camarillas políticas de un imperio decadente, de los funcionarios nuevos más amantes del incensario que de la espada, con mentalidad más burocrática que dinámica y poco propicia a las perspectivas universales e idealistas de una misión imperial.

Este ambiente psicológico y social de los habitantes bizantinos, unido al rápido engradecimiento oficial de Constantinopla forzosamente tenía que producir un fenómeno de emulación y rivalidad entre la vieja Roma de los Césares y la nueva Bizancio. Al principio la rivalidad se limitó a la lucha sorda entre ciudad y ciudad, pero más tarde rebasó este marco localista para universalizarse en una lucha más amplia entre Oriente y Occidente, llevando así paulatinamente la traslación a la rivalidad política y al alejamiento progresivo.

Un fenómeno parecido a estas divisiones políticas surge en el campo religioso, pero con más graves consecuencias. La escisión no se produce repentina ni violentamente; se comienza más bien por tendencias separatistas, se dejan sentir después hechos sintomáticos para producirse finalmente escisiones desgarradoras.

Efectivamente el primer brote oficial de las tendencias separatistas entre Oriente y Occidente tiene lugar el año 381, es decir, solo cincuenta años después de la fundación de Constantinopla. Es con motivo de la celebración del segundo concilio ecuméuico. A la circunstancia ya relevante de celebrarse en Constantinopla ha de añadirse la capital importancia que encierra el canon 3.º de este concilio que dice así: «El obispo de Constantinopla ha de tener el primado de honor después del de Roma, porque su ciudad es la «Nueva Roma» [9]. Es decir, cuando en Constantinopla habíase erigido tan sólo un obispado, ya su prelado influído y amparado por la corte pretendía no independizarse, pero sí colocarse en el segundo puesto de la Iglesia Universal. Por la aspiración a una abierta supremacía, que este canon significaba y encerraba no fue reconocido por los patriarcas de Antioquía y de Alejandría hasta el siglo V y la Iglesia latina

---

[9] C. KIRCH, *Enchiridion fontium historiae ecclesiasticae*, núm. 648.

tampoco lo reconoció hasta el siglo VI, pero esta oposición ya no podría cortar las pretensiones de supremacía manifestadas por Constantinopla.

A partir de este momento no cejó la sede constantinopolitana en ir aumentando sus prerrogativas primaciales y en el siglo IV registra la historia de la Iglesia otro hecho sintomático de escisión. Fue con motivo del IV concilio universal celebrado en Calcedonia. En esta asamblea convocada contra la voluntad del Papa San León se aprovechó una de sus sesiones, en la que estaban ausentes los legados pontificios, para aprobar veintiocho cánones disciplinares, en el último de los cuales se renovaba el canon 3.º del concilio de Constantinopla y se elevaba a la Nueva Roma a categoría de Patriarcado, asignándola un límite jurisdiccional sobre la mitad del imperio de Oriente. De esta forma el obispo de Constantinopla con el apoyo oficial del Emperador ha logrado ya la dignidad patriarcal para su sede y la supremacía eclesiástica en Oriente. Tampoco este canon fue confirmado por el Papa, a pesar de las reiteradas instancias del Emperador, y por la repercusión que tuvo en adelante merece considerarse como el segundo brote escisionista.

En los comienzos del siglo VI el obispo de Constantinopla ya no se limita a titularse Patriarca, sino que dando un paso más se denomina descaradamente «Patriarca ecuménico» y vindica para su sede la primera categoría entre todas las iglesias del Orbe [10]. A estas pretensiones de supremacía universal respondió el Papa San Gregorio Magno con la fórmula que se ha hecho célebre entre los Papas de Roma: «servus servorum Dei». Es verdad que la habilidad y prudencia de los Papas pudieron evitar ruidosas escisiones durante estos siglos, pero el tiempo y los acontecimientos posteriores se habían de encargar de producir sus frutos.

Entre los hechos políticos que más ahondan la división entre Oriente y Occidente están la lucha por la posesión del Ilírico o sea Dacia y Macedonia (correspondiente a la actual Grecia, Albania, Yugoslavia oriental y Bulgaria) que se inclinaron finalmente de la parte oriental; la invasión de los bárbaros y la coronación imperial de un rey germano que fue Carlomagno. Los emperadores bizantinos consideraron siempre a los Papas como esclavos de los reyes bárbaros. Los Papas, por su parte, se ven obligados a buscar el apoyo de los reyes francos ante la persecución iconoclasta y el débil apoyo de los emperadores orientales contra los lombardos. Por fin el Papa León III, en la noche de Navidad del año 800, se decide a restaurar el Sacro Imperio Romano de Occidente en la persona de Carlomagno, pero esta coronación, que fue recibida entre vítores y aclamaciones por el pueblo romano, se consideró como la más grave injuria y traición inferida a los bizantinos, produciéndose automáticamente la escisión política entre Oriente y Occidente, con lo que asistimos al nacimiento del doble bloque de nuestros días: Oriente y Occidente.

La escisión religiosa no se había de hacer esperar, porque el cisma existía ya en el espíritu bizantino. La ambición de los hombres, el orgullo nacional, el abismo cada vez mayor entre dos civilizaciones que no se entendían ni comprendían, el desconocimiento absoluto del griego por parte de los occidentales y las pocas simpatías por el latín entre los griegos, los estragos de la contienda iconoclasta y las pretensiones cesaropapistas de los emperadores bizantinos, que les llevó a intervenir como pontífices máximos en las contiendas religiosas, amontonaron la leña para el cisma de Oriente. Sólo faltaba una persona que se encargara de encender el fuego y ése fue Focio.

Este hombre ambicioso, pero de un talento extraordinario y no menor cultura logra la deposición del patriarca Ignacio, monje virtuoso y austero, y obtiene ser encumbrado a la dignidad patriarcal a pesar de no ser más que un simple laico, merced al apoyo eficaz del emperador bizantino. La corte imperial ve en Focio el instrumento dócil para sus planes y se esfuerza por obtener el consentimiento de Papa Nicolás I, pero éste, enterado de la verdad, se decide en favor del patriarca Ignacio, deponiendo a Focio. Focio y la corte hacen de este asunto causa común de todo el Oriente, deponen al Papa Nicolás I, excomulgándole el año 867 e inaugurando así el cisma de Oriente.

Las razones aducidas por los orientales las resumen en los siguientes cargos contra Roma y los occidentales: 1) que con el traslado de la capitalidad del imperio se había también trasladado el Primado de Roma a Constantinopla; 2) que los latinos habían falsificado el símbolo de la fe con la adición de la partícula «Filioque»; 3) que la iglesia latina no admitía la validez del sacramento de la confirmación administrado por un presbítero y 4) que los clérigos latinos por feminismo se rapaban la barba [11].

Entre las razones o cargos aducidos sólo quiero llamar la atención en aquella que dice que con el traslado de la corte a Constantinopla se trasladó también el primado.

---

[10] C. Silva Tobuca, S. I., *Institutiones historiae ecclesiasticae*, pág. 34.
[11] H. Gómez, *Historia de la iglesia rusa*, (Madrid, 1952), pág. 675-677.

Esta razón, como se ve, no es sólo un eco del canon tercero del concilio de Constantinopla y del veintiocho del de Calcedonia; es ya la confesión clara y abierta de lo que era aspiración capital en el patriarca constantinopolitano: la supremacía religiosa

El cisma de Focio, como conflicto interno de la iglesia bizantina, duró solamente cuatro años (863-867) y se restableció la unidad religiosa a la muerte del autor, sin embargo como manifestación de un espíritu de autonomía y supremacía era muy sintomático. En el año 1054, no obstante ser el siglo XI una centuria de ideales unitarios y universalistas, se produjo la separación definitiva con el patriarca Miguel Cerulario. Este supremo jerarca de la iglesia de Constantinopla que sólo tenía de común con Focio la ambición y aversión a Roma, pero no la cultura, consumó definitivamente el cisma. Su mediano talento y orgullo le impidieron comprender los ideales de unidad y universalidad que encerraba el siglo XI y que eran aspiración suprema del papado: la unión más apretada e íntima con el centro vital de la Cristiandad. La realización de esta idea chocó fuertemente con el orgullo nacional griego y una simple embajada del Papa León IX dio a la ambición de Cerulario el deseado pretexto para consumar la ruptura definitiva.

Es verdad que contó con la circunstancia de un emperador débil, como era Miguel VI, pero un patriarca como Cerulario, ambicioso y luchador que quita y pone emperadores a su antojo no había de sentir escrúpulos de ninguna clase en originar el cisma contra Roma, si esto le llevaba por el camino del engrandecimiento y de la gloria. Así lo estimó el jefe de la iglesia oriental y el año 1054 se lo impuso al vacilante emperador bajo la amenaza de un motín.

La génesis y desarrollo del cisma oriental hacen ver enseguida que la causa eficiente y última fue y sigue siendo profundamente política e histórica. Una buena parte tuvo en ella la política imperial de Bizancio tan mezclada, por otra parte, en cuestiones religiosas. Ni el Filioque ni los ácimos son las verdaderas y profundas causas del cisma, no nos separan razones doctrinales ni dogmáticas, si exceptuamos el Primado; eran más bien el antagonismo racial hacia Occidente, acentuado a lo largo de los siglos por una desconfianza y desconocimiento mutuo y la pérdida y obscurecimiento progresivos de la idea primacial de Roma entre los orientales la que ha llevado a la separación entre la Iglesia Oriental y Occidental y aun a la formación del doble bloque Oriente y Occidente.

Consecuencias

Las consecuencias graves y transcendentales que el Cisma y la revolución protestante han producido en el seno de las iglesias ortodoxas y protestantes son incalculables. Es verdad que la unidad de la Iglesia ha sido perturbada a lo largo de la historia por las herejías y cismas; pero jamás ha sido destruída. Tiene en su favor la promesa terminante de Jesucristo hecha a San Pedro en la ciudad de Cesarea de Filipo: «Sobre esta piedra edificaré mi iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt. 16, 18). Desde este momento Pedro y sus sucesores en el primado romano habían de ser por voluntad positiva de Jesucristo, no por mera evolución histórica la piedra fundamental y el corazón de la Iglesia católica. Consiguientemente las iglesias cismáticas y las diversas sectas protestantes, ramas disgregadas del árbol vital se agostarían en la arena de la disgregación o se asfixiarían por falta de jugo vital y la historia, como maestra de la vida viene confirmando la verdad de la divina promesa.

Efectivamente Bizancio se apartó y se independizó de Roma por intereses políticos, comerciales y culturales amén de otras viejas rivalidades de raza, y la iglesia constantinopolitana perdió su vitalidad. Más tarde otros pueblos y otras razas se separarían e independizarían de Constantinopla por los mismos e idénticos motivos. Separados de la roca de Pedro una e inconmovible, las confesiones cristianas se disgregaron en un mosaico abigarrado de iglesias autocéfalas, raciales o nacionales, sin unidad ni catolicidad. Esto, ni más ni menos ha sucedido a las iglesias llamadas ortodoxas y este mismo fenómeno, aunque más acentuado, se ha realizado entre las iglesias o comunidades protestantes. Focio, Miguel Cerulario, Lutero y Calvino sembraron la cizaña de la dispersión frente a la unidad, inocularon los gérmenes del imperialismo y materialismo frente a la catolicidad y espiritualidad y son los movimientos anticristianos de nuestros días los que habrían de recoger los frutos de perdición de aquella lejana y funesta sementera.

En la actualidad las iglesias orientales comprenden 190 millones de cismáticos. Son iglesias nacionales e independientes entre si, sin ninguna mutua relación. La única soldadura entre ellas es el rito y una aversión fanática y apriorística contra Roma, particularmente por lo que hace a la iglesia ruso-eslava. A base de estos dos lazos: el rito y la aversión a Roma han intentado los bizantinos dar unidad dogmática y jerárquica a todo el espíritu religioso del Oriente, pero el rito común si no se cimenta en el dogma no tiene fuerza vital para unir inteligencias, ni el odio ni los perjuicios pueden realizar la unidad de corazones. Así vemos hoy un verdadero laberinto de sectas e iglesias en el Oriente cismático desparramadas en más de veinte nacionalidades:

1.	Patriarcado ruso (1589)	115.000.000
2.	» rumano (1925)	13.000.000
3.	» servio (1921)	6.000.000
4.	Iglesia nacional autocéfala de Grecia (1833)	5.000.000, metrópoli Atenas
5.	» » » » Bulgaria (1870)	5.000.000
6.	» » » » Polonia	5.000.000
7.	» » » » Georgia (Rusia)	2.700.000
8.	Patriarcado de Constantinopla	2.500.000
9.	» » Alejandría	1.000.000
10.	» » Antioquía	250.000
11.	» » Jerusalén	50.000
12.	Iglesia autónoma de Albania	220.000
13.	Iglesia autocéfala de Checoslovaquia	250.000
14.	» » » Letonia	170.000
15.	» » » Estonia	155.000
16.	» » » Finlandia	60.000
17.	Arzobispado de Norteamérica	250.000
18.	» » Chipre	180.000
19.	» » Japón (autónomo)	35.000

Entre los principales ritos tenemos el griego o bizantino (6 millones); el sirio con 300.000 (Antioquía y Jerusalén); el rumano con 12 millones (patriarcado de Bucarest); el búlgaro con 4 millones (exarcado).

Tal es la disgregación, en que ha venido a parar aquella gloriosa cristiandad de Oriente santificada e iluminada por las gloriosas figuras de un San Juan Crisóstomo, o de un San Atanasio, de un San Cirilo, quienes fueron, sobre todo, columnas de la fe y campeones de la unidad en los primeros siglos de la Iglesia. Así lo manifestaba el Papa Pío XII de feliz memoria en su encíclica «Orientalis Ecclesiae» al hablar de San Cirilo: «Tanto en la lucha contra la herejía nestoriana como en el acuerdo con los obispos de la provincia antioquena, él se atuvo a la más estrecha y constante unión con esta sede apostólica.»

Al separarse de Roma vino la disgregación y esta dolorosa separación ha producido ya frutos tan amargos que no es extraño se dejen sentir voces de angustia reveladoras de un deseo de unión. Lo afirmaba hacía ya tiempo el Papa Pío XII (Summi Pontificatus), cuando decía: «Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo tal que no puede haber mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos, que constituyen una condenación, cuya eficacia supera a toda refutación teórica. Horas de tan penosa desilusión son frecuentemente horas de gracia, un pasar del Señor.» El Papa Juan XXIII, actualmente reinante, en el radiomensaje navideño del año 1958 (cf. Ecclesia 1 (1959) 7) alude también al «initium malorum» a la cosecha atea y materialista, a la confusión, desilusión y ruina amenazadora, producida por la falta de unidad y «sólo la unidad —continúa diciendo el Papa— y la cohesión en el reforzamiento del apostolado de la verdad y de la verdadera fraternidad humana y cristiana podrán detener los graves peligros que amenazan a la humanidad» (Ibid.)

Pero la disgregación trajo todavía otro mal mayor y éste fue la esclavitud estatal. Las iglesias orientales, al perder los lazos de unión con Roma, se echaron en manos de los poderes estatales, quienes habían de utilizar a la religión como instrumento de gobierno, según las normas del cesaropapismo oriental. La lucha surgió inevitable entre la iglesia rusa y el estado, pero una iglesia, como la rusa, servilista y que jamás manejó libremente la espada de la espiritualidad forzosamente había de sucumbir en la pelea.

En efecto, ya a mediados del siglo XVII tuvo que sostener una lucha el patriarca Nikón para defender su iglesia contra la autocracia y absolutismo del poder civil, pero sucumbió. Un paso más hacia la esclavitud se dio al comenzar el siglo XVIII en el reinado de Pedro el Grande. Este monarca omnipotente abolió el patriarcado de Moscú e hizo de la iglesia ortodoxa una oficina de la administración del Estado. El patriarcado fue sustituído por el Santo Sínodo, compuesto de ocho a diez obispos, cuyos miembros serían nombrados por el Zar de entre los prelados más blandos a las pretensiones y caprichos de la corte. El verdadero dueño del Santo Sínodo era el representante del Zar, el procurador laico del sínodo, que asistía a las sesiones con pleno poder de poner veto a sus decisiones. Es cierto que con esto la iglesia rusa obtuvo el régimen de favor, pero perdió su santa libertad e independencia, tan necesarias siempre a la Iglesia y con la libertad el espíritu, que da vida y prestigio.

Cuán perjudicial y dolorosa fue para la iglesia rusa esta postura lo demostraron abundantemente los días trágicos de la revolución comunista de 1917. El patriarca Tychon (1917-1925) ya advirtió este peligro y pensó en independizarse del poder civil, pero era demasiado tarde. Cuando cae el imperio de los zares y el gobierno de Kerenski se tambalea ante la presión revolucionaria del soviet, algunos patriotas rusos creyeron encontrar en la iglesia ortodoxa una fuerza para restablecer el orden. El 28 de octubre de 1917 se reúne precipitadamente un concilio nacional, se restablece el patriarcado, se nombra patriarca a Mons. Tychon, metropolitano de Rostov, quien a pesar de aconsejar al clero y al pueblo la resistencia a la revolución comunista, el estado y la iglesia rusa corrieron la misma suerte y fueron arrollados por el bolchevismo.

La iglesia ortodoxa en Rusia fue víctima de su esclavitud. Sin el apoyo del imperio zarista y sin la base de una cohesión y unidad internas, la

iglesia rusa se ha visto desgarrada durante el gobierno soviético en una infinidad de iglesias y sectas, que son la más elocuente apología en favor de la unidad. Las divisiones religiosas principales de la iglesia rusa fueron la iglesia patriarcal, la sinodal, la iglesia de los trabajadores o iglesia viviente, la del renacimiento, la ucraniana, la de los emigrados aparte de otras muchas sectas de menor importancia.

Ante la disgregación y la esclavitud los únicos que han sacado y sacan partido son los soviets para sus fines de expansión imperialista y proselitismo ateo, como lo demuestra la historia reciente de Polonia, Checoslovaquia y Hungría. La sementera de Focio y del cisma oriental la están hoy recogiendo las desmedidas ambiciones del Kremlin. Difícil era preveerlo, pero consumada la ruptura con Roma, centro de la unidad y catolicidad, las consecuencias de la disgregación no han podido ser más dolorosas y funestas hasta tener repercusiones bien claras y tangibles en el mismo orden político y social y contra lo que podría pensarse, la iglesia rusa ortodoxa, después de la guerra, se ha echado de nuevo en manos del Soviet con el grave peligro, como es natural, de ser víctimas de sus tenebrosas y malvadas intenciones.

Y esto que acabamos de decir de la iglesia oriental podríamos aplicarlo a la iglesia protestante. Por una férrea ley histórica vemos que en los pueblos las mismas causas producen los mismos efectos. Las razas y pueblos norteños se desgajaron del árbol vital de la Iglesia no por teología ni por política, sino por antagonismo, ambición y perversión de unos cuantos hombres corrompidos y de moralidad dudosa. Pero como Jesucristo hizo a su Iglesia una y católica, su unidad descansa en la roca de Pedro anclada al mismo trono de Dios y fuera de esta roca las confesiones cristianas se disgregan en variadísimas parcelas de iglesias autocéfalas, raciales o nacionales sin unidad ni catolicidad. Esto, ni más ni menos, ha sucedido a las iglesias cismáticas de Oriente y esto ha ocurrido a las iglesias protestantes de Europa y América.

Aunque fue la política la causa eficiente y final que separó a las iglesias orientales y motivos políticos y raciales intervinieron también en la escisión de las iglesias protestantes con Roma, creemos por hoy que no ha de ser la política la que ha de volverles al seno de la Iglesia Romana. En la historia de la Iglesia tenemos varios ejemplos o momentos en que se intentó hacer la unión con Roma por motivos políticos. Así pensaron ya los emperadores bizantinos Miguel VII (1073) y Alejo I Comneno el 1085; las tentativas se repitieron unos años más tarde en tiempos de Eugenio III (1145-1153), Celestino III (1191-1198) e Inocencio III (1198-1216) a quienes los emperadores bizantinos Manuel I Commeno y Alejandro III hicieron ofertas inaceptables por supeditar la unión a sus ambiciones políticas sobre Occidente.

Como es sabido la formación de un imperio latino en Constantinopla, el año 1204, por obra de los cruzados no favoreció en nada la causa de la unión, antes bien empeoró notablemente la situación y los acuerdos unionistas llevados a cabo en el Concilio de Lión del año 1274 y de Florencia del año 1439 ante el peligro turco fueron efímeros y transitorios, como efímeros y pasajeros eran los intereses políticos que los motivaban.

Era sin embargo difícil cambiar una mentalidad, que por el desarrollo mismo de los hechos y la organización política de los estados estaba acostumbrada a enfocar y solucionar las cuestiones bajo un prisma preponderantemente político. Así se explica que en el siglo XV se hable de una cruzada dirigida contra los turcos y griegos con el marcado objetivo de

restablecer el imperio latino de Constantinopla y así lograr la unidad de la Iglesia, idea que, aunque descabellada, no se abandonó totalmente hasta que la Revolución francesa aventó las últimas cenizas del antiguo régimen.

Por lo que al protestantismo se refiere hay que confesar que el tono marcadamente polémico y controversista entre católicos y protestantes que llena todo el período postridentino no era el más favorable para la inteligencia y la unión. La Iglesia sintió profundamente el dolor que le proporcionó la escisión protestante y tanto en sus decretos de reforma como en sus métodos de apostolado procuró evitar en adelante el avance de disolución iniciado por la revolución protestante, aunque manteniendo el tono agrio de polémica. Las controversias y coloquios religiosos ensayados y patrocinados por Carlos V y Fernando I de Austria no condujeron a nada práctico, pero no se abandonaron en absoluto. Leibniz, Bossuet, Spinola y otras grandes figuras del campo católico y protestante manejaron estas mismas armas a lo largo de los siglos XVII y XVIII con más entusiasmo que éxito. La posición irreductible del campo protestante y las intromisiones o interferencias políticas tan difíciles de evitar por este tiempo hicieron fracasar siempre toda tentativa de unión e inteligencia.

En el período posterior a la última guerra mundial se han hecho tentativas de unión entre las diversas iglesias orientales, promovidas por el patriarcado de Moscú; pero tales intentos basados más en motivos políticos y racistas que doctrinales han merecido la repulsa de muchas iglesias ortodoxas y sobre todo de Constantinopla.

Ante el concilio panortodoxo convocado por el patriarca de Moscú para el año 1948 rechazaron la invitación las iglesias ortodoxas de Servia, Polonia y Finlandia y dejaron de contestar las iglesias ortodoxas de Checoslovaquia y Hungría; pero lo realmente desconcertante para el patriarca de Moscú fue la actitud adoptada por los grandes e históricos patriarcados de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén. Los tres últimos (Antioquía, Alejandría y Jerusalén), a pesar de sus simpatías por todo lo eslavo, se mantuvieron en una actitud de prudente reserva, declarando que Moscú no ofrecía para las iglesias orientales las necesarias garantías de independencia y seguridad canónicas. El patriarca de Constantinopla, Máximo V, fue todavía más lejos al manifestar que la convocatoria de un concilio panortodoxo era de la exclusiva competencia del patriarcado de Constantinopla y que el patriarca moscovita, al tomar una determinación de tal género, se había arrogado facultades, que no le pertenecían. Con esta declaración del patriarca constantinopolitano se asestaba un golpe mortal al concilio panortodoxo proyectado por los moscovitas y dejó de celebrarse.

El Papa Juan XXIII nos habla también, en el mensaje de Navidad del pasado año, del fracaso obtenido por otras tentativas iniciadas en este mismo sentido: «Todavía está vivo —dice el Papa— en nuestro espíritu el recuerdo de hace algunas decenas de años, cuando algunos representantes de las iglesias ortodoxas —como se las llama— del Próximo Oriente, con la cooperación práctica de algunos gobiernos, pensaron en proveer a la concentración de las naciones civiles, iniciándola con un entendimiento entre varias confesiones cristianas de diverso rito y de diversa historia.»

«Por desgracia, el contraviento de intereses más presionantes y concretos y de preocupaciones nacionalistas esterilizó aquellas intenciones de suyo buenas y dignas de respeto» (cf. Ecclesia 1 (1959) 7).

El siglo del Iluminismo con sus ideas democráticas por una parte y la misma revolución protestante por otra crearon un clima de tolerancia,

hicieron desaparecer la animosidad irreductible entre católicos y disidentes y provocaron fuertes corrientes unionistas entre los mismos protestantes [12], al mismo tiempo que las circunstancias históricas colocaron el problema más al margen de la política.

Desde el congreso internacional de Edimburgo de 1910 los protestantes han venido trabajando constantemente en pro del movimiento ecumenista. Entre los éxitos más logrados a este respecto están: Un mayor conocimiento de los fundamentos teológicos y bíblicos sobre la unidad, un movimiento más intenso de oraciones, uniones parciales entre algunas sectas protestantes y hasta la fundación de comunidades protestantes con el único objetivo de promover la unidad.

Independientemente de los movimientos protestantes y ortodoxos la Iglesia católica ha promovido con todas sus fuerzas la realización de este ideal, porque lograrle constituye una de sus mayores tareas misionales y apostólicas. Desde la segunda mitad del siglo XIX se han multiplicado los esfuerzos de los Papas por lograr la unidad de la Iglesia tan deseada por Cristo. Las frecuentes revueltas producidas en los Balkanes y Próximo Oriente a lo largo de la pasada centuria provocaron importantes movimientos unionistas hacia la Iglesia Romana entre diversos grupos orientales, como sucedió en Siria, el Líbano y Bulgaria. Esto es lo que movió al Papa Pío IX a crear una sección especial para los asuntos orientales, dentro todavía de la Congregación de Propaganda Fide. En estos últimos tiempos y particularmente desde el pontificado de León XIII, la atención de los Papas se dirige con un cariño y un cuidado digno de elogio hacia el Oriente, del que nos vino la luz.

El Papa Benedicto XV funda el año 1917 una congregación especial para los Asuntos de la Iglesia Oriental, al mismo tiempo que erigía en la Ciudad Eterna el Instituto Pontificio de Estudios Orientales. Pío XI, de feliz memoria, con un interés más creciente consagró una atención preferente a la vida religiosa del Oriente. Lo ponen de relieve los diversos colegios orientales abiertos por él en Roma; la fundación de cátedras orientales en algunas universidades y seminarios y el título de «*Padre del Oriente Cristiano*», que los mismos disidentes y ortodoxos le han tributado es el más cumplido elogio a los trabajos realizados por este Papa en favor del mundo oriental.

El Papa Pío XII aceptó con todo empeño la herencia y preocupaciones que le legó su predecesor y, aunque abordó el problema oriental en varios de sus documentos quiso tratar expresamente y por extenso este asunto en un documento especial que publicó el 9 de abril de 1944 con motivo del XV centenario de la muerte de San Cirilo, una de las grandes glorias de la Iglesia Oriental. A esta encíclica, que lleva el nombre de «Orientalis ecclesia» podemos llamar con toda exactitud la magna carta de la unidad, porque en ella aborda expresamente el problema señalando el triple lazo de unidad de fe, de unidad de caridad y unidad de autoridad, triple unidad, que San Cirilo amó y promovió ardientemente.

El Papa Juan XXIII, actualmente reinante, profundo conocedor de la situación y tragedia de las iglesias orientales, por haber sido durante diez años delegado apostólico en Bulgaria y otros diez años en Turquía y Grecia, aprovechó la primera ocasión solemne que fue el mensaje de Navidad del pasado año 1958 (cf. Ecclesia 1 (1959) 5 ss.) para llamar la atención y colocar en un plano de preferencia el «angustioso problema de la trunca-

---

[12] G. ALGERMISSEN, *La Chiesa e le chiese*, (Roma, 1944), págs. 773-774.

da unidad de la herencia de Cristo, que permanece siempre —como él mismo dice— para gran turbación y perjuicio del mismo trabajo de resolución, a lo largo de pesantes dificultades e incertidumbres». Y a este primer llamamiento del Papa en favor de la unidad siguió rápidamente el sorprendente anuncio de un concilio universal, que quiere ser la real concreción de la invitación hecha a las comunidades separadas para buscar la unidad que tantas almas de todos los puntos de la tierra anhelan hoy.

No desconoce Juan XXIII las muchas dificultades que hay que superar, los obstáculos que hay que vencer y el camino largo que queda por recorrer, pero a su bondadoso corazón y paternal solicitud no se le oculta la buena voluntad de millones de protestantes y ortodoxos, que lo son por el hecho de haber nacido y vivido según la tradición de sus padres. Miles y miles de disidentes y cismáticos se mueven hoy afortunadamente en una atmósfera espiritual donde el toque de la gracia es frecuente y donde el encuentro con Cristo no es difícil. Juan XXIII está plenamente convencido de que el movimiento del gran retorno no es obra de habilidades políticas ni diplomáticas, sino de la gracia y del amor, a cuyo servicio está consagrado por su misión y condición de pastor supremo de las almas.

El clima de comprensión, atracción y amor creado por sus predecesores es continuado e impulsado por el Papa actualmente reinante. De la acción vivificante y unificante de la Iglesia, en la que tiene su parte principal la gracia quiere obtener el Papa la unión de los creyentes. Y esta postura tan espiritual y evangélica del Primado Romano no ha podido menos de concentrar la atención y admiración del mundo cristiano.

Afortunadamente el actual patriarca de Constantinopla Mons. Atenágoras dirige con simpatía su mirada hacia Roma. Nos hemos de felicitar y jubilosamente alegrar de que haya sido el primero en contestar a la amorosa invitación formulada por Juan XXIII en el mensaje de Navidad del año 1958. El 3 de enero del presente año (1959) manifestaba en un histórico documento su complacencia por la llamada a la unidad de las iglesias hecha por Su Santidad, el Jefe de la Iglesia Romana; prometía su colaboración y formulaba su deseo de que la Iglesia de Roma se volviera fraternalmente hacia el Oriente, terminando con estas palabras ansiosas de unidad: «Nos lo deseamos y lo esperamos de Su Santidad el nuevo Papa de Roma, Juan XXIII, cuya persona es tan conocida y respetada en nuestras regiones.»

Muchos de los mismos ortodoxos empiezan a comprender que la vía de la unidad cristiana ha de arrancar de Roma. Entre los armenios reina una gran veneración y admiración por el Sumo Pontífice y no faltan motivos esperanzadores de que todos los armenios vuelvan pronto a la Iglesia católica, según lo manifestaba el mismo Juan XXIII en una audiencia dispensada a los armenios residentes en Italia el 2 de febrero del presente año (cf. Ecclesia 1 (1959) 181-182).

Respecto a los ucranianos, el arzobispo de Filadelfia, de rito griego ucraniano, Constantino Bohachevsky, decía: «Hemos sabido por fuentes confidenciales los deseos y clamores de muchos ucranianos del otro lado del telón de acero, esclavizados en campos de concentración y condenados a trabajos de esclavos, quienes abiertamente expresan su ansiedad de ser recibidos dentro de la Iglesia Católica bajo la autoridad suprema de la Santa Sede Romana» (Cf. Ecclesia 1 (1959) 279).

La Iglesia católica, plenamente consciente de su misión sigue su camino, el señalado por Dios. Ella ama con entrañable cariño a sus hijos

extraviados y desea verlos cuanto antes en su seno, el seno de la única y verdadera Iglesia. Para ello hará todos los sacrificios que sean necesarios, todos menos uno, que jamás se le podrá exigir, porque sería lo mismo que exigirle a que renunciara a la misión que Cristo le confió: el ceder una parte, aunque mínima de la verdad. Hay que buscar el acercamiento, sin olvidar lo que nos divide, porque en vano buscaríamos la confusión en un común denominador.

Vive el ecumenismo de nuestros días horas de evidente preocupación y angustiosos deseos de una Iglesia que sea Una y Unica, pero no acierta a convenir en cómo debe ser esa Iglesia. Los asambleístas de estas reuniones discrepan fundamentalmente en muchos puntos. Sólo están unánimes y conformes en dos cosas: la primera es en reconocer la necesidad de la unidad, que por voluntad de Cristo debe tener la Iglesia; la otra, es el repudio de toda idea de autoridad central para todas las confesiones. Y sin embargo no habrá unidad religiosa sin autoridad magistral, ni la autoridad magistral podrá carecer de cabeza suprema, como pretenden los protestantes y también muchos teólogos del Oriente separado. La encíclica «Humani generis» de Pío XII ha salido al paso de estas torcidas tendencias al decir que la «auténtica interpretación del depósito revelado no lo confió Cristo ni a cada uno de los fieles ni siquiera a los teólogos, sino tan sólo al magisterio de la Iglesia.»

La convocación del Concilio Universal por Juan XXIII es también una invitación a los católicos del mundo entero a que colaboremos por el éxito y los fines que el Santo Padre se propone al anunciar tan importante reunión. Y la contribución que el Papa exige es la de nuestro trabajo, de nuestro esfuerzo, de nuestra preocupación personal por la solución de un problema que afecta no solo a la Jerarquía, sino a todo el pueblo fiel. A esta colaboración de inteligencias, de corazones, de fuerzas conjuntadas, hemos de añadir la oración tan solicitada por el Papa. El pastor protestante Francisco Watson hizo vivir la idea de la unidad a través de la oración a cuantos de él dependían y la unidad así vivida le llevó a la Iglesia Católica con toda su comunidad. No podemos olvidar que la vuelta a la unidad ha de ser, ante todo, obra de la gracia y la gracia se obtiene por la oración.

Hemos de orar para que la Iglesia supere las dificultades y peligros que pudiera haber en la realización y éxito del anunciado Concilio. Confiemos en que la unión de todos los cristianos se realizará, aunque a nosotros no sea dado conocer el momento y la hora. Lo que sí podemos asegurar es que hoy como nunca hay deseos de unión. Cristo la desea; la ha pedido al Padre; oremos nosotros por tan alto ideal, llevando en la mente y en el corazón bien grabadas las palabras de Cristo: «Que todos seamos uno y que se haga un solo rebaño bajo un solo pastor.» El fraccionamiento del cristianismo resta virtualidad al Evangelio en el mundo misionero, mientras «la unidad de la Iglesia —como ha dicho Juan XXIII— será la alegría y tranquilidad del mundo entero».

IV

Unidad y Catolicidad: Conexión entre ambas en relación con el Dogma del Cuerpo Místico

Fr. Emilio Sauras, O. P.

Profesor del Estudio General de los PP. Dominicos y del Seminario Metropolitano de Valencia

Podría tratarse el tema de «la unidad y la catolicidad» de la Iglesia dándole muchos enfoques, todos ellos auténticos, y contemplándolo con muchas perspectivas. Se podría tratar, por ejemplo, en su aspecto apologético-dogmático. También en su aspecto dogmático-pastoral. El primero es más bien propicio a agrandar distancias y separaciones. El segundo, en cambio, se presta más a crear un ambiente de acercamiento y de conciliación.

El enfoque apologético-dogmático nos llevaría a estudiar la naturaleza de cada una de las dos notas en cuestión. A afirmar que Cristo tuvo voluntad de dotar de una y otra a la institución eclesial, y que de hecho la dotó cuando la instituyó. Y al mismo tiempo, que desde el punto y hora en que la instituyó no hay Iglesia auténtica sino está dotada de las dos. Dos que se aprecian en la Iglesia Romana. Por lo que, añadida a otras razones de no poca monta, es ésta una y fuerte, que abona el hecho de su legitimidad y de su autenticidad.

Este mismo enfoque apologético-dogmático nos llevaría también a estudiar el problema de las dos notas a que hacemos referencia con otra perspectiva. La perspectiva de las relaciones que existen entre una y otra. La unidad y la catolicidad no son dos notas distintas, que vienen a sumarse, como sumandos inconexos, en una misma institución, la de la Iglesia verdadera. Son dos notas trabadas entrañablemente. Distintas, pero inseparables. La catolicidad es tal precisamente por la unidad, depende de la unidad, no puede separarse de la unidad. Y esto hace concluir con lógica rigurosa que una iglesia-secta o una iglesia-nacional no pueden ser verdaderas.

Todas estas derivaciones apologético-dogmáticas de la unidad y de la catolicidad de la Iglesia son interesantísimas, pero hoy las dejaremos al margen. Nada de esto se nos ha pedido y nada de esto está en el enunciado del tema. El enfoque de la unidad y de la catolicidad va a ser dogmático-pastoral.

La defensa y el ataque no son buenos procedimientos para la atracción y para la unión. La Iglesia de Jesucristo padece un desgarrón profundo desde hace siglos. Este desgarrón siempre ha sido igualmente nocivo, pero no siempre se ha sentido con igual intensidad. Hoy, a Dios gracias, la conciencia de «unidad» está muy despierta en todos los cristianos. El «que todos sean unos, como tú, Padre estás en mí y yo en Ti, para que también

ellos sean en nosotros, y crea el mundo que tú me has enviado», que era el gran deseo manifestado por Jesús en su oración sacerdotal (Juan, 17, 21), resuena como una severa admonición en el oído de la cristiandad. Y la cristiandad, toda ella, siente cada día más «el gran escándalo» de la desgarradura. Más que de defensas y de ataques es labor de atracción lo que se precisa. En esta labor de atracción tendrá que ir envuelta la verdad. Pero siempre será más eficaz envolverla con actitudes cordiales que con actitudes guerreras.

Vamos a hablar, pues, de la unidad, que todos los que creen en Cristo quieren y no todos tienen, y de la catolicidad, en sus relaciones con el cuerpo místico. Y hablaremos de todo esto con el fin precisamente de fomentar, no ya la creación, porque ya está creado, sino el crecimiento de un clima ambiental favorable a la unión de todos, en el que todos deseamos que se celebre el próximo concilio del que tanto bien se espera.

LAS DOS IGLESIAS, QUE «AQUI» Y «HOY» SON UNA SOLA

Para el desarrollo del tema y la creación del ambiente es preciso recordar algunas verdades referentes a la Iglesia en sus elementos vivificadores y en sus elementos estructurales. Son verdades que difieren. También difieren las cosas a las que hacen referencia. Aunque no difieran porque se opongan o porque existan disociadas. En definitiva las dos clases de elementos a que nos referimos se dan cita en la verdadera Iglesia de Cristo.

Hemos calificado a estos elementos de vivificadores y de estructurales. Los primeros se refieren a la Iglesia en lo que tiene de cuerpo místico; los segundos, en lo que tiene de cuerpo social. Los primeros se resumen en la gracia y en la caridad, que son vida; los segundos, en el derecho, que es norma.

Se ha hablado mucho y se habla aún de la «Ecclesia caritatis» y de la «Ecclesia juris». Y no siempre bien, porque se intenta disociarlas y dar a la primera un carácter y un origen divino y a la segunda un origen y un carácter humano. Cuando la verdad es que las dos están juntas en un mismo sujeto y que las dos tienen su origen en el Señor. Pío XII habla en la «Mystici corporis» «del grave error de los que a su arbitrio se forjan una iglesia latente e invisible, así como el de los que la tienen por una institución humana dotada de una cierta norma de disciplina y de ritos externos, pero sin la comunicación de una vida sobrenatural. Por lo contrario, a la manera que Cristo, cabeza y dechado de la Iglesia, no es comprendido íntegramente si en él se considera sólo la naturaleza humana visible... o sólo la divina e invisible naturaleza... sino que es un sólo con ambas y en ambas naturalezas; así también acontece en su cuerpo místico, toda vez que el Verbo de Dios asumió una naturaleza humana pasible para que el hombre, una vez fundada una sociedad visible y consagrada con sangre divina, fuera llevado por un gobierno visible a las cosas invisibles. Por lo cual lamentamos y reprobamos asimismo el funesto error de los que sueñan con una iglesia ideal, a manera de sociedad alimentada y formada por la caridad, a la que no sin desdén oponen otra que llaman jurídica. Pero se engañan al introducir semejante distinción, pues no entienden que el divino Redentor por este mismo motivo quiso que la comunidad por El fundada fuera una sociedad perfecta en su género y dotada de todos los elementos jurídicos y sociales, para perpetuar en este mundo

la obra divina de la redención. Y para lograr este mismo fin, procuró que estuviera enriquecida con celestiales dones y gracias por el Espíritu Paráclito» *(Mystici corporis)*.

No se distinguen con oposición o incompatibilidad la «iglesia de la caridad» y la «iglesia del derecho». Lo que no quiere decir que entre ellas no haya ninguna distinción. Es preciso distinguirlas sin oponerlas. Mas bien hay que conjuntarlas sin confundirlas. Hoy, aquí en la tierra, es uno mismo el sujeto del que se predican las dos cosas. La Iglesia Católica es la «ecclesia caritatis» y la «ecclesia juris». Pero es una cosa y otra por razones distintas.

La iglesia de la caridad es, propiamente hablando, «el cuerpo místico». Se constituye por la unión de todos aquellos que se hallan vivificados por la gracia de Cristo; en los que alienta la misma caridad y el mismo amor sobrenatural; que se hallan dotados por los mismos dones del Espíritu, y unificados entre sí por su inhabitación.

Tal como la acabamos de describir se trata de una iglesia cuya duración empieza en Adán rehabilitado. Dios lo creó en estado de gracia, pero la gracia de la justicia original no venía de Cristo. La rehabilitación sobrenatural obtenida después de caer fue ya obra del Redentor. Por los méritos previstos de quien tenía que venir pudo Adán poseer de nuevo la gracia santificante. Y por los mismos méritos la obtuvieron sus descendientes. Por ellos la tienen cuantos la tienen tras la venida del Redentor. Y esta iglesia no termina con el fin de los tiempos; durará toda la eternidad, porque eternamente vivirán los bienaventurados la vida divina de la gloria en dependencia vital e incorporativa con el Verbo encarnado.

Si grande es esta iglesia por la duración no es menos grande por la extensión. Existió y existe en la tierra. Y existe también en el purgatorio y en el cielo, ya que tanto las almas que esperan en el primero como la de los bienaventurados que viven en el segundo están sobrenaturalmente vivificadas por su incorporación a Cristo, y por los dones que El les ganó y que de El proceden.

En cambio la iglesia del derecho es, propiamente hablando, el «cuerpo social», o la iglesia en lo que tiene de social. Sus notas características son distintas de las que acabamos de señalar. Es distinto su constitutivo y es distinta su circunstanciación en el espacio y en el tiempo.

Respecto al constitutivo es sabido que consiste en la reunión de los fieles, aunados por la profesión de una misma doctrina, por la sumisión a una misma jerarquía y por la admisión de unos mismos sacramentos. Doctrina enseñada por Jesucristo, jerarquía establecida por El y sacramentos instituídos por El también. En definitiva, pues, los elementos visibles con los que se estructura la institución eclesial son de derecho divino. A ellos se han sumado luego otros muchos de institución y origen humanos, y que, por lo mismo, no le son esenciales. Pueden cambiar e incluso pueden desaparecer. Lo esencial en la institución de que hablamos solamente es lo que tiene origen divino: doctrina, jerarquía y sacramentos.

Por lo dicho se advierte la gran diferencia que hay entre el constitutivo esencial de la «Iglesia de la caridad», gracia, virtudes infusas, dones, Espíritu que inhabita; y el de la «Iglesia del derecho», doctrina, jerarquía y sacramentos. También es grande la que hay en la circunstancia *tiempo*. Esta, de la que hablamos ahora, existe solamente desde hace dos mil años. La fundó Cristo, y la fundó sobre Pedro. No preexistió a ninguno de los dos. La otra, en cambio, ya vimos que existe desde Adán. — Y respecto al porvenir, ésta durará sólo hasta el fin de los tiempos actuales. En lo que

haya de venir luego no habrá sacramentos ni jerarquía. En cambio sí habrá vida divina, como recordábamos antes.

Si del tiempo pasamos al *espacio* nos encontramos con una diferencia no menor en la circunstanciación de las dos iglesias. La institucional, la que tiene dos mil años de existencia, está sólo aquí en la tierra. No ha estado en otro sitio, ni estará. La otra, en cambio, está aquí y está también en el purgatorio y en el cielo. Ya el catecismo nos recuerda que hay una iglesia militante, la de aquí, otra purgante, la del purgatorio, y otra triunfante, la de la gloria. Las tres se refieren a la Iglesia de la caridad. La de la tierra, además, a la del derecho.

Hemos dicho muchas veces ya, y permítasenos decirlo una más, que las distinciones y diferencias que acabamos de advertir no implican oposición de ninguna clase. Por lo tanto, que puede haber y que hay de hecho unión en las dos. En efecto, aquí en la tierra, y desde hace dos mil años, la iglesia de la caridad coincide con la del derecho. Es una misma la que tiene las dos características. La iglesia de Pedro es la social y la vital. No hay otra. Pero la de Pedro, sin embargo, no agota las posibilidades expansivas de la vida divina de Cristo. Esta se expansionó por el mundo antes de que existiera la barca del pescador. Y se expansiona hoy por el purgatorio y por el cielo.

EL CUERPO MISTICO

La Iglesia es un cuerpo. Un cuerpo social, naturalmente. Pero no es como los otros cuerpos sociales; tiene características propias, que no vuelven a verse en ningún otro. Pero no es sólo esto; con esto llegaríamos a la conclusión de que se trata de un cuerpo excepcional. Estas características propias, no repetidas en ningún otro cuerpo, son misteriosas, incomprensibles, sobrenaturales. De ahí que su posesión justifique el calificativo de *místico*.

San Pablo utiliza muchísimo la metáfora del *cuerpo* cuando habla de la Iglesia. La utiliza, la examina, la desentraña. Unas veces habla del elemento vital que lo anima; otras, de su estructura externa. Es claro que para él la sociedad de la que hablaba reunía las condiciones de las dos iglesias que ya conocemos. — Habla además, de los miembros que la constituyen, de la vida que la anima, de su cabeza, de lo que la cabeza comunica a los miembros... En fin, no hay detalle que deje de observar y de enseñarnos.

Para mejor conocimiento de la contextura íntima del cuerpo místico recordaremos las clases de cuerpos que hay y lo que es propio de cada una de ellas. Los cuerpos son de tres clases: unos físicos, otros morales, y otro, uno sólo, místico. Los cuerpos físicos no tienen en sí solución de continuidad, y se caracterizan por estas dos notas: unidad vital de los miembros e impersonalidad de los mismos. Primero, *unidad vital* de los miembros, porque los que lo forman están unificados por una misma alma y una misma forma; es decir, por un mismo elemento íntimo, intrínseco y vitalizador. El brazo y la pierna tienen la misma vida; están vivificados por la misma alma. Son miembros humanos los dos. Y luego, *impersonalidad*. Por razón precisamente de esta unión íntima y vital. Al constituir todos los miembros una unidad sustancial y vital, la personalidad de todos es una sola. El brazo no es persona, ni posee la independencia que es propia de las personas. Es más, en el momento en que adquiere autonomía, y la adquiere por amputación, deja de ser miembro vivo.

En cambio el cuerpo social admite solución de continuidad en la masa que lo constituye, y se caracteriza en consecuencia, por dos notas muy distintas de las que acabamos de advertir. La unión de los miembros no es interna, vital y formal, sino externa. Los une la autoridad que los gobierna y el fin o bien común al que todos concurren. Dos elementos que están fuera de cada miembro particular. Esta unión no es vital, sino legal y moral. Y precisamente por esto, porque cada miembro tiene su principio vital propio, cada uno goza de independencia interna, de autonomía y de personalidad. Los miembros de una sociedad son todos ellos personas, y personas del todo independientes en lo que a la razón de personalidad atañe.

El místico es un cuerpo social en su contextura exterior. La Iglesia instituída por Cristo es una sociedad visible. Hasta aquí no aparece la originalidad de la institución de Cristo ni del nombre con que la nombró San Pablo. Las instituciones abundaban entonces y abundan hoy; y ya los romanos llamaban «corpus» a la república y a cada una de las «corporaciones» que la integraban.

Pero este cuerpo social, que no deja de poseer la nota específica de la conservación de la personalidad en cada uno de sus miembros, tiene, en cambio, la otra, que es propia de los cuerpos físicos: la de unificar a sus miembros con un principio vital interno. Más interno y más penetrante que el principio unificador de los cuerpos físicos. «Y si comparamos el Cuerpo místico y el moral, dice Pío XII, entonces encontraremos que la diferencia existente entre ambos no es pequeña, sino de suma transcendencia. Porque en el cuerpo que llamamos moral el principio de unidad no es sino el fin común y la cooperación común de todos a un mismo fin por medio de la autoridad social; mientras que en el cuerpo místico de que tratamos, a este cooperación se añade otro principio interno que, existiendo de hecho y actuando en toda la contextura y en cada una de sus partes, es de tal excelencia que por sí mismo sobrepuja inmensamente a todos los vínculos de unidad que sirven para la trabazón del cuerpo físico o moral. Es éste, como dijimos arriba, un principio no de orden natural sino sobrenatural, más aún, absolutamente infinito e increado en sí mismo, a saber, el Espíritu divino, quien, como dice el Angélico, siendo uno y el mismo numéricamente, llena y une a toda la Iglesia» (*Mystici corporis).*

Este lazo sobrenatural que unifica internamente a cuantos están vitalmente incorporados a Cristo, que se sobreañade a los vínculos jurídicos y sociales por perfectos que éstos aparezcan, son los dones infusos de las virtudes teologales, principalmente el de la caridad. Y como es de suponer, es la gracia santificante de la que todas ellas proceden. Y es, sobre todo, el Espíritu Santo que inhabita.

La incorporación vital a Cristo hace que de El descienda a quienes se le incorporan el «sensus» y el «motus». Como de la cabeza del cuerpo físico descienden a los miembros la «sensibilidad» y el «movimiento», así de Cristo descienden al cristiano el «sensus supernaturalis» o la capacidad perceptiva de lo divino, y el «motus caritatis». El conocimiento y el amor sobrenaturales son, a su vez, los que presencializan en nosotros a la augusta Trinidad, como enseña Santo Tomás (Sum. Teol. I, 43, 3) y recuerda expresamente Pío XII cuando escribe: «También es necesario que adviertan que aquí se trata de un misterio oculto, el cual, mientras estamos en este destierro terrenal, de ningún modo se podrá penetrar con plena claridad ni expresarse con lengua humana. Se dice que las divinas

personas habitan en cuanto que, estando presentes de una manera inexcrutable en las almas creadas dotadas de entendimiento, entran en relación con ellas por el conocimiento y el amor, aunque completamente íntimo y singular, absolutamente sobrenatural» *(Mystici corporis)*. No procede en esta ocasión abordar este difícil problema de la inhabitación obtenida a través del conocimiento y del amor sobrenaturales que nos comunica Cristo cabeza. Quede constancia del hecho, con las palabras del Angélico y del Papa.

IGLESIA ROMANA Y CUERPO MISTICO

En todo lo dicho hasta aquí parece que va implicada una afirmación: el cuerpo místico es la primera Iglesia de las dos a que hacíamos alusión al principio; la que existió desde Adán y existirá eternamente; la que está aquí en la tierra, en el purgatorio y en el cielo. A todos estos sitios y en todos estos tiempos llegó y se dio y llega y se da el elemento vital de Cristo, la inhabitación de la Trinidad y los dones sobrenaturales infusos.

Pío XII, sin embargo, afirma reiteradamente que el cuerpo místico es la Iglesia segunda, la Iglesia instituída por el Señor hace dos mil años y fundada sobre Pedro, la Iglesia católica romana. Lo afirma más de una vez en la *Mystici corporis*, y vuelve a insistir en la *Humani generis*. No hay oposición en nada de lo dicho. Anteriormente avanzábamos ya la concordancia. El Papa no se refiere, cuando hace esas afirmaciones, al cuerpo místico en sí, sino al cuerpo místico circunstanciado por el espacio y por el tiempo. Y concretamente por el espacio que es la tierra, y por el tiempo, que son los dos mil años de cristianismo. Desde hace dos mil años, en la tierra no hay vida divina que no esté encarnada en la Iglesia de Pedro. Antes, sí la hubo. Y ahora, fuera de la tierra, también.

Todo el mundo sabe que las enseñanzas pontificias son siempre dechado de oportunidad. Corrían cuando Pío XII escribía y corren aún en el día vientos no aceptables de ecumenismo. Muchas mentes piensan que la Iglesia de la caridad está encarnada aquí y allí; que las diversas iglesias y las diversas sectas son poseedoras de los dones divinos; que la de Pedro es una, pero no la única. Era necesario salir al paso. No hay más vida divina hoy en la tierra que la que viene de Pedro. Lo que no quiere decir que la vida divina no se de en las otras iglesias. Puede darse, y se da sin duda cuando en ellas se vive de buena fe y se guardan la ley natural y la ley evangélica. Pero bien entendido que si en ellas se da esta vida no es por lo que tienen de diferentes y separadas, sino por lo que tienen de común y de unidas. En definitiva es la de Pedro la poseedora de los dones divinos, y hay conductos misteriosos que la unen con las separadas, por los que puede pasar y pasa la vida sobrenatural.

Llegados a este punto es preciso que quede en claro qué es y qué no es cuerpo místico en la Iglesia institución. Porque en ella se encuentran tres clases de elementos. Uno, el vital, que ya conocemos porque hemos hablado mucho de él. Este elemento es íntimo e invisible. — Otro, el social de origen divino, que también conocemos. Este es externo y visible; son la jerarquía, la profesión de la doctrina, los sacramentos. Todo ello tiene razón de medio para obtener el elemento primero. Y otro, también social, pero de origen humano. Se constituye por todo el boscaje de instituciones eclesiásticas que han ido apareciendo a lo largo de los siglos. Porque en cada tiempo ha sido necesario establecer normas adecuadas y

crear instituciones nuevas que faciliten el ejercicio del poder divino que la Iglesia tiene para comunicar la gracia.

Hecha la afirmación inconcusa de que la Iglesia institución o la Iglesia de Pedro es el cuerpo místico, debemos preguntar: ¿por cuál de estas tres clases de elementos es cuerpo místico? ¿Por las tres en conjunto? ¿Por cualquiera de las tres? ¿Por la primera sólo?

Manifiestamente por la primera sólo. Lo místico está en los elementos primeros, como se ha visto por todo lo dicho hasta aquí. Por los segundos este cuerpo místico se hace social o institucional de derecho divino. Y por los terceros, social de derecho meramente eclesiástico. Estos cuerpos sociales, el divino y el eclesiástico, son el místico, pero no son el místico precisamente porque sus elementos sociales o institucionales constituyan lo misterioso, lo oculto o lo vital.

Los elementos sociales de origen divino son inseparables de los elementos místicos. Son inseparables en lo que son: medios de su comunicación. La vida divina se comunicará por los sacramentos y por la jerarquía que los administra. Se trata, pues, de elementos que nunca envejecen, que no se pueden sustituir, que no hace falta que se sustituyan. No se pueden sustituir porque su origen es divino; no se pueden sustituir porque Dios ha querido que sean inseparables de la comunicación de la gracia, y persistirán mientras haya gracia comunicable. Y no hace falta que se sustituyan, porque siempre son los medios más aptos y ajustados.

Pero no podemos afirmar lo mismo de los elementos sociales de origen eclesiástico. No está ligada a éstos *necesariamente* la comunicación de los dones constitutivos de la Iglesia-cuerpo místico. Puede suceder que haya elementos que fueron aptos para comunicarlos y que sigan siéndolo; puede suceder también que fueran aptos y se hayan convertido en indiferentes o en inoperantes. Y puede suceder que se hayan convertido incluso en nocivos. Se impone, por lo tanto una revisión a fondo para que quede lo que deba quedar y desaparezca lo que deba desaparecer.

Bien entendido que esta actitud de poda y de reforma en muchas cosas de carácter meramente eclesiástico creará un clima propicio para la unión. Esta se obstaculiza por verdades y por instituciones de origen divino e irreformable. Y también por no pocos elementos de origen humano que se pueden reformar.

A este autoexamen y a esta reforma propia ha aludido más de una vez Juan XXIII, hablando precisamente de la preparación del próximo concilio. No hay que ir atacando a quienes deseamos atraer. Más bien será conveniente dar ejemplo de reforma y de renunciamiento. Quiera el Señor que por este camino de sinceridad y de humildad en todos y de todos lleguemos a dar cumplimiento a su más vivo deseo: el de que seamos todos unos en El.

V

Postura "unionista" de la Iglesia Católica en lo doctrinal, en lo litúrgico y en lo sicológico: Verdad y Caridad *

R. P. Dr. Olegario Domínguez, *OMI*
Profesor del Escolasticado de Misioneros
Oblatos de Pozuelo de Alarcón. Madrid.

La teología nos enseña que la Iglesia de Cristo *posee* indefectiblemente, como nota distintiva y como propiedad esencial, la unidad. La historia, en cambio, nos muestra cómo la Iglesia *tiende* hacia el logro cada vez más perfecto de esa unidad. Y no hay contradicción alguna entre ese *poseer* y ese *buscar*, sino que lo primero exige lo segundo, como en un niño o en un adolescente el ser hombre exige el hacerse hombre. Mientras la Iglesia sea viajera y militante, estará en tensión de crecimiento hacia su plenitud, y sus propiedades esenciales —la unidad entre ellas— se hallarán en estado dinámico y evolutivo, serán a la par un hecho y un quehacer.

Si en su ser íntimo, en su realidad más honda, la Iglesia salió perfecta e inmutable del costado del Redentor, en su proyección temporal e histórica —que le es también esencial— admite y exige desarrollos y perfeccionamientos en todos los sentidos, conforme a las necesidades de los tiempos y a la evolución de las disposiciones de los hombres. Hecha para salvar en Cristo a todos los hombres y todos los valores humanos, ella va adquiriendo en cada época, bajo la dirección del Espíritu, conciencia de los nuevos problemas y situaciones, y, bajo el impulso vital del mismo Espíritu, va actualizando su inmenso caudal de virtualidades, nutriendo a sus hijos de verdades que, siendo eternas, tienen una proyección nueva y peculiar y unas resonancias y urgencias singulares en determinado momento histórico.

La Iglesia de hoy, consciente de la estremecida y afanosa búsqueda de unidad que se siente en el mundo actual, y sobre todo entre los cristianos, se ve acuciada, con más ansias, más viveza y claridad que nunca, por el espolazo interior de su propia unidad que la impele a ponerse al frente de ese gran movimiento unitario.

Aludiendo al Congreso ecumenista de Amsterdam decía Pío XII: «Nos conocemos por propia experiencia vuestras vivas ansias por la unidad de la fe cristiana... ¿Quién puede sentir más intensamente tales anhelos que el mismo representante de Cristo en la tierra?» [1]. No, nadie puede sentir como la Iglesia

---

* Entre la copiosa bibliografía que hay en torno al tema, podemos señalar, como más interesantes para nuestro objeto y más asequibles, las siguientes obras: Adam, *Vers l'unité chrétienne*, Paris, 1949; Aubert, *La Santa Sede y la Unión de las Iglesias* (versión española, Barcelona, 1959); Congar, *Chrétiens désunis. Principes d'un oecumenisme catholique*. Paris, 1937; Manna, *I fratelli separati e noi*. Roma, 1942; Ruiz Izquierdo, *«Ecumenismo» o el actual movimiento unionista protestante*, Burgos, 1948 - *¿Por el ecumenismo hacia el catolicismo?*, Burgos, 1949; Santos, *Iglesias de Oriente*, Santander, 1959; Villain, *Pour l'unité chétienne*, I-II, Paris, 1943, 1945; *L'Oecumenisme* (rev. «Missi» enero 1957, todo el n.º). Entre las revistas, fuera de las expresamente consagradas al tema: *Irenikón*, *Istina*, *Oriente* (C.E.O.R), *Unitas*, pueden consultarse el volumen de la *XII Semana Española de Teología*, (Madrid, 1953), y los números 14 y 17 de *Colligite* (León, 1958, 1959), con varios estudios sobre el ecumenismo, y la postura de la Iglesia.

1 *Radiomensaje a los católicos alemanes* (5-IX-1948), *Ecclesia*, n. 375, p. 313.

el afán de la unidad. Nadie como ella, que lleva en sus entrañas la llama viva del Espíritu de unidad y de amor. Si todos los movimientos sanos y nobles que brotan en el corazón del hombre son encendidos por ese Espíritu, es lógico que tales impulsos ardan sobre todo en el seno de la Iglesia, que es el «campo de acción» del Espíritu en el mundo.

Así en esta encrucijada histórica del siglo xx es justamente la Iglesia —la indefectible poseedora de la unidad— quien más empeño pone en la conquista de la unidad. Ella, ante los signos claros de los tiempos, siente una conciencia refleja más honda de su propio bien, y un anhelo incoercible de extenderlo y comunicarlo a todos los pueblos y a todos los hombres.

Pero ¿cuál es la actitud que toma para esa conquista de la unidad, para esa comunicación de la unidad al mundo? ¿Cómo ve los movimientos unionistas y ecumenistas que sacuden a las cristiandades separadas? ¿Cómo se comporta frente a ellos? ¿Se coloca dentro, o al margen, o contra tales movimientos? A estas preguntas quisiera dar respuesta este modesto trabajo.

Al hablar de la *postura de la Iglesia* entendemos referirnos ante todo a la de la *Santa Sede.* No ignoramos que dentro de la Iglesia han surgido y existen diversos movimientos unionistas que se desenvuelven bajo la vigilancia de la Jerarquía. Pero, por tratarse de una cuestión delicada en la que los principios dogmáticos entran en juego, es conveniente que tengamos puestos los ojos en el mensaje de la Cátedra de verdad, sin considerar como actitud de la Iglesia las actitudes de algunos miembros o sectores de la Iglesia.

Ceñimos nuestra consideración a *la Iglesia actual,* partiendo de los días del Concilio Vaticano. No porque antes no hubiera habido múltiples y serios intentos de unión patrocinados por la Sede Romana (intentos que comenzaron a raíz de las mismas separaciones), sino porque nos interesa destacar las actitudes de los últimos Pontífices que han asistido al despertar del afán ecumenista y se han colocado con plena conciencia frente a los problemas vivos de la actualidad eclesiástica y mundial. La actitud de la Iglesia en lo esencial no ha podido mudar a través de los siglos. Pero en la era contemporánea esa actitud viene matizada por una sensibilidad más aguda, por una visión más clara, por un empeño más acuciante.

Como el título mismo indica, la exposición tendrá tres partes. Partes de desigual importancia, pero necesarias las tres para obtener una visión completa de la actuación de la Iglesia. Primero fijaremos nuestra atención en el campo de los principios, o de la doctrina. Después, dentro del terreno práctico, nos fijaremos en la Liturgia, punto de excepcional relieve en orden a la unión del Oriente cristiano, y en la actuación psicológica de creación de un clima espiritual conveniente, condición general imprescindible para el logro de la unidad [2].

Huelga advertir que, aunque hablamos en general de la unión de los hermanos separados, éstos constituyen un grupo tan heterogéneo y con unos problemas tan distintos, que la postura adoptada por la Iglesia no puede ser uniforme o idéntica frente a las varias cristiandades desgajadas. La aplicación de los mismos principios teológicos y la prosecución concreta del mismo ideal de unidad ha de revestir distintos modos y matices según que se trate de los *Orientales* —muy cercanos a nosotros en el dogma y en el culto—, de los *Anglicanos* —entre los que aún hay bastantes afinidades con el catolicismo—, o de los diversos grupos o confesiones de *Protestantes* —con principios, métodos y prácticas religiosas fundamentalmente opuestos al credo y a la actuación cultual de la Iglesia Romana—. Así, por ejemplo, nuestro segundo punto referente a la Liturgia sólo tiene aplicación directa respecto a los Orientales.

---

[2] Como se ve, la distinción de los tres campos no es adecuada. El psicológico no prescinde de los otros dos, y más que un nuevo campo de acción es un aspecto nuevo de la actuación unionista, tanto teórica como práctica, en cuanto orientada a la preparación de un clima propicio en las almas.

1. POSTURA DE LA IGLESIA EN LO DOCTRINAL

Si existe un principio o postulado que sirva de común denominador a todos los cristianos no católicos, es éste: No se puede admitir como verdadera Iglesia de Cristo una institución que implique —como la Iglesia de Roma— un primado de jurisdicción y un magisterio infalible. Este es el quicio doctrinal sobre el que giran todas las teorías acatólicas. Por tanto, en él nos fijaremos, prescindiendo de otros temas más secundarios y menos generales, para señalar la postura doctrinal de la Iglesia. Vamos a ver qué es lo que la Iglesia piensa y dice de su propia constitución, más concretamente de su unidad, frente a los principios y actitudes de los separados.

Es inevitable que quienes no viven dentro del recinto católico y no acatan un magisterio auténtico, tilden a la Iglesia de Roma de intolerancia e intransigencia dogmática. Porque ella en el terreno doctrinal actúa con la seguridad inquebrantable que le da el saberse asistida por Dios. Es consciente de ser «guardiana y maestra de la palabra revelada» [3], y defiende esa su prerrogativa celosamente en la práctica y en la teoría. Se considera tesorera exclusiva de la Revelación, cuyo depósito le ha sido confiado por Cristo «para que lo custodiara santamente y lo expusiera fielmente» [4].

Es inevitable, ante tal seguridad dogmática, que los adversarios sientan una impresión de desagrado y que echen en cara a la Iglesia de Roma su orgullo o complejo de superioridad. Para deshacer esa penosa impresión habría que hacer una excursión apologética a través del Nuevo Testamento y demostrar con el Evangelio en la mano que Cristo prometió su eficacísima y perenne asistencia a los apóstoles [5] y pidió para Pedro y sus sucesores una fe indefectible [6], haciendo así a la Iglesia jerárquica «columna y fundamento de la verdad» [7].

No nos toca ahora hacer esa labor apologética. Pero juzgamos que la sencilla exposición dogmática de la doctrina de la Iglesia sobre su unidad puede ser una apología indirecta de primer orden, por cuanto la intransigencia en los principios es característica de una doctrina bien fundada, y por cuanto dicha intransigencia no excluye una postura de verdadera comprensión respecto a conclusiones y aplicaciones cuya conexión con los principios no es tan necesaria o evidente. Sea lo que fuere, siempre será conveniente, para los católicos y para los acatólicos, conocer exactamente lo que la Iglesia Romana siente y enseña sobre su propia estructura.

Relacionando entre sí los diversos asertos y enseñanzas de Cristo y de San Pablo, y reflexionando sobre los mismos, la Iglesia ha ido exponiendo, según lo reclamaban las coyunturas históricas, su pensamiento sobre la unidad que le compete, hasta fijarlo en fórmulas claras y definitivas.

Ya en el Antiguo Testamento la Iglesia aparecía figurada y prenunciada en la comunidad de Israel, que era «el pueblo y el rebaño de Yavé» [8] —expresiones que nos hablan de relaciones íntimas y de vínculos sociales—, y también «la esposa» amada por el Señor con un amor tierno y exclusivo [9]. Cristo habla de *su* Iglesia como de un edificio asentado y cimentado sobre la roca firme, como de un reino estable y unido bajo las llaves de un supremo jerarca [10], como de un redil único guardado por un solo pastor [11], como de una vid mística en la

---

3 *Vatic.*, Denz., n. 1.793.
4 *Vatic.*, Denz., 1.836; cf. 1.800.
5 Mat. XXVIII, 20.-Io. XIV, 16.
6 Luc. XXII, 31-32.
7 I Tim. III, 15.
8 Ps. XCIV, 7.-Ez. XXXIV, 30-31.-Zac. VIII, 7-8. Frecuentísima es en los profetas la imagen de *Yavé-Rey y Pastor* de Israel.
9 Cf. Os. II, 16, 19-20. Is. LIV, 5-6 y el Cantar de los Cantares.
10 Mat. XVI, 18-19.
11 Io. X, 16; XXI, 15-17.

que los sarmientos viven de la misma vida de la cepa, que es El [12]. Al Apóstol San Pablo le fue revelado especialmente el «misterio» de la unidad íntima de los cristianos con Cristo y entre sí, misterio en el que la Iglesia aparece, ya como la Esposa virginal del Salvador [13], ya, sobre todo, como el cuerpo vitalmente organizado bajo el influjo capital de Cristo [14].

Basada en estos datos revelados, la Iglesia ha ido exponiendo de modo cada vez más explícito y vigoroso y más completo el contenido y alcance de la unidad que brota de su misma esencia. Al desarrollo y explicación de la doctrina de la unidad en sus varios aspectos han dedicado los últimos Pontífices cuatro magníficas Encíclicas: León XIII, la *Satis cognitum* (1896); Pío XI, la *Mortalium animos* (1928); Pío XII, la *Mystici Corporis* (1943) y Juan XXIII, la *Ad Petri Cathedram* (1959) [15].

Según estos documentos solemnes, que recogen y exponen el sentir tradicional, la unidad de que Cristo dotó a su Iglesia es una propiedad que dimana de la misma naturaleza de tal institución y de su fin peculiar, no un atributo adventicio y contingente. Es verdad que es una *nota* o sello exterior de la verdadera Iglesia, y en ello insiste con razón la Apologética; pero antes de ser nota, y para serlo en el sentido más profundo, es una *propiedad* intrínseca radicada en la esencia misma del misterio cristiano. Una propiedad que tiene su manantial en las honduras de la vida trinitaria y su inmediata razón de ser en la mediación única de Cristo, de la que es prolongación viva la Iglesia.

Como brotada del seno de la Trinidad esa propiedad es ante todo una realidad interna, espiritual, mística: es una unidad cuyo vínculo es el mismo Espíritu Santo [16]. Pero esta unidad llega a los hombres a través de la Humanidad de Cristo, y por lo mismo reviste caracteres visibles, externos, orgánicos. Ambos aspectos, lejos de oponerse, se reclaman mutuamente y se completan: la unidad interior o «pneumática», es una institución hecha para hombres y compuesta de hombres, tiende por necesidad a manifestarse externamente; y la unidad visible y orgánica es garantía imprescindible e instrumento obligado de la comunión interna. De hecho Cristo presenta como indisociables en su Iglesia esos dos aspectos o funciones de la unidad [17].

La unidad eclesiástica, a un tiempo espiritual y visible, queda estructurada por tres elementos principales, de los que frecuentemente hace mención la doctrina tradicional y el magisterio:

1) la profesión de *una misma fe* (vínculo dogmático);

2) la participación de *unos mismos medios de salvación* (vínculo litúrgico-sacramental; unidad de «comunión»);

3) la sumisión a *unos mismos pastores*, y, especialmente, al mismo Jefe supremo (vínculo jerárquico; unidad de régimen) [18].

---

[12] Io. XV, 1-8.

[13] Eph. V, 23-32.-II Cor. XI, 2.

[14] Rom. XII, 4-6;-I Cor. XII, 12-30;-Eph. I, 23; IV, 11-16;-Col. I, 18; 26-27.

[15] Entre los documentos anteriores del Magisterio, citemos la Bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII (1302), y la carta del S. O. a los Obispos de Inglaterra en 1864 (Denz. 1.685 ss.).-En el C. Vaticano se preparaba la definición expresa de la unidad de la Iglesia (Col. Lac. VII, 577, 569).

[16] Cf. *Mystici Corp.* AAS, 1943, 218-220.-S. Tomás, *In III Sent.*, d. 13, 2, 2, ad 2; *De Verit.*, 29, 4; *In Col.* I, lec. 5; *S. Theol*, III, 8, 1 ad 3.- Numerosos y bellos testimonios de los Padres a este respecto se pueden ver en Tromp, *De Spiritu Sancto, anima Corporis mystici*, Romae, 1932.

[17] El Bautismo —rito sensible —es indispensable para entrar en el Reino (Io. III, 3) y la Eucaristía para vivir sobrenaturalmente (Io. VI, 53, ss). La Jerarquía visible, que tiene su vértice en Pedro, queda encargada por Cristo de llevar la gestión de todos sus poderes y la administración de su gracia redentora (Mt. XVI, 18-19; XXVIII, 18 ss.; Luc. X, 16; Io. XX, 23 y Io. XXI, 15-17.

[18] Cf. León XIII, *Satis cognitum; Acta Leonis XIII*, VI, 174. Así citamos en todo este artículo la colección *S.S.D.N. Leonis Papae XIII Allocutiones*, Epistolae, Constitutiones aliaque acta praecipua, Brujas, 1887, t. I. Juan XXIII, *Ad Petri Cathedram; AAS*, 1959, 512-514.

Unión de pensamientos por la fe, unión de voluntades por el acatamiento prestado a una idéntica autoridad, unión de actividades por la utilización de los mismos medios de salvación y por la conspiración de todos a un mismo fin sobrenatural: he ahí la unión plena y perfecta que Cristo quiso para su Iglesia. Suprimido uno cualquiera de los tres factores, queda deshecha y rota la unidad cristiana.

El vínculo de la fe es, por su propia naturaleza, fundamental respecto a los otros dos [19]. Pero en la práctica la unidad de régimen, rectamente entendida, es la clave de toda la unidad eclesiástica y su criterio primordial. No es, en efecto, posible discernir cuándo hay verdadera unidad de fe y de comunión, si no hay una autoridad reconocida que pueda dictaminar con plena garantía y eficacia cuáles son los artículos que es necesario profesar y cuáles son los medios legítimos de dar culto a Dios y de orientarse hacia El como conviene a seres humanos. Por eso quien acepta y acata la autoridad del supremo jerarca está seguro de vivir dentro de la unidad eclesiástica. Y por eso todas las unidades que se han ideado fuera de la jerárquica se han mostrado vanas y totalmente ineficaces para dar satisfacción —siquiera elemental— a la nostalgia de unión que se siente entre los cristianos separados [20].

La unidad de gobierno es, pues, la verdadera piedra de toque en nuestra cuestión. Según se afirma en un documento solemne, «la suprema autoridad de San Pedro y de sus sucesores en la cátedra Romana es principio, raíz y origen indefectible» de la unidad eclesiástica [21]. No es que de suyo sea el vínculo jerárquico el más importante, pues la unidad interior causada por el Espíritu Santo entre los miembros del Cuerpo místico es mucho más profunda y más recia, y más noble por tener razón de fin; sino que, atendiendo al valor de signo y de instrumento, el primado pontificio tiene categoría de principio y de base respecto de los otros vínculos. Una Iglesia puramente espiritual, sólo unida por lazos místicos, no podría dar seguridad a los hombres, que con razón podrían abrigar dudas acerca de su pertenencia a ella, y no tendría garantía de susbsistencia. En cambio, en el primado tenemos una roca firme destinada a «sostener la Iglesia y mantener en ella la unión y la solidez de una cohesión indisoluble» [22].

Piedra angular de la unidad eclesiástica, la primacía de Roma, ha resultado también la principal piedra de escándalo para muchos que se llaman cristianos. Ella ha sido la que fundamentalmente ha ocasionado las roturas de la unidad, y la que mayormente mantiene abierta la brecha... Si no fuera por lo que el papado exige de auténtica fe, de humildad sincera y de acatamiento sumiso; y si no fuera, sobre todo, por los mil prejuicios que a través de la historia se han ido amontonando sobre esa institución oscureciendo y desfigurando su verdadero rostro, muchos hermanos separados se lanzarían con gozo al regazo de «nuestra Madre espiritual, la Católica de Dios» [23]. Algunos lo confiesan paladinamente [24].

---

[19] León XIII nota que la unión y concordia de las mentes por la fe es el fundamento de la unión de voluntades y de actuaciones (Ib. 163). Y Pío XI dice que siendo la fe el fundamento de la caridad, es menester que los cristianos estén aglutinados por la unidad de fe como por el vínculo principal (*Mortalium animos; AAS*, 1928, 12).

[20] Todos los esfuerzos del ecumenismo, con sus Congresos y con la creación de un Consejo Ecuménico, están demostrando palpablemente la necesidad que se siente de una unidad visible y orgánica. Son significativas estas palabras de los delegados de las «jóvenes iglesias» en el Congreso Misionero de Tambaram (1938): «Llenos de vergüenza confesamos que estamos deshonrando [con nuestras divisiones] la religión de nuestro Maestro. Creemos, pues, deber de todos y cada uno de nosotros, manifestar el vivo deseo de nuestras iglesias de llegar a una unidad visible» Cf. Crivelli, *El mundo protestante: misiones*, 260 y 326.

[21] *Carta del S. O. a los Obispos de Inglaterra* (1864), D 1685. Cf. *Satis cognitum* «principium unitatis ac fundamentum incolumitatis perpetuae», *Act. León XIII*, VI, 179.

[22] *Satis cognitum, Act.*, 175 s.

[23] San Agustín, *Confes.*, VII, l. 1: «spiritualis mater nostra, Catholica tua». ML 32, 733.

[24] A. Kartasev dice: «Entre los cambios introducidos por la Iglesia Romana, el

Y en muchos corazones rectos parece estar aflorando el suspiro doloroso que se escapó de los labios de Newmann cuando, disidente aún, visitó la ciudad de los Papas: «¡Ah, Roma, si no fueras Roma...!» [25].

Esta unidad de fe, de culto y de régimen es la que la Iglesia se adjudica, y la que celosamente defiende contra todas las concepciones unitarias que han dado origen a los modernos movimientos *pancristianos*, *ecumenistas* e *irenistas*.

Cuando en el seno del anglicanismo menos alejado surgió la teoría de los *tres ramos* o de la *Iglesia tripartita*, según la cual, al lado de la Iglesia Romana y en paridad de condiciones con ella se hallarían la Iglesia Oriental separada y la llamada Anglocatólica —como partes de una misma verdadera Iglesia—, León XIII, tan interesado en promover la unión de los cristianos, se vió precisado a intervenir. Salió al paso con la *Satis cognitum*, deshaciendo equívocos y señalando claramente la extensión y las exigencias del dogma de la unidad. El Papa es consciente de que el retorno, tal como lo entiende la teología católica, entraña dificultades y exige dolorosos sacrificios, pero hace notar que «estas condiciones algo duras no han sido impuestas a los hombres por voluntad humana sino por orden y designio divinos *(iussu nutuque divino)*» [26]. El no puede transigir, no puede tampoco permitir que se difundan entre los fieles doctrinas que se oponen al Evangelio socavando los cimientos de la estructura esencial de la Iglesia, cuya determinación proviene del querer divino.

Más tarde el anhelo y la nostalgia de unidad dentro del protestantismo impulsó a idear una unión de todos los cristianos tomando como base, bien la unidad de fe en ciertos puntos fundamentales, bien una unidad práctica de vida y acción, de cooperación y amor fraterno. Es el llamado *Ecumenismo*, con sus dos vertientes «fe y constitución» y «vida y acción». Programa a primera vista halagador para muchos católicos deseosos de iniciar acercamientos y estrechar vínculos con los hermanos separados. Nadie más que Pío XI anhelaba el acercamiento y la reconstrucción de la unidad perdida. Pero Pío XI se siente en el deber de llamar la atención de los fieles, no fuera que se dejaran seducir por ilusorias uniones no conformes con las exigencias del dogma. «La conciencia de nuestro cargo apostólico —dice al comienzo de la *Mortalium animos*— Nos exhorta a no dejar que el rebaño del Señor sea engañado por perniciosas ilusiones» [27]. Sigue el Pontífice recordando y exponiendo con vigor los principios de la verdadera unidad sólo posible en el acatamiento de la autoridad de Roma y en la aceptación íntegra del depósito de fe, sin menoscabo de verdad alguna ni pacto con error. «Está claro —añade— que la Sede Apostólica no puede de ningún modo participar en esos congresos [pancristianos] y que está prohibido en absoluto a los católicos adherirse o contribuir a tales empresas... ¿Podríamos acaso establecer negociaciones a expensas de la verdad, es más, de la verdad revelada por Dios?» [28].

Más recientemente hubo de intervenir también Pío XII con energía para rechazar otras formas de unión incompatibles con el dogma católico, que corren bajo el nombre de *irenismo*. «Hay muchos —dice en la *Humani Generis* —que deplorando la discordia y la confusión que reina en las mentes de los hombres, y arrastrados por imprudente celo, se mueven con empeño y arden en ferviente deseo de romper las barreras que separan entre sí a los hombres rectos y honrados; abrazando un «*irenismo*» tal que, dejadas a un lado las cuestiones que separan a los humanos, pretenden no sólo unir las fuerzas para luchar contra el ateísmo invasor, sino también reconciliar los principios opuestos en el terreno dogmático... No pocos, impulsados por un «irenismo» imprudente, parecen juzgar que se oponen a la restauración de la unidad fraterna las verdades que se fundan en las leyes y principios dados por Cristo y en las instituciones por El establecidas, o que son apoyo y sostén de la integridad de la fe, derribadas las cuales, todo se une ciertamente, pero sólo en la común ruina» [29]. Habla después Pío XII del errado proceder de quienes para restablecer la unión doctrinal propugnan en los dogmas una

---

esencial y único que la separa fatalmente de la Ortodoxia es la doctrina del poder papal». *L'union des Eglises a la lumière de l'histoire*, en *Irenikon*, 1933, 328 (cit. MANNA, *I fratelli separati*, 219). Sabido es que en las Conversaciones de Malinas, tan cordiales y bien intencionadas, el punto crítico fue el primado de jurisdicción. LEÓN XIII había llamado a esta cuestión «praecipuum dissidii caput». *Praeclara*, *Act.*, V, 275.

[25] Cf. MANNA, *I fratelli separati e noi*, 185.

[26] *Act. Leonis XIII*, VI, 156.

[27] AAS 1928, 7.

[28] AAS 1928, 11.

[29] AAS 1950, 564 s.

especie de poda de elementos extrínsecos a la revelación que se han añadido a ella por el influjo del Magisterio eclesiástico [30].

Todas las fórmulas de unión que atentan contra la estructura de la Iglesia y su verdadera unidad, son rechazadas por el Pontífice, quien concluye sabiamente: «No crean, llevados del falso «irenismo», que los disidentes y los que están en el error, pueden ser atraídos con éxito, si no se enseña a todos sinceramente, sin corrupción y sin disminución alguna, la verdad íntegra que tiene vigencia en la Iglesia» [31].

Cuando se trata de doctrinas contenidas en el depósito de la revelación, la postura de la Iglesia es de una entereza insobornable: la verdad se ha de predicar íntegramente, sin podas ni disminuciones. Y no hay razón alguna, ni siquiera la perspectiva de una inmensa —aunque problemática— adquisición espiritual, que la haga vacilar. Es la postura obligada de quien es y se siente custodio de la verdad, y de una verdad divina.

Poco antes de la *Humani Generis*, una instrucción del Santo Oficio precisaba aún más la mente de la Iglesia respecto al ecumenismo y al irenismo: los pastores habrán de vigilar y estar atentos a los peligros «de un espíritu «irénico», como hoy se dice, por el cual, con el vano deseo de cierta asimilación progresiva, de tal modo se conforme la doctrina católica a las diversas profesiones de fe o se acomode a las doctrinas de los disidentes, que sufra detrimento la pureza de la doctrina católica, o quede oscurecido su sentido genuino y cierto». Para evitar ese peligro hay que exponer toda la doctrina católica, sin retinencias y sin ambigüedades. «De ningún modo se pase en silencio o se encubra con palabras ambiguas lo que enseña la verdad católica sobre la verdadera naturaleza y modo de la justificación, sobre la constitución de la Iglesia, el primado jurisdiccional del Romano Pontífice y sobre la única verdadera unión por medio de la vuelta de los disidentes a la única verdadera Iglesia de Cristo». «Habrá de abstenerse de hablarles en forma que les dé a entender que con su vuelta aportan a la Iglesia algún elemento substancial del que antes hubiera carecido. Es menester que se digan estas cosas clara y abiertamente, ya porque ellos van en busca de la verdad, ya porque fuera de la verdad nunca se podrá obtener la verdadera unión» [32].

He aquí precisada la postura de la Iglesia en el terreno doctrinal. Postura íntegra e inequívoca, que a ninguna costa admite pactos con el error ni disminuciones en el tesoro de la verdad a ella confiado, que no consiente tampoco en callar, por inoportunas, determinadas enseñanzas del mensaje cristiano. La Iglesia es consciente de su misión de predicar la verdad, *toda la verdad* revelada: «docentes eos servare *omnia* quaecumque mandavi vobis» [33].

De esta postura firme e inflexible respecto a los principios dogmáticos y a la integridad de doctrina dan fe muchas actuaciones prácticas del Magisterio eclesiástico. Mencionemos de paso la definición vaticana sobre el primado y la infalibilidad, que ciertamente ocasionó mayores distanciamientos en los disidentes [34]. Mencionemos también la dolorosa proclamación de León XIII sobre la invalidez de las ordenaciones anglicanas. Mencionemos, por fin, las reiteradas prohibiciones de asistir a oficios divinos mixtos y a las asambleas ecumenistas [35]. Con tales prohibiciones la Iglesia sólo intenta salvaguardar su tesoro doctrinal y librar a las almas del peligro de la adulteración de la fe. Si no permite la asistencia a las reuniones ecumenistas, es porque éstas se asientan explícita o implícitamente, sobre el falso y herético supuesto de que en ninguna de las cristiandades actualmente existentes se da posesión plena de la verdad evangélica y de la unidad eclesiástica. La Iglesia de Roma no puede ponerse

---

[30] AAS 1950, 565.

[31] AAS 1950, 578.

[32] *Instruc. del S. O.* 20-XII-1949. AAS, 1950, 143 s.

[33] Mt. XXVIII, 20.

[34] Cf. A. Malcew: «El Concilio Vaticano, al definir el dogma de la infalibilidad, ha ensanchado y ahondado enormemente el abismo que nos separa» (cit. por M. Gordillo, en *El Oriente Cristiano*, Madrid, 1947, 153).-J. Wolf-Perry (dignatario episcopaliano en EE. UU.): «La doctrina de la infalibilidad Papal será siempre un obstáculo insuperable para una fusión con la Iglesia Romana» (cit. por Manna, o. c., 226).

[35] Cf. Pío XI, *Mortalium animos*, AAS, 1928, 5-16; *Monitum S. O.* 5 iunii 1948, AAS, 1948, 257 (sobre la asistencia al Congreso de Amsterdam); *Instructio de «motione oecumenica»* (20 dic. 1949), AAS, 1950, 142-147.

—ni siquiera por cierta ficción metódica —en el plan de *buscar* una unidad que esencialmente *posee*, ni en el de renunciar, aun momentáneamente, a sus atribuciones de primacía y de infalibilidad. No puede inducir a error a sus hijos ni a sus adversarios dando la impresión de que puede pactar en asuntos dogmáticos. Una vez eliminado ese presupuesto de principio, la Iglesia puede permitir —como ha permitido en el Congreso de Lund, en 1952— la asistencia de observadores católicos a reuniones «ecumenistas»: puestos a salvo los principios dogmáticos, pertenece al criterio prudencial del Magisterio determinar cuándo y en qué forma sea oportuna la intervención de los católicos.

Ocurre preguntarse si una postura de tal intransigencia no alzará una barrera infraqueable en el camino del retorno de los disidentes. Y también, si esa actitud es conciliable con el espíritu de amor y comprensión que predica el Evangelio.

A lo primero respondo que, aun cuando esa manera de actuar alejara verdaderamente del camino de la unión a ciertas almas, la Iglesia no podría obrar diversamente sin ir contra su propia esencia, sin destruirse a sí misma. Y, por otra parte, las almas sinceras que buscan noblemente la verdad, al estar de vuelta de sus prejuicios, miran a esa Iglesia íntegra e incontaminada como asentada sobre los cimientos inconmovibles de la Palabra de Dios, como «columna y fundamento de la verdad» [36], como unida por vínculos infinitamente más hondos y más recios que los de una alianza o un compromiso humano, que sólo podría dar paso a una vaga y vana unidad. Los textos antes citados de Pío XII y de la Instrucción del S. Oficio hacen ver lo desacertado de la táctica «irenista», aun bajo el aspecto práctico. A gentes que buscan sinceramente la verdad no se las puede atraer con disimulos, reticencias o mutilaciones doctrinales. Y siempre será verdad que fuera de la verdad no es posible la auténtica unión de los espíritus.

Al segundo reparo, o sea al hecho del aparente enfrentamiento entre verdad y caridad, responderemos al final. Ahora únicamente notemos que hay una diferencia enorme entre poseer la plenitud de la verdad y el derecho y el deber de difundirla, y poseer el derecho de servirse de ella de cualquier modo y forma. No es el tesoro de la fe ni una brillante diadema puesta para ostentación sobre las sienes de la Iglesia, ni mucho menos una pesada maza que ella pueda esgrimir sobre quienes no aceptan su magisterio. La fe es un obsequio racional, humano, libre, que tiene asiento en el santuario íntimo de la voluntad y la conciencia; y por tanto, su mensaje se ha de presentar sin orgullo sectario, sin violencias ni fanatismos. Nada de esto dice bien con el espíritu del Evangelio [37]. La verdad cristiana es una luz del cielo. Mas es preciso cuidar de presentarla suavemente, conforme a su propia naturaleza, no de forma que ofusque y ciegue las mentes y engendre en ellas odio en vez de amor.

Conviene además tener bien en cuenta la distinción entre lo que estrictamente pertenece al dogma y lo que es opinión más o menos segura de los teólogos. Los principios dogmáticos son inmutables, pero las conclusiones que de ellos se derivan mediante el raciocinio teológico son a veces discutibles. La delimitación de los campos (verdades de fe - verdades próximas a la fe - verdades ciertas en teología - doctrinas probables) puede evitar muchas indisposiciones mentales y prejuicios. Ya Santo Tomás insistía en que los predicadores y expositores de la doctrina cristiana no mezclaran con los dogmas opiniones filosóficas para no cerrar a las almas el camino de la fe [38]. La Iglesia

---

[36] I Tim. III, 15.

[37] El Evangelio se ofrece, no se impone por la fuerza. Porque el creer es obra de la voluntad libre (cf. II, II, 10, 8). S. AMBROSIO dice: «Eos misit ad seminandum fidem qui non cogerent, sed docerent» ML, 15, 1714.

[38] Cf. *Summa Th.*, I, 68, 1: Cuando la S. E. admite varias interpretaciones, no hay que aferrarse a ninguna en la exposición, para no exponer a irrisión la verdad revelada y cerrar el camino de la fe a los infieles.-*Resp. ad Ioan. Vercel. de art. XLII:* «Multum autem nocet, talia quae ad pietatis doctrinam non spectant, vel asserere vel negare, quasi pertinentia ad sacram doctrinam. Unde mihi videtur tutius esse, ut haec

actual ha mostrado particular empeño en aplicar esa prudente norma en su magisterio, no dando por cierto o por revelado lo que no tiene plena garantía de serlo. Baste recordar las trascendentales enseñanzas de Pio XII sobre los géneros literarios en la Sagrada Escritura, y sobre el evolucionismo mitigado. Enseñanzas que ponen de manifiesto que la pretendida intransigencia de la Iglesia (que es la intransigencia de la Verdad divinamente revelada), no se extiende más que al campo restringido de los dogmas y de las verdades necesariamente vinculadas con ellos. Así se expresa Juan XXIII: «Hay, sin embargo, no pocos puntos en los que [la Iglesia] deja que libremente disputen entre sí los teólogos, en cuanto se trata de cosas no del todo ciertas, y en cuanto... tales disputas no rompen la unidad de la Iglesia, sino más bien sirven para una mejor y más profunda inteligencia de los dogmas» [39].

Finalmente notemos que la doctrina de la Iglesia respecto a la salvación eterna de los separados se opone netamente tanto al indiferentismo que no reconoce los derechos de la verdad revelada, como al cerrilismo fanático de quienes no admiten la posible buena fe de los disidentes y el valor justificativo que puede encerrar su voto implícito de pertenecer a la verdadera Iglesia. Pío XII en la *Mystici Corporis* reconoce que muchos de ellos «se ordenan al Cuerpo Místico del Redentor por cierto deseo y voto inconsciente», pero añade que «carecen de los muchos y grandes socorros y dones celestiales que sólo dentro de la Iglesia católica se pueden gozar» [40]. La condenación reciente de la obra del P. Feeney manifiesta el interés de la Iglesia por evitar los extremos doctrinales, aun cuando parezcan militar a su favor [41].

2. POSTURA DE LA IGLESIA EN LO LITURGICO

Pasando del terreno de los principios al de la práctica, se nos presenta en primer lugar el campo de la Liturgia, que, por hallarse tan relacionado con las creencias, tiene para las almas notable interés religioso y ofrece por otro lado aspectos doctrinales delicados. Los ritos sagrados son la más noble y genuina expresión de la postura del alma colectiva ante la divinidad; de ahí su gran importancia psicológica y afectiva, que añade al valor objetivo y teológico.

La liturgia ofrece puntos de especial interés apostólico respecto a las cristiandades orientales; ya que los motivos litúrgicos no han sido ajenos a la separación, y muchas veces han sido alegados por los disidentes como razón y fundamento de su actitud hostil para con Roma. Los orientales se han mostrado siempre peculiarmente celosos de sus ritos y tradiciones cultuales, y esa peculiar sensibilidad ocasionó ya de antiguo algunas discrepancias y litigios, como la famosa controversia sobre la fecha de la celebración de la Pascua.

Entre las diferencias rituales que distanciaron de algún modo a los Orientales de la Iglesia Latina, podemos mencionar: el distinto calendario litúrgico; la celebración eucarística con pan fermentado; el bautismo por inmersión (que en Occidente se iba suprimiendo); la administración de la confirmación por un simple sacerdote a continuación del bautismo. Además, las fórmulas mismas de las oraciones y ritos conservaron en Oriente mayor fijeza y sentido tradicional, mientras en Occidente evolucionaron por espíritu de acomodación a las condiciones prácticas de la vida.

Prescindiendo aquí de la historia anterior, en la que tal vez aparecen algunas sombras mezcladas con las luces, y mirando a la actitud de la Iglesia desde hace un siglo para acá, hemos de afirmar como hecho palmario e indiscutible que los Pontífices Romanos tratan con respeto, más aún, con verdadero interés y solicitud y hasta con mimo, a los diversos ritos de la cristiandad. Con palabras y con obras Roma ha entrado franca y decididamente por el camino de la aceptación, defensa y apoyo de las variedades litúrgicas dentro de la unidad de

---

quae philosophi communiter senserunt et nostrae fidei non repugnant, neque sic esse asserenda ut dogmata fidei..., neque sic esse neganda tanquam fidei contraria, ne sapientibus huius mundi contemnendi doctrinam fidei occasio praebeatur».

[39] *Ad Petri Cathedram*, AAS, 1959, 513.

[40] AAS, 1943, 243

[41] Carta del S. O. al Arzobispo de Boston, 8 de agosto de 1949. Cfr. AAS, 1949 cf. D 1.641 ss y 1.677.

fe y de culto. Contra esa postura clara y perentoria de los supremos jerarcas eclesiásticos, no vale aducir alguno que otro ejemplo de incomprensión, incluso de piadosos sacerdotes que, por estrechez de espíritu o deficiente formación teológica, pudieron ver en los ritos no latinos algo así como una concesión a la debilidad humana. Hoy día, la misma teología demuestra con toda precisión cómo la catolicidad de la Iglesia lleva en su entraña la necesidad de asumir y salvar todos los auténticos valores humanos, todas las peculiares formas de ser y de manifestarse de cada pueblo; y entre esas formas tienen especialísimo relieve las ceremonias y usos litúrgicos.

San Gregorio Magno exponía ya el sentir tradicional de la Iglesia cuando escribía: «la diversidad de costumbres particulares dentro de una misma fe no causa ningún perjuicio a la Iglesia» [42]. Los Papas modernos, desde Pío IX, no han desperdiciado ocasión para manifestar la gran estima que la Iglesia tiene por las diversas formas rituales y cuánto empeño pone en salvaguardarlas y en promover su estudio y aprecio.

Recojamos algunos testimonios.

Pío IX invitando a los disidentes al retorno en su Carta Apostólica *In suprema Petri Apostoli Sede* (1848), proclama que las Liturgias de Oriente «se recomiendan por la veneranda antigüedad de su origen, y por estar escritas en las lenguas que emplearon los Apóstoles y los Padres, y porque contienen ritos llenos de esplendor y de magnificencia, aptos para fomentar la piedad y reverencia de los fieles hacia los divinos misterios» [43]. Antigüedad, belleza y esplendor, piedad: he aquí las notas que constantemente han sido reconocidas y puestas de relieve por los Papas cuando se han referido a las liturgias orientales. Lógicamente, Pío IX declara que, caso de darse el retorno, tales ritos sagrados permanecerán intactos: sólo se rechazarán aquellos que sean contrarios a la fe y a la unidad católica». He aquí el único tope que puede hallar la Iglesia en su aceptación de usos y ritos religiosos: la pugna con los principios de la fe y de la unidad establecida por Cristo. Además de los ritos mismos, el Papa prometía mantener los puestos y dignidades de los jerarcas y sacerdotes orientales. La postura de la Iglesia está bien definida, y su línea de actuación bien trazada. Los Papas posteriores la seguirán cada vez más decididamente.

León XIII escribe en su Carta *Praeclara gratulationis* (1894) a los Orientales: «Y nada puede haceros temer que o Nos o Nuestros Sucesores vayamos a disminuir en algo vuestro derecho, o los privilegios de los patriarcas o los ritos y costumbres de vuestras respectivas Iglesias» [44]. Y añade como razón: «Porque las intenciones de la Sede Apostólica, así como sus tradiciones han sido y serán siempre tener en cuenta con amplitud y generosidad los orígenes y costumbres de cada pueblo». A los eslavos, en particular, les recuerda la actitud llena de comprensión de sus apóstoles Cirilo y Metodio [45]. En la *Orientalis dignitas* (1894), después de afirmar que «una de las ventajas, y no la menor, de la solicitud de la Iglesia Romana para con las Orientales, ha sido la constante conservación y defensa íntegra de las costumbres y ritos sagrados de cada pueblo» [46], teje el elogio de las liturgias orientales, «cuya conservación es más importante de lo que se puede pensar: La augusta antigüedad que ennoblece estos ritos es un espléndido ornamento para toda la Iglesia y afirma la divina unidad de la fe católica. ...Y no hay acaso nada que manifieste más admirablemente la nota de catolicidad en la Iglesia de Dios...». Termina el Papa dando órdenes adecuadas para impedir que de algún modo los evangelizadores occidentales ocasionen detrimento a las liturgias de Oriente, prescribiendo que las mismas sean consideradas con respeto, practicadas con toda exactitud y estudiadas con esmero, llegando a sancionar con penas canónicas a los sacerdotes latinos que indujeren a cualquier oriental a abrazar el rito

---

[42] ML, 77, 497.
[43] *Pii IX Pont. Max. Acta* Prima Pars, t. I, 81.
[44] *Acta Leonis XIII*, V, 276.
[45] *Ib.*, 277.-En 1880 León XIII había publicado la Encíclica *Grande Munus*, extendiendo a toda la Iglesia la fiesta de dichos santos y enalteciendo la adaptación litúrgica por ellos promovida.
[46] *Acta Leonis XIII*, V, 303.

romano. Y para lograr más eficazmente la conservación de la disciplina y tradiciones rituales de Oriente y el conocimiento más profundo de las mismas, León XIII estimula a erigir Seminarios, colegios y otros centros en las regiones orientales [47].

S. Pio X, con ocasión del centenario de S. Juan Crisóstomo, expone su deseo de que se celebre con todo esplendor la solemnidad en las iglesias de rito oriental y en la basílica de S. Pedro, y la esperanza de que «los hermanos de Oriente, separados de Nos, viendo y agradeciendo el grande y sincero favor que concedemos a todos sus ritos, se decidirán a satisfacer con amor Nuestros deseos, echándose en los brazos de su antigua Madre, mediante un retorno saludable» [48]. Como se ve, para el Santo Pontifice, eran los ritos litúrgicos el elemento esencial y decisivo para el restablecimiento de la unión. Tal concepción iba a perdurar aún en Roma.

Benedicto XV, al instituir la S. Congregación para la Iglesia Oriental, y al fundar, como complemento de ella, el Pontificio Instituto Oriental, manifestaba el interés de Roma por las cosas de Oriente, y el deseo de promover por todos los medios el conocimiento y aprecio de las costumbres y ritos de aquellas cristiandades.—En el Consistorio de 10 de marzo de 1919 se expresaba asi sobre las liturgias orientales: «Nuestros predecesores quisieron que los Orientales conservaran sin corrupción ni disminución, e independientemente de la Iglesia latina, sus usos, sus instituciones y sus ritos de grandioso esplendor: asi la Iglesia de Cristo, *en su ropaje de oro y colores variados*, puede mostrarse en toda su belleza [49].—Recalca una vez más la misma idea en la encíclica *Príncipi Apostolorum* (1920), con ocasión de la elevación de San Efrén a la dignidad de Doctor de la Iglesia: «Los católicos de Oriente verán en esta decisión un nuevo testimonio de la solicitud e interés particular con que los Pontífices Romanos atienden a las Iglesias Orientales, cuyos usos litúrgicos y normas canónicas legítimas, igual que Nuestros predecesores, queremos ver para siempre conservados íntegros e incorruptos *(integras incolumesque perpetuo consistere)*» [50].

Estas mismas ideas de que los ritos diversos manifiestan la riqueza y el esplendor y la catolicidad de la Iglesia, y de que, por tanto serán siempre tenidos en consideración y defendidos contra cualquier ataque o peligro por la Sede Apostólica, son expresadas con frecuencia en los documentos de Pío XI y Pío XII, que aprovechan todas las ocasiones para manifestar su benevolencia hacia el Oriente cristiano. Ambos Pontífices (sobre todo Pío XII) han emprendido con santo empuje y decisión las vías de una perspicaz y generosa adaptación misionera por poner a salvo todo lo noble y bueno de las instituciones y culturas de cada pueblo. Era natural que intentasen salvar ante todo las inapreciables riquezas litúrgicas del Oriente, riquezas no sólo humanas, sino auténticamente cristianas.

Pío XI patrocinó con entusiasmo la creación de un monacato católico «completamente de acuerdo con los usos y leyes de la Iglesia Oriental» [51], y encomendó a los Benedictinos la realización del proyecto. Así surgió la Abadia de Amay (más tarde trasladada a Chevetogne), primera comunidad católica de rito

---

[47] *Acta Leonis XIII*, V, 304-309.-Hemos de mencionar también la carta *Urbanitatis veteris* (20-XI-1901) dirigida a los Obispos de Grecia: «Siempre hemos aceptado con agrado las formas del culto en Grecia; en estas ceremonias y ritos religiosos, conservados celosamente por los griegos como herencia de sus antepasados, hemos venerado siempre el reflejo de las costumbres antiguas y una feliz alianza de variedad y grandeza. Y puesto que es justo y conveniente que estos ritos sean inviolables e íntegramente mantenidos, hemos restituído a su institución y forma primitiva el Colegio Urbano que lleva el nombre del gran Atanasio», ASS, 34 (1901-1902), 257 s. Cf. AUBERT, *La Santa Sede y la unión de las Iglesias*, 56-57.

[48] Carta al Card. Vannutelli, presidente del comité de las fiestas conmemorativas (22-VII-1907). Cf. AUBERT, *ib.*, 72.

[49] AAS, 1919, 98.-Ya LEÓN XIII había aplicado ese texto del Salmo 44 en el mismo sentido, *Acta Leonis XIII*, V, 305. Y después lo aplicarán Pío *XI*, *Ecclesiam Dei*, AAS, 1923, 581; Pío XII, *Orientalis Ecclesiae*, AAS, 1944, 138 y JUAN XXIII, *Ad Petri Cathedram*, AAS, 1959, 513.

[50] AAS, 1920, 470.

[51] Carta del Secret. de la Congr. Oriental al arzobispo ruteno Szaptyzcki (mayo, 1923). Cf. AUBERT, *o. c.*, 93.

oriental, en la que iban a convivir benedictinos de ambos ritos, dedicados al estudio de temas orientales, «y sobre todo a la teología y usos litúrgicos de estos pueblos» [52], y a la oración por la unidad.—En 1923 instituyó la jerarquía de rito siro-malabar [53]; y en 1925, la celebración del centenario del Concilio Niceno, le brindó nueva ocasión de manifestar su aprecio de las liturgias orientales [54].

Pío XII en las varias luminosas encíclicas dedicadas a los problemas orientales [55], así como en otros documentos y discursos, insiste en el respeto y aprecio que se debe al patrimonio sagrado de los pueblos de Oriente, y proclama repetidamente que en la mente de la Iglesia las diversas manifestaciones de la vida cristiana y las diversas formas de culto deben ser íntegramente conservadas «mientras estén de acuerdo con la verdadera fe y con las normas de la moral» [56]. Por lo que «de ningún modo han de temer los Orientales que, al restablecerse la unidad de fe y de régimen, vayan a verse obligados a abandonar sus legítimos ritos y costumbres» [57].—Por otra parte, Pío XII dio impulso a la codificación del Derecho canónico oriental, y publicó una parte del mismo [58]. Esta medida, que coloca ese Derecho en la misma línea que el de la Iglesia latina, muestra bien claro cómo la Santa Sede, no ya con palabras sino con hechos, reconoce la perfecta legitimidad de las varias tradiciones, que quedan oficialmente sancionadas en los nuevos cánones. Queda patente que la verdadera unidad de la Iglesia no es uniformidad rígida, ni imperialismo absorbente.

La misma doctrina ha sido expuesta por Juan XXIII, quien en una audiencia a los alumnos del Pontificio Colegio Griego de Roma, habló así: «La Iglesia católica no sólo admite sino que ve con simpatía el florecer en su ámbito antiquísimos ritos. La Iglesia no pretende imponer un rito determinado allí donde existen otros practicados desde siglos y aprobados por la Sede Apostólica, sino que invita a todos a respetar lo que es fiel tradición de la antigüedad» [59].

Trayectoria luminosa y firme, sin vacilaciones y sin ambigüedades, la de la Sede Romana en el ámbito de las tradiciones litúrgicas. Así como en el terreno de los principios absolutos de la fe y de la moral es intransigente y no admite pactos, así en el de los usos y ritos reclama comprensión, respeto, simpatía y aprecio de las peculiaridades de cada pueblo. Con una sola condición: que tales usos y tradiciones no contengan algo contrario al dogma o a la moral cristiana. Pío XI, al comienzo de la constitución *Romani Pontifices*, expresa así esa doble actitud de la Iglesia: «Los Romanos Pontífices, que por una parte han defendido siempre con verdadera rigidez y severidad la integridad de la fe y de las costumbres, por otra parte han permitido de buen grado la conservación de los ritos y liturgia de cada pueblo» [60].

La Iglesia no pretende ni quiere latinizar el Oriente. Por el contrario, pone todo su empeño en defender, conservar y promover las legítimas tradiciones y usos de aquellos países. Su postura no es de mera tolerancia: quiere positiva-

---

[52] Carta *Equidem verba* (21-III-1924) al Primado de los Benedictinos. Cf. AUBERT, o. c., 94-96.

[53] Const. Ap. *Romani Pontifices*, AAS, 1924, 257-262.

[54] En la alocución consistorial del 14-XII-1925, el S. P. alude a la celebración por vez primera en San Pedro de las ceremonias Sagradas según los ritos de la liturgia de San Juan Crisóstomo.

[55] *Orientalis Ecclesiae decus* (9-IV-1944), con motivo del XV centenario de S. Cirilo Alej.—*Orientales omnes* (22-XII-1945), con ocasión del 350 aniversario de la unión de los rutenos.-*Sempiternus Rex* (8-IX-1951), para conmemorar el XV centenario del Concilio de Calcedonia.-*Orientales Ecclesias* (15-XII-1952), al episcopado católico de Oriente.

[56] *Orientalis Ecclesiae*, AAS, 1944.

[57] *Orientales omnes*, AAS, 1946, págs. 31-63.

[58] AAS, 1957, 433-600. Pueden discutirse algunos puntos concretos, debidos a la mentalidad latina de los codificadores; pero no el mérito esencial de la obra, y su sentido de estima para las peculiaridades orientales.

[59] Cf. *Cristiandad*, 1959, 380.

[60] AAS, 1924, 257.

mente salvar todos los valores —valores cristianos— que las liturgias orientales contienen. Y porque positivamente lo quiere, no se contenta con permitir esos ritos; manda que se los mantega incólumes e íntegros, que se los estudie a fondo, que se los considere como una gloria auténtica de la Madre Iglesia, que se presenta llena de esplendor, *circumdata varietate*.

Es menester advertir que, si bien los Papas manifiestan a veces el deseo y la confianza de atraer con esa postura comprensiva a los disidentes, no es esa consideración apostólica y apologética lo que fundamental y esencialmente determina tal actitud. Hay más arriba y más adentro —como verdadera médula vital de la cuestión —una consideración de orden teológico: una visión, cada vez más clara y acuciante en la conciencia de la Iglesia, de la esencia, contenido y dimensiones de la auténtica CATOLICIDAD cristiana. Antes que un recurso apostólico, o un gesto de compasiva caridad, la postura indicada es una exigencia del espíritu evangélico, una sincera y cordial acogida de valores que pertenecen al patrimonio de la Madre Iglesia. La naturaleza misma de la Iglesia, que exige unidad en los principios, reclama variedad en las manifestaciones prácticas de la vida, ya que la gracia no suprime, sino que salva y eleva todo auténtico valor humano.

La aceptación de esa variedad de ritos y liturgias es, sin duda, un factor importantísimo para promover la unión de los corazones y los espíritus. Gracias a ella, cada cristiano se sentirá de veras *en su casa* dentro de la Iglesia, alabando y honrando a Dios con manifestaciones externas que respondan a las propias tradiciones y al propio temperamento.

Con esto tenemos ya tendido un precioso puente psicológico entre las cristiandades latinas y las orientales. Vamos ya a fijarnos en algunas otras actitudes de acercamiento, que podemos reunir bajo el tercer epígrafe.

3. POSTURA DE LA IGLESIA EN LO SICOLOGICO

El hombre no es pura intelectualidad. No basta para conquistarlo proponerle principios verdaderos. Estos no penetrarán en un corazón indispuesto, saturado de prejuicios o irritado. Sobre todo, cuando pesan sobre ese corazón muchos siglos de historia, y se le quiere imponer un profundo viraje vital. En nuestra cuestión unionista, la experiencia demuestra lo duro y difícil que se hace, aun para espíritus rectos y bien intencionados, emprender el camino auténtico del retorno, el único camino posible para la unidad en Cristo. La Iglesia se da cuenta de que para introducir a los descarriados en ese camino real del retorno, es menester que ella abra los caminos misteriosos del corazón, creando un ambiente de mutua inteligencia y comprensión, de confianza y simpatía fraterna. Es la *vía psicológica*.

Postura necesaria para el acercamiento de los hermanos. Postura natural y necesaria también para la misma Iglesia (aun prescindiendo de los frutos apostólicos), que, siendo la prolongación viva del Verbo humanado, se siente precisada, por el impulso interior de su real maternidad, a manifestar la solicitud y la ternura de sus entrañas para con los hijos alejados de su regazo, tejiendo una red maravillosa de vínculos vitales y afectivos para facilitarles el ansiado retorno.

Una palabra evangélica explica y resume esa actitud: la caridad, el amor genuinamente cristiano. Amor que es *comprensión* y apertura de la mente para reconocer y estimar sinceramente las nobles y rectas disposiciones que pueden anidar bajo un caparazón de prejuicios y un gesto de hostilidad. Amor que es *compasión* profunda, pero discreta y no irritante, para con quienes no poseen la plenitud de la verdad y de la vida de Cristo. Amor que es *solicitud* ardiente y sagaz, pero delicada y cortés, por comunicarles esa plenitud de vida. Amor que es *adaptación* abnegada y generosa a la mentalidad y formación de los disidentes, y aceptación cordial de los valores humanos y cristianos que poseen.

Es un programa de acción muy exigente y complejo, pero de infalible eficacia. A ese programa de acción se ha sujetado siempre la Iglesia, espoleada por

la caridad de Cristo. Sin embargo, en nuestros tiempos modernos el Espíritu la está empujando con mayor ardor y con más recia presión por esas sendas.

En la imposibilidad de recoger todos los gestos y manifestaciones de esa postura psicológica de la Iglesia, y de exponer el alcance de los mismos, hemos de contentarnos con espigar algunos que nos parecen de mayor relieve, en los anales de los últimos Papas [61]. Será lo suficiente para que comprobemos la marcha rectilínea, ininterrumpidamente ascensional de las manifestaciones de comprensión y benevolencia por parte de la Santa Sede, desde Pio IX a Juan XXIII. Delicioso y cálido *crescendo* de cariño y de afán.

Desde Pío IX todos los Pontífices Romanos vienen demostrando sus anhelos unionistas con llamadas llenas de sincera ternura dirigidas a los hermanos separados. Todos se han aplicado a sí mismos, de palabra y más aún con los hechos, la expresiva alegoría evangélica del buen pastor [62].

Así habla Pío IX a los orientales en la carta *In Suprema Petri Apostoli Sede*, (1848): «No podemos dejar de dirigir unas palabras de paz y de caridad a estos orientales que, aunque conserven el nombre de cristianos, se mantienen alejados de la comunión con la cátedra de Pedro. La caridad de Cristo Nos apremia, y siguiendo sus consejos y su ejemplo, corremos en pos de las ovejas dispersas por senderos arduos e impracticables, esforzándonos por socorrer su debilidad, a fin de que vuelvan al redil de los rebaños del Señor. Oíd Nuestras palabras... (...) Nada Nos sería tan grato como veros comulgar de nuevo con Nosotros: lejos de afligiros con alguna prescripción que pudiera pareceros dura, os acogeremos con paternal benevolencia y con tierno amor, según la costumbre costante de la Santa Sede. Sólo os pedimos las condiciones absolutamente necesarias...» [63]. Aunque la llamada paternal fue rechazada con aspereza por los disidentes, el Papa quiso repetir su gesto con ocasión del Concilio Vaticano, invitándoles a la unidad y a tomar parte en los trabajos del Concilio: «Nos dirigimos de nuevo a vosotros con todo el fervor de Nuestra alma. Os rogamos, conjuramos y exhortamos en nombre de Dios, que asistáis a este Concilio... a fin de que se renueven las normas de la antigua amistad» [64]. También dirigió, con el mismo motivo, una invitación a todos los protestantes, en la que se expresa con parecidos acentos: «Nos, en virtud del supremo ministerio apostólico..., estamos obligados a cumplir los deberes de Buen Pastor y a acoger a todos los hombres del universo dentro de Nuestra ternura paternal. Por esta razón dirigimos esta carta a todos los cristianos separados de Nosotros, por la cual les exhortamos y les suplicamos de nuevo, que vuelvan sin tardanza al único redil de Cristo... Esperamos con impaciencia y con los brazos abiertos el retorno a la Iglesia Católica de Nuestros hijos descarriados, para poderles recibir tiernamente en la casa del Padre Celestial...» [65].

Tan apremiantes y cordiales llamadas quedaron sin respuesta, mejor dicho suscitaron gestos de recelo y hostilidad [66]. Los ánimos no estaban dispuestos. León XIII vuelve a llamar, acentuando el tono afectuoso. En la Carta *Praeclara*

---

[61] Para más detalles, se puede ver la hermosa obra de Aubert, *La Santa Sede y la unión de las Iglesias*, de la que nos hemos servido bastante en la redacción de estas páginas. Cf. también A. Esteban Romero, *La actitud del Magisterio frente al Ecumenismo*, en *XII Semana Española de Teología*, Madrid, 1953, 59-158; y A. Santos, *Iglesias de Oriente*, 410-493.

[62] Cf. Pío IX, *In Suprema Petri Ap. Sede* (texto citado a continuación). León XIII, *Satis cognitum*, *Acta Leonis XIII*, VI, 177. Pío XI, *Ubi arcano* (programa de su Pontificado), AAS, 1922. Pío XII, *Summi Pontificatus*, AAS, 1939, 419. Juan XXIII, Primera alocución en el Cónclave, AAS, 1958, 839 ss; Homilía de la Coronación, AAS, 1958, 866; Radiomensaje de Navidad, AAS, 1959, 9-10.

[63] Citado por Aubert, *o. c.*, 19-20.

[64] *Arcano divinae Providentiae* (8-IX-1868). Cf. Aubert, *o c.*, 22.

[65] *Iam vos omnes* (13-IX-1868). Cf. Aubert, *o. c.*, 25.

[66] Hubo hostilidad, o a lo menos desconfianza entre los Orientales y entre los Protestantes. Sólo entre los anglicanos la voz paternal del Pontífice suscitó un eco débil de simpatía.

gratulationis (1864) dirigida «al universo entero» con motivo de su jubileo episcopal, manifiesta a los Orientales separados la amorosa preocupación que por ellos siente, el deseo ardiente y la jubilosa esperanza alimentada por ciertas muestras de simpatía y de benevolencia recibidas de las cristiandades disidentes— de ver realizada en día no lejano la unión con la Sede Apostólica. «Impulsados, no por móvil alguno humano, sino por la caridad divina y el celo por la común salvación, os exhortamos a la reconciliación y a la unión con la Iglesia Romana... Y no tenéis que temer que vayamos a disminuir en algo vuestros derechos, los privilegios de vuestros patriarcas o los usos rituales de vuestras respectivas Iglesias. Pues fue y será siempre intención y norma de la Sede Apostólica tener en cuenta con lagueza los orígenes y costumbres de cada pueblo» [67]. Dirigiéndose luego a los protestantes, les dice, recordando algunas conversiones recientes: «Ante el ejemplo de estos hombres, es más que Nuestra voz Nuestro corazón quien os llama, hermanos nuestros, a vosotros que desde hace tres siglos disentís de nosotros en la fe cristiana, y a todos los que después os habéis separado de nosotros por una razón o por otra... Dejad que os invitemos a la unidad y que os tendamos afectuosamente la mano. Desde hace mucho tiempo la Iglesia, Madre común, os llama a su regazo, y todos los católicos os aguardan con ansia fraternal...» [68]. Al año siguiente escribe a los disidentes coptos, entre quienes se había desarrollado cierto movimiento de conversiones, con estos acentos: «Nuestro corazón está vivamente conmovido y anhela manifestaros, con cuán solícita caridad os amamos y buscamos conduciros a la unidad, en las entrañas de Jesucristo. Permitid que con un deseo lleno de dulzura os llamemos hermanos e hijos Nuestros; permitid que alimentemos la esperanza no pequeña de vuestro retorno» [69].

Junto a esas invitaciones, cargadas de emoción humana y cristiana, pongamos las de los dos últimos Papas. Pío XII en la *Mystici Corporis* manifiesta su intención de invitar «de lo más íntimo del corazón, a todos y a cada uno de ellos [los disidentes] a que, rindiéndose libre y espontáneamente a los internos impulsos de la gracia divina, se esfuercen por salir de ese estado, en el que no pueden estar seguros de su propia salvación eterna... Sin interrumpir jamás las plegarias al Espíritu de amor y de verdad, Nos les esperamos con los brazos elevados y abiertos, no como a quienes vienen a casa ajena, sino como a los hijos que se llegan a su propia casa paterna» [70].

Y nuestro humanísimo Pontífice actual, que tan hondamente clavada lleva la espina de la separación, se expresa así en la *Ad Petri Cathedram:* «Permitid que os llamemos con suave afecto hermanos e hijos; permitidnos alimentar la esperanza que de vuestra vuelta acariciamos con paterno y amante corazón... Os rogamos prestéis atención a que, al llamaros amorosamente a la unidad de la Iglesia, no os invitamos a una casa ajena, sino a la propia vuestra, a la que es común casa paterna» [71].

Cualquier comentario quitaría emoción, viveza y cordialidad a esas frases que brotan del corazón mismo de la Iglesia cálidas y apremiantes, rebosantes de ternura auténticamente maternal. Son frases plasmadas con el jugo de muchas lágrimas.

Pero más hermosos que las palabras y las lágrimas son los hechos en los que se revela la hondura de esos afectos nunca desmentidos. Hemos expuesto diversas actuaciones pontificias respecto a los ritos religiosos. Vamos a fijarnos ahora en otros hechos indicadores de la mentalidad unionista de la Iglesia.

El fracaso de la solemne invitación de Pío IX en vísperas del Concilio Vaticano fue para la conciencia de la Santa Sede una ocasión de reflexión provechosa

---

67 *Acta Leonis XIII*, V, 276.

68 *Acta Leonis XIII*, V, 278-279.

69 Carta *Unitatis Christianae* (11-VI-1895). *Acta Leonis XIII*, VI, 70-71.

70 *Mystici Corporis*, AAS, 1943, 243. *Colección de Encicl. y Docum.*, 735-736.

71 AAS, 1959, 515. Como se ve, Juan XXIII recoge y junta conceptos y palabras de León XIII y Pío XII. Cf. Alocución al Cónclave, AAS, 1958, 839 ss.

sobre los caminos de la unidad. Se mostraba la meta en su real distancia y dificultad, y se veía lo indispensable de un acercamiento previo de espíritus y de corazones. Había que establecer una corriente de confianza mutua para poder entablar el diálogo.

A crear esa atmósfera favorable se encaminan los esfuerzos generosos y perspicaces de los sucesores de Pío IX. Como la transformación de los corazones, dados los obstáculos humananamente insuperables que se interponen, supone una acción casi milagrosa de la gracia divina, todos los Papas recalcan con energía la necesidad de una oración constante y ardorosa. Pero todos emprenden también con empeño y decisión la tarea de desbrozar y allanar los caminos difíciles del retorno.

Con León XIII se inicia un período nuevo en la historia de las relaciones de la Iglesia Romana con las restantes confesiones cristianas [72]. El gran Pontífice llevó toda su vida clavada en el corazón la preocupación y la esperanza de la unión, dedicó a este asunto numerosos documentos, y se propuso allanar a los descarriados el camino, saliéndoles al encuentro con amor y disipando sus temores y desconfianzas. El método que modernamente se ha llamado *irénico* fue franca y generosamente puesto por obra durante todo su largo y fecundo pontificado. Principalmente con los Orientales y con los Anglicanos.

El tema de la unidad cristiana es el central de la carta *Praeclara gratulationis*, dirigida al mundo entero con ocasión del jubileo episcopal del Papa. El documento respira ternura paternal, comprensión benévola y ardiente anhelo de unidad. A los disidentes orientales les manifiesta en cuánto aprecio tiene las riquezas conservadas en aquellas cristiandades, especialmente los ritos litúrgicos, insiste en destacar lo que en creencias y en costumbres es común a los disidentes y a los católicos, agradece las muestras de simpatía dadas a los representantes de Roma con ocasión del Congreso Eucarístico de Jerusalén [73], y promete que serán tratadas con gran espíritu de condescendencia las comunidades que acepten la unión. Tiene unas palabras especiales para la Iglesia rusa, recordando cómo al principio de su pontificado había extendido la fiesta de los santos Cirilo y Metodio a toda la Iglesia.

Poco después de subir al trono León XIII eleva al cardenalato al patriarca de Armenia Antonio Hassun, gesto que esperaba sirviera para el acercamiento de los espíritus [74]. Y no omite nada de cuanto está en su mano para dar impulso y esplendor a las Iglesias orientales unidas, a fin de que ellas sean como un foco de atracción para las demás. Instituye también diversos colegios para la formación del clero oriental [75].

He aquí las consignas que da a los obispos católicos de Armenia: «Queremos que en Nuestro nombre y con Nuestras palabras sean atraídos por vosotros los disidentes; pues no es vergonzoso sino sumamente conveniente que el padre llame a la casa paterna a los hijos alejados de ella y tanto tiempo esperados; es más,

---

[72] Cf. AUBERT, *o. c.*, 29. No hay que tomar en sentido absoluto esa *novedad:* La actitud de Pío IX había tenido ya la misma orientación. Pero León XIII hizo de la tarea unionista uno de los puntos fundamentales de su programa pontificio, y dio empuje decisivo al método «irénico».

[73] El Congreso Eucarístico Internacional de Jerusalén en 1893, como León XIII había previsto, sirvió mucho a la causa de unión, dando ocasión a provechosos contactos y poniendo en claro la postura de Roma, que no pretendía *latinizar* el Oriente. Cf. AUBERT, *o. c.*, 42-44.

[74] Aloc. *Si fuit in re* (13-XII-1880), *Acta Leonis XIII*, I, 178-180.

[75] En la *Orientalium dignitas* (30-XI-1894) el Papa se refiere al Colegio por él fundado recientemente en Roma para clérigos armenos y maronitas; a los colegios de Filipópolis y Adrianópolis para los búlgaros; al instituto León en Atenas, y al seminario de Santa Ana en Jerusalén, cuya erección había decretado. *Acta Leonis XIII*, V, 304. La creación del Colegio Ansermiano en Roma por los Benedictinos, fue solicitada por León XIII también con miras unionistas. Cf. *Acta Leonis XIII*, II, 252. El Papa tenía en cuenta que los Benedictinos no suscitaban desconfianzas y recelos entre los orientales. Cf. AUBERT, *o. c.*, 41.

que les salga al encuentro y les abra los brazos para abrazarlos a su regreso» [76]. En estas palabras se revela con claridad la táctica unionista de León XIII: no basta invitar al retorno y esperar; hay que salir al encuentro de los alejados. A los fieles coptos los anima a dar ejemplo de unión y de concordia y a tratar de ganar con benevolencia a los coptos separados: «Entre los numerosos frutos que producirá vuestro acuerdo perfecto en la caridad, descuella éste: que vuestros conciudadanos disidentes, conmovidos por tal ejemplo, se inclinarán más fácilmente a desear y buscar la comunión católica con vosotros. Ya que con razón deseáis tan vivamente ese resultado, queremos que vosotros mismos lo procuréis, cumpliendo con ellos todos los oficios de la bondad cristiana y dirigiendo a Dios santas plegarias» [77]. Y recomendando a la Iglesia entera la obra unionista, escribe: «Para procurar la conversión de los orientales separados a la única Iglesia, veis, Venerables Hermanos, que es necesario ante todo reclutar de entre ellos un número suficiente de sagrados ministros, que llenos de ciencia y de piedad puedan inspirar el deseo de la unión en los demás; que es preciso además generalizar las instituciones de la ciencia y de la disciplina católicas, adaptándolas del modo más conveniente a la índole peculiar de cada nación. Para esto es menester abrir casas aptamente dotadas para la formación de la juventud clerical...» [78].

También hacia Occidente se volvió el anhelo y la esperanza de unión de León XIII. Hacia algunos lustros que el *Movimiento de Oxford* venia trabajando en selectos espiritus anglicanos. El Papa miró ese movimiento con interés y con honda simpatía. Poco después de subir a la cátedra de Pedro, nombraba cardenal al pastor converso Newman, gesto que impresionó muy favorablemente tanto a los católicos como a los anglicanos. Era en 1879.

Diez años más tarde se iniciaron las célebres conversaciones unionistas entre el P. Portal y Lord Halifax, que crearon un ambiente propicio a la unión. El Papa acoge con agrado esos contactos y sigue su desarrollo; en 1894 recibe en audiencia al P. Portal, y poco después, por sugerencia del mismo, escribe la carta *Amantissimae voluntatis* con una llamada impregnada de benevolencia y delicadeza [79]. A mediados de 1895 recibe a Lord Halifax, con quien tiene una entrevista cordialisima.

Mientras tanto, una comisión de historiadores y teólogos estudiaban el asunto de la validez de las órdenes anglicanas, punto capital en la mente de los separados. Desgraciadamente el dictamen de la comisión tuvo que ser negativo, y el Papa, con dolor, pero con el deseo de servir a la verdad, firmó en seguida la decisión en la carta *Apostolicae curae* [80]. Con ello las esperanzas de unión se desvanecian y la corriente de acercamiento quedaba cortada. Pero una vez más Roma demostraba que la unión no se podria pretender por el camino de la claudicación doctrinal.

Como muestra de la actitud de Roma para con los anglicanos, citemos estas expresivas palabras del Cardenal Rampolla, Secretario de Estado, al P. Portal: «Su Santidad no ahorrará solicitud, ni trabajo, ni esfuerzo para allanar el camino... Un intercambio amistoso de ideas y un estudio más profundo de las antiguas creencias y prácticas de culto, seria sumamente útil para preparar el camino de esta deseada cuestión. Todo esto deberá realizarse sin ninguna muestra de amargura, de recriminación o preocupación por el interés terrestre, permaneciendo en una esfera en la que sólo se respira espiritu de humildad y caridad cristiana, con un sincero deseo de paz y de ardiente caridad hacia la obra inmortal del amor de un Dios que rogó para que los suyos fueran una sola cosa en él y que no vaciló en cimentar esta unión con toda su sangre» [81].

Por estas vías de comprensión y benevolencia, excluyendo todo tono polémi-

---

[76] Carta *Paterna Caritas* (25-VII-1888), *Act. León.*, III, 131.
[77] *Unitatis Christianae* (11-VI-1895), *Act. Leon.*, VI, 70.
[78] *Christi nomen* (24-XII-1894), *Act. Leon.*, VI, 8.
[79] *Amantissimae voluntatis* (14-IV-1895), *Act. Leon.*, VI, 36-48.
[80] *Apostolicae curae* (13-IX-1896), *Act. Leon.*, VI, 198-210.
[81] Cf. AUBERT, *o. c.*, 62-63.

co y toda alusión ofensiva siguieron avanzando los Pontífices posteriores. En los Pontificados de S. Pío X y Benedicto XV, acuciados por otros graves problemas, no se sintió tan intensa la actividad unionista. Sin embargo, no estuvo ausente. S. Pío X manifestó su interés por la unión del Oriente con motivo del centenario de S. Juan Crisóstomo [82], y en la Carta *Ex quo* [83]; insistía especialmente en el medio sobrenatural de la oración. A fines de 1909 aprobó el Octavario de oraciones en favor de la unión de las Iglesias, iniciativa concebida por dos eclesiásticos anglicanos [84].

Benedicto XV da un paso trascendental en favor del Oriente Cristiano con la creación de una Congregación especial para la Iglesia oriental, en 1917, a la que siguió pocos meses después la erección del Pontificio Instituto Oriental [85]. Estas medidas habrían de procurar a la Curia Romana y al clero y pueblo católico un conocimiento más exacto y completo de los problemas de Oriente, y una actuación más adecuada y considerada en la solución de los mismos. El Instituto Oriental abre sus puertas no sólo a los católicos, latinos y orientales, sino también a los mismos disidentes.

Con Pío XI volvemos a una época de numerosos y notables documentos en torno al tema de la unión. Grande por muchos conceptos, este Papa lo fue también por sú labor unionista, a la que dedicó, especialmente los primeros años de su pontificado, buena parte de su acción clarividente y magnánima.

Desde 1921 a 1926 se celebraron las famosas *Conversaciones de Malinas* entre Lord Halifax y el Cardenal Mercier, uno de los grandes apóstoles de la unión. A pesar del golpe dado por la *Apostolicae curae*, la idea del acercamiento a Roma germinaba aun ocultamente en la Iglesia anglicana, y a raíz de la Conferencia de Lambeth (1920), que hizo resaltar el escándalo de la división entre cristianos, se iniciaron las entrevistas privadas entre los dos personajes citados y varios teólogos católicos y anglicanos, en un clima de benevolencia y comprensión amistosa. Aunque sin mandato oficial de Roma, se celebraban bajo la vigilancia y el favor de la Santa Sede. Pío XI, en su alocución consistorial del 24-III-1924, dice, refiriéndose a esas conversaciones: «Quedaremos sumamente agradecidos a todos los católicos que, bajo la inspiración de la gracia divina, se esfuercen por facilitar a sus hermanos separados el acceso a la verdadera fe, disipando los prejuicios, presentándoles íntegra la doctrina católica y sobre todo manifestando en sí mismos la nota característica de los discípulos de Cristo, que es la caridad» [86]. El espíritu de las reuniones queda retratado por el mismo Cardenal Mercier en estas palabras: «Pensábamos que hablando con el corazón en la mano y con persuasión íntima, quizá podríamos convencernos de que los errores no han estado en una sola parte, y precisando los términos de ciertas cuestiones en litigio, desaparecerían las prevenciones, desconfianzas y equívocos; en una palabra, allanaríamos el camino» [87]. Mejores disposiciones no se podrían pedir. Sin embargo, visto que las conversaciones tomaban un giro poco propicio, por no ser aceptado el primado, Pío XI mandó suspenderlas en 1927.

Respecto al Oriente separado, y especialmente respecto a Rusia, Pío XI actuó más eficazmente, asentando las bases de un auténtico programa unionista en la Carta *Ecclesiam Dei*, con motivo del centenario de S. Josafat. Tales bases son principalmente el conocimiento más profundo de las cosas de Oriente, el respeto de sus particulares ritos, y el apostolado del ejemplo y de la caridad cristiana. Recordando los esfuerzos de S. Josafat, solicitaba que todos los fieles concurrieran con su celo a la grande empresa de la unión: «Exhortamos solícitamente a

---

[82] Carta de 22-VI-1907 al Card. Vanutelli, presidente del comité de las fiestas. Cf. AUBERT, *o. c.*, 71-72.

[83] Carta ap. *Ex quo* (26-XII-1910), sobre la unidad. Cf. AUBERT, 72-73.

[84] También se interesó Pío X por la asociación fundada en París en 1897 para rogar por la conversión de Inglaterra. Cf. carta *Quoties animum* de 2-II-1911.

[85] Motu proprio *Dei Providentis*, AAS, 1917, 529; y *Orientis Catholici*, AAS, 1917, 531.

[86] AAS, 1924, 123 ss.

[87] Cf. AUBERT, *o. c.*, 88.

los disidentes a esa unidad, y al mismo tiempo deseamos que los fieles todos, teniendo a S. Josafat por patrono y maestro, se apliquen a prestarnos, cada uno según sus fuerzas, el concurso de su actividad y de su celo. Pero entiendan que se ha de promover esta unidad, más que con discusiones y otras exhortaciones, con los ejemplos y las obras de una vida santa, y en primer lugar con la caridad hacia nuestros hermanos eslavos y demás orientales... Sobre este punto, así como los Orientales deben deponer sus antiguos prejuicios y tratar de conocer la verdadera vida de la Iglesia..., así también los latinos deben conocer mejor y más profundamente las cosas y costumbres de los Orientales... Estamos persuadidos de que un conocimiento exacto de las cosas producirá una justa apreciación de las personas y una sincera benevolencia que, unida a la caridad de Cristo, será sumamente provechosa para lograr, con la gracia de Dios, la unidad religiosa» [88].

El programa está espléndidamente trazado: conocimiento mutuo, caridad cristiana. ¡Qué lejos estamos del método polémico o de una apologética de vía estrecha! El Papa, intelectual por vocación, mente comprensiva y abierta. a la par que corazón magnánimo, insistirá repetidamente en recomendar el trabajo de investigación científica para preparar el terreno y echar los cimientos de la unidad. Anteriormente aludimos a la creación de una abadía benedictina de rito oriental: esa institución tenía por fin, al mismo tiempo que presentar de modo más accesible a los orientales, la santidad de la Iglesia, y manifestarles el aprecio de Roma hacia sus tradiciones, promover los estudios serios sobre temas de Oriente [89].

El estudio, el conocimiento científico mutuo, destruirá las barreras de prejuicios que existen *por ambas partes*. Por vez primera aparece en documentos oficiales la idea —anteriormente expresada por Mercier— de que no son sólo los separados quienes tienen que despojarse de prejuicios y mentalidades erróneas, sino también los católicos. En 1924, con motivo del Congreso unionista de Welehrad (Checoeslovaquia), escribía el Papa al arzobispo de Olmütz: «Abrigamos la firme esperanza de que las santas resoluciones de ese Congreso ayudarán poderosamente a deshacer muchas dudas y errores, a veces monstruosos, que han arraigado en el vulgo acerca de la historia y de la vida religiosa de Oriente» [90]. Al mismo Congreso se refirió con complacencia en la alocución consistorial del 18 de diciembre, en la que recalca las ideas antes expuestas: «Es evidente que esta tentativa no puede tener alguna esperanza de feliz resultado, si por una parte no se abandona la idea falsa que ha ido penetrando en el vulgo a través de los siglos, sobre las instituciones y doctrinas de las Iglesias de Oriente, y si por otra parte no se investiga profundamente el acuerdo de sus Padres con los latinos en una misma y sola fe; y es conveniente además que haya discusiones con espíritu de caridad fraterna de una y de otra parte» [91].

Las mismas ideas se repiten en otros documentos de Pío XI [92], y quedan ratificadas en la encíclica *Rerum Orientalium*, expresamente consagrada a la cuestión. En ella achaca los males de la escisión principalmente «a la mutua ignorancia y desprecio de los pueblos, y a los prejuicios de los que se ha seguido un secular apartamiento de espíritus»; y afirma que es imposible «poner remedio a aque-

---

[88] Encícl. *Ecclesiam Dei* (12-XI-1923), AAS. 1923, 579-580.

[89] Cf. la Carta *Equidem verba*, (21-III-1924) al P. Fidel de Stotzingen, Primado de los Benedictinos. La Abadía de Amay, trasladada en 1939 a Chevetogne ha seguido las consignas de Pío XI; y por medio de la revista *Irenikon* da al público los resultados de sus investigaciones y muchos datos de interés para la causa de la unión.

[90] AAS, 1924, 327. A este Congreso, que era el cuarto de los celebrados en Welehrad, bajo el patrocinio de los Santos Cirilo y Metodio, siguieron otros en 1927, 1932 y 1936.

[91] AAS, 1924, 491.— Al desconocimiento de las Cosas de Oriente atribuye Pío XI las desacertadas medidas de *latinización*, reprobadas por la Sede Apostólica. Cf. Motu proprio *Sancta Dei Ecclesia*. AAS, 1938, 154-159.

[92] Cf., por ejemplo, AAS, 1926, 7-8 (al Congreso de Ljubliana); AAS, 1933, 23-24 (a los arzobispos polacos).

llos males sin remover estos impedimentos» [93]. Señala la labor efectuada por sus predecesores y las medidas por él mismo tomadas para aumentar la eficacia del Instituto Oriental, e invita encarecidamente a los Obispos a promover los estudios orientales, terminando con una calurosa exhortación solicitando el concurso, afectivo y efectivo, de todos para la anhelada restauración de la unidad.

La encíclica pone también de relieve los valores religiosos conservados por las cristiandades separadas, elementos comunes que hacen posible la esperanza del retorno: la religiosa conservación de gran parte de la revelación, el sincero amor de Cristo, la tierna devoción a la Virgen, el uso de los Sacramentos [94]. Las mismas ideas habían sido expuestas muy hermosamente por Pío XI en un discurso a los universitarios católicos de Italia: «Para conseguir la unión es ante todo necesario conocerse y amarse. Conocerse porque, si la obra de reunión ha fracasado tantas veces, ha sido debido en gran parte a la falta de conocimiento entre una y otra parte. Si existen mutuos prejuicios, es necesario eliminarlos. Parece increíble que estos errores y estos equívocos subsistan y se repitan entre los hermanos separados contra la Iglesia católica; por otra parte, también los católicos han carecido de piedad fraternal, por faltarles el verdadero conocimiento. ¿Saben todos cuán preciosos, buenos y cristianos son estos fragmentos de la verdad católica? Las porciones desprendidas de una roca aurífera, también ellas son auríferas. Las venerables cristiandades orientales han conservado una santidad tan apreciable, que no sólo merecen todo el respeto, sino también toda la simpatía» [95]. Así habla, a través de los labios del gran Papa, la clarividencia y la caridad comprensiva y cordial de la Iglesia de Cristo. Tal es la postura psicológica (cognoscitiva y afectiva) que prepara las sendas del Señor [96].

Si la actitud de Pío XI parece distinta frente a los Congresos ecuménicos —como anteriomente indicábamos—, ello no pudo ser fruto de cerrazón mental o de incompresión, sino únicamente de la necesidad de salvaguardar unos principios intangibles y de evitar graves desorientaciones en los fieles. No se desestiman las exigencias de la caridad cristiana al defender los derechos de la fe, ya que sólo cimentada en la fe puede subsistir la caridad verdadera. La *Mortalium animos* no cierra el paso sino a ciertos conatos de una unidad ilusoria: «Estos *pancristianos*, que intentan asociar las iglesias, parecen perseguir el nobilísimo designio de promover la caridad entre todos los cristianos. Pero ¿cómo puede concebirse una caridad que perjudique a la fe? Nadie ignora que el mismo San Juan, apóstol de la caridad, prohibe en absoluto toda relación con aquellos que no profesan íntegra e incorrupta la doctrina de Cristo» [97]. El Papa que tan tajante se mostraba, permitió sin embargo la presencia de observadores católicos en las Conferencias de Edimburgo y Oxford en 1937.

Pío XII sigue las huellas de su predecesor, tanto en las relaciones con los Orientales, a quienes ha dedicado cuatro Encíclicas y muchos otros documentos, como respecto al movimiento ecuménico. En ambos terrenos se demuestra la visión católica de su mente y la proyección también católica de su corazón.

Acerca del Oriente cristiano, corrobora lo que Pío XI había afirmado tantas veces: la necesidad de abordar el problema unionista en una atmósfera de benevolencia, y la de procurar el mutuo conocimiento como condición para el acercamiento de los corazones. Expone ampliamente su pensamiento en la encíclica

---

[93] AAS, 1928, 277.

[94] AAS, 1928, 287.

[95] Cf. AUBERT, *o. c.*, 105-106.

[96] Entre las medidas prácticas tomadas por Pío XI hay que destacar el impulso dado al Instituto Oriental: Motu proprio *Quod maxime*, AAS, 1928, 309-315; y la mayor autonomía concedida a la Congregación Oriental: Motu proprio *Sancta Dei Ecclesia*, AAS, 1938, 154-159.

[97] AAS, 1928, 12. El tono aparentemente rígido del documento se explica teniendo en cuenta de una parte, las bases doctrinales implicadas en los programas de los Congresos de Estocolmo y Lausana, y de otra, los fáciles peligros de confusión entre los fieles.

Orientalis Ecclesiae decus [98], cuyo segundo punto trata de *la unidad en la caridad,* donde recordando el ejemplo de S. Cirilo afirma: «Igual ahora que en aquel lejanísimo tiempo, para promover la ansiada conciliación de los hijos disidentes..., una sincera y eficaz benevolencia de ánimo será, sin duda, con el favor de la divina gracia, la contribución más válida». Alude después al respeto con que Roma mira el patrimonio sagrado de las Iglesias de Oriente, y a la promoción del mutuo conocimiento por medio del Instituto Oriental especialmente. Y hace una cálida invitación a la unión en Cristo, mientras «la discordia y las luchas de la guerra casi han alejado en todas partes a los ánimos humanos los unos de los otros». Concluye pidiendo las oraciones y el concurso de todos los fieles, particularmente de los que viven en Oriente, los cuales «con la mutua estima, el trato benévolo y el ejemplo de las más íntegras costumbres podrán más fácilmente atraer a los hermanos separados». Al comienzo de la *Orientales omnes* nota cómo la desunión perjudica no sólo a los disidentes sino al mismo Cuerpo Místico de Cristo: «Los sumos Pontífices saben bien por experiencia la abundancia de frutos que de esta unión felizmente realizada se derivará toda la sociedad cristiana, y en particular a los mismos orientales. En efecto, de la plena y perfecta unidad de todos los cristianos no puede menos de derivarse un gran incremento al Cuerpo Místico de Jesucristo y a cada uno de sus miembros» [99]. Entre las actuaciones prácticas consignemos el impulso dado por Pío XII a la Codificación del Derecho Oriental, y la concesión de la púrpura cardenalicia al Patriarca de los armenios, Agagianian, a quien nombró después Pro-Prefecto de Propaganda Fide.

Respecto al movimiento ecuménico, Pio XII hubo de intervenir en diversas ocasiones, ya doctrinal, ya disciplinarmente. Anteriormente hicimos mención de la *Humani Generis,* así como del *Monitum* y de la *Instrucción* del S. Oficio. Esta Instrucción ofrece gran interés porque señala con precisión inusitada la postura de la Iglesia frente al «ecumenismo», y porque, puestos siempre a salvo los principios doctrinales, estimula nuevas iniciativas de acercamiento. «Aunque la Iglesia Católica —comienza diciendo— no interviene en los Congresos y reuniones "ecuménicas", jamás ha cesado, como consta de diversos documentos pontificios, y jamás cesará de seguir con el mayor interés, ni de fomentar con asiduas plegarias todo esfuerzo encauzado a obtener lo que Cristo, Nuestro Señor, tan ardientemente desea, a saber, que todos los que creen en El sean consumados en la unidad» [100]. Habla luego del «afecto materno» con que la Iglesia abraza a quienes tornan a su seno; y aprueba con calor todas las iniciativas que, con el consentimiento de la autoridad competente, se han puesto en obra para ese fin. Llega a atribuir al Espíritu Santo *(afflante Spiritus Sancti gratia)* los anhelos ecumenistas de los hermanos separados, anhelos que son «para los hijos de la Iglesia verdadera causa de una santa alegría en el Señor, al par que una invitación a ayudarlos, pidiendo a Dios para ellos con fervientes plegarias luz y fuerza». Encarga a los Obispos que presten atención a ese movimiento, que lo promuevan y dirijan prudentemente, por medio de sacerdotes especialmente formados. Refiriéndose en concreto a las reuniones mixtas, la Instrucción señala los peligros sin prohibir absolutamente su celebración, siempre que haya aprobación jerárquica. Permite rezar en común el Padrenuestro y otras oraciones aprobadas. Y termina recomendando que se instruya a los fieles sobre la importante obra unionista *(praeclarum opus reunionis),* y reiterando con insistencia la invitación a la oración. Este documento muestra cómo Roma, permaneciendo intransigente en los principios y prudente en la disciplina, adopta una actitud positiva (no de mera reserva) hacia el movimiento ecuménico, y da pruebas de

---

[98] AAS, 1944, 129-144.

[99] AAS, 1946. Al final de la Encíclica, el Papa exhorta y anima paternalmente a la cristiandad rutena, a mantenerse fiel aun bajo las presiones y amenazas del gobierno de la URSS.—También manifiesta su solicitud por los rusos, víctimas de dura persecución, en la Carta apost. *Sacro vergente anno,* AAS, 1952, 505-511.

[100] AAS, 1950, 142.

flexibilidad y de buenas disposiciones. Por otra parte, los separados acogieron en general favorablemente la Instrucción.

Otros actos de Pío XII que sirvieron para crear un clima de mayor acercamiento, fueron las audiencias concedidas a personalidades eminentes del protestantismo y anglicanismo, las expresiones de benevolencia que para todos tuvo, las invitaciones calurosas a formar un frente común contra las corrientes del materialismo ateo. Y nos parece también digno de señalarse el hecho de la concesión del sacerdocio a algunos ex-pastores casados.

Y llegamos a Juan XXIII, a quien el aura popular, no sin fundamento, ha comenzado a saludar como «Papa de la Unidad». La unidad, sobre todo la del Oriente cristiano, la lleva muy metida en su corazón de Padre y Pastor universal, si es verdad que de la abundancia del corazón habla la lengua... No hay coyuntura que no aproveche para referirse a ese tema y para invitar a todos a trabajar por la unión. También el proyectado Concilio Ecuménico tendrá, de una manera o de otra, perfil unionista [101].

En su primera encíclica *Ad Petri Cathedram* precisa Juan XXIII su pensamiento sobre la verdadera unidad. Señala primero la meta y luego el camino. La meta es una unidad plena de fe, de régimen y de culto, según las exigencias de la doctrina evangélica. El camino difícil hacia esa unidad plena es, sobre todo, por parte de los católicos, el ejemplo luminoso de un cristianismo auténticamente vivido. La unidad y la caridad, características primordiales del mensaje de Cristo, si son intensamente cultivadas en el seno de la Iglesia, no pueden menos de ofrecer a los hermanos alejados un espectáculo de irresistible atractivo. A esa unión interna hay que juntar una actitud de humilde comprensión y sincera caridad para con los disidentes, y una cruzada de fervorosas oraciones. «Ojalá —dice la encíclica— este admirable espectáculo de unidad con que se destaca y resplandece la única Iglesia católica, y esos anhelos y plegarias con que pide a Dios para todos esa misma unidad, conmuevan y alienten saludablemente vuestras almas... Permitid que os llamemos, con suave afecto, hermanos e hijos; permitidnos alimentar la esperanza que de vuestra vuelta acariciamos con paterno y amante corazón...» «Todo esto —prosigue— lo reiteramos Nos, junto con el orbe católico a Nos unido en suplicante oración. Y lo hacemos así no solamente movidos por encendida caridad hacia todos los pueblos, sino también estimulados por evangélica humildad de espíritu...» [102].

Son estos acentos de sincera humildad y de cordial benevolencia cristiana del Padre común los que deben resonar en los corazones de todos los hijos de la Iglesia... Y entonces la atmósfera propicia para el abrazo fraterno estará formada, y podremos esperar, sin viciosa presunción, la pronta reunión de todos en el único redil de Cristo.

CONCLUSION

Recogiendo sintéticamente lo más característico y medular de las doctrinas expuestas y de los datos alegados en nuestro modesto trabajo, podemos dar por sentados los siguientes asertos:

1. Desde hace un siglo *la Iglesia Romana viene concediendo una importan-*

---

[101] En el anuncio mismo del 25-I-1959 declara el Papa su mente de que el Concilio sirva «para luz, edificación y alegría de todo el pueblo cristiano, y como renovada invitación a los fieles de las comunidades separadas para que ellas también Nos sigan amablemente en la tarea de buscar la unidad y la gracia, que tantas almas de todos los puntos de la tierra anhelan hoy»: AAS, 1959, 69.—Con motivo de esas palabras, muchas fantasías se echaron a volar inconsideradamente, tejiendo conjeturas sobre la forma en que los separados podrían intervenir en el Concilio. A esas ilusiones, que inconscientemente minimizaban los derechos de la verdad, corta las alas Juan XXIII en la Encíclica *Ad Petri Cathedram* AAS, 1959, 497-531; y en el discurso de 30-VI-59 a la Comisión antepreparatoria, *Ecclesia*, n. 940, p. 63.

[102] AAS, 1959, 514. 515. 516.

cia sin par al problema de la unión de las Iglesias. El dolor de la desunión, la preocupación y el anhelo ardiente de la reunión, aparece en documentos solemnes (encíclicas, cartas apostólicas, motu-proprios), y en mensajes y discursos más familiares, en intervenciones disciplinares y en gestos de paterna benevolencia. León XIII y Pío XI, Pío XII y Juan XXIII han hecho de la cuestión oriental una de las primeras tareas de sus respectivos pontificados, y han dirigido llamadas conmovedoras a los disidentes, y han promovido en todos los fieles el sentido de responsabilidad en la gran obra unionista. Para quien mire la historia sin prejuicios, la Iglesia es, sin comparación, la primera —la más entusiasta y celosa, la más constante— promotora de la unión cristiana.

2. *La preocupación de Roma se ha vuelto preferentemente hacia las cristiandades orientales separadas.* A ellas han ido destinados muchos documentos y se les han dirigido llamadas más insistentes y más tiernas. Era natural y obligado: son muchos los lazos que ya nos unen en la fe y en el culto, y muchas las riquezas tradicionales que en cierto modo poseemos en común ellos y nosotros. Por eso a ellos se refieren casi exclusivamente las concesiones de Roma en el orden litúrgico y disciplinar. Pero la atención de los Sumos Pontífices no ha dejado en olvido a las otras confesiones cristianas; y siempre que la ocasión se ha presentado, han buscado el acercamiento de las mismas. Recordemos la generosa actuación de León XIII y Pío XI con los anglicanos.

3. *En lo dogmático, la Iglesia se mantiene en la misma línea clara y uniforme de intransigencia,* sin ceder un ápice en los principios, rehusando siempre, aun a trueque de renunciar a sueños dorados, todo compromiso que atente a la integridad del mensaje de Cristo. Según ella, la unidad cristiana ha de ser una unidad plena de fe, de culto y de comunión bajo el primado del sucesor de Pedro. Y por eso la *única solución* que ella propone para conseguir la unidad cristiana es *el retorno de los disidentes a Roma:* la vuelta al regazo de la verdadera Madre... Todos los irenismos que prescindan de esa exigencia fundamental están condenados teológicamente. Y lo están también prácticamente, pues —como afirma la *Humani Generis*— una unión al margen de la verdad ni satisface a los espíritus, ni puede terminar más que en común ruina.

4. *En el campo litúrgico, la postura de Roma es de abierta comprensión: no sólo tolera, sino que aprecia y mira con simpatía los diversos ritos,* y aún más, procura salvaguardarlos con empeño, como una auténtica riqueza cristiana. Si primero los Papas prometían *respetar* las tradiciones litúrgicas de Oriente, después se constituyen en *promotores* de las mismas, dando medidas para alejar los peligros de latinización y para procurar que los fieles conozcan y aprecien el valor de la herencia cristiana conservada por los disidentes. Y al obrar de esta forma, no tienen en cuenta sólo el interés apostólico, sino las exigencias teológicas de la catolicidad, que es *unidad en la diversidad:* unidad de fe y de vida en variedad de manifestaciones.

5. *En el comportamiento práctico, la Iglesia ha ido adoptando posturas cada vez más flexibles y abiertas,* a medida que las circunstancias históricas le han dado ocasión de actuar, y también a medida que una más profunda reflexión teológica ha precisado mejor los límites entre lo sustancial e inmutable y lo accesorio y circunstancial en la organización eclesiástica. Al principio los Papas insistían en el dolor de la Iglesia por los perjuicios que la separación causaba a los disidentes, y en la culpa y en los prejuicios de los mismos. Pío XI reconoció que la culpa estaba también de nuestro lado. Y Pío XII señaló que la vuelta de los descarriados sería un aumento de vida para todo el Cuerpo místico. Si en otros tiempos prevalecían los métodos apologéticos, más o menos polémicos, hoy ha triunfado el método del *diálogo amistoso* en un ambiente de sincera humildad y caridad; y se insiste —según la consigna expresada por Juan XXIII— en valorar «más que lo que divide y separa a los hombres, lo que puede unirlos en la mutua y justa comprensión y estima recíproca» [103]. Con esta postura se está

---

[103] *Ad Petri Cathedram,* AAS, 1959, 504.

formando el clima propicio, la atmósfera psicológica de acercamiento: se están allanando los caminos largos y difíciles de la unidad cristiana.

6. *El programa unionista que la Iglesia de hoy propone a sus hijos todos podría resumirse en estas tres consignas: Orar, Conocerse, Amarse.*

a) *Oración*, porque la unidad es un don precioso del cielo, y además un don humanamente imposible. Los Papas insisten santamente en que elevemos preces ardorosas y frecuentes por la unión, e invitan también a los separados a que fundan sus voces con las nuestras pidiendo para la Iglesia lo que Cristo tan ardientemente desea. Esta oración común, encabezada por la súplica del mismo Cristo, tiene la garantía suprema de eficacia. Por eso la actitud unionista está cargada de optimismo, a pesar de todos los pesares: la Iglesia sabe, como León XIII afirma, que al buscar la unidad no corre tras de una «vana utopía» [104].

Motivo peculiar de confianza ofrece la intercesión de María, que, como Madre, nada desea tanto como la unión de todos los hermanos. Con frecuencia, los Pontífices nos invitan a recurrir a Ella.

b) *Conocimiento* mutuo, para barrer prejuicios y hacer posible el diálogo fecundo. Conocimiento serio de la situación histórica, teológica y psicológica de nuestros hermanos separados. El conocimiento y el reconocimiento sincero de los valores que poseen, así como de los defectos y errores que por parte de los católicos han influído en la escisión, nos hará comprensivos y humildes, y abrirá el camino a la mutua confianza y al amor. Como promotor de esta obra de acercamiento cognoscitivo, descuella el Papa Pío XI.

c) *Caridad:* es el concepto que se repite constantemente y en todos los tonos en las exhortaciones de los Papas. Amor sincero demostrado en obras y palabras a los hermanos que están fuera. Amor que se fija antes en lo que une que en lo que divide. Amor que en la exposición firme de la verdad no irrita y ofende, porque rezuma mansedumbre y humildad evangélica. Amor que se ingenia para encontrar los caminos del corazón y sabe adaptarse a la psicología de los hermanos. Amor, en fin, que en un estallido de vida plenamente evangélica haga sentir a todos las presencia viva de Cristo en *su Iglesia*, y arrastre hacia el verdadero hogar a todas las almas sinceras... He aquí el factor verdaderamente decisivo. Pío XI decía que ni las exhortaciones ni las discusiones traerían el suspirado retorno, «sino los ejemplos y las obras de una vida santa, y sobre todo el amor hacia los hermanos» [105]. Pío XII afirmaba que «la mutua estima, el trato benévolo y el ejemplo de las más íntegras costumbres» ganarían a los descarriados [106]. Y Juan XXIII en diversas ocasiones ha expresado su pensamiento de que ha de ser el espectáculo de unidad y de amor de la Iglesia la llamada más fuerte y eficaz para cuantos vagan fuera del hogar. Y a las invitaciones corresponden plenamente los ejemplos de los mismos Pontífices, que han tenido gestos de exquisita delicadeza y de benevolencia sincera para con los «hermanos e hijos» a quienes esperan con los brazos abiertos, a la puerta de la casa paterna... [107].

Al llegar aquí vemos cómo se disipa la dificultad que a primera vista surge entre los derechos de una verdad intransigente y las exigencias de la caridad evangélica. Verdad y caridad son dos valores absolutos entre los que no puede haber oposición, ni separación siquiera. Del mismo Espíritu Santo provienen los dos. El es «espíritu de verdad» y «espíritu de caridad». Y en la medida en que los cristianos nos dejemos guiar y mover por El, iremos superando las oposiciones que de nuestra visión limitada y de nuestra estrechez de corazón pueden brotar. Iremos purificando nuestra caridad de los *falsos irenismos*, de los compromisos que no unen de veras. Iremos, sobre todo, purificando nuestra verdad de los *fanatismos hirientes* que nos hacen abrazar a veces en un mismo anatema y en una misma actitud de odio al error y al hermano que yerra. Las verdades esgrimidas como armas no unen los corazones, los separan: no son la verdadera

---

[104] Cf. Aubert, *o. c.*, 51.
[105] *Ecclesiam Dei*, AAS, 1923, 579.
[106] *Orientalis Ecclesiae*, AAS, 1944, 141-142.
[107] Cf. Juan XXIII, *Ad Petri Cathedram*, AAS, 1959, 515.

verdad de Cristo, que libera, salva y aglutina las almas. No hace mucho Juan XXIII daba como consigna a los periodistas la frase de S. Agustín: *Interficite errores, diligite errantes.*

Ahí tenemos el camino luminoso y recto de la Iglesia en la empresa unionista. Es el camino que han seguido todos los grandes apóstoles de la unidad: un S. Pedro Canisio, un S. Francisco de Sales, un Cardenal Mercier... Es el camino que debemos emprender también decididamente nosotros, por ser miembros de Cristo, hijos de la *Ecclesia caritatis.* Porque lo somos y para que lo seamos.

VI

Estado actual del cristianismo en la URSS

R. P. PIETRO ALAGIAGIAN, S. J.
Misionero en Rusia y luego encarcelado en la Lubianca *

El hombre, este pequeño rey del gran mundo exterior, que abraza con el afecto de su corazón, la tierra y el cielo, y mide con la razón todo el universo, esta obra maestra de arte del Todopoderoso, el hombre, cuando se propone alcanzar un fin, es capaz, gracias a sus admirables dones obtenidos de su Creador, es capaz —repito—, de ocultar ya por modestia, ya por malicia, sus intenciones, usando a veces de medios que parecerían inadecuados y hasta contrarios a la obtención del fin deseado, a pesar de querer alcanzar este mismo fin.

El hombre, en efecto, si acomete una buena obra, o maquina un proyecto criminal, es llevado por su misma naturaleza a ocultar en general sus intenciones finales, o a cambiar de vez en cuando su táctica exterior. Incluso huyendo de las vejaciones y adulaciones de los demás, o evitando la vigilancia y sospechas del público. Es, pues, evidente, que la presencia de semejantes dotes en el espíritu humano hace ineludible al crítico concienzudo el sagrado deber de no perder de vista en su propio examen la actitud y la actividad de los individuos, de la sociedad y de las naciones, a menos que no quiera caer ciegamente en deplorables imprecisiones, o no pretenda de mala fe disfrazar e ignorar la realidad de las cosas. Y este deber es aún más grave cuando se trata de emitir una opinión, sobre todo, sobre la actitud que tienen hacia la religión algunos gobiernos que se han atrincherado tras un impenetrable telón de acero. Los pe-

---

* NOTA DE LA REDACCION. — Dadas las múltiples intervenciones del R. P. Pietro Alagiagian, S. J., en la XII Semana Misional y el gran interés que despertó con ellas entre todos los semanistas, vamos a transcribir la siguiente interviú que le hizo uno de los locutores de Radio Popular de Burgos, y que juzgamos de gran valor para calibrar mejor la objetividad y garantía de las afirmaciones que sienta en el meritísimo trabajo que publicamos en estas páginas:

Díganos, Padre, ¿cuánto tiempo ha permanecido bajo el régimen comunista?

—En la URSS no he vivido mucho tiempo. He estado allí únicamente de paso; solamente unos veintitrés años.

Interesante. ¡Gemir durante veintitrés años bajo el terror ruso y pasar buena parte de ellos en las cárceles bolcheviques, ¿lo llama Vd. estar de paso?

—Y ¿qué son veintitrés años comparados con la eternidad, la cual nosotros, los creyentes no debemos perder de vista cuando hablamos de las cosas terrenas, limitadas, temporales?

Ciertamente, Padre; usted tiene plenísima razón. Pero en la vida, veintitrés años son veintitrés años. ¿En qué épocas, Padre, y en qué forma ha podido usted moverse en territorio soviético?

—La primera vez que estuve allí, fue en 1919. Atravesé el Cáucaso que entonces estaba ocupado por los ingleses. Permanecí allí once años, hasta 1930, como misionero trabajando libremente, aunque siempre en secreto. Posteriormente, de 1942 al 1954 me hallaba nuevamente en la Unión Soviética como Capellán Militar del Ejército Italiano y prisionero de guerra, pasando doce años en los campos de concentración y en las cárceles soviéticas.

¿Cuántas cárceles soviéticas ha conocido, Padre?

—Bastantes. Y entre ellas, las cuatro de Moscú: la Butirskaia, la Lefortwkaia, la Peresilnaia y la famosa y sanguinaria Lubianca.

¿A qué se debe que todos la llamen la «famosa y sanguinaria Lubianca»?

riódicos a menudo reproducen declaraciones de turistas que después de una visita a países orientales, creen poder afirmar que en la Unión Soviética y en los países de la llamada «democracia popular» no existe ya ninguna persecución contra la Iglesia, admitiendo sin embargo que al inicio de la persecución bolchevique tuvieron lugar algunos excesos contra la religión. No es mi intención polemizar con nadie, pero quiero simplemente invitar a todos los hombres a considerar las razones sobre las que se basan aquellos turistas para presentar ante la opinión pública sus declaraciones. Estos, no habiendo vivido nunca en los países orientales y no conociendo ninguno de los idiomas locales, tuvieron naturalmente que decir y ver lo que quisieron unos guías aleccionados. Y por el solo hecho de haber visto algunas iglesias abiertas y frecuentadas por los fieles, se han atrevido a formar una convicción y a divulgarla rápidamente sin examinar a fondo la cuestión y no teniendo en cuenta ni el presente ni el pasado. Por esto, todos han caído en una falta grave que si bien involuntaria o exagerada, no por esto es menos reprobable y perjudicial. En cambio, el que os habla puede afirmar que en el país soviético se han vuelto a abrir muchas iglesias, muchísimas, si le comparamos con el primer decenio de la Revolución; pero poquísimas si hacemos comparación con el período ante-guerra 1914-1918; y todas estas iglesias están muy concurridas. Y a pesar de todo esto, no me hago ilusiones ni jamás me permitiría llevar a engaño a los demás con afirmaciones inseguras, y digo esto porque he tenido la posibilidad y la oportunidad de estudiar profundamente la cuestión religiosa en la URSS. Nacido en la Armenia Rusa, durante once años, 1919-1930 pude viajar como misionero, libre pero secretamente por todos los rincones de la Unión Soviética; y gracias al conocimiento de varios idiomas indígenas, he conseguido penetrar en lo más íntimo del alma de los pueblos que forman parte de la URSS; y en la actualidad, después de doce años de reclusión que fueron doce años de observación, reflexión y estudio en las mismas tierras, puedo afirmar con perfecto conocimiento de la realidad de las cosas y conociendo el peso de la responsabilidad frente a la opinión pública, que desde el principio del régimen comunista se han creado para la Iglesia condiciones inadmisibles e insoportables que aún persisten, y que son realmente una implacable persecución, aunque bajo formas diferentes, a veces de extrema opresión, y otras de relajamiento benévolo hasta parecer a veces el fin de la persecución. Estas inadmisibles condiciones o persecuciones

---

—La Lubianca, como cárcel de interrogatorios, es la fuente de inconcebibles sufrimientos morales y sicológicos. Y como prisión de tortura y de condena se ha convertido en un despiadado torturador y verdugo de muchos millones de víctimas, en su mayoría inocentes.

¿Cuáles son las principales torturas físicas a que se somete a los encarcelados de la Lubianca?

—Son muchas y satánicamente variadas y bien estudiadas. Así, por ejemplo, la reclusión en los subterráneos helados, de los presos vestidos únicamente con su ropa interior, la suspensión con un solo brazo permitiendo únicamente tocar el suelo con la punta de los pies; también el castigo de los azotes, con cordeles de hierro, en las plantas de los pies descalzos y levantados en alto, etc.

Y usted ¿ha sufrido todas estas torturas físicas y síquicas?

—En la Lubianca me atormentaron con treinta meses de interrogatorios, teniendo que comparecer casi siempre de noche, delante de un tribunal de veintisiete jueces instructores, todos estos con grandes injurias, ultrajes y continuas amenazas de torturas físicas, me hicieron sufrir mucho más que si de hecho me hubieran sometido a dichas torturas.

¿Cómo terminó su paso por la Lubianca?

—Me condenaron a diez años. Después me cambiaron a un penal político y me encerraron por siete años en una celda, en absoluta soledad, sin poder ver ni hablar jamás con alma viviente.

¿Cómo ha sido posible, Padre, soportar aquellos siete años de absoluta soledad?

—Tiene usted motivos para extrañarse. Una separación tan prolongada es algo sencillamente horrible. No había mes que uno o dos de los condenados a la misma pena acabaran por suicidarse o por volverse locos.

religiosas de la Unión Soviética se pueden dividir en tres períodos que se desarrollaron al mismo tiempo que la iglesia nacional rusa.

Al primer período le daremos el nombre de período de salvaje insolencia y de la completa desorientación. Primer período de la persecución. El Comunismo no es sencillamente un partido político que pretendería defender los derechos de sus miembros según determinados principios fundamentales como todos los políticos, sino que es un sistema que quisiera fundarse en un desnudo y crudo materialismo en todas las manifestaciones de la vida; o sea, ya en su propia esencia contiene la negación, la aversión y la abolición revolucionaria de toda religión para lograr la creación de una utópica sociedad comunista. En consecuencia, la persecución religiosa constituye una parte integrante de la ideología comunista, uno de los principales fines del Partido Comunista y un imprescindible deber de todo comunista.

Los comunistas de los países libres proclaman con descarada hipocresía que a su partido pueden adherirse también los católicos. Intentan engañar a nuestros sencillos campesinos e ingenuos obreros con la cínica mentira de que en las filas de su Partido nada amenaza la Fe Católica. Pero los hechos están siempre allí inexorablemente a punto para dar a los innobles trucos, irreconciliables enemigos de nuestra sacrosanta religión, la más solemne desmentida. Son hechos demasiado claros el ejemplo trágico y la fatal experiencia de todos aquellos países en los que el Partido Comunista ha logrado usurpar las riendas del gobierno. Son hechos tan elocuentes como para convencer a todos los pueblos aun libres de la absoluta necesidad de conjurar e impedir la pestilente esclavitud del Comunismo, aun a costa de enormes sacrificios como hizo en su tiempo el noble pueblo español. Después de estas premisas, pasemos a desarrollar el primer período de nuestro tema que hemos denominado de salvaje insolencia y completa desorientación.

A) SALVAJE INSOLENCIA DE LOS BOLCHEVIQUES, 1917-1921.

Habían transcurrido pocos meses desde la atroz revolución bolchevique cuando tuve el destino y dejé Roma para trasladarme al Cáucaso Meridional. Poco después entró la armada roja sin haber sido provocada y sin haber declarado

---

¡Dios sabe cuánto sufriría también usted, Padre...!

—¿Yo...? No recuerdo haber estado jamás triste ni melancólico en esos siete años de celda. No he estado jamás en mi vida tan alegre y tan feliz como entonces.

¿Cómo puede explicarse esto, Padre?

—Con la fe, vivida día a día, y en cada momento, y con la presencia de Jesús en la Eucaristía, que me acompañó durante nueve años, de 1945 a 1954. Las sagradas especies se mantuvieron sin corromperse, siempre frescas e intactas.

En las cárceles, ¿ha podido celebrar alguna vez?

—Ni una sola vez durante diez años. Esto significaba para mi corazón sacerdotal una tortura mayor que todos los sufrimientos juntos.

Y ¿cómo ha podido obtener la libertad?

—Eramos 34 prisioneros italianos condenados como criminales de guerra. En 1954 el gobierno soviético tuvo que otorgarnos la libertad, gracias a la intervención del gobierno italiano.

¿Qué impresiones ha sentido al abandonar la URSS y volver a los países libres?

—Tuve la misma impresión que un vivo enterrado que sale de su tumba. Como un sueño, casi sonámbulo, rebosando alegría sin caer plenamente en la cuenta de la realidad.

¿Cuál sería su mensaje para el mundo libre?

—Quisiera lanzar a todos este enardecido llamamiento exhortando y suplicando: ¡Propietarios y trabajadores, campesinos, sabios y analfabetos! Echad fuera cualquier discordia. Reunid fuerzas en caridad y justicia cristiana para combatir al Comunismo. El Comunismo embriaga e hipnotiza a las gentes y transforma a sus secuaces en unos suicidas ciegos de su propio bien material y espiritual y asesinos de la libertad y de la vida del prójimo, incluso contra su conocimiento y voluntad.

Hasta aquí la interviú. Nada extraño que tanto los semanistas como el millar de burgaleses que acudieron a los Coloquios Misionales escucharan al P. Alagiagian con reverencial e impresionante silencio y profunda emoción.

la guerra. Ocupó y destrozó una detrás de otra las florecientes naciones del Cáucaso, que después de la liberación del yugo zarista, se habian organizado bien y habían formado gobiernos democráticos, libres e independientes en las tres grandes naciones de la Georgia, Azerbeijan y de Armenia.

Durante mis 35 años de ministerio pastoral, de estudios y observación, y experiencia personal de la politica de los países bolcheviques, en general, y de su actitud hacia la religión en particular, tuve que convencerme profundamente de la doble fisonomía del régimen comunista. Es decir, que por una parte, en la teoría de la legislación, en las proclamas públicas y en los documentos políticos y diplomáticos aplica una rigidez, corrección y exactitud extremas de centro; por otro lado, en cambio, en la aplicación práctica de las leyes, en la fidelidad a las declaraciones hechas y en la rectitud y conducta politica y diplomática sigue exclusivamente su propio arbitrio, las exigencias de sus intereses sectarios y una explotación de la honradez y confianza ajenas. Yo mismo he visto y experimentado el efecto de esta duplicidad bolchevique desde los primeros días de su aparición en el Cáucaso. En cuanto estuvieron ocupadas las capitales de Tiflis, Bakú y Erivan, llovieron desde Moscú entre otras proclamaciones también la de la libertad religiosa. El gobierno no se inmiscuia en los asuntos religiosos, la Iglesia rusa queda libre y separada del Estado, todas las religiones son iguales para la ley, la religión es un asunto particular de cada ciudadano, está asegurada a todos la completa libertad religiosa». Si esta completa libertad, como pensábamos al principio, perjudicaba a la iglesia nacional rusa, pues la quitaba la secular protección gubernamental de que siempre había gozado, por otra parte era considerada como una verdadera bendición de Dios para nosotros misioneros católicos que podíamos predicar libremente a los rusos la verdadera Fe, recibirlos en la Iglesia Católica y bautizar a los niños nacidos de matrimonios mixtos, sin temer a la soberana indignación del Zar y al castigo de la Ley provocada por el Clero ruso.

En efecto, muchas fueron las conversiones. En Moscú los neoconvertidos fundaron en seguida dos conventos dominicanos para rusos católicos; uno para hombres y otro para mujeres. Yo mismo empecé a pensar en un grandioso proyecto de Misión en gran escala. Después de haber recogido entre los prófugos a más de doscientos niños y niñas, organicé un orfelinato con la intención de cultivar en él vocaciones para enviarlas luego a formar a Italia, y para que después ayudasen a la conversión de los varios pueblos no católicos que formaban el Imperio Ruso. Pero he ahí que el régimen comunista se nos reveló en su verdadera fisonomía. Aparecieron los decretos uno tras otro dando el primer síntoma de la persecución contra la Iglesia, contra el clero, y contra la influencia de la religión. La Iglesia fue despojada de los medios materiales, sus propiedades secuestradas y los mismos edificios de los templos sagrados pasaron a poder del Estado. Los monasterios, los conventos de ambos sexos y sus iglesias fueron cerradas y sus haberes confiscados, dejando en la miseria a los pobres monjes y a las aterrorizadas monjas sin un céntimo de subsidio. Muchas iglesias fueron sacrilegamente despojadas de sus santas imágenes, de las cruces y de todo emblema de fe, y fueron destinados a usos profanos y hasta indecentes y blasfemos, como salas de conciertos, de cine y de reuniones políticas, para bailes populares y hasta exposiciones antirreligiosas y museos de «sin-Dios». Todos los eclesiásticos, o sea los sacerdotes, los diáconos y también los expulsados de los monasterios fueron colocados en una posición social inferior a la de los simples ciudadanos declarados siervos de la burguesia. Les fue quitado el voto activo y pasivo en todas las elecciones municipales y políticas. Les fue negado el derecho de pertenecer a los sindicatos obreros: y por esto la posibilidad de encontrar trabajo en las administraciones del Estado; ni tenían para sus gastos diarios los normales carnets honorarios. Tenían que pagar alquileres más altos para sus viviendas, elevadas contribuciones agrícolas y de riqueza móvil; y además sus hijos —los sacerdotes rusos no tienen celibato— no podían frecuentar ninguna escuela gubernativa. Y así el clero, expulsado de las parroquias, de los monasterios y de los conventos, despojado de sus posibilidades de entradas y arrojado en el borrascoso mundo revolucionario, no podía trabajar para ganar algo ni tenía con qué alimentar ni educar a sus descendientes. Y a esto en el lenguaje comunista no se llama persecución religiosa, sino la más genuina li-

bertad, o sea la libertad para los sacerdotes de morir de hambre. Y para sus hijos la libertad de crecer como ovejas, o la más completa libertad de pasar voluntariamente al campo comunista para vivir en él de una manera próspera a cargo de millones de campesinos que como esclavos gemían bajo el Comunismo.

Confiscados todos los bienes de las iglesias y conventos y reducido el clero a un pobre mendigo, el régimen comunista quiso substraer a la influencia de la religión a la juventud y a las masas de las futuras generaciones; fueron arrancadas de las manos de los representantes de la Fe todas las obras de beneficencia pública, hospicios para viejos, hospitales, y todas las demás Obras de caridad cristiana. Fue proscrita la enseñanza de la religión en las escuelas y prohibida la instrucción particular religiosa a los menores de dieciocho años. Tampoco en las iglesias se podía enseñar a los niños, a menos que fuera en grupos de tres personas. El gobierno rehusó reconocer la autoridad eclesiástica y la organización de la Iglesia, y declaró ilegítima la actividad de las Curias de los Obispados. Sólo quedaba la parroquia que para existir debía presentar una petición firmada al menos por veinticinco parroquianos. Estos dando su nombre, dirección y lugar de trabajo, se hacían responsables del recto uso del edificio y de la conducta no contrarrevolucionaria del sacerdote, considerado sencillamente como un empleado sustentado por los fieles. Este sacerdote tenía que empadronarse en la autoridad local y no podía ni dejar el lugar de la propia residencia sin el permiso de la policía, ni podía celebrar los santos ministerios entre otros fieles sin un permiso especial de las autoridades de aquel pueblo. Estos permisos no se concedían fácilmente, y se seguían todos los pasos del ministro de Dios con el fin de encontrar un pretexto para perseguirle. Con este sistema de empadronamiento de las iglesias y sacerdotes, fue muy elevado el número de iglesias cerradas y transformadas para usos profanos con el pretexto de que ningún grupo de fieles había hecho petición de ellas.

Pero el espíritu bolchevique no estaba plenamente satisfecho con esto, porque a pesar de todas las medidas gubernamentales de represión y de terror, en todas partes se encontraban cristianos valerosos que firmaban las peticiones y conseguían tener abiertas muchas iglesias parroquiales. Entonces los comunistas llenos de odio sectario y alentados por sus jefes, recurrieron a la violencia más encarnizada y desvergonzada. Al principio hicieron presión sobre los fieles, echaban de su servicio a los que habían firmado peticiones para tener abiertas las iglesias. Quitaban la cartilla del sindicato a los obreros que frecuentaban las iglesias, diciéndoles abiertamente con un furor que será siempre difícil de calificar entre la satánica rabia del poseso y la estúpida insania del loco. «Ahora id y que vuestro Dios os dé de comer». A todos se obligaba a inscribirse en la sociedad de los «sin-Dios» bajo la amenaza de no encontrar trabajo o ser despojados del mismo. Luego se arrojaron sobre los sacerdotes obligándoles con amenazas y con promesas a abandonar la carrera eclesiástica y a entrar al servicio soviético, atribuyéndoles toda iniciativa de descontento, lamentaciones o sublevación del pueblo cristiano y haciéndoles las propuestas más indignas, repugnantes y deshonestas para poder luego denigrar a los sacerdotes delante del pueblo y apartar a los fieles de la Fe y de la práctica de la religión.

Y finalmente, prescindiendo de todo freno en los engaños, violencias físicas y en el uso de la fuerza bruta, y sin salvar siquiera las apariencias, emprendieron una abierta persecución para aterrorizar a los fieles y a los sacerdotes. Enseñaban a los niños las mentiras más absurdas acerca de la Fe y las más execrables blasfemias, sarcasmos e insultos contra Dios, la Iglesia, los Padres y compañeros concreyentes. Mandaban a los jóvenes seducidos por ellos a las playas y calles públicas para hacer los domingos y días de fiesta comicios, discursos y proclamas antirreligiosas para impedir a los fieles la asistencia a la iglesia, amenazando a aquellos valerosos con denunciarlos al sindicato; y hasta se permitían entrar en los patios de las iglesias en gran masa de obreros y campesinos, toda la hez y bajo fondo del pueblo, agitando en él trapos rojos, emblemas blasfemos, caricaturas asquerosas, todo con fondo antirreligioso y gritando motes, blasfemias e histéricos desafíos a la religión, sacerdotes y creyentes.

Para confirmar lo que he dicho hasta ahora sirvan estos tres ejemplos escogidos entre muchísimos: En una serena mañana de septiembre, cuando hacía ya dos semanas que habían empezado las clases en las escuelas, una señora entrando en el despacho

parroquial me dice con gran alegría y emoción: Padre, le traigo una buena noticia; y desahoga libremente su herido espíritu cristiano y jubilante corazón materno: ayer, continúa, mi hijo Carlitos, que hace poco cumplió ocho años, volvió tarde de la escuela y jadeante de cansancio y excitación, me contó que después de las clases, habían obligado hacer a los niños una larga excursión de más de dos horas. Luego, los condujeron a los jardines públicos, donde después de haber hecho durante media hora ejercicios de gimnasia infantil, les preguntaron: «Muchachos: ¿Tenéis hambre?». Y ellos naturalmente contestaron: «sí, sí, mucha hambre». Entonces esos diabólicos bolcheviques les propusieron: ¡Bueno!, pues rogad a Dios: «Señor, dadnos el pan nuestro de cada día». E hicieron repetir tres veces a los niños esta exclamación, preguntándoles cada vez con malvada hipocresía: «¿Habéis obtenido el pan?» y al contestar aquellas inocentes criaturas afligidas y avergonzadas: «No, no lo hemos obtenido», contestaron con sacrílega arrogancia aquellos satélites de Lucifer: «Ya veis, pues, que Dios no existe, pues que no os ha escuchado y no os ha dado el pan». Luego, cuando repitieron la misma estúpida y vergonzosa farsa en nombre de Lenín, hicieron llegar a aquel lugar una camioneta llena de pan, queso y fruta, y repartiéndolo entre los chicos hambrientos, exclamaban triunfalmente: «¿Veis cómo no es Dios el que os da el pan, sino Lenín?» Al llegar a este punto la buena mujer, después de haberse secado las últimas lágrimas de indignación, clavó en los míos sus ojos que centelleaban de felicidad y dijo: «Imagínese, Padre, lo que me dice ese amor de niño que es mi Carlitos». Una vez hubo terminado su narración, exclamó: «Pero mamá, ¿dónde podrían encontrar el pan esa gente si Dios no lo diera? ¿No es cierto, mamá querida, como tú me has enseñado, que el trigo no crecería y no tendríamos pan si Dios no enviara la lluvia y el sol?» Oh, Padre mío, concluyó, con santo y bien merecido orgullo, la santa señora; «mientras tengamos hijos así, podemos estar seguros del porvenir temporal y espiritual de nuestras familias, a pesar de estos nuevos perseguidores de la santa Iglesia de Dios». Oh sí, contesté yo, nada hemos de temer de los enredos villanos y artificios diabólicos de los enemigos de Dios contra la incolumidad de las costumbres y la fuerza de la Fe de nuestras generaciones futuras, mientras tengamos tan dignas madres que con la leche materna transmitan a sus hijos la santa doctrina del Salvador del mundo. Esos demonios encarnados actuaban sobre la infancia con mentiras groseras y nunca desmentidas y sobre los padres con el tremendo fantasma de la falta de trabajo y de una escuálida indigencia y de la muerte por hambre.

En mis peregrinaciones como misionero mientras me encontraba en Jarkov, Ucrania, en casa de una familia de artesanos católicos muy religiosos, la ama de la casa señalándome a su marido, me dijo con una sonrisa triste que traslucía un profundo dolor y una situación insoluble: «Padre, he aquí al hombre que se ha inscrito en la sociedad de los sin-Dios». Dirigí bruscamente mis ojos hacia ese hombre, que era verdaderamente un buen cristiano, excluyendo por una parte que fuera una broma y por otra no queriendo ni tan sólo ni admitir la sospecha de que fuera verdad aquella tremenda acusación: «Querido Padre, me dijo él mismo para librarse de aquel angustioso estado de ánimo; juzgue usted mismo lo que debía hacer; ya sabe Vd. que trabajo en una fábrica de calzado; un día aparecieron tres demonios, ya le digo, Padre, verdaderos demonios vestidos de paisanos y con la cartera debajo del brazo; subieron a un palco, vomitaron todo un infierno de injurias, de blasfemias y sarcasmos contra Dios y la santa religión. Luego declararon que habían venido para inscribirnos a todos en la asociación de los sin-Dios; y luego después de haber preguntado por pura fórmula si había alguien que no estuviese de acuerdo, se dirigieron sin esperar contestación alguna hacia la caja para cobrar el impuesto de inscripción de cinco rublos por cabeza y dejar quinientas tarjetas». Y diciendo esto el pobre hombre, colorado y temblando de rabia, tiró sobre la mesa una tarjeta y continuó con una voz cargada de una congoja tan desgarradora que daba pena: «Padre, tengo tres hijos, esposa, padre y madre a los que alimento, visto y cobijo. Yo estaría dispuesto a ir a pie por todo el mundo a mendigar trabajo antes que tener sobre mí este tizón infernal; pero es imposible. Si me echasen del sindicato, perdería no sólo el trabajo sino también la casa; la tarjeta se anularía y con ella la posibilidad de comprar en la cooperativa». «Padre, concluyó dejando caer las manos, mientras en sus pestañas aparecían lágrimas de su exacerbado corazón de padre y de cristiano, dígame Vd. ¿qué es la que tenía que haber hecho?». Naturalmente, no pude reprocharle ni hacer otra cosa que mezclar a

las suyas mis lágrimas de comprensión y compasión pastoral. Y mientras le daba las oportunas instrucciones para el porvenir, o sea, no hacer nada de positivo y dejar por perdidos aquellos cinco rublos de la tarjeta de inscripción, sentía en lo más profundo de mi espíritu apostólico hervir una violenta ola de maldiciones y anatemas para con ese sistema inhumano y cruel que, después de haber convertido al ser racional en esclavo del loco arbitrio ajeno, intentaba privarle de las más sólidas alegrías y felicidades que se tienen en la tierra y en el cielo, Dios y la Fe, y de esta forma crearle un estado de vida mucho peor que la de los antiguos esclavos.

Pero he aquí que había llegado mi turno de topar cara a cara con la fiera comunista y por poco ese encuentro no fue fatal para mí. La sangrienta fama de la insólita formación de una checa bolchevique hacía tiempo que había llegado al Cáucaso, mucho antes que la aparición de la armada roja. Esta checa, en los tres primeros años después de la revolución, había fusilado en Rusia a algunos millones de pobres seres humanos sin proceso alguno o formalidad exterior. Por esto, no se puede imaginar el terror del pueblo de Batúm, cerca del mar Negro, cuando desde los primeros días de la entrada de los bolcheviques, se vio colgada sobre un palacio del centro de la ciudad la siguiente inscripción en caracteres muy grandes: «Checa, la comisión extraordinaria». Habían pasado sólo, si no me equivoco, dos meses, desde la ocupación de la ciudad, cuando un día vi entrar en mi despacho un guardia rojo con el fusil en la mano, con la bayoneta puesta, y en la otra mano un aviso de la checa que me da para leer y firmar; después de una rápida y nerviosa mirada sobre la hoja, digo: «está bien; me llaman para las doce a la checa, pero ahora ya son las once cuarenta y cinco; bueno, repito al soldado secamente, se ve que se trata de un asunto muy importante y urgente». Y tomando el escrito firmado por mí, se fue, mientras por todo el cuerpo me corría un escalofrío de terror. Corro entonces a ver a nuestro Agente Consular, le pongo al corriente de los hechos y le ruego que mande al secretario a buscarme en las prisiones de la checa, vivo o muerto, si antes de la noche no hubiese vuelto a verle. No temáis, me animó el amable funcionario. Pero también él había cambiado de color; «No temáis, querido Padre, yo mismo iré para tener noticias de Vd.».

Me apresuro hacia el edificio de la checa, no viendo por el camino más que sombras. Tanta era mi preocupación por lo que iba a pasar. Después de haberme sido entregada en un despacho exterior una hoja especial de entrada, y después de tres controles en los varios pasillos, por fin me hacen pasar a un pequeño despacho en el que se encuentran todos los ministros del culto de la ciudad, rusos, georgianos, armenios, polacos, etc. Entre afligido y alegre se me ocurrió la idea: «He aquí estos bolcheviques, de un solo golpe han resuelto perfectamente la cuestión religiosa de Batúm; yo era el último». En seguida entra un comisario político, un hombre guapo, joven, de veinticinco a veintisiete años, alto, ágil, simpático. Este, desde las primeras palabras clama contra todos nosotros, toma un aspecto salvaje tremendo, amenaza con la Siberia, el fusilamiento, la horca, etc., atribuyéndonos la pequeña rebelión popular que tuvo lugar hacía tres días por el cierre de la iglesia rusa y de los gritos de los fieles en teatros y cines, diciendo que los comunistas han venido a perseguir a la religión. Por fin, ordena que calmemos a los fieles porque la ley soviética garantiza la libertad religiosa y nos previene que toda ulterior tentativa de motín sería truncada muy rigurosamente y atribuido a los sacerdotes que no cesan de instigar al pueblo contra el gobierno soviético cuyo castigo sería gravísimo e inexorable. Yo después de haber mirado a mi alrededor las pálidas caras de los sacerdotes y la arrogante pose del joven comisario, siento una gran compasión de los compañeros perseguidos y una profunda indignación por las injustas acusaciones del perseguidor.

Con voz segura y sonora que casi parece un grito, me dirijo al descarado que pronostica persecución y muerte: «Camarada comisario, permitidme una palabra».

Esto no se lo esperaba. Se echó bruscamente sobre el respaldo de la butaca con la cabeza hacia atrás, los pies y las manos extendidas por debajo y por encima de la mesa. Me mide desde los pies a la cabeza con sus ojos centelleantes y replicó de mal humor: «Bueno, bueno». Rebato yo sobre las mismas notas: «Tenéis que saber, camarada comisario, que todo lo que nos habéis dicho, no nos incumbe y señalo al párroco de la iglesia polaca y de otras que no han sido cerradas; ni los católicos se han unido en modo alguno al descontento de los rusos. A pesar de esto, haciéndome cargo de la penosa situación de mis colegas de vocación, aunque por desgracia no de confesión, tengo que declarar abiertamente que la principal y única causa de los desórdenes que han tenido lugar son vuestros konsomoles, jóvenes comunistas, prototipos de arrogancia, ligereza y depravación. Ciertamente no es desconocido el salvaje espectáculo que dieron

en estos últimos días, espectáculo que no se había visto nunca, no ya en las naciones civilizadas, pero tampoco en las tribus más bárbaras. Hordas indisciplinadas de muchachos y muchachas, bajo la bandera roja, con caricaturas las más blasfemas, y llevando muñecas sacrílegas, haciendo demostraciones irreligiosas en los recintos de las iglesias, mofándose de la Fe y declarando muerto el Dios de los cristianos y sepultada para siempre su religión: ¿No es ésta acaso, una provocación directa, despiadada y humillante?

No han entrado dentro de los recintos de nuestras iglesias; pero si lo hubieran hecho, os aseguro, camarada comisario, que yo, a pesar de ser hombre de estudios universitarios y formación bien sólida, con este mismo bastón habría derribado a más de uno de esos arrogantes. Se le hubiera estado mal, pero en tales ocasiones ya no es la cabeza la que rige al hombre, sino el corazón ultrajado, él es quien entonces manda y guía. Ahora si queréis mantener inalterada la paz ciudadana, como es el deseo de todos nosotros, ordenad a todos los konsomoles que cesen en sus excesos antirreligiosos; de lo contrario no sé a dónde podremos llegar. Ellos salen a las plazas con sus vergonzosos muñecos para hacer una demostración contraria; nosotros también saldremos con la santa Cruz y con los sagrados estandartes para demostraciones de Fe, proclamando y exaltando a la religión, a la iglesia y a Dios. Sabéis muy bien a quién de nosotros dos seguirá el pueblo; y si los dos grupos de manifestantes se encontraran en las calles, ¿qué ocurriría? O sea, que la causa de los alborotos no se ha de buscar entre los pobres sacerdotes, que por su parte tienen interés en que los fieles permanezcan en paz y tranquilidad unidos a Dios, puros en su conciencia y sujetos a la autoridad civil. En cambio los subversores de la calma pública y los responsables se encuentran entre aquellos que ultrajando a los fieles en sus fibras más delicadas de religión y moral, casi a la fuerza excitan al pueblo a la sublevación y a las clamorosas protestas y lamentaciones. En tales ocasiones el pueblo fiel no necesita que sus pastores le inciten, porque las ofensas insoportables y los violentos asaltos contra lo que es el tesoro más valioso, la Fe, serán más que suficientes para exacerbar su espíritu».

En fin, queriendo considerar también la parte jurídica de la cuestión, le haré algunas preguntas para obligarle a reconocer que la legalidad está de nuestra parte: «Camarada comisario, continué, ¿es que está consentida por la Constitución Soviética esta provocación antirreligiosa de los konsomoles? ¿Es que es lícito, según las leyes en vigor, este incesante y público ultraje a nuestros sentimientos religiosos? ¿Está, quizás, enterado el gobierno central?».

«Un momento», me interrumpe el comisario que ya no podía estar quieto en su butaca y sale del despacho. Los sacerdotes que antes con mil inclinaciones de cabeza habían demostrado su alegría y pleno consentimiento a mis palabras, ahora desbordan en elogios y alabanzas: «¡Muy bien, Padre! Gracias, el Señor os bendiga. Claro, qué culpa tenemos nosotros, si ellos provocan al pueblo? Qué ocurrencia; quieren perseguir a la religión y pretenden que nosotros desarmemos el sagrado furor de los fieles y con ellos casi concurramos a su satánica obra de descristianización del mundo». Pasados diez minutos de espera, entra otro funcionario y nos anuncia que el comisario ya no tiene nada que decirnos y por lo tanto que podemos irnos.

B) COMPLETA DESORIENTACION.

Tanto para entender bien la inicial desorientación como para apreciar a fondo la heroica lucha del pueblo ruso para conservar sus creencias cristianas, es necesario conocer la estructura de la iglesia nacional. Después del cisma oriental del siglo XI por parte de los Patriarcas de Constantinopla, Miguel Cerulario, y compañía, todas las cristiandades de Oriente, entre ellas también la de Rusia, caídas bajo la influencia de los cismáticos griegos, formaron cada una su iglesia nacional. Estas, una vez rota la monolítica y apostólica unidad de la Iglesia de Cristo, no habían conservado entre ellas más que frágiles vínculos de recíproca hermandad, sin ningún centro de guía moral ni orientación dogmática, ni de dirección alguna jerárquica. Cada una de ellas, unas de una manera, otras de otra, tuvieron la dura necesidad de apoyarse en los príncipes y poderosos del mundo y someterse a su despotismo en argumentos eclesiásticos morales e incluso dogmáticos.

Por ello, con la revolución bolchevique y con la separación de la iglesia del Estado, la iglesia nacional rusa encontró dificultad, porque había perdido el apoyo material y la protección moral de los que habían gozado durante los tres-

cientos años en los que reinó la Casa Imperial de los Romanoff. La declarada incredulidad del nuevo Gobierno que despojó a la iglesia nacional rusa de todos sus privilegios y derechos, y la arrogancia e insolencia de los comunistas que aterrorizan a los creyentes con su absoluto despotismo, que llegaba a la vida y a la muerte, y con las burdas vejaciones y abyectas persecuciones, crearon en toda Rusia una atmósfera de completa y general desorientación; desorientación en la jerarquía superior, desorientación en el clero inferior, desorientación en todo el pueblo.

La jerarquía superior, los Obispos, los sacerdotes e influyentes y los notables del laicismo, quisieron salvar a su iglesia nacional de la crítica situación en que estaba; y probaron de fortificarla con la creación del Patriarcado Ruso que había sido liquidado por Pedro el Grande, fundador de la Casa Imperial de los Romanoff. En un Concilio Nacional, el Obispo de Moscú Tikhon fue elegido Patriarca de toda Rusia; pero puesto que ni el alto clero ni tampoco los dirigentes del laicismo cristiano tenían profunda preparación teológica ni catequística, ni una sólida formación ascética y moral, pronto surgieron entre ellos discusiones que dieron lugar a muchos cismas. Se fundaron varias iglesias nacionales que se excomulgaban y perseguían las unas a las otras, facilitando así la obra de confusión, terror y ateísmo, comenzada por su común enemigo, el bolchevismo.

VIVISMO.

Además de la Iglesia Reformada, autocéfala y la Iglesia de Tikhon, empezaron a brotar en todos los sitios numerosas sectas, e incluso una extraña secta que imitando la política del tiempo, pretendía recoger a todos los creyentes, incluso a los musulmanes, hebreos, budistas, etc., en una Hermandad Religiosa Internacional. El gobierno ruso se aprovechó en seguida para fomentar y profundizar más las disensiones, protegiendo ya a una, ya a otra de estas iglesias nacionales, para poder pescar en río revuelto, o atraer al mayor número posible al abandono de la religión y al apoyo del comunismo ateo.

El clero inferior que ya estaba aturdido por las primeras persecuciones de los comunistas con el cierre de las iglesias, con la privación de las tierras parroquiales y con otras mil medidas de opresión, se encontró del todo perdido frente a la escisión de sus jefes. Por lo tanto, a ciegas unos apoyaban a su antiguo Patriarca Tikhon, otros a alguno de los inventores del nuevo sistema religioso, entre el escándalo del pueblo y frente a las humillantes amenazas y chanzas y a la persistente propaganda antirreligiosa de los comunistas. No pocos caían en el lazo de los «sin-Dios» obligados por las necesidades materiales o por las amenazas y vejaciones de los comisarios políticos. ¡Qué repugnante y penoso era a veces leer en los periódicos las declaraciones, conseguidas naturalmente después de años de prisión y tormentos extraordinarios, con las que se ponían en escena éste o aquel otro sacerdote ruso, haciéndole hablar contra Dios y contra la religión. Y los sencillos y buenos fieles, ya heridos directamente por los ateos militantes, se sentían completamente perdidos y desorientados frente al espectáculo desolador de los obispos que se destruían mutuamente para mantener cada uno su punto de vista, y de los sacerdotes que se disputaban la posesión de las iglesias a costa de los de la iglesia o secta contraria.

A pesar de todo, en este primer período de persecución 1917-1922, la parte sana del pueblo alentada por una respetable masa de sacerdotes y unos pocos entre los obispos, opusieron una imponente resistencia contra toda vejación y persecución del gobierno comunista y ateo. Las autoridades soviéticas locales, para acabar con su perseverancia, recurrieron a los fusilamientos, prisiones y exilios. Durante este tiempo se calcula que fueron matados unos treinta obispos, más de mil sacerdotes e innumerables fieles. Gimieron además en las cárceles y en el exilio un centenar de obispos y un millar de sacerdotes y centenares de millares de simples fieles.

SEGUNDO PERIODO DE LA PERSECUCION (1922-1938).

Este segundo período de la persecución religiosa en la URSS se desarrolló en tres fases de ataques encarnizados que encontraron por parte del pueblo ruso una vigorosa pero desgraciadamente no bien compacta resistencia. Los golpes más fuertes de estos tres ataques que iban luego, poco a poco, disminuyendo, tuvieron lugar entre los años 1922 y 1923, 1924 al 1930 y 1937 al 1938. El fin perseguido por los organizadores de esta ofensiva general contra la Iglesia, era el de hacer desaparecer de todo el territorio soviético todo residuo de concepción sobrenatural y sentimiento religioso. Los ataques y resistencia de la primera fase se desencadenaron en 1922-1923: en la primera fase el gobierno soviético había decidido usar una política activa contra la iglesia. Contribuyó el arresto del Patriarca Tikhon, 1922-1923, a la creación de una mayor escisión en la jerarquía eclesiástica y al manejo táctico de eficaces medios de lucha contra la religión. El proceso contra el Patriarca fue preparado y llevado a cabo de tal modo que podía ser sentenciado a la pena de muerte.

Pero una oleada general de descontento entre los obreros de toda la Rusia que en algunas localidades incluso tomó el aspecto de una sublevación, persuadió al gobierno soviético de desistir de su intento sangriento y las poderosas protestas en todos los países europeos lo indujeron a devolver la libertad al Patriarca. Pero éste, durante el periodo de su cautiverio, habia cambiado mucho de actitud frente a la cuestión social de su pais, y llegó a reconocer que se había excedido en su actividad pastoral apoyando principios antisoviéticos, y prometió abstenerse de toda relación con los enemigos del gobierno. Y con esto redujo a la mitad la victoria de su liberación, obtenida por el buen pueblo ruso. Durante la prisión del Patriarca Tikhon, el gobierno se habia ocupado en hacer más profundas las discusiones entre las varias iglesias que se habian formado últimamente. Entre ellas, la más favorecida, fue la iglesia Viviente. Muchos eclesiásticos, pretendidos progresistas, lanzaron avisos en los que declaraban que habian proyectado grandes y profundas reformas, en comparación de las cuales, la reforma de Lutero —son palabras de ellos— parecia un juego de niños. Fue entonces cuando yo mismo, en mi continuo viajar para visitar a los fieles, tuve que ser testigo ocular de una escena impresionante y poco acorde también desde el punto de vista de la legislación soviética. A menudo se veía que los obispos y los sacerdotes sujetos a la jerarquía patriarcal, eran expulsados con violencia de sus residencias, parroquias y despachos. Los utensilios de casa y sus objetos personales se echaban a la calle. Los obispados, las parroquias y las iglesias, eran entregadas arma en mano a los nuevos sectarios; pero aun asi, con esta innoble y absurda estrategia, los comunistas ateos consiguieron bien poco o nada. La iglesia Viviente pronto se deshizo, porque el pueblo le demotró la debida resistencia, alejándose de sus templos y despreciando a sus sacerdotes.

El gobierno se vio obligado a abandonarla cuando vio que también esta prueba de pescar en río revuelto de la división, se había malogrado. En fin, los medíos que se juzgaron eficaces y que se usaron encarnizadamente en esta primera fase, fueron en general la sistemática campaña de difamación contra la iglesia, y la violenta renovación de la actividad de la asociación de los sin-Dios. Para difamar la conducta del clero y para alejar de él la confianza y veneración del pueblo, los comunistas usaron, con el máximo desenfado, los testigos falsos en los tribunales y las más desvergonzadas calumnias, las tentaciones directas y abiertas invitaciones a la corrupción. El pobre sacerdote había de estar siempre en un horroroso estado de penosa tensión de los nervios y de la atención para guardarse de las artimañas de los satélites del asqueroso dragón infernal. Tenía que usar una prudencia de serpiente para chafar la cabeza del inmundo espiritu, incluso en el tribunal de la purificación, en el trato con sus parroquianas, en la casa de ellas o en su propio despacho, y a veces, incluso teniendo que salir de su casa y también de su parroquia para librarse de esa insoportable tortura y afrenta inmoral. Para la renovación de la actividad de los sin-Dios, que había nacido en febrero de 1922, se formó la Liga de los ateos militantes. En febrero 1925-1926, ella se entregó a la más violenta propaganda antirreligiosa. Usaba

todos los medios para ofuscar la mente de la infancia, por pequeños e insignificantes que éstos fueran, como juguetes, libros de escuela, casas, etc. Se servía además mucho de los teatros, cines, periódicos, libros y toda clase de impresos; y los oradores, redactores y actores en sus producciones podridas y afirmaciones unilaterales se esforzaban en engañar al pueblo, proclamando en voz alta, sin encontrar nadie que se les opusiera, que la religión ha sido siempre enemiga de los trabajadores, que la ciencia lo había explicado todo, no dejando lugar alguno para la Fe, y que la religión constituía una traición hacia el Estado Soviético, siendo incompatible con el Socialismo. Todas las formas de propaganda las acompañaban siempre con representaciones blasfemas, obscenas y pérfidas, burlándose de la iglesia, la fe, la religión, con profesiones de burla, ejecución de falsos milagros, imitación grotesca de los ministros del culto, dibujos mofadores de los santos, etc.

Al mismo tiempo no se descuidaban los métodos de persecución administrativa. Las iglesias fueron sometidas a impuestos y se aumentaban cada año hasta ser escalofriantes; por ello, muchas iglesias fueron cerradas ante la imposibilidad de pagar tales exacciones fiscales. Los edificios escolares debían ser asegurados a cargo de los fieles y estas sumas pagadas como seguros, pasaban a ser propiedad del Estado en caso de incendio del edificio. Se llegó, incluso, a prohibir en 1928 la venta de comidas pascuales y el uso y circulación de los árboles de Navidad con la estúpida tentativa de querer estirpar todo indicio de prácticas religiosas. Pero fue siempre el buen pueblo profundamente cristiano el que dio en todo momento admirable ejemplo de tesón en la fe de sus mayores y de fidelidad a las costumbres religiosas. Los fieles se imponían sacrificios enormes y se exponían a graves peligros para mantener abiertas sus iglesias y celebrar en sus casas las solemnes festividades de Pascua y Navidad, incluso con el habitual fasto externo. A las burlas sacrílegas, procesiones y proclamas blasfemas oponían una mayor asistencia a las pocas iglesias que quedaban abiertas y multiplicaban sus reuniones para rezar y salmodiar aun en los lugares en los que no había sacerdotes. Los sacerdotes perseguidos, difamados y calumniados, encontraban en ellos una veneración mayor y una ayuda práctica y eficaz en todas sus necesidades materiales. Si esta gran resistencia de los fieles no dio todo el resultado deseado, se debe atribuir a la conducta de la alta jerarquía de la iglesia nacional rusa que se mostró poco adecuada a las enérgicas decisiones propias de dignos pastores y más bien propensa a compromisos propios de mercenarios. A pesar de todo, el gobierno soviético vio claro el fracaso de la primera táctica de actividad antirreligiosa y propuso un nuevo plan de ataque.

C) SEGUNDA FASE: 1929-1930.

La segunda fase de ataques contra la religión y la resistencia por parte de los fieles, se inició en 1929. La nueva oleada de persecución contra la religión llevó consigo un ataque directo y una prueba de estrangulación cultural. Partiendo del principio que en una sociedad socialista no se podían necesitar las iglesias, los comunistas locales siguiendo instrucciones venidas del gobierno central, convocaban por puro formulismo reuniones y votaban la demolición de las iglesias y la fundición de las campanas y la transformación de algunos edificios eclesiásticos en graneros, escuelas, cines, etc. Sólo en 1929, fueron cerradas casi mil quinientas iglesias. Junto al cierre de las iglesias iba siempre una feroz persecución del clero. Alrededor de ciento cincuenta obispos y muchos millares de sacerdotes fueron deportados a las tristemente famosas islas de Solovetzki en el Mar Blanco; otros sacerdotes fueron ajusticiados en gran número. Un primer decreto, 24 de septiembre de 1929, establecía la semana de seis días; y, por lo tanto, obstaculizaba la asistencia a las Misas de los Domingos. Otro, de 20 de noviembre de 1932, declaraba castigable la ausencia del trabajo, y por tanto, les dejó en la imposibilidad de ir a la iglesia. Un tercero, del 27 de diciembre de 1932, obligaba a que todo el mundo tuviera el carnet de identidad y prohibía a los que no trabajaban, vivir en las grandes ciudades y en sus alre-

dedores, con lo que se relegaron los sacerdotes a los pequeños pueblos. Por ello, estaban obligados a viajar continuamente y en secreto para atender a las necesidades espirituales de las parroquias de las ciudades. No contento con esto, el gobierno soviético adoptó frente a la iglesia un sistema de estrangulación cultural, añadiendo a las antiguas restricciones otras nuevas. El gobierno publicó, en 8 de abril de 1929, un decreto que prohibía a las sociedades religiosas formar asociaciones y cooperativas, dar ayuda material a sus propios miembros, organizar círculos o excursiones, abrir campos de recreo, librerías o salas de lectura, fundar casas de salud o prestar asistencia médica, etc. Además el decreto imponía otras muchas restricciones, como por ejemplo, sólo los miembros de una secta que vivieran en una misma localidad, estaban autorizados a formar una asociación religiosa; esto estaba dirigido contra los católicos que estaban diseminados en todo el país. Las asociaciones religiosas sólo podían usar un edificio, con lo que se cerraban las capillas e iglesias de las grandes parroquias. La asociación tenía derecho a subsistir solo con las donaciones espontáneas, sin tener el derecho de organizar colectas. Con esto se pretendía que las parroquias fueran incapaces de subvenir a sus necesidades materiales y a los exagerados impuestos gubernamentales.

Otras presiones venían por parte de los sindicatos. En otoño de 1929, el sindicato de los tipógrafos ordenó a sus miembros que rehusaran imprimir libros religiosos. Los que trabajaban en los transportes recibieron la orden de no transportar ningun artículo referente a ceremonia religiosa; y los miembros del sindicato de Correos y Telégrafos se abstuvieron de contestar a las llamadas del clero. Parece increíble. Pero el gobierno soviético se dio cuenta, aunque con un poco retraso, de la tenaz resistencia de la población y relajó algo el ímpetu de la persecución; incluso parecía que deplorara los excesos que se habían cometido. Con el decreto de 15 de mayo de 1930, se reconocía que las iglesias habían sido cerradas por las autoridades locales ilegalmente y contra la voluntad de la población y se ordenaba que cesaran tales actos arbitrarios. Poco después, el comisario de educación nacional y jefe de los militantes ateos ponía en ridículo con un artículo suyo en los periódicos la conducta de quien organizaba mascaradas y bailes antirreligiosos para distraer a la gente de ir a la iglesia. Y con esto el gobierno soviético y sus comisarios mostraban la típica táctica de los dirigentes comunistas. Estos antes incitaban a sus satélites a toda clase de excesos y violencias y luego estaban siempre dispuestos a atribuir y condenar a los vigilantes ejecutores de sus órdenes por las delictuosas consecuencias que de ellos se derivaban. Pero con esto, el mismo gobierno soviético demostró, por otra parte y a pesar suyo, que la resistencia de la población creyente lo había obligado a cambiar su política religiosa. Por ello, en 1935, fue nuevamente autorizada en los mercados la venta de los tradicionales alimentos pascuales y de los árboles de Navidad. La discriminación para los hijos de los sacerdotes en las escuelas fue abolida en el decreto del 29 de diciembre de 1935; y finalmente la nueva Constitución Soviética del 5 de diciembre de 1936, llamada Staliniana, readmitió también al clero y a los no trabajadores en sus derechos electorales.

D) TERCERA FASE: 1938-1939.

Sin embargo la relajación de la presión contra la religión no era una verdadera reforma, sino un simple cambio de táctica. En efecto; en agosto de 1937, se inició la tercera fase de los ataques decisivos contra la religión y fue el más tremendo asalto que se emprendió en contra de ella. Durante el censo de 1937, fue tan alto el número de trabajadores que se declaró creyente —un 60 %— que el gobierno se asustó y decidió desahogarse contra el clero al que consideraba culpable. Volvió a encenderse con furia la persecución; los dirigentes de la iglesia fueron de nuevo denunciados oficialmente como enemigos implacables de la reconstrucción del socialismo en la URSS. En noviembre del mismo año, numerosos grupos de eclesiásticos fueron arrestados en todo el país, bajo la acusación de organizar espionaje, sabotajes y complots. La pascua de 1938 fue señalada por el arresto en masa de eclesiásticos y por su condena a muchos años de prisión y también a fusilamiento. Incluso en Crimea se procedió a una

ejecución en masa, y por fin la actividad puramente religiosa del clero era castigada como una actividad contrarrevolucionaria. A las comunidades de creyentes fueron aplicados impuestos tan exageradamente elevados, que muchísimas tuvieron que liquidarse y sus iglesias fueron destinadas a prácticas profanas. Se calcula que durante esta última fase de furiosa persecución de 1937, se cerraron mil cien iglesias rusas, casi doscientas cincuenta iglesias católicas, unas setenta iglesias protestantes y más de cien mezquitas musulmanes. Este segundo período de persecución se desarrolló en tres fases, de 1922 a 1938, y terminó bruscamente.

Yo personalmente me encontré envuelto en un vendaval de la persecución tres veces; al principio, durante mi permanencia en Batúm, me asaltaron los comunistas locales por haber organizado un Orfelinato católico con 200 niños y niñas de cuatro a trece años, en el que además del estudio y de un oficio, se daba también una enseñanza catequística y se formaban los inocentes espíritus conforme a la moral cristiana. Mis superiores eclesiásticos por miedo de que me pudieran arrestar, me trasladaron a Trasdal, en el Kuban y el gobierno local cerró el orfelinato y echó a la calle a todos los niños. Luego, cuando me establecí en Krasnodar, como centro, empecé a visitar a los católicos desparramados en la cuenca del *Don* y en las playas del Volga. La policía secreta, de vez en cuando, me hacía llegar amenazas para atemorizarme y hacerme cesar en mi actividad pastoral. Un día, el comandante de la policía me mandó decir que estuviera al tanto porque podría caer en sus manos. Yo le contesté que si él actuaba según las leyes soviéticas, no sería yo tan tonto como para caer bajo alguna acusación; pero que si quería adoptar medidas arbitrarias, que hiciera lo que quisiera, pues yo seguiría cumpliendo siempre lo que me dictara mi vocación, creencia y sagrado deber.

El día de Pascua de 1925, me hizo arrestar de repente, me tuvo un mes preso y después del expediente me entregó al tribunal. Tuve que soportar diecisiete procesos bajo la acusación de haber predicado contra el Estado, de haber enseñado el catecismo a los niños, de haberme ocupado en propaganda contrarrevolucionaria. Pero gracias a la intervención de nuestro embajador en Moscú [1], como la causa estaba sometida a un tribunal regular, fui absuelto por falta de culpabilidad. En el verano de 1929, los jóvenes comunistas, incitados por las autoridades locales, quisieron apoderarse de la iglesia católica de Krasnodar para transformarla en sala de reunión para su juventud y sólo el interés personal suplicado por mí del amabilísimo señor Pio Leo Savio, entonces cónsul en Novorossisk, ahora cónsul y ministro general en Locarno, evitó la profanación del templo de Dios. Por fin, en el mes de julio de 1930, me intimaron a dejar el territorio soviético, dándome sólo cinco días de tiempo. Entonces también fue el Sr. cónsul Leo Savio, quien encontrándose entonces en Roma, me hizo llegar a tiempo la documentación sin la cual me hubieran arrestado y enviado a Siberia. Más tarde supe que todos aquellos a los que envié postales durante ese viaje desde Varsovia, Berlín y Viena, habían sido arrestados y tenidos presos durante muchos meses, y no pocos de ellos condenados a cuatro años de trabajos forzados. En Roma tuve mi nuevo destino. Antes, tres años en Polonia y luego tres años más en el Irán hasta noviembre de 1937, cuando volví a Italia definitivamente. Durante todo este tiempo, yo seguía de cerca el desarrollo de la persecución en la URSS. Y por ello, estas pocas cosas que he indicado brevemente son fruto de mi experiencia personal, de la observación inmediata y del estudio de los acontecimientos contemporáneos.

TERCER PERIODO DE LA PERSECUCION.

Desde 1939 comienza en la URSS un nuevo período de la lucha contra la religión. El régimen comunista se persuadió que la violencia salvaje y los ataques inexorables usados durante casi veinticinco años, no habían tenido el deseado

[1] Alude al Embajador de Italia.

fin de la descristianización del pueblo ruso, fin que se habían propuesto en su política antirreligiosa. A pesar de que como consecuencia de la persecución el número de iglesias había disminuido de 40.500, a sólo 4.000, y los sacerdotes habían disminuido de manera espantosa, no quedando en toda Rusia más de treinta obispos y cinco mil sacerdotes en lugar de los 230 obispos y 50.000 sacerdotes de los tiempos anteriores a la revolución, a pesar de todo esto, no habían podido extirpar la fe del corazón del pueblo.

A) ASTUCIA SATANICA.

Entonces el gobierno, a pesar de seguir siendo comunista y marxista, o sea ateo militante, decidió cambiar la táctica de la lucha. Abandonó los medios violentos de la persecución y empezó a manejar el arma de la blandura para llegar más fácil y seguramente a la prometida abolición de la religión que obstaculizaba la formación de su decantada sociedad comunista arreligiosa. Esta es precisamente una auténtica imitación de la táctica satánica que usa en el orden espiritual el enemigo del bien. Cuando el demonio se da cuenta que los violentos ataques y las tentaciones groseras no hacen mella en un alma, entonces recurre a las alabanzas de las buenas cualidades y a los elogios de los defectos, y llega hasta la simulación de piedad y devoción con tal de enorgullecer el corazón y empujar el alma con un inesperado empujón al abismo del mal cuando menos se lo espera. Desde enero de 1938, de repente cesó la persecución abierta contra la iglesia y se desistió por orden de las autoridades centrales de la tentativa de suprimir la religión con la violencia.

Una después de otra se disolvieron las asociaciones de los sin-Dios y fueron suspendidas las publicaciones ateas y abandonadas las blasfemas representaciones teatrales, muchas mascaradas antirreligiosas y mofadoras imitaciones de sacerdotes, de santos y de los misterios de la Fe. Aquel mismo gobierno comunista y ateo que, al principio, con un solemne decreto declaraba ilegal toda autoridad de las Curias Episcopales, y no reconocía ninguna autoridad a la jerarquía eclesiástica, ese mismo gobierno, desde 1939, no sólo ha tolerado la elección del Patriarca moscovita, sino que incluso empezó a beneficiarle, protegerle y colmarle de favores excepcionales. Al Patriarcado fue concedido para su residencia un espléndido palacio a cambio de la casucha en la periferia en la que se había refugiado antes. Le devolvieron numerosos edificios, monasterios e iglesias, y le subvencionaron ampliamente para la construcción de seminarios, escuelas de Teología y de Academias Eclesiásticas, e incluso pusieron a su disposición una imprenta de tipo ultramoderno. A los obispos y delegados eclesiásticos que van a Moscú en ocasiones de concilios, elecciones o visitas solemnes, el gobierno concede pasajes en aviones, habitaciones en grandes hoteles y corre con todos los gastos. El Patriarca puede viajar gratuitamente en los aviones gubernamentales a través de toda Europa; y en todas partes es huésped muy bien acogido por los embajadores soviéticos que incluso dan opíparos banquetes en su honor.

¿Cuál es la razón de este cambio repentino en la táctica soviética que pasa de una sangrienta oposición a un claro apoyo? ¿Se trata quizás de un cambio radical de la política religiosa, en el sentido de que se deploran los errores cometidos al perseguir antes la fe y se tiene la sincera voluntad de conceder para el porvenir una verdadera libertad religiosa a la iglesia y a los fieles? O más bien, ¿estamos frente a una de las maniobras de la mentirosa política de este siglo que tiende a matar dos pájaros de un tiro? En el caso de que pudiera someter a su influencia a toda la jerarquía de la Iglesia, entonces esta enorme fuerza moral se podría usar en dos formas: contra los enemigos externos que ya amenazan, y contra los enemigos internos entre los cuales el gobierno perseguidor de la religión era impopular. Al mismo tiempo se podría eliminar la religión de la sociedad comunista sin rozar la susceptibilidad de las viejas generaciones que ya van desapareciendo, y descristianizando las nuevas que van surgiendo.

Que sea este segundo punto de vista la intención perseguida por la astucia satánica del gobierno soviético, se ve bien claro en las declaraciones oficiales, en la perseverancia de la ideología y en la práctica seguida siempre por el régimen comunista desde entonces hasta nuestros días. Desde el principio de esta nueva maniobra, en la primera mitad de 1939, las autoridades soviéticas declararon que la propaganda antirreligiosa debía estar coordinada con las exigencias de la lucha de clases; y que para el porvenir, toda actividad antirreligiosa debía estar subordinada a los problemas políticos más importantes. De aquí que toda medida que se tomara para disminuir la persecución, toda facilidad para las necesidades de la iglesia, no es más que una prudente exigencia de oportunismo político y ésta puede cambiar de un momento a otro.

Además no se concede gratuitamente sino que se hace pagar bien cara y a menudo catastróficamente. Desde febrero de 1940, el comisario de Educación Nacional para que no nos engañáramos con la pausa de la persecución, se apresuró a promulgar instrucciones exactas para mejorar el trabajo antirreligioso en las escuelas y organizar circulos antirreligiosos para los padres. Más tarde, durante la guerra, la dirección central del Partido Comunista declaraba que se tenia que considerar verdadera contrarrevolución a cualquier compromiso entre cristianos y comunismo. Después de la guerra, a principios de 1946, se proclamó que para proceder activamente a la construcción del Comunismo se tenia que liquidar toda la ideologia religiosa. Hacia la mitad de 1947, se ordenaba a los jóvenes comunistas las campañas reeducativas para depurar al pueblo de todo resto de religión. Desde finales de 1947 hasta ahora, por un lado se difunde a los cuatro vientos la existencia de la libertad religiosa para todos los súbditos soviéticos, por otro lado se reparten secretas e ineludibles instrucciones enseñando que las creencias religiosas son incompatibles en los jóvenes, que la conciencia soviética exige una lucha intensificada contra la superstición religiosa, que con el triunfo del socialismo se extirpan las raíces sociales de la religión. O sea que la era de calma en las violentas persecuciones era dictada sólo por una maniobra necesaria de la política frente a la obstinación y resistencia del pueblo ruso que sigue siendo profundamente cristiano. Pero al empezar esta nueva era, el gobierno soviético y el régimen comunista han demostrado que sus intenciones eran bien claras y sus proyectos satánicamente astutos. Estos consistian, primero, en tener en la iglesia nacional rusa una poderosa aliada para combatir a los enemigos exteriores y desarmar a los adversarios interiores; y luego aprovecharse activamente del delictuoso compromiso de la alta jerarquía rusa a apagar progresivamente del corazón de toda la masa de trabajadores la antorcha de su fe viva, iluminada y segura para llegar a borrar todo resto de religión en la cultura y utópica sociedad comunista.

B) DELICTUOSO ACUERDO.

Desgraciadamente los que llevan las riendas en la Unión Soviética de la iglesia nacional rusa muestran no haber entendido esta astuta y satánica intención del gobierno, ayer perseguidor y hoy bienhechor, pero siempre comunista y ateo por naturaleza íntima y por principios. El clero ruso que siempre tuvo una cultura científica muy reducida, un conocimiento de la Teologia muy superficial y una formación sacerdotal y ascética completamente insuficiente, se encontró sin ninguna preparación frente a la persecución religiosa en la URSS. Mientras era blanco de violencias, el pueblo encontraba aun en su espíritu cristiano tanta fe y constancia evangélica, que podia afrontar las prisiones, el exilio e incluso la muerte en defensa de su religión. Pero cuando el gobierno soviético para vencer la resistencia de los fieles, después de haberlos hecho vislumbrar entre una y otra oleada de persecución un vago indicio de libertad, empezó a usar como cebo la protección y benevolencia para con la religión, entonces los jefes de la iglesia rusa tragaron con avidez todo cebo que les echara el enemigo, y ahora caídos en las redes del gobierno, se ven arrastrados a hacer causa común con el régimen comunista y ateo. O sea, que han cometido una imprudencia grandisima y un acuerdo imperdonable que les hacia esclavos, rebajándose en su dignidad de eclesiásticos de tal manera que quieren elevar, al amparo del granítico altar de Balaan, un altar de arena para el verdadero Dios; altar que

hoy sirve de pedestal a los adoradores de los dioses falsos y mentirosos y mañana será arrasado totalmente por los reveses y la malicia de los perversos.

Ya el primer Patriarca Tikhon, desde 1923 en que salió de la cárcel, habia, como ya hemos dicho, cambiado su actitud irreconciliable frente al gobierno ateo, cediéndole todo el campo social y dedicándose exclusivamente a las ceremonias del culto. Más tarde, Sergio, ayudante del Patriarca Tikhon, fue mucho más lejos. Este, ya en 1927, proclamó que había intereses comunes entre la iglesia y el Estado con estas palabras: «Sus alegrías y sus triunfos son nuestras alegrías y nuestros triunfos, como sus fracasos lo son también para nosotros». Luego cuando tomó el título de Arzobispo Metropolitano de Moscú, 1942, no vaciló en lisonjear al gobierno, proclamando a los cuatro vientos la justicia y liberalidad del mismo, a pesar de que muchos obispos gemían en las tremendas Islas de Solovetzki y muchos millares de sacerdotes y fieles eran ajusticiados o condenados a una muerte lenta en las inmensas regiones de Siberia. Y terminó, 4 de noviembre de 1943, postrándose a los pies del primer ateo y perseguidor de la Fe cristiana, Stalin, para exaltar sus funestas proezas y mendigar, 8 de noviembre de 1943, la posibilidad de ser elegido Patriarca. En esta ocasión, el cruel déspota y perseguidor, en una proclama lanzada al pueblo, deja vislumbrar sus intenciones haciendo tácita alusión a la violencia que se había ejercido sobre las conciencias, con estas palabras: «El Partido Comunista no puede privar por más tiempo al pueblo ruso de su iglesia y su libertad de conciencia».

Pero la sumisión completa de la iglesia nacional rusa al Estado comunista tuvo lugar con el actual Patriarca Alejo. Este, en cuanto fue elegido, febrero de 1945, obtuvo del gobierno muchos favores materiales. Como recompensa despojó a su iglesia de la misión divina de apacentar a sus ovejas en la actividad asistencial social y educativa, cediendo todo ese campo al gobierno ateo. Se puso al servicio del Estado Comunista él mismo y aquellas partes del episcopado y del clero inferior que era dócil a sus mandatos. Levantó una persecución encarnizada contra todos los que se atrevieran a criticar su manera de actuar que distaba mucho de ser cristiana y apostólica, y contra cualquiera que no quisiera seguir sus normas en su actividad sacerdotal y en el ejercicio de su misión.

Otro gran mérito del Patriarca Alejo ante el gobierno comunista y ateo es la exterminadora y pervertidora persecución de los católicos ucranianos y rumanos así como la búsqueda y aniquilación de los sacerdotes católicos de la URSS, o sea de Rusia, de los Países Bálticos y del Cáucaso; y la sistemática y multiforme presión sobre los fieles católicos de estos países para sustraerlos a la Iglesia Romana y ponerlos a la fuerza bajo la jurisdicción de los perseguidores del Kremlin y Satán. En Ucrania Occidental, el Arzobispo Metropolitano de Heliopolis y todos los obispos ucranio-católicos de Stanislav y de algunas regiones de Polonia y más de dos mil sacerdotes, y casi toda la juventud católica ucraniana fueron enviados a Siberia a los campos de trabajos forzados. Cuatro millones de católicos ucranianos fueron incorporados con violencia a la iglesia de Alejo, sometida al gobierno ateo de Moscú. Y todas las iglesias de los polacos y de los católicos armenios fueron cerradas y transformadas en museos. También en Rumania los satélites de Alejo sostenidos por el gobierno comunista rumano, impusieron en 1948 a los católicos de rito griego-rumano el yugo del Patriarca moscovita. En esta ocasión el Primer Ministro declaró: «La iglesia ahora hace parte integrante de la organización del Estado». Los que intentaban oponerse a esta integración o mejor esclavitud de la iglesia al estado ateo, eran naturalmente arrestados y hasta aniquilados por no haberse sujetado al Patriarcado, reducido a dócil instrumento en las manos de los comunistas para sus proyectos satánicos y con miras hacia el futuro de materialización del mundo entero.

C) HEROICA LUCHA SIN CUARTEL.

El pobre pueblo ruso que estaba acostumbrado en sus manifestaciones religiosas a una posición dominante y privilegiada durante el Zarismo, se sintió perdido desde los primeros contactos con el gobierno comunista y ateo. Todos

los creyentes por entero buscaron afanosamente una solución a esta nueva situación religiosa que se delineaba ya muy tenebrosa y precipitante. Y si muchos jerarcas, asustados en serio frente a la vehemencia de las persecuciones, temieron perderlo todo, intentaron salvar a toda costa lo poco que aun se podía, y terminaron reduciendo su iglesia a la condición de una esclava agonizante, pero no faltaron fieles, sacerdotes y obispos, que han deplorado siempre y siguen deplorando la cobarde conducta de los indignos pastores; y quedamos y quedan aún fieles a su irreconciliable firmeza frente a cualquier acuerdo con los comunistas a pesar de las tremendas represalias que les toca soportar. La mayoría del clero y de la buena población rusa se puso de parte de la venerable figura del Patriarca Tikhon, elegido el 15 de noviembre de 1917, por su inflexible resistencia a la despótica política irreligiosa del gobierno comunista.

Las masas de obreros y campesinos se emocionaron con la noticia de su encarcelamiento, 1922, e hicieron, como dijimos anteriormente, una demostración tan poderosa de veneración hacia su persona que el gobierno creyó mejor ponerlo en libertad. Pero sus primeras declaraciones, 1923, después de su liberación y luego su testamento, murió el 8 de abril de 1925, tuvieron por efecto una tan desagradable y deprimente impresión sobre los verdaderos creyentes, que los buenos fieles y los simples sacerdotes pensaron unánimemente que esas afirmaciones habían sido arrancadas con violencia al pobre anciano; y no vacilaron en poner en duda la autenticidad del último documento del difunto Patriarca (su testamento). Y cuando Sergio, primero durante el largo periodo de regencia y luego durante su Patriarcado, hacía al gobierno ateo una tras otra humillantes e ilícitas concesiones, un grupo de obispos levantaba su autorizada voz contra este arbitrario desconocimiento de las leyes divinas y canónicas y los sacerdotes con sus fieles gemían desconcertados frente a la reprobable debilidad y a la falta de energía apostólica de sus pastores supremos. No raras veces, sin duda, en este período tuve ocasión de oir la amarga lamentación de los campesinos que, indignados por las concesiones al gobierno soviético por parte de los dignatarios eclesiásticos, se expresaban a su manera: ¿Hasta cuándo nuestros padres continuarán lamiendo las botas de los perseguidores de nuestra santa y ortodoxa Rusia?

En 1930 en Moscú, saliendo de la iglesia polaca, me encontré en el patio a un eclesiástico desconocido. Este empezó, todo excitado, a desahogar conmigo la profunda humillación y sufrimiento moral que sentía en su alma exacerbada. «Padre, me dijo, hoy yo me avergüenzo de ser ruso y sacerdote ortodoxo. Nos inculcaban desde niños la aversión y el odio contra el Papa de Roma; nos enseñaban que él era el más grande enemigo del pueblo ruso, siguiendo el refrán popular: «Nadie nos ha hecho tanto daño como el Papa». Pero el Papa Romano después de haber salvado en 1921 y 1922, millones de rusos hambrientos con su ayuda material, ahora se apresta también a alentarnos en nuestro consuelo moral. El conoce todos nuestros sufrimientos, aprecia la lucha religiosa que estamos llevando contra los ateos militantes y levanta su competente voz en nuestra defensa, protestando contra las persecuciones de obispos, de sacerdotes, de los creyentes rusos; en cambio aquí, en nuestro Moscú, nuestro sumo Patriarca Sergio declara hipócritamente que no existe ninguna persecución. Cierra sus ojos para no ver la generosa sangre vertida por su clero heroico o por el pueblo creyente. Incluso llega a tanta perversidad que en el glorioso número de innumerables mártires ajusticiados y confesores que gimen en Siberia, no ve más que una cuadrilla de criminales y vulgares perturbadores del orden público justamente castigados. ¡Padre! Esto es el colmo. El pueblo ruso no olvidará nunca al Papa Romano que derrama un celeste bálsamo sobre sus heridas de mártir y sus indignos pastores que lo abandonan a los perseguidores de la fe cristiana». Para entender este episodio hay que recordar que en 1930 el Papa Pio XI, en una carta enviada al Primer Ministro inglés, describía detalladamente todos los horrores de la persecución religiosa en la URSS y formulaba una solemne protesta frente al mundo entero. El gobierno soviético hacía en seguida aparecer una carta abierta de su obediente servidor, el Patriarca Sergio. Este, después de altas alabanzas al benemérito régimen declaraba competentemente falsas todas las tendenciosas noticias sobre las piadosas persecuciones religiosas en la Unión Soviética. Y terminaba afirmando que si algunos sacerdotes habían sido castigados y enviados a Siberia, esto se tenía que atribuir a su reprobable conducta contra el orden público y las leyes del Estado.

Al llegar aquí, séame permitido contar otro episodio personal que tuvo lugar durante este mismo tiempo y es muy interesante y sumamente instructivo, porque tiene por protagonista no un sacerdote ruso, sino un activista antirreligioso. Yo iba con paso lento por una amplia calle de Moscú, apenado y meditabundo sobre la carta abierta del Patriarca Sergio que había aparecido en esos días. Se me acercó un joven comunista progresista, nacido en Armenia, y que yo conocía muy bien, y me preguntó con sonrisa sarcástica y alegría mal reprimida: «Y bien Padre; ¿Habéis leído la carta del Patriarca Sergio?» Esto era demasiado para que yo no reaccionara bruscamente. Por ello le hice a mi vez a quemarropa mis preguntas, una tras otra. «Y tú, ¿la has leído? ¿La has ponderado? ¿Qué piensas? ¿Qué te parece?» Me contestó con una sinceridad tan descarada y una sabiduría tan profunda, que me quedé clavado en el suelo y helado. «Ya sé, me dijo aquel joven activista y ateo, ya sé que el documento no fue redactado por él; los nuestros lo han escrito y él lo ha firmado; pero si fuera un verdadero hombre apostólico, tendría que morir antes que firmar. ¡Vergüenza para vosotros, sacerdotes!». Ultimamente cuando el actual Patriarca Alejo, siguiendo los pasos de su predecesor Sergio, y pasándole en mucho, completaba la perfecta sumisión de la religión a la política soviética y hacía del Patriarcado y clero ruso un simple instrumento de los proyectos del gobierno ateo, entonces en la iglesia nacional rusa se hizo un completo cambio de orientación religiosa. Los obispos y los sacerdotes, aun libres, cansados de las privaciones de esta lucha desigual y resentidos por el reprobable ejemplo de su propio jefe y con la perspectiva de una vida normal, no se atrevieron en su mayoría a sublevarse contra el Patriarca e incluso le sostuvieron activamente, atraídos por la secular costumbre de obrar bajo la protección del gobierno. El pueblo demostrando su profundo sentimiento religioso, se volcó en las pocas iglesias que se volvían a abrir y a consagrar. Pero su espíritu rectamente cristiano, no pudo nunca conciliarse con la idea de un acuerdo entre los creyentes y el régimen comunista y perseguidor, y por esto iba disminuyendo el respeto hacia la jerarquía eclesiástica y los sacerdotes filo-soviéticos, y aumentando la adhesión y veneración a los sacerdotes que seguían fieles a los antiguos principios. Pero una parte no muy numerosa, aunque sana y buena, del Episcopado, del clero y de los fieles, no habiendo nunca querido saber de descanso alguno ni de acuerdos innobles, continuan aun ahora inflexibles en la lucha sin cuartel. Algunos obispos y muchos sacerdotes de los ya condenados a prisiones en Siberia, y muchos otros entre los píos sacerdotes y fieles que aun se encuentran en libertad, rehusaron justamente adherirse a las anticanónicas y anticristianas combinaciones del atareado Patriarca.

Contra éstos se dirige ahora todo el inexorable rigor de una oscura persecución llevada en combinación por el Patriarca moscovita y el gobierno ateo de los soviets. A los condenados no se les aplican las eventuales amnistías. Las condiciones de su tratamiento van siempre empeorando con la privación de la correspondencia de sus familiares y la prohibición de recibir paquetes o dinero de sus casas; el período de detención para ellos no termina nunca. Y acabado el primer decenio, se añaden sin más un segundo o un tercero, cuando no se recurre desde un principio a la farsa de un proceso para condenarle a veinticinco años de cárcel. Los sacerdotes y los fieles de antigua y viva fe, de costumbres tradicionales, que tienen el valor de declarar que su conciencia no les permite seguir las normas del Patriarcado, son perseguidos encarnizadamente, y con una severidad mayor y peor que antes. Nadie puede defender a estas pobres gentes de las bárbaras medidas de coerción del gobierno, ni siquiera acogiéndose a la ley de la separación de la iglesia y del Estado, según la cual el gobierno no tendría derecho a entrometerse en las divergencias dogmáticas y disciplinares que surgen entre los jerarcas eclesiásticos y sus subalternos. Ni apelando a la tan alabada libertad de conciencia, proclamada por la Constitución soviética, según la cual se deja al arbitrio de cada ciudadano la práctica de esta o aquella confesión religiosa o de ninguna. Y tampoco el total alejamiento de los locales de estudio y la voluntaria dimisión de las parroquias con lo que se intentaría evitar toda incitación a los celos en los mercenarios dispuestos a oscuras combinaciones.

Todo inútil; el gobierno comunista y ateo, con la espada en la mano, se ha hecho pasar por defensor de los divinos poderes del Patriarca moscovita y exige a todos una ciega obediencia a la jerarquía cristiana. Se echa con violencia de las iglesias y de las parroquias a los rectos pastores para ponerlas a

disposición de los adherentes al servicial jerarca y de la nueva política religiosa del régimen. Se persigue a todos los reacios, prohibiéndoles incluso la administración de los santos sacramentos y la celebración de los ministerios divinos en casa de los particulares. Y se juzga a los culpables, sacerdotes o fieles que sean, condenándolos sólo por esto a veinticinco años de cárcel, enviándolos a las heladas regiones de Siberia a expiar su evangélica fidelidad a Dios y a su conciencia. Ahora son estos intrépidos confesores de la fe los que forman el primer núcleo principal de esa perseguida, doliente y escondida iglesia que en el mundo cristiano es llamada con la simpática denominación de «Iglesia del Silencio». Son obispos, sacerdotes y fieles, de todas las naciones e idiomas, rumanos, rusos, ucranianos, polacos, rusos blancos, lituanos, armenios, georgianos, etc., los cuales o ya condenados gimen entre o bajo el soplo helado o sofocante de los vientos de los campos de los trabajos forzados o si están libres, tiemblan de horror en sus oficinas y casas particulares con miedo de ser seguidos, espiados y sorprendidos por los esbirros de ambas autoridades, civil y eclesiástica, que sean enviados para suprimirlos. A pesar de todo, estos verdaderos mártires vivientes soportan con alegría, como los primeros cristianos, las ofensas, injurias y la pérdida de sus bienes y no desisten de su perseverante y secreta práctica de la religión; y sorprenden a sus mismos perseguidores por su irremovible voluntad con que continúan la heroica lucha sin cuartel hasta el triunfo de la justicia y de la verdad de Cristo frente a los noveles perseguidores del «pusillus grex» del Supremo Buen Pastor y frente a los noveles seguidores del antiguo Simón Mago que comercian las cosas celestiales al vil precio del oro temporal.

¡Gloria imperecedera a los heroicos defensores de la dignidad humana, de la libertad de conciencia y de la intangible espiritualidad de la religión! El más vil desprecio a los salvajes perseguidores de la religión, a los violentos opresores de las conciencias y a los satánicos explotadores de la cobardía ajena. Luz y arrepentimiento, conceded, oh Señor, a los pobres, ilusos y equivocados pervertidores. Levantemos, para concluir, nuestros brazos suplicando a la Virgen Santísima de Fátima que nos obtenga de Dios la verdadera paz para el mundo entero, porque entonces una vez caido el telón de acero que separa a Oriente de Occidente, aparecerán muchas y consoladoras sorpresas ya desde cuarenta y dos años prometidas.

VII

Iglesias Protestantes

"Barreras psicológicas que obstaculizan el camino de la unión"

R. P. PRUDENCIO DAMBORIENA, S. J.
Decano de la Facultad de Misionologia en la Pontificia Universidad Gregoriana. Roma *

I. — INTRODUCCION:

1.º En esta lección queda el campo limitado a EE. UU.:

a) El Ponente acaba de llegar de allí.
b) En repetidas visitas de años anteriores ha realizado estudios y contactos con altas jerarquías de la Iglesia Católica y de las Iglesias Protestantes.

2.º Origen del Protestantismo norteamericano:

a) Trae su origen de los primeros protestantes huídos de Europa a USA.
b) Bien pronto sobrevino la persecución contra los católicos que de 200.000 quedaron en 10.000.
c) Odio feroz contra el catolicismo al principio.
d) Madurez del Catolicismo, gracias a su bien organizada y potente red de escuelas parroquiales.

3.º Ataques al Catolicismo:

a) Vienen con frecuencia del protestantismo que no se resigna a perder sus antiguas posiciones.
b) Especialmente de la Asociación organizada para promover la total separación entre la Iglesia y el Estado.
c) Con frecuencia también del grupo de sacerdotes apóstatas coaligados contra el Catolicismo.
d) Muchas veces también de los grupos norteamericanos de extrema izquierda.

4.º Posición destacada del protestantismo en USA:

a) USA envía el 80 % de los protestantes a tierras de misión.
b) Estadísticas de USA: 70 millones de protestantes; 34 millones de católicos; 2 millones de ortodoxos; 6 millones de judios, y 60 millones sin una denominación concreta.

5.º Prolificación de sectas:

a) Más de 260 en USA.
b) Si se incluyen las escatológicas, pasan de 400.
c) El 80 % pertenece a unas 20 ó 25 Iglesias: el resto se reparte en una escandalosa pluralidad de sectas.
d) Contrasta con el grupo compacto y unido de los 34 millones de católicos, campeones en número y disciplina.

II. — BARRERAS PSICOLOGICAS ENTRE EL PROTESTANTISMO Y EL CATOLICISMO EN USA:

1.º Filosofía simplista del americano medio:

a) El norteamericano medio es honrado.
b) Tiene arraigada convicción en el progreso de USA.

---

* NOTA DE LA REDACCION. — Ante la imposibilidad de disponer del texto completo de esta luminosa conferencia, ofrecemos a los lectores un detallado esquema de las ideas expuestas por el ilustre conferenciante, sirviéndonos de fuente para ello, de las notas tomadas por la Secretaría de Semanas, durante la misma.

c) ¿Medio de promoverle?... su democracia.

2.º Frecuentes prejuicios:

a) Que el Vaticano está deseoso de restaurar en USA la Inquisición.
b) Que así se coartaría la libertad y los derechos humanos.
c) Otros prejuicios más burdos todavía.

3.º Barreras:

a) El Papado, absoluto y jerárquico.
b) Aluden con frecuencia a la condena de Galileo.
c) Las revistas se encargan de airear y alimentar esos prejuicios.
d) Recuerda, como ejemplo, la exageración y tergiversación de las normas de moralidad dictadas por el Cardenal Primado de España y publicadas y glosadas en USA a la luz de muchos prejuicios e inexactitudes.
e) Mariología y culto a María.
f) Devociones muy arraigadas, entre otras las de San Judas y Santa Rita.
g) Turistas norteamericanos que visitan al Papa.
h) Esto constituye una gran pesadilla para muchos protestantes.

III. — FUERTES DIVERGENCIAS EXISTENTES:

—Desagrado ante la inquebrantable posición doctrinal del Catolicismo.
a) Ante el control de la natalidad.
b) Ante la práctica del divorcio: ¿más de 20 millones de divorciados en USA?
c) Ante la segregación racial.
d) Violenta reacción protestante ante el hecho sencillo de una carta colectiva del Episcopado Católico de USA, suficiente de por sí para orientar y unificar la conducta de los fieles.
e) Otra razón político-cultural: La mentalidad profundamente democrática alimentada con mil prejuicios contra el jerarquismo y rigidez de la Iglesia católica.

IV. — OTROS PREJUICIOS DE IMPORTANCIA:

a) En USA las escuelas son arreligiosas.
b) La Jerarquia Católica asegura la formación religiosa de sus fieles en sus Escuelas Parroquiales, sus Liceos y sus 20 Universidades Católicas.
c) Todas ellas sostenidas por la generosidad de 34 millones de católicos.
d) Y todavía hay un 50 % de niños católicos que carecen de Escuelas Parroquiales con el grave riesgo de permanecer en la ignorancia religiosa.
e) Contra la censura impuesta por la Jerarquía Católica en libros, revistas, espectáculos y diversiones.
f) Su mejor instrumento nacional y diocesano, la Legión de la Decencia.
g) Ante los problemas matrimoniales.
h) Inflexibilidad de la Jerarquía Católica para aplicar las leyes eclesiásticas y a los infractores las penas canónicas.

V. — RELACIONES ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO:

a) Oposición sistemática de los protestantes a que USA tenga embajador en el Vaticano.
b) Se dice que esta común oposición es el mejor y más eficaz aglutinante para la unión, al menos circunstancial, de las sectas.
c) Rechazo sistemático de todo lo romano.
d) El protestantismo norteamericano, no está todavía preparado para el retorno.
e) Pero vale más encender una candela que maldecir la oscuridad.
f) No olvidemos el hecho consolador de que anualmente se convierten en USA del Protestantismo al Catolicismo más de 100.000 norteamericanos.

CONCLUSION.

VIII

Ecumenismo

Corrientes modernas protestantes sobre la unidad

Dr. Antonio M. Javierre, S. S.
Profesor del Pontificio Ateneo Salesiano de Turín

* PREAMBULO: Permitidme cumplir una promesa antes de dar lectura a mis cuartillas.

Conservo un recuerdo gratísimo de mi encuentro con el Pastor luterano Rudolf Stählin, hijo del célebre obispo Wilhelm Stählin, alma de la Michaelsbruderschaft. Tiene heredadās de su padre brillantes cualidades: hondura teológica y finura ecuménica. Le debo preciosas observaciones, orientación segura; incluso el don inapreciable de algún documento, a la sazón fuera de comercio. Al término de nuestra primera entrevista, larga y cordial, me permití un gesto periodístico: ¿Qué diría Vd. —le pregunté— si se le terciara la ocasión de hablar: 1.º) a nuestros seminaristas; 2.º) a mis colegas profesores de Teología; 3.º) a mis hermanos españoles en el sacerdocio? Le prometí que haría pública su respuesta. Difícilmente hallaré oportunidad cual la presente —tan solemne como inmerecida— de hablar con sacerdotes españoles «reunidos casi en concilio». Su respuesta al tercer inciso reza así: «Vd. que ve y aprecia nuestro esfuerzo sincero por conocer y servir a Jesucristo Señor nuestro en los cuadros de su Iglesia, diga, por favor, a sus hermanos los sacerdotes españoles, que sean más comprensivos, un poquito más tolerantes con nosotros, que somos también hermanos suyos en Cristo.»

La misma tolerancia me pedía también el Prof. Henri d'Espine, presidente de la Federación Helvética de Iglesias Evangélicas, un mes más tarde.

¡Tolerancia! ¡Comprensión! No se me escapa la dosis de equívoco disimulada tras de esos vocablos. Pero encierran también acentos muy sanos. Si lo que nos piden es caridad cristiana, que es comprensiva, en el sentir de Pablo, no seremos nosotros quienes suscitemos regateos. Creo podérsela asegurar muy sincera. Caridad en un diálogo científico no significa precisamente sonrisas, silencios o compromisos equívocos. Lo saben muy bien y les repugna. Pero la experiencia enseña que sin una cierta simpatía resulta muy difícil, si no imposible, sentir con el prójimo que, a pocos metros de nosotros, vive, tal vez, en soledad angustiada un drama profundo.

Al pediros comprensión para ellos, viene espontáneo el gesto de tenderos la mano. Esta vez a título personal, si bien por interés vuestro: con un poquito de simpatía os será más fácil reconstruir un cuadro inmenso, cuyos elementos descriptivos, tal vez por sobrios, dan la impresión de inconexos.

PANORAMA ECUMENICO DE LA UNIDAD ECLESIASTICA

Renunciamos a indicar las coordenadas de la unidad vigente hoy en el protestantismo. La dispersión de pareceres aconseja circunscribir un lugar geométrico, más bien que acotar un punto.

Segunda renuncia obligada: ¿Quién se atreve con una documentación que, aun reducida a síntesis, deja margen más que sobrado para una monografía? ¿Bastará señalar sus títulos?

Permítasenos, en cambio, compensarnos con una ampliación a derecha e izquierda del tema central. Adivinamos articulaciones que tienen visos de entrañables. El movimiento ecuménico con su ansia incontenible de *unidad* nació por exigencia del *ministerio* evangélico en tierra de misiones. A su vez, el estudio eclesiológico de la *unidad* acabó desembocando, muy a pesar de los teólogos protestantes, en el capítulo del *ministerio*. ¿Harán falta nuevos reactivos para dejar al desnudo la reciprocidad temática de sus relaciones? En clima ecuménico el ministerio reclama la unidad y la unidad exige la revisión del ministerio. Un examen a fondo del panorama ecuménico de unidad no puede prescindir de esos vínculos.

Cobran relieve enfocados desde una triple perspectiva:

A) ecumenismo y ministerio
B) unidad y ecumenismo
C) unidad y ministerio.

Queda en su centro el tema específico; pero con doble prolongación: una, ansiosa de recoger la reseña de lo que fue el problema en sus primeros tanteos; la otra, asomada hacia el futuro con la ambición de presentir su desenlace.

No son ganas de complicar un cometido ya de suyo muy complejo. Multiplicar los planos es expediente obligado cuando el objeto es, como el *ecumenismo*, dinámico por esencia. ¿No han logrado en el cine, a fuerza de fotografías estáticas, dar la impresión de movimiento?

A) ECUMENISMO Y MINISTERIO

¿Hasta qué punto aceptan los autores la articulación de estos dos temas? Tenemos a la vista cinco monografías firmadas por reformados suizos, fechadas alrededor de las grandes asambleas ecuménicas de Edimburgo, Amsterdam y Evanston [1]. Dejemos a ellos la palabra.

Reconocen a coro la deuda que el protestantismo tenía contraída con el tema del ministerio. Estaba harto descuidado su estudio [2], pues no es uno de los argumentos que el investigador protestante afronta con pasión [3]. Y ello por doble motivo: porque suelen encasillarlo entre los temas de segundo orden teológico [4],

---

[1] Nos referimos a los siguientes trabajos:

R. PAQUIER, *Le problème oecuménique du Ministère: la succession apostolique*, Lausanne, 1937;

H. D'ESPINE, *Les Anciens, conducteurs de l'Eglise*, Neuchatel-Paris, 2 ed. 1946;

J. D. BURGER, *Le ministère chrétien*, Neuchatel, 1948;

PH. H. MENOUD, *L'Eglise et les ministères selon le Nouveau Testament*, Neuchatel-Paris, 1949;

J. J. VON ALLMEN, «*Préface*» a la traducción del libro de G. DIX, *Le ministère dans l'Eglise ancienne*, Neuchatel-Paris, 1955.

[2] D'ESPINE, *op. cit.*, p. 5: «Il y a longtemps, qu'on ne s'est plus livré chez nous à une étude sérieuse et approfondie des bases théologiques sur lesquelles repose notre conception du ministère pastoral et qu'on ne l'a plus confrontée avec l'enseignement biblique».

[3] Lo confiesa abiertamente BURGER, *op. cit.*, p. 7: «Les problèmes relatifs à l'institution historique du ministère et à son fondement théologique ne sont pas de ceux que le protestantisme étudie avec prédilection».

[4] BURGER, *op. cit.*, p. 7: «Ils nous paraissent secondaires».

y porque es su dificultad tan patente que frena en el arranque los mejores deseos [5]. Consecuencia fatal de ese descuido, más o menos justificado, era una oscuridad impenetrable en amplios sectores eclesiológicos: incertidumbres en el campo *exegético* que imponían una revisión urgente [6], lagunas injustificadas en la historia [7], divergencias notables [8] traducidas en polémicas, a veces apasionadas, en el sector de la *teología* acerca de la naturaleza carismática o institucional del ministerio [9].

El ecumenismo vino a cambiar, de forma casi teatral, el panorama: saltó de repente el ministerio a la primera plana del interés teológico. Hoy figura sin disputa entre los argumentos ecuménicos por excelencia: «*problème n.° 1*» lo denomina con justicia Von Allmen [10]. ¿Cómo explicar el cambio?

Puestas frente a frente las diversas confesiones cristianas con un decidido afán de comprensión mutua, debieron examinar cuidadosamente sus divergencias. Ahora bien: ligadas como se hallaban a visiones muy diversas en torno al ministerio eclesiástico, no pudieron escamotear su estudio por la sencilla razón que les resultaba antipático o molesto [11]. No cabía tampoco atrincherarse, como venían haciéndolo en el pasado, en fórmulas rutinarias, repetidas de memoria sin convicción profunda; hubieron de perforar la cáscara, dejar al desnudo el contenido y buscar apasionadamente su fundamentación teológica [12]. Hay una razón decisiva de este interés creciente por el ministerio de la Iglesia, a pesar de ser un tema tradicionalmente contrario a los gustos y costumbres del protestantismo; los ecumenistas advirtieron que el camino hacia la unidad pasaba por el ministerio; que ministerio y unidad se hallan íntimamente articulados; que el planteo de un problema se identifica en realidad con el de su correlativo: «Cet effort vers l'oecuménisme devait poser à nouveau le problème du ministère et le pose, en effet, en des termes qui sont ceux mêmes du debat qui sépara les protestans des catholiques il y a quatre cent ans» [13]. El problema y la dificultad del ecumenismo late en el ámbito del ministerio [14]. ¿Cómo no había de ser actual en un clima fuertemente impregnado hoy de ecumenismo?

---

[5] PAQUIER, *op. cit.*, p. 5: «Disons d'emblée que le problème historique de l'organisation des premières communautés, de la nature, et de la différenciation des fonctions ecclésiastiques qui s'y exerçaient, et du mode selon le quel elles étaient conférées et transmises, est l'un des plus obscurs et des plus abstrus qui soient».

[6] MENOUD, *op. cit.*, p. 5.

[7] PAQUIER, *op. cit.*, p. 5.

[8] PAQUIER, *op. cit.*, p. 5.

[9] BURGER, *op. cit.*, p. 7. D'Espine accentúa la obscuridad en torno a la naturaleza del ministerio pastoral (*op. cit.*, p. 5): «Il règne, au sein de l'Eglise réformée, sur la vraie nature du ministère pastoral et sur la forme institutionnelle qu'il doit revêtir, beaucoup d'incertitude».

[10] VON ALLMEN, *op. cit.*, p. 9.

[11] VON ALLMEN, *op. cit.*, p. 8: «La volonté, exprimée à la conférence oecuménique d'Amsterdam, en 1948, de "rester ensemble" avec une notable partie des anglicans, les orthodoxes du Levant, les vieux-catholiques, et certains des luthériens scandinaves, nous oblige, nous réformés, à prendre au sérieux, aussi irritant que cela soit, la prétention que l'épiscopat "constitutionnel" fait parti de l'*ÊTRE* de l'Eglise».

[12] D'ESPINE, *op. cit.*, p. 6-7: «L'entretien engagé entre les Eglises, au sein du mouvement oecuménique, en vue de restaurer l'unité visible du corps du Christ, contraint chacune d'entre elles à justifier scripturairement devant les autres sa conception du ministère ecclésiastique. Il ne suffit plus de prétendre, comme nous l'avons fait longtemps avec trop d'assurance, que l'Eglise réformée est revenue à l'usage apostolique; il faut encore le prouver, Bible en main, devant les Eglises qui toutes aujourd'hui se réclament de la Bible et l'invoquent, sur ce point tout au moins, comme une autorité normative».

[13] BURGER, *op. cit.*, p. 9.

[14] PAQUIER, *op. cit.*, p. 4: «Le plus grand obstacle pratique à la réunion des confessions chétiennes actuellement séparées et à la réalisation de l'intercommunion oecuménique, réside dans les graves divergences de vues qui séparent les Eglises sur le probléme de *la nature du ministère ecclésiastique*. El ce désaccord se localise d'une manière particulièrement frappante sur la question de la *Succession apostolique*».

Obsérvese la coincidencia confesional de nuestros testigos. La univocidad de lenguaje acentúa la uniformidad de su deposición. Su acuerdo es rotundo.

Con la particularidad de que no son los calvinistas quienes cotizan mejor estos temas. Su demanda es infinitamente más intensa en el anglicanismo. Imponen el ministerio como capítulo previo, ya que no único, a cuantos intentan establecer relaciones interconfesionales con él. En una palabra: esos cinco pareceres, escogidos al azar, resumen, sí, el sentir de la iglesia reformada; pero reflejan, tal vez con colores más bien pálidos, la convicción de las demás confesiones.

Entraña aplicaciones muy prácticas esa vinculación íntima, rayana en identidad, de ecumenismo y ministerio. Calculadas previamente las fórmulas de equivalencia, ¿quién no cede a la tentación de trocar una historia voluminosa de ecumenismo, por el estudio de una curva muy sencilla? Porque en una gráfica cabe sintetizar la teología del ministerio en estos últimos años.

Todo el problema se reduce a garantizar la exactitud de su trayectoria. Para asegurarnos hondura doctrinal, convendrá situar sus fuentes en el sector de Fe y Constitución. Para evitar la monotonía de datos innecesarios, bastará atenernos a sus jalones mundiales.

Son sólo tres: Lausanne, Edimburgo y Lund. Pero estimamos conveniente intercalar los matices aportados por Amsterdam y Evanston. Aun cuando son asambleas del Consejo Ecuménico de las Iglesias, no están ausentes los fautores de Fe y Constitución. Actúan como protagonistas; incluso con cierta independencia. Justo es otorgarles la audiencia que merecen en nuestra encuesta.

1) LAUSANNE

Representa un punto de arranque. Inaugura Lausanne la serie de asambleas ecuménicas de Fe y Constitución. Tres lustros de febril actividad [15] hicieron posible aquella memorable reunión de más de un centenar de iglesias, congregadas en la catedral el miércoles 3 de agosto de 1927. Presidió la reunión el obispo Charles Brendt, que ya en su saludo inicial acertó a caldear el ambiente con una conmovida invitación a la unidad [16].

Nos resulta muy dura la renuncia a la vertiente amable de la crónica; pero lo impone la severidad de la encuesta en que nos hallamos embarcados. Dos palabras tan solo figuran en el cuestionario sobre el ministerio. Pensamos llevarlas sucesivamente a las actas de las asambleas: *materia* y *método*. ¿Cuál es la respuesta al nivel de Lausanne?

* * *

Figura el ministerio de manera explícita en el temario de Lausanne [17]. Siete fueron los relatores invitados a exponer sus puntos de vista en la sección V.ª reunida en sesión plenaria el 12 de agosto, bajo la dirección del superintendente general Otto Dibelius [18].

---

[15] Citamos la versión francesa de las Actas: *Foi et Constitution. Actes officiels de la Conférence Mondiale de Lausanne, 3-21 août 1927*. Vers. franc. J. Jézéquiel, Paris, 1928. El movimiento de Fe y Constitución, reunido por primera vez en asamblea mundial en Lausanne, remonta a la conferencia de Edimburgo habida en 1910.

[16] Comentó el texto de *Jo., 17, 20-23.*

[17] Lausanne pretende ser una Asamblea: «religiosa-cristiana-unitiva», por ser *religiosa*, afronta los tres elementos esenciales de toda religión: dogma, precepto, culto; por ser *cristiana*, enfoca el evangelio y la iglesia; por su ambición *ecuménica*, dedica la primera sección a la invitación a la unidad y encierra en la última un mensaje de unidad. Así de sencillo y lógico se nos antoja el temario de Lausanne con sus siete secciones: 1.º invitación a la unidad, 2.º evangelio, 3.º iglesia, 4.º fe, 5.º ministerios, 6.º sacramentos, 7.º unidad cristiana.

[18] Fueron relatores: E. G. Palmer, obispo anglicano de Bombay (p. 267-286); G. G. Scherer, pastor luterano unido de América (p. 286-296); S. Bulgakov, profesor del Instituto Ortodoxo de Paris (296-303); J. J. Banninga, pastor de la Iglesia Unida del S. India (303-308); J. Soucek, pastor, decano y presidente de la Iglesia evangélica de Hermanos de Bohemia (p. 308-315); D. Fyffe, pastor de la Iglesia presbiteriana de

No tardaron en delinearse mentalidades contrapuestas y aún irreductibles [19]. El esquema «católico» presentado por el obispo anglicano Palmer habia de chocar fatalmente contra las negaciones protestantes. Se entrecruzan las disensiones en el campo histórico y en el terreno dogmático. Se exaltan unos creyendo poder invididuar en el ministerio eclesiástico las huellas fehacientes de la mano creadora de Cristo. Opinan en cambio los otros, que no pasa de un juego de imaginación calenturienta; que han de habérselas con una realidad de simple factura humana, y, por lo tanto, maleable al compás de las exigencias de la historia. Sonó la hora a la altura de Lutero. La presión ministerial habia llegado a ser en este momento, por tiránica, insufrible. Muy a pesar suyo los reformadores hubieron de sacrificar la unidad en aras de la verdad (como quiere Scherer) [20], o bien renunciaron a la unidad, para poner a salvo la santidad de la Iglesia (como prefiere Soucek) [21].

Afloró al espíritu de todos la imposibilidad absoluta de un acuerdo. Era trágico advertir que ese ministerio, reacio a la concordia, condiciona decisivamente la polémica en torno a la unidad. La tensión llegó a un nivel peligroso. Martin Dibelius aconseja prudencia. Insinúa una fórmula diplomática, a la cual acabará por plegarse la asamblea. Consiste en soslayar ese avispero para no comprometer definitivamente el éxito de Lausanne ya gravemente amenazado [22]. Limando las aristas del tema, colocándolo siquiera provisionalmente entre paréntesis, creyeron factible el trazado de unas líneas de equilibrio, aceptas para una gran mayoría [23].

¿Tenian conciencia los delegados de Lausanne de que, aplazando el estudio del ministerio, relegaban «sine die» la causa de la unidad, móvil único de aquella asamblea?

* * *

Hoy nos es dado ver con transparencia la tragedia de aquel congreso. Hasta es posible individuar las razones del fracaso de unas conversaciones iniciadas con enorme ilusión y una carga indiscutible de buena voluntad. La lógica tiene sus derechos; no sufre la arrogancia; se torna inexorable para quienes presumen ignorarla. ¿Con qué derecho invocamos la lógica? ¿Qué era en realidad la

---

Inglaterra (p. 315-321); M. Dibelius, profesor luterano en la universidad de Heidelberg (p. 321-324).

[19] El 17 de agosto se discutieron en sesión plenaria las conclusiones de la comisión V.ª (p. 427 ss.); el sábado 20 agosto, se presentó a la asamblea la segunda redacción (p. 481 ss.) que habia de pasar a las actas como definitiva (p. 529-534).

[20] He aqui el razonamiento de Scherer: «Les réformateurs réunis à Augsbourg n'étaient pas sans se rendre compte du schisme déplorable qui se consommait. Mais, à leurs yeux, il y avait quelque chose de bien pire que le schisme; c'eût été de perdre la lumière de l'Evangile et de retomber dans les ténèbres et sous la tyrannie dont Dieu, dans Sa bonté, les avait délivrés. Le schisme ne pouvait affecter que l'organisme extérieur de l'Eglise. Il ne pouvait abattre la véritable Eglise...» (p. 291-292).

[21] Así argumentaba Soucek en Lausanne: «Ils sacrifiaient l'idéal d'une pure Eglise chrétienne à l'idée de l'unité de l'Eglise; ils ne sauvaient pas non plus l'unité, car ils étaient toujours tenus par le Pape pour des hérétiques et schismatiques, et combattus comme tels... Plus tard, les "Utraquistes" comme on les appelait communément, rejetèrent sous l'influence de la Réforme allemande et suisse, les chaînes de l'unité visible)... (p. 309-310).

[22] «Je pense que nous devons d'abord reconnaître que ce sujet ne saurait être traité comme l'ont été les sujets II, III et IV. Impossible de rechercher ici une formule que nous pourrions tous accepter. Si nous revenions vers nos Eglises particulières avec une formule pareille, nous discréditerions pour l'avenir l'oeuvre de Lausanne» Tal es el consejo de M. Dibelius (p. 323).

[23] El capítulo de las convergencias no es muy brillante (p. 529). Los siguientes, modulan las diferencias. Las mismas analogías no son sino parciales: los ortodoxos creyeron deber de conciencia abstenerse de la votación (p. 439); no contentos con ello, manifestaron en un anejo la postura ortodoxa frente a la cuestión del ministerio «La Iglesia ortodoxa, dicen, siente en el alma no poder llegar a un acuerdo con la mayoría de las iglesias aquí representadas»... (p. 532-533).

discusión de Lausanne sino un problema de criteriología eclesiológica? Es precisamente el método y la actitud espiritual lo que falla en Lausanne.

Los delegados ordenan en series paralelas opiniones confesionales diversas, con la esperanza de extraer principios comunes fundamentales; algo así como el cálculo de un «máximo denominador común». Ese método comparativo, condenable en sí mismo, se agrava por la postura criteriológica con que se lo aplica:

1.º Presentan los ortodoxos, por boca de Boulgakov, posiciones rígidas, inexorables, a la manera de postulados, propuestos con un énfasis que los críticos tacharían hoy, de «*dogmatismo*». No aceptan más solución que la unidad centrada en el episcopado, detentor de la herencia apostólica, por voluntad expresa de Cristo [24].

2.º Parecería imposible exponer un esquema eclesiológico parecido con una actitud criteriológica perfectamente contrapuesta. Es lo que hace Palmer: fiel al espíritu de comprensión proverbial en sus correligionarios, invita a todos sin distinción al estudio del problema del ministerio, persuadidos de que el error acecha en todas las posiciones confesionales. En su parecer, toca al diálogo, abierto y comprensivo, orientar los espíritus definitivamente hacia la verdad [25].

Dogmatismo y escepticismo envenenan por igual y sin remedio el problema crítico. No es reprensible la ortodoxia por no haber ensayado una demostración silogística de su dogma. Es absurdo intentarlo; como lo es exigirla al lógico en la solución del problema crítico. Pero en filosofía natural y en teología, cabe una *justificación* que es obligado intentar cuando se desciende a la criba de opiniones contrastantes. Es muy posible que Palmer rechazara indignado la acusación de escepticismo. Su fórmula pudo enunciar no ya una actitud objetiva, síno más bien una postura diplomática. Pero ¿podemos olvidar que el escepticismo objetivo y la duda metódica universal convergen en la misma meta?

Con estas premisas no era posible resolver el problema agitado en Lausanne. La criteriología con su doble orientación, resultaba perfectamente inadecuada.

Y no se aduzca la postura singular de Scherer. Se presenta como intermedia. Asegura que el luteranismo se halla abierto a cualquier esquema ministerial: profesa un «eclecticismo libre» [26]. Si de verdad fuera relativismo universal, habríamos de alinearlo a la par de Palmer. En realidad ese relativismo se mueve en un círculo bien limitado. Y las fronteras se imponen con un irreductible dogmatismo que nada tiene que envidiar al de la ortodoxia, si bien lleva signo opuesto [27].

* * *

Lausanne, primer esfuerzo mundial ecuménico en plano teórico representa la primera fase en la teología del ministerio.

Se afronta su estudio con la convicción de que la unidad orgánica es pura utopía al margen del ministerio.

Pero el esfuerzo está condenado de antemano al fracaso por una falsa actitud metodológica.

La diplomacia logró disimular el hecho; pero en realidad Lausanne relega a segundo plano la cuestión de la unidad, en la misma medida en que aplaza el estudio del ministerio.

---

[24] Toda la conferencia de Boulgakov está orientada en este sentido. Cf. p. 301-302.

[25] Véase el 2.º preámbulo que dicta Palmer en su discurso: «Comme nous avons des opinions différentes sur des questions primordiales, quelques'uns parmi nous doivent être dans l'erreur, et nous pouvons tous être jusqu'à un certain point, dans l'erreur. Nous venons ici dans l'espoir d'apprendre, et cela signifie forcément que nous espérons être mis sur la bonne voie, si nous sommes dans l'erreur»... (p. 267).

[26] Dice expresamente: «L'attitude des luthériens, à l'égard de la constitution ecclésiastique, pourrait s'appeler une sorte d'éclecticisme libre; ils ne sont ni épiscopaux ni presbytériens, ni congrégationalistes, mais, sans regarder aucun système comme divinement institué, ils ont adopté certains éléments des uns comme des autres, et ils ont ainsi quelque chose de commun avec chacun» (p. 294).

[27] Adviértase la restricción transcrita en la nota anterior: «sans regarder aucun système comme divinement institué»... Véanse asimismo las reservas impuestas para aceptar el sistema episcopaliano (p. 295). ¿Qué queda del episcopado auténtico con semejantes mutilaciones?

2) EDIMBURGO

Es muy de temer que el aplazamiento se torne crónico e incluso se haga definitivo.

Dos deficiencias hemos señalado en Lausanne: una en el tratamiento de la materia; otra en el método: no estudian de frente el ministerio o no lo enfocan en su justa perspectiva.

¿Mejora el problema la asamblea de Edimburgo? [28].

* * *

Figura en el temario de la asamblea de Edimburgo, reunida en agosto de 1937, con participación de 414 delegados pertenecientes a 122 confesiones, enclavadas en 43 países diferentes [29], el argumento del ministerio. No podía menos si de veras se reúnen para tratar de la unidad [30].

Es bien chocante el hecho de que un tema que en Lausanne no pudo tratarse a fondo, a pesar de encabezar una sección especial, se lo relegue en Edimburgo a una sub-sección en el que juega un papel secundario [31].

La historia de la elaboración de esta doctrina da la impresión de algo superficial, improvisado. Era el trabajo excesivo para el tiempo con que contaban los delegados. El acuerdo pareció imposible a la hora de redactar las actas. La víspera misma de la conclusión de la asamblea, hubieron de recurrir «in extremis» a los servicios de un comité de tres redactores. Delinearon precipitadamente un esquema, al que se le dio el pase con la fórmula habitual del «nemine contradicente»; no ya porque faltara materia de discusión, sino porque no quedaba ya tiempo [32].

La prisa es la queja constante a lo largo de las Actas. ¿No es ligereza presentar a la asamblea plenaria unas conclusiones incompletas, controvertidas, no examinadas plenamente en las sesiones privadas? [33]; ¿Es legítimo prescindir de la consideración histórica, esencial en la materia? [34]; ¿Es justificable englobar en una sola sección una masa tan abundante que apenas si permite delinear un esquema de conjunto [35] no siempre bien perfilado? [36].

* * *

Por otra parte el método no representa variación radical frente a Lausanne: Persiste la aproximación de tipo comparativo [37] con una actitud criteriológica en todo análoga a la precedente. No falta la postura práctica de duda metódica

---

[28] Citaremos las Actas según la versión francesa de H. Clavier: *Foi et Constitution. Actes officiels de la deuxième conférence universelle, Edimbourg, 3-18 août 1937*, Paris, 1939.

[29] *Ibíd.*, p. 312.

[30] *Ibíd.*, p. 29, 62, 63, 75, 82, 312.

[31] La Sección III tenía encomendado el estudio del Ministerio y los Sacramentos. Al decir de su presidente D. M. Baillie, fue necesaria una distribución del trabajo, por ser el tema demasiado complejo. «Nous nous sommes répartis presque tout de suite, en trois sous-sections la première, sous la présidence du Dr. Newton Flew, sur: "Qu'est-ce qu'un sacrement"; la seconde dirigée par l'évêque Perry, sur: "Le baptême et l'Eucharistie"; la troisième, présidée par le professeur Florovsky, sur "Le Ministère"» (p. 153).

[32] La dificultad surgía inmensa (p. 199-204); a pesar del pase (p. 218), queda íntegra la controversia (212-217), sólo que «il est trop tard» (p. 213).

[33] *Ibíd.*, p. 153.

[34] *Ibíd.*, p. 161, 201, 202.

[35] *Ibíd.*, p. 156.

[36] *Ibíd.*, p. 216.

[37] Dice expresamente el «Rapport» (ibid., p. 312): «Ces délégués étaient réunis pour examiner ensemble ce qui sépare encore les confessions et ce qui les unit déjà dans une confraternité chrétienne». Parece recoger la nota metodológica propuesta por el canónigo J. A. Douglas: «La vraie manière de proceder, c'est de marquer clairement nos différences où elles existent, pour que nous les connaissions quand, nous nous réunissons, et soyons prêts à essayer de les surmonter» (*Ibíd.*, p. 192).

en Edimburgo [38], ni el dogmatismo rígido contrapuesto [39]. También aquí resuena el programa de relativismo eclecticista; bien delimitado, por supuesto, en el interior de fronteras infranqueables [40].

* * *

Sería ingenuo con estas premisas pretender un gran progreso en Edimburgo. Ministerio y unidad corren suertes paralelas: a la escala de concepciones diversas en torno al ministerio [41] responde la idea diversa de unidad propuesta en Edimburgo [42].

El balance es francamente nulo: otras comisiones lograron dar un paso adelante; la sección del ministerio dejó las cosas en el punto muerto en que se hallaban en Lausanne [43].

Los delegados tienen conciencia de hallarse en deuda con un tema mal tratado, ya que no completamente preterido. Hacen votos porque en lo sucesivo el movimiento de Fe y Constitución lo tome por su cuenta, con la atención que merece [44]. ¿Llegará a madurar ese deseo?

3) AMSTERDAM

No es impertinente la presencia de Amsterdam en la encuesta: sin ser una asamblea de Fe y Constitución, están presentes en ella los protagonistas de este movimiento, que integra, como órgano primordial, los cuadros del Consejo Ecuménico [45].

El significado de Amsterdam rebasa de mucho nuestro tema. Seríamos injustos extendiendo a la asamblea el juicio que merece su actitud frente al ministerio.

Con todo, no hemos de olvidar que es la unidad la meta del ecumenismo y el ministerio su condición previa. Autores hay que denuncian la ausencia de progreso en Amsterdam [46]. Es lícito preguntarse: ¿no será porque no enfocaron el argumento apropiado o porque no lo hicieron con el método justo? [47].

* * *

---

[38] *Ibid.*, p. 28-31.

[39] *Ibid.*, p. 160 y 202.

[40] *Ibid.*, 159 y 283.

[41] El «Rapport» de la asamblea, tras las cuatro afirmaciones de principio en que dicen concordar los delegados (*íbid.*, p. 279) señala las diferencias en que se modula la doctrina del ministerio en cada confesión cristiana (*ibid.*, p. 297-281).

[42] Va de la unidad de *colaboración pura*, (*íbid.*, p. 284), a la de *unión orgánica* (*íbid.*, p. 287) pasando por la *intercomunión*, propuesta como solución intermedia (*ibid.*, p. 285).

[43] *Ibid.*, p. 156, 157, 188.

[44] *Ibid.*, p. 155.

[45] En 1938, haciendo realidad un antiguo proyecto, se decidió en Utrech la anexión de Fe y Constitución al movimiento paralelo de Vida y Acción. En 1946 el proyecto entraba en fase de ejecución provisional. En Amsterdam pasó a ser definitivo.

[46] M. Villain, *Introduction à l'oecuménisme*, Tournai-Paris, 1958 p. 30: «C'est un fait que le rapport d'Amsterdam n'accuse aucun progrès positif ouvrant une voie de concorde...»

[47] Utilizamos como fuentes el «rapport» oficial: *La première Assemblée du Conseil Oecuménique des Eglises, Amsterdam, 22 août - 4 septembre 1948*, Neuchatel-Paris, 1948, editado por el Secretario general del Consejo Ecuménico, W. A. Visser't Hooft. Es el V.º volumen de una colección titulada «*Desordre de l'homme et dessein de Dieu*», cuyos cuatro primeros volúmenes contienen respectivamente los estudios preparatorios de las cuatro secciones de la asamblea mundial.

I) *L'Eglise universelle dans le dessein de Dieu.*

II) *Le dessein de Dieu et le témoignage de l'Eglise.*

III) *L'Eglise et le désordre de la société.*

IV) *L'Eglise et le désordre international.* (Citamos sencillamente, señalando con un número romano el volumen y con otro arábigo, la página).

Amsterdam inaugura una *nueva metodologia.* Tanta importancia atribuyen los fautores a esta conquista, que la colocan en cabeza en el «rapport» de la primera sección.

La experiencia de varios años de ecumenismo ha demostrado que a nada conduce el método comparativo ensayado en Lausanne y Edimburgo. En vez de buscar armonías aparentes, más bien superficiales, creen preferible enfrentar con valentía las posiciones confesionales en lo que tienen de más opuesto y radical. Amsterdam ha pretendido definir nada menos que «el desacuerdo fundamental» que separa las diversas confesiones [48]. Aplica para ello el método dialéctico de factura barthiana, inédito en clima ecuménico. Por dramática que sea la tensión confesional descubierta a la luz de este método, piensan que deja más amplio margen a la esperanza que las fáciles e ilusorias armonías del método comparativo [49].

¿Cuál es a juicio de los observadores de Amsterdam ese desacuerdo profundo? «Au delà de ces nuances d'opinion, nous désirons vouer une attention spéciale au déssaccord auquel nous sommes constamment ramenés quel que soit notre chemin. Historiquement, il se trouve exprimé par l'opposition qui existe entre les deux concepts généraux: "catholicisme" et "protestantisme"» [50]. Representan dos concepciones antinómicas. «En chacune d'elles, nous rencontrons une conception de la foi et de la vie chrétiennes qui constitue une tradition complète... La tendance dite "catholique" insiste avant tout sur la continuité visible de l'Eglise dans la succession apostolique de l'épiscopat. La tendance dite "protestante" souligne essentiellement l'initiative de la Parole de Dieu et la réponse de la foi, — initiative et réponse concentrées dans la doctrine de la justification *par la foi seule*» [51]. De esa visión particular no se libra el individuo por mucho que purifique sus prejuicios confesionales. Y lo curioso del caso es que semejante perspectiva sirve de contexto fatal a todas las cuestiones eclesiológicas por secundarias que parezcan [52].

Abierta la discusión en la asamblea se atacó la nueva metodología por exagerada [53], incompleta [54] y hasta falsa [55]. Pero los defensores la sostuvieron con valentía, convencidos de que no existe medio posible entre el esquema católico y protestante [56]; y de

---

[48] «Rapport» (V, 65).

[49] G. THILS, *Histoire doctrinal du mouvement oecuménique*, Louvain, 1955, p. 98: «La méthode dialectique travaille par "oui" et "non", par arrêtés nettes et raides. Elle a l'avantage de se placer devant les réalités ecclésiastiques totales et de montrer que les différences qui les affectent à la périphérie s'enracinent en fait jusque dans les doctrines essentielles... La visión tranchante de la méthode dialectique est un progrès dans le sens de la vérité, aussi bien que dans le sens de la sincerité»... El método dialéctico, como dirá O. S. TOMKINS, «permite ver nuestras confesiones en relieve de tres dimensiones; no ya como un chato balance doctrinal» (*Commission on Faith and Order of The World Council of Churches. Meeting at Chichester.* England, July, 16 th. to 20 th. 1949, p. 18).

[50] «Rapport», V, 65.

[51] *Ibid.*, V, 66.

[52] *Ibid.*, V, 66: «Chacun de ces points de vue considère les divers éléments de la vie de l'Eglise dans une perspective d'ensemble de sorte que, même là où ces éléments paraissent semblables, ils se trouvent en réalité situés dans des contextes généraux qui, jusqu'à présent, nous apparaissent irréductibles l'un à l'autre».

[53] Así el DR. DEVADUTT, con los ojos puestos en la reciente unión del Sur de India, en que es posible la convergencia de «católicos» y «protestantes» (V, 74).

[54] El DR. DOUGLAS HORTON acusa una laguna en la clasificación propuesta, puesto que «des millions de croyants ne pourraient reconnaître leur Eglise dans l'une ou l'autre des définitions du rapport» (V, 74).

[55] El Obispo de Londres estima la clasificación «difficile à accepter pour les Eglises anglicanes et pour l'Eglise de Suède en particulier, qui ont toujours affirmé être à la fois catholiques et protestantes». (V, 75).

[56] El DR. HODGSON «estime qu'il existe deux points de vue différents et irréductibles. Le premier envisage l'Eglise comme un corps existant dans l'espace et dans le temps, vivant dans l'histoire comme une entité de ce monde, son principe de continuité étant celui d'un organisme historique réel. Le point de vue opposé soutient au contraire que le principe de continuité de l'Eglise ne se trouve pas ici-bas, dans les catégories de l'espace et du temps, mais réside tout entier et nécessairement dans l'invisible où est entré notre Seigneur Jésus-Christ»... (V, 76).

que la metodologia dialéctica constituye la espina dorsal [57] y aun la razón profunda de la unidad del documento de Amsterdam [58]. La asamblea concluyó aceptando el texto por unanimidad [59].

* * *

Es lástima que no hayan llevado esa metodologia tan esperanzadora, en el sentir de sus fautores, al problema del ministerio. Lo señalan como motivo de discordia [60]; pero no vemos se le haya dedicado la atención que merecia. No tuvieron en cuenta en Amsterdam los votos de las asambleas precedentes. La omisión es tanto más sensible cuanto que el estudio preparatorio de la primera sección ofrecía material abundante y selecto [61]. Señalemos en particular cinco trabajos de gran altura y autoridad, firmados por Aulén [62], Craig [63], Florovsky [64], Gregg [66] y Barth [66] respectivamente. En ellos se delinea toda una gama de opiniones que van desde la afirmación paladina del ministerio en el corazón de la iglesia [67], hasta su negación rotunda [68], pasando por todos los matices intermedios [69]. Los mismos autores habían delineado expresamente la articulación del ministerio y la unidad. La asamblea debia haberse pronunciado en torno a la eficiencia de aquél: ¿es nula, como pretende Barth, por ser la unidad don exclusivo del Señor? [70]; ¿corresponde a los ministros, como propone Aulén, la tarea de indicadores de la unidad de la Iglesia? [71]; ¿constituye el ministerio «le nerf et le tendon de l'unité»? [72]; ¿es el sacerdote [73] y sobre todo el obispo [74] verdadero arquitecto de la unidad eclesiástica? Merecia la pena ensayar en este campo las virtualidades del método de Amsterdam. En él late el corazón del problema ecuménico; pasarlo por alto equivale a esquivar su solución.

* * *

Es lo que ha sucedido en Amsterdam. El tema del ministerio continúa esperando su hora.

Es muy dudoso el éxito dependiente del método dialéctico; pero el ensayo hubiera dado la medida de su rendimiento máximo en la búsqueda de la unidad.

Tal vez no estaba preparado el ambiente. Hay indicios no despreciables de que persevera en pie el relativismo criteriológico [75] que daría al traste con los mejores esfuerzos. Visser't Hooft, bien informado como secretario general del

---

[57] Así el Dr. Craig (V, 76-77).

[58] Es la creencia del presidente de la sesión, el Dr. Lilje (V, 79).

[59] *Ibid.*, V, 89.

[60] Entre los elementos de discordia, figura «la place du ministère dans l'Eglise et la nature de son autorité et de sa continuité... la nature de l'unité visible et la signification du schisme»... (V, 68).

[61] Lo recomienda el «rapport» de Amsterdam (V, 67).

[62] G. Aulén, *L'Eglise à la lumière du Nouveau Testament* (I, 23-40).

[63] C. T. Craig, *L'Eglise du Nouveau Testament* (I, 41-58).

[64] G. Florovsky, *L'Eglise: Sa nature et sa tache* (I, 59-81).

[65] J. A. F. Gregg, *L'Eglise une, sainte, catholique et apostolique,* (I, 83-94).

[66] K. Barth, *L'Eglise, congrégation vivante de Jesús-Christ, le Seigneur vivant* (I, 95-107).

[67] Florovsky, *art. cit.*, p. 72.

[68] Barth, *art. cit.*, p. 102-103.

[69] Gregg, *art cit.*, p. 88 a 92: Aulén, *art. cit.*, p. 35-37; Craig, *art. cit.*, p. 51-52.

[70] Barth, *art. cit.*, p. 103.

[71] Aulén, *art. cit.*, p. 38: «Tant que le ministère demeure fidèle au message divin, il rend présente l'unité de l'Eglise».

[72] Gregg, *art. cit.*, p. 89; citando a John Bramhall.

[73] Florovsky, *art. cit.*, p. 72; «L'unité organique du corps n'est pas seulement répresentée ni montrée; elle est fondée dans le ministère».

[74] Florovsky, *art. cit.*, p. 73: «L'évêque, comme ordinant est constructeur de l'unité de l'Eglise dans un sens plus large»...

[75] Siquiera en las iglesias madres, a juzgar por las observaciones de P. D. Devanandan, *Le Mouvement oecuménique et les jeunes églises*, (I, 221-222).

Consejo y buen intérprete, por su dedicación total al problema ecuménico, de las variaciones «climatológicas», confiesa paladinamente que «l'idée courante que les églises se font aujourd'hui de l'oecuménisme reste empreinte d'une sérieux relativisme et ne témoigne pas d'une grande préocupation de la vérité divine» [76].

En una palabra: Amsterdam dio un paso discutible en terreno metodológico; pero dejó intacta la actitud criteriológica e inédita la materia precisa que había de elaborarse para una solución definitiva del problema.

4) LUND

Pese a su inserción en el Consejo Ecuménico, la Comisión de Fe y Constitución conserva autonomía suficiente en su específica tarea doctrinal. En virtud de la misma pudo reunirse la asamblea mundial de Lund, enlazándose como tercer anillo de la cadena iniciada en Lausanne y continuada en Edimburgo.

¿Qué aportan para nuestra encuesta esa reunión de 255 delegados, procedentes de 114 iglesias, congregados en la ciudad sueca de Lund del 15 al 28 de agosto de 1952? Los estudios preliminares orientados en tres direcciones —iglesia-culto-intercomunión—, meditados con profundidad, cual testimonian las publicaciones [77], ofrecían sólido fundamento de esperanza.

Se ha hablado de un máximo en la historia de Fe y Constitución. ¿Coincide también con el estudio ecuménico por antonomasia?

* * *

Desgraciadamente tampoco Lund se decide a saldar la deuda, contraída de antaño, con el problema del ministerio. Y eso que el «rapport» oficial, desdoblando en seis temas los tres preparatorios [78], debía enfrentarse por múltiples razones con ese argumento.

Lo hacen los delegados; no podía ser menos. Pero sus alusiones son tangenciales, demasiado rápidas, sin la profundidad que reclama esta materia.

1.º A propósito de la Iglesia, surge la cuestión del ministerio: «Si bien la mayoría de los cristianos opina que una forma de ministerio debidamente "comisionado" es esencial a la continuidad de la Iglesia, el acuerdo se desvanece ante las divergencias, irreductibles hasta la fecha, en torno a la cuestión abierta acerca de la esencialidad de una determinada forma de ministerio que asegure la continudad de la misma Iglesia» [79]. Reconocen la incapacidad de su respuesta [80]. Sugieren una senda fecunda: el ministerio profético, sacerdotal y real de Cristo [81]. ¿Por qué no se habrán decidido a seguirla hasta el fondo?

2.º «El culto, leemos en la actas, es siempre un acto comunitario del pueblo de Dios, acto de la Iglesia entera. La presidencia se confía a veces a cualquiera de sus miembros. Sin embargo, la mayoría de nuestras iglesias estiman que nuestro Señor ha instituído un ministerio eclesiástico. Y es a ese ministerio sólo a quien se reserva la presidencia de ciertos actos de culto. Ello nos plantea naturalmente la cuestión del fundamento de semejante restricción. Para algunos reposa sobre la creencia de que la Iglesia, bajo la dirección del Espíritu Santo, llama a ciertos miembros a esta o aquella función; para otros. descansa sobre la fe de que es el Espíritu Santo quien confiere a determinados individuos la gracia propia del orden sagrado. Aparte de que hay iglesias que consideran una distinción neta entre el sacerdocio ministerial y el

[76] W. A. Visser't Hooft, *Qu'est-ce que le conseil oecuménique des Eglises?* (I, 273).

[77] *The Nature of the Curch*, ed. N. Flew, London, 1952; *Ways of Worship*, ed. P. Edwall, E. Hayman y W. D. Maxwell, London, 1951; *Intercommunion*, ed. D. Baillie y J. Marsh, London, 1952.

[78] *The third world conference on Faith and Order*, Lund, 1952, ed. Oliver S. Tomkins, London, 1953. Los temas son: I) Carta a las Iglesias; II) Jesucristo y su Iglesia; III) Continnidad y Unidad; IV) Formas de Culto; V) Intercomunión; VI) ¿Dónde nos hallamos?

[79] *«Rapport»*, p. 25.

[80] *Ibid.*, p. 26.

[81] *Ibid.*, p. 27.

sacerdocio universal de los fieles»[82]. Cabe confesión más paladina de que no existe solución ecuménica al problema del culto al margen del ministerio? ¿Por qué habrán de contentarse con registrar la existencia de un problema?[83].

3.º También la intercomunión lo suscita desde una perspectiva sensiblemente diversa. ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad? Algunos muestran manga muy ancha en terreno de intercomunión; otros sostienen que «el sacramento no puede celebrarse sino por la mano de un sacerdote ordenado por un obispo»[84] y que, por lo mismo, la intercomunión presupone unidad de ministerio. Tampoco la intercomunión recibirá respuesta global mientras perseveren oscuridades en torno al ministerio. Lund no ha intentado disiparlas.

Y es que el problema reclama una profundidad y un tiempo que los delegados no le han dedicado. Inútil esperar solución de unas alusiones rápidas y más o menos ocasionales. El tema es central y de hondura. Y como tal ha de manipularse.

* * *

Y aquí sí que es muy sensible esta omisión, porque la metodología alcanza un nivel de perfección difícilmente superable.

En las primeras páginas de las actas oficiales leemos una confesión expresiva: «A través de nuestro estudio hemos llegado a la convicción de que hay un punto de importancia decisiva para el progreso de la empresa ecuménica: es necesario que nos decidamos a tratar el tema de la Iglesia en relación con la doctrina de Cristo y del Espíritu Santo. A nuestro parecer tal debería ser el argumento primordial de nuestra tarea futura»[85].

La experiencia impone nueva rectificación metodológica. ¿Por qué? La eclesiología comparada —en plan empírico-histórico, como en Lausanne o Edimburgo; o bien con acento metafísico, cual acaecía en Amsterdam— entraña el peligro cierto de agudizar y aun solidificar las divergencias en vez de suprimirlas[86]. Eso sin tener en cuenta que las fronteras señaladas son por lo general arbitrarias: creen los estudiosos dar diferencias confesionales y son más bien «trans-confesionales» porque cruzan territorios muy diversos en la cristiandad dividida[87]. ¿Cuál es la corrección metodológica propuesta en Lund? No es acertado, dicen, enfrentar las iglesias entre sí; es preciso compararlas con Cristo. La marcha hacia la unidad ha de tener signo cristológico: «Nos esforzamos por entender la unidad de la Iglesia terrestre en función de la unidad de Cristo; buscamos realizarla en el estado actual de nuestras divisiones, a partir de la unidad de Cristo y de su Cuerpo»[88].

El nombre de Lund irá ligado en lo sucesivo al programa cristológico. Convienen los críticos en situar en ese punto la conquista suprema de Lund[89]. La completan los delegados con un respeto grande para con la dimensión histórica[90]. No falta incluso una apertura de tipo criteriológico que supera infinitamente actitudes precedentes: Buscan la unidad en plano doctrinal, sacramental, ministerial[91]. El programa comporta sacrificios de tipo confesional que es preciso aceptar, si de veras se quiere la unidad de los cristianos[92]. Mientras no llegue la reunión, los diversos grupos cristia-

---

[82] *Ibid.*, p. 41-42.
[83] *Ibid.*, p. 42.
[84] *Ibid.*, p. 55.
[85] *Ibid.*, p. 22.
[86] O. S. Tomkins, *Implications of the Ecumenical Movement*, (Ibid., p. 165-166).
[87] O. S. Tomkins, *The Church in the purpose of God*, London, 1950, p. 37-40.
[88] «*Rapport*», p. 18.
[89] Cf. W. A. Visser't Hooft, *World Council of Churches. Minutes and Reports of the Fifth Meeting of the Central Comittee, Lucknow (India), December 31, 1952 - January 8, 1953*, Genève, 1953, p. 73. Conviene con él: D. C. Lialine, *Le mouvement Foi et Constitution à l'étape de Lund 1952, d'après les documents imprimés*, en *Irénikon*, 26 (1953), p. 271.
[90] «*Rapport*», p. 27.
[91] *Ibid.*, p. 34.
[92] Así E. Schlink, *The Pilgrim People of God* (*ibid.*, p. 151-161) como O. S. Tomkins, *Implications of the Ecumenical Mouvement*, (*ibid.*, p. 161-173).

nos reflejan «vestigia ecclesiae». Una fórmula que ya resonó en Amsterdam, pero que sólo en Lund pasa al «rapport» oficial [93]. Una fórmula que se presta a interpretación muy sana, igualmente alejada del apriorismo dogmático y del relativismo escéptico. Una fórmula de suyo respetuosa para con la verdad de una iglesia única, sin negar por ello los elementos auténticamente cristianos conservados en las diversas confesiones.

* * *

¿Por qué Lund no dio los frutos ecuménicos que cabía esperar de esa metodología lindante con la ideal?

Respeta la *teología*, en la que propone un planteo de tipo eclesiológico-cristológico-pneumatológico; reconoce los derechos de la *historia*, exigiendo una búsqueda rigurosa y precisa de los hechos pretéritos; no ofende a la *filosofía* con relativismos absurdos; sino que reconoce una sola iglesia verdadera y acepta «vestigia» en las iglesias, es decir: elementos áureos procedentes del mismo filón originario.

Se han buscado explicaciones en las deficiencias de organización, o bien en la premura de tiempo; sobre todo, en la mediocridad científica de no pocos delegados [94]. Nos resistimos a pensar que esos motivos representen una respuesta exhaustiva.

Para nosotros hay una razón muy sencilla: Lund propuso un programa estupendo de estudio; pero lo dejó en programa. No aplicó la metodología de suyo laudable a la materia apropiada.

5) EVANSTON

¿Habían de convertirlo en realidad los delegados de la segunda asamblea mundial del Consejo Ecuménico, reunidos en Evanston hace cinco años? [95].

Mucho cabía esperar de aquella brillante reunión, demasiado grandiosa tal vez, y excesivamente abierta, para asegurar un ambiente propicio a la reflexión espiritual [96].

Pero hay indicios muy fundados de que el proyecto de Lund quedó en letra muerta. No ya porque en Evanston faltara libertad de movimiento al grupo de Fe y Constitución, a la sazón encargado de un tema cristológico-eclesiológico, al margen del tema central [97]; sino más bien porque hubo retroceso en metodología y poco esfuerzo en desentrañar el tema del ministerio.

* * *

El estudio preparatorio se centra en una encuesta que nos permite escuchar la opinión que cada iglesia se forja de sí misma. Casi en cada página aflora de una manera u otra el tema del ministerio. En particular, al describir sus res-

---

[93] Schlink, *art. cit.*, p. 159. Pasa la fórmula al «Rapport» de Lund, p. 29.

[94] Cf. *Conseil oecuménique des Eglises. Les six premières années*, Genève, 1954, p. 28: «Malgrè l'exeellente documentation fournie par les commissions théologiques préparatoires, beaucoup de délegués étaient médiocrement préparés à de sérieuses discussions théologiques».

[95] Actas en: *L'espérance Chrétienne dans le monde d'aujourd'hui, Evanston 1954*, Neuchatel-Paris, 1955.

[96] «La deuxième Assamblée... a été le rassemblement d'Eglises le plus largement représentatif qui ait jamais eu lieu»... (*Ibid.*, p. 5). El servicio de prensa convirtió el consejo en un auténtico palacio de cristal, con peligro de interpretaciones erróneas para observadores extraños carentes de sensibilidad religiosa. (En ese sentido se lamenta R. Mehl, en *Le Monde*, 22 oct. 1954).

[97] Además del tema central: «Le Christ, seul espoir du monde», fueron objeto de estudio otros seis temas particulares. El confiado a la sección de Fe y Constitución llevaba como título: «*Notre unité en Christ et notre désunion en tant qu'Eglises*» (*L'Espérance*, p. 65 ss.).

pectivos cuadros jerárquicos [98] o al enfocar el problema de las relaciones interconfesionales [99].

No refleja, sin embargo, el «rapport» de Evanston la elaboración que el ministerio estaba reclamando. Los delegados reconocen paladinamente el lugar central que corresponde al tema en el esfuerzo ecuménico [100] y lamentan la inexistencia de una teología apropiada [101]; pero no modifican la política tradicional a lo largo del ecumenismo. Y Evanston aplaza una vez más la empresa.

Que, sin embargo debiera haber llevado a término, para responder plenamente a su misma problemática. Afronta tres puntos. En los tres se deja sentir el vacío doctrinal del ministerio:

1.° porque no es posible agotar el tema de nuestra *unidad en Cristo* escamoteando el don que Cristo hiciera a su Iglesia como salvaguardia de esa misma unidad [102] y que de modo tan diverso aprecian los teólogos [103];

2.° ni cabe reconstruir el panorama completo de la *desunión de los cristianos*, ora se atribuya a un gesto de rebelión [104], ora se lo califique de reforma [105], precisión hecha de los cuadros jerárquicos que los reformadores intentaron suprimir o mejorar;

3.° ¿cabe, finalmente, perfilar *un programa de unidad*, al margen del ministerio? Suscriben su necesidad en Evanston [106]; pero dejan sin definir su fisonomía exacta, su naturaleza, su articulación en la Iglesia...

Son problemas que esperan respuesta desde hace años. Evanston se reconoce en deuda; pero no la satisface.

* * *

Con un agravante. Y es que, contra lo que hemos venido señalando con gozo en las precedentes asambleas ecuménicas, Evanston representa un retroceso.

Sus delegados recitan una vez más la letanía de cargos contra el método comparativista [107] y hacen suyas las críticas ensayadas contra el intento dialéctico de Amsterdam [108]. Más todavía: señalan con encomio la senda cristológica trazada en Lund y la aceptan en teoría como normativa en Evanston [109].

---

[98] Basta comparar la visión del ministerio en la iglesia ortodoxa (*L'Espérance*, p. 97-98) con la desvalorización del luteranismo (*Ibid.*, p. 101-102) o con el desconocimiento total que afectan algunas confesiones (*Ibid.*, p. 105, 107, etc.).

[99] La encuesta señala hasta cuatro esquemas diversos de reconocimiento mutuo (*L'Espérance*, p. 95-96). Sería interesante señalar la función criteriológica que corresponde al ministerio en ellas.

[100] *Ibid.*, p. 68: «Le noeud du problème, lorsqu'il s'agit d'union, s'avère être les questions du baptême, de la cène et du ministère»...

[101] *Ibid.*, p. 69: «Les possibilités de parvenir à une compréhension mutuelle et à un accord sur ces éléments fondamentaux de la vie de l'Eglise n'ont en aucune façon été épuisées par les discussions qui ont eu lieu à leur sujet au cours des quarante dernières années au sein du mouvement oecuménique».

[102] *Ibid.*, p. 73: «Il a donné des apôtres, des prophètes, des évangélistes, des pasteurs et docteurs, afin que l'unité du corps progresse constamment».

[103] *Ibid.*, p. 75: «Nous reconnaissons tous un ministère de la parole et du sacrement, alors même que nos divers ministères ne sont pas encore reconnus par tous et ne sont pas conçus de la même façon».

[104] *Ibid.*, p. 76: «Certains étaient convaincus que d'autres abandonnaient, par des revendications injustifiables ou des doctrines sans fondements, soit la structure soit la foi données par Dieu à l'Eglise»... «Certains ont estimé que les Eglises établies, telles qu'elles existaient à leur époque, ne permettaient pas une libre prédication du message du salut»...

[105] *Ibid.*, p. 76: «Certains étaient convaincus que Dieu les appelait à entreprendre une réforme de la foi et de l'ordre de l'Eglise afin de la ramener à sa pureté primitive... Certains ont également pensée qu'une réforme de la foi s'imposait, mais dans le cadre de l'antique «épiscopat historique»...

[106] *Ibid.*, p. 81.

[107] *Ibid.*, p. 67.

[108] A juicio de D. C. Lialine, *Evanston-Action*, en *Irénikon*, 27 (1954), p. 377: «la différence fondamentale d'Amsterdam... semble ne garder son crédit que chez le Père Florovsky».

[109] *L'Espérance*... p. 67, 72, 74, 76, 80, etc.

Probablemente sólo en teoría.

Basamos nuestra sospecha en la aportación típica de Evanston. Las notas metodológicas transcritas, no son originales. Lo propio de Evanston se resume en dos puntos: uno negativo y otro positivo.

El primero se cifra en una condena, siquiera parcial, de la teoría de los «vestigia ecclesiae», bien acreditada en clima ecuménico [110]. Se la acusó como insoportable y ofensiva para algunas iglesias miembros [111] y los delegados se avinieron a firmar su supresión [112].

La aportación positiva de Evanston marca época. Sometidos a tensión los espíritus, balanceados por el pensamiento de la unidad y división, acabaron por suscribir una inferencia audaz: No hay una iglesia con unidad perfecta; no la hubo jamás; es imposible soñar en ella [113]. Si se habla de unidad eclesiástica, es preciso entenderlo en sentido relativo. Algo análogo a lo que acontece con la justicia del hombre. Y así como el santo es «iustus simul et peccator», asi también ha de concebirse la Iglesia «iusta simul et peccatrix»: «L'Eglise n'a jamais pris conscience pleinement de cette unité... En ce sens nous pouvons dire de l'Eglise ce que nous disons du croyant qui est à la fois pécheur et justifié (SIMUL IUSTUS ET PECCATOR). En tout chrétien il y a à la fois "l'homme nouveau" qui a été créé et qui doit être revêtu chaque jour et le "vieil homme" qui a été crucifié avec le Christ et qu'il faut cependant faire mourir chaque jour. Ainsi l'Eglise est déjà une en Christ du fait de son identification avec elle et en même temps, elle doit devenir une en Christ pour manifester sa réelle unité en faisant mourir ce qui la divise» [114].

Imposible disimular la impresión penosa que produce esta fórmula aplicada a la iglesia en un «rapport» mundial reciente —el último— de Fe y Constitución. Dejemos aparte el deleznable soporte *dogmático* del que se ocupan de antaño los controversistas; atengámonos a una perspectiva puramente *metodológica:* ¿quién no descubre en ella una transposición indebida del orden individual al eclesiológico? No deja de ser un expediente muy poco ecuménico, ligado como se halla a una dogmática particular: sabido es que la fórmula tiene ascendencia claramente luterana, en contraste con otras muchas posturas teológicas representadas en el Consejo. Por lo demás, viene a romper violentamente la curva de ascensión continua que hemos venido registrando en la metodología ecuménica: cuando los espíritus se habian acostumbrado al puente lanzado de la eclesiología a la cristologia, ¿qué puede significar este retroceso a posiciones marcadas por añadidura con un tinte antropológico? No acertamos a comprender el alcance exacto de esa ascesis comunitaria que aqui se nos sugiere. Algo de alivio nos produce el leer en la introducción al «rapport» que hubo reservas flotantes incluso en Evanston [115]. Una doctrina tan poco ecuménica no puede en modo alguno prosperar.

Teológicamente Evanston da marcha hacia atrás [116]; *históricamente* queda en deuda evidente [117]; *filosóficamente* es muy de temer que deje las cosas en el estado deplorable en que se hallaban al principio del ecumenismo. Es cierto que cacarea un ideal más elevado que el propuesto en Amsterdam: no basta «estar juntos», es preciso

---

[110] Avanzada ya en la relación que hiciera VISSER'T HOOFT en la conferencia de Amsterdam (cf. Actas, V, 285), pasó luego al documento de Toronto (IV, 5) aceptada como fórmula providencial. Lograba la armonía de las iglesias en el seno del consejo, sin imponer un reconocimiento eclesiológico que a varias dogmáticas repugna.

[111] Al decir de CLARENCE T. CRAIG, (*The Ecumenal Review*, III, 3, p. 216) la sección de los «vestigia ecclesiae» es la más deleznable en el documento de Toronto. «L'expression même dénote cette insupportable arrogance qui est l'un des plus grands obstacles à la fraternité comme à l'unité».

[112] *L'Espérance*, p. 111: «On se rend compt maintenant qu'il vaudrait mieux ne plus user de l'expression *vestigia ecclesiae* dans ce contexte. Mais l'idée de *reconnaissance partielle* contribue beaucoup à dénouer tout le problème de la reconnaissance ecclésiastique et cela d'une manière qui mérite d'être examinée beaucoup plus attentivement».

[113] *Ibid.*, p. 73. Cf. p. 70.

[114] *Ibid.*, p. 73.

[115] *Ibid.*, p. 70.

[116] Lo reconoce francamente R. MEHL, en *Rev. Hist. Philos. Théol.*, 26 (1956), p. 320.

[117] FLOROVSKY tiene una expresión feliz: se han buscado las vías de la unidad en el espacio; es hora de intentar una incursión en el tiempo. (*Le défi de la désunion*, en *Foi et Vie*, nov.-dec., 1954, p. 506-507). No vemos en Evanston el estudio de la tradición que convierte en realidad este programa, aceptado incluso por los delegados (*L'Espérance*, p. 80).

«crecer» [118]. Pero ¿de qué manera? ¿No es peligroso, cuando menos, reconocer a cada iglesia el derecho de definir la forma de unidad que cada cual busca? Hay peligro inminente de canonizar formas de dogmatismo [119] y de relativismo [120] que en Evanston se tiñen de una marcada tonalidad pragmatista [121]. Los mismos delegados apostillan las actas de Fe y Constitución con no infundadas reservas [122].

* * *

Con Evanston se cierra el ciclo de asambleas mundiales. La tesis del ministerio continúa casi en el punto de partida; con el consiguiente reflejo en la causa de la unidad.

¿Cuando se decidirán a estudiar con metodología depurada lo que todos los autores vienen reconociendo como el «número uno» entre los temas ecuménicos?

Hacemos votos porque sea muy pronto. Sospechamos que la primera providencia consistirá en dictar a las conclusiones de Evanston el correctivo oportuno. Es preciso que la curva teológica torne cuanto antes a su ritmo anterior. Era, cuando menos, ascendente y preñada de esperanzas.

CONCLUSION

La brevedad de unos datos antológicos espigados en la historia de Fe y Constitución, aconsejan circunspección extrema a la hora de formular las conclusiones. La riqueza de las fuentes merecería un tratado monográfico. Pero aun ceñidos a la modestia de nuestro horizonte, nos es dado entrever con claridad la estrecha vinculación de ministerio y unidad.

Desde el primer momento se dio a conocer aquél como acondicionador de la tarea ecuménica. Era dable esperar que, en consecuencia, centralizara el interés de los investigadores. La crónica de estas últimas décadas registra una inconsecuencia tan triste como inexplicable: el estudio del ministerio, si bien reconocido por sufragio universal como inevitable y aún urgente, se vio relegado de congreso en congreso. Los fautores del ecumenismo han resbalado sobre el tema sin decidirse a atacarlo de frente.

De poco sirvió la depuración gradual en metodología. Nos es muy grato consignar un progreso continuo de Lausanne a Lund: salta de la comparación empírica a la filosófica; y de las posiciones racionales a las teológicas. Una restricción igualmente progresiva en el estudio de la materia, ha venido a neutralizar esas ventajas: en Lausanne, el tema del ministerio llenaba toda una sección;

---

[118] *L'Espérance*, p. 8, 69, 80, 81. Hubo una viva discusión sobre el sentido de este programa de crecimiento mutuo (*Ibid.*, p. 69).

[119] Véase la declaración de los ortodoxos (*Ibid.*, p. 389). Cf. *Istina*, 1 (1954), p. 360.

[120] *L'Espérance*, p. 68 y 112.

[121] Con los ojos puestos en la unión de grupos confesionales diversos, proponen algunos el ideal dinámico de la «*iglesia unificadora*» contrapuesto al estatismo de la «*iglesia unida*». Muy interesante a este respecto resulta el razonamiento del obispo M. HOLLIS, calcado sobre la metodología seguida en la reunión del Sud de India: «Un des moyens d'approche consiste à essayer, dans des conférences, d'obtenir un accord sur les problêmes théologiques essentiels, avant que naisse l'Eglise unie... Il est vrai que des siècles de discussions savantes; écrites ou orales, ne donnent que peu d'espoir d'arriver jamais à un résultat positif par cette méthode... Ce que nous avons fait, c'est premièrement d'exprimer notre conviction que nous sommes tous authentiquement chretiens par la foi et que tous nous désirons connaître la volonté de Dieu et Lui obéir. Nous nous sommes mis d'accord sur certains points d'ordre pratique, nous avons constitué une organisation dans et par laquelle nous pouvons travailler ensemble. Nous avons eu foi et nous avons cru que, si nous nous unissions en une Eglise nous pourrions compter sur le Saint-Esprit pour nous montrer clairement comment nous devions procéder en partant de l'obéissance.» (*L'Espérance*, p. 109).

[122] *L'Espérance*, p. 123-124. Destaca entre ellas la 10.ª: «La distinction établie par le Chanoine Hodgson entre la volonté permanente de Dieu pour l'Eglise et sa volonté pour le temps de la séparation, se justifie-t-elle théologiquement et comment?»

en Edimburgo hubo de arrinconarse en una subsección secundaria; en la sucesivo, no figura ya en el temario y debe contentarse con simples alusiones puramente ocasionales.

Sería interesante profundizar los motivos de semejante inconsecuencia. Sospechamos que no anda libre de responsabilidad la dimensión criteriológica. La empresa de eliminar las diferencias entre los grupos cristianos ha de contar con la fidelidad de cada uno a su propio credo y con contrastes evidentes en sus respectivas profesiones de fe, irreductibles muchas veces a la unidad. El problema es muy arduo. Y no se resuelve atrincherándose en rígidos postulados ni tratando de borrar alegremente las fronteras divisorias. En plano natural condenan los criteriólogos así la actitud dogmática, como la postura escéptica. A poco que se prolonguen las líneas de analogía entre el mundo natural y sobrenatural, recae el anatema sobre las modalidades del planteo ecumenista ensayado hasta hoy.

La deficiencia es meridiana cuando se enfoca, como acabamos de ver, la cuestión del ministerio.

Y no deja de ser bien triste; porque es probablemente el tema que encierra más virtualidades para una rectificación perfecta en terreno criteriológico.

No es el momento de ensayarla.

Pero sí de consignar una nota que nos duele en el alma; no podemos, sin embargo, silenciarla sin traicionar nuestro cometido:

Si es cierto que la cuestión del ministerio condiciona la causa de la unidad, fuerza es reconocer como muy exiguo el cauce hasta hoy abierto al movimiento ecuménico. ¿No se cifra en la búsqueda activa de la reunión de los cristianos? ¿Cómo justificar la apatía de sus fautores en eliminar el obstáculo que reconocen a coro como el más voluminoso?

B) UNIDAD Y ECUMENISMO

Pero ¿es seguro que la marcha hacia la unidad se halla encadenada necesariamente a la suerte del ministerio? La tesis suena con dureza, supuesta la historia que acabamos de evocar.

La curva ecuménica del ministerio se presta a numerosas inferencias. Mejor será omitirlas. En vez de extraer cómodas —y nada optimistas— deducciones, preferimos afrontar la tesis directamente, desde otra perspectiva. A la vez que nos hacemos cargo del panorama de unidad en el ecumenismo, podremos compulsar la objetividad de sus relaciones con el ministerio.

Llenaríamos este programa, de disponer de tiempo suficiente, en tres fases. Habremos de contentarnos con aportar unas alusiones muy rápidas:

1.° urge ante todo reconstruir el cuadro objetivo de la unidad ecuménica;

2.° pero no basta poner ante los ojos el panorama estático de unidad; es preciso pulsar el ritmo de su marcha hacia la meta ideal;

3.° para concluir, por simple expediente comparativo, calibrando el ángulo de esperanza abierto hacia el futuro.

1) PANORAMA ECUMENICO DE UNIDAD

La primera operación reclama ya un desdoblamiento. Son tan acusadas las diferencias de profundidad del plano psicológico y del plano ontológico, que resisten a todo intento de uniformidad panorámica. Fuerza es duplicar los cuadros. Refleja el primero *la unidad a que tienden* los ecumenistas; ambiciona recoger el otro *la unidad que tienen* en realidad.

a) Unidad a que tienden

Toca a los protagonistas describirnos los perfiles de esa iglesia reunida que sueñan para el futuro y a la que consagran sus mejores esfuerzos. Nuestro pro-

blema en este punto se reduce a seleccionar con tiento los testimonios. Afortunadamente contamos con declaraciones autorizadas así en plano colectivo como individual.

* * *

No es preciso abandonar el clima doctrinal de Fe y Constitución para recoger esa confidencia. Además de las asambleas mundiales, que hemos pasado en revista, existen otras de escala regional o nacional. En 1957 tuvo lugar en Oberlin (Ohio) la conferencia de Norteamérica. Su tema enuncia exactamente nuestra preocupación actual: «*La naturaleza de la Unidad que (nosotros) buscamos*» [123].

Echaron mano también allí del método de la encuesta ya utilizado en Evanston; pero acentuando, como es natural, su matiz americano. Es por demás expresivo el cuestionario propuesto a las iglesias: mide las oscilaciones de máxima y mínima que aprecian los organizadores en su ambiente:

«*La unidad cristiana significa:*

— reunión de todos los cristianos en una sola organización eclesiástica visible;
— coexistencia de las diversas denominaciones que se reconocen el valor eclesial recíprocamente;
— unidad espiritual indiferente a formas de organización, pero anclada en puntos fundamentales de fe profesada en común;
— unidad espiritual manifiesta parcialmente en una cooperación en el plano de la acción
— unidad espiritual, libre por completo de toda articulación en plan de cooperación» [124].

Las respuestas, no despreciables por su número —5.704— reflejan la orientación ideológica prevalente en estas regiones. Por motivos confesionales representan un buen índice de la opinión mundial.

Anotemos la oposición a las opiniones extremas: no entusiasma como ideal, ni la reunión de todos los cristianos en una única organización eclesiástica visible (cosa que suscriben tan sólo un 12 % de los seglares y un 8 % de los clérigos), ni tanto menos satisface la anarquía total en la iglesia, reducidos los vínculos de unidad al mundo espiritual e invisible (opinión defendida únicamente por un 3 % de los interrogados). La gran mayoria de los votos se concentra en las posiciones intermedias: más de la mitad de los seglares y una tercera parte de los clérigos, se orientan con preferencia hacia un ideal de unidad espiritual, anclada en puntos fundamentales de fe, pero libre de vínculos de organización [125].

El «rapport» recoge, a grandes rasgos, la opinión dominante en la encuesta. «La unidad a que tienden» es algo esencial a la Iglesia con un reflejo visible superior al que hoy tiene, sin que ello signifique limitación de la libertad o eliminación de toda diversidad [126]. La libertad a que aluden se refiere en cierta medida a la fe; pero prevalentemente a la constitución: en este plano son muy modestas las convergencias y muy voluminosas en cambio las diferencias [127]. No podía faltar, claro está, la alusión a las discrepancias en la forma de concebir el ministerio [128]. Por muchos equilibrios que hagan las actas por definir puntos de contacto, sabemos por el discurso de Lilje [129]

---

[123] Editó las actas: S. Minear. *The Nature of the Unity we seek, Official Report of the North American Conference on Faith and Order. september 3 10 1957. Oberlin. Ohio.* St. Louis. 1958. Utilizamos la versión francesa de R. Beaupère en su artículo: *La conférence de Foi et Constitution à Oberlin (U.S.A.) (3-10 septembre 1957)* en *Istina.* 5 (1958), p. 491-510.

[124] Cf., Beaupère, *art. cit.*, p. 494.

[125] *Ibid.*, p. 494-495.

[126] Minear, *op. cit.*, p. 169.

[127] Minear, *op. cit.*, p. 207: «Des différences opiniâtres nous séparent cependant dans notre compréhension d'une autre question incluant ces deux dimensions»...

[128] *Ibid.*, p. 207: «Il s'agit de la constitution (order) de l'Eglise et particulièrement des sacrements et du ministère. Par exemple, certains parmi nous croient qu'en dehors d'un "épiscopat historique" et de plusieurs sacrements il n'y a pas de véritable Eglise, D'autres estiment qu'un ministère ordonné (ordered) et deux sacrements sont essentiels à l'Eglise. D'autres encore croient que la signification du ministère et des sacrements repose dans la fin spirituelle qu'ils servent et qu'ils ne peuvent pas être essentiels sous une forme déterminée».

[129] El obispo luterano alemán, hablando en el meeting del 8 de septiembre, tras

y por la réplica de Atenágoras [130] que la oposición es radical: la unidad eclesiástica pasa o no pasa por el episcopado. He ahí una cumbre divisoria en que no caben distingos: fuerza es aceptar una vertiente o su contraria.

Concluyen las actas encomendando un estudio de las raíces de esas diferencias. Lo califican de paso decisivo hacia la unidad [131].

Su urgencia salta a los ojos. No se trata tan sólo de un mundo cristiano dividido de hecho. Es que la división llega tan adentro que no logran concordar tan siquiera en definir el ideal a que deben encaminar sus esfuerzos conjuntos.

* * *

Si hay una voz singular autorizada en el ecumenismo, lo es ciertamente la de su Secretario general. Visser't Hooft tuvo ocasión de pronunciar una conferencia en Davos en 1955. También él responde anticipadamente a nuestra pregunta actual: «Des différentes manières de concevoir l'Unité et l'Unité que le Conseil oecuménique des Eglises cherche à promouvoir» [132]. ¿Podíamos desear un título mejor centrado?

Visser't Hooft entiende hablar a título personal sin comprometer lo más mínimo organismos que dignamente representa. Pero su competencia extraordinaria en materia ecuménica, su conocimiento matizado de las sinuosidades del Consejo en su período fundacional, y, sobre todo, la documentación que aporta, justifican sobradamente los comentarios a que ha dado lugar su trabajo, como si efectivamente se tratara de un documento oficial del Consejo.

Articula en siete puntos el ideal de unidad que hace suyo el ecumenismo: Los dos primeros señalan la situación existencial en que se encuentra la unidad eclesiástica en el mundo de hoy: en parte es un dato gozoso [133] y en parte puro proyecto [134]; porque —y tocamos aquí un tema reiterado a cada paso—, la unidad eclesiástica es un don de Cristo, que los cristianos tienen obligación de manifestar en medida superior a como lo vienen haciendo.

Los dos últimos puntos recogen más bien el reflejo de esa unidad, fruto de la santidad de la iglesia [135] y motor del entusiasmo evangélico [136].

---

negar que el ecumenismo deba significar el retorno a Roma, proseguía con dureza: «Nous rejetons l'idée selon laquelle l'Eglise aurait besoin d'une sorte de garantie historique de sa continuité que l'on suppose lui être donnée dans la succession apostolique des évêques. Même en reconnaissant que pour certaines Eglises cette idée a une valeur assez traditionnelle, nous ne pouvons pas admettre la prétention que l'épiscopat historique constitue un élément essentiel et indispensable de l'ordre du salut». (MINEAR, *op. cit.*, p. 131).

[130] La réplica de Atenágoras es digna, serena y profunda. Denuncia la perspectiva en que se desarrolla la conferencia («Nous constatons que tout le programme de la discussion future a été conçu d'un point de vue que nous ne pouvons pas, en conscience, admettre»). En particular responde a la crítica luterana en torno al episcopado: «L'unité que l'Orthodoxie représente repose sur une identité de foi de constitution et de culte. Les trois aspects de la vie de l'Eglise sont extérieurement sauvegardés par la réalité de la succession sans brisure des évêques, qui assure la continuité ininterrompue de l'Eglise avec ses origines apostoliques. Ceci signifie que la plenitude sans compromis de l'Eglise requiert la préservation à la fois de sa structure épiscopale et de sa vie sacramentelle. Adhérant avec ténacité à son héritage apostolique, l'Eglise Orthodoxe tient que l'unité véritable n'est pas possible là où épiscopat et sacrements sont absents et elle s'afflige de ce que les deux institutions aient été rejetées ou déformées dans certaines parties de la chrétienté»... (MINEAR, *op. cit.*, p. 159-163).

[131] «Nous reconnaissons que toutes ces structures ont de profondes racines dans la tradition historique et dans la foi de leurs adhérents. Nous soulignons: 1.º qu'il ne peut pas y avoir de large union organique sans la réduction de ces différences en un tout plus compréhensif; 2.º qu'une intelligence plus générale des fondements des différences constituérait un pas significatif ver l'unité chrétienne» (MINEAR, *op. cit.*, p. 209-210.)

[132] Utilizamos la traducción francesa de *Istina*, 3 (1956) p. 358-359.

[133] VISSER'T HOOFT, *art. cit.*, p. 361: «L'unité de l'Eglise est une unité *donnée*, en ce qu'elle tient sa réalité essentielle de Jésus-Christ lui-même».

[134] *Ibid*, p. 361: «Cette unité doit être rendue manifeste au monde».

[135] *Ibid.*, p. 361: «L'unité de l'Eglise dépend du renouveau de l'Eglise».

[136] *Ibid.*, p. 361: «Cette unité ne doit pas être recherchée seulement pour elle-même mais dans l'intérêt du monde dans lequel l'Eglise accomplit sa mission évangélisatrice».

Son, sin embargo, los tres apartados centrales quienes definen directamente la naturaleza de la unidad. Visser't Hooft recurre para ello a las categorías tradicionales de fe-culto-gobierno. He aquí sus palabras precisas:

1.º Sobre *la fe* asegura: «qu'une pleine unité de l'Eglise doit être basée sur une large mesure d'accord doctrinal»;

2.º sobre *el culto:* «qu'une communion dans les sacrements est un élément nécessaire d'une pleine unité de l'Eglise»;

3.º sobre *el gobierno:* «qu'un ministère (ministry) reconnu par chaque partie de l'Eglise et quelque organe permanent de consultation et de conseil, sont requis, mais qu'une rigide uniformité de structure gouvernementale ou une structure dominée par une autorité administrative centralisée est à éviter» [137].

Nos atenemos a nuestro cometido de relatores. No entramos en el terreno de la crítica; como no sea para anotar una simple observación que salta a la vista a la simple lectura del documento. Todo él presenta un sentido positivo exceptuada una sola restricción. Recae sobre la dimensión gubernamental de la Iglesia. Visser't Hooft estima inaceptable para el ecumenismo la hipótesis de un gobierno centralizado. Permítasenos dos preguntas: 1.ª ¿es *legítima* semejante limitación? ¿Repugna en teoría que Cristo haya previsto para su Iglesia una uniformidad de estructura y un gobierno central? Deber del teólogo es inclinarse ante las fuentes con afán de recoger su mensaje; no de dictar sus postulados y 2.ª, aunque por hipótesis sus razones rayaran en la evidencia, ¿sería *ecuménica* esa actitud? Acordamos el derecho de condenar el abuso de un esquema tiránico [138], pero la fórmula del gobierno centralizado ¿por qué no ha de poder figurar en la gama casi infinita de opiniones eclesiológicas que el ecumenismo respeta? ¿Acaso porque todas las confesiones condenan el papado? Recuerde Visser't Hooft sus propias críticas contra el método del máximo común denominador [139]; piense además que una negación comporta un predicado universal en espacio y tiempo. ¿Quién puede prever actitudes futuras? ¿Entienden tal vez con esta restricción cerrar el paso hacia Roma? No acostumbra el prudente secretario a embarcarse en aventuras proféticas, ni entra en sus planes ser irrespetuoso para con los católicos. Sabe muy bien que cerrarse herméticamente al diálogo con Roma significaría sepultar para siempre la empresa ecuménica a la que tiene consagrada su vida.

Ahí queda la tragedia del problema. En la definición misma de lo que debe ser la Iglesia reunida. ¡Y pensar que las dificultades de más bulto se entrelazan constantemente con aspectos parciales del ministerio!

b) Unidad que ya tienen

Pese a todas las dificultades que cierran el paso, hemos de reconocer en el ecumenismo un sincero deseo de unidad. ¿Coincide la realidad con el deseo? Las distancias desgraciadamente son enormes. Las estadísticas están al alcance de todos. No caeremos en la tentación de transcribirlas. Nos interesa más bien fotografiar el gesto que a su vista se dibuja espontáneo en el protestantismo. Sin metáfora: ¿cómo evocan la rotura del pasado? ¿cómo juzgan la disgregación actual?

* * *

La historiografía protestante nos tenía acostumbrados a mirar como insoluble el por qué de la separación de Roma. ¿Había que atribuirlo a un gesto de rebelión contra la autoridad constituída, o fue más bien consecuencia de un programa positivo de reforma? [140]. Hoy la controversia histórica ha quedado relegada al olvido, gracias a la aportación de la dogmática. Una reflexión eclesiológica nos ofrece la clave: en la misma medida en que la estructura eclesiástica entra como parte integrante del depósito de fe, cabe identificar reforma y rebeldía. Porque un reformador atenta contra los artículos del credo; y una rebeldía carece de sentido sin un programa siquiera elemental de reforma.

---

[137] *Ibid.*, p. 361.

[138] Cf. C. Boyer, *L'unità secondo Visser't Hooft*, en *Unitas*, 11 (1956), p. 68.

[139] W. A. Visser't Hooft, *Notre tâche oecuménique à la lumière de l'Histoire*. 2.ª ed. Genève, 1955, p. 12.

[140] Ya hemos visto la reseña que hacen de opiniones las actas de Evanston. Cf. *L'Espérance Chrétienne dans le monde d'aujourd'hui* Evanston. 1954, Neuchâtel-Paris, 1955, p. 76.

Más incomprensible resulta para oídos católicos la paradoja con que los protestantes nos describen el drama de la rotura eclesiástica. ¿Cómo armonizar una seria obligación de conciencia que les impuso ineludiblemente la separación de Roma, con la responsabilidad personal y social de un auténtico pecado?[141]. No vemos más solución que la propuesta en la dogmática luterana; pero el «iustus simul et peccator» con todas sus implicaciones, queda muy lejos de nuestro dogma. Y no sólo del nuestro; en el seno del Consejo hay oposiciones no menos rotundas.

Tampoco se acaba de hacer luz sobre el programa concreto que perseguían al sacrificar la unidad de la Iglesia: ¿quisieron salvaguardar la pureza de la fe?[142] ¿era más urgente amparar la santidad amenazada de la Iglesia?[143]. Se nos hace muy dura la separación violenta de esas propiedades transcendentales. ¿O es que la dogmática protestante permite la disociación del «unum-verum-bonum» que la ontología da como realidades idénticas?

No es fácil lograr el acuerdo en la calificación de un pasado ya remoto. No tanto por falta de datos, cuanto por diversidad de categorías. La disensión se hace más sensible cuando el objeto no yace en el pasado, sino abierto ante los ojos en su realidad palpitante.

* * *

De escandalosa califican los ecumenistas la dispersión de los cristianos. ¿Qué profundidad teológica atribuyen a esas divergencias?

No es el caso de resucitar esquemas añejos: la teoría de las ramas —la denominada «Branch-Theory»— se representaba la separación confesional a la manera de los brotes de una planta única[144]. Fue muy apreciada en el anglicanismo[145]. A ella se aproxima el esquema de los tres pedazos de un mismo espejo roto, símbolo de las tres confesiones cristianas: católica-protestante-bizantino eslava. Lo propuso F. von Bader el siglo pasado y mereció resucitar en el nuestro bajo la pluma de Benz[146]. Análoga resulta la representación que se hace el ortodoxo L. Zander al evocar la escena del Tabor. Hagamos tres tiendas, propone: una para los ortodoxos, otra para los católicos, la tercera para los protestantes. Lo esencial es vivir juntos y contemplar el mismo y único Cristo[147].

Son posiciones ya arrumbadas en la historia o vigentes en la actualidad a título singular. La orientación ecuménica de masa se resume hoy en dos actitudes dominantes según la encuesta de Evanston: algunas iglesias-miembros del Consejo, se arrogan

---

141 *Ibid.*, p. 76-77.

142 Tal era la argumentación de G. G. Scherer en Lausanne (*Foi et Constitution. Actes officiels de la Conférence Mondiale de Lausanne. 3-21 août 1927*, Paris, 1928, p. 291-292).

143 J. Soucek sostuvo esa tesis en Lausanne (*Ibid.*, p. 309-310).

144 «Il se resume en cette pure hypothèse: la véritable Eglise de Jésus-Christ serait constituée, d'une part, par l'Eglise romaine répandue par toute la terre; de l'autre par le schisme de Photius et par l'hérésie anglicane»... Tal es el resumen que se hace de esta doctrina en la condenación que en 1864 dictó el Santo Oficio de la *Association for the Promotion of the Union of Chrestendom*, creada en 1857 por Ambrosio Philips de Lisle y Federico Jorge Lee. Cf. R. Aubert, *Le Saint Siège et l'Union des Eglises*, Bruxelles, 1947, p. 160 ss.

145 Corrió el texto de un anónimo publicado en *Tablet* el 27 de febrero, 1932, p. 269 bajo el título «*The Athanasian Creed. The "Branch Theory"*». Leemos: «Quien quiera salvarse, ante todo es necesario que profese la fe anglicana. Y la fe anglicana es la que sigue: 1.º Pertenecemos a la Iglesia una en la trinidad y trina en la unidad, en la cual no se aprecia confusión de ramos ni separación de los tres troncos. 2.º De hecho existe una doctrina del Papa, otra del Arzobispo de Canterbury y otra aún de Constantinopla; sin embargo no son tres doctrinas, sino una doctrina. 3.º Igualmente, hay una Iglesia de Roma, una Iglesia de Inglaterra y otra de Rusia; sin embargo no son tres iglesias, sino una iglesia, aun cuando se hayan excomulgado recíprocamente»... Así prosigue con una fina ironía que hace sospechar que el autor no era anglicano.

146 E. Benz, *Die abendländische Sendung der östlich-orthodoxen Kirche*, Mainz-Wiesbaden, 1950. Cf. B. Schultze, *Tre tipi de coscienza ecclesiastica*, en *Civ. Cattol.*, 105 (1954, IV), p. 410.

147 L. Zander, *Vision and Action*, London, 1952, p. 217.

la pretensión de identificarse con la verdadera Iglesia [148]; otras muchas se profesan parte de la auténtica Iglesia, sin presumir identificarse sencillamente con ella [149].

¿Y cuál es la fórmula que regula sin estridencias la relación confesional entre esos grupos diversos? Varia al compás de la historia; en Lausanne dominaba el ideal del común denominador; en Lund el expediente de los «vestigia ecclesiae»; en Evanston se nos habla simplemente de un reconocimiento recíproco. Fracasó el ideal de Lausanne de manera rotunda en la sección del ministerio; chocaron los «vestigia ecclesiae» contra actitudes irreductibles en torno al ministerio; hoy los diversos esquemas de intercomunión propuestos a los fieles acusan como diferencia específica la fisonomía ministerial de la Iglesia unida. ¿Hará falta ahondar más todavía para percibir latidos que a esta altura deben sernos familiares?

2) EN MARCHA HACIA LA UNIDAD

Cuenta Fruscione el caso de un oficial ortodoxo ansioso de recibir los sacramentos en una iglesia católica. La guerra lo tenía alejado de sus iglesias y sacerdotes propios. No entendía las razones contrarias a su deseo: «Soy cristiano, afirmaba. Creo como vosotros. Amo a Cristo como vosotros... Vuestras dificultades escapan a las gentes del pueblo. Poneos una vez de acuerdo y realizad la unión» [150].

No es privativa de los teólogos ecumenistas la tensión hacia la unidad. La sienten todos los fieles. En mayor intensidad cuanto se hace su sensibilidad más exquisita.

¿Quedará en deseo platónico? La actividad ecuménica ofrece un no rotundo Ese dinamismo nos ofrece un motivo nuevo de reflexión complementaria: ¿Cuáles son las directrices unionistas del ecumenismo? ¿cuáles sus ensayos concretos que puedan servir de norma en lo futuro?

a) Metodología

La vía propuesta por el ecumenismo, pretende quedar en el punto medio entre dos extremos igualmente exagerados: el de la solución del retorno, propuesta por Roma [151] y el de la réplica de algunos protestantes que pretenderían imponer la reforma a todos los católicos [152].

Reseñaremos brevemente los métodos concretos, acentuando los que hoy parecen tener mayor aceptación en el seno del ecumenismo.

* * *

---

[148] *L'Espérance*, p. 108: «Plusieurs Eglises membres du Conseil oecuménique déclarent: "Nous possédons toutes les marques caractéristiques de l'Eglise"»...

[149] *Ibid.*, p. 108: «L'opinion contraire —les diverses Eglises font vraiment partie de la véritable Eglise, bien qu'aucune ne soit "L'Eglise"— est professée avec autant de fermeté par beaucoup de confessions membres du Conséil oecuménique».

[150] Algo análogo vienen a decir a diario muchos protestantes a sus respectivos pastores, a juzgar por lo que me confiaban en München dos de ellos, luterano el uno y reformado el otro.

[151] Cristo fundó la Iglesia; la quiso única e indefectible, en su dimensión interna y en su manifestación visible. Por muy tristes que hayan sido algunos capítulos de su historia, no han podido jamás anular la promesa de Cristo. La Iglesia, pues, persevera hoy en su unidad primitiva, la que Cristo previera. El ecumenismo para el catolicismo se reduce a una fórmula bien sencilla: a facilitar la vía de retorno a los que andan alejados de esa única y verdadera Iglesia.

[152] Es típica representación de esta actitud el libro anónimo titulado «*De l'Eglise du Pape, de quelques points de controverse et des moyens de réunion entre toutes les Eglises chrétiennes*», Géneve, 1781. Su propuesta se reduce a una «protestantización» del catolicismo: reunión de un concilio, «sede vacante» para obviar obstáculos; formulación de un símbolo de fe antigua; eliminación de adiciones hechas por la Iglesia Romana; devolución a su pureza primitiva en otras que ha perdido... Cf. C. CRIVELLI, *Sguardi sul mondo protestante. I) Le Sette*, Roma, 1949, p. 280.

De nuevo hemos de ceder la palabra al Secretario del Consejo. En un trabajo suyo ha descrito, con la precisión que le caracteriza, «las tres principales maneras de abordar el problema ecuménico, o lo que es lo mismo, las tres vías más derechas para lograr la reconstrucción de la unidad eclesiástica cristiana» [153]. Presenta los tres esquemas como fruto de una reflexión hecha sobre la historia del ecumenismo; no se ciñen a un grupo privado, pues tienen vigencia «transconfesional»; en fin, coinciden respectivamente con las orientaciones de máxima de los grandes movimientos ecuménicos iniciales [154].

1.º Califica el primero de *erasmiano* en atención al gran humanista [155]. Lleva como fórmula de unión el acuerdo concerniente un mínimo doctrinal, calcado a ser posible sobre el símbolo apostólico y reivindica amplia libertad en todas las ulteriores especificaciones confesionales [156]. Lo suscriben ilustres personajes ligados a la más diversa ideología [157]. Harnack reduciría ese mínimum al sentimiento de paternidad divina y fraternidad universal entre los hombres; a eso se reduciría el evangelio; todo lo demás es adición eclesiástica secundaria [158]. En Lausanne, por boca del obispo Headlam, resonó una fórmula orientada en esta misma línea. «On cru entendre un écho tardif de l'enseignement d'Erasme» [159].

2.º El método *eclesiástico* se centra en el pensamiento de la Iglesia considerada como pueblo de Dios. Aspira a una plenitud, y ni ya a un acuerdo de tipo minimista. Toca a los fieles colaborar al plan divino, haciendo manifiesta esa unidad, que de Dios tienen recibida [160]. En la historia de este esquema figuran eminentes personajes con los reformadores a la cabeza [161]. Visser't Hooft cree percibir esta misma orientación en el movimiento intitulado «Vida y Acción» al nivel de Oxford, cuando se propuso como empeño oficial el «que l'Eglise soit l'Eglise» [162].

3.º El tercero, denominado *pietista*, parte del supuesto que el cristianismo es una experiencia individual y una vida. Huelgan trabas confesionales de tipo doctrinal o gobernativo. Unico criterio de verdad es la utilidad en orden a la conversión individual o a la expansión del Evangelio [163]. De origen inglés presto recibió el bautismo en Alemania [164]. Unos versos del poeta holandés Jeremias de Décker sintetizan admirablemente el espíritu de esta ideología:

> «Crois-tu que *ton* église donne le salut,
> Tandis que la *mienne* n'est qu'hérésie et secte?
> Dieu a des amis dans toutes les dénominations,
> Dans chacune d'elles, Christ choisit ses élus» [165].

El método pietista va ligado al entusiasmo misionero y a las uniones de jóvenes evangélicos [166].

A juicio de Visser't Hooft el método erasmiano ha llenado ya su función histórica. Hoy debe considerarse definitivamente caducado. La aceptación de base, que rige el estatuto del Consejo ecuménico, permite la colaboración, el diálogo, el testimonio en común; pero un denominador común no basta para fundar con solidez la unidad plena de fe y constitución que debiera caracterizar la autén-

---

153 W. A. Visser't Hooft, *Notre tâche oecuménique à la lumière de l'Histoire*, Genève, 2.ª ed. 1955, p. 6.

154 *Ibid.*, p. 6.

155 *Ibid.*, p. 6-7.

156 *Ibid.*, p. 6.

157 *Junius, Grotius, Jacobo I de Inglaterra, Calixto de Alemania*, el hugonote *Jurieu*, el anglicano *Wake*, el luterano *Pfaff*, etc.

158 *Ibid.*, p. 8.

159 *Ibid.*, p. 7-8.

160 *Ibid.*, p. 8.

161 El anglicano *Maurice*, el luterano *Vilmar*, el reformado *Cunning*, el congregacionalista *Forsyth*, los ortodoxos...

162 *Ibid.*, p. 10.

163 *Ibid.*, p. 10.

164 *Ibid.*, p. 10.

165 *Ibid.*, p. 11

166 *Ibid.*, p. 11.

tica iglesia de Cristo [167]. Los otros dos esquemas ofrecen valores vitales y complementarios: uno apoya la dimensión eclesiástica; el otro acentúa la vertiente individual. Además sirven de correctivo recíproco; porque el método eclesiástico tiende a desembocar en el clericalismo, en el institucionalismo; en tanto que el sistema pietista, libre de freno, degenera fácilmente en el individualismo más agudo, para encastillarse en un mundo sin contacto con el visible [168].

Observamos de paso que lo característico de estas dos fórmulas gravita en torno a la afirmación o negación de la estructuración eclesiástica. Aflora de nuevo el problema del ministerio. ¿Entra o no en los planes divinos esta estructura eclesiástica? ¿En qué sentido se pronuncian los ecumenistas de hoy?

* * *

Visser't Hooft asegura con optimismo que «la gran obra de integración de esas dos corrientes está ya comenzada» [169]. No faltan índices que avalan su impresión. Atengámonos al más reciente: la metodología propuesta en Evanston.

Como fórmula enderezada a incrementar el dinamismo de unión proponen los delegados la norma de «apprendre à progresser ensemble dans l'unité» [170]. ¿Cómo interpretarla? Como una revolución auténtica; porque no cabe esperar ingenuamente en una concordia de tipo «legalista». La experiencia es contraria; el cálculo teórico la demuestra insuficiente [171]. Se impone una rectificación que nos arranque de la inercia en que yacemos. Y esa solución salvadora se cifra en oponer como ideal, al estatismo de la iglesia *unida*, el dinamismo de la iglesia *unificadora* [172].

No escapa a los fautores de esta teoría el abismo que cierra la senda. No se arredran por ello y proponen un complemento a la fórmula precedente. La enuncian: «exceptions aux ordonances ecclésiastiques» [173]. Parece haber abierto brecha en el seno del anglicanismo. ¿Una prueba? Es esencial en él la estructura episcopaliana, sobre la base de la sucesión apostólica. ¿Cómo escamotear un principio de derecho divino para tender un puente hacia el mundo protestante? El canónigo Hodgson cree haber hallado la fórmula. Su principio de solución se cifra en la distinción que introduce entre *la voluntad divina permanente,* en que vige soberano el esquema episcopal, y *la voluntad divina provisional,* mientras dura esta fase de desorganización y de tránsito, en que cabe, según él, poner entre paréntesis la rigidez de esa estructura [174].

No creemos quepa mayor *comprensión,* con ser carácter proverbial en el anglicanismo. Ha suscitado recelos [175]. El mismo autor no la cree panacea ecuménica; pero piensa que hoy por hoy no cabe otro expediente para superar el punto muerto [176].

Anotemos una vez más, a trueque de acentuar la monotonía, que es el ministerio, concretamente el episcopado, ese elemento sometido a subasta para salvar la unidad de la iglesia.

---

[167] *Ibid.*, p. 12: ...«Ces articles fondamentaux ne sont pas en eux-mêmes suffisants pour servir de fondation solide à la pleine unité de la foi et de la constitution qui devrait caractériser l'Eglise de Christ».

[168] *Ibid.*, p. 14.

[169] *Ibid.*, p. 14.

[170] *L'Espérance*, p. 109.

[171] *Ibid.*, p. 109: «Il est peu probable qu'une sorte d'accord "légaliste" en matière de foi et de constitution puisse se réaliser; non seulement un tel accord est peu probable, mais il serait en outre incapable de faciliter l'union véritable des Eglises».

[172] *Ibid.*, p. 109: «Certains estiment que les négociateurs des unions entre Eglises ne devraient pas se proposer pour but une "Eglise unie", qui est un groupement statique, mais l'organisation d'une "Eglise unifiante", qui serait dynamique».

[173] *Ibid.*, p. 111.

[174] *Ibid.*, p. 112: «Il nous est possible d'être fidèles aux deux principes, si nous distinguons entre, d'une part, la volonté de Dieu pour son Eglise et l'unité de celle-ci, d'autre part, la volonté de Dieu pour son Eglise dans sont état actuel de division».

[175] *Ibid.*, p. 124.

[176] *Ibid.*, p. 122.

b) Acción unitaria.

¿Concuerdan estos principios teóricos con las normas prácticas encaminadas a la unión de los grupos cristianos? Bastaría saber que en teoría se remiten a realizaciones concretas [177]; pero estimamos oportuno comprobar por nuestra cuenta un par de ejemplos.

Los consideramos excepcionales bajo diversos sentidos: la unificación conseguida en el Sud de India, resuena en los medios ecuménicos con un acento de ejemplaridad; por su parte, el proyecto de unión negociado entre Inglaterra y Escocia, alcanza un nivel teológico no común en discusiones de este tipo.

* * *

No es la reunión de Iglesias realizada en el *Sud de India* la primera que registra la historia; pero no es lícito discutirle su primacía como fusión que es de las confesiones más dispares [178].

No nos entretendremos en evocar la historia por menudo. A partir del 27 de septiembre de 1947, tras largas y trabajosas discusiones [179], anglicanos, metodistas, presbiterianos y congregacionalistas forman una sola confesión eclesiástica: Iglesia Sud India (= ISI).

Fueron inmensas las dificultades que hubieron de superar antes de llegar al acuerdo. Ya en 1919 se propuso como principio que la reunión había de verificarse por *fusión* y no por *absorción*. ¿Cómo armonizar el derecho congregacionalista, presbiteriano y episcopaliano en unidad de formulación? El punto más sensible fue siempre el ministerio. He aquí en esquema la respuesta gradual que le fueron proponiendo: Aceptado el *sacerdocio universal* de los fieles, quedaban a salvo las exigencias mayores de los congregacionalistas. Decidieron dar a la nueva iglesia reunida el carácter *episcopal*, con lo que se respondía a la preocupación inderogable de los anglicanos. Bastaba que ellos impusieran las manos a los obispos designados, para lograr la perfecta intercomunión. La dificultad mayor se dejó sentir al unificar el *presbiterado:* en unas iglesias había pastores ordenados por los obispos; en otras, por los presbíteros; en algunas, comisionados por la comunidad de los fieles. Se decidió que los nuevos pastores se sometieran a la ordenación episcopal; con respecto a los antiguos, buscaron un acuerdo en el principio de la *agregación:* en su virtud, los obispos de la ISI se comprometían a aceptar sin distinción los pastores enclavados en su diócesis respectiva, sea cual fuere el rito con que hubieren recibido su ministerio. Se previó que tras un ciclo de unos 30 años, fallecidos los actuales presbíteros, todos se hallarían ordenados por mano de un obispo [180].

¿Quién no advierte en esta política unionista el triunfo del principio dinámico de la iglesia *unificadora* sobre el fixismo de la iglesia *unida?* [181]. ¿No es la ISI un ejemplo vivo de la distinción prevista por el canónigo Hodgson? [182].

Lo indiscutible es que en la ISI prevalecen las exigencias prácticas a las razones teóricas: Tomemos como piedra de toque el episcopado. No era posible la reunión con los anglicanos de no aceptar el obispo en la constitución. Lo hicieron; pero ¿qué valor atribuyen a este gesto? Juzgue el lector por este párrafo expresivo de la constitución de la ISI: «La Iglesia del Sud de India acepta y mantiene a perpetuidad el episcopado histórico en una forma constitucional. Pero esta aceptación no la fuerza

---

177 *bid.*, p. 109.

178 Fundamental para su estudio es BENGT SUNDKLER. *The Church of South India. The mouvement twards Union 1900-1947*, London, 1954.

179 Las iglesias presbiterianas y congregacionalistas habían llegado a una federación en la *South India United Church*, en 1990. En 1919 entran en contacto con los anglicanos. Las conversaciones se intensifican con participación de otros grupos confesionales.

180 Es de notar, sin embargo que, contra lo que hubiera deseado el anglicanismo, la ISI se reserva el derecho de abrir excepciones en el futuro. No quiere cerrar la puerta a la actividad libre del espíritu en su seno. Cf. J. ROSSEL, *L'Eglise de l'Inde du Sud, son histoire, sa doctrine, sa liturgie, en Verbum Caro*, 13 (1959), p. 65-66.

181 Cf. la declaración expresa de M. HOLLIS. La aducen los delegados de Evanston, para ilustrar el método a que aludimos. Cf. *L'Espérance*, p. 109.

182 Cf. *supra n. 52.*

a una perspectiva particular ni reclama de ella una creencia determinada relativa a órdenes y ministerios; no exigirá se acepte interpretación ninguna como condición previa para el ejercicio de un ministerio. Sean cuales fueren las interpretaciones posibles en torno al episcopado, la ISI sostiene que, puesto que vige en la Iglesia desde tiempo inmemorial, muy bien puede denominarse histórico e imponerse como necesario para la guía y extensión de la ISI. Cualquier otra interpretación adicional que puedan adoptar los individuos, no liga a la ISI» [183].

Excusado decir que la postura de la ISI comporta delicados reflejos de tipo ecuménico. Ya hemos advertido los equilibros que han debido ensayar en torno al ministerio para hacer posible la ISI. Añadamos ahora que con la misma táctica han intentado encauzar las relaciones interconfesionales: «Por el hecho de aceptar la ordenación y consagración episcopales, manifiesta la ISI su voluntad decidida de asegurararse por tal medio la unificación del ministerio; sin embargo, semejante medida no comporta juicio ninguno en torno a la validez o regularidad de las demás formas ministeriales; y el hecho de que otras Iglesias no sigan la norma de la ordenación episcopal, no ha de constituir impedimento para mantener con ellas recíprocas relaciones de asociación» [184]. Semejante fórmula pudo satisfacer a los componentes de la ISI; pero halla resistencia en su derredor: Lo que la ISI concede al episcopado histórico, parece a los luteranos *demasiado;* a los anglicanos, por el contrario, *demasiado poco.*

1.º) Poseen *los luteranos* misiones en Sud India, federadas desde 1926 [185]. ¿Por qué no sumar su esfuerzo en la unificación de la ISI? Declinaron su participación en las conversaciones previas, amparados en la condición deplorable en que yacían sus cuadros eclesiásticos, como consecuencia de los reveses sufridos en las dos guerras. No hay quien no adivine detrás de esta postura razones confesionales.

Saltaron a la superficie años más tarde. En 1949 aceptan los luteranos una conferencia tripartita con los bautistas y la ISI. Inesperadamente, puesto que la nota conjunta que a su término suscribieron dejaba margen suficiente para ulteriores negociaciones, los bautistas se retiraron. Las conversaciones bilaterales acentuaron su inmediatez. Fueron, por cierto, muy frecuentes. En 1950 los luteranos avanzaron una declaración doctrinal, muy criticada en el luteranismo europeo por su tendencia «unionista» en sentido peyorativo. La réplica de la ISI está fechada en 1951. Siguieron otras varias reuniones. La de 1956 acusó dificultades insuperables en torno al episcopado histórico; tales que hubo de considerarse imposible la redacción de un acuerdo. Se suspendieron las discusiones, aplazadas «sine die». Tenemos noticias de que acaba de superarse el punto muerto; y que afrontan con mayor optimismo la doctrina relativa al ministerio eclesiástico, episcopado y sucesión apostólica [186].

Ignoramos los resultados obtenidos en las últimas conversaciones. Lo que si es claro que la intransigencia por ambas partes había llegado a términos extremos. Maravilla a todo el mundo la tenacidad con que defiende la ISI los cuadros eclesiásticos episcopales. No se explica por exigencias constitucionales; ha de buscarse la raíz en una maduración de tipo vital. La vida religiosa se ha desarrollado en estos años con pujanza en torno al episcopado; y no están dispuestos a modificar una orientación de suyo no impuesta por fidelidad constitucional [187]. La neta oposición del luteranismo

---

[183] Cf. *Proposed Schema of Church Union in South India,* 7.ª ed. Madras, 1947, p. 31.

[184] *Ibid.,* p. 32-33.

[185] *Federation of the Evangelical Lutheran Churches in India.* Cf. el articulo de R. Beaupère, *Les luthériens et l'Eglise de l'Inde du Sud,* en *Istina.* 4 (1957), p. 175-201.

[186] Así nos comunicaron en Ginebra, donde tuvimos ocasión de compulsar *The Minutes of the Commission wich met in the Library of the United Theological College. 17 Miller's Road.* Bangalore, on April 14-16, 1959.

[187] Beaupère, *art. cit.,* p. 195, habla de «une expérience vitale» Cf. L. Bouyer, *L'Union des Eglises du Sud de l'Inde,* en *Istina.* 2 (1955) p. 232: «Le théologien catholique qui lit son livre (se refiere al trabajo de Leslie Newbigin, obispo de Madura, antes presbiteriano) est obligé plus d'une fois de se frotter le yeux pour s'assurer que c'est bien un ancien protestant qui lui parle».

es más explicable. Va impuesta por la confesión de Augsburgo [188], reacia a cualquier criterio eclesiológico que no sea la palabra y los sacramentos [189]. La ISI exagera, a su juicio, sus formas de gobierno. Es inaceptable su doctrina episcopaliana [190]. Impacienta a los luteranos la oscilación dogmática de la ISI y su tendencia a las soluciones de tipo pragmático. «Ese es el punto —declara Wislöf en nombre de sus correligionarios— en que urge pronunciar un NO rotundo, desde una perspectiva luterana. Nuestra concepción es, y debe ser, la de una iglesia fundada exclusivamente sobre la palabra. El criterio de utilidad o convivencia de un ministerio es su aptitud para servir al evangelio... No se puede colocar esta postura de principio frente a una actitud práctica, cual adopta la India del Sud y pretender que ambas concepciones son igualmente exactas. La una excluye sencillamente a su contraria. La Iglesia del Sud de India atribuye por su práctica al problema del orden eclesiástico una función decisiva para la unidad de la Iglesia. La senda de la unidad pasa por el episcopado, ministerio reconocido por la Iglesia universal. Según Lutero no hay que reconocer estrictamente más que un principio constitutivo para asegurar la unidad de la Iglesia: es el Evangelio» [191].

La concordia se presume sumamente difícil; porque las posiciones se perfilan cada vez más contrapuestas: ¿es o no es el obispo factor de la unidad? No caben fórmulas de mediación. ¿Ha de firmarse la intercomunión sobre rígidas bases doctrinales, o es lícito amoldarse a consideraciones de tipo pragmático? Tampoco aquí es fácil la concordia.

¿No es una magnífica contraprueba de que en campo práctico persisten los métodos formulados en teoría? ¿Quién no ve en toda esta historia una comprobación estupenda de la tesis arriba formulada en torno a la articulación de ministerio y unidad?

2.º) *Los anglicanos* adoptan una postura radicalmente contraria a la del luteranismo. La figura del obispo de la ISI no satisface las exigencias mínimas reclamadas para una perfecta intercomunión anglicana.

El problema es agudo en el anglicanismo: rechazar la comunión con la ISI significa declarar cismáticas las diócesis que suscribieron la unión; aceptarla, en cambio, lleva consigo una apertura confesional para con iglesias de régimen congregacionalista y presbiteriano; puesto que los miembros de la ISI sostienen plena intercomunión con sus respectivas iglesias-madres.

Se estudió el caso en la conferencia de Lambeth en 1930, cuando la reunión era sólo un proyecto. En 1948 la conferencia se encontró frente a un hecho consumado. Su aceptación halló fuerte oposición en la Iglesia Alta; mucho menor en las otras facciones. Convinieron en declarar que el mero hecho de pertenecer a la ISI no otorga a los ministros no ordenados por un obispo, derecho ninguno frente a la comunión anglicana. No fue posible el acuerdo en orden a los ministros ordenados de la ISI. Si bien la mayoría se inclinaba hacia el reconocimiento, una fuerte minoría sostuvo con tenacidad la negativa: y debieron aplazar el juicio definitivo. Fue objeto de estudio en las Convocaciones de la Iglesia de Inglaterra. Hubo desacuerdo en York y Canterbury. Tras un nuevo aplazamiento, en 1955 se obtuvo una aceptación casi unánime [192]. La fórmula restringida de intercomunión dio lugar a nuevas dificultades que motivaron explicaciones ulteriores [193]. La conferencia última de Lambeth en 1958 reseñaba el reconocimiento de los órdenes episcopalianos de la ISI hechos por la Iglesia de Inglaterra y por otras cinco iglesias anglicanas, anunciando además como muy próxima la aceptación por parte de la iglesia episcopal protestante de América.

---

[188] *Confesión de Augsburgo* art.º 7.º y *XXXIX artículos*, art.º 19.º.

[189] Cfr. Loc. cit.

[190] P. Wandall, *The Lutheran Message*, en *Lutherans and Church Union. A Symposiom.* Madras, 1949. p. 12-19.

[191] C. F. Wislöf, *Das südindische Weg zur Kircheneinheit*, en *Evangelisch-Lutherisch Kirchenzeitung*, 10 (1956), p. 140.

[192] Cf. *Rapport commun des Commissions conjointes des Convocations de Cantorbery et d'York sur le projet d'intercommunion avec l'Eglise de l'Inde du Sud*, en *Istina*, 2 (1955), p. 489: «Nous considérons qu'il n'y a plus de motif d'hésiter à accepter comme valides dans intention les consécrations et ordinations de l'Eglise de l'Inde du Sud».

[193] Cf. C. J. Dumont, *Remous dans l'Eglise d'Angleterre*, en *Istina*, 2 (1955), p. 467.

Cuesta esfuerzo inaudito seguir las sinuosidades de la Iglesia Anglicana [194]. Y la sensación de incomodidad no es privativa de los extraños; en el seno mismo del anglicanismo surgen poderosos focos de oposición. Varios anglo-católicos dieron el paso hacia Roma escandalizados por la actitud del anglicanismo en esta coyuntura. Fueron menos de los que en un principio amenazaron hacerlo, en caso de que se pospusieran en las negociaciones motivos doctrinales a principios de tipo pragmático. Aun perseverando la mayoría en los cuadros de su iglesia, no ocultan su profundo resentimiento y hasta una actitud de creciente escepticismo, por lo demás muy justificado.

Corren, como es natural, apologías del comportamiento de la comunión anglicana: ¿por qué cercenar su proverbial «comprehensiveness» frente a la ISI que acepta ese elemento substancial del episcopado histórico? «No puede la iglesia de Inglaterra exigir fuera de la isla una ortodoxia más estricta de la que dicta a sus propios súbditos» [195].

Por lo demás la metodología de la iglesia *unificadora*, con sus estatutos provisionales en el período de tránsito, parece haber abierto brecha en el anglicanismo [196].

Nuestra insistencia resulta superflua una vez individuado el punto sensible del ministerio sometido a controversia, y comprobado que las fórmulas de solución se orientan según los principios metodológicos que ya nos eran familiares.

3.º) Tentados estaríamos de bucear en las reacciones que ha suscitado en el seno del *catolicismo* el episodio de la reunión de la ISI. Hay quien subraya la nota optimista: «Crediamo sinceramente —declara un misionero católico— che laggiù Iddio sia al lavoro» [197]; Monseñor Mathias, arzobispo de Madrás, nos manifestaba en cambio hace pocos días profundas reservas.

El balance que a nosotros interesa se orienta en un sentido diverso. Es un hecho que: a) los esfuerzos realizados para obtener la ISI chocaron durante muchos años con el obstáculo, que parecía infranqueable, del ministerio; b) que la dificultad acusada por los luteranos se inscribe en el sector del ministerio; c) que la aceptación del anglicanismo exigió purificación previa de posiciones en torno al ministerio. ¿Quién puede presumir ignorancia de las coordenadas del problema ecuménico por excelencia?

El mundo ecuménico le reconoce sin disputa esa primacía: en terreno de acción ecuménica, apenas surgen nuevos proyectos de unión, las discusiones se centran en torno al ministerio [198]; los teólogos dedican cada vez mayor atención a la vertiente teórica de estos problemas. ¿Podrán quedar inactivos los católicos?

Es un deber urgente nuestra intervención en el diálogo. Como señala justamente Bouyer, acecha el peligro de que descubriendo ahora en toda su grandeza los horizontes institucionales de la Iglesia, caigan en la tentación los protestantes de someterlos violentamente a sus categorías, desplazando el problema, en vez de resolverlo.

No basta la presencia de la voz denominada «católica» en el seno del Consejo ecuménico de las iglesias: el obispo anglicano, por ejemplo no coincide objetivamente con el nuestro; las mismas fuentes católicas que otrora utilizaran, dejan mucho que desear en precisión doctrinal. Hemos de ser nosotros quienes suplamos esas deficiencias [199].

Pero a fuerza de consideraciones, por lo demás muy justificadas, estamos posponiendo más de la cuenta el otro ejemplo de acción práctica que tenemos prometido.

* * *

---

194 G. Gill, *La conferenza di Lambeth 1958*, en *Unitas*, 14 (1959), p. 40-41: «Chi è al di fuori non sa reprimere un senso di tristezza nel leggere a quali compromessi si sia giunti nella questione dil ministero. Tutto gli deve apparire come un pietoso tentativo di far credere alla sua validità».

195 Asi argumenta Mr. Donald Rea en un ensayo titulado: *La Iglesia del Sud India*. Oxford, 1956, p. 49.

196 *Ibid.*, p. 64.

197 Cita la declaración de ese sacerdote católico misionero en India, F. Clark, *Dopo l'unione dell'India meridionale*, en *Unitas*, 12, (1957), p. 173.

198 Existen nuevas conversaciones encaminadas a la unión de la Iglesia del Norte de India. Cf. H. D. Marot, *Les nouveaux projets d'Union en Inde et les décisions de Lambeth. 1958*, en *Irénikon*, 31 (1958), p. 450-459. Había expuesto ya el sentido de esos proyectos. *Ibid.*, p. 245-251.

199 Bouyer, *art. cit.*, p. 236-237.

Las conversaciones entabladas entre *Inglaterra y Escocia* en orden a la intercomunión eclesiástica, redondean felizmente los datos recogidos en el episodio de la ISI. Ante todo por la altura teológica, tal vez nunca superada, que alcanza el estudio del ministerio [200]; luego, por la precisión de su objeto: materia de discusión es el régimen presbiteriano contrapuesto al episcopaliano, y esto no en dos confesiones abstractas u obscuras, sino en las iglesias madres, vecinas, bien perfiladas por sus siglos de historia y de controversia [201]; en fin, porque este proyecto de unión nos da la oportunidad de recoger las reacciones de los reformados, hasta la fecha oficialmente ajenos al problema confesional planteado por la ISI [202].

El último «rapport», fechado en mayo de 1957, evoca como preámbulo al balance de las conversaciones, la historia de las relaciones entre Inglaterra y Escocia.

En realidad los escoceses no habían podido pensar en intercomuniones, antes de suprimir sus divergencias domésticas. En 1932 parecía llegado el momento: presionado por las Convocaciones, el arzobispo de Canterbury reiteró a los escoceses una invitación a la unidad que tiene formulada el anglicanismo desde la conferencia de Lambeth de 1920. Siguió un período de cinco lustros de intercambios bilaterales, jalonados con diversas conclusiones conjuntas [203]. El último «rapport» aventaja a todos los precedentes: los protagonistas firmatarios son cuatro; porque a la Iglesia anglicana de Inglaterra y presbiteriana de Escocia, se unen la presbiteriana inglesa (Presbyterian Church of England) y la episcopaliana escocesa (Episcopal Church in Scotland), que hasta el presente habían asistido en plan de observadores. El clima ecuménico se deja sentir en esta fecha con urgencia más intensa: aceptan, siquiera en teoría, la perspectiva de sacrificios confesionales [204]. El valor principal del documento reside en su dimensión doctrinal. Pero es difícil apreciarla al margen de los datos que en él se conjugan.

1.º Uno de ellos es *el anglicanismo*. Cuenta esta confesión como punto básico el episcopado histórico [205], entendido según las precisiones de la conferencia de Lamberth, habida en 1930, que hablan de una sucesión de oficio, de función y de consagración [206]. Los anglicanos se encastillan en esta doctrina en sus discusiones ecuménicas. «C'est peut-être là le point le plus stable de la position anglicane dans les discussions oecuméniques» [207].

¿Rechaza toda esperanza de intercomunión con los presbiterianos? El anglicanismo ofrece un par de puntos de inserción: Ante todo el amplio margen de interpretación doctrinal de que es susceptible el episcopado histórico. Oscila entre la aceptación de esa estructura como elemento esencial [208], perfectivo [209]

---

[200] Ph. M. Zobel. *Une étape nouvelle dans les relations entre anglicans et presbytériens*, en *Istina*, 4 (1957), p. 321.

[201] Cf. *Rapport sur les relations entre les Eglises anglicane et presbytérienne*, Vers. fran. de G. Huni, en *Verbum Caro*, 11 (1957) p. 315.

[202] Cf. infra las reacciones de los calvinistas suizos.

[203] De 1932 a 1934 se publican varios «rapports» como resultado de las conversaciones entabladas entre la Iglesia de Inglaterra *(Church of England)* y la Iglesia de Escocia *(Church of Scottland)*. En 1946 pronuncia el Dr. Fisher un discurso en la universidad de Cambridge invitando a las iglesias no episcopales a ensayar en sus cuadros el episcopado como preparación eficaz a la reunión. La sugerencia del arzobispo de Canterbury pasa al expediente sometido a examen en las nuevas conversaciones en el período que corre del 1949 al 1951.

[204] *Rapport*, p. 319: «Les principes conducteurs des Conversations furent donc, d'un bout à l'autre, la nécessité de l'unité, si l'on veut faire la volonté du Seigneur pour Son Eglise, et la nécessité de changements dans nos deux systèmes ecclésiastiques historiques, si l'unité doit être opérée».

[205] Figura ya en el cuadrilátero de Lambeth desde la 3.ª conferencia de Lambeth en 1888.

[206] Cf. D. H. Marot, *Oecuménisme anglican et Inde du Sud*, en *Irénikon*, 30 (1957), p. 275-277.

[207] Zobel, *art. cit.*, p. 329.

[208] Sostienen los anglo-católicos la tesis de que el episcopado pertenece al *ESSE* de la Iglesia. Cf. la colección de estudios editada por Kirk, *Apostolic Ministry*, London, 1946.

[209] Los «evangelicals» sostienen que el episcopado no representa sino un elemento del *BENE ESSE* de la Iglesia. Cf. F. J. Taylor, *The Church of God*, London, 1946.

o puramente completivo [210] de los cuadros eclesiásticos. En segundo lugar persiste en vigor la resolución de Lambeth en 1908: impone a los anglicanos el deber de asegurarse un ministerio válido por via episcopal; pero impide un juicio de invalidez de los ministerios ejercidos en las demás confesiones; el Señor puede vivificarlos positivamente.

2.° Contrasta con esa linea sinuosa la rigidez dogmática de los *presbiterianos* en tema de ministerio. Es tal vez «l'organisation ecclésiastique la plus solide et la plus représentative de l'ordre de l'Eglise» [211]. Sin llegar al énfasis de los puritanos, para quienes el ministro viene elegido y consagrado por la comunidad local, ve el presbiterianismo en el ministerio una emanación del cuerpo de la Iglesia y no ya el fruto de una organización jerárquica de casta sacerdotal. Toda la Iglesia participa del ministerio sacerdotal-profético-real de Cristo. Aun cuando por divina voluntad, un grupito de fieles deban separarse para el servicio de la palabra y la administración de los sacramentos, pertenece la designación a la iglesia entera, representada por el consistorio (presbytery), que agrupa por igual ministros y ancianos seglares de las varias parroquias. Corresponde la aprobación a la parroquia que debe recibir el ministro. La ordenación está reservada a los presbíteros predicadores (contrapuestos a los ancianos o presbiteros gobernantes).

¿Cabe señalar también aquí posibles puntos de enlace interconfesional? Hay quien señala controversias en torno a los ancianos, que pudieran arrojar conclusiones aprovechables [212].

Más prometedores nos parecen hoy dos puntos: la doctrina de la *ordenación*, en la que comienzan a ver los teólogos presbiterianos algo más que una disposición de tipo disciplinar [213], y el redescubrimiento de la *episcope*, condenada a veces por peligros puramente ocasionales [214].

3.° Con estas premisas se hace más inteligible la lectura del «rapport». «Etant donné l'enseignement du N.T. sur la nature de l'Eglise, et la situation historique, y a-t-il des modifications concevables et des adaptations mutuelles pour les deux systèmes ecclésiastiques qui permettent leur réconciliation dans une plénitude de foi et de constitution telle que soit conservée la richesse de leurs traditions?» [215]. El planteo del problema no podía ser más correcto. Más discutibles nos parecen dos afirmaciones de principio consignadas a continuación: ninguna de las dos iglesias pretende poseer la verdad y la riqueza total de la Iglesia de Cristo; pero ambas a dos son depositarias de sus dones divinos [216]. El problema es de competencia teológica; y las «considérations théologiques» dictadas como norma que debe regular el estudio, «concernent l'Eglise et son ministere» [217].

---

[210] Una parte notable del episcopado y los órganos oficiales de la Iglesia anglicana, se inclinan por ver en el episcopado un ingrediente del *PLENE ESSE* de la Iglesia, Cf. *The Historic Espicopate in the Fullness of the Church*, colección de siete ensayos editados por KENNETH M. CAREY en Westminster, 1954. G. K. A. BELL, *Christian Unity. The anglican Position*, London, 1948.

[211] ZOBEL, *art. cit.*, p. 330.

[212] Recordaremos a titulo de ejemplo la controversia agitada entre las facultades de Gèneve, Montpellier y Neuchâtel. Cf.: H. D'ESPINE, *Les Anciens, conducteurs de l'Eglise*, Neuchâtel-Paris. 1944; J. BARNAUD, J. CADIER, H. LEENHARDT, L. RIMBAULT, *Pasteurs et Anciens*, en *Etudes théologiques et religieuses*, Montpellier, 1946 n.° 2; J. D. BURGER, *Le ministère chrétien*, Neuchâtel, 1948.

[213] Cf. J. M. BARKLEY, *La signification de l'ordination*, en *Verbum Caro*, 11 (1957), p. 226-250.

[214] Se evita en varios grupos la episcope para ahuyentar el peligro de la prelatura. No repugna, según ellos, por razones teóricas.

[215] *Rapport*, p. 320.

[216] *Ibid.*, p. 230: «Aucune ne prétend, dans son état de séparation, détenir la vérité et la richesse entières de l'Eglise une du Christ: chacune cependant déclare posséder des dons du Christ»...

[217] *Ibid.*, p. 321.

Las rupturas de la unidad de la Iglesia, han cristalizado en divergencias paralelas en plano ministerial [218]. Síguese en buena lógica que el retorno a la unidad ha de significar fundamentalmente la restitución del sistema unitario que tuvo el ministerio en un principio.[219].

Cierra el camino la doctrina de la *episcope*, cuyo estudio a fondo se impone con urgencia [220]. Los presbiterianos la sitúan en manos del presbiterio [221]; los anglicanos la reivindican para su obispo [222]. ¿Hay esperanza de un acuerdo? La dificultad es enorme; pero los firmatarios acentúan esta vez la nota de optimismo [223]. Se fundan en el hecho de que los presbiterianos se muestran dispuestos a integrar en sus cuadros eclesiásticos la figura del obispo; en tanto que por su parte los anglicanos reconocen las deficiencias de su sistema por haber excluido del gobierno la dimensión corporativa de la iglesia.

Admitidas en terreno teórico estas premisas, no queda sino pergeñar en concreto la modificación impuesta a los presbiterianos por una parte [224] y a sus interlocutores por otra [225]. Adviértase que no acarician un programa de fusión en una Iglesia Unida en Gran Bretaña; no. Su ambición es combinar las Iglesias existentes, de modo que obtengan una perfecta intercomunión, sin cercenar la perfecta libertad de cada uno de sus miembros [226].

Las precisiones concretas desbordan nuestro cometido. Pero no nos es posible prescindir de las reacciones ecuménicas de este proyecto de unión. No ya sólo, como decíamos antes, para redondear las estadísticas; sino para responder a una duda no indiferente: ¿es posible que los presbiterianos estén decididos a conceder derecho de asilo al obispo?, ¿aceptan el episcopado en cuanto tal o más bien el episcopado anglicano? Dicho en términos más crudos: ¿reconocen una deuda eclesiológica en sus cuadros ministeriales, o adivinan que el esquema del obispo anglicano deja margen más que suficiente para lucrar las ventajas de la intercomunión, sin necesidad de modificar lo más mínimo la estructura esencial del presbiterianismo? Sólo la marcha ulterior de las conversaciones, ampliadas a escala ecuménica, permiten respuesta cumplida a esta sospecha.

1.° *Las reacciones escocesas* [227] distan mucho de ser tranquilizadoras. Tal vez el ambiente no estaba maduro. Véase un índice: La sucesión apostólica, doctrina aneja a la figura del epíscopo histórico, no halla acogida benévola en Escocia. A juzgar por las estadísticas recientes, sólo un 15 % de pastores y profesores de universidad enseñan esa doctrina en Escocia como esencial para la vida de la Iglesia; 20 % la recuerdan a título de pura información; el 65 % restante no alude a ella jamás [228]. Aun cuando no todos la rechacen indignados como un mito [229], son harto significativas esas cifras para juzgar del éxito de unas conversaciones con una iglesia que propone como esencial esa doctrina [230].

Con extrema prudencia, a trueque de reconocer varias cuestiones no resueltas, logró A. C. Craig, en función de presidente, tras la desaparición de D. Baillie, la aceptación del proyecto presentado a la Asamblea general de Edimburgo [231]. Toca ahora esperar la decisión de las congregaciones y consistorios. Los primeros tanteos no hacían concebir gran esperanza: 1.300 ministros sobre 2.000,

---

[218] *Ibid.*, p. 323.

[219] *Ibid.*, p. 323: «Des ruptures de l'unité dans l'Eglise ont généralement abouti à des plus ou moins grandes ruptures dans la succession ministérielle ordonnée... Aujourd'hui lorsque deux ou plusieurs Eglises, issues d'un ancien schisme, désirent se concilier, en acceptant une foi et une forme de vie ecclésiastique communes, une partie de la guérison du schisme reposera sur la réconciliation des diverses formes d'organisation, chacune partageant avec l'autre l'autorité qu'elle détenait seule».

[220] *Ibid.*, p. 323.

[221] *Ibid.*, p. 323-324.

[222] *Ibid.*, p. 324.

[223] *Ibid.*, p. 324.

[224] *Ibid.*, p. 327.

[225] *Ibid.*, p. 329.

[226] *Ibid.*, p. 326.

[227] J. DOUGLAS, *Reactions écossaies*, en *Irénikon*, 30 (1957), p. 415-422.

[228] *Ibid.*, p. 418.

[229] *Ibid.*, p. 422.

[230] *Ibid.*, p. 418.

[231] *Ibid.*, p. 418.

es decir, el 65 % y 1.600 parroquias sobre 2.000, o sea, el 80 %, pronunciaron un rotundo NO justificado por motivos emocionales, pragmáticos, políticos o doctrinales. Los números son harto elevados [232].

Buceando en el terreno doctrinal, aparece en primera línea la oposición al magisterio del obispo y la pretensión de una igualdad perfecta entre los presbíteros estén o no ordenados por un obispo [233]. Las inteligentes explicaciones de Torrance no han logrado doblegar la oposición [234].

Y eso que, en las discusiones han aflorado a veces las razones que nos temíamos: que es más el sacrificio que se pide a los anglicanos del que hacen los presbiterianos [235]; que, en el fondo, el presbiterianismo queda intacto sin modificación substancial [236]... Por esa senda de aceptaciones oscuras y de equívocos en términos y doctrinas, no se llega demasiado lejos.

2.° *Las reacciones suizas* se justifican por espíritu de fraternidad confesional. El profesor F. J. Leenhardt publicó un artículo sereno y gozoso, encomiando el esfuerzo y aun el resultado de las conversaciones de Gran Bretaña [237]. Ve en el «rapport» algo más que una fórmula de puro compromiso. Cree descubrir un espíritu nuevo que abre el ánimo a las ilusiones más risueñas. Lo centra él en el esfuerzo por sintematizar dos tendencias exclusivistas: la del mensaje corporativo de la iglesia y la del ministerio único de Cristo.

En sentido francamente opuesto se pronunció posteriormente la «Commission théologique de la Féderation des Eglises protestantes suisses». Paquier comenta muy dolido esta actitud desgranando un manojo de críticas contra los argumentos que respaldan tal condenación [238]. A la altura en que nos encontramos, dice, no es serio contentarse con declamaciones platónicas en favor de la unidad. Es preciso afrontar con valentía los riesgos que la verdad impone [239]. Con un espíritu encerrado en categorías miopes, heredadas de la reforma, no es posible percibir el horizonte magnífico que ofrece el principio de «complementaridad» [240]. ¿No es vergonzoso que se pretendan paralizar esfuerzos generosos atrincherándose en motivos confesionales? ¿Es acaso la Alianza Reformada Mundial un fin a sí misma? [241]. Las críticas de Paquier son duras. Como lo es su defensa del obispo [242] en el que figura como apéndice el estudio dedicado a este argumento [243].

Muy significativo: Se acepta el episcopado como centro de gravitación de todas estas controversias. Sólo un conocimiento más profundo hará posible una concordia duradera. Hasta hoy todos están en deuda con este tema. Ya en lo más superficial, en la misma terminología, se acusan equívocos de gran volumen: «Il s'agit de savoir de quel épiscopat on parle —escribe Leenhardt—. Non seulement il ne s'agit pas de l'épiscopat romain, mais il ne s'agit même pas de l'épiscopat anglican traditionnel» [244].

* * *

---

232 Cf. los comentarios del *Times*, 11 dic., 1957. Habrían impuesto al Dr. Craig la dimisión de su cargo. Fue lástima que Torrance, a la sazón en Norteamérica, no pudiera mediar al principio de las controversias.

233 *Ibid.*, p. 417.

234 *Ibid.*, p. 421.

235 Así argumenta Torrance; *Ibid.*, p. 420.

236 Razonamiento de Craig; *Ibid.*, p. 416.

237 *Vers l'Unité de l'Eglise, en la vie protestante du vendredi*, 22 nov., 1957, p. 3-5.

238 R. Paquier, *Vers où contre l'unité de l'Eglise? (Extraits d'une réponse à la Commission théologique de la Fédération des Eglises protestantes suisses*, en *Verbum Caro*, 13 (1959) p. 59-62.

239 *Ibid.*, p. 59.

240 *Ibid.*, p. 59.

241 *Ibid.*, p. 59-60.

242 *Ibid.*, p. 61.

243 R. Paquier, *L'épiscopat dans la structure institutionnelle de l'Eglise*, en *Verbum Caro*, 13 (1959), p. 29-58.

244 Leenhardt, *art. cit.*, p. 5.

La monotonía con que venimos dando las sumas parciales nos dispensa de un balance detenido. Repitamos una vez más:

1.º la metodología ecuménica propone una serie de principios, los mismos que vemos luego encarnados en la acción unionista;

2.º principios que tratan de abrir brecha en el muro opuesto a la unidad por la situación existencial creada en torno al ministerio;

3.º las providencias hasta hoy tomadas distan mucho de ser definitivas. La dificultad decisiva continúa pesando sobre el ministerio. Sólo de un conocimiento profundo de su realidad profunda, cabe derivar la táctica acertada, para la solución de este gravísimo y urgente problema.

3) ESPERANZA DE LA META

Nos asistiría ya el derecho de aventurar una definición, siquiera descriptiva, del ecumenismo; pero preferimos recoger la que él mismo nos dicta en ocasiones muy diversas: es un movimiento que, arrancando de una unidad ya *dada* se encamina con decisión hacia una unidad más *manifiesta* [245].

Aceptemos a título de hipótesis esa auto-descripción. Querer o no, nos impone un tema complementario: tras haber localizado, con una cierta aproximación, la meta a que tienden sus esfuerzos y haber pulsado, con atención concentrada, el ritmo y orientación de su marcha, ¿no es legítimo arriesgar un pronóstico? ¿qué esperanzas hay de llegar a la meta? ¿hemos de dar la razón a los optimistas que ven sereno el presente y róseo el futuro; o es más realista el pesimismo?

Estamos dispuestos a dar audiencia a testigos de mentalidad muy diversa. Nos reservamos, sin embargo, el juicio crítico. Estimamos que no caben aquí medias proporcionales de opinión. No es cuestión que permita un trabajo a base de estadística; es hora de conjugar con rigor matemático distancias y vectores.

a) Deposición de testigos

Los hemos seleccionado al azar. Exigimos tan sólo que se ajusten a esta doble norma: 1.ª, que no pertenezcan al catolicismo-romano, para no comprometer «a priori» su deposición en amplias zonas hostiles a Roma, pese a su cacareado ecumenismo; y 2.ª, que su juicio venga respaldado por un fuerte número de adherentes, para no habérnoslas con opiniones singulares de escasa significación en la historia.

A nadie se le oculta la existencia de extremismos. Los hay también aquí y logran a veces concentraciones respetables. Representa una de esas posturas extremas la pretensión de construir de la nada, a fuerza de entusiasmo, una unidad, inexistente, por hipótesis, en el mundo actual. Un extremo de signo contrario es la invitación al goce pacífico de la situación presente, estimada como ideal para la Iglesia.

La orientación de masa en el ecumenismo, desciende arrolladora entre estas dos orillas. Sobre ella y no sobre esos límites exagerados entendemos abrir el presente juicio.

* * *

Los ortodoxos, presentes ya en la primera asamblea doctrinal de Lausanne, no han faltado jamás a las sesiones de Fe y Constitución. Sin embargo no dudamos en calificar de parcial esa presencia. Por doble motivo: 1.º, porque *no todos* enviaron sus representantes a las reuniones ecuménicas [246]; y 2.º, por-

---

245 C. J. Dumont, *Unité donnée et unité manifeste*, en *Istina*, 3 (1956), p. 244.

246 M. J. Le Guillou, *L'Eglise orthodoxe et le mouvement oecuménique* en *Istina*, 2 (1955), p. 51: «Le patriarcat de Moscou et les autres Eglises Orthodoxes autocéphales

que los participantes no lo fueron *totalmente*. No aludimos a las modalidades prácticas de su intervención [247]; sino más bien a la postura oficial de la iglesia ortodoxa. No hallamos asamblea ecuménica de Fe y Constitución en que los ortodoxos hayan colaborado hasta el fin: a la hora de la firma del «rapport» han debido retirarse de hecho, respaldando su postura a fuerza de anejos, explicaciones y declaraciones adicionales. ¿Cómo iban a hacerse solidarios de conclusiones francamente incompatibles con su Credo? [248].

Ya esa actitud invariable a lo largo de varios lustros, constituye un magnífico juicio de lo que piensa la ortodoxia acerca del ecumenismo visto en el tajo y no ya en teoría [249]. A raíz de Amsterdam una representación de iglesias autocéfalas reunida en Moscou [250] sometieron a examen *ideal* y *hechos* en el ecumenismo. El balance es más bien negativo. Coinciden los delegados en declarar: 1.º que la organización actual del Consejo Ecuménico de las Iglesias no corresponde al ideal cristiano; 2.º que ha sucumbido a la tentación secularizadora, abandonando a Cristo en el desierto; 3.º que ha declinado de la vía saludable y sacrificada de la unión, para deslizarse por la rampa fácil y placentera de los organismos económicos y aun politicos; 4.º que ha preterido la senda de la unión por la gracia en el dominio dogmático; 5.º que se siente satisfecho con un nivel de fe accesible incluso a los mismos demonios [251]... Tenemos conciencia de la década transcurrida desde la fecha de este veredicto; conocemos virajes recientes hacia una mayor comprensión; pero hemos cedido a la tentación de transcribir ese juicio de base cuya severidad supera toda ponderación.

* * *

Ninguna maravilla nos produce la dispersión de opiniones de *los anglicanos*, siendo tan amplio el margen de libertad asegurado en su propio credo [252].

Cuenta el anglicanismo con órganos propios encargados de determinar a grandes rasgos su política ecuménica. Fuerza es señalar aquí que las conferencias de Lambeth no riman siempre con las orientaciones del ecumenismo oficial. Nada nos extraña, por tanto, la confidencia del Dr. Fisher, arzobispo de Canterbury, bien significativa por cierto, por su contenido y por su autor: asegura sin paliativos que los anglicanos, en el seno del Consejo ecuménico no tienen jamás la impresión de «hallarse en casa»; se encuentran más bien incómodos [253].

Es un hecho incontrovertible que la conferencia de Lausanne provocó un fuerte disgusto en el ala derecha de la Iglesia de Inglaterra [254]. El mismo anglicanismo liberal abriga no leves reservas en torno al ecumenismo por su temor no infundado de verlo

---

de derrière le rideau de fer ne sont pas membres du Conseil oecuménique des Eglises»; Cf. p. 68, en que comenta la ausencia de la delegación de Grecia en la asamblea de Lund.

[247] G. Thils, *Histoire doctrinale du mouvement oecuménique,* Louvain, 217, n. 1: «Alors que les théologiens russes acceptent volontiers les discussions doctrinales, mais se montrent très réservés en ce qui concerne la collaboration pratique, les délégués grecs, au contraire, évitent plutôt les débats dogmatiques —certains qu'ils sont ne pouvoir aboutir actuellement à un accord— mais s'intéressent plus volontiers aux possibilités d'entente au plan de l'action».

[248] Cf. las actas de *Lausanne*, p. 441; *Edimburgo*, p. 175-179; *Amsterdam*, p. 291-292; *Lund*, p. 123-125; *Evanston*, p. 81 note. Más de una vez fue inmediato el peligro de una ruptura oficial (Cf. Le Guillou, *art. cit.*, p. 60).

[249] Así parece haberlo considerado el primer congreso de teología ortodoxa reunido en Atenas del 29 XI al 6 XII de 1936 (Cf. *Procès-Verbaux du premier congrès de Théologie orthodoxe à Athènes, 29 nov.-6 déc. 1936, publiés par* H. S. Alivisatos, Athènes, 1939).

[250] *Actes de la Conférence des chefs et des représentants des Eglises orthodoxes authocéphales réunies à Moscou (8-18 juillet, 1948)*, Moscou, 1950. Buen resumen en *Irénikon*, p. 206-212.

[251] Cf. *Irénikon*, 21 (1948), p. 431.

[252] Cf. R. Cant, *Tendances récentes dans la pensée théologique anglicane*, en *Oecum.*, 7 (1939-1940), p. 199.

[253] Así en el discurso pronunciado ante el Consejo británico de las Iglesias, Belfast, abril, 1952. Cf., *Irénikon*, 25 (1952), p. 298.

[254] Cf. *Church Times* del 15 octubre de 1926.

desviarse hacia las formas del pancristianismo, fatalmente condenadas a degenerar en panprotestantismo, dada la inspiración dominante del consejo [255].

* * *

¿Está reservado, pues, a *los protestantes* el privilegio de contemplar sin nubes pesimistas el cielo ecuménico? Aun en el seno del protestantismo se alzan a veces voces disonantes.

No todos suscriben sin reservas los cuadros oficiales del Consejo. Prescindamos, repetimos, de opiniones singulares. En plan comunitario cabe señalar el *Consejo Internacional de las Iglesias Cristianas*, constituido en 1948 en Amsterdam, con representaciones de todo el mundo. En Ginebra, 1950, convinieron delegados de 41 naciones. En 1954, eran ya 54 las denominaciones representadas en Filadelfia.

No disimulan la hostilidad que abrigan frente al Consejo. Recojamos sus capítulos de denuncia a la altura de Evanston: es falso, vienen a decirnos, que todas las Iglesias protestantes presten su favor al ecumenismo «oficial». Nada de eso, la reacción contra él es muy fuerte y cunde de día en día avasalladora. La réplica dada en la reunión plenaria del Consejo Internacional de las Iglesias Cristianas a la hora misma en que tenían lugar las discusiones de Evanston, pueden servir de contraprueba [256]. ¿Cuál es el substrato teológico que respalda esta oposición? Sencillamente: el doble peligro en que sucumbe el Consejo Ecuménico sin remedio: contentarse con una unidad evanescente; y arquitectar rígidos cuadros institucionales: «Unité de façade, de nom, de méthode, dans la plus extrême confusion doctrinale et, d'autre part, constitution d'un pouvoir centralisateur, totalitaire qui, sous le prétexte de construire "une seule Eglise visible", cherche à monopoliser et à diriger toute la vie protestante. De cette unité à la romaine, marche fatale vers le cléricalisme. le ritualisme et l'intolerance, nous ne voulons à aucun prix» [257].

* * *

A título de simple documentación creemos más que suficientes los ejemplos aducidos. Son voces procedentes de todos los ángulos confesionales con actitudes de oposición diversamente dosificadas.

Resulta tranquilizadora esta divergencia de opiniones a la hora de arriesgar nuestro juicio. Podremos ensayarlo con serenidad y formularlo con sencillez, seguros de no suscitar escándalo. Todo se ha dicho a favor y en contra del ecumenismo. No siempre con fundamento ni ajustado a las reglas de la caridad cristiana.

b) Crítica objetiva

Se impone el desdoblamiento de la medición anunciada, en dos tiempos. En realidad son dos las distancias a calcular: la que separa el ecumenismo del ideal absoluto; y la que corre entre su situación actual y la unidad que se propone como meta.

La razón es clara: no coinciden las coordenadas de ambos objetivos.

¿Qué esperanza de éxito cabe abrigar en uno y otro caso?

* * *

En el momento en que el problema se somete a parámetros absolutos, el optimismo se diluye sin remedio. La unidad auténtica, objeto de la plegaria de Cristo, no es un fruto de fantasía ni un objeto de perfil evanescente o maleable a capricho. Se trata de una realidad objetiva; proyectada en la dimensión dogmática, actual y gubernativa; dominan a la vez el mundo visible e invisible; se inserta en el momento presente y se asoma al futuro escatológico.

---

[255] Cf. Mgr. Malmesbury, *Can we stay together*, en *The Ecum. Rev.*, abril, (1951), p. 326.

[256] W. H. Guiton, pastor de Courbevoie, en *Le Monde*, 29 octubre 1954, replicando a un artículo de R. Mehl, en el mismo periódico del 22 del mismo mes y año.

[257] *Ibid.*

Son coordenadas que trascienden en mucho el alcance modesto del ecumenismo histórico. ¿No es ambición suya, reiteradamente confesada, restringir su acción a la pura manifestación de la unidad que de Cristo tienen recibida?

¿Quién no adivina el margen de equívoco a que se presta esa fórmula decididamente ambigua? Una simple transformación de escala resulta más que suficiente para poner al descubierto la doble deformación que le aqueja.

Entienden los ecumenistas por *unidad dada* y poseída por los cristianos, el vínculo estrictamente invisible que los anuda en Cristo [258]. No basta. Las coordenadas ecuménicas se quedan cortas. Reducir a estas dimensiones estrechas el don divino, equivale a empequeñecer la obra de Cristo. Fue voluntad suya fundar una sociedad cargada sí de potencial divino, pero inscrita en categorías humanas. Quiso que esa Iglesia, participara del misterio de su personalidad divina en que se abrazan dos naturalezas. La unidad eclesiástica que Cristo aseguró para su Iglesia, apuntaba a la realidad integral, visible e invisible, de su esencia. Los ecumenistas recortan en exceso el ideal de unidad.

Y en cambio lo exageran correlativamente por el otro extremo. Definen su empresa como un empeño de *manifestación de unidad.* Y dan a sus palabras un valor rotundo. Según ellos la unidad se halla totalmente eclipsada; no existe en plano fenoménico. El ecumenismo tiende a plasmar esos contornos. Dejémonos de metáforas: el ecumenismo pretende nada menos que «crear» a escala visible una realidad que no existe sino en el mundo invisible. La cristiandad se halla dividida; la iglesia ha perdido su consistencia unitaria externa. El ecumenismo se impone la tarea de reconstrucción de esa unidad.

El católico estima excesivo ese programa. *Utópico,* como consta por experiencia elemental del juego de la libertad humana cuando se conjuga en masas; y sobre todo *ofensivo* para Cristo. ¿No fue el fundador de la Iglesia? ¿No la quiso rotundamente una? ¿No habrá sabido sostener, a lo largo de los siglos, su promesa seria de indefectibilidad? Sí, pues, le dio unidad también visible y unidad indefectible, la Iglesia continúa hoy patente y unida como cuando salió de sus manos creadoras.

Síguese de esas premisas la medida de la esperanza que arroja el esfuerzo ecuménico. Estamos bien lejos de minimizar la empresa ecuménica, desconocer el mérito sobresaliente de los ecumenistas, o escamotear los resultados benéficos para la causa cristiana, logrados ya en amplios sectores, cerrados antes herméticamente a la idea comunitaria. La Iglesia católica se regocija con ellos y une su plegaria con los hermanos separados a la oración del mismo Cristo. Pero ello no suprime su tristeza profunda a la vista de ese desequilibrio de ideales de unidad. Sin una rectificación de la meta, sin la aceptación previa de las coordenadas que Cristo señalara a la unidad eclesiástica, serán baldíos los esfuerzos generosos del ecumenismo. La meta de la Unidad, así con mayúscula, sin coloraciones confesionales, es algo inaccesible para los ecumenistas. La distancia es aquí infinita. La esperanza, nula.

* * *

Cabría prescindir de esas coordenadas absolutas. ¿Cuál sería el veredicto si diéramos por buena la meta que propone el Consejo ecuménico? ¿Progresan los cristianos? ¿Es de esperar que un día consigan su objetivo?

Acecha de nuevo el peligro vinculado a la misma fórmula propuesta como ideal ecuménico. El peligro no es otro que un frenazo en el entusiasmo que puede llegar a paralizar por completo el movimiento.

La primera tentación se articula con el primer engranaje de la unidad ecuménica: es *un don* de Dios que poseen los cristianos. Y es su posesión tan entrañable que no pueden, aunque quieran, desembarazarse de ella. Por mucho que hagan, no pueden los hombres quebrar la unidad eclesiástica: ni está en nuestra mano separarnos, ni es posible a nuestras fuerzas reunirnos; así reza una fórmula pronunciada en Amsterdam [259]. Bastaría acentuar con énfasis ese

---

[258] C. J. DUMONT, *Les voies de l'Unité chrétienne. Doctrine et spiritualité,* Paris, 1954. *Unité donnée et Unité à faire,* p. 208-213.

[259] W. A. VISSER'T HOOFT, *Qu'est-ce que le conseil oecuménique des Eglises? L'Eglise*

extremo para paralizar cualquier esfuerzo. ¿Para qué movilizar tantas energías, para qué embarcarse en tantos sacrificios, si el ideal perseguido es una realidad gozosa? No son pocos los que sucumben a esta tentación modulada en formas muy varias.

El segundo peligro se inscribe en el extremo opuesto de la fórmula ecuménica de la unidad. Se nos propone su *manifestación* en el mundo.

¿Para qué?, preguntan algunos; ¿qué añade la dimensión externa, superficial, al disfrute profundo de la realidad? Lo importante es que la unidad exista; no que se cacaree a los cuatro vientos.

Retiran algunos la instancia, atendido el deseo de Cristo que impuso esa antorcha de luz en el mundo. Sea; dicen: hemos de colaborar al ritmo vital de la Iglesia, que por ser una, se somete a un despliegue unitario. Pero ¿cómo? Puesto que se nos pide nuestra colaboración, fuerza es prestarla como se acostumbra en las empresas humanas. Tender a la manifestación de la unidad eclesiástica significará en este caso, diplomacia en las conversaciones enderezadas a constituir federaciones, organizaciones, compromisos, sociedades... Las negociaciones de ese tipo eclesiástico van siendo ya excesivas para los resultados obtenidos. Y comienza a sentirse el cansancio.

¿Es sólo cansancio o tal vez sospecha de estar persiguiendo un ideal ilusorio? El ecumenismo debería preparar la desaparición gradual de los individualismos confesionales. Muy lejos anda la experiencia de varios lustros de ecumenismo: «El ortodoxo se hace más ortodoxo, el anglicano más anglicano, el luterano más luterano, el reformado más reformado; el ecumenismo, en suma, representa un renacimiento acusado de confesionalismo» [260]. ¿Es ese el camino que conduce a *una manifestación más patente* de la unidad que poseemos en Cristo?

Se aducen, claro está, realizaciones unitarias, pese a ese confesionalismo acrecido. Pensamos, por ejemplo en la ISI. Contentémonos con citar de memoria una crítica muy dura de esa dialéctica unionista: ¿Han disminuído en la India del Sur las confesiones que hacen del cristianismo un mosaico, o representa más bien la creación de un nuevo grupo irreductible a los precedentes y a la larga rival suyo?

No son tampoco brillantes los resultados del juicio, aun aceptando por hipótesis las coordenadas de unidad impuestas por los ecumenistas.

c) Contraprueba eficaz

Duele en el alma encontrarse con resultados exiguos, cuando es nada menos la esperanza quien se halla en juego. Pero la verdad no sufre compromisos.

De necesitar comprobantes, resultaría muy cómodo respaldar nuestro parecer con otros parecidos, fáciles de espigar en la literatura ecuménica, entre autores de nota.

Un botón de muestra: «Muchos obreros de la unidad cristiana —es el editorialista de una revista ecuménica quien opina— piensan que hemos llegado a un punto muerto; después de la guerra había señales de una unidad en marcha; hoy estos signos tienen tendencia a desaparecer. El celo por una causa cuya consecución parece alejarse indefinidamente, se enfría en muchos cristianos. Las grandes conferencias ecuménicas no romanas que han precedido y seguido la última guerra mundial, han suscitado esperanzas inmensas en su preparación y desarrollo. Pero hoy fieles de diversas iglesias que esperaban resultados tangibles, que se hacían la ilusión de poder rogar cuando menos codo a codo con otros cristianos, caen en una cierta indiferencia respecto al ecumenismo. ¿Hemos entrado en un camino sin salida?» [261].

Los hechos están ahí. Sería necio ignorarlos. Las columnas ecumenistas sienten la impresión de hallarse en un callejón sin salida. ¿Cuál es la reacción de sus jefes?

---

universelle dans le dessein de Dieu, p. 276. ...«Incapables de s'unir, elles (las iglesias) sont aussi incapables de se séparer»...

260 Así M. BOEGNER, *Le problème de l'unité chrétienne*, Paris, 1947, p. 108.

261 En *Verbum Caro*, 12 (1958), p. 1.

No es acertado responder con documentación vasta, sino más bien selecta, encaminada a caracterizar las actitudes más típicas. Nos gustaría describir de esta forma la orientación característica del ecumenismo, cuando se agudizan estos momentos de crisis a lo largo de su historia.

A ello responden tres posturas encarnadas en otros tantos nombres ilustres en los cuadros ecuménicos. Son representantes autorizados de confesiones ampliamente destacadas en el Consejo; hállanse situados escalonadamente en las inflexiones características de la metodología ecuménica en su marcha hacia la unidad.

Todos los métodos ensayados en el ecumenismo, acusan enormes fallos. Todos ellos han suscitado en espíritus advertidos, profundas crisis. Todos ellos han permitido un senda de evasión. He ahí la reseña.

* * *

Se ha dicho, no sin fundamento, que la primera fase histórica del movimiento de Fe y Constitución, se halla bajo la inspiración del *método comparativo*. En efecto, la manera de proceder en Lausanne y Edimburgo, se ajusta a esa norma: los delegados parecen empeñados en aproximar, de una forma todavía *empírica*, esquemas eclesiológicos *históricamente* existentes, para subrayar en ellos analogías y discrepancias. Esperaban lograr un acuerdo sobre la base del «máximo común denominador» y una eliminación progresiva de las diferencias, una vez delimitadas y demostrado su carácter secundario.

Presto se vio la gran dosis de utopía que entrañaba este ideal. Los acuerdos no pasaban, por lo general, de la superficie, ligados como estaban a contextos diferentes; sobre las discrepancias, pesaba toda una historia inamovible, hasta por fidelidad confesional. Se replegaron a tiempo; pero los problemas doctrinales no sufren soluciones diplomáticas. Lo más trágico fue que, a fuerza de afinar el escalpelo, los teólogos comparativistas fueron descubriendo nuevos matices confesionales que sirvieron de maravilla para consolidar más aun el problema de la desunión.

Boegner, reformado francés, figura de primera línea en la historia del ecumenismo, no puede cerrar los ojos a esta realidad contraproducente. Tras reflexión madura, concluye sentenciando que el problema de la división eclesiástica es insoluble en este mundo. La unidad de la Iglesia es un fruto destinado a madurar tan sólo al fin de los tiempos. «La unidad —son sus palabras— es una realidad escatológica, cuya visión ilumina las vías del mundo; pero cuya posesión quedará asegurada solamente en el más allá» [262].

No deja de ser chocante el hecho de que una búsqueda sincera de la unidad, ajustada a un método plenamente respetuoso para con los datos de la historia, concluya negando la solución en el tiempo. El método comparatista histórico, se siente como aprisionado en la dimensión temporal; resuelve Boegner la crisis con una evasión del tiempo, colocando la meta ideal en una dimensión escatológica.

* * *

La metodología no cambia en Amsterdam de dirección, pero sí de nivel y de signo. La comparación confesional ensayada en Lausanne y Edimburgo no había rebasado el empirismo de unos datos existenciales. Quedó en pura medición de superficie, con una tendencia armonizante no disimulada. Fracasado el empeño, proponen los delegados de Amsterdam una corrección metodológica sumamente enérgica. Persiste la tarea comparativa; pero vista en profundidad, a la luz de la metafísica; y sin temor ninguno en acentuar el tinte trágico que lleva esta visión de una cristiandad dividida radicalmente y, aparentemente sin puntos de contacto que alienten la esperanza futura.

León A. Zander, teólogo ruso, emigrado, profesor en el instituto ortodoxo de París, milita de antaño en las filas del ecumenismo. Ha reflexionado profundamente sobre sus problemas, sus métodos, sus limitaciones. Ha vivido en una experiencia vital sus crisis.

---

262 BOEGNER, *op. cit.*, p. 214.

A raíz de las discusiones suscitadas en Amsterdam, se vio muy presto el exiguo servicio que iba a ofrecer para la causa de la unidad la «diferencia fundamental» de aquella asamblea. Zander reelabora intuiciones sembradas acá y acullá en sus numerosos trabajos. El fracaso del método de Amsterdam le sirve de acicate. En su último libro, publicado años después, presenta de frente su teoría ecuménica [263]. Para Zander la meta de la unidad propuesta por los ecumenistas, es una ilusión muy bella; pero una ilusión. Inútilmente, confiesa, hemos tentado una y otra vía. La meta parecía retirarse unos metros más allá de donde alcanzaban nuestras manos [264]. ¿Es mejor abandonarlo todo? Fuerza es reconocer lo trágico de una situación encadenada a este plano [265]. Pero la culpa no ha de atribuirse a la realidad misma; sino a nuestra absurda exigencia.

Andábamos totalmente descaminados. No puede decirse, sin embargo, que la prosecución de ese ideal ilusorio haya sido tiempo perdido; porque Dios nos tenía reservada, precisamente ahí, al término de tantos pasos infructuosos, una alegría inesperada. Nos ha descubierto, finalmente, un objetivo en el cual no habíamos soñado. Y en él consiste la auténtica meta ecuménica: «una unidad sin unión», «unity without union», «edinstvo bez soedinenija» [266].

Prescindimos de otras publicaciones suyas; silenciamos las reacciones suscitadas [267] en el seno mismo de la ortodoxia [268]. Lo interesante para nosotros es documentar esa evasión típica de una metafísica fracasada en su intento de reconstruir la unidad cristiana. Zander que ha sentido la hondura de esa crisis, se refugia en la mística, en la cual cree posible hallar morada para esa paradoja de una unidad sin unión. Falla el ideal metafísico; pero queda el recurso al mundo metalógico. Sin embargo —no se pierda de vista— en la evasión se sacrifica la unidad cual la buscaba el ecumenismo.

* * *

Hans Lilje es obispo luterano y figura señera en el ecumenismo. Su nombre figura en la lista de Edimburgo. Preside la 1.ª sección de Amsterdam, y la 4.ª de Lund. Prosigue su colaboración en la sección de Fe y Constitución desde puestos prominentes.

Un artículo suyo célebre [269] somete a crítica acerada el movimiento ecumenista. Centra sus tiros en Lund; precisamente en un momento en que la metodología había llegado a su máximo de perfección, con la rectificación de tipo cristológico. Pese a todas las declamaciones, Lilje muestra que en varios sectores, Lund no entraña progreso ninguno con respecto al nivel de Amsterdam [270].

Hay teólogos, como Van Dusen, que endosan la responsabilidad al Consejo ecuménico de las Iglesias. H. Lilje sale en su defensa. Pero la orienta en modo muy diverso a como habían hecho otros correligionarios suyos. No le satisface el expediente escatológico, que propone, por ejemplo, Schlink [271]. Es un repliegue que deja la cuestión entera. Intenta, por cuenta propia una solución más radical, inspirada en la dialéctica luterana de la justificación por la fe [272]. La conocemos ya y no insistimos en descripciones superfluas: así como el hombre, aun cuando justificado, persevera sometido a

---

263 L. A. ZANDER, *Vision and Action. Introd. by the Bishop of Chichester. Translated from the Russian*, London, 1952.

264 *Ibid.*, p. 90. 169-170.

265 *Ibid.*, p. 98.

266 *Ibid.*, p. 217.

267 Cf., G. VODOPIVEC, *La vera unità cristiana*, en *Unitas*, 8 (1953), p. 135 ss.; cf. S. TYSKIEWICS, *Jugement pravoslaves sur l'oecuménisme catholique*, en *Nouv. Rev. Théol.*, 81 (1949), p. 889-890.

268 FLOROVSKY ha opuesto a ZANDER un NO rotundo a su tesis (*The Christian East*, Westminster, 2 (1952-1953, p. 112-120).

269 H. LILJE, *Der gegenwärtige Stand der oekumenischen Bewegung. Kritische Ergebnisse der dritten Weltkonferenz für Glauben und Bewegung*, en *Theologische Litteraturzeitung*, 78 (1953), p. 65-74.

270 *Ibid.*, p. 69.

271 Cf. T. SARTORY, *Die ökumenische Bewegung und die Einheit der Kirche*, Augsbourg, 1955, p. 71: «Der Versucht *Schlinks* ist su deutlich eine Flucht in die Eschatologie».

272 LILJE, *art. cit.*, p. 72.

su condición de pecador, así la Iglesia —iusta simul et peccatrix— no alcanzará jamás el ideal absoluto, ni en este mundo ni en el otro. Considera herejía donatista pensar de otro modo [273]. Excusado decir que la dimensión de la unidad se halla sujeta a esta norma. Y que la Iglesia, aun cuando una, no puede pretender más que la organización unitaria relativa.

En Lund el método había madurado por saltos progresivos de la historia a la metafísica y de ella a la teología. Sin embargo, proseguía intacto el escándalo de la división. Se suscita la crisis en los espíritus más aventajados. Y la respuesta es una nueva evasión. Esta vez al moralismo, a la ascesis colectiva, al antropologismo el «iustus simul et peccator». ¡Y pensar que estábamos en terreno cristológico! Pero urgía justificar la inmovilidad pese a los esfuerzos y legitimar por la base los fracasos.

* * *

No son sino tres ejemplos. De acuerdo; pero nos forjamos la ilusión de que representan signos de grandísimo valor. Al pensar de este modo tenemos los ojos puestos en la talla ideológica de sus autores, en su información profunda, en su dedicación sincera y total a las tareas ecuménicas.

La curva metodológica sigue, en general, una marcha ascendente. Pero la causa de la unidad permanece estacionaria. Las evasiones acechan en cualquier momento de la historia.

Y las evasiones representan, en el fondo, abandono de la fórmula ecuménica oficial. Por vario motivo; pero en la raíz unificada: el ecumenismo es utópico cuando busca una unidad irrealizable en el mundo presente; es igualmente ilusorio al pretender suprimir las divisiones que Cristo permite y aun exige en el seno de su Iglesia.

Conclusión

Reconozcamos que el panorama de la unidad resulta todavía muy mezquino; muy trabajosa la marcha hacia la unidad; nada risueñas las esperanzas a la vista del futuro.

Creemos difícilmente justificable la rutina. Urge reaccionar. Pero ¿en qué sentido?; ¿ampliando los anatemas contra el ecumenismo denunciado como iluso?

Revisando punto por punto cuanto habíamos visto en la primera parte, hemos podido convencernos de que el problema básico que condiciona la cuestión de la unidad, se centra en torno al ministerio. La deficiencia de su tratamiento es lamentable. Cabe hacerse una pregunta: ¿Cuál sería la fisonomía de un ecumenismo ideal, que jerarquizara objetivamente los problemas y tuviera el valor de afrontarlos con el método riguroso que la materia reclama?

C) UNIDAD Y MINISTERIO

En virtud de unos vínculos muy estrechos, que se van haciendo de día en día más patentes, resultaban previsibles crisis agudísimas para la causa de la unidad ecuménica, a la vista del descuido en que yacía el sector del ministerio.

La visión desapasionada y directa del panorama contemporáneo de unidad eclesiástica, confirma la exactitud dolorosa de aquellas predicciones. Continúan los ecumenistas combatiendo las batallas de la unidad; pero, aparte las inevitables defecciones, cunde un sentimiento general de cansancio. Nada más lógico que la fatiga ante ese NO rotundo y monótono que sienten resonar por doquier, sea cual fuere el tajo en que localizan sus esfuerzos. Un NO preñado de matices armónicos, cuyo análisis comporta toda una teología del ministerio.

---

[273] *Ibid.*, p. 72: «Hier liegt eine genaue Parallele zur Rechtfertigungslehre vor. Der Mensch, dem Jesus Christus im Glauben begegnet ist, ist gerechtfertigt, aber nicht in Sinne eines perfektionistischen Moralismus, sondern als peccator justificatus. Im Glauben weiss er, dass gerechtfertigt ist, wenngleich das, was in seinem Christenstande sichtbar ist, keineswegs das Bild der Vollkommenheit bietet. Ebensowenig darf die Oekumenische Bewegung einem eklesiologischen Perfektionismus nachjagen».

Sólo con ese complemento se adivina íntegro el cuadro de la unidad ecuménica.

La empresa de su inserción resulta tan difícil como delicada. Afortunadamente rebasa en mucho nuestro cometido. Nos impone, eso sí, la reivindicación del tema; pero se contenta con una sencilla alusión a las exigencias y enormes virtualidades que, en el mundo ecuménico, entraña el ministerio.

Anotábamos al principio de ese trabajo deficiencias en *materia* y *método*. Réplica obligada nos parece señalar ahora complementos oportunos en *método* y *materia*.

1) PLANTEO DEL PROBLEMA (cuestiones metodológicas)

Ginebra es hoy por hoy capital del ecumenismo. Un estudio a fondo de este movimiento, no es que rinda el viaje absolutamente imprescindible, pero sí muy deseable. No decimos estrictamente necesario; porque Ginebra, que nada sabe de hermetismos, se torna a diario transparente a través de sus publicaciones. Pero, claro está, el diálogo teológico, franco y cordial, ofrece en Ginebra un marco insustituíble; en su interior cobran relieve colores antes desvaídos y se dulcifican trazos demasiado rígidos en los esquemas sistemáticos en uso.

Una línea roja subraya en mi diario un nombre y una entrevista. Providencia superflua; porque aun sin diario conservaría fresco en la memoria el recuerdo de aquel encuentro con el profesor Leenhardt, a la sazón Decano de la Facultad teológica ginebrina.

No hago responsable a Leenhardt de los conceptos que aquí hilvano; es muy posible que él los matizara de manera muy diversa. No importa sólo encarnar en un nombre una postura bien definida que, en línea de máxima, él acepta y que he comprobado muy extendida en la teología protestante europea.

Aludiendo al tema de unidad, vino a decirme con una lentitud muy marcada, cual si sintiera el peso de su frase:

Católicos y protestantes estamos cada día *más cerca* y a la vez *más lejos*. Lo primero es claro, porque hemos logrado sepultar definitivamente las negaciones masivas. A fuerza de afinar el estudio, hemos llegado a una comprensión respetuosa y hasta simpática de la actitud de los otros. No son tantas las tesis que nos separan; nos sentimos más próximos. Pero por contrapartida, advertimos que esos pocos metros de distancia, representan un abismo infranqueable: las diferencias se afilan cada vez mejor, dejando al desnudo la utopía de posiciones intermedias. Estamos separados, tal vez, sin remedio.

¿Cuál es el motivo, proseguía, de esas perspectivas irreductibles? ¿Por qué las mismas palabras neotestamentarias han de resonar tan diversamente en oídos católicos y reformados? ¿Qué fenómeno óptico es capaz de explicar esa difracción polícroma de la misma página, según el credo del lector?

En el curso de la entrevista, afloraron muchos por qué. Leenhardt fue excluyendo implacable: 1.º No lo explica *la psicología*, porque siquiera en muchos casos, quedan lejos cerrazón y hostilidad polémica de otros siglos. Es posible conseguir hoy sectores de amplia comprensión, apertura y cordialidad; reunir interlocutores abiertos a la luz y dispuestos incluso al sacrificio confesional; que quedan aferrados, sin embargo, a sus propias perspectivas.

2.º Ni hay que achacar tampoco el fenómeno a deformación *histórica*. Hemos tenido tiempo de evaluar a fondo el episodio de la Reforma y rectificar los ánimos ayer muy inquietos. Parapetarse hoy en inercias es expediente harto simplista. En todo caso esa evasión a la historia deja por resolver el origen de una perspectiva que pudo obsesionar de forma irresistible a los Reformadores. ¿Por qué en contraste con la iglesia oficial? 3.º Tampoco soluciona el problema la *metafísica*, como quisieron hacernos creer en Amsterdam. Demos por suficiente ese esquema —demasiado simplista— de verticales y horizontales; ¿qué genio dirige las preferencias con exactitud matemática?

El motivo es más profundo. A su juicio, la divergencia de los cristianos tiene una sola explicación: la fe. Es ella la lente interpuesta entre el individuo y su objeto. Hemos nacido en clima dogmático diverso, sometido a luz ideológica diferente, aireado con perfume confesional muy vario. Por ahí ha de buscarse la razón de nuestras pers-

pectivas contrapuestas: van vinculadas a nuestro credo. Desde él todo se torna coherente, orgánico. La fidelidad nos lleva a desechar como objeciones los motivos de inquietud madurados en períodos de crisis de crecimiento intelectual o debidos a contactos de tipo ecuménico. Muchas de esas instancias se esfuman como vienen. Otras quedan pesando sobre la teologia; no sobre el espíritu de quien toma en serio el mundo misterioso en que están sumergidos los creyentes. No se oponen motivos de evidencia irresistible. La fidelidad elimina sin esfuerzo los otros.

* * *

Será mejor suspender la cita. No era solución lo que pretendíamos sugerir con ella; sino más bien un hacernos con un paradigma típico de planteo ecuménico. Es límpido en ese esquema. Y sintetiza en forma lineal las dificultades acotadas a lo largo de la historia del ecumenismo.

El problema de la unidad se torna así rayano en lo insoluble. ¿No es trágico que el juramento de fidelidad se traduzca fatalmente en endurecimiento de las divisiones?

Demos que llegue a justificar la urgencia de una colaboración, para no contrariar el deseo manifiesto de Cristo; pero ¿en qué sentido orientar los esfuerzos? ¿Es precisamente el ministerio la parcela más urgente?

Desde la perspectiva en que acabamos de considerar el problema, el tema del ministerio suena a cosa extraña, heterogénea, ausente.

Y sin embargo estamos persuadidos de que es quien ofrece la base más amplia para una respuesta positiva. Hasta es muy posible que esa tarea le competa en monopolio. Pero no es correcto entremezclar afirmaciones y sospechas.

a) Sentido del problema

¿En qué sentido respalda la fe la dispersión de los cristianos?

¿No esteriliza la fidelidad al propio credo todos los programas ecuménicos?

No es indiferente la respuesta. Entraña dos puntos que determinan la orientación futura del problema.

* * *

La primera cuestión se presta al esquematismo. Lo aprovechamos gustosos, aunque algo inquietos por la extensión que va alcanzando este trabajo:

1.º El *ecumenismo* es un problema de *unidad*. ¿Hará falta martillear sobre el mismo tema?

2.º El problema de la *unidad ecuménica*, se trueca a su vez, en un problema de *verdad*. Las relaciones conceptuales estriban sobre bases *metafísicas:* Es famoso el trío de propiedades inseparables, realmente idénticas: «unitas-veritas-bonitas». Cuentan además con un buen apoyo en *lógica:* Caben muchas fotografías de un mismo objeto; lo que no se concibe es que, aparte las modalidades determinadas por la propia visual, sean esencialmente contrapuestas. La teoria de la múltiple verdad, quedó arrumbada hace mucho tiempo como pieza de museo. La ontología y la lógica gravitan, pues, sobre esa gama indefinida de eclesiologías contrapuestas. Si el cristianismo es único no cabe más hipótesis que suponer los sistemas idénticos, con puras modulaciones accidentales; o aceptar la verdad de uno solo. El problema de la identificación de esa única verdad, puede revestir dificultades sin cuento; pero la afirmación de base es meridiana a la luz de la metafísica.

3.º Finalmente, el problema de *la verdad eclesiástica* se resuelve en definitiva en un problema de *fe*. Sólo esa luz de lo alto es capaz de iluminar un objeto sobrenatural. Y lo es la Iglesia en su naturaleza íntima. Lo trágico es que hay quien deforma el objeto, o mixtifica la luz: En definitiva, se trueca en problema a fuerza de pseudo-iglesias y luces subjetivas, lo que debiera ser un dato placentero de percepción sobrenatural.

En este sentido convenimos con Leenhardt en reducir el ecumenismo a un problema de fe.

* * *

No nos es posible, en cambio, seguirlo en otras muchas inferencias que no se desprenden, en rigor, de estas premisas.

Aceptar el ecumenismo como problema de fe, no autoriza a suscribir resignados la división que nos aqueja. La fidelidad confesional encadena: principios, fuentes, métodos, conclusiones... todo se tiñe, a su contacto, de una coloración particular. De acuerdo. Pero ¿no es de una dureza destemplada suponer la obligación moral de aceptar el error? ¿Es realmente la fe quien orienta en direcciones contrapuestas? ¿Es idéntico el impulso hacia la verdad y la ficción?

¿Podría esquivar Dios la responsabilidad que le incumbe? Resulta muy sencillo descargar de culpa personal a individuos encadenados a un mundo ideológico, herméticamente cerrado, por hipótesis, sin posibilidad de reacción auto-crítica, vedada por motivos religiosos. Pero ¿no queda mal parada la teodicea? ¿Qué hacer de la tesis de un Dios, verdad substancial, creador de inteligencias abiertas a la luz?

Se dirá que la meta confesional no siempre desemboca en error objetivo. Pero aun cuando la orientación de la marcha fuera justa, quedaría siempre al sujeto el derecho inalienable de cerciorarse de que sus pies tocan el suelo y no nubes de fantasía. Lo reclama la estructura misma de la fe. Es un asentimiento sobrenatural; pero cortado a escala humana. Los teólogos tienen buen cuidado de no omitir jamás entre las propiedades del acto de fe, su carácter razonable. ¿No quiso Dios que a su palabra divina respondiese el obsequio de una aceptación *humana*? ¿Sería *humano* un «sí» inconsciente o forzado? Dios respeta el perfil esencial de sus hijos. Lo contrario sería violentar su acción de creador. Dios es providente. Ofende a su sabiduría la sospecha de que haya dejado a los hombres con una obligación estricta sin medios de llenarla. Si impuso una respuesta racional y libre a su divina revelación, podemos contar con la seguridad de que sembró en el camino de la historia certezas suficientes en que apoyarla.

Convengamos gustosos en levantar acta de un problema de fe; pero reivindicando, a nuestra vez, los derechos de la razón. Su aceptación lleva consigo el reconocimiento de unos rasgos fisonómicos característicos, anejos al verdadero esquema eclesiológico. Han de ser visibles a la razón humana. Y lo han de ser de manera que haga posible el discernir lo auténtico de lo falso.

Con lo que el problema de fe, derivado hacia la región de la verdad, se traduce, en última instancia, en un problema de certeza. ¿Dónde hallar la verdad entre esos varios esquemas rivales? Uno sólo lleva el sigilo divino de autenticidad, accesible a la razón.

¿No es una cuestión, a escala sobrenatural, análoga al problema crítico propuesto en metafísica?

Podrá discutirse hasta qué punto la analogía permite a las soluciones un curso paralelo. Queda, sin embargo, al abrigo de toda sospecha la existencia en ambos planos, metafísico y teológico, de sistemas contrapuestos. Ponen a contribución —y no sin énfasis— la totalidad de datos subjetivos y objetivos, en esa controversia.

En lógica estiman muy difícil el problema crítico, pero soluble. ¿No es un rayo de esperanza en ese oscuro problema criteriológico, a que, en resumidas cuentas se reduce la cuestión ecumenista?

b) Exigencias de método

Acusa raíces muy profundas la analogía precedente. No se trata sólo de un parecido superficial de grupos rivales en planos superpuestos, filosófico y teológico. Hay algo mucho más hondo: es que, además de ser rivales, —el luteranismo, por ejemplo, y la ortodoxia—, representan visiones integrales del mundo sobrenatural, sostenidas con un énfasis parecido a lo que acontece en metafísica con un sistema idealista y otro empirista contrapuesto. La discusión no sufre una circunscripción de detalle: envuelve la totalidad de una manera rotunda: cada sistema —y la afirmación es válida para el conocimiento natural y para el conocimiento de fe— tiene una manera peculiar de mirar el objeto, y una actitud subjetiva característica, y una apreciación propia de la realidad; posee fuentes de conocimiento acotadas según reglas personales; estilo diverso de conducir las pruebas; mecanismo diferente; tesis contrapuestas en torno a la capacidad de nuestras facultades mentales... Todo adquiere un tinte típico en

el interior de cada esquema. Los partidarios aprecian homogeneidad en la distribución de los colores; se extrañan de quienes acusan estridencias, que ellos no aciertan a ver.

La observación es preciosa, porque nos pone en guardia contra esquematismos polémicos demasiado ingenuos. Tiene razón que le sobra Leenhardt cuando asegura que las instancias no inquietan, por lo general, al adversario; no hacen sino arañar la superficie, dejándolo en la tranquila contemplación de su mundo.

Para un filósofo helénico que niega el devenir y el movimiento por motivos metafísicos, nada significa la ironía del interlocutor que se pasea ante sus ojos. ¿No acontece otro tanto en innúmeras argumentaciones de teología polémica?

¿Es posible someter esos sistemas rivales a una crítica absoluta? ¿Cómo hacerlo sin violentar sus principios?, ¿sin desconocer su pretensión totalitaria?

El problema es arduo. Impone metodología peculiar. Los críticos vienen meditando profundamente sobre ella, ansiosos de resolver el problema en metafísica. Puesto que la analogía entre ambas criteriologías persevera en este plano, estimamos lícito utilizar en eclesiología conclusiones filosóficas bien acreditadas.

Las alineamos en dos sentidos: Tienden a rectificar debidamente la actitud espiritual que debe adoptar el sujeto y bosquejar el itinerario ideal que deben seguir las pruebas.

* * *

Racionalismo y voluntarismo cristalizan, a escala criteriológica, en dos actitudes mentales igualmente erróneas. Los críticos están de acuerdo en anatematizar por igual el dogmatismo y el escepticismo.

La postura *dogmática* es reprobable por dictar, sin justificación ninguna, postulados que entrañan una visión particular del mundo. Viola el derecho ajeno, con su pretensión de excluir orientaciones diversas; ofende la verdad misma forzada a replegarse a un plano volitivo.

Por razones opuestas resulta reprobable el *escepticismo*, el *relativismo absoluto*, la *duda metódica universal*. Es la consecuencia lógica de un racionalismo extremo en su empeño de salvaguardar los derechos presuntos de todos. Lastrado de la duda inicial, cae el entendimiento en el vacío más absoluto, sin posibilidad ulterior de topar un objeto sólido en que anclar una sola certeza.

No es actitud correcta un golpe de audacia, ni una quema ingenua de las naves. Entre el racionalismo absoluto, —que, con su enfática exigencia de pruebas, llevaría el problema a una absurda cadena infinita de por qués— y el voluntarismo —que renuncia perezosamente a todo esfuerzo intelectual— cabe un término medio bien equilibrado y seguro: es lo que han dado en llamar una *justificación racional*. Sin necesidad de silogismos, confirma objetivamente el espíritu en su íntima persuasión de certeza.

Haría falta hacer resonar en la historia de Fe y Constitución esos anatemas. Porque la actitud dogmática y la postura escéptica se encarnan en nombres propios con sobrada frecuencia. La metodología ecuménica oficial refleja por lo general el sentir de la mayoría. Séanos lícito criticar, a modo de ejemplo, tres de sus jalones más característicos:

1.º En Lausanne, triunfó el método del «máximo común denominador». Abandonando los resultados a un cálculo, se confiesan tributarios de la duda metódica inicial; por las fuentes en que buscan los datos, profesan un relativismo escéptico. La ortodoxia dejó oir su reivindicación de tipo *dogmatista;* pero sus protestas quedaron ahogadas en una alianza mayoritaria de protestantismo y anglicanismo.

2.º Tras las declamaciones enfáticas, a raiz de Amsterdam, de «católicos» —de tendencia dogmatista— y «protestantes» —de orientación relativista— madura en Lund la fórmula mediadora de los «Vestigia ecclesiae». Respeta la hipótesis de una sola y verdadera iglesia, sin negar elementos auténticos conservados en todas las confesiones cristianas. La verdad ha de buscarse, no ya por el método del «máximo común denominador», sino del «mínimo común múltiplo». Se busca un esquema eclesiológico, capaz de contener en su interior todo lo que de bueno y objetivo poseen los demás grupos confesionales. No repugna el que, como acontece en matemáticas, el mínimo común múltiplo de varios términos, coincida con el mayor de la serie. Se prestaba la fórmula, apenas esbozada, a elaboraciones correctas en criteriología. No fue así.

3.º Y el por qué es muy sencillo: molestó a muchos miembros del consejo la beligerancia otorgada a la facción «católica». Y en Evanston, aprovecharon los luteranos su dominio ideológico para trocar la metodología, proponiendo una fórmula de clara inspiración protestante: «iustus simul et peccator». Desde un punto de vista criteriológico la actitud es francamente *dogmatista;* pero ajustada a postulados «evangélicos». En apariencia, legitimando las divisiones, parecería abrir amplio cauce a las otras dogmáticas. En realidad, es intransigente como lo son todos los dogmatismos.

De atenernos, pues, a las reacciones de masa, más bien que a posturas personales, fuerza es señalar un grave déficit en la criteriología ecumenista. Sólo a la altura de Lund, parecía orientarse en un sentido equilibrado. En su arranque histórico y, lo que es peor, en sus últimas declaraciones oficiales, la metodologia está en deuda gravísima. Téngase en cuenta que los anatemas no vienen del sector teológico; son los mismos filósofos, a la luz de la recta razón, quienes reprueban por igual el escepticismo de Lausanne y el dogmatismo de Evanston.

* * *

Rectificada esa actitud mental, urge proponer la marcha a seguir en el proceso.

Corremos el riesgo de que, a fuerza de esquematismos, queden las etapas algo desvaídas; pero no nos es lícito descender a pormenores.

Nuestro cometido se reduce simplemente a presentar una piedra de toque en la criba de eclesiologías rivales. No es empresa fácil imaginarla de tal naturaleza que logre discernir verdad y error, sin ofender los postulados confesionales.

A estas exigencias responde el siguiente examen crítico desdoblado en dos tiempos:

1.º) Podría denominarse el primero, *momento subjetivo.* Consiste en un esfuerzo por «entrar» de lleno en el esquema sometido a examen. Fuerza es, para ello, asimilar su espíritu, adoptar sus categorías, acomodarse a su óptica particular y reconstruir a su dictado el panorama estilístico. Y todo ese trabajo, de suyo difícil, realizado con perfecta objetividad, con simpatía, sin ceder a movimientos secretos de rebelión polémica. Sólo a ese precio resulta posible la comprobación de su coherencia interna. Un esquema eclesiológico, tiene mucho de sistema gravitatorio por la forma con que giran unas verdades alrededor de otras, en unidad admirable de conjunto. Es preciso que el análisis a que aludimos todo lo someta a peso y medida: masas, órbitas, velocidades, atracciones, trayectorias... El más insignificante defecto, la más pequeña contradicción, incoherencia o contraste, basta para poner todo el sistema en cuarentena. ¿Y por qué «desde dentro»? ¿No es suficiente una consideración externa? No; por doble motivo: Ante todo, porque no es cierto que las dos visiones se igualen. ¿No es bien diverso el aspecto de las vidrieras de una catedral, vistas desde la calle o desde el crucero? Por si fuera poco, la visión «exterior» introduce un nuevo juego de coordenadas que, amén de complicar las cosas, introduce una consideración objetiva. Y tenemos empeño en relegarla a otro momento.

2.º) Que viene precisamente a completar el primero. Supongamos que el sistema eclesiológico supera la prueba de la coherencia. Tenemos ante los ojos una construcción bellísima, armoniosa, acabada en su orden. ¿Existe? La coherencia interna es criterio negativo: basta una contradicción para justificar el anatema. Pero no pasa de negativo. Para asegurar su objetividad, es preciso un salto ulterior, un criterio positivo.

¿Cuál? No todos los elementos eclesiológicos se prestan a ello. Una buena parte, supera el alcance de la inteligencia humana. Y es a ella a quien compete esa segunda fase del análisis. Porque se ha de realizar esta vez «desde fuera» del mundo de la fe. Es preciso fijar al menos un punto en ese sistema eclesiológico, —que por comodidad vamos a suponer reducido a una esfera— que podamos palpar con la mano, para cerciorarnos de la realidad del conjunto, que sabemos homogéneo.

¿Cómo? Prosigamos la imagen: Supongamos la esfera apoyada en un plano. El punto de tangencia pertenece a la vez a la esfera y al plano. Tiene carta de naturaleza en el mundo de tres dimensiones y es perfectamente accesible a los seres bidimensionales del plano. Por muy elevado, por muy hermético, por muy

sobrenatural que se suponga el mundo eclesiológico, es siempre concebible una tangente con nuestra modesta historia humana. Será un punto familiar a quien posee el secreto de las fórmulas confesionales; y un punto accesible, a la vez, a cualquier inteligencia normal, suficientemente advertida.

Respondemos anticipadamente a una instancia posible: Ese punto de tangencia *es posible*. Infinitos son los candidatos en una superficie esférica. ¿Sólo posible? No; ese punto *existe* de hecho; porque Dios no puede dejar flotando en el aire todo ese mundo de fe. Ha querido darle un estribo racional. Y Dios es omnipotente en sus proyectos.

Permítasenos redondear este esquema con una doble observación metodológica.

1.ª De suyo, cualquier punto serviría de apoyo a la esfera; pero en realidad nada obliga a suponer que Dios haya sembrado en la historia datos a granel, para comprobación natural de cualquier extremo eclesiológico escogido a capricho. Es deber nuestro plegarnos con docilidad a los textos y localizar con intenso esfuerzo teológico el sentido que Dios ha querido tuviera esa justificación racional. Se ha comprometido a asegurar ese punto de tangencia; pero se ha reservado su elección. Y es tarea nuestra descubrir sus coordenadas.

2.ª ¿Por dónde comenzar el examen? Son muchas las esferas rivales. ¿Es indiferente el orden?

Proponemos comenzar por el catolicismo. Cuenta con una primacía espacial-temporal de todos conocida. Además, dada la exclusividad con que se presenta, un resultado positivo en el examen, ahorraría esfuerzo análogo en las otras dogmáticas. Existe una tercera razón más decisiva. Ese orden no es sólo legítimo y aun preferible; es simplemente obligado. El método de examen propuesto en su primera fase no es, como podría parecer, a todos accesible. Los católicos han de contar con restricciones en su propia dogmática. No pueden jamás, ni siquiera por razones metodológicas, poner entre paréntesis su credo, aceptar una óptica diversa. Con lo que el análisis de la coherencia «desde dentro» de otros sistemas, le está vedada, o por lo menos muy restringida. ¿Significa la condenación del método por intransigencia católica? Hemos buscado una senda respetuosa para con todas las dogmáticas; exigimos ahora que se acepte sin réplica ese principio del catolicismo. No por ello queda cerrado el camino: es cierto que los católicos no pueden remontarlo; pero no hay dificultad ninguna confesional que impida a los protestantes recorrerlo en sentido opuesto. Es de agradecer la delicadeza y sinceridad del catolicismo que rehusa aceptar un examen en el que, dada su postura, habrá de colorear los datos. Por principio los protestantes, no tienen veto ninguno que les impida «entrar» en los esquemas católicos y criticarlos «desde dentro».

¿*Pueden* hacerlo? No sólo pueden, sino que *deben*. La obligación estriba en su servicio al empeño ecuménico: urge solventar un problema agudísimo y es posible que no haya otra salida; además, por fidelidad confesional; ¿no les impone la crítica constante de sus posiciones dogmáticas? ¿no es empeño suyo reformar incluso las posiciones reformadas?

El programa propuesto no tiene nada de escandaloso. Reconocemos que ha de sonar algo duro a nuestros hermanos separados. Pero no dudamos de su buena voluntad, de su comprensión reiterada recientemente. Tomamos en serio, además, el espíritu de sacrificio que vienen predicando en las asambleas ecuménicas, que no debe arredrarse ni siquiera ante el sector confesional. Lo han confesado imprescindible para superar la inercia que nos aqueja. A todo eso apelamos. Y entonces el método encaja en línea perfectamente ecuménica. Por lo demás, no se impone, en el principio, renuncia ninguna. Se exige tan sólo, benevolencia —eso sí—, rotunda, en escuchar con integridad, sin rebelión, la verdad católica; avenirse a «entrar de verdad en su interior», aceptar la invitación a ver las vidrieras desde el crucero de sus catedrales. Después, son libres de agudizar su crítica; más todavía, la deseamos muy exigente y muy certera. Estamos seguros de que habrá de constituir la mejor garantía de una *justificación racional eclesiológica*, hecha a fondo, y no por pura formalidad y compromiso.

* * *

Nos hemos esforzado por reconstruir el itinerario de una criteriología respetuosa para todos los interlocutores. De una criteriología; porque es en definitiva de lo que en el fondo se trata en el ecumenismo.

Huelga insistir en la función crucial que corresponde a ese punto de tangencia que cabalga entre dos mundos.

¿Será el ministerio? La sugerencia cuenta con un apoyo muy lógico: En esa hipótesis quedaría automáticamente explicada la gravitación irresistible que ofrece el tema a quien plantea la cuestión ecuménica por muy varia que sea su perspectiva.

Por añadidura, no haría falta buscar nuevas razones con que apuntalar la urgencia de su estudio: De *problema número uno*, habría pasado a ser *problema único*.

¿Hipótesis peregrina?

Merece la pena echar la sonda.

Al término de la conversación con Leenhardt, quedé con la impresión de un acuerdo amplio en este punto. Es muy de apreciar por venir de donde viene; y por lo que tiene de prometedor. El horizonte inicial de la entrevista no permitía prever ese desenlace.

2) ITINERARIO DE LAS PRUEBAS (elaboración de la materia)

No se concibe un reactivo doctrinal que aspire, con garantías de éxito, a mostrar la certeza de los esquemas católicos, sin llenar un doble requisito: 1.º una articulación esencial en amplia escala con los engranajes mayores de la eclesiología; y 2.º una derivación bien acusada hacia el mundo de la razón.

¿Con qué probabilidades cuenta la candidatura del ministerio?

Nada mejor que responder con sus coordenadas precisas, referidas sucesivamente a los dos mundos de la fe y la razón. Si de veras cuenta con la doble ciudadanía, no vemos inconveniente en aceptar sus servicios de mediador. ¿No será, en este caso, uno de esos puntos providencialmente situados entre la esfera y el plano?

Descender a la comprobación detallada nos parece tarea que está reclamando reflexión madura y tiempo no tasado. No es programa que pueda llenarse con apresuramiento el pergeñar nada menos que toda una teología del ministerio desde la perspectiva de la fe; y una visión de la fe, intentada desde el ángulo del ministerio. ¿No hemos criticado más de una vez las rápidas alusiones hechas en el seno de Fe y Constitución? No quisiéramos recaer en idéntico defecto y merecer los mismos reproches.

Seamos más modestos en nuestro programa. Contentémonos con señalar una senda. Hemos puesto particular atención en asegurar su orientación exacta. Hemos omitido por completo la consideración orográfica del terreno. que impone a veces curvas pronunciadas y desviaciones inevitables. No podíamos entretenernos en completar el proyecto.

En la senda pueden señalarse dos etapas:

Tiene la primera como meta la visión del ministerio en el corazón de la teología católica.

La segunda en cambio desemboca en un picacho, desde el cual se descubre el ministerio en acción, estupendamente dotado para llenar su misión criteriológica.

a) El ministerio desde la fe

¿Cuáles son los puntos concretos de inserción del ministerio en la profesión de fe del catolicismo? ¿Conserva intacto su equilibrio doctrinal, pese a la intensidad y extensión que a dicho tema reconoce esa dogmática?

He aquí dos preguntas en apariencia sencillas y cuya respuesta cumplida reclama una teología del ministerio y un estudio cuidadoso de sus reflejos en el dogma católico.

* * *

No existe todavía un tratado que afronte el ministerio con la amplitud de implicaciones que aquí desearíamos poner de manifiesto. Cosa difícil llevarlo a término. Muy fácil, por contrapartida, localizar con un par de golpes de sonda la orientación de sus venas y medir el caudal riquísimo de su doctrina.

El ministerio va ligado estrechamente al concepto de Iglesia. No existe movimiento en los fieles desconectado del ministerio, ni acción en la Iglesia a la que no presten su brazo los ministros. El ministerio eclesiástico adquiere rasgos tan pronunciados en el catolicismo que sobre él apoyan la caricatura los extraños. Su función central es dato de experiencia. A ella nos remitimos para ahorrar declamaciones innecesarias.

El ministerio aflora en plano eclesiológico; pero hunde sus raíces en profundos estratos cristológicos. El *ministerio eclesiástico* es auténtico *ministerio cristiano* no ya en virtud de una referencia superficial que justifica desde fuera el adjetivo; no, no. Sus vínculos son inmensamente más entrañables: Al retirar Cristo su presencia visible de este mundo, quiso que su obra, ya en marcha, continuara patente a los ojos del mundo hasta el fin de los siglos. Y Cristo echó mano de una fórmula bien conocida: recordó la misión que el Padre había hecho de El; e hizo otro tanto convirtiendo en «apóstoles» los más selectos de sus discípulos. El ministerio es *cristiano*, por la profunda analogía de ese «como» que aproxima el gesto de Cristo al de su Padre. Más todavía: Cristo no se conformó con una analogía cualquiera; quiso llegar a la identidad. Y poniendo en manos de sus apóstoles sus funciones todas salutíferas, pudo confiarles sus poderes y proclamar a la faz del mundo que recibir a sus enviados equivale a recibirlo a El... El ministerio eclesiástico y el ministerio cristiano, alcanzan asi un sentido idéntico. Los ministros no representan sino el soporte humano de la actividad de Cristo en su Iglesia. Cristo se prolonga en su Cuerpo místico; y continúa sus funciones santificadoras, por obra de sus ministros.

Síguese en buena lógica:

1.º Ante todo *la extensión ilimitada* de los poderes anejos al ministerio eclesiástico. El lenguaje corriente se presta a veces al equívoco: el ministerio se contrapone al gobierno, o se identifica con una función sacerdotal. No. Cuando hablamos de ministerio entendemos reflejar la totalidad de funciones que Cristo depositó en brazos apostólicos. Y puesto que eran sus mismas funciones mesiánicas, comporta el repertorio completo de poderes sacerdotales, magisteriales, imperiales. ¿No vino Cristo como Pontífice, Profeta, Rey? De todo ese conjunto participan sus ministros sin mutilaciones indebidas.

2.º Y con *intensidad suma*. La máxima permitida, cuando la misma función tiene el soporte de individuos realmente diversos. En el caso presente no se alinean los apóstoles como sucesores de Cristo, puesto que El prosigue su acción vital en el seno de su Iglesia. Son instrumentos suyos; prestan su humanidad a Cristo, para que su acción invisible, pueda encarnarse en categorías humanas. El vocablo más cercano es tal vez el de vicarios, si se le lima la resonancia de lejanía o de inactividad, siquiera parcial, del titular.

Advertimos, al llegar a este punto, que hemos deslizado como sinónimos *ministerio apostólico* y *ministerio eclesiástico*. Sabemos que escandaliza hondamente a los protestantes; pero en la doctrina católica en un principio innegable que el ministerio apostólico persevera heredado por los obispos. El por qué, es siempre el mismo. ¿Qué es lo que movió a Cristo a hacer de los apóstoles sus vicarios? El deseo de encarnar visiblemente su presencia saludable en el seno de su Iglesia. ¿Por cuánto tiempo? Lo dice expresamente: hasta el fin de los siglos. El desnivel de duración entre la vida de Cristo en este mundo y de su Iglesia, le impuso el vicariato; el desnivel de duración de los apóstoles y de la Iglesia, reclamó la sucesión. El ministerio eclesiástico, en su conjunto, conserva, sin pérdida, la totalidad de la herencia del ministerio apostólico, que, a su vez, poseía el depósito confiado por Cristo.

¿Puede concebirse articulación más entrañable? El ministerio eclesiástico es encarnación del ministerio cristiano. Sobran comentarios.

* * *

Si por ventura, un protestante siguiera las fases de nuestro *examen de conciencia eclesiológico*, aguardaría paciente la hora de evaluar el equilibrio interno del sistema, para denunciar sus profundos reparos.

Los católicos, vendría a decirnos, aceptan sin distingos la *señoría de Cristo.* ¿No lo fuerzan en la práctica a una *abdicación* disimulada en favor de los jerarcas eclesiásticos?

La eclesiología católica acentúa con tono justo *el sentido espiritual* de la salud mesiánica. ¿Cómo se conjuga con ella esa *secularización* estridente de las instituciones eclesiásticas?

La exégesis católica se dice altamente respetuosa de la *unicidad* de la obra de Cristo y de sus apóstoles. ¿No equivale a una contradicción injuriosa ese sistema de *herencias, instituciones y sucesiones* a que va ligado el ministerio católico?

No es el momento de entrar en polémica, sino de señalar la regularidad del mecanismo en esos puntos claves. Y la perspectiva obligada es el pensamiento de la encarnación que los católicos toman en serio y colocan a la base de sus esquemas dogmáticos.

Porque quien acepta en serio la encarnación del Verbo, continuará siempre de hinojos ante un gesto incomprensible; pero ya en clima de misterio, habrá de parecerle muy natural que Dios crezca como un niño, puesto que se ha encarnado; y que juegue, y duerma, corra, sude, ame, sufra y muera. ¿Empañan estas acciones, por profanas, el fulgor de su divinidad? Son acciones humanas, cierto; pero ¿no proclaman la soberanía de Dios, único que podía elevarlas al plano inaccesible en que se encuentran?

Si se acepta como base la encarnación del ministerio de Cristo en obreros humanos, para hacer sensible su actividad en la Iglesia, cesan como impertinentes todas esas dificultades, que no hacen sino acentuar estupendamente el estilo unitario que Cristo ha querido dar a su economía redentora. No se multiplica el sacerdocio, ni se crean mediadores nuevos, ni se atenta contra su señoría absoluta. El ministro es una lengua y dos brazos de carne puestos al servicio de la palabra y los sacramentos de su Señor invisible. Los ministros son instrumentos. Instrumentos vivos, con acción humana propia; porque era precisamente esa riqueza humana lo que Cristo perseguía, sin que le espantaran sus deficiencias, al soldarlos a su Iglesia. ¿Tiene sentido hablar de abdicación? ¿Deja de ser causa el primer motor al desatar la actividad de las causas segundas?

No se nos oculta que en algunos sectores se ha tachado de empirismo teológico esta respuesta que se escuda en la realidad de hecho de la encarnación: porque Cristo se encarnó, quiso el ministerio. ¿No es razón suficiente? Invitan a bucear —a veces no pasan de piruetas efectistas— en los motivos y en las limitaciones impuestas a este gesto decisivo del Verbo. Nada perdemos con someter el mecanismo eclesiológico católico a esta iluminación lateral. Es muy posible que nuestras conclusiones precedentes salgan fortificadas.

Es la religión natural una aceptación del dominio soberano de un Dios que, por creación, formó el pueblo humano. La religión cristiana, se encuentra en un plano superior. En la elevación al orden sobrenatural, hay algo más que una simple determinación positiva de unas reglas cultuales. Echa las bases de un nuevo mundo en el que coloca el pueblo de los hijos de Dios. Convendrá no perder de vista esa analogía profunda entre ambas religiones. De ella se derivan otras muchas. Señalemos las tres más voluminosas:

1.ª Desde un punto de vista metafísico, es la creación el acto *radical* que alimenta la religión. Liga a todos los hombres por igual. A pesar de que la Historia de los Orígenes no habla más que de la creación inmediata de la primera pareja. Gusta Dios de comunicar su fecundidad, de participar a sus criaturas la maravilla de su actividad. ¿Dejarán por eso de pertenecerle sus efectos? Es justo preguntarse: ¿por qué no prolongar las líneas? Contaba Cristo con un paradigma estilístico estupendo a la hora de echar los fundamentos de su pueblo. Y, en efecto: El también nos procuró padres en la fe, dotados de fecundidad parecida a la de Adán y Eva en el paraíso Es cierto que los padres tienen una actividad restringida que Dios completa con la infusión del alma; que los ministros no hacen sino desatar con su gesto la actividad divina, puesto que Dios se reserva como suyo y exclusivo el don de su gracia. Pero no lo es menos que ha dispuesto esa colaboración instrumental de sus ministros. Y que, normalmente cuenta con ella. Es bellísima esa analogía que aproxima en unidad de estilo ambos mundos. ¿Empirismo teológico decir que Cristo quiso encarnar su acción en catego-

rías humanas? Tenía sus razones: por lo menos, las mismas que llevaron a Dios a participar vigor generativo a nuestros primeros padres.

Tenemos padres en la fe. El «sola gratia» de los protestantes nos suena a hueco cuando nos dicen que al margen de ese axioma peligra la soberanía de Dios. ¿No lo reconocemos como creador universal a pesar de haber participado a los hombres una actividad fecunda? Pero no perdamos de vista nuestro cometido: ¿quién no ve en esa colaboración humana en orden sobrenatural, una analogía bellísima con la religión natural?

2.ª Desde un ángulo noético, el fundamento de la religión, consistente en el conocimiento de Dios creador, está asegurado por la estructura de la inteligencia humana, disparada normalmente en presencia del mundo creado. San Pablo rechaza el ateísmo como pecado.

Es muy interesante señalar la providencia paternal de Dios que, considerando las dificultades prácticas en que históricamente habían de encontrarse los hombres, suple con la divina revelación sus deficiencias dictando verdades que, en rigor, podían ellos descubrir para una recta ordenación de su vida religiosa.

¿Por qué el escándalo ante el ministerio en su función magisterial infalible? Aun cuando la revelación esté completa y nada añada el magisterio eclesiástico, ¿no es el mismo gesto delicado y providente atento a las miserias humanas, las pasiones, el descuido, los prejuicios?

La semejanza persiste. Y el axioma de «sola scriptura» vendría a destrozar otra de las estupendas analogías que corre entre naturaleza y gracia; entre religión natural y positiva, al nivel fundamental del conocimiento religioso.

3.ª Ya en lo más nuclear, en el corazón mismo de la religión, se inscribe la aceptación ética de la soberanía de Dios. Es un acto de voluntad. Un obsequio perfectamente libre. A la totalidad de la creación responde plenitud de dependencia. Y como el hombre es por creación sociable, social ha de ser también su sumisión a Dios. Ello le obliga a plegarse a la autoridad de la familia y de la sociedad, ya que ni sociedad ni familia existen sin una autoridad reconocida, propiedad esencial de su naturaleza. Someterse a Dios significa someterse a esas etapas intermedias que él ha querido establecer por creación. Es obsequio de tipo religioso.

¿Por qué no hallar naturalísimo algo análogo en la religión revelada? ¿Por qué calificar de extraña esa sumisión a nuestros padres en la fe y a nuestros jerarcas en la sociedad que Cristo instituyera?

Una vez más: la emancipación que comporta la «sola fides» libre de obras impuestas, ordenadas, controladas por una autoridad constituída, espanta por las consecuencias desastrosas que entraña en la vida religiosa, amenazada en su misma forma. Pero a nosotros nos basta subrayar la contrapartida: que su aceptación sumisa, cual vige en el catolicismo, no hace sino asegurar con una lazada más el equilibrio. Y, sobre todo, con una unidad estilística perfecta.

* * *

Buscábamos localizar el ministerio. Lo hemos hallado en el corazón mismo de la eclesiología.

Nos interesaba comprobar la perfección de su estructura. No hemos hallado anomalías. Donde otros acostumbran a denunciarlas, desde fuera, vemos por lo contrario un ajuste perfecto en todos sus planos. Sus engranajes complejos tienen una rueda maestra: el pensamiento de la encarnación. Desde ese centro se torna visible la armonía acabada del sistema.

b) La fe desde el ministerio

Es bello el panorama católico. Acusa perfiles orgánicos de estética y coherencia interna indiscutible.

Pero asalta siempre la duda: ¿pura construcción lógica levantada sobre unas cuantas premisas hábilmente seleccionadas?

Fuerza es someterlo a la prueba decisiva de objetividad. De acuerdo con la metodología propuesta, todo se reduce a la búsqueda de un entronque de razón y de fe, de historia y sobrenaturaleza. En otras palabras: ¿es dable señalar un punto de tangencia entre la esfera de la teología y el plano de la ciencia humana?

* * *

Respalda la eclesiología católica un buen repertorio de textos neotestamentarios. Desgraciadamente no es la exégesis criterio decisivo en las disputas de esta envergadura. Aun supuesta la autenticidad crítica e histórica de las fuentes aducidas, deja lugar la hermeneútica a interpretaciones contrapuestas.

Donde los católicos leen un tema de institución, ven los protestantes un ejemplo claro de carisma; trazan aquellos una horizontal continua, mientras los otros van dibujando unos puntos en apariencia caprichosos, sobre los que alzan sendas verticales indicadoras de la intervención salutaria de Dios.

No hacen misterios los protestantes en torno a los prejuicios confesionales que dominan su exégesis. Es imposible eliminarlos totalmente. Exigen sólo que los católicos reconozcan con igual sinceridad sus postulados iniciales de signo contrario.

Prejuicio por prejuicio y sistema contrapuesto a sistema, ¿porqué inclinarse a uno más bien que a otro? ¿por qué el principio filosófico de *la participación* ha de llevar la delantera al no menos legítimo de la *transcendencia* divina? De aceptar el primero, queda amplia senda abierta al ministerio instrumental en sentido católico. De preferir el segundo, aparece como ofensivo a la actividad exclusiva de Dios. ¿Por qué en *teología* ha de ser más verdadero el binomio escritura y tradición, que la fórmula «scriptura sola»? Los mismos textos ajustados a esas dos metodologías desembocan en metas muy diversas.

Basten esos dos ejemplos; podrían multiplicarse indefinidamente.

Y explicarnos la capitulación de algunos y su retirada a la fe. No explica esa lectura diversa ni la filosofía, ni la teología, ni la historia... En cuestión de fe. Y nuestra actitud debe ser servir con fidelidad a Cristo donde la providencia nos señale.

* * *

A su tiempo dejamos consignadas las reservas que nos merece semejante actitud, rayana en fatalismo. En el caso concreto no nos sirve; porque dejaría en el aire la objetividad del esquema católico.

Y aun cuando en otros campos tal vez el problema deba darse por insoluble, no creemos sea precisamente el del ministerio.

Partamos, para mayor claridad de un logion de Cristo; el que Leenhardt nos proponía: «Haced esto en memoria de mí» (Podríamos escoger otras muchas fórmulas de estructura filológica parecida: el «Tu es Petrus»; el «quien a vosotros recibe»... «Id y predicad»... «Estoy con vosotros hasta el fin de los siglos»...). ¿Cuál es su sentido? Basta compulsar un tratado de exégesis: son muchos los sentidos *posibles*. De intento subrayamos el calificativo. Son muchos los sentidos posibles; no reales. Si entendemos por sentido real, la acepción concreta que estas palabras tuvieran en boca de Cristo, el sentido histórico, es a todas luces único. No entendía Cristo hacer juegos equívocos, sino enseñar con limpidez una doctrina; y en el caso presente, dictar con solemnidad una disposición testamentaria.

Todo el problema se reduce, pues, a precisar ese sentido que le diera Cristo; no a cobijarse en la fe. Es un refugio equívoco; porque no pone al abrigo del error. Si el sentido real es único y la dispersión confesional alinea los cristianos en grupos contrapuestos, significa que a varios de ellos los lanza en el error.

¿Hay modo de llegar a perforar las palabras y captar la mente de Cristo? Nótese que indicamos la senda. No es otra que el lenguaje. Porque en realidad no disponemos de otros argumentos para leer el pensamiento ajeno. Elucubraciones filosóficas andan en este punto fuera de camino. ¿Cómo proceder a través de la palabra? Ante todo tomando en serio la encarnación de Cristo; y aceptando la hipótesis de que Cristo, perfecto hombre de su tiempo, habla el lenguaje de sus coetáneos. Luego, buscando en la filología el sentido exacto que a esa frase corresponde en las coordenadas espacial-temporales de Cristo.

Una búsqueda de este tipo no es infructuosa. Resumimos unas conclusiones que exigirían centenares de páginas de documentación: fórmulas como la que analizamos, acusan una estructura característica, ternaria: *depositario, promesa* y *duración* proyectada en un futuro indefinido. Una encuesta minuciosa reali-

zada en un entorno de ocho siglos de literatura judía y helena (para alejar toda instancia inoportuna), centrada en el tiempo de Cristo, arroja como conclusión una norma preciosa: apenas resulta por el texto o el contexto un desnivel entre depósito y depositario, a favor del primero, la fórmula antedicha entraña claramente la idea de sucesión. No hace falta su declaración expresa: todos la leen como cosa archisabida.

Si, pues, Cristo preveía el futuro con su ciencia infalible y hablaba el lenguaje de su tiempo, ¿qué necesidad tenía de explicitar la sucesión de los apóstoles que todos leían sin equívoco en sus palabras?

* * *

No es el caso de entretenerse en comentarios.

El análisis *histórico-filológico* —y no ya un prejuicio apriorista de tipo confesional— permite leer la sucesión en el logion de Cristo.

Síguese de ello la realidad del entronque de la esfera y el plano. Existe el punto de tangencia. No tiene la eclesiología fundamento vaporoso, sino un sólido apoyo en el mundo de la historia.

Por lo demás, la homogeneidad perfecta que hemos señalado en la articulación del sistema permite asegurar la objetividad del conjunto.

Conclusión

Plácenos poner punto final con una impresión de optimismo. El problema criteriológico no es un callejón sin salida. Tiene solución accesible. La clave: el ministerio.

Era previsible la doble afirmación: sabíamos que Dios providente no podía dejarnos desprovistos de certeza en el punto más crucial de nuestra vida. Por otra parte ¿no convergían hacia el ministerio todas las experiencias, así positivas como negativas, ensayadas en el ecumenismo hasta el presente?

CONCLUSION FINAL

Una meditación sobre la unidad ecuménica no puede, no debe ceñirse a un punto; debe tener en cuenta la curva de los esfuerzos y el dinamismo de su trayectoria.

1.° Mirando hacia el *pasado*, resulta un balance francamente pesimista. Han sido enormes los esfuerzos; pero, fuera del plano psicológico, hallamos más bien escasas las realizaciones.

¿Es acertado atribuir el fracaso a un abandono sistemático de lo que debiera ser materia preferida de estudio en el ecumenismo? ¿O es más bien responsable el método incorrecto de abordarla? Tal vez conviniera mudar la «o» del dilema en una conjunción copulativa. Así lo insinúa la historia de Fe y Constitución.

2.° El panorama *presente* dista mucho de ser tranquilizador. Si de veras condiciona el ministerio la causa de la unidad, si la simboliza el obispo, al decir de San Ignacio, ¿no es cifra bien significativa la condición actual del «episcopos» convertido en catalizador activísimo de dispersión teológica?

Es muy lógico que la enfermedad de la desunión se haga crónica, si las curas continúan, por rutina, estacionarias.

Prosiguen, sí, las negociaciones ecuménicas su marcha trabajosa. Pero supeditadas las fórmulas de entendimiento común a restricciones intangibles de tipo confesional dejan exiguo margen de esperanza. No es maravilla que aumenten los signos inequívocos de cansancio.

3.° No es aventurado predecir un *futuro* erizado de dificultades. ¿Herméticamente cerrado a la esperanza? No compartimos posturas fatalistas. Nos rebelamos contra la hipótesis de una encerrona sin salida. La historia nos tiene habituados a una fe ciega en la providencia exquisita del Señor, que es Padre bueno.

Hemos bosquejado un esquema de avance positivo hacia la unidad cristiana por la vía, que estimamos real, del ministerio. Entraña dificultades no leves; lleva el sacrificio a regiones muy sensibles. Tememos muy fundadamente que nuestros hermanos separados lo juzguen excesivo. Les pedimos tan sólo un poquito de comprensión y un mucho de reflexión antes de rechazarlo por inepto. Sin arrogarnos monopolio de ninguna especie, continuamos pensando que no es fácil reiterar el esfuerzo de afrontar la criteriologia eclesiológica con un respeto sincero a las leyes del diálogo.

* * *

Sentimos hoy, más imperioso que nunca, ese deseo, convertido en norma universal, de encerrar las lecciones de Teología en dos suspiros de plegaria.

¿Será tal vez porque el argumento era hoy abrumador?

Tanto, que para medir su volumen, urge volver los ojos a Cristo: ¿no es un índice muy expresivo el hecho de que aluda a la unidad de su Iglesia en franca actitud orante?

Tenemos para nosotros que el gesto de Cristo entraña además una norma de metodologia.

Aceptemos la doble lección que persiste con plena actualidad en nuestros días. «Oremus».

IX

El Consejo mundial de las Iglesias

R. P. Prudencio Damboriena, S. J.
Decano de la Facultad de Misionología de la Pontificia Universidad Gregoriana.

La prensa de todos los matices se ha ocupado de él como del organismo unitivo en las comunidades cristianas no-romanas que trabajan para restañar las heridas causadas a lo largo de los siglos por diversas disgregaciones en el Cuerpo Místico de Cristo. Fundado oficialmente en 1948, durante el Congreso Ecuménico de Amsterdam, Holanda, tiene su sede central en Ginebra. Celebra periódicamente sus reuniones internacionales, la última en Evanston, USA, en 1954 y la próxima en Colombo, Ceylán, en 1961.

En una Semana de Estudios Misionales como la nuestra, juzgo de especial interés someter a un breve análisis las principales etapas cubiertas hasta el presente por el Consejo Ecuménico de las Iglesias; la estructura y las dimensiones actuales de la organización, las diversas tendencias prevalentes entre sus miembros participantes; sus relaciones con el gran organismo misionero, protestante, el «*International Missionary Council*»; y finalmente, las esperanzas que su funcionamiento y su continuo auge presentan al mayor ideal, por todos abrigado, de la unión de las Iglesias.

Una advertencia preliminar. El Consejo Mundial de las Iglesias ha sido objeto de las mayores alabanzas y de las más negras acusaciones aun por parte de protestantes que dicen trabajar ardientemente por la causa ecuménica. En el campo católico, la gama de apreciaciones varía entre el entusiasmo sin límites, la alabanza moderada o el encogerse indiferentemente de hombros. Mucho depende de la dificultad intrínseca de la cuestión, nueva, al menos en parte, en nuestra Eclesiología; del ángulo particular desde el que se la enfoca; y del relativo valor atribuído a las soluciones aportadas.

No olvidemos tampoco que el tema ha irrumpido en el mundo teológico con el ímpetu de esas modas que se apoderan del ambiente general —llaménse subrealismo, filosofía existencialista o rock and roll— imponiendo a todos el imperioso deber de opinar sobre él, y de hacerlo con ruido suficiente para que el mundo se entere de cuál es nuestra opinión.

A) LAS ETAPAS.

Lo que comúnmente se llama movimiento ecuménico moderno, es, por un lado, de origen protestante, y de otro misionero. (La Iglesia católica ha sido siempre ecuménica y no ha tenido que cambiar sus principios doctrinales en la materia, aunque preocupaciones más urgentes no le hayan permitido en todos los tiempos dedicarla igual atención). De no haber surgido en las Iglesias separadas el empuje misionero en los siglos XIX y XX, nunca hubieran llegado a cuajar los vagos anhelos unionistas de un Zinzendorf, de un Leibniz, de un Baxter, o de un Jablouski. Fue necesario el escándalo de los pueblos paganos ante el mensaje disruptivo del protestantismo para que éste cayera en la cuenta de que el divisionismo significaba la ruina de su labor misionera. El protestantismo empezó a trabajar en Misiones, plantando en ellas sus mismas iglesias y sectas. Como no podía menos de suceder, éstas dieron lugar a otras nativas. El espectáculo fue

desolador. Los misioneros occidentales se quejaron de la situación pidiendo se pusiera pronto remedio. Basta leer las Actas de las Conferencias Misioneras de la China, de la India y del Japón, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX para caer en la cuenta de la profunda pena causada por el divisionismo entre los misioneros. Pero es probable, que aquellas quejas de los misioneros occidentales hubieran quedado en nueva teoría y sin resultado positivo mayor. Solo cuando los neófitos nacionales entraron en escena se trató de buscar al problema un remedio más eficaz.

A finales del siglo XIX asistimos en el Asia Oriental, (que constituía el 80 % de las Misiones protestantes del mundo entero) a los primeros síntomas del potente resurgir nacionalista cuyos resultados no se han completado hasta nuestros días. Aquel movimiento afectó duramente a las misiones protestantes. En 1895 se produjo en China, la primera revuelta de los protestantes chinos, sobre todo pastores y colaboradores inmediatos, contra los misioneros extranjeros. La excusa fue la necesidad de una mayor participación nacional en la dirección de las obras de enseñanza dependientes de las Misiones, pero, en el fondo, las reivindicaciones eran mucho más amplias, y una de ellas miraba en concreto a la absurda situación de un protestantismo transplantado con sus divisionismos a tierras de Misión. El pastor Cheny-Chy-yi (que tan activa parte iba a tener en el Congreso de Edimburgo, 1910) echó en cara a los misioneros: 1.º) que las razones históricas que en el Occidente pudieran haber sido causa del divisionismo protestante, en el Asia no tenían razón de ser, y continuaban siendo tan extranjeros como la piel, o las facciones físicas de quienes las predicaban. 2.º) Que ellos, los asiáticos, no veían manera de compaginar el deseo ardiente de Jesús de que su Iglesia fuera una, y el resultado de aquel conglomerado de comunidades que todas se llamaban cristianas. — Aquella chispa pasó al Japón donde prendió con inusitada rapidez entre los protestantes nipones, convertidos en ardientes nacionalistas como resultado de su gran victoria sobre la flota zarista en las aguas de Vladivostock. — Para entonces ciertos sectores del protestantismo indio —sobre todo como consecuencia de su promoción a puestos de mando o dificultades episcopales en la Iglesia anglicana— habían adoptado la misma posición y hombres como V. S. Azariak, dijo a los Occidentales que había terminado la hora del proteccionismo para dar lugar a un trato de igualdad.

Resultado y eco a la vez de estas nuevas actitudes fue la celebración del magno Congreso Misionero de Edimburgo (1910) —verdadero punto de partida del ecumenismo protestante actual— en el que además de echarse las bases de la futura cooperación misionera, las Iglesias separadas empezaron a pensar seriamente en la necesidad de terminar para siempre con sus divisiones sectarias y de fomentar aquella unidad querida por Cristo para su Iglesia. «Es imposible, escribe J. R. Nelson, exagerar el significado de la Conferencia de Edimburgo, pues a la verdad señaló una nueva era en la historia de la Iglesia. Aquello que había sido un desideratum de pocos, empezaba a convertirse para todos en realidad. El hecho se debía no sólo a la persuasión de que los cristianos del mundo entero se pertenecen los unos a los otros, sino también al desarrollo técnico que había posibilitado una más rápida comunicación y conocimiento mutuo» (p. 55).

Su celebración y las fecundas consecuencias que de él se derivaron, habían sido posibles gracias a la presencia de tres personajes del mundo occidental, llamados a jugar importantísimo papel en la Iglesia ecuménica. Es menester nombrarlos porque cada uno de ellos imprimió su sello a la organización, y porque ésta vive —todavía hoy— del impulso dado por los mismos:

El primero de todos fue Charles Breub, de origen canadiense, pero nacionalizado en los Estados Unidos. Mientras trabajaba en calidad de obispo episcopaliano, en Filipinas, Breub palpó el triste espectáculo del divisionismo protestante frente a la unidad católica en aquellas islas y abogó en asambleas y congresos para que se suprimieran para siempre aquellas barreras. «Es poco menos que absurdo pretender atraer hacia Cristo a las grandes naciones paganas del Extremo Oriente, si no presentamos un frente unido. Aun por razones puramente prácticas, estamos sintiendo la necesidad de que la Iglesia sea una. La alterna-

tiva es terrible: o nos unimos, o perecemos». Esto no quería decir que Breub se contentara con cualquier clase de cooperación. La alianza práctica era a sus ojos una especie de mínimo denominador común, buena para los comienzos, pero insuficiente como meta. Esperaba que el protestantismo llegase a conseguir la unidad sacramentaria y doctrinal. Ya en 1914 propuso en Cincinati se organizaran secciones especiales con este fin, pero sin conseguirlo. La primera guerra europea impidió momentáneamente los esfuerzos. Por fin la reunión de Lausana, 1927, decidió crear una Comisión de Fe y Constitución (Faith and Order) que, agrupando a 108 Iglesias, se dedicaría por entero al estudio y a la solución de las diferencias doctrinales. Breub fue nombrado primer presidente de la Comisión.

El segundo personaje fue el Obispo Luterano de Upsala (Suecia), Nathan Söderblom, eminente profesor de Historia de las Religiones y partidario de una teología liberal que muchos de sus contemporáneos no sabían compaginar con el Cristianismo. Söderblom, fue siempre un ardiente campeón de la Unión de las Iglesias. Pero su concepción de unidad difería de la del Obispo Breub. Aquella no debía fundarse —al menos durante largo tiempo— en la admisión previa de un credo común (la unidad dogmática ni le interesaba mayormente ni le parecía posible) si no en la cooperación material de todos en el campo de la acción. El programa agradó a muchísimos misioneros, sobre todo norteamericanos pertenecientes a una corriente liberal que se llamaba del Evangelio Social. Al movimiento se le bautizó en 1925 en Estocolmo con el nombre de *Life and Work* (Vida y Acción) y a su primera reunión asistieron 600 delegados procedentes de 37 países.

El tercer hombre de nuestro tríptico no era obispo ni pastor, sino un ferviente seglar norteamericano afiliado a la Iglesia metodista y llamado John Mott. Desde la época de sus estudios universitarios, Mott había dado pruebas de ardiente celo y de miras universalistas. Trabajó primariamente con la organización juvenil I.M.C.A. a la que dio unas dimensiones internacionales hasta entonces desconocidas. Fundó luego el Student Christian Mouvement (más tarde Wordl Student Christian Federation) que se convirtió en el semillero de miles de vocaciones universitarias para las Misiones.

La idea de la unión de las Iglesias cautivó su entusiasmo hasta convertirle en uno de los más ardientes defensores de la misma. El contacto con diligentes religiosos del Oriente y el Occidente, el trato personal exquisito de que gozaba y las amistades que logró entablar con el mundo de las finanzas y de la política en toda la primera mitad del siglo actual, lo prepararon magníficamente para sus futuras actuaciones unionistas. Fue el alma de todos los grandes congresos misioneros internacionales, empezando desde Edimburgo; tomó parte activísima en las conferencias de Life and Work, presidiendo la de 1937 en Oxford y estuvo en primera línea en los trabajos de fundación del Consejo Mundial de las Iglesias en Amsterdam. Sus méritos como personaje internacional quedaron de manifiesto al otorgársele el Premio Nóbel de la Paz en 1946 y al ser elevado a perpetuidad Presidente honorario del Consejo Ecuménico. Mott no era teólogo, y como buen metodista, prescindía de las cuestiones doctrinales, inclinándose de hecho a la posición amorfa de Söderblom. Pero tenía la visión de lo universal, caía en la cuenta de la urgencia de la unión y sabía contagiar a cuantos se le acercaban con aquel entusiasmo. Sus intervenciones sirvieron para suavizar muchas aristas y para dar al ecumenismo protestante una especie de tercera dimensión —equidistante de las posiciones de Breub y Söderblom—, que se podría resumir en el lema: «mostremos por la acción unitiva de todos que el ecumenismo es una realidad, dejando a la Providencia que nos muestre la vía que hemos de seguir».

Creados así los elementos parciales de la futura y gran organización, empezaron los preparativos que abocarían a su constitución formal. Edimburgo significó, como hemos indicado, el punto de partida. Los comités nombrados por el Congreso (llamados Continuation Committees) llevaron a cabo un trabajo silencioso pero fecundo. Las numerosas uniones o confederaciones de Iglesias que se llevaban a cabo en diversos países (desde 1910 hasta ahora han tenido lugar nada menos que cuarenta de ellas), eran una prueba de que el proceso cuagula-

tivo se estaba convirtiendo en realidad. Al terminarse la primera guerra mundial, un grupo de anglicanos del Faith and Order, dirigidos por Robert H. Gardiner, se presentaron en Roma a invitarles a tomar parte en las tentativas. En 1920 se celebró en Ginebra una reunión de carácter bastante internacional, con el fin de estudiar los pasos que habían de darse para alcanzar los objetivos prefijados. Los congresos de Lausana en 1927 y los de Oxford y Edimburgo en 1937, trataron de determinar las características de la organización que se quería crear. Pronto se notó la existencia de tres grandes corrientes. Primero la de los que querían la unión rápida y a toda costa, prescindiendo de los temas doctrinales, o dejando a cada grupo la elección o acomodación de los mismos (muchos norteamericanos y otros procedentes de países de misión); 2.º) la de los que juzgaban oportuno tratar de los temas doctrinales, pero sin que esto fuera óbice a uniones de carácter práctico entre las diversas iglesias, (la masa del protestantismo de tendencias ecuménicas); y 3.º) la de los intransigentes, (ortodoxos, anglocatólicos y algunos sectores luteranos), para quienes la cuestión dogmática era la *conditio sine qua non* de cualquier intento ecuménico.

Con todo, las divergencias no impidieron se continuara por el camino emprendido. Después de la muerte de Breub y Söderblom, su puesto quedó ocupado por Mott y William Temple, el futuro arzobispo de Canterbury. Este último se iba convirtiendo en animador del movimiento. «No olvidemos, les decía, que aunque la finalidad de nuestras reuniones se dirige a considerar las causas de nuestras divisiones, sin embargo es la unidad la que hace posible estas conversaciones. No podríamos buscar la unión si no estuviéramos ya en posesión de la unidad. Quienes no poseen nada en común, no pueden echar de menos sus mutuas separaciones. Precisamente porque profesamos devoción a un Señor, buscamos y esperamos hallar la manera de manifestar esa unidad en nuestra presencia ante el mundo» (Nelson, 63). En otra reunión de 1938 celebrada en Utrecht (Holanda), se decidió dar un paso más y crear un organismo unitivo que trasladara al plano internacional las características y la política del organismo norteamericano conocido por el nombre de Federal Council of Churches y que reunía ya a 38 millones de protestantes en aquella nación.

Los acontecimientos mundiales hacían urgente la medida. En el congreso misionero internacional de Madrás (1938), los delegados asiáticos y africanos mostraron a las claras su impaciencia por tal medida. La decisión de celebrar la reunión en 1941 hubo de ser aplazada por causa de la guerra.

Al terminar ésta, la atmósfera parecía preparada para la realización de los planes, la resistencia al enemigo común —representado principalmente por el nazismo en Europa y el imperialismo nipón en el Oriente—, había servido para acercar a los miembros de las distintas Iglesias. La creación de organismos internacionales del tipo de la ONU y de la UNESCO, etc., hacía imperativa la decisión (Rockfeller Thils, pág. 79). En agosto de 1948, la asamblea de las 147 Iglesias separadas proclamó en Amsterdam la creación del *Consejo Mundial de las Iglesias Cristianas*. En ellas formaban parte, además del bloque protestante, algunas iglesias de las llamadas «*Viejos Católicos*» y porciones reducidas de las comunidades Ortodoxas.

B) ESTRUCTURA Y ORGANIZACION.

No es fácil determinarlos, entre otras razones, porque la fraseología empleada para designar sus funciones no es todo lo clara que sería de desear. En su estructura los elementos esenciales son los siguientes: asamblea general, comité central y diversas secciones.

1.º) La asamblea general, que consta de 600 Delegados en representación de unas 175 confesiones cristianas, procedentes de 46 países. Aquí la palabra «confesión» no es siempre idéntica a «Iglesia», ya que los luteranos alemanes figuran con cuatro miembros, los anglicanos con quince, según los países diversos de los que proceden, y los ortodoxos con un número todavía superior, conforme

a los patriarcados que representan. Hay igualmente fuertes sectores del protestantismo que se niegan a quedar incluídos en la Asamblea. Entre las *iglesias mayores*, tal es el caso de los Bautistas del Sur, (8 millones). Entre las sectas pentecostales y escatológicas apenas hay ninguna que tome parte en ella. Al contrario, muchas de éstas han integrado una nueva asociación ecuménica, llamada Internacional Council of Christian Churches, que aunque menos potente, va ganando adeptos en el Occidente y en las mismas tierras de Misión. De modo parecido, aunque quizá por razones ajenas a su voluntad, la gran masa de las comunidades ortodoxas permanece al margen de la organización ginebrina. La asamblea general consta de 6 presidentes, como jefes de otros tantos grandes sectores del protestantismo. Los presbiterianos tienen al escocés Dr. Jonh Baillie; los episcopalianos (que incluyen también a los anglicanos) al Obispo Nox Sherrill; los ortodoxos al metropolita Mar Thomas, de la Iglesia del Malabar; los luteranos al obispo alemán Dibelius; y los metodistas al italo-uruguayo Sante Barbieri, primer representante latino-americano en el Consejo Mundial. Las iglesias calvinistas reformadas tienen a William Visser't Hooft, como secretario general. La Asamblea general se reúne cada seis años, el Secretariado General es permanente y reside en Ginebra, asesorado por técnicos y especialistas provenientes de distintas Iglesias.

2.º) *El comité Central Ejecutivo.* — Es el encargado, siempre que la Asamblea general no está en reunión, de ventilar los negocios de aquélla. En la práctica, sus noventa miembros, elegidos entre los representantes de la mayoría de las Iglesias, son los que dirigen la política del Consejo Mundial. Nada se hace sin su consentimiento, que supone a su vez el de las Iglesias que representan. Dada la complejidad de los miembros, el cargo de presidente recae sobre algún personaje, que, por su edad y sus méritos, sepa granjearse el respeto de todos. Tal era hasta su reciente muerte el Obispo anglicano de Chichester, Rvdo. G. K. A. Bell. El Comité celebra sus reuniones anuales en alguna población de importancia. Los últimos han sido en Budapest (1956), Yale (1957) y Niborg (Dinamarca) (1958). La del próximo año va a tener lugar en Buenos Aires.

3.º) La Asamblea tiene dividido su trabajo en diversas secciones de estudio, de confrontación y de discusiones. Una de ellas trata de los problemas de evangelización, y es la encargada de guardar contacto con el *International Missionary Council.* Otra continúa la obra comenzada por el movimiento de *Life and Work* y se ucupa de toda clase de empresas comunes que haya entre las Iglesias separadas. Su actividad es incesante ya que, de creer sus publicaciones, hay más de 50 planes de unión entre diversas comunidades protestantes. Subsiste también la continuadora del movimiento paralelo del *Faith and Order* que se encarga de la parte doctrinal propiamente dicha. No se puede decir que permanezca inactiva como lo muestran sus estudios y memorias —o la celebración de congresos como el último de Oberlin—, pero tampoco ocupa el puesto que le pudiera corresponder, ya que, como diremos luego, una de las debilidades del Consejo en su miedo a abordar temas dogmáticos. Al margen de estas comisiones, el Congreso tiene otras que se ocupan de los refugiados, de las misiones afectadas por la guerra, de los negocios internacionales, etc. Mantienen también sus representantes ante las Naciones Unidas, y diversos organismos de las mismas. Hay que hacer mención especial del «Instituto Ecuménico», domiciliado en Chateau de Bossey, junto al lago de Ginebra, fundado para entrenar en cursos de especialización a los futuros dirigentes de las Iglesias. El Consejo Mundial se sirve para la difusión de sus ideas de dos principales publicaciones periódicas: el *Ecumenical Review* (Trimestral, en inglés), y el *Service Oecumenique de la Presse International* (S.O.E.P.I., en francés y en inglés).

¿Cuáles son las prerrogativas y poderes del Consejo Mundial? Limitadas al menos, si nos atenemos a la lista de sus Constituciones. Estas niegan que el Consejo pretenda ser una Iglesia, y mucho menos la Iglesia —la Una, Sancta— enunciada en el Credo del Concilio Niceno. La pertenencia de una comunidad

cristiana al Consejo no limita para nada sus prerrogativas como entidad particular ni obliga a éstas a admitir las decisiones de aquél. En materia doctrinal, las Iglesias miembros quedan libres para sostener sus teorías particulares. El objetivo del Consejo se limita a los siguientes puntos:

1.º) A continuar la obra de los anteriores movimientos *Life and Work, Faith and Order.*

2.º) A facilitar la acción común de las Iglesias.

3.º) A promover el estudio en común de problemas de mutuo interés.

4.º) A desarrollar la conciencia ecuménica entre los fieles de todas las Iglesias.

5.º) A establecer relaciones con las sociedades confesionales de carácter universal, así como con otros movimientos ecuménicos.

6.º A convocar eventualmente conferencias universales que quedarán autorizadas para publicar sus propias conclusiones; y

7.º) *A sostener a las Iglesias en sus trabajos de evangelización.*

Estas aserciones no han aquietado las preocupaciones de muchos —tanto católicos como protestantes— sobre las verdaderas intenciones de la magna organización. Pero sus promotores pueden echar siempre mano de estas afirmaciones de carácter oficial. En plan de observadores imparciales, es deber nuestro respetarlos.

Esto no obstante, el Consejo Mundial mantiene una serie de puntos doctrinales y eclesiológicos —los llaman presupuestos— sobre los que funda su actitud. Las Iglesias que lo componen, afirman que, según el N. T. la Iglesia es una y tiene por única cabeza a Cristo; reconocen que la pertenencia de Cristo a la Iglesia se extiende más allá del cuerpo de sus fieles; por eso trató de entablar contacto con aquellos que, aun no figurando en sus filas, confiesan a Cristo como a Señor. El Consejo parte también del supuesto de que ninguna de las Iglesias existentes constituye en su totalidad Aquella que Cristo fundó; sin embargo, supone que todas ellas contienen parte de la iglesia completa. De ahí la necesidad de respetarse mutuamente, de discutir en modo *irénico* sus disidencias, de tratar de hallar un denominador común y, en fin, de *exteriorizar ante el mundo* la unidad real que ya poseen. Uno se pone a dudar si, dado el estado doctrinal caótico del protestantismo, todavía los dirigentes del ecumenismo creen seriamente en las proposiciones que acabamos de enunciar y sobre todo en la última. Parece que sí. De lo contrario, su continua repetición apenas tendría razón de ser.

Como se sabe, las condiciones doctrinales de admisión de las iglesias-miembros en el seno del Consejo, constituyeron durante varios años uno de los más espinosos temas de discusión. Por supuesto, no se podía pensar en imponer a todos una misma concepción eclesiológica, por muy vaga que ésta fuera. La unidad doctrinal sacramentaria —sobre todo en materia eucarística y bautismal—, quedaba también excluída. Hubo quienes trataron de imponer como conditio sine qua non, la fe trinitaria. Pero pronto se vio que era demasiado pedir para no pocas iglesias de tendencias liberales. Entonces se optó por la fórmula de «aceptación de Cristo Jesús como Dios y Salvador». Aún esta frase dio lugar a largas controversias que se han dejado apagar por el método simplista de dejar que cada uno la interprete a su manera.

Su misma interpretación oficial, da origen a este amplísimo margen, ya que en la regla, 1, 3, la palabra «aceptar» equivale a «expresar su consentimiento con la Base sobre la que se funda el Consejo», mientras que en la regla 11, 2, g, se obliga a las iglesias-miembros a «aceptar la Base del Consejo Mundial de las iglesias o *a mostrar su deseo de cooperar con la misma.* De este modo se abre la puerta a los unitarios, aunque ellos no crean en la Divinidad de Cristo, con tal de estar dispuestos a cooperar con el Consejo que oficialmente cree en El. Todo el mundo sabe que bastantes de los teólogos que forman parte del Consejo niegan en sus escritos la Divinidad de Cristo entendida en el sentido del Con-

cilio Niceno —tal era el caso de T. C. Chao, uno de sus seis Presidentes hasta 1956—. Sus dirigentes no piensan incomodarlos por ello; primero porque eso sería meterse a legislar contra el principio básico del protestantismo —interpretación libre de las Sagradas Escrituras—; segundo, porque serían muchos los miembros que abandonarían la unión. En cambio, la conservación oficial de la fórmula clásica les evita muchas complicaciones y les salva embarazosas situaciones. Sin embargo, es fácil adivinar los engorros que esta posición cristológica crea a muchos de sus miembros, empezando por los Orientales y por las iglesias que todavía siguen firmes a los principios de la Reforma. El hecho de que no pocos de los individuos —o aún ciertas iglesias protestantes—, que forman parte del Consejo Mundial no creen en la Divinidad de Cristo o permiten que sus seguidores acepten o nieguen esa verdad fundamental, crea un terrible desasosiego en muchos protestantes y, por supuesto, en todos los católicos.

C) TENDENCIAS EN EL SENO DEL CONSEJO.

Podríamos decir que son las mismas que con frecuencia prevalecen dentro de una misma Iglesia protestante, por ejemplo, en la anglicana o en la luterana. La razón de las divergencias es, comúnmente, doctrinal, aunque luego se reflejen en modos diversos de enfocar lo que se llama «la política de las iglesias».

Hay lo que pudiera llamarse ala derecha del Consejo, integrada por Ortodoxos Orientales, Viejos Católicos, Anglo-católicos, y pequeños grupos procedentes de ambas iglesias. Estos conservan íntegras las creencias de los siete primeros Concilios Ecuménicos y casi todo el tesoro del dogma cristiano. En materias eclesiológicas, defienden que la verdadera y única Iglesia de Cristo es ya una realidad y que la misma se halla en la Iglesia Oriental a la que deben integrarse todos los demás. Los anglo-católicos aún sin admitir esta teoría, profesan que la verdadera Iglesia de Cristo se halla dividida entre los orientales, la anglicana (Thils, 221-2) y la romana. Es fácil suponer la perplejidad de estos grupos ante las posiciones doctrinales del grueso del Consejo. Se unen a éste, porque necesitan algún apoyo en su soledad; pero apenas hay punto dogmático en el que no tengan que hacer sus salvedades o mostrar su clara disconformidad con los pareceres contrarios (Lausana, Amsterdam, Lund, Evanston). Se ha hablado de que los Orientales no piensan acudir como Iglesia a la próxima reunión general, contentándose con el envío de algunos observadores.

La mayoría de los miembros del Consejo Mundial está dividida en dos facciones que corresponden a las dos tendencias ya anunciadas del *Faith and Order* y del *Life and Work*. Los partidarios del primero piensan que no puede haber unión verdadera de iglesias, si no se lleva antes a cabo la unidad doctrinal. En este sentido sus esfuerzos son dignos de todo elogio. Se han abordado los temas de: la Iglesia y su unidad; el ministerio y los sacramentos; el culto y la gracia; la tradición y la Escritura; el culto al Señor y la veneración a la Santísima Virgen, etc. Pero, al menos externamente, los resultados han sido muy escasos, por no decir nulos. El ya citado Robert Nelson, presidente de la Comisión de *Faith and Order*, admite que en puntos como el de la naturaleza de la Iglesia, problemas de intercomunión, y, a fortiori, en otros, el avance de Amsterdam (1948), de Lund (1952) y de Oberling (1957), ha sido casi imperceptible. Sus teólogos luchan con problemas que —digámoslo sin rodeos— necesitan para su solución la presencia vital de Aquel a quien Cristo puso como representante suyo en la tierra.

Los propagadores del *Life and Work*, quieren ser realistas y piensan que la única manera de unirse es la acción —dejando después que cada grupo piense lo que le parezca—. En el Consejo, constituye la mayoría, por eso también en las votaciones están seguros de reportar victoria. Los presbiterianos, metodistas, congregacionalistas, el Broad y el Low Church del anglicanismo, una buena parte del luteranismo escandinavo y casi todas las iglesias jóvenes de países de misión, deben quedar incluídas en esta categoría. Respecto de la unidad dog-

mática, los miembros del Life and Work, se dividen en dos porciones. Para unos, el dogma es de escasa importancia para la unión. La esencia del cristianismo consiste en la experiencia de la fe y en el testimonio personal del Evangelio. Las formulaciones teológicas son accidentales; dependen de mil adjuntos históricos distintos y deben dejarse a la elección de las diversas comunidades cristianas. Para otros, los más radicales, cualquier teologia es buena con tal de que interprete el mensaje de Jesús. Las diferencias teológicas, no debieran constituir una barrera a nuestra mutua unión. Lo importante es prescindir de ellas, continuar nuestra obra práctica de trabajo conjunto y admitir a todos —en señal de entendimiento mutuo— a la mesa eucarística, sea cualquiera la doctrina que se profese sobre su naturaleza y sobre todo acerca de la presencia real. Para éstos, la unión ideal es la que se ha verificado en la Iglesia de la India del Sur, donde, no solamente se admite a todos a la comunión, sino que se ha llegado al intercambio de predicadores, al reconocimiento de la conveniencia de un cierto episcopado (histórico pero no apostólico) por parte de los presbiterianos y congregacionalistas y a una nueva concepción del «ministerio sagrado», dejando al mismo tiempo que las diversas iglesias mantengan o rechacen los dogmas según su agrado o conveniencia temporal.

Al lado de estos grupos, es de estricta justicia histórica, señalar el de los *rabiosamente anticatólicos.* No forman un sector completamente distinto de los otros. Más bien se les encuentra mezclados entre los demás, pero con la característica antirromana, netamente destacada. Son los hombres, que, bajo apariencias de respeto hacia todas las confesiones cristianas, hacen lo posible para combatir el Catolicismo. Resultaría arriesgado tratar de estudiar la profundidad de esta tendencia dentro del Consejo. Por testimonio irrecusable y de primera mano, me consta que el mismo Visser't Hooft, presidente de la magna asamblea, entra en esta categoría. En el ecumenismo norteamericano —como lo he mostrado con citas abundantes en un artículo de «*Unitas*»—, un elevado número de ardientes jefes de la unión de las Iglesias, figuran a la cabeza de las organizaciones anticatólicas de la nación. Para citar un solo ejemplo típico, el Rvdo. John Mackay, llamado el teólogo por antonomasia del Ecumenismo moderno, es un anticatólico furibundo y el organizador personal de toda la campaña de invasión protestante en Hispano-América, y como él, Paul Blanchard, el obispo metodista Bromley Oxnam, E. Blake, Wilped Garrison, Reinhold Niebuhv, Clapton Morrison y otros. «Sepan todos los protestantes, se decía en una de sus revistas a raíz de la Octava de Oraciones por la Unidad, que nuestra reunión no tendrá lugar con la Roma que todos conocemos, y menos aún con la Roma que fomenta esta Octava de la Unidad».

Finalmente, las Iglesias que forman parte del Consejo, tienen en sus respectivas patrias a muchos miembros de buena voluntad que, cansados de la división presente, buscan ansiosamente la pertenencia a la única Iglesia que Cristo fundó, aunque todavía no sepan con certeza dónde se encuentra. Estos —cuyo número sería difícil conjeturar— han dado su nombre al Consejo Mundial, porque lo creen sinceramente el gran instrumento de mutua aproximación, Son las almas sinceras que diariamente unen sus oraciones a las nuestras para la realización del «ut unum sint» del Divino Maestro. Uno las encuentra también en muchas ocasiones recibiendo de su contacto la firme esperanza de que no puede estar lejano el día de la unión de todos en el Señor.

D) EL CONSEJO MUNDIAL Y LA ORGANIZACION MISIONERA INTERNACIONAL (I. M. C.).

Ambos tuvieron origen común aunque, al correr de los años, sus actividades tomaran diversos derroteros. El WCC se ocupó principalmente de la unión de las Iglesias, y el I.M.C. de la propagación de la fe en países paganos. Con todo, aun después de 1948, las relaciones entre ambos organismos, han sido estrechísimas. Baste recordar que el ya citado John Mackay, teólogo del ecumenis-

mo, ha sido desde 1948 a 1958 presidente del I.M.C. y que éste ha figurado siempre aún con cierta vida independiente, como parte integral del Consejo Mundial. Ahora se está llevando adelante el proceso de reintegración completa del organismo misionero en aquel. La petición de admisión ha quedado formalmente hecha. Quedan algunas cuestiones técnicas por resolver, pero se espera para ellas una pronta solución. Para los católicos, y más todavía para los españoles y sudamericanos, esta amalgamación del *International Missionary Council* y el W C C plantea un delicadísimo problema. Es evidente para todo estudioso de la marcha de las Misiones protestantes, que éstas han lanzado ya una gran ofensiva para infiltración y conquista de países católicos. El campo principal de la invasión es la América latina, con el 35 % de población católica del mundo entero. La penetración ha sido planteada aun en sus últimos detalles, hasta el punto de constituir el 30 % de la actividad misional de las Iglesias separadas. El organismo director de la gigantesca ofensiva es el I.M.C. Algunos de los principales portavoces han afirmado que la meta perseguida es la repetición en Sudamérica, de la reforma protestante que conquistó la mitad de Europa en el siglo XVI, y si la cosa sigue el ritmo presente, antes de 50 años, Sudamérica podrá tener de 50 a 70 millones de protestantes arrancados por las promesas, la malicia o el engaño, a la Iglesia Católica.

Y ahora surge la delicada cuestión: ¿qué piensa el Consejo Mundial de estos avances protestantes? ¿Por qué sus Iglesias se empeñan en arrancar esos miembros al Catolicismo? ¿Qué sucederá el día no lejano en que el Consejo Mundial adopte como parte integral al I. M. C., promotor y financiación de estos latrocinios? ¿Es que el W. C. C. está llevando a cabo un juego de doblez, ofreciendo una mano amiga a Roma, engañando con sus sirenas a muchos millones de católicos, mientras que con la otra le arrebata diariamente mil católicos sudamericanos que le pertenecen por el bautismo y por su profesión de fe? — Estas fueron las preguntas que, hace casi un año, dirigió el P. Charles Boyer, S. I., director de la Revista «Unitas» de Roma al Sr. Visser't Hooft, sin que hasta el momento haya recibido satisfactoria respuesta. Si las Iglesias participantes en el *Consejo Mundial*, aprueban o apoyan positivamente esa política de invasión de las naciones católicas, no se ve la dosis de sinceridad que pueda haber en estos gestos de aparente amistad dirigidos hacia nosotros. Este dilema tiene que resolverse antes de que el Catolicismo piense ni siquiera en la posibilidad de un coloquio oficial con el Consejo Mundial de las Iglesias.

E) BALANCE Y PERSPECTIVAS.

Quiero considerarlas bajo el punto de vista católico y misionero —tanto por las realizaciones conseguidas hasta el presente como por las esperanzas— o por los temores que el Consejo Mundial muestra para el porvenir.

Entre las *ventajas aportadas* a la Cristiandad, se pueden enumerar las siguientes: 1) No me atrevería a llamar con el Padre Ronquete a su aparición uno de los mayores acontecimientos de la historia de las almas desde la separación de la Cristiandad, pero sí, un evento digno de toda nuestra admiración, como símbolo viviente e instrumento de esas ansias de unión que acucian a todas las Iglesias separadas. 2) El Consejo Mundial ha contribuido a que en el protestantismo moderno se hayan llevado a cabo un elevado número de unificaciones mutuas y se hallen en proceso de elaboración otras muchas. 3) No obstante el hecho de que los nuevos vínculos que las unen, sean en extremo superficiales (cada una queda con sus peculiaridades doctrinales y su jurisdicción eclesiástica de antes), todo cuanto une entre sí a ese protestantismo atomizado, debe constituir «*per se*» para los católicos un motivo de alegría y de consuelo. El Consejo ha facilitado el coloquio entre las diversas Iglesias, y —al menos en parte— con grupos y teólogos ecumenistas de la Iglesia católica. 4) Ha popularizado con sus reuniones, sus estudios y sus publicaciones, la idea de la urgente necesidad, creando en la masa de los creyentes la honda persua-

sión de que el divisionismo actual es un desastre que requiere remedio; hoy la opinión mundial protestante detesta la dispersión existente y uno apenas encuentra ya entre sus adeptos apologistas del separatismo religioso — como era el caso común en otros tiempos. 5) La organización puede contribuir no poco a eliminar las dificultades de orden nacionalista, cultural y racial, que, ciertamente han sido causas parciales de la aparición de los sectarismos. 6) Gracias al Consejo Mundial se ha profundizado notablemente el sentido de fraternidad entre las diferentes iglesias protestantes. 7) La idea de Iglesia va calando hondo en el alma popular, aunque no sea todavía la idea perfecta que nosotros desearíamos.

Los temores y los peligros se refieren tanto a la presencia misma del Consejo Mundial como a las ideas eclesiológicas que forman la base de su funcionamiento. 1) Son muchos los que (tanto dentro como fuera del protestantismo) temen que el Consejo llegue a formar una Super-Iglesia, y que con ella se constituya el bloque protestante más poderoso desde los tiempos de la Reforma. 2) Esto, caso de verificarse, dificultaría, más que facilitaría, el coloquio oficial con el Catolicismo, ya que, al sentirse tan poderoso, impondría condiciones que serían del todo inaceptables por parte nuestra. La existencia de este peligro ha podido vislumbrarse en la acogida vaga y fría, que el Consejo, como tal, ha hecho a la paterna invitación del Santo Padre a la unidad. 3) La formación del bloque protestante en el Consejo, sobre todo si prevalacen en su seno las tendencias anticatólicas ya indicadas, — nos pueden crear serias dificultades en el plano internacional. Una de las formas será ejerciendo presión ante organismos como la ONU —a la que pertenece oficialmente— con el fin de que las naciones católicas pequeñas concedan plena libertad de acción al protestantismo. 4) Respecto de nuestra América-latina, no tengo, sino recordar lo dicho sobre su aparente doblez, al ofrecer una mano amiga a Roma, mientras que con la otra despliega una fantástica actividad para arrancarle en aquellos fecundos pueblos el 35 % de la población católica mundial que habita aquellas latitudes. 5) Bajo el aspecto teológico, no podemos aceptar la teoría propugnada por el Consejo, de que la Iglesia de Cristo no existe todavía en la tierra, ni siquiera quoad substantiam, que todas las denominaciones contienen una parte de ella —*vestigia Ecclesiae*—, y que ha de ser obra del Consejo Mundial reunir esos elementos dispersos y ofrecer al mundo la Iglesia total —tal como salió de manos de Cristo—.

Partiendo de esta teoría de su propio papel en la Historia, el Consejo Mundial corre el peligro no solamente de desnaturalizar la mente del Divino Maestro —y de pretender arrebatar al Catolicismo sus prerrogativas exclusivas en esta materia—, sino también de buscar una imperfectísima unidad (dejando a cada miembro pensar dogmáticamente como le parezca), que está en plena contradicción con la plegaria por la unión que Jesús recitó en la Ultima Cena. Una unidad en la que no se exige a los miembros ni la confesión explícita de la Divinidad de Cristo, merece por parte nuestra poco más que un sentimiento de compasión —unido a plegaria— con el fin de que el Señor ilumine a quienes, movidos al parecer por óptimos deseos, no alcanzan a ver todavía el sentido pleno del: «ut unum sint sicut et Pater et Ego unum sumus».

Si los ecumenistas esperan que la amistad fraternal que empieza a unir a sus iglesias, la oración en común, y las discusiones, servirán para que el Espíritu Santo los ilumine y dirija por el sendero de la verdad, es deber nuestro asistirles con nuestras oraciones y nuestra calurosa simpatía para que así sea.

X

El protestantismo alemán de hoy y perspectivas para la unión

DR. ANTONIO M. JAVIERRE, *S. S.*
Profesor del Pontificio Ateneo Salesiano de Turín

EL PROTESTANTISMO ALEMAN EN MARCHA HACIA LA UNIDAD.

A pesar de que han pasado ya varios siglos, no acertamos todavía a evocar sin angustia la trayectoria de la Reforma. Nos resulta aun muy dolorosa esa línea que, en caída vertical, señala el ritmo trágico de dispersión de los cristianos.

Se nos asegura que el descenso ha tocado a su límite, que la curva acusa una inflexión gozosa, que hoy se halla en franco retroceso. Es una pena que los procesos humanos no sean reversibles. ¡Resultaría tan cómodo prevenir con un trazo simétrico la vuelta a la unidad!

Pero por muy indeterminista que se suponga el proceso, no estará de más la meditación de su trayectoria histórica. Las curvas del pasado encierran enseñanzas preciosas y ayudan a enfocar con precisión el momento actual; permiten incluso asomarse al futuro. Es que las inflexiones en masa son extremadamente lentas, sobre todo cuando el dinamismo alcanza un nivel muy pronunciado.

Se nos pide una instantánea del protestantismo alemán en su marcha trabajosa hacia la unidad. No hemos dudado un instante en la elección de la perspectiva histórica. Porque aun cuando resultaría muy cómoda la especulación hecha sobre una antologia de textos, estamos persuadidos de que la actitud de hoy cobra relieve tan sólo si se la yuxtapone a la postura de ayer. Por simple comparación se desprende asi la dirección como la velocidad de esa marcha.

Cabe establecer su inventario en tres tiempos:

1.º ¿qué han conseguido los alemanes en plan nacional?
2.º ¿cuál es su participación en la tarea ecuménica?
3.º ¿cuáles sus pasos al encuentro de Roma?

No quisiéramos dar la impresión de una división arbitraria. Cierto que la unificación del protestantismo alemán, disgregado como se halla en múltiples confesiones contrapuestas, representa querer o no, auténtica tarea ecuménica; por otra parte no es posible, claro está, un ecumenismo rotundo al margen de Roma. ¿Bastará, pues, desarrollar el segundo punto que engloba en realidad los otros dos? Preferimos separarlos. Ante todo porque nos tiene harto escamados ese tejido peligroso de religión y política que sirve de telón de fondo a la historia alemana; ¿quién nos asegura que la unificación de los grupos evangélicos es ecumenismo de buena ley y no nacionalismo solapado? Por otra parte, no creemos hallar resistencia en separar el diálogo con Roma, puesto que la Santa Sede no figura en los cuadros oficiales del ecumenismo.

A) Proceso de unificación del protestantismo alemán

Once años cumplió el mes pasado la Iglesia evangélica alemana «EKD = Evangelische Kirche in Deutschland). Sólo en 1948 fue realidad en Alemania una unidad evangélica de proporciones nacionales.

No hay que pensar que la EKD haya suprimido el mosaico de confesiones que pavimentan el suelo alemán. Tengo ante los ojos una encuesta reciente fechada en Berlín [1]. Hasta 26 son las voces oficialmente reconocidas en esa ciudad. Figuran en la lista: el budismo [2], el islamismo [3], el judaísmo [4]. Son veintitrés los grupos cristianos allí representados. Destacan el catolicismo [5], los viejos católicos [6] y los ortodoxos [7]. Los bautistas, metodistas, hermanos, luteranos antiguos y luteranos libres, menninitas, adventistas, etc., forman corona, dentro del grupo evangelista, a la nueva unión, todavía niña, la EKD.

Por el volumen de sus socios y la diversidad de confesiones a que pertenecen, interesa comentar el significado de esa unión, la más típica realizada hasta hoy en el interior de Alemania.

* * *

Fue precisamente en territorio alemán donde tuvo lugar, en 1517, el primer acto de desintegración cristiana que hoy lleva el apelativo de Reforma.

¿Fue un gesto de reforma o más bien una actitud de rebelión? No faltan jamás defensores a la tesis expuesta por Schérer en la primera asamblea mundial de Fe y Constitución. Según él los reformadores se habrían visto obligados a sacrificar la unión en aras de la verdad [8]. Otros hay en nuestros días que prefieren situar en la autoridad más bien que en la doctrina la frontera divisoria de las confesiones cristianas [9]. No entraremos en controversia. Una discusión que pudo exacerbar los ánimos en tiempos de Harnack, carece hoy de interés y no sabemos de nadie que la resucite. Con ánimo un poquito más sereno ha sido posible eliminar por la base ese falso dilema. Hoy aparece cada vez más claro, y lo suscriben incluso los protestantes, que una cierta «organización» eclesiástica no es dimensión ajena a la fe. Un credo completo, por tanto, desemboca por necesidad en una estructura de iglesia. Y así, importa poco que se centren los ataques en un extremo o en su correlativo. En cualquier caso veremos que el reformador adopta fatalmente la actitud de un rebelde; y que, a su vez, resulta imposible declararse en rebeldía sin esgrimir un programa, siquiera elemental, de reforma.

Reforma o rebelión; poco importa. Un episodio trágico con el que se iniciaba un proceso. En breve había de adquirir proporciones alarmantes. Hoy duele en el alma escuchar la oración de Cristo «ut sint unum» con los ojos vueltos a la historia.

Leemos en ella que la puerta del pródigo se abrió en 1517 tras la reacción de Lutero contra las indulgencias. En 1520 la excomunión de León X «Exsurge Domine» vino a sellar definitivamente un estado de hecho. En 1555, al nivel de la paz de Augsburgo, los dos tercios de la nación alemana eran luteranos.

---

1 *Was glauben die Andern? 26 Selbstdarstellungen, hsg. Arbeitsgemeinschaft der Kirchen und Religionsgesellschaften in Berlin.* La encuesta fue dirigida por K. EBERHARDT. La 2.ª ed. está fechada en 1954.

2 *Was glauben...?* pág. 39.

3 *Was glauben...?* pág. 45.

4 *Was glauben...?* pág. 52.

5 *Was glauben...?* pág. 25.

6 *Was glauben...?* pág. 109.

7 *Was glauben...?* pág. 115.

8 *Foi et Constitution. Actes officiels de la Conférence mondiale de Lausanne, 3-21 août 1927.* Paris, 1928, págs. 291-292.

9 Cf. J. COURVOISIER, *Catholicisme et protestantisme face à face*, en *Verbum Caro*, 8 (1954), pág. 123.

No tardaron en entremezclarse con ellos los calvinistas, aparecidos en Francia a pocos años de distancia. Su influjo se hizo sentir sobre todo a través de la universidad de Heidelberg. Por si fuera poco, la política no hizo sino enconar las cosas: el principio «cuius regio eius et religio» resultó un violento catalizador del proceso. A finales del siglo XVI Alemania cristiana era un auténtico mosaico confesional.

* * *

¿Cuándo y cómo reaccionó la conciencia cristiana? Hoy es floreciente la idea ecuménica; pero cuenta con una larga prehistoria.

¿Es brillante el capítulo alemán? Se ha dicho que Alemania no ha entrado ni siquiera hoy en ese clima; que carece de sensibilidad ecuménica [10]. La denuncia es tal vez apasionada y nada reciente. Pero no deja de ser sospechoso el ritmo lento seguido en su marcha hacia la unidad. ¿No será porque el proceso se orienta efectivamente hacia la simetría y que se reservan los alemanes cerrar la puerta que abrieran hace algunos siglos? ¿O serán más bien motivos históricos que imponen su actitud de reserva? Conviene anotarlos cuidadosamente desde dentro de su historia.

Comencemos por observar que los alemanes cuentan con representación de altura en los tres esquemas clásicos ensayados hasta la fecha en el esfuerzo de reparar la dispersión cristiana [11]: *La tradición erasmiana*, que ambicionaba unir las iglesias sobre la base de unos cuantos principios fundamentales, una especie de máximo denominador común, alinea nombres cual el de Calixto y Leibnitz, auténticos ecumenistas antes de la letra [12]. Harnack militaba en estas filas en una hora en que casi todos habían desertado [13]. *La tradición eclesiástica*, empeñada en cambio en reconquistar la unidad sobre la base del pueblo de Dios, cuenta entre sus animadores a Vilmar, quien a su vez no cree hacer más que restituir a su cauce la orientación de los primeros reformadores [14]. *La tradición pietista*, abocada exclusivamente al interés del individuo con una inquietud misionera irreprimible, enumera a Spencer y sobre todo a Zizendorf, organizador de la fraternidad morava, que supo aprovechar su exilio para inflamar Alemania de entusiasmo pietista [15].

Todas esas tentativas de unión quedaron ahogadas en un cúmulo de circunstancias adversas. La fórmula pietista resultó en definitiva una amenaza seria, cuya meta lógica era la disgregación total. ¿Qué se opuso a ella?

Los cuadros políticos sobre los cuales se hallaban enraizadas las iglesias regionales, las Landeskirchen, sirvieron de rodrigón solidísimo. Excepcionalmente actuó la misma política de aglutinante: pensamos en el rey de Prusia, Federico-Guillermo III que, en ocasión del III centenario de la reforma impuso la reunión bajo una misma estructura a grupos confesionales diversos. El radio de acción de la APU (= altpreussische Union) quedó limitado al territorio sometido a Federico-Guillermo. Incluso en su reino no llegó a imponer totalmente su voluntad: las resistencias perseveraron en forma de iglesias libres. Fueron sin embargo menores de cuanto fuera lícito esperar. Y es que uniones y divisiones estaban a merced del príncipe; las fronteras no señalaban motivos teológicos sino más bien políticos [16]. ¿Qué sucederá cuando las Landeskirchen pierdan su base histórica?

* * *

---

[10] Cf. J. Ehrenberg, *Oekumenische Erfahrungen*, I, Gütersloh, 1947, pág. 8.

[11] Nos referimos a los tres esquemas señalados por el Secretario del Consejo Ecuménico de las Iglesias en un trabajo suyo reciente: W. A. Visser't Hooft, *Notre tâche oecuménique à la lumière de l'histoire*. 2.ª ed., Genève, 1955.

[12] Visser't Hooft, *Notre tâche*, págs. 6 y 7.

[13] Visser't Hooft. *Notre tâche*, pág. 8.

[14] Visser't Hooft, *Notre tâche*, págs. 8 y 9.

[15] Visser't Hooft, *Notre tâche*, págs. 10 y 11.

[16] *Was glauben...?* pág. 11.

El tránsito del sistema de Landeskirchen a Bekennende Kirchen resultó inevitable por necesidad sociológica. Al derrumbarse en 1918 los cuadros políticos tradicionales, quedaron sin apoyo las iglesias regionales. Fue muy aguda la crisis de organización. Se salva gracias a un germen de organización preexistente [17] y a fuerza de directorios, consistorios y senados eclesiásticos.

El 25 de mayo de 1922 se hace realidad un sueño largamente acariciado: 28 Landeskirchen se unen en Wittenberg para constituir una federación evangélica alemana (DEK = Deutsche Evangelische Kirchenbund). La unión, sin embargo no era total: no pretendían sus firmatarios crear una iglesia en sentido estricto; se conformaban con establecer una asociación de representación y defensa de los intereses religiosos comunes.

* * *

No tardó la política en reclamar pretendidos derechos. Advirtiendo Hitler la enorme fuerza de cohesión aneja a la vida religiosa, quiso encadenar la iglesia alemana a su carro de combate. Su proyecto audaz consistía en poner al servicio del racismo las fuerzas vivas del cristianismo, agrupadas en una sola asociación de tipo nacional.

En 1933, los 29 delegados de las iglesias evangélicas escogieron a Bodelschwing, investido de plenos poderes para la constitución de una iglesia evangélica de la nación alemana. Hitler, con un golpe dictatorial substituyó a Bodelschwing por Ludwig Müller, colocándolo con consignas precisas al frente de los cristianos alemanes.

No es difícil imaginar los equilibrios inevitables para dar contenido doctrinal a un grupo cristiano sometido a la ideología racista. ¿Cabe mayor estridencia que la actitud de unos fieles obligados, por una parte, a reconocer como divina la revelación recibida en tierras judías con promesa de salud fraterna universal; y por otra, a perseguir como alimañas hermanos de otra sangre, en particular los connacionales de Cristo? Fue preciso forzar los cuadros eclesiásticos. Paso a paso se adueñan los gubernamentales de los puestos clave de la iglesia alemana, pisoteando principios elementales de derecho eclesiástico y llegando a violentar sin escrúpulos los dogmas evangélicos.

Despunta la resistencia. Naturalmente lleva vida de catacumba. Pero poco a poco se refuerza la oposición. El 3 de enero de 1934 pueden ya los reformados reunirse en un sínodo en Barmen. Publican una declaración de principio que había de pasar a la historia. Es K. Barth su autor. En mayo del mismo año tiene lugar el Bekenntnissynode. Nace así la Bekennende Kirche. O si se prefiere, se reanima, aplastado como se hallaba el resto fiel bajo el imperio del tirano.

Pero ni la peligrosidad de la hora, ni la urgencia de un frente común, logran borrar las diferencias confesionales. Firman un credo común; pero los luteranos se profesan luteranos y reformados los reformados. Hasta el punto de que, insatisfechos los primeros por motivos de tipo eclesiológico, se creen obligados a constituir por su cuenta el Consejo Luterano.

* * *

Tal era la situación del protestantismo alemán a la hora del derrumbamiento del nacismo. Con él quedó sepultada la Reicheskirche, puro organismo al servicio del la política.

En Treysa, 1945, se decidió la constitución de la Iglesia Evangélica Alemana, la EKD. Sus líneas fundamentales fraguan lenta y seguramente. El acta de su constitución se halla firmada en Eisenach el 13 de julio de 1948.

En régimen de perfecta democracia, fue posible estructurar los cuadros eclesiásticos con absoluta independencia. ¿No pesa ya la política sobre el cristianismo evaugélico alemán? Tal vez sea prematura la respuesta. Toda la historia, a raíz de la separación de Roma, representa un continuo vaivén de unificaciones

---

[17] Es de notar que desde 1852 tenían lugar cada dos años las conferencias evangélicas de Eisenach: «Eisenacher Konferenz».

y disgregaciones al compás del poder temporal. No ha de ser fácil a los líderes religiosos liberarse enteramente de esa servidumbre; tanto más que tienen hoy abierto ante sus ojos el dilema de dos mundos cuyo meridiano escinde de Norte a Sur la nación alemana. ¿Lograrán ser fieles a su empeño de independencia? ¿Encadenarán su suerte al Oriente? ¿Ofrece mayores garantías el Occidente? No faltan quienes como Niemöller se alzan en franca oposición contra la política de Bonn; hay también en la zona oriental quienes resisten con valentía a las directrices políticas comunistas interferentes con los derechos eclesiásticos.

Rebasa el problema la circunstancia ocasional del momento para inscribirse en la zona perenne de la teología: ¿es compatible el cristianismo con la ideología marxista?, ¿cabe la convivencia con él? No se aprecia uniformidad en las respuestas. Y no deja de ser inquietante el desvío. Los alemanes están demasiado acostumbrados a soportar sobre sus cuadros religiosos el yugo de la política. La «rutina» podría conducir en este momento histórico a encerronas fatales, cuando el ideal político, descarado o encubierto, es en el fondo un auténtico anticristo.

* * *

¿Y cuál es la cifra máxima de esa unidad lograda en Alemania hace un decenio?

La EKD, última etapa de la evolución protestante en Alemania, presenta una fisonomía característica: supera la simple estructura *federativa*, por contar con un sínodo único; pero no llega al esquema de una *iglesia única* en sentido estricto (siempre en terminología protestante), por reconocer plena personalidad a las iglesias-miembros.

A *la conferencia de las iglesias* participan los delegados de cada grupo-miembro. Equivale a una asamblea general. *El sínodo,* viene a ser algo semejante a un parlamento, constituído por 120 individuos, de los cuales 100 son de elección de las iglesias y 20 nombrados por el Consejo. *Consejo* que equivale al gobierno, prosiguiendo la analogía, y que integran 12 individuos escogidos por el sínodo. A su cabeza se halla un presidente, a la sazón O. Dibelius.

Integran los cuadros de la EKD: 14 iglesias luteranas, 2 iglesias reformadas sumamente activas y 12 iglesias unidas. Varias agrupaciones parciales en el seno mismo de la EKD vienen a complicar su estructura de suyo muy compleja. Señalemos las dos más voluminosas:

1.º De las 12 iglesias unidas (llamadas así porque en sus cuadros convergen parroquias ora luteranas, ora reformadas, o ya unidas), 6 iglesias se agrupan en la EKA, denominación nueva de la antigua APU (= altpreusische Union) constituida, según lo dicho, a principios del siglo pasado y reorganizada en 1952, con cambio de nombre en el sínodo general de 1953. La reorganización, aun acentuando la unificación en el sector litúrgico y pastoral, dejó intactos los símbolos antiguos. 2.º El otro grupo, más joven aun cuando mucho más activo, lleva como sigla VELKD y corresponde a la Vereinigte Evangelisch-Lutherische Kirche Deutschlands. 11 de las 14 iglesias luteranas afiliadas a la EKD se unen íntimamente en este grupo confesional de sensibilidad agudísima, bajo la presidencia del Dr. Meiser en München.

* * *

Ahí quedan las etapas y la meta obtenida. ¿Juicio? Observa Biot [18] que el esfuerzo alemán escandaliza en sentido contrario: a los católicos extraña sobremanera que el protestantismo, tan poderoso en Alemania, no haya logrado la unificación hasta bien mediado el siglo XX; los protestantes, en cambio se preguntan, no sin maravilla, por las razones que han podido hacer necesaria esa tendencia a la iglesia orgánicamente unitaria, ajena, según muchos, a la esencia evangélica.

No intentaremos una explicación simplista cuando los problemas que aquí se agitan son tan diversos. Lo indiscutible es que algo muy hondo ha cambiado en el clima ideológico y en el estrato histórico.

---

[18] F. Biot, *Le protestantisme allemand*, en *Lumière et Vie*, 7 (1958), n.º 40, pág. 55.

La historia, pergeñada a grandes rasgos, evidencia la imposibilidad en que se hallaban de unirse en una iglesia orgánica, a menos de subordinarse a las directrices de la política.

La maduración ideológica acusa otras raíces: nuestro tiempo está destinado a llamarse con razón «el siglo de la Iglesia» en las futuras historias de la teología. Ahora bien, esa meditación profunda de la iglesia, a la que han tenido que someterse, querer o no, también los protestantes, ha llevado entre ellos a descubrimientos de volumen: que la iglesia existe, que es una realidad ya en este mundo, que tiene origen divino, que cuenta con cuadros orgánicos establecidos por su divino Fundador... No todo está claro ni se han superado enormes prejuicios confesionales; pero justo es reconocer grandes progresos en este campo. Cuéntase entre ellos el reconocimiento de la voluntad de Cristo de agrupar a sus discípulos en un solo rebaño a las órdenes de un solo pastor. El ecumenismo acaba de sacudir las entrañas de las confesiones cristianas. El deseo de unidad ha conmovido hasta las lágrimas a los más generosos. Los ensayos de entendimiento han comenzado con intensidad febril en todas las latitudes. En Alemania ha madurado también la idea. La sola liberación de trabas políticas no explicaría esa tensión de unidad, que pudo parecer anti-evangélica en tiempos ya remotos.

¿En qué medida abrió brecha en Alemania el ideal ecuménico? ¿Hasta qué punto coopera a la unidad mundial, sobre los cuadros nacionales?

B) Colaboración alemana a la tarea ecuménica

No insistiremos sobre la denuncia de reaccionario presentada contra el protestantismo alemán, en una época en que la inquietud ecuménica domina avasalladora en todos los grupos cristianos. Pero no es lícito disimular los motivos en que basan la acusación sus adversarios. Han hecho notar que Alemania no figura, cual debiera, en cabeza, por su historia brillante de protestantismo, por su situación eclesiológica, por la calidad de sus eclesiólogos. En la vida social, cultural, económica y política, deben entrelazarse en armonía difícil las numerosas confesiones que se dan cita en su suelo. Son de cada día las tensiones vitales que su proximidad comporta. ¿Cómo no sienten los alemanes con mayor urgencia la necesidad de resolver de una vez ese problema? Y que no lo sienten como otros es un índice revelador el hecho de que la empresa ecuménica va tiñéndose cada vez más de una marcada tinta anglosajona y no germana [19]. ¿Qué decir de estas acusaciones?

Si por ecumenismo se entiende la búsqueda eficiente de la unidad cristiana, no es justo regatear a los alemanes su participación activa. Unifican grupos homogéneos (en la VELKD), ensayan agrupaciones de confesión diversa (así las iglesias unidas, así la APU, hoy EKA), realizan, en fin, la unión a escala nacional (en la EKD). Notables son también los esfuerzos en plano litúrgico, tanto en el seno de la APU como de la VELKD [20].

Estas realizaciones son fruto de un trabajoso proceso de diálogos, disputas, ensayos. La apertura es total: entre los grupos evangélicos, con Roma, como veremos a continuación, con la ortodoxia, vista hoy bajo una luz de actualidad [21], con los congregacionalistas ingleses [22]. Cuenta para ello con instrumentos de trabajo magníficos: el comité alemán de estudios ecuménicos (en el departamento de estudios del Consejo ecuménico de las iglesias), el comité ecuménico de la VELKD, el instituto de estudios confesionales de la federación evangélica (Konfessionskundliches Institut), la central ecuménica de Frankfurt, los semi-

---

[19] D. C. Lialine, *Evanston-Etudes*, en *Irénikon*, 28 (1955), pág. 389: «L'aspect *Etudes* de l'Assamblée d'Evanston se présente à nous comme occidental, de prédominance anglosaxonne, comme délibérément chrétien mais protestant tant pour son ecclésiologie que pour sa théologie de l'Action chrétienne».

[20] Hoy poseemos uniformidad litúrgica gracias a la *Agende für evangelisch-lutherische Kirchen und Gemeinden*.

[21] No faltan quienes proponen cambio de «política eclesiástica». Cf. la reacción de H. Asmussen, *Rom, Wittenberg, Moskau. Zur grossen Kirchenpolitik*, Stuttgart, s.d. (1956).

[22] Cf. H. Asmussen en *Katholische Reformation*, Stuttgart, 1958, pág. 10.

narios universitarios, etc. De resonancia amplísima, pese a la modestia de sus asociados, son las Bruderschaft de San Juan y Miguel. Alimentan el ideal ecuménico las Academias fundadas en 1945 en Bad Boll. De volumen nacional son los Kirchentag iniciados en 1949 por el Dr. Von Thadden-Trieglaff, a semejanza de los Katholikentag. En estos momentos tiene lugar en München la concentración de millares de evangélicos para la celebración de la IX de estas asambleas prevista para la semana 12-16 de agosto y cuidadosamente preparada a lo largo de todo el año.

Claro está que una simple enumeración de este tipo, máxime revestida de empaque oratorio, deja un amplio margen de duda en el lector que no ha tenido ocasión de compulsar el volumen de los elementos aducidos. Aun supuesta esa valoración no seria suficiente para una visión total de la realidad ecuménica alemana. Haría falta poderla comparar con los esfuerzos de otros pueblos protestantes. Pero la tarea nos llevaría demasiado lejos. Contentémonos con una fórmula más modesta: contamos con unos datos concretos que, sin responder plenamente a esas exigencias, ofrecen una visión comparativa suficiente, a la vez que nos descubre la fisonomía característica del ecumenismo alemán. Porque sospechamos que es precisamente la preocupación doctrinal seria, fría, profunda, la que ataja en Alemania entusiasmos efímeros y la que opone un veto decidido a uniones impremeditadas o de puro compromiso. Esa exigencia ideológica lima brillantez y hasta puede dar la impresión de hostilidad a la empresa; pero ¿no será en definitiva el mejor servicio prestado a la causa ecuménica?

* * *

Excusado decir que puestos en terreno doctrinal, resulta obligado y suficiente echar la sonda en el sector de Fe y Constitución. Atengámonos, en gracia a la brevedad, a las asambleas mundiales.

1.º *Están presentes* los alemanes en *Lausanne* (luteranos, reformados, unidos, bautistas...); asisten evangelistas germanos, viejos católicos, metodistas, hermanos... a la asamblea de *Amsterdam;* vemos en *Lund,* aparte la representación nutrida de grupos menores, el cuadro brillante de la EKD con 10 delegados luteranos (entre ellos: Hoffmann, Kinder, Lilje, Sommerlath, W. Stählin), 6 unidos (Niemöller, Schlink) 4 reformados (Niesel); en *Evanston* se encarga Schlink de presentar a la asamblea el tema principal, mientras que en la comisión de Fe y Constitución trabajan activamente: Jacob, Meyer, el mismo Schlink y otros. Falta un solo nombre: no asistieron alemanes a *Edimburgo.* ¿Motivo? Los tiempos eran tristes para la iglesia alemana al nivel de esta asamblea; el gobierno no permitió a sus súbditos la participación anhelada. Sin embargo no pueden decirse totalmente ausentes, dada la intensa labor de preparación en que habían colaborado activamente los ecumenistas germanos [23].

2.º *No es participación de segunda línea.* En el presidio de Lausanne figura A. Deissmann; Lilje está al frente de la primer sección de Amsterdam y preside la cuarta de Lund. Son decisivas las intervenciones de Schérer y Dibelius en la cuestión del ministerio en Lausanne; salva Lilje a fuerza de prudencia y energía la gran conquista de Amsterdam [24]. En Lund los alemanes dejan oir su voz segura en torno a la intercomunión por boca de Bizer que expone la idea de los reformadores, de Niesel, que modula el sentir de los reformados, de Schlink que matiza la postura de los luteranos. En Evanston es el mismo Schlink

---

[23] V. M. Pollet, *Les Orientations théologiques du protestantisme allemand à la veille du Congrès d'Oxford et d'Edimbourg,* en *Rev. Univ. Ottawa,* (1937), págs. 73-92; 162-170. La asamblea quiso unirse al pesar de los alemanes ausentes. Cf. *Foi et Constitution. Actes officiels de la deuxième Conférence Universelle, Edimbourg 3-18 août 1937,* Paris, 1939, pág. 51.

[24] Nos referimos al llamado «desacord fondamental» o distinción profunda entre católico y protestante. Cf. *La première Assemblée du Conseil Oecuménique des Eglises, Amsterdam, 22 août-4 septembre 1948. Rapport officiel.* Paris-Neuchâtel, 1948, pág. 65. La intervención de Lilje en págs. 73-79.

quien hace triunfar contra Calhoum la orientación denominada «europea» bíblica, mística, escatológica, en contraposición de la «americana» más terrena, más actual, más realista.

3.° *¿Son de cuño alemán las variaciones metodológicas?* No es aventurado suponerlo.

En Lausanne prevalece la teoría de *los principios fundamentales*, del máximo denominador común, de la tradición erasmiana. ¿No ha dicho Visser't Hooft que Harnack, a la sazón un pontífice de la ciencia teológica alemana, representa el epigono de ese sistema? No es el caso de investigar por qué secretos conductos habrá llegado su influjo a la asamblea. Es lo cierto que la reacción arranca decididamente del grupo germano. Cuando en la comisión del ministerio andan todos desconcertados en busca de ese denominador común que no aparece por ningún lado, se alza la voz enérgica y prudente del profesor alemán M. Dibelius: es inútil, dice, buscar entendimiento, donde las posiciones son contradictorias [25]; urge cambiar de táctica para no desacreditar definitivamente la asamblea ante las iglesias y el mundo entero [26].

La semilla estaba lanzada. Fructificó a la altura de Amsterdam. Allí no se iba ya en busca de fáciles puntos de contacto, sino más bien ansiosos de establecer con hondura metafísica las posiciones contrastantes. Obsérvese que el nuevo método aquí aplicado, *el método dialéctico*, es de factura barthiana [27]. Hubo un momento en que peligró la aceptación de esa metodología acusada de insuficiente; y fue otro teólogo germano quien tomó a pechos su defensa y supo capear la fuerte y bien fundada oposición [28].

A la altura de Lund es meridiana la cortedad del método dialéctico. Urge tentar caminos nuevos para asegurar el avance en clima ecuménico. Schlink es formal y decisivo en su intervención [29]. Critica el método antiguo y propone con claridad una rectificación de sentido *cristológico* [30].

Y tras haber hecho progresar el método pasando de la historia a la metafísica y de la metafísica a la teología, ¿no serán también los protestantes alemanes quienes creen llegado el momento de ensayar otro nuevo, francamente inspirado en el luteranismo, confesión ampliamente dominante en Alemania? Es bien sabido que la fórmula dogmática del «*simul iustus et peccator*» cuenta con sólida ascendencia luterana y brillantes seguidores a lo largo de su historia [31]. Pues bien, esa fórmula confesional ha hecho su aparición en las actas de Evanston y concretamente en la primera sección reservada a los estudios teóricos de Fe y Constitución [32]. No es el caso de entrar en críticas. Atengámonos al hecho de crónica: cuando la teoría de los «vestigia ecclesiae» se torna insoportable a varios miembros del consejo ecuménico, se la substituye por esa otra dictada por los luteranos, cuya dirección ideológica corresponde indudablemente a la teología alemana.

* * *

---

[25] *Foi et Constitution. Actes officiels de la Conférence mondiale de Lausanne, 3-21 août 1927*, Paris, 1928, págs. 321-322.

[26] *Ibid.*, pág. 323.

[27] D. C. Lialine, *Le dialogue théologique à Amsterdam. Exposé et Reflexions*, en *Irénikon*, 23 (1950), pág. 133: «La méthode dialectique est une "découverte" d'Amsterdam, et Karl Barth en a été le principal pionnier».

[28] Cf. Actas de Amsterdam (nota 6) págs. 73-79.

[29] *The Third World Conference on Faith and Order held at Lund, august 15 th to 28 th. 1952*, London, 1953, págs. 151-161.

[30] *Idib.*, págs. 155-156.

[31] R. Refoulé, *Problèmes luthériens vus de Suède*, en *Istina*, 5 (1958), pág. 340 cita entre otros a: Ljunggren, Nygren, Gyllenkrok. Recientemente Asmussen se permitió una crítica de la interpretación luterana, en ocasión de la obra de Küng. Es sumamente instructiva la reacción incluso violenta de H. L. Poetsch, *Ueber die Rechtfertigung, Bemerkungen zu Hans Asmussens Artikel*, en *Evangelische Lutherische Kirchenzeitung*, 12 (1958), págs. 92-93.

[32] *L'espérance chrétienne dans le monde d'aujourd'hui. Evanston 1954*, Neuchâtel-Paris, 1955, pág. 73.

No queda duda legítima sobre *el hecho* de la participación alemana en los cuadros oficiales del ecumenismo. ¿Cuál es su sentido?

El principio del «simul iustus et peccator» aplicado analógicamente a la Iglesia, significa la aceptación simultánea de verdad y error, de santidad y pecado, de unidad y división. H. Lilje, buen teólogo luterano y figura eminente en la historia del ecumenismo nos dice sin ambages que con esa fórmula se trata en buena substancia de legitimar las divisiones [33]; porque la iglesia, aun cuando una y visible, no puede aspirar a una visibilidad y unión perfecta. Ha de contentarse con una medida discreta, relativa; la que es posible a las realidades creadas; la unidad absoluta es un ideal inaccesible en este mundo y aun en el otro [34].

¿Representa esta postura una traición a la empresa ecuménica? La fórmula propuesta deja abierto un margen ascético de aproximación dinámica al ideal; pero en realidad sepulta definitivamente infinidad de bellas ilusiones concebidas en estos años de ecumenismo. ¿Peca de inconsecuencia el protestantismo alemán? Tal vez su pecado sea un exceso de lógica:

En Lausanne, lo hemos visto, se opusieron los alemanes por boca de Dibelius a concordismos superficiales, pidiendo aplazar el estudio de las divisiones y analogías. En Amsterdam se creyó maduro el ambiente: Barth dio un par de esquemas contrapuestos que Lilje propuso a la asamblea como irreductibles. Si en verdad son irreductibles, ¿qué cabe hacer con ellos sino dejarlos como son sin pretender reducciones absurdas que repugnan en sana metafísica?

Las conclusiones rebasan el terreno de la especulación para dominar la actitud unionista. Un caso típico nos ahorrará infinidad de documentos: Los luteranos, dirigidos por la teología alemana, han rehusado hasta la fecha la intercomunión ofrecida por la Iglesia del Sud de India. Les molesta la búsqueda de la unificación a cualquier precio, el abandono o cuando menos el desprecio de las más elementales exigencias doctrinales. No cabe unidad, aseguran ellos, cuando los principios se muestran contrapuestos [35].

* * *

Ensayemos una última pregunta: ¿qué es lo que los protestantes alemanes aprecian como obstáculo irreductible en el camino de la unidad? ¿Cuál es el problema ecuménico hasta hoy insoluble? La respuesta es expresada y formal: el ministerio; concretamente, el episcopado [36].

Surge espontánea la instancia: ¿No definieron los protestantes alemanes su postura gubernamental eclesiástica como un «eclesticismo libre»? ¿No aceptaba indiferentemente Schérer así el congregacionalismo, como el presbiterianismo o el episcopalianismo? [37]. ¿Por qué, pues, esa hostilidad contra el episcopado? ¿Cómo pueden oponerse a él los evangélicos alemanes, cuando los luteranos lo admiten en su constitución eclesiástica? ¿Por qué esos escrúpulos en unirse con la Iglesia del Sud India, cuando en el seno de la EKD se dan la mano los sistemas presbiteriano y episcopaliano? ¿No han intentado relaciones incluso con los congregacionalistas ingleses? [38]. Late un equívoco enorme bajo el término «obispo». Es mayor la diferencia entre obispo y obispo, que la que separa un presbítero de un obispo en el seno de la EKD. Esto lo saben muy bien los teólogos alemanes que no se pagan de fórmulas concordatarias y perforan

---

[33] H. LILJE, *Der gegenwärtige Stand der Oekumenischen Bewegung. Kritische Ergebnisse der dritten Weltkonferenz für Glauben und Kirchenverfassung in Lund*, en *Theologische Litteraturzeitung*, 78 (1953), págs, 65-74.

[34] *Ibid.*, pág. 72.

[35] Cf. R. BEAUPÈRE, *Les luthériens et l'Eglise de l'Inde du Sud*, en *Istina*, 4 (1957), págs. 197-199.

[36] P. WANDALL, *The Lutheran Message*, en *Lutherans and Church Union, A Symposium*, Madras, 1949, pág. 17.

[37] *Foi et Constitution. Actes officiels de la Conférence mondiale de Lausanne, 3-21 août 1927*, Paris, 1928, pág. 294.

[38] De ello se queja ASMUSSEN, en *Katholische Reformation*, Stuttgart, 1958, pág. 10.

su corteza para dejar al desnudo su contenido. «Ese es el punto en que urge pronunciar un NO rotundo, desde una perspectiva luterana. Nuestra concepción es, y debe ser, la de una iglesia fundada exclusivamente sobre la palabra. El criterio de utilidad o conveniencia de un ministerio es su aptitud para servir al evangelio... No se puede colocar esta postura de principio frente a una actitud práctica cual la que muestra la India Sud y pretender que las dos concepciones son igualmente exactas. La una excluye sencillamente a su contraria. La Iglesia del Sud India atribuye, por su práctica, al problema del orden eclesiástico una función decisiva para la unidad de la Iglesia. La senda de la unidad pasa por el episcopado, ministerio reconocido por la Iglesia universal. Según Lutero no hay que reconocer estrictamente más que un principio constitutivo para asegurar la unidad de la Iglesia: es el Evangelio» [39]. No sería difícil recoger una antología de textos parecidos espigados en la teología alemana contemporánea [40]. Recientemente Lilje los resumía en fórmula vigorosa propuesta en Norteamérica en asamblea nacional de Fe y Constitución: «Nosotros rechazamos la idea según la cual tendría necesidad la iglesia de garantía histórica para asegurar su continuidad, garantía que se supone cristalizada en la sucesión apostólica de los obispos. Aun reconociendo que para ciertas iglesias y ciertos cristianos, encierra esa idea un valor tradicional, no podemos en ningún modo admitir la pretensión de que el episcopado histórico constituye un elemento esencial e indispensable para asegurar el orden de salud» [41].

Inútil proseguir. Hágase un esfuerzo para aproximar estas declaraciones a la interpretación hecha de la fórmula «ecclesia iusta simul et peccatrix» y se advertirá en profundidad la postura del protestantismo alemán frente al deseo ecumenista.

* * *

Postura, creemos, de dedicación real, inteligente y lógica. Aun cuando los esfuerzos son gigantes, las realizaciones no rebasan el campo de ese «obispo» minúsculo que aceptan los luteranos. En cuanto apunta en el horizonte el otro «obispo» rival, el obispo católico, resulta imposible todo entendimiento. La unidad entonces aparece pura ilusión, porque las oposiciones ideológicas son perfectamente irreductibles.

Cabe observar que no es única esa solución.

Argumentan los luteranos: puesto que las posiciones son incompatibles, es inútil esforzarse en buscar una región neutral de inteligencia que ni existe ni puede existir. Hagámosles lugar en el seno de la Iglesia de forma que convivan yuxtapuestas.

¿No es más lógico pensar de otra forma? Si las actitudes son en realidad incompatibles, incluso contradictorias, una de ellas será verdadera y la otra falsa. Lo urgente es hallar un criterio de verdad que distinga realidades y espejismos.

Si no quedara esperanza de que un día llegarán a aceptar rectificación metodológica, el diálogo con los protestantes alemanes, en gran mayoría luteranos, podría darse por definitivamente fracasado.

Afortunadamente esta esperanza queda en pie. ¿No es el mismo Schlink quien nos hace observar lo fácil que era el entendimiento entre las diversas confesiones cristianas alemanas en tiempo del racismo? [42]. Y no ya sólo porque

---

[39] C. F. Wislöff, *Das südindische Weg zur Kircheneinheit*, en *Evangelisch-Lutherisch Kirchenzeitung*, 10 (1956), pág. 140.

[40] Sirva de síntesis la voz de Schlink escogida para definir en Evanston el luteranismo. Cf. Actas de *Evanston*, págs. 101-102.

[41] Cf. S. Minear, *The Nature of the Unity we seek. Official Repport of the North American Conference on Faith and Order, september 3 10 1957 Oberlin, Ohio*, St. Luis, 1958, pág. 131.

[42] E. Schlink, *L'Eglise de Dieu dans le désordre de l'homme. Le combat de l'Eglise allemande*, en *L'Eglise universelle dans le dessein de Dieu*, I, Paris-Neuchâtel, 1949, págs. 145-146.

ante la casa en llamas olvidan los inquilinos sus rencillas de vecinos; sino porque a la luz del despotismo del Führer fue muy fácil descubrir lo lejos que se halla de la tiranía el principio episcopal tan temido de los protestantes [43].

Con un estudio más profundo y más sereno ¿no acabarían de caer las barreras enormes, infranqueables, hoy por hoy, dado el planteo del problema?

ROMA Y WITTENBERG

No es infrecuente enfocar las relaciones entre Roma y Wittenberg con técnica periodística. No sentimos animadversión ninguna para con el periodismo. Ojalá se remozaran nuestros libros y revistas y cátedras con el influjo saludable de su estilo dinámico, directo, actual. Pero en teología la crónica resulta demasiado efímera como soporte de principios eternos, de no mediar una elaboración cuidadosa. El movimiento de congresos, visitas, discusiones, sonrisas, intercambios doctrinales, abrazos o frases desabridas tiene mucho parecido con el vaivén de los flotadores de las playas a merced de las olas. Los hombres de mar saben el radio máximo de aquellos movimientos. El teólogo ha de bucear también hasta descubrir si las reacciones interconfesionales son tan sinceras como parecen o se hallan bien ancladas en puntos inamovibles.

Puesto que hemos localizado previamente las áncoras del protestantismo alemán, no tememos inducir a error trascribiendo algunos párrafos de crónica.

* * *

Huelga insistir sobre el hecho del diálogo entre Roma y Wittenberg. Más interés tienen sus epítetos.

Porque es ante todo un diálogo *inevitable*, por razones sociológicas. Católicos y protestantes se dividen en mitades el territorio alemán. Por fuerza ha de compartir a diario el trabajo y la cultura y las vicisitudes prósperas o adversas de su historia. No anda ausente la dimensión doctrinal; porque si existe un protestantismo respetuoso para con la ideología es precisamente el germano. En el fondo resulta en Alemania fascinadora la fidelidad inquebrantable de Roma a su credo, a sus instituciones seculares.

Las conversaciones se establecen hoy hasta para llenar *un deseo* recíproco. Los fieles ansían la unión con Roma [44]; los teólogos querer o no están siempre abiertos al diálogo [45]; las grandes confesiones evangélicas acusan conciencia de un clima que hoy nadie puede ignorar [46].

El diálogo con Roma es sin disputa el *preferido*. La actitud de Niemöller pudo representar para muchos una invitación a la apertura al Oriente [47]. Bien consideradas las cosas se ha echado de ver que, desde un punto de vista estrictamente religioso, el diálogo con los ortodoxos se halla ya abierto e inteligentemente sostenido gracias a los esfuerzos del profesor E. Benz en plan teológico y a los contactos vitales encauzados en plan pastoral por el Dr. Heyer de la Academia de Schleswing-Holstein; pero que no es esa la orientación más prometedora en plan ecuménico. H. Asmussen ha estudiado lo que el denomina «Grosse Kirchenpolitik» para concluir su libro con una formulación que nos parece suscribe la mayoría del protestantismo alemán: 1.º La tarea ecuménica no puede prescindir ni de Roma ni de la Ortodoxia; 2.º Para las iglesias protestantes Roma queda mucho más cerca que los ortodoxos; 3.º Desgraciada-

---

[43] *Ibid.*, pág. 147.

[44] Así me lo confiaba en una entrevista el Pastor R. Stählin, refiriéndose a los fieles de su parroquia.

[45] Así lo asegura E. Kinder. Cf. *Irénikon*, 28 (1955), pág. 322.

[46] Cf. *Herder Korrespondenz*, 10 (1955), págs. 71-74: «Die VELKD wünscht Gespräch mit der römisch - katholischen Kirche».

[47] Cf. F. Biot, *Le protestantisme allemand*, en *Lumière et Vie*, 7 (1958), n.º 40, pág. 60.

mente las relaciones con Oriente se hallan hoy falseadas por un conjunto de razones ajenas a la religión...[48].

La tesis de Asmussen encierra un acento de victoria. Y el diálogo con Roma se perfila muy prometedor.

* * *

Pero ya en la actualidad son sumamente apreciables los contactos.

El tono de las relaciones resulta sereno y cordial. La serenidad hunde sus raíces en la seguridad confiada de un grupo que puede dialogar sin complejos. El protestante alemán no siente impaciencia ninguna pues no debe soportar una posición incómoda. Va olvidando actitudes que quedaron arrinconadas en el pasado. La cordialidad es superior a toda ponderación. Me bastaría ojear mi agenda para evocar infinidad de detalles, banales si se quiere, pero hondamente significativos; porque la estima es grande, simpática, cordial para quien se acerca a ellos como católico y como sacerdote católico.

El volumen del diálogo es enorme como consecuencia de una convivencia continua. Alcanza a los jerarcas: el cardenal Wendel huésped de O. Dibelius y anfitrión, a su vez de un obispo protestante. Se impone a los grupos confesionales más representativos. La VELKD sintió la necesidad de abrir un balance de sus relaciones con Roma [49]. Nada extraño que con estas premisas no haya sector ajeno a los encuentros confesionales.

1.° De grande resonancia, fácilmente explicable por la calidad de los protagonistas, han sido los contactos establecidos entre *publicistas* protestantes y católicos. El primer encuentro tuvo lugar en Loccum, del 23 al 25 de marzo de 1956, en ocasión del Sínodo general de iglesias evangélico-luteranas. Eran unos 80 los participantes [50]. En Dortmund-Brackel, al año siguiente, llegaban al centenar [51]. El encuentro más reciente tuvo lugar del 19 al 22 de junio de este mismo año de 1959. 150 publicistas dialogaron en la abadía benedictina de María Laach en torno al próximo concilio ecuménico convocado por Su Santidad Juan XXIII. Llevaron la pauta de las conversaciones, iniciadas por el arzobispo de Paderborn, Dr. Lorenzo Jäger, los profesores Stakemeier de Paderborn (católico) y Meinhold de Kiel (evangélico).

2.° *La sociología* es campo abierto al trabajo en común. Cincuenta teólogos, sociólogos, pastores de ambos credos se hallaban citados en Göttingen el 2, XI, 1957, para dialogar de los problemas que atañen al cristianismo alemán [52]. Las conversaciones representaban la meta de una larga preparación anterior [53].

3.° También *la espiritualidad* es objeto de comparaciones confesionales. En ocasión del octavario de 1957, la radio difundió el texto del diálogo entablado entre el párroco protestante G. Hildmann y el benedictino P. T. Sartory, bajo el título «Katholische und Evangelische Frömmigkeit» [54].

4.° Pero es sobre todo en el sector francamente doctrinal y dogmático donde las conversaciones se tornan apasionantes y aun esperanzadoras. Citemos una típica que aborda de frente las diferencias ideológicas. En 1956 tuvo lugar en Arnsberg un diálogo que había de prolongarse y hacerse público en 1958. Fueron interlocutores: el prof. Kinder por la parte evangélica, encargado de

---

[48] H. Asmussen, *Rom, Wittenberg, Moskau, Zur grossen Kirchenpolitik,* Stuttgart, s.d. (1956), pág. 157.

[49] *Gespräch der Vereinigten Evangelisch-Lutherischen Kirche mit Rom?,* en *Una Sancta,* 11 (1956), págs. 7-9. Tema que estudiaron en la conferencia de obispos y dirigentes de la VELKD el 26 y 27 Sept. 1955 en Augsburg, los profesores E. Kinder y P. Brunner.

[50] Cf. la conferencia pronunciada por P. Brunner, *Das Wunderbare unserer Einheit und die Sünde unserer Spaltung,* en *Una Sancta,* 12 (1957) págs. 93-98.

[51] *Herder Korrespondenz,* 12 (1958), pág. 173.

[52] *Herder Korrespondenz,* 12 (1958), pág. 174.

[53] El profesor O. V. Nell-Breuning, S. I., había pronunciado una conferencia en 9, 1, 1956 en Bochum ante los académicos evangélicos de aquella ciudad: *Katholische und evangelische Soziallehre.* Véase el texto en *Una Sancta,* 11 (1956), págs. 184-195.

[54] Texto completo en *Una Sancta,* 12 (1957), págs. 9-29.

dar la definición de protestante [55] y el P. T. Sartory que replicó perfilando el concepto de lo católico [56].

Nada extraño que en este clima no se escamoteen las diferencias más voluminosas. Se sigue en Alemania, por parte de los protestantes, con sumo interés, el magisterio pontificio referente a temas confesionales [57]. Buena prueba de ello es la espectación suscitada por el anuncio del próximo Concilio [58]. Estudian de frente el fundamento doctrinal del papado [59]. Interesa incluso la persona del Romano Pontífice. La noticia de la visita de O. Dibelius al Santo Padre Pío XII, suscitó una oleada de prensa extraordinaria. Asmussen escribió en el Kölnische Rundschau, de tirada superior al millón de ejemplares, que «en 400 años transcurridos desde la separación, no es posible citar un acontecimiento comparable siquiera de lejos a esta visita.» Por su parte el obispo luterano Lilje, comentaba el gesto haciendo ver que no es mero fruto de una personalidad vigorosa; ven en el Papa algo más que un fatal motivo de división.

No todo son rosas, naturalmente, en este esfuerzo de comprensión. Resultan inevitables las fricciones en el ámbito de *la doctrina* (el capítulo de la mariología y sobre todo el del ministerio representan una fosa abierta de proporciones difíciles de colmar), de la *constitución* (el derecho eclesiástico, máxime en su aplicación al terreno de los matrimonios mixtos y a las relaciones ecuménicas, indispone gravemente el ánimo de los hermanos separados: hoy esperan con ilusión ingenua la revisión del código en el próximo concilio), del *culto* cristiano (sobre todo el dedicado a la Stma. Virgen: la consagración hecha a la Madre de Dios en el Katholikentag de Fulda, 1954, impacientó hasta el extremo a más de cuatro protestantes; como les molesta también, no ya tanto las conversiones, cuanto los balances y las especulaciones de algunos imprudentes que creen descubrir por doquier brotes de «alta iglesia» en el seno del protestantismo) [60]. Si la división es esencial, no ha de extrañar que despunte en las tres direcciones substanciales [61]. Y esto aun cuando los católicos traten de aminorar los roces, de amortiguarlos, eliminarlos en la medida de lo posible a fuerza de benevolencia y caridad fraternal. Aparte intervenciones personales [62], queremos señalar tres instituciones de diversa fisonomía controladas por los católicos empeñados en la colaboración sincera: el movimiento Una-Sancta (con centro en la abadía benedictina de Niederaltaich), el Möhler-Institut de Paderborn, fundado para el estudio del protestantismo en todos sus aspectos, con ambición de un diálogo eficiente; y el Instituto de estudio de la reforma, fundado en München por H. Lang.

No se puede dudar de la amplitud y seriedad de estos contactos.

* * *

Pero ya pusimos en guardia contra la impresión optimista aneja a una enumeración de este género. Conviene no olvidar que detrás de una sonrisa comprensiva, de un diálogo franco y cortés, se adivina una postura dogmática que antes dijimos irreductible. ¿Continúa teniendo validez con Roma ese adjetivo, pese al tono y altura de las relaciones interconfesionales?

---

[55] *Was heisst eigentlich evangelisch?* en *Una Sancta,* 13 (1958), págs. 234-251.

[56] *Was heisst katholisch, Ibid.*, págs. 252-273.

[57] H. ASMUSSEN, *Eine Antwort auf den Brief von Papst Pius XII zum 400 jährigen Gedächtnis des Augsburger Religionsfriedens,* en *Una Sancta* 10 (1955), págs. 23-24.

[58] A pesar de que los mejor informados ven la imposibilidad de una invitación vuelta a los protestantes, cf. la declaración de H. LILJE en *Vers l'unité chrétienne,* 12 (1959), pág. 27.

[59] W. RICHTER, *Das Petrusamt im Lichte des apostolischen Zeugnis,* en *Una Sancta,* 12 (1957), págs. 201-213.

[60] Cf. BIOT, *art. cit.*, págs. 71-72.

[61] Los protestantes caracterizan a la Iglesia como la «Rechiskirche, Sakramentale Kirche, Politische Kirche, Marianische Kirche». Cf. *Herder Korrespondenz,* 11 (1957), pág. 418.

[62] Obtuvo notable resonancia el triduo predicado por K. ADAM en la iglesia protestante de San Marcos de Stuttgart.

Baste como respuesta este párrafo de Otto Dibelius, el mismo que tuvo el valor de franquear las puertas del Vaticano y tender cordialmente la mano al Santo Padre: «Todas las tentativas de unión o de acercamiento de orden teológico están condenadas a fracasar, pese a su apariencia prometedora. No hay más que una alternativa: o el cristianismo evangélico vence al cristianismo católico, o viceversa. Roma y Wittenberg no se acercarán, a menos que no se acepte el camino de la «Aufklärung» o la indiferencia confesional, que nadie desde luego, está dispuesto a aceptar» [63].

La tensión doctrinal persevera rotunda. En el ecumenismo individuamos en la región del ministerio su foco más sensible. Continúa aquí en pie la misma conclusión. ¿Hará falta descender a documentación minuciosa?

1.° La afirmación es valedera en *historia.*

H. F. von Campenhausen pasa hoy como heredero y sucesor de Harnack y Lietzmann en la ciencia histórica del protestantismo alemán. En su potente monografía sobre el ministerio [64] examina el fundamento documentario de la tesis romana en torno a la sucesión de los apóstoles. Según él se trata de una doctrina de origen bastardo [65], tardíamente introducida en los cuadros patrísticos [66] y desarrollada en seno romano aprovechando la tensión polémica, nada respetuosa para con los datos revelados [67]. Las fuentes neotestamentarias nada saben de oficios estables u organismos institucionales, que forman el esqueleto típico de la Iglesia de Roma [68].

W. von Löwenich firma la última monografía protestante sobre el catolicismo moderno [69]. La seriedad de su información, la serenidad de sus juicios, la reflexión de los temas que afronta, no le impiden desatar su liberalismo acendrado en dos puntos: mariología y magisterio [70]. Traducidos en lenguaje ecuménico, vienen a significar: doctrina y autoridad; y mejor aun: Fe y Constitución. ¿Actitud frente a Roma? Se sigue de esas premisas: «Un magisterio infalible, asegura textualmente, puede garantizar la unidad dogmática; pero no ofrece garantía ninguna con respecto a la verdad» [71]. ¿Cómo asegurar entonces la unidad y la estabilidad dogmática? ¿Y quién ha dicho, replica él, que es la unidad ingrediente necesario para una piedad sincera?

El N. T. nos muestra un haz divergente de doctrinas [72]. El relativismo dogmático está bien anclado en el relativismo bíblico [73]. A la luz de estos principios resulta estridente la fijeza dogmática de Roma. Urge substituir por el dinamismo protestante la teoría de verdad estática en que se anquilosa [74].

2.° Los historiadores se remiten a la *escritura.* Y lo peor del caso es que los especialistas en exégesis les dan razón plena en su postura antirromana. No hay quien pueda competir hoy con Bultmann; basta compulsar la orientación de las tesis presentadas en las diversas facultades teológicas del mundo protestante. En clima alemán, cuando menos, domina con ventaja el tema bultmaniano [75]. Su filiación existencialista y sus dos premisas de escatologismo y dinamismo cerrado [76] arrojan una luz siniestra sobre el perfil de la Iglesia romana. Pero atengámonos a nuestra encuesta: ¿qué opina Bultmann de la iglesia

---

[63] Cf. *Irénikon,* 23 (1950), pág. 432.

[64] *Kirchliches Amt und geistliche Vollmacht in den ersten drei Jahrhunderten,* Tübingen, 1953.

[65] *Ibid.,* pág. 172.

[66] *Ibid.,* pág. 179.

[67] *Ibid.,* págs. 183, 190, 191.

[68] *Idid.,* pág. 332.

[69] *Der moderne Katholizismus. Erscheinung und Probleme,* Witten, 1956.

[70] *Ibid.,* pág. 426.

[71] *Ibid.,* pág. 426.

[72] *Ibid.,* pág. 427.

[73] *Ibid.,* pág. 428.

[74] *Ibid.,* págs., 61-68. Cf. pág. 194.

[75] Cf. Biot, *art. cit.,* pág. 65.

[76] R. Bultmann, *Kerygma und Mythos,* I, págs. 47-48; *Kirche und Lehre im NT.,* en *Glauben und Verstehen,* I, 2.ª ed., 1954, págs., 180 s, 186.

primitiva, de la iglesia neotestamentaria? Sencillamente: no se halla en ella traza alguna de sucesión institucional o sacramental [77]. En el origen no se encuentra más que la predicación; función que nada tiene que ver con las instituciones, que habían de aflorar más tarde al nivel de las pastorales (no paulinas), para imponerse definitivamente con la I carta de Clemente a los fieles de Corinto [78]. Jesús en su célebre plegaria «ut unum sint», no tenia ante los ojos un ideal de unidad orgánica, ni institucional, ni dogmática; sino sólo la unidad del anuncio que no excluye la existencia de dogmas contrapuestos [79]. Es inútil buscar en el canon una norma de unidad; da pie a las confesiones más diversas [80].

3.º Naturalmente la oposición toca a su máximo en *teología dogmática*.

De K. Barth citaremos una sola frase que refleja perfectamente su actitud a la hora de Amsterdam: «Ahí donde no se dice sólo Jesús, sino conjuntamente Jesús y María, ahí donde se reconoce la existencia de una autoridad terrena de carácter infalible, no podemos hacer otra cosa sino pronunciar un NO decidido. Nuestra única actitud frente al catolicismo es de acercarnos a él en plan de misión, de evangelización, no ya de unión. Quien conoce a Calvino, debería estar concorde conmigo en este punto y no calificar mi postura de chifladura barthiana» [81].

De E. Brunner baste recordar una sola obra enderezada a denunciar el equívoco montado alrededor de la iglesia [82]. La auténtica iglesia de Cristo es una pura unión con él a través de la fe y la caridad [83]. El institucionalismo no pasa de un envoltorio puramente externo, subsidiario y relativo [84]. El sacrilegio del clericalismo consiste precisamente en haber convertido en esencial lo que era secundario [85], defraudando así en sus intereses más vitales a Cristo y aun a la humanidad entera. El clericalismo alcanza su cifra máxima en Roma. Por eso es la más alejada de la auténtica iglesia neotestamentaria [86]. Parecen haberse complacido los católicos en ir cambiando de signo uno a uno todos sus valores: lo que en el origen era positivo, es ahora negativo [87]; donde dominaba el espíritu, reina soberano el derecho [88].

¿Queda bien clara la orientación de la teología dialéctica en el diálogo?

Por lo demás, en coincidencia perfecta con otras corrientes. *H. Vogel*, para citar algún nombre, concibe la iglesia a la manera de una sociedad de pecadores reconciliados. En su obra dogmática central [89] sistematiza ideas desgranadas en trabajos anteriores [90]. Aun cuando acepta la idea de una iglesia concebida a la manera de un cuerpo de Cristo rehusa vigorosamente el sentido institucional [91]. Es la iglesia organismo de gracia y no continuación de la encarnación. Opone un vigoroso NO a la jerarquía eclesiástica y combate con energía las tendencias episcopalianas del protestantismo [92]. Ni que decir tiene que sus

---

77 R. Bultmann, *Theologie des NT*, Tübingen, 1953, págs. 60-61.
78 *Ibid.*, págs. 450-453.
79 R. Bultmann-St. Andrews, *Das Evangelium des Johannes*, 13 ed. Göttingen, 1953, págs. 392-394.
80 R. Bultmann, *Theologie des NT*, Tübingen, 1953, pág. 486.
81 K. Barth, *Les Eglises réformés au sein du Conséil Oecuménique*, en *Foi et Constitution*, août-octobre (1948), pág. 495.
82 E. Brunner, *Missverständnis der Kirche*, Zürich, 1951.
83 *Ibid.*, pág. 136.
84 *Ibid.*, pág. 134.
85 *Ibid.*, pág. 135.
86 *Ibid.*, pág. 114.
87 *Ibid.*, pág. 20.
88 *Ibid.*, págs. 19, 58.
89 H. Vogel, *Gott in Christo. Ein Erkenntnisgang durch die Grundprobleme der Dogmatik*, Berlín, 1951.
90 H. Vogel, *Wer regiert die Kirche? Ueber Amt, Ordnung, Regiment und Kirche. Theologische Existenz heute*, München, 1934.
91 *Gott*, págs. 818-828.
92 *Ibid.*, pág. 903.

tiros predilectos alcanzan a la iglesia romana. Es que, según él, representa la falsificación completa de la verdadera iglesia de Cristo [93]; y precisamente por su estructura jerárquica cerrada, por su secularización descarada, por su pretensión sacrílega de reducir a norma la actividad libre del espíritu [94].

¿Para qué recordar las tendencias del liberalismo extremista en terreno eclesiológico? *K. Guggisberg* [95] cita, respaldando sus ideas numerosos nombres alemanes [96]. ¿Ideología? Cualquier pretensión absoluta de la Iglesia, en cualquier dirección, no exceptuada la doctrina, es una contradicción en si misma [97]. ¿Motivo? Sencillamente: la esencia íntima de la iglesia que estriba en la más absoluta libertad [98]. La iglesia católica ofende gravemente ese axioma hasta el punto de organizar lo religioso a la manera de lo político [99], con lo que violenta la libertad individual, torciendo su itinerario [100] y amasa un sinfin de incoherencias cristalizadas en su sistema jerárquico-episcopal [101]. En una palabra: el error de Roma radica en haber extinguido, con sus estructuras sobrepuestas, la libertad esencial que le diera Cristo. Para ser consecuente, Guggisberg reconoce la posibilidad de otras interpretaciones de libertad menos rigurosas que la que él propone [102]. De ahí que la unidad resulte imposible en el campo de la organización y en el de la doctrina. Es pura utopía perfectamente inexistente [103].

Con esta andanada se neutraliza cualquier optimismo ingenuo concebido a fuerza de sonrisas y amabilidad en los encuentros. En sus relaciones con Roma la dogmática protestante no modifica un ápice la postura bien definida en las diversas asambleas ecuménicas.

¿Será mejor renunciar al diálogo? Ello significaría dar como utópica la causa de la unidad. No quedaría más expediente que legitimar, como lo ha intentado, por ejemplo, Evanston, las separaciones con una fórmula expeditiva: «ecclesia iusta simul et peccatrix»; y buscar luego fórmulas de coexistencia pacífica en medio de tensiones ideológicas insuperables.

Ello supondría la aceptación de la doble verdad protestante y católica, a pesar de ser contradictorias, al menos en el sector del ministerio; o, cuando menos, reconocer que no es posible individuar con precisión las coordenadas de la verdad, aun supuesta única y objetiva.

Lo primero, se desecha como francamente inaceptable en sana lógica. Lo segundo plantea un problema de competencia criteriológica.

¿Hemos de dar por agotados todos los tentativos posibles? ¿No quedan esperanzas de diálogo abierto? ¿No hay indicios esperanzadores entre Roma y Wittenberg?

* * *

Puesto que la batalla se libra en torno a la constitución de la iglesia, a su organización substancial, en una palabra, acerca del ministerio eclesiástico, creemos que el diálogo es tanto más prometedor cuanto mayor sea el progreso del estudio en ese sentido. Recogemos unas palabras de Heim que, aunque teñidas de un acento retórico, formulan con precisión una versión exacta de la reali-

---

[93] *Ibid.*, págs. 816-817.

[94] *Ibid.*, págs. 901-902.

[95] K. Guggisberg, *Der freie Protestantismus. Eine Einführung*, Bern-Leipzig, 1942.

[96] *Ibid.*, pág. 46: R. Otto, E. Troeltsch, A. Schweitzer.

[97] K. Guggisberg, *Die römisch-katholische Kirche, Eine Einführung und Quellensammlung*, Zürich, 1946, pág. 158.

[98] *Ibid.*, pág. 159.

[99] *Ibid.*, pág. 166.

[100] *Ibid.*, pág. 61.

[101] *Ibid.*, pág. 62.

[102] *Ibid.*, págs. 159-160.

[103] *Ibid.*, pág. 162.

dad: «Si Jesús hubiese querido erigir un ministerio universal y perenne, investido de autoridad infalible en cuestiones de fe y costumbres, en esa hipótesis, haría falta reconocer que todo el protestantismo, desde el principio al fin, se hallaría bajo la maldición de Cristo» [104]. La hipótesis lleva una formulación sintáctica irreal; pero ¿es tan imposible como piensa el autor?

Existe un grupo de estudiosos en el seno del protestantismo que han tomado en serio el estudio de este problema. Son tal vez esos autores quienes más han hecho progresar el diálogo. Entrarán en la historia como auténticos fautores de la tarea ecuménica, por haber encontrado una vía cuando todo parecía empantanado.

1.° Michaelsbruderschaft.

W. Stählin es un obispo luterano de brillante carrera teológica, militante en primera línea en las tareas ecuménicas, en contacto abierto y comprensivo con los católicos de su patria. Ha tenido mucho tiempo y ocasión de meditar en las diferencias confesionales y en los fallos de su confesión luterana. Ya de antaño apunta en él la conciencia de un descubrimiento transcendental para la orientación de su estudio, que había de cristalizar, años después, en una monografía expresiva: «Allein» [105]. La intuición aludida desarrollada en este libro se cifra en el reconocimiento de la deficiente plenitud del protestantismo. A fuerza de recortar con el enfático principio de «sola fides, sola gratia, sola scriptura» acabó por desechar valores vitales que conservara la reforma en su origen. Ha perdido el *dogma,* aceptado hoy con una base exclusivamente bíblica y aun insuficiente; ha desechado la *unidad* incluso en cuestiones centrales; se ha privado de la *plenitud* por una serie de arbitrariedades [106]. Urge recuperar lo perdido. No se trata de tornar a Roma. Su propuesta se cifra en una «Rückbesinnung aber nicht Rückatholisierung».

W. Stählin es el alma de la Michaelsbruderschaft, asociación de pastores y seglares fundada en 1931 y que hoy reúne en su seno centenares de miembros. Se proponen como fin la renovación de la predicación, del culto, de la caridad y la reforma institucional de la iglesia.

En 1955 dieron a luz un librito escrito en colaboración por varios miembros de la Michaelsbruderschaft [107]. Su mismo título, «Credo Ecclesiam», arrumba viejos prejuicios de una iglesia ajena a la intención de Cristo. La iglesia, en cuanto tal, es ya objeto de fe. Y objeto de meditación febril, porque no se la ha enfocado en su perspectiva exacta. En el libro leemos una reivindicación de la autoridad *doctrinal,* que no llega a la defensa de su infalibilidad. Hay una defensa del *culto* y de los sacramentos y del episcopado, en particular. En fin, junto a la escritura, hacen lugar a la *tradición.* ¿No es la réplica completa a la «sola fides, sola gratia, sola scriptura?» Quedan muchas afirmaciones distantes de la doctrina católica; pero el paso es de transcendencia enorme. Y su significado es todavía más importante; porque se presenta como una rectificación de la doctrina luterana, evidentemente incompleta, por violentas y reiteradas mutilaciones.

---

[104] K Heim, *Das Wesen des evangelischen Christentums,* 2.ª ed. Leipzig, 1906, pág. 31.

[105] W. Stählin, *Allein. Recht und Gefahr einer polemischen Formel,* Stuttgart, 1950.

[106] Tal fue su contestación a la encuesta dirigida por la revista *Christ und die Welt,* en 1952-1953.

[107] *Credo Ecclesiam,* Kassel, 1955.

2.º Die Sammlung.

Asmussen tiene fechado en 1939 un libro sobre el ministerio eclesiástico [108]. No es pequeña fortuna para un teólogo dedicar toda su vida de estudio sincero, honrado, inteligente, en una dirección exacta. Asmussen bien orientado desde el principio ha podido ir viendo cada vez con mayor claridad el apriorismo dogmático del protestantismo y los recortes arbitrarios que ha ido imponiendo al auténtico evangelio. Hoy resulta perceptible a simple vista el contraste entre el cristianismo del evangelio y el del protestantismo [109]. Asmussen no se contenta con señalar un complemento en el sector del *ministerio:* su libro de *mariología* [110] representa otra reivindicación doctrinal y cultural, sumamente necesaria entre sus correligionarios. En fin, Asmussen muestra, como buen teólogo un cariño acendrado para con la *tradición.* Por caminos diversos converge en las posiciones de Stählin. Urge restituir al protestantismo valores hoy completamente pretéritos.

M. Lackmann llega por su cuenta a conclusiones parecidas [111]. Denuncia en la dogmática protestante la falta de colaboración del hombre en la obra salvífica [112], el silencio en torno a la tradición [113], la omisión del magisterio [114], del carácter sacrificial y cultual de la cena [115], de la confesión privada [116], de la sucesión de los apóstoles [117], del ministerio eclesiástico [118]. No menos interesante que el objeto de sus reivindicaciones son los motivos que, a juicio de Lackmann, han conducido a la reforma a esa visión incompleta y errónea del cristianismo evangélico; y son las perspectivas insuficientes y superficiales con que enfocan los protestantes el dogma de la encarnación de Cristo. Lackmann cree poder individuar esa deficiencia ya en el mismo Lutero. Sus seguidores han acentuado todavía más esa dirección errónea.

R. Baumann ha suscitado con sus libros sobre el primado de Pedro tempestades de ira entre sus correligionarios [119], hasta el punto de verse exonerado de su ministerio de pastor y retirado forzoso, por sentencia firme de la iglesia nacional evangélica en la corte de Wittenberg, el año 1953. Persevera fiel a su convicción. Y es que el protestantismo ha perdido el sentido de la sucesión petrina, históricamente realizada en el papado, como prolongación que es del ministerio de Pedro. Cree poder reivindicar esas verdades, extraídas del N. T. sin necesidad de ingresar en las filas de la iglesia romana.

Los tres autores citados, en colaboración con Fincke y Lehmann, acaban de publicar un libro en que reeditan las siete circulares del «Sammlung» comentadas en sendos artículos [120].

¿Qué es el «Sammlung»? Un grupo de hombres y mujeres evangélicos así seglares como ministros, que han oído la voz divina que los llamaba a colaborar a la tarea de unificar la cristiandad. Para ello se comprometen a rezar y trabajar para que las iglesias reformadas hallen su propia perfección y el lugar que les corresponde en la iglesia reunida del futuro. Tal es la autodefinición que

---

[108] H. Asmussen, *Die Kirche und das Amt*, München, 1939.
[109] H. Asmussen, *Evangelisches Christentum gegen Protestantismus*, en *Una Sancta*, 10 (1955), págs. 20-25.
[110] H. Asmussen, *Maria, die Mutter Gottes*, Stuttgart, 1950.
[111] M. Lackmann, *Ein Hilferuf aus der Kirche für die Kirche*, Stuttgart, 1956.
[112] *Ibid.*, pág. 22.
[113] *Ibid.*, pág. 22.
[114] *Ibid.*, pág. 23.
[115] Cf., loc. cit.
[116] *Ibid.*, pág. 24.
[117] *Ibid.*, pág. 25.
[118] *Ibid.*, págs. 23-24.
[119] R. Baumann, *Des Petrus Bekenntnis und Schlüssel*, Stuttgart, 1950; *Primat und Luthertum. Ein Gespräch mit Dr. Martin Haug*, Tübingen, 1952; *Der Fels der Welt, Die Kirche des Evangeliums und Papstum*, Tübingen, 1956.
[120] *Katholische Reformation*, Stuttgart, 1958.

leemos en el libro citado. La orientación ideológica es afín a la Michaelsbruderschaft [121]. Nada extraño que se entrecrucen las colaboraciones [122].

El diálogo queda así bien centrado: se afronta la materia que realmente nos separa; y se comienza con un examen de conciencia y una sana criteriología. Como resultado aparecen no pocas deficiencias que el luteranismo nos tenia acostumbrados a leer a manera de dogmas de fe y que, a juzgar por esos trabajos históricos, no son sino excrecencias insertas en el fuego de la polémica; incluso a veces, traición real al evangelio, en las fuentes mismas de la reforma.

Este examen de conciencia ha impresionado al mundo protestante alemán. J. Meister, otorga carta de naturaleza al Sammlung en cuanto tal [123]. El impacto ha sido fuerte en el seno de la VELKD [124]. Es un hecho gozoso que el protestantísmo se incline a estudiar hoy el ministerio, el episcopado, la sucesión apostólica, con una sensibilidad y una problemática nuevas. Antes condenaban al reo sin oírle; hoy flota en el ambiente una pregunta todavía implícita: ¿Y si Roma tuviera razón? No puede ser formal, porque la rudeza de la inferencia a la manera de Heim se opone con decisión; pero ahí queda el hecho preñado de esperanzas y abierto hacia el futuro [125].

* * *

Tampoco nos es lícito ahora desorbitar las cosas. Es cierto que todos esos autores nos presentan un panorama mucho más risueño en el sector de la *doctrina* (tradición, mariología, vida monástica [126]), del *culto* (restitución de la misa alemana, de la confirmación, de la confesión privada, recomendada en el congreso evangélico de Frankfurt en 1956), del *gobierno* (con ministerio eclesiástico de institución divina, heredado por sucesión desde tiempo apostólico, incluso con sucesión primacial). Pero son ellos mismos quienes ponen límites bien claros a su movimiento: No entienden rebasar el protestantismo. Lo quieren más puro; pretenden ser más fieles que sus mismos correligionarios [127]. Con-

---

[121] Creen que el auténtico luteranismo era mucho más católico que el actual (Katholische Reformation, pág. 14); que no son tan esquemáticas las diferencias entre catolicismo y protestantismo, cual las propone Barth (17-19); que es ilegítimo el «allein» y debe mudarse por un «und» (32). El programa de rectificación se extiende: a la palabra divina (69), a la encarnación (69), a la gracia y la libertad (70), a la iglesia (71) al «Caput-Corpus» (72), a la ofrenda de Cristo y su Iglesia (73), a la sucesión de los apóstoles (74), al sacerdocio (75), al régimen eclesiástico (76), a la iglesia, escritura, tradición (77), al magisterio (79). El elenco abarca todos los puntos de controversia entre el protestantismo y el catolicismo. Y en todos ellos encuentran elementos dignos de corrección. Y en todos acentúan la perspectiva del ministerio.

[122] H. ASMUSSEN y W. STÄHLIN, *Katholizität der Kirche, Beiträge zum Gespräch zwischen der evangelischen und der römisch-katholischen Kirche,* Stuttgart, 1957. Colaboran con ellos: E. KINDER, B. RITTER, P. MEINHOLD, H. DOMBOIS, H. D. WENDLAN, O. PLANK.

[123] En su trabajo: *Das Gespräch mit Rom-eine Frage an die lutherische Kirche,* en *Informationsblatt,* Hamburg, 5 (1956), págs. 321-324.

[124] Cf. *Herder Korrespondenz,* 12 (1958), pág. 362.

[125] Véanse en confirmación los «*Fuldaer Hefte*»: el 9.º trae un estudio de P. BRUNNER, *Von Amt des Bischofs,* Berlín, 1955, 5-77; el 10.º un trabajo de W. MAURER, *Das Synodale evangelische Bischofsamtseit 1918,* Berlín, 1955, pág. 68; el 11.º traza las líneas del ministerio eclesiástico: *Grundlinien für die Ordnung des Amtes in der Kirche, Arbeitsergebnisse des Theologischen Konvents Augburgischen Bekenntnisses eingeleitet und kommentiert von* P. BRUNNER, H. THIMME, F. K. SCHUMANN, Berlin, 1956, página 14. A. BRANDENBURG cuenta entre los *Hauptprobleme der evangelischen Theologie,* Paderborn, 1957, pág. 47, el *Wort und Amt.* Tanto es así que el obispo D. H. MEYER, «*Vorsitzen der des Oekumenischen Ausscusses der VELKD*» se ha visto obligado a dar una «*Erklärung zür Apostolischen Sukkession en Informationsdienst* (März, 1959), páginas 4-13. El gesto hubiera parecido imposible años atrás.

[126] Sobre la comunidad de monjas de Darmstadt, cf. *Una Sancta,* 10 (1955), páginas 28-31; 54-57; 11 (1956), págs. 80-83.

[127] La preocupación corriente entre los evangélicos es justificar teológicamente su actitud histórica. Y perseverar fieles a su confesión. Cuando E. KINDER se pregunta:

viene no perder de vista que el esfuerzo es peligroso, como prueba el caso de Baumann, sometido a condena. Además es restringido el número de adeptos en estas asociaciones de vanguardia. Los jóvenes no parecen interesarse por ellas (El hijo de W. Stählin, el Pastor de München, Rudolf Stählin, me confesaba haber juzgado oportuno retirarse de la asociación en que su padre es alma y motor [128]).

Distingamos dos cosas muy diversas a la hora de evaluar esta fase del diálogo entablado entre Roma y Wittenberg:

1.° Si se nos preguntara por el camino que estos protestantes han realizado en su marcha hacia Roma, responderíamos diciendo que no fue esa la intención de los promotores [129], ni lo permitía el ambiente [130], ni lo consentiría la iglesia oficial [131], ni les escucharían los teólogos recelosos de una «conversión» velada [132]. No; el significado de estos esfuerzos no es ni ha querido ser un acto de aceptación de Roma en tono menor.

2.° Pero nos parece igualmente reprobable escamotear el significado de un gesto que deja abierto un diálogo antes herméticamente cerrado. Los luteranos habían opuesto a la eclesiología católica un esquema rígido, intransigente e irreductible. Querer o no, desde Amsterdam se habían ido endureciendo las posturas sin acertar a limar sus aristas. A la altura de Evanston era inminente el peligro de claudicar con fórmulas de coexistencia, en vez de resolver las diferencias en síntesis. La reivindicación de esos autores es digna de encomio: porque arranca del mismo luteranismo y porque rechaza la idea de dos esquemas contrapuestos existentes con igual derecho en la iglesia de Cristo. No; la verdad es única. Y al intentar el examen de conciencia se han encontrado en deuda. ¿Hasta dónde llegará la confesión de culpas? ¿Cuál será en lo sucesivo la marcha del diálogo? La respuesta nos apartaría del terreno seguro de la historia para abandonarnos a fáciles pero frágiles conjeturas.

Queda mucho trabajo; pero el cansancio no duele cuando se suda con ilusión, cuando hay esperanza de éxito, cuando no cierra el camino una oposición de principio. Hoy parece que el NO rotundo de ayer, se difumina gradualmente en punto interrogativo. Tenemos el derecho y el deber de anotar el hecho como muy importante. Y andar con mucho tiento para no malograr el fruto. Cabe estropearlo de dos maneras: Cambiando lo que es estudio teórico con lo que pudiera saber a celo indiscreto que helaría automáticamente los mejores esfuerzos; y olvidando que el progreso es proporcional al interés prestado a la cuestión del ministerio. Mucho se ha hecho; pero queda infinitamente más por hacer. Los luteranos nos confiesan que sus esquemas en este punto son perfectamente insuficientes. Hemos de vigilar para que revisando ahora las posiciones no in-

---

«*Was erwartet die evangelische Kirche von der Una Sancta Arbeit*», responde varios deseos; el supremo entre ellos reza así: «dass wir Evangelischen durch sie und für sie noch mehr zu dem werden, was wir nach der evangelische-reformatorischen Erkenntnis sein sollten» *Una Sancta*, 9 (1954), págs. 6-11.

[128] Lo hace notar también Biot, *art. cit.*, pág. 65: «Qu'on se garde cependant de majorer le rôle de ces mouvements et de ces recherches. Sans aucun doute, les questions qui sont posées dans ces différents courants, sont, à nos yeux extrêmement importantes; mais elles ne touchent de façon explicite qu'un nombre assez restreint de pasteurs et de laïcs, et sans doute très peu de jeunes».

[129] Más de una vez han debido «defenderse» de la acusación que se les hacía de ser «catolizantes» (Cf. *Irénikon*, 30 (1957), pág. 228).

[130] Lilje lo ha dicho expresamente en Mineapolis. Cf. S. Minear. *The Nature of the Unity we seek. Official Repport of the North American Conference on Faith and Order, september 3 10 1957 Oberlin*, Ohio, St. Luis, 1958, pág. 131: «Die Lössung des Problems einer grösserer Einheit der Christen kann nicht einfach in einer Rückkehr zu Rome gefunden werden. Das wäre tatsächlich zu einfach». (NB. A la hora de dar a la luz estas cuartillas tengo ante los ojos las crónicas del «Deutscher evangelischer Kirchentag in München». La primera de ellas lleva un título bien significativo: «*Konversion nicht der rechte Weg zur Einheit*»).

[131] No olvidemos la condena de Baumann.

[132] Cf. *Irénikon*, 30 (1957), pág. 228.

troduzcan nuevas deformaciones. Y anticipar si es posible nuestros estudios positivos para colaborar de manera eficaz, más que en los cuadros oficiales del ecumenismo, a la tarea común en que se hallan empeñados todos los cristianos.

CONCLUSION

La evolución histórica ha logrado eliminar en Alemania el énfasis religioso de las confesiones evangélicas. Católicos y protestantes conviven en paz, seguros, serenos y a la vez severos en sus exigencias interconfesionales. No se aprecia malhumor, irritación o complejo de ninguna clase. A ello atribuímos el hecho de que el deseo de unidad no se sienta con la urgencia que angustia en otras regiones del mundo. Pero ello mismo nos da una certeza en la medición del camino realizado en pos de la unión. No será muy brillante; pero un paso aquí no es un gesto impremeditado en trance de rectificación inmediata. No. El movimiento es lento; pero de signo positivo y sin retrocesos.

Quedan innúmeros y enormes obstáculos que salvar. Habría para descorazonarse si todo dependiera de la fuerza y prudencia de los hombres. Pero afortunadamente está el Señor en el tajo.

¿Cuáles son esos obstáculos? Desde el punto de vista doctrinal denuncian los protestantes un par de errores gravísimos en el catolicismo contemporáneo: mariología y sacerdocio. Son todo un símbolo: la mariología en la dimensión doctrinal, el sacerdocio en plano ministerial. Responden a la doble preocupación ecuménica: el dogma y la organización; la Fe y la Constitución.

¿Respuesta? Extraigo de mi diario un par de anécdotas:

1.° Mariología. Unos turistas, luteranos sinceros, en visita cultural por su patria se hallan a la sazón a la puerta de una iglesia. El «cicerone» no olvida detalle; y son muchos los que ha de subrayar ante un pórtico figurado bellísimo. Hay quien pregunta al final por el parteluz: está mutilado; queda no más que una columna, pero sin estatua, vacía. ¿Quién esta ahí en el centro del Colegio apostólico? ¿Por qué ha desaparecido su estatua? El «cicerone» contesta lacónico, sin dar importancia y hasta disimulando un gesto de malhumor: «La iglesia fue en otro tiempo catedral católica. Por varios siglos sirvió de parteluz la estatua de la Señora...» No es fácil adivinar la reacción de los espíritus ante semejante respuesta. Lo que nos cuentan los convertidos no es ya espontáneo; tiene una elaboración intensa ya que no siempre duradera. Podrán pensar, en todo caso, que no es cierto que los católicos han divinizado a la Señora. Cristo está arriba, glorioso, dominador, en otro plano; aquí abajo, en plano inferior está su Madre, entre los apóstoles, como efectivamente nos cuentan los Hechos que se hallaba otrora en el cenáculo. Tal vez, pensarán, el error se halle en otra parte; pero la representación esa es exacta. Y el hecho de que falte María en ese parteluz es injusto.

¿Sobra la mariología en Roma o falta más bien en el protestantismo?

¿Es nuestra fe exuberante o más bien deficiente la de Wittenberg?

2.° Sacerdocio. El hecho lo cuenta el P. Sartory, uno de los ecumenistas católicos más activos en la Alemania actual. En ocasión de un encuentro de UNA-SANCTA habido en la Academie Hohenheim, acerca de la piedad en ambos grupos cristianos, acaeció que fueron vecinos un párroco católico y un pastor protestante. Separaba sus respectivas habitaciones un pasillo más bien estrecho. Al acostarse dejaron a la puerta sus zapatos según la costumbre alemana. La monjita encargada de limpiarlos alteró inadvertidamente la posición de los mismos. Y a la mañana siguiente, en sus respectivas capillas, el párroco católico no acertaba a explicarse el por qué los zapatos se le habían tornado excesivamente incómodos; en tanto que el protestante se sentía feliz sin advertir tan siquiera el cambio de su calzado. ¿Símbolo?, apostilló un humorista en la asamblea: Es lo cierto que en piedad, como en dogma, los sacerdotes católicos no podrán jamás resistir las estrecheces de los protestantes; ellos en cambio pueden estar seguros de que se hallarían muy holgados sin necesidad de renun-

ciar a lo bueno que poseen, en los esquemas católicos. Tornamos a preguntar también aquí: ¿Hemos acrecido nosotros el contenido ministerial o son ellos quienes lo han mutilado esencialmente?

Doble oposición: en la fe, en la constitución.

En realidad no es doble: si se oponen a los dogmas marianos es por temor a la mediación de María; les repugna el elemento humano en la Iglesia. Y si les escandaliza el pensamiento del Papa, de los obispos, del ministerio eclesiástico, es también por lo mismo: para no enturbiar la acción personal, única, intransferible y divina de Cristo sacerdote, profeta y rey.

Pero ese empeño ¿no tiende a desincarnar la Iglesia? ¿No atenta a la dimensión que responde a la naturaleza humana de Cristo? Si la Iglesia es prolongación de Cristo ¿no cercenan así el concepto mismo de la encarnación?

La dificultad radica ahí. El ministerio es elemento visible de esa disputa. Podía tal vez escogerse otro; pero en él se dan la mano los tres elementos: sacerdotal, magisterial e imperial en que Cristo ha previsto participación humana. Y es precisamente por su extensión y por su intensidad que no falta jamás el problema del ministerio en un diálogo profundo de tipo interconfesional.

Terminemos: En Alemania el luteranismo opuso tradicionalmente un NO rotundo a ese ministerio entendido en sentido católico. Pero el luteranismo, aunque mayoritario, no representa la totalidad del protestantismo alemán. Y, sobre todo, en el seno mismo del luteranismo se abre brecha a lo que se daban como posturas confesionales incontrovertibles.

El Espíritu trabaja. La tarea ecuménica es ardua. Nos pide colaboración. Una oración más intensa, un celo pastoral más iluminado y una teología más atenta al momento histórico y al sentido preciso de las disputas.

XI

Ventajas para la Iglesia con la unión de todos los cristianos

R. P. Dr. Bernardo Monsegú, *C. P.*
Colaborador de las Semanas Españolas de Teología

LA GRAN SEÑAL

La hora grave porque atraviesa el mundo en general, pero sobre todo el mundo cristiano, frente a la amenaza comunista, que se cierne sobre nosotros como una tormenta bíblica, convida y apremia a la reunión y a la conversación, a fin de conjurar el peligro que a todos amenaza, estableciendo una línea común de resistencia y buscando otra de acción y de conquista en el terreno espiritual.

El famoso artículo titulado "Catholicisme to-day", publicado el 31 de octubre de 1949 en The Times *de Londres, que dio pie a tantas controversias epistolares, reconocía bien esta urgencia, y señalaba a la Iglesia católica como a parte principalmente interesada en ella. «Ya que la Iglesia católica* —decía— *se levanta como principal barrera contra el marxismo, el poder de Roma es punto de apoyo interesantísimo para ambos lados de la cortina de hierro, incluso para quien no se ocupe directamente de cosas espirituales.» Y este hecho —añadía el periódico— coloca a la "Madre y maestra de las Iglesias" en una coyuntura propicia para lograr la unión y la renovación de todas las iglesias cristianas. Puesto que Roma lleva la parte preponderante en la lucha contra el paganismo imperante, es lógico que sea ella la que promueva principalmente el esfuerzo común de todos los cristianos por su unión. «Hay pues —terminaba el periódico— una esperanza difusa de que Roma dé la señal adecuada en esta hora para la necesidad del mundo cristiano.»*

Esa señal la ha dado nuestro Santísimo Padre el Papa Juan XXIII, en la solemne reunión de Cardenales habida en San Pablo Extramuros, el 25 de febrero de 1959, al anunciar la próxima convocatoria de un concilio ecuménico.

Este concilio tendría como uno de sus cometidos principales, por voluntad expresa del mismo Santísimo Padre, la búsqueda de una solución adecuada para llegar a la unión de los cristianos divididos. Y la simple enunciación de este designio ha sido acogida por el mundo con un aplauso casi unánime, señalando la fecha del 25 de enero de 1959 un acontecimiento de singular importancia y de transcendencia universal.

Juan XXIII superó con este anuncio unas esperanzas que se creían demasiado halagüeñas para verse tan pronto realizadas. Pues los mismos que veían en el concilio un recurso ideal para la realización del proyecto unificador de las Iglesias, veían también las muchas dificultades que se oponían a su convocatoria. Y un escritor católico, apostillando la sugerencia de otro oriental a propósito de la utilidad del concilio como medio para llegar a la unión había escrito: «El remedio preconizado por el autor con vistas a la extinción del cisma, a saber, la convocatoria de un concilio, parecerá sin duda alguna quimérico en las presentes circunstancias; hay mucho trecho que andar todavía antes de llegar a este término posible» [1].

---

[1] *Nouv. Rev. Théol.*, janv. 1959, pág. 86.

La declaración hecha por Juan XXIII ha quemado las etapas y ha puesto sobre el tapete una posibilidad que tiene visos de convertirse pronto en una consoladora realidad. ¿Cómo? ¿Con qué éxito? Todavía es pronto para decirlo y sólo Dios conoce los resultados. Pero el hecho es que algo extraordinario va a verificarse y un nuevo cariz presenta la cuestión ecuménica. ¿Podemos afirmar con una prestigiosa revista especializada en estas cuestiones, que «la era postridentina ha terminado, y que vamos a entrar en un nuevo ordenamiento de valores cristianos»? Todo pudiera ser. Pero el hecho innegable es que el anuncio de Juan XXIII ha sido solemne y de resonancia universal.

EL GRAN PROBLEMA

Los católicos sabemos que fuera de la Iglesia católica no hay confesión cristiana con justo título a ser reconocida como verdadera Iglesia de Jesucristo. Pero los católicos genuinamente cristianos saben bien que Jesucristo quiere que todos los cristianos sean unos, y esta voluntad unificante de Cristo le debe bastar al católico para sentirse presa del afán ecuménico y hacer cuanto esté de su parte a fin de que los que creen en Cristo no se hallen divididos entre si.

«La realización del designio de Jesús —decía el Cardenal Pedro XV Agagianian en carta pastoral a los armenos, con motivo del Año Santo de 1950— a la luz del testimonio histórico de dos milenios, es sencilla y clara, no sólo para nosotros que gozamos —don gratuito de Dios— de la gracia y clarividencia de la fe católica, sino también para todos aquellos que afrontan el problema sin prejuicios, con humildad y amor a la verdad.»

Los que creen en Cristo hacen suya la voluntad de Cristo. Y como ésta mira a la unidad de su cuerpo místico, ninguno de los que creen en Cristo puede decir con entera verdad que le ama si no le preocupa la división de los que a Cristo reconocen como fundador y Cabeza de su Iglesia. La unión de las iglesias cristianas es problema para todos, católicos y no católicos. Por eso todos vienen obligados a interesarse por su solución. La solución adecuada del mismo es tan difícil que requiere el esfuerzo y la buena voluntad de todos. El problematismo no está sólo en la solución sino también en el mismo planteo de los términos del problema.

Mientras los disidentes ven el movimiento ecumenista como una tentativa y una búsqueda de los medios oportunos para llegar a la unión, objetivo final, por la invención *de una unidad a tono con la voluntad expresada por Cristo mismo, cuya jefatura todos los cristianos reconocen; los católicos lo conciben como un esfuerzo y una vuelta a la unidad, pero no mediante la invención sino mediante una simple* restauración *o retorno a la unidad deshecha; deshecha hasta cierto punto y bajo cierto aspecto, porque para Roma la Iglesia* una *y* santa *siempre estuvo presente y visible, aunque de ella muchos vivan ausentes y muchos no la vean. Es ella misma, con credenciales histórico-dogmáticas que la acreditan como continuadora de la obra de Cristo y una como encarnación social del mismo Cristo, donde el elemento pneumático y el jurídico se dan cita en una institución que viene a ser como el paradigma de la divino-humanidad del mismo Verbo Encarnado.*

Abramos el Santo Evangelio —decía también el cardenal Agagianian— y encontraremos allí la palabra creadora que nos revelará la misión asignada a Pedro por Cristo en esta Iglesia o institución social. Si por un lado es cosa mística espiritual e invisible, como la gracia y los dones celestiales, por otro es cosa exterior, corporal y visible, como los hombres que la componen. En ella hay jerarquía y hay autoridad, como en toda sociedad bien constituida. Y el Evangelio señala claramente el fundamento de esa autoridad y la piedra angular de ese edificio moral. Basta pues estudiar a fondo el Evangelio, para dar con las trazas de la verdadera Iglesia. Las Iglesias quedarán unidas si el mensaje de Cristo se acepta en su plenitud y todos nos sentimos plenamente cristianos.

Ateniéndonos a nuestro campo, hay que decir que la actitud poco irénica o antiecumenista de muchos católicos, que nada quieren saber de estas monsergas, es lo más

contrario al espíritu de la Iglesia y la prueba más palpable de su falta de verdadero espíritu católico, de su carencia de conciencia cristiana.

Es muy cómodo estarse a lo más seguro, esquivando la discusión y hurtando el cuerpo a la pelea, para no exponerse a perder nada ni correr riesgo alguno. La parábola de los talentos les viene a los tales de perlas. Sin riesgo de alguna clase no se ha ganado ninguna batalla. Hay evidentemente dentro de nuestro campo católico un tipo demasiado común de cristiano excesivamente individualista, cómodo y egoistón, para el que la piedad sólo sirve para andar por casa o en el que la vida piadosa anula todo esfuerzo que vaya más allá del propio yo, de la propia casa, de la propia parroquia.

En este tipo están figurados no sólo los tímidos y cobardes, sino también los fariseos, soberbios e hipócritas monopolizadores de la espiritualidad. Los que por no perder nada no ganan tampoco nada; y los que, idólatras de sí mismos, se recluyen en el sancta sanctorum *de su egoísmo y de sus prejuicios, lanzando anatemas contra todo lo que no es ellos mismos o no se sujeta a sus cuadros o módulos de pensar y de obrar.*

¿Quién no conoce al celante de la espiritualidad que rehuye todo contacto con el mundo y toda acción de apostolado por miedo a perder su espiritualidad o vida interior? De ahí a ver con recelo a quienes se preocupan por la salud de sus hermanos, trabajando ardorosamente por que Cristo triunfe dentro y fuera de nosotros, en la vida privada y en la vida pública, no va más que un paso.

Refiriéndonos concretamente al problema misionero de la unión de las Iglesias, hay que reconocer con el P. Consett, S. J., que la agria conducta de muchos católicos para con sus hermanos disidentes, la indiferencia o el menosprecio tienen un efecto deplorable para la causa unionista. También lo tiene esa falta de comprensión de que a veces dan muestras, fiándolo todo a la gracia de Dios, sin pensar que aquí entra en juego una gracia de cooperación. Incomprensión que afecta igualmente a quienes por falta de estudio o preparación histórico-teológica no saben comprender que una misma cosa y una misma aspiración puede sentirse y expresarse de muy distintas maneras, según la peculiar psicología o idiosincrasia de individuos o naciones.

Cuando los enemigos del nombre cristiano, a pesar de estar divididos en tantas cosas, establecen uniones o favorecen contactos a propósito para la acción anticristiana, los que creemos en Cristo hemos de unirnos todos o establecer contactos que nos lleven a la unión, pues, unidos, la acción cristiana resultará más auténticamente católica y su poder ofensivo defensivo de mayor eficacia y alcance.

Soloviev pedía dos cosas a todo cristiano para hacer mucho en favor de la unión de las Iglesias: que asegure y acreciente en sí mismo la unión con Cristo, y que sepa venerar en los demás la operación secreta del Espíritu Santo. Caridad y vida interior por un lado, iluminación y comprensión teológica por otro.

UN ENRIQUECIMIENTO EN EL QUE NO CABE PENSAR

Si partimos del supuesto (que para nosotros católicos no lo es, sino verdad dogmática incuestionable), de que la Iglesia de Roma es la verdadera Iglesia de Cristo, entonces menester es reconocer que no hay posibilidad de pensar en un enriquecimiento sustancial *de la misma, aun cuando se llegara a la integración en ella de todas las otras confesiones cristianas. Si así no fuera, la Iglesia católica no habría sido fiel a Cristo, por no haberse mantenido fiel al depósito de verdades reveladas. Tampoco podría concebirse como lo que efectivamente es: cuerpo místico de Cristo, encarnación social del mismo Cristo, perfecta como el mismo Cristo.*

Una instrucción del Santo Oficio reprueba expresamente el que se diga «que la Iglesia Católica, en las cosas dogmáticas, ya no tiene la plenitud de Cristo, sino que puede perfeccionarse con las aportaciones de los demás cristianos». Y añade: «Se podrá ciertamente decir a los disidentes que, volviendo a la Iglesia, no perderán nada del

bien que, por gracia de Dios, en ellos existe, sino que, con su vuelta, ese bien será completado y perfeccionado. Pero no se ha de hablar de este tema de forma que vayan a creer que traen a la Iglesia, con su retorno, algún elemento sustancial que hasta ahora la habría faltado. Estas cosas deben decirse clara y abiertamente, ya porque ellos buscan la verdad, ya porque no puede haber verdadera unión fuera de la verdad» [2].

Edificada sobre el fundamento de los Apóstoles, la Iglesia de Roma recibió de ellos todo cuanto de verdad posee el cristianismo, a fin de que todo el que lo desee pueda saciar en la Iglesia su sed de vida, según palabras de San Ireneo, en lucha contra los gnósticos de su tiempo, que pretendían superar con su ciencia la verdad cristiana. «La verdadera gnosis —añadía— es la doctrina de los Apóstoles, que llegó hasta nosotros íntegra y pura, sin mutilaciones ni añadiduras» (Rouet, núms. 213, 242).

Esa misma doctrina es la que hoy predica la Iglesia de Roma, y sería hacerla injuria pensar que la unión es necesaria para añadir algo al depósito que ella tiene confiado de los Apóstoles o enseñarla el camino de la fidelidad al mismo.

No puede haber más que una Iglesia de Cristo: una con unidad de fe, unidad de bautismo y unidad de régimen. Y esta unidad debe ser invisible y visible al mismo tiempo. Se trata de un cuerpo social orgánico, en el que el amor y el derecho, la caridad y la autoridad han de conjugarse para que la Iglesia una, santa y católica sea de verdad el cuerpo místico de Cristo, no en sentido puramente metafórico sino también en el de una fórmula metafísica que da unidad a la unión de los que son de Cristo. «La Iglesia —como escribió Soloviev— no es solamente la unión de los creyentes o congregación de cristianos, es ante todo la que reúne y congrega, *es decir, una forma esencial de unión, forma bajada de lo alto, que hace a los hombres participantes de la Divinidad»* [3].

Esta Iglesia una, santa y católica existe, desde que la fundó Cristo, a pesar de la desunión de los cristianos. Por eso la reunión de éstos no nos va a dar una Iglesia que aun no existe, sino sencillamente más conciencia de lo que tenemos que pensar y hacer para ser miembros de la única Iglesia de Cristo, con plenitud de pensamiento y acción, es decir, con más catolicidad efectiva o de hecho.

Doctrinal y constitucionalmente la Iglesia de Cristo es perfecta desde el primer momento de su fundación y recibe su unidad del mismo Cristo a quien encarna socialmente, del fundamento en quien estriba, Pedro, y de la fe y la caridad que la mantienen unida.

Los documentos oficiales de Roma nos hablan constantemente de la indefectibilidad de la Iglesia, de que la unidad de la fe es inseparable de la unidad de la Iglesia y de que ambas cosas descansan sobre el fundamento reconocido de la autoridad de Pedro y de sus sucesores los romanos pontífices. «Nec enim fieri umquam poterit, escribía Pío IX en la Carta Apostólica *dirigida a los orientales el 6 de enero de 1848, ut Unius Sanctae Catholicae et Apostolicae Ecclesiae comunione sint, qui divulsi esse voluerint a soliditate petrae, super quam Ecclesia ipsa divinitus aedificata est»* [4].

No menos claro es Pío XII en la encíclica Mystici Corporis, *en la que después de hacer notar que andan lejos de la verdad los que «se forjan la Iglesia de tal manera, que no pueda ni tocarse ni verse, siendo solamente un ser pneumático, como dicen, en el que muchas comunidades de cristianos, aunque separadas mutuamente en la fe, se junten, sin embargo, en un lazo invisible», añade que entre los miembros de la verdadera Iglesia de Cristo sólo pueden contarse los bautizados que profesan la verdadera fe y están sometidos a la autoridad del Vicario de Cristo. «Porque quitando esta Cabeza visible, y rom-*

---

[2] AAS, 42 (1950).
[3] *Fondements spirituels de la vie*, pág. 144.
[4] Cf. «Irenikon» 6 (1929), pág. 685.

piendo los vínculos sensibles de la unidad, oscurecen y deforman en Cuerpo Místico del Redentor de tal manera que los que andan en busca del puerto de salvación no pueden verlo ni encontrarlo» [5].

El concepto católico pues de la Iglesia y de su unidad contradice plenamente la pretensión o tendencia difusa en el movimiento ecuménico según la cual la unidad de la Iglesia estaría por hacer y debería resultar de la unión de las distintas confesiones cristianas.

Entre la afirmación romana que dice ser ella la única auténtica Iglesia de Cristo, y la afirmación antirromana que afirma que la Iglesia de Cristo una, *no existe hoy en ninguna parte como institución visible y orgánica, debiendo hacerse o cuando menos reconocer por tal al conjunto de las diferentes confesiones que creen en Cristo, hay una verdadera contradicción. Por eso es inadmisible para un católico el postulado ecuménico de una Iglesia que o no existe ya o no existe todavía. La dogmática católica acerca de la unidad de la Iglesia de Cristo y su permanencia histórica no puede enriquecerse desde este punto de vista con la aportación doctrinal de confesiones que, en vez de a perfeccionar, vendrían a destruir el depósito revelado.*

Cristo instituyó una vez para siempre su Iglesia, con unidad interna y visible; Iglesia una y única, *cuya permanencia está garantizada por el mismo Cristo que la quiso edificada sobre el fundamento de Pedro y vivificada por su gracia, verdadera savia del Cuerpo Místico, cuya cabeza es el mismo Cristo. Y como Cristo toma para sí un solo cuerpo mortal, así también al decir de León XIII, no tiene más que un solo cuerpo místico, una sola Iglesia, en la que sólo están los que reconocen la autoridad de Pedro y sus sucesores.*

COMO Y POR DONDE NOS BENEFICIARIA LA UNION

Esto no obstante, cabe, dentro de una mentalidad católica, una postura unionista de amplia comprensión y de sincera aceptación de ciertos valores, en boga entre los disidentes, con los que la Iglesia única de Cristo acreceria su esplendor y haría más efectiva su catolicidad.

Los católicos, decía el profesor Colombo, yerran cuando conciben la unión de los disidentes con la Iglesia «como un puro y simple retorno, *en el que éstos tendrían que abandonar todo lo que les distingue de nosotros, en lugar de concebirle como una ósmosis vital, en la que la Iglesia acoge y hace suyo cuanto de bueno pueden tener también esos hermanos y esas comunidades separadas»* [6].

Hemos de pensar que, al separarse de nosotros, no se quedaron sin ningún bien nuestro, sino más bien que se llevaron riquezas nuestras, con las que han podido negociar, y que, en la hipótesis de un retorno, podrían capitalizarse en beneficio de la unidad católica. Si no la Iglesia, son elementos de Iglesia —dice el P. Congar— en la medida en que han conservado más o menos las realidades sociológicas por las que Dios se recluta para sí la humanidad incorporada a su Cristo. Es posible, pues, pensar en una reintegración que no niegue los valores que están fuera de la Iglesia sino que los reconozca y los sume en beneficio de la Iglesia.

No olvidemos que las herejías nacen de la exageración de verdades parciales convertidas en verdad total o sistema. Esa exageración puede tener un lado bueno aprovechable para nosotros: el que deriva de la mayor atención prestada a un punto de vista que no se ve bien en una visión de conjunto.

Entre la verdad parcial exagerada por el error y la otra parte de verdad que se le opone y que el error no quiere ver puede darse tal interacción, que un exclusivismo traiga otro exclusivismo y la parcialidad de la visión esté no sólo de parte de los que exageran hasta caer en la herejía sino también de los que exageran sin salirse de la verdad católica.

---

[5] AAS. 35 (1943).
[6] Citado por B. MARINA, «*XII Semana Española de Teología*», Madrid, 1953, pág. 175.

«Contra el protestantismo y cuanto él representa de negación de los elementos visibles jerárquicos humanos, los apologetas, controversistas y teólogos (también éstos controversistas) marcan bien fuerte el acento sobre estos elementos visibles y jerárquicos de la Iglesia. Esto mismo les condujo a considerar y a desarrollar de una manera muchas veces preponderante el aspecto jurídico-social de la Iglesia. No hay pues que admirarse si los teólogos católicos convertidos en controversistas, hablaron de la organización de la Iglesia visible mucho más que del organismo del Cuerpo Místico, y si esta construcción "Ecclesia" —emprendida y proseguida en estado de sitio por constructores que empuñaban a la vez la espada, como los judíos del tiempo de Nehemías— resulta una fortaleza casi tanto como una Iglesia» [7].

La Iglesia católica es la verdad total, superior a las verdades o a los errores parciales. Esta catolicidad es de su esencia. Pero puede estar más o menos actualizada. Su actualización plena reclama la reunión de los valores dispersos, la plenitud de su posesión hecha especulación y vida, la integración en una unidad, a base de variedad, de las distintas experiencias cristianas que suponen un enriquecimiento efectivo del cuerpo social católico.

En los disidentes existen, no cabe dudar de ello, ciertos valores positivos auténticamente cristianos, de los que ellos, quizás, se valieron precisamente para justificar la disidencia, pero que no por haber sido exagerados, con mengua de la verdad y de la caridad, dejan por eso de ser buenos y el cultivo en manos de ellos logrado por nosotros aprovechable.

En consecuencia, como ha notado el P. Congar, «el punto de partida del movimiento de reunión, esto es, la situación de cristiandad dividida, es un estado de cosas, donde nuestros hermanos tienen indebidamente separados valores y realidades que destinados por naturaleza a desarrollarse en comunión con todos los otros valores o realidades, en la unidad de una plenitud, están en ellos aislados y, por ende, siempre incompletos, frecuentemente desviados y mutilados, precarios e imperfectos» [8].

Aunque la catolicidad sea consustancial a la Iglesia y por lo tanto no pueda haberse hecho mengua jamás en ella, la actualización de la catolicidad puede tener sus más y sus menos. «En efecto, lo que nuestros hermanos separados han sustraído a la Iglesia y realizado sin nosotros, falta a nuestra catolicidad explícita y visible. Cierto que por una comunicación viviente del todo secreta, lo que hay de puro y cristiano en los disidentes pertenece espiritualmente a la Iglesia. Mas las disidencias se han integrado en grupos espirituales y culturales en los que amplias y vivientes porciones de humanidad han encontrado su forma de cristianismo y se han expresado religiosamente, fuera de la Iglesia». Pues todas esas formas de auténtico cristianismo, características de colectividades étnicas y culturales, son integrables en la Iglesia Una y Santa [9].

«La catolicidad de la Iglesia no significa sólo que ella pertenece a todos los pueblos y que todos son llamados a formar parte de ella. Significa también que cada pueblo, en la Iglesia, aporta su cultura propia, su modo de pensar y de vivir, para recibir sus títulos de nobleza y su sentido sobrenatural en Cristo. En la doctrina pasa algo parecido a lo que pasa en la arquitectura.

No se trata sólo de aportar nuevos conceptos a la teología occidental, sino también una nueva manera de pensar y una nueva visión de la vida. Como la teología lleva hoy un sello europeo, puede tener otro oriental. Lo que ha facilitado la penetración del cristianismo en Occidente ha dificultado su penetración en Oriente.

El enriquecimiento para la Iglesia viene de lo no católico siempre y cuando se siga la norma de oro usada por Justino, Agustín y Tomás de Aquino, que se resume así: aun cuando otras religiones no puedan agregar nada a la doctrina de la Iglesia, los hombres religiosos no cristianos contribuyen mucho a la explicación y efloración de esa doctrina. Así Santo Tomás utiliza las ideas platónicas y aristotélicas, y de los dioses platónicos saca su doctrina sobre los ángeles. Lo mismo hizo San Agustín. En la explicación metafísica de las verdades cristianas Santo Tomás usa más del lenguaje de Aristóteles, Maimónides y Avicena que del lenguaje corriente en la teología cristiana anterior» [10].

---

[7] Y. Congar, *Chrétiens désunis*, pág. 39. Edit. du Cerf. Paris, 1937.

[8] Congar, *Chrétiens désunis*, pág. 312.

[9] Id, ibid.

[10] Cf. H. Van Straelen, *Problèmes cardinaux de la mission contemporaine*, en «Eglise Vivante» X, sept. oct. 1958.

De la unión de las Iglesias, la Iglesia una, santa y católica sacaría, en el aspecto dogmático, no un mayor caudal de verdades, sino una más amplia y vigorosa inteligencia y vivencia de esas mismas verdades. Una misma verdad se refracta diversamente según la diversidad mental que la interfiere, algo así como la luz se tornasola a tono con la pecularidad del ambiente o superficie en que se posa. Creyendo lo mismo, no sólo el sabio y el ignorante tienen diversidad de grados en la aprensión e inteligencia de su fe, sino también dos sabios pueden poner pluralidad de matices y de fuerzas en su incondicional adhesión a una misma verdad, en su esclarecimiento, diríamos mejor, partiendo del mismo presupuesto revelado.

Sin que la verdad católica, pues, deba pensarse como enriquecida sustancialmente en el caso de una eventual unión de todas las Iglesias, se la puede pensar como enriquecida de hecho, no objetiva sino sujetivamente, por las nuevas aportaciones psicológicas, históricas, individuales y sociales implicadas en una cristiandad unida. Hay factores humanos, con vigencia en la creencia y vivencia religiosa, que pueden estar más o menos en alza ora en unas ora en otras de las confesiones cristianas. La Iglesia una, santa y católica los acoplaría todos para su bien, asignándolos su cometido y dándoles la cabida y el puesto que deben tener en nuestra vida religiosa. Hay aspectos de la verdad cristiana que pueden estar más o menos estudiados y vitalizados, según la natural tendencia o mentalidad de las Iglesias locales. Y la Iglesia universal, la católica, se beneficiaría siempre de los particularismos susceptibles de una apropiación global bien jerarquizada.

Para ello no echemos en olvido el influjo preponderante que ejerce el medio ambiente en la formación no sólo de la personalidad sino también de la evolución doctrinal y moral. El aire que respira una comunidad, la secular tradición de las respectivas comunidades religiosas, su encuadramiento temporal y territorial, todo eso influye grandemente en el pensamiento y en la vida, y de todo ello pueden sacarse resultados felices para la integral comprensión y vivencia de la verdad cristiana.

El término de «confesiones» aplicado a las distintas Iglesias cristianas «recuerda, según ha notado G. Thils [11], *que la teología está profundamente arraigada en la vida de una comunidad, de una Iglesia, la que constituye para ella como un "medio" indispensable para su crecimiento y santidad. Y esto supuesto, cuando una confesión cristiana cree ser la verdadera Iglesia del Señor, no puede sino ser muy ventajoso a su teología el sacar de su "medio vital" las fuerzas directrices que asegurarán su evolución recta y segura.»*

No olvidemos tampoco que el cristianismo es un complejo de antinomias, complexio oppositorum, *en el que predomina la afirmación simultánea de dos verdades en apariencia contradictorias, pero que son conciliables de hecho. Y si es verdad, por una parte, que la acentuación excesiva de una u otra verdad puede llevar a exclusivismos peligrosos y aun heréticos, también lo es que la atención preferente a una de las dos verdades puede dar origen a una especialización favorable en última instancia a una labor de síntesis hecha con criterio y amplitud de miras. Dios uno y trino, Jesucristo hombre y Dios, el hombre cristiano, gracia y naturaleza, la Iglesia cosa espiritual y visible a la vez, todo lo más característicamente cristiano está constituído por una serie de afirmaciones con doble frente, cuya escisión y parcelación, lo mismo que puede originar exclusivismos heréticos puede engendrar análisis beneficiosos para la verdad o síntesis católica.*

En resumidas cuentas, las distintas Iglesias o confesiones cristianas no son otra cosa originariamente más que divergencias en la inteligencia y vivencia de la gran síntesis doctrinal y vital que nos fue ofrecida en Cristo. Según que se valoren o no debidamente los elementos que intervienen en esa síntesis tenemos la verdadera o falsa visión de la verdad cristiana. Con otra particularidad, muy digna de tenerse en cuenta en el problema de la unión de las Iglesias, la de que a menudo la divergencia religiosa dogmática es más hija del intento

---

[11] G. THILS, *Histoire doctrinale du Mouvement oecuménique*, Lovain, 1955, pág. 243.

humano de obtener una explicación racional del dato revelado que de la adhesión escueta a ese dato, más de la teología que de la fe. Charles Moeller en un interesante estudio aparecido en "Irenikon" acerca de la "Teología de la gracia y el ecumenismo" ha comprobado esta afirmación estudiando la trilogía: gracia increada, gracia creada, gracia extrínseca, estos vocablos que caracterizan el punto de vista respectivo de la ortodoxia, el catolicismo y la Reforma a propósito de la justificación y la santificación.

Allí hace anotar, después de un prolijo excurso histórico teológico sobre la problemática aludida, que la divergencia entre las confesiones cristianas se reduce enormemente a medida que la especulación teológica a base de las distintas filosofías se simplifica y acorta y nos atenemos a la expresión escritural e incluso conciliar del dato revelado. Hay un fondo de coincidencia aun allí donde la divergencia doctrinal aparece más en la superficie, que todos los cristianos debemos explotar en beneficio de la unidad que deseamos recomponer.

El acuerdo entre los cristianos —dice— parece perfecto mientras no se intente una formulación muy sistemática a base de filosofías de las relaciones entre Dios y sus criaturas, la actividad divina y la respuesta humana, en el caso de la gracia por ejemplo. «Por un parte, todas las confesiones admiten en el hombre una cierta transformación producida por la justificación; por otra, la vida cristiana consiguiente a esa transformación no va descrita de la misma manera; la Ortodoxia dirá que la transformación por la gracia permite llevar una vida divina; el católico hablará de una vida santa, mientras el protestante subrayará el combate contra el pecado y contra Satán. Respecto del encuentro mismo entre Dios y el hombre, en el proceso salvífico, se hablará de un "sinergismo" (Ortodoxia), de una "creación permanente" (protestantismo) o de una "Actuación creada por un acto increado" (catolicismo).

Estas tres formulaciones son aceptables; es útil incluso, para las Iglesias separadas, tener conciencia del clima propio de cada una de ellas. La Ortodoxia y el catolicismo dejan quizás a veces demasiado en la penumbra (sobre el plano del testimonio vivido del fiel ordinario) el papel del demonio; un promedio excesivo de católicos piensa que para salvarse lo que hay que hacer es obrar bien, lo cual ciertamente no es falso, pero se corre el riesgo de caer en un equívoco cuando uno se aferra a semejante formulación y ya no se habla expresamente de la gratuidad de la iniciativa divina» [12].

En el fondo de muchas de nuestras divergencias hay, repetimos, una convergencia intencional que debemos desenterrar y cultivar, desbrozando el dato revelado de la hojarasca de nuestras elucubraciones racionales. También hay una auténtica divergencia, pero motivada en gran parte por la peculiar antropología filosófica y religiosa. Quiérase o no, consciente o inconscientemente, el cristiano que reflexiona usa de categorías filosóficas. Ahí está, para lección, la eterna querella entre el platonismo y el aristotelismo en el seno de la inteligencia de la fe. Cada uno de estos sistemas es susceptible de una corrección por parte del otro. Correcciones que podrían llevarse a la sistematización respectiva de la teología de la gracia. En todo caso resulta comprobado que cada filosofía propende a extremar sus conclusiones, de ahí que los teólogos que la utilizan deban a cada paso ponerse en guardia contra este peligro corrigiéndose, apelando al sentido de la tradición cristiana.

Con vistas a la unión, los avances realizados en la penetración de la verdad cristiana siguiendo las directrices de una peculiar filosofía o en conformidad con la peculiar sensibilidad de las distintas confesiones, aunque parciales y exclusivistas de suyo, podrían muy bien integrarse en una síntesis doctrinal y práctica de mayor enjundia y comprensión católica.

DE CARA AL PROTESTANTISMO

El protestantismo —no lo olvidemos— tuvo un movimiento inicial reformista cargado de verdad católica, estuvo animado y alimentado en su alma origi-

[12] *Irenikon*, 1.º (1955), págs. 45 ss.

nal, al decir del P. Luis Bouyer [13], *de reivindicaciones y de valores católicos los más auténticos. El que muy luego se precipitara en negaciones y oposiciones incompatibles con el catolicismo y que le fijaron definitivamente en la herejía, no debe ahora hacernos desconocer los elementos positivos que tiene la Reforma. Esos elementos, aparte el clima espiritual que los dio vida, tienen un fondo dogmático aprovechable que podemos y debemos integrar en la vida y en la teología católica.*

Lo que importa ahora es que protestantes y católicos dejen a un lado la polémica, que recarga las sombras y oscurece la visión justa e imparcial de las distintas posiciones, y entren por el camino del diálogo y la comprensión mutua en una atmósfera de caridad cristiana.

La absoluta gratuidad de la salvación, la soberanía de Dios, la justificación por la fe, la autoridad de las Escrituras son afirmaciones fundamentales de los protestantes que tienen mucho valor positivo, si bien en el desarrollo o elaboración sistemática de esos principios revistieran luego un carácter negativo que devora su sustancia. Así, observa Bouyer, la afirmación "sola gratia" llega a identificarse con una teoría particular llamada de justificación extrinsecista: la "sola fide", con la negación de toda realidad salvífica fuera de la fe misma; la soberanía de Dios, con la imposibilidad absoluta de toda participación creada de la santidad divina en el alma; la soberana autoridad de la Escritura, con la recusación absoluta de todo valor asignado a la Tradición doctrinal, como explicitación del dato revelado.

Ahora bien, semejantes exclusivismos o radicalismos negadores no tienen ningún lazo necesario con la positiva afirmación de los principios. Ni éstos, ni siquiera la intención misma de los reformadores tiene la culpa principal en el cariz negativo y herético que a la postre tomaron. ¿Quién tiene la culpa? «La respuesta, para el historiador, no admite vacilación. Ni los Reformadores pudieron encontrar en la Escritura ese singular y desesperante universo, ni ellos mismos lo inventaron. Fue el universo filosófico, sencillamente, en el que habían sido formados y alimentados por la escolástica decadente», lo que originó la desviación, conduciendo por una sistematización teológica inadecuada a una herejía que no estaba necesariamente contenida en los principios.

El nominalismo filosófico imperante que dominaba en la Escuela y en el que el mismo Lutero había sido formado fue el que desvirtuó la sustancia católica de las afirmaciones susodichas, viciando la elaboración dogmática protestante de manera que resultase una herejía. «Si estos Reformadores se hicieron herejes, sin quererlo, la culpa no es del todo del radicalismo de su Reforma, sino de su insuficiencia, su timidez, su falta de perspicacia» [14].

La Reforma protestante por ejemplo acentuó en el tema de nuestra justificación el aspecto de donación y gratuidad, extremando las consecuencias para poner de relieve la acción salvadora de Dios por Cristo, con detrimento de una consideración apropiada de nuestra propia cooperación y de la ontológica transformación que el proceso de la justificación supone para nosotros.

Dejando a un lado extremismos y exclusivismos, la dogmática cristiana se beneficiaría y se beneficia incluso ya hoy de los estudios consagrados por el protestantismo a este aspecto del problema de la justificación. La herejía puede ser no sólo causa ocasional de muchos bienes para la verdad católica, sino también razón directa de aportaciones de indudable interés para esa misma verdad. Como el culto a la palabra escrita originó en el campo protestante una corriente de estudios bíblicos que los católicos hemos recogido, como beneficiosos para la consideración integral y profunda del sagrado texto, así la visión personalista de las relaciones entre Dios y las criaturas por la gracia de Jesucristo ha contribuido grandemente a que la moderna teología católica haya vuelto a dar al problema de la inhabitación la perspectiva que la tradición patrística griega había ya tomado, pero que a raíz de las disputas entre católicos y protestantes se había un poco oscurecido, por haber cargado excesivamente las tintas al centrar ese problema en la consideración de las relaciones entre gracia habitual y

---

[13] LOUIS BOUYER, *Du Protestantisme à l'Eglise*, (Coll. «Unam Sanctam», 27). Paris, 1954, Ed. du Cerf.

[14] LUIS BOUYER, obr. cit., pág. 166.

gracia actual o sencillamente de la justificación como participación de la santidad de Dios. Hoy —nota Moeller— a partir de los estudios de Petau y Scheeben, vige una consideración más completa del problema y la teología está más atenta al estudio de las relaciones entre gracia creada y gracia increada o inhabitación.

El protestantismo, comprendiendo bajo este nombre el sin fin de sectas que a partir de la Reforma se desgajaron de Roma, ganaría, con la vuelta a la unidad, algo fundamental que se echa de menos en él y que parece consustancial con la una, sancta, católica, *animada por la fe y la caridad de Cristo.*

Me refiero al sentido de la Iglesia como un bien espiritual común que debe mantenerse por encima de la experiencia personal de cada creyente y que da unidad de dirección y comunidad de destino lo mismo a los individuos que a los pueblos.

La Iglesia no es una idea puramente abstracta ni siquiera un consejo general de dirección para una masa amorfa o desintegrada. La Iglesia como cuerpo de Cristo, en sentido no puramente metafórico sino como fórmula metafísica de un contenido misterioso pero realísimo, es la humanidad reunida a la divinidad en Cristo, o vivificada por el Espíritu de Cristo, alma de esta Iglesia. No es un conjunto simple de partes separadas que viven su vida religiosa al modo protestante, es una forma orgánica que erige esas partes en cuerpo, dotándole de una fuerza viva cuya acción llega a todas las partes, que quedan sometidas a la unidad del todo. La vida religiosa de la humanidad cristiana —ha dicho muy bien Soloviev— exige, como toda vida, una forma determinada de conformación y de orientación, y esa es precisamente la Iglesia, que es para todos el cuerpo de Cristo. En este cuerpo vivo distinguimos la pluralidad de los individuos que lo componen, la forma organizante que los une en su solo todo y la acción del Espíritu Santo, que lo unifica y lo mueve todo según el sentido de Cristo.

Sobre los individuos, que pertenecen a la Iglesia pero que no son esa forma organizante y vivificante que da realidad al cuerpo de Cristo, pesa el deber de cooperar con su esfuerzo personal a llevar una vida a tono con los postulados de la fe y el espíritu divino que anima a la Iglesia. El protestantismo hace bien en favorecer la vivencia personal y consciente de la verdad cristiana en la conciencia de cada individuo, que hasta cierto punto debe autoredimirse permaneciendo fiel a la fe de Cristo. Pero se excede al favorecer el individualismo religioso con mengua del respeto debido al principio único que da el ser al cuerpo vivo de Cristo. La realización del reinado divino sobre la tierra ha de verificarse en la Iglesia, y para ello no basta contar con el esfuerzo personal, con la interpretación individual de las Escrituras, etc. Hay que buscar un punto de apoyo más seguro, porque el sentido de Cristo no está en un particularismo caprichoso y obstinado, nacido de la limitación de un ser limitado e imperfecto. Está en la Iglesia, como forma de ensamblamiento colectivo de todos en Cristo, al que está religada como Cristo lo está a Dios. El reinado de Dios debe ser realizado por caminos divinos y estos caminos los descubre la Iglesia, que guarda la verdad de Cristo en su fe y gobierna como quiere Cristo a través de la jerarquía. Por consiguiente, el hombre que quiere mantenerse fiel a la fe de Cristo debe poner sus ideas de acuerdo con la enseñanza dogmática de la Iglesia, que lleva el espíritu de Cristo, y mantener su puesto y cumplir con su misión respetando la organización jerárquica de la Iglesia, querida por el mismo Cristo.

Admirablemente ha condensado estas ideas Soloviev en una página de su libro Les fondements spirituels de la vie: *«Adhiriendo a la enseñanza de la Iglesia universal y de sus Concilios, recibimos una verdad que no depende en modo alguno de la inteligencia humana; reconociendo la autoridad divina de la jerarquía apostólica, no nos sometemos a una institución que está sujeta al arbitrio humano, nos sometemos a la justicia de Dios; y en fin, participando de los santos sacramentos, recibimos en nosotros la fuente de una vida nueva y perfecta, fuente no envenenada por nuestro cuerpo de pecado, semilla de incorruptibilidad. En resumen, por nuestra adhesión a la única Iglesia de Dios, reconstituímos y perfeccionamos nuestra existencia parcial y limitada, le damos como complemento la integralidad y la plenitud de la Divinidad, ensan-*

chamos nuestro espíritu limitado uniéndole al espíritu de Cristo, corregimos nuestra voluntad depravada por la voluntad justa de Cristo, y libramos nuestra naturaleza sensible, esclava del pecado, haciéndola el cuerpo espiritual de Cristo, que posee el dominio sobre toda carne. Nosotros nos santificamos por la santidad de la Iglesia, pero la Iglesia no se mancha con nuestros pecados, porque su santidad no viene de nosotros, sino de Dios por Cristo, y ella misma no está en nosotros, si bien compuesta de nosotros (lo mismo que nuestro cuerpo se compone de tejidos y fibras, manteniendo su carácter esencial no por ellos, sino en su composición orgánica en forma de un solo todo). La Iglesia no es sólo una reunión de hombres que creen, sino sobre todo es la que los reúne, *es decir, es una forma esencial de unión, forma venida de arriba, y que hace a los hombres participantes de la Divinidad»* [15].

Todas las cristiandades hacen de Cristo el objeto primordial de su profesión de fe. La fe es un conocimiento sobrenatural que nos pone en posesión de una realidad revelada por Dios mismo, cuya manifestación se inscribe en la historia por medio de la palabra articulada que nos declara los secretos consejos de Dios. Pero la revelación no consta de solas palabras sino también de hechos. La realidad revelada trasciende además toda concreta formulación humana que pretende expresarla.

La ciencia teológica trata de penetrar en la entraña de la revelación divina, declarando al modo humano el contenido de la misma y sacando todas las consecuencias posibles contenidas en la misteriosa realidad del dato revelado.

Las fuentes de la revelación son tres fundamentalmente: la Escritura, cuya declaración y alcance constituye el campo de la teología escriturística; la Tradición, representada por la Iglesia como comunidad viva que recibe la palabra de Dios, la transmite y la comenta, enriqueciendo quoad nos *el depósito revelado; y el Magisterio, que evita en la interpretación de la palabra escrita y en la transmisión del mensaje de generación en generación toda adulteración y toda desviación no consonante con la intención divina. El Magisterio resulta así la regla próxima de la fe. El fija autoritativamente las exigencias de la verdad dogmática.*

La teología de la Escritura, la teología de la Tradición, la teología del Magisterio, he ahí las tres disciplinas que nos dan el conocimiento científico del dato revelado.

Las tendencias separatistas de los protestantes y su falta de cohesión espiritual son poco a propósito para engendrar el sentido unitario que debe tener la comunidad cristiana animada por el verdadero espíritu de Cristo. La fe en Cristo como Dios y Salvador no se mantiene con independencia del misterio trinitario, como tampoco el genuino concepto de salvación desconociendo el carácter expiatorio y redentivo de la muerte de Cristo en la cruz. La Iglesia como cuerpo de Cristo y continuadora de su obra no se concibe sin la continuidad apostólica del sacerdocio cristiano. El protestantismo ha perdido esa continuidad, con ella ha perdido también la genuina noción de la Iglesia. «¿Cómo hallar ésta —se pregunta un escritor ortodoxo— en la diversas sectas protestantes? El mundo protestante debe saber que la Iglesia no es sólo una idea moral, sino una realidad ontológica: es la divino humanidad. Para que el protestantismo encuentre esa Iglesia, necesita religarse a las antiguas Iglesias apostólicas para que, gracias al sacerdocio y más precisamente al episcopado que está en él, pueda meter a la Iglesia en su vida...

Para que el Movimiento ecuménico cristiano revista transcendencia, es necesario que las confesiones que en él intervienen vuelvan a los dogmas fundamentales de la verdadera Iglesia, es decir, al Dios trinitario, la encarnación del Hijo de Dios, su cruz y su resurrección así como al dogma de la Iglesia una, santa, católica y apostólica tal como existe y vive con la presencia en ella del Espíritu Santo» [16].

---

[15] V. Soloviev, *Les fondements spiritueles de la vie*, pág. 144. Paris, 1948.

[16] Ireneo de Samos, *Prosélytisme et Mouvement chrétien oecuménique*, en E junio de 1958.

FRENTE A LOS ORTODOXOS

La unión de los ortodoxos contribuirá a dar a la Iglesia, aparte, claro está, un mayor número de miembros incorporados a la Una y santa *de Cristo, unos modos de ver y de pensar a tono con las características del alma oriental y la tradición peculiar de las iglesias de Grecia y países eslavos. ¿Qué duda cabe que en esas iglesias la espiritualidad cristiana reviste formas de pensar y de sentir cargadas de resonancias étnico-culturales que son efecto de la peculiar idiosincrasia de esos pueblos? ¿Y quién negará que la universalidad católica no pueda recibir tonos y matices de singular eficacia religiosa para la penetración y difusión de la única auténtica creencia cristiana?*

El eslavismo, lo mismo que el helenismo o el germanismo, es un elemento perfectamente asimilable por la verdad católica, cuya integración adecuada sería un poderoso instrumento de evangelización, al ofrecer la oportunidad de pulsar nuevas cuerdas de reflexión y de emoción religiosa. Esa expresión sacramental que tienen las icones bizantinas, por ejemplo, y en general el misticismo del arte religioso oriental, menos influenciado que el nuestro por reminiscencias paganas y atrevidas maneras modernistas; esa compenetración entre la fe y la liturgia; ese estatismo receloso y contrario a las audacias intelectuales y morales a que es tan propensa el alma occidental, todo eso, debidamente integrado y explotado, traería su benéfica influencia para la causa universal de la Iglesia de Cristo, que no es ni latina, ni griega, ni eslava, ni germana, sino sencillamente universal o católica.

Nosotros, católicos latinos, propendemos con facilidad a enjuiciar el tema de la unión con una mentalidad excesivamente cargada de autoritarismo y dogmatismo. Tenemos la cabeza llena de disquisiciones escolásticas; el peso del recuerdo de las Cruzadas, de las luchas de la Contra-Reforma, de nuestra misma jurisprudencia canónica tira de nosotros con tal fuerza y tan secretamente que, insensiblemente, nos vemos imposibilitados para tomar la exacta perspectiva a que es menester ver el problema de la unión, si queremos prepararle un camino expedito de solución.

Como ha notado el Archimandrita Kéramé [17], para una gran masa de católicos e incluso no pocos teólogos, el Oriente cristiano, por ejemplo, debido a ese peso histórico, teológico y jurídico aludido, viene a significar muy poquito para el enriquecimiento de nuestro propio cristianismo. Lo más que estimamos en el Oriente cristiano es su literatura patrística, como punto de referencia de nuestra teología positiva. Su religiosidad, su cultura, su liturgia significan poco más que una pura referencia arqueológica, son para nosotros sencillamente una de tantas manifestaciones de la catolicidad de la Iglesia, algo así como pueden serlo las culturas de China o de la India, llamadas a formar un día en el seno de la catolicidad. No caemos en la cuenta de que, cuando nos referimos a la Iglesia oriental, estamos en presencia de un cristianismo verdaderamente apostólico, como que de él salieron todos los demás, incluso el romano, y este hecho tiene una significación tan profunda que de su justa apreciación pueden derivarse muchos bienes para la causa de la unión de las Iglesias y la Iglesia una, santa y católica en primer lugar.

Una eventual unión facilitaría al teólogo, lo mismo que al misionero, una visión de conjunto, de esta grande y misteriosa realidad que llamamos Iglesia, más adecuada y completa, a la par que más apta para esclarecer el misterio de la vocación de todas las gentes a ella y del cómo podrían todos los pueblos sentarse a la mesa del Padre común, trayendo cada cual su tipismo, su mentalidad, su idiosincrasia. Hay filones de riqueza inexplorada en la Iglesia una y santa, cuya explotación parece estar reservada a mentalidades con otra sensibilidad histórica distinta de la latina. También esta afirmación, con sentido inverso, tiene validez aplicada a los orientales. Juntas ambas mentalidades, la contribución a favor de la Iglesia una y santa y católica sería mayor no sólo en cantidad, sino también en calidad.

---

17 ORESTE KÉRAMÉ, *Unionisme, Unitaisme, Arabisme.* Beyrouth. «Bulletin d'Orientations oecuméniques», 1957.

Tanto históricamente como teológica y jurídicamente, la síntesis de las dos mentalidades y de las dos sensibilidades originaria inmensos beneficios. No olvidemos que es un hecho histórico la conformación del alma occidental e incluso de los cuadros conceptuales, morales y jurídicos de la Iglesia romana a tono con la síntesis latino germana, verificada en los tiempos del sacro romano imperio. El imperio carolingio escindió dos culturas y preparó hasta cierto punto la división de las dos Iglesias. Otro hecho histórico es también la conformación del alma oriental y por ende de su Iglesia con arreglo a los cuadros heredados de la Roma imperial, trasplantada a Constantinopla, síntesis de Atenas, de Roma y de Cristo. Son dos Iglesias, dos cristiandades a las que la historia ha dotado de distinta sensibilidad frente a los problemas religiosos.

Esta diferencia de sensibilidad alcanza al terreno de la historia, de la moral y de la vida religiosa. Tenerlo presente es no sólo útil para allanar el camino de la unión sino también para conseguir un mayor rendimiento cristiano de la unión una vez realizada. «Una conversación entre las dos (Iglesias) con vistas a un acuerdo o contactos unificadores es imposible si no se tiene en cuenta esta doble sensibilidad, si no se llega a entrar los unos en la mentalidad de los otros. Y esta obligación corre más por cuenta de la Iglesia de Occidente, de la catolicidad romana, que de la Iglesia oriental u ortodoxia» [18].

Los soberanos Pontífices romanos han procurado, a partir sobre todo de Orientalium Dignitas *de León XIII, inculcar este deber a los católicos. Pero aun falta mucho que andar. Distamos mucho, lo notaba el P. Congar, de hacernos cargo de la mentalidad oriental en los problemas eclesiológicos y eclesiásticos. Queremos llevar allí nuestros módulos y nuestros cuadros de pensar y de vivir. Y esto puede ser un tropiezo para la unión. Queremos ir en plan de conquista. Aquella mentalidad medieval de la época carolingia, de la época de las Cruzadas, de la imposición del estilo romano-germano con pujos de absolutismo político y religioso en nuestros afanes proselitistas no ha desaparecido por completo y, sin quererlo, nos comportamos de manera nada a propósito para conseguir los fines que pretendemos. Sobre la sustancia cristiana damos prevalencia a una circunstancia que envenena nuestras buenas relaciones. Nos sentimos a menudo más occidentales que cristianos, lo mismo que les pasa a ellos con su orientalismo, por eso la unión resulta tan problemática.*

Y ya es lastimoso comprobar lo difícil que resulta para el apóstol de la unión este hacerse cargo de la mentalidad oriental y ponerse en su lugar, para no herirle con dogmatismos exagerados ni pretensiones dominadoras, que más que católicas diríamos occidentales e hijas de un pasado histórico que debe olvidarse. Que esta dificultad surja cuando se trata de penetrar en mentalidades no cristianas parece normal y lógico. Pero que se haga sentir tanto con relación al oriente cristiano, ya es más chocante. Parece mentira que siendo Roma la que recapitula como madre y maestra de toda la Iglesia, tenga que esforzarse para comprender el modo de ser y de sentir a esas otras Iglesias que son en resumidas cuentas las primeras que nacieron de Cristo y de sus Apóstoles, a saber las de Oriente.

Sin embargo es este un hecho con el que hay que contar. Pero cuyo examen y comprobación en vez de dañar debe beneficiar a la causa de la unión. Por mucho que estén atentos —nota Kéramé— cuando los latinos se ocupan de Oriente, deseando respetar sus ritos, su disciplina, el conjunto de sus tradiciones, toman un punto de vista que no coincide nunca con el oriental. Lo que para los orientales equivale a una fraternización, es para los latinos una sumisión. Roma reconoce, por ejemplo, dos cristiandades y para ambas ha hecho una codificación distinta de leyes. Pero la noción de derecho no la entienden del mismo modo Roma y el Oriente. Las estructuras jurídicas de Oriente y Occidente no coinciden. Y a pesar de la buena voluntad romana expresada en estas palabras de la Orientales omnes: *«Nos o nuestros sucesores no os apartarán en absoluto de vuestro Derecho, de vuestros privilegios patriarcales, de los ritos y costumbres de cada Iglesia», todavía es cierto que la legislación latina para la Iglesia oriental no es propiamente un código oriental sino un código latino adaptado al oriente cristiano; es decir que es la propia sensibilidad jurídica de occidente la que predomina en la codificación oriental.*

---

[18] Obr. cit., págs. 12-13.

Quizás Kéramé acentúa excesivamente la discrepancias o deficiencias mentales o sensitivas de las dos Iglesias. Pero al hacerlo nos da la comprobación de algo que nosotros hemos de tener muy en cuenta en nuestros esfuerzos para la unión. Recordemos que apenas hay error que no lleve involucrada su parte de verdad. Y esta partecita de verdad es la que nosotros debemos recoger.

Debemos ponernos en guardia contra todo despotismo teológico o jurídico cuando tratamos de llegar a la unión y contra todo intento de meterlos a ellos en nuestros cuadros de pensar y de sentir. No es eso necesario para ponernos todos en la Iglesia una, santa y católica. Y en cambio respetar las diferencias dentro de una fundamental coincidencia, lejos de empobrecer la unión la enriquecerá.

Por ejemplo ¿no podría resultar beneficioso para una más exacta comprensión de lo que es la vida religiosa dentro de la Iglesia y de las relaciones entre ambos cleros, el regular y el secular, tener en cuenta la categoría oriental del monaquismo, que no responde a la categoría latina del "religiosus", porque en Oriente tuvo desde la primera hora la vida monacal una primacía que no la otorgó Occidente dentro de la organización eclesiástica?

Allí, observa Kéramé, el monaquismo está en la base de toda la organización eclesiástica. La prueba la tenemos en el hecho de que los obispos no son escogidos sino entre los monjes, y si un candidato al episcopado no es todavía monje, se le hace emitir la profesión religiosa antes de ser consagrado. Otra prueba es también el hecho de que toda la vida litúrgica bizantina va regulada por la legislación monástica. Y prueba de lo mismo es igualmente la comprobación de que la espiritualidad oriental es una espiritualidad de tipo monacal. De forma que el monaquismo ha sido verdaderamente en Oriente la clave de bóveda de toda la organización de la Iglesia. Desposeerle jurídicamente de este puesto, es trastocar las concepciones canónicas del Oriente, imponiéndole un módulo latino que no se debe decir identificado con el modo auténticamente cristiano.

Lo que sucede con el monaquismo acontece también con otros temas. El punto de vista oriental podría acarrear beneficios a la causa propiamente católica. Así, en el terreno teológico, la teología católica se enriquecería vista en la perspectiva de dos teologías diferentes para la comprensión de una misma verdad cristiana: la oriental y la latina. Cuando el Concilio de Florencia, griegos y latinos tenían ambos sus respectivas teologías, concordando en la profesión fundamental de unos mismos dogmas. Hoy, el modo de pensar latino o escolástico avasalla con exceso a la llamada teología oriental o que se escribe para orientales. Las estructuras mentales son latinas. ¿Porqué una mentalidad auténticamente oriental no podría darnos una perspectiva teológica no coincidente en todo con la escolástica, pero sí con la verdad católica y apta por lo tanto para ganar nuevos adeptos a la causa de Cristo?

Observaciones parecidas podrían hacerse sobre otros aspectos de la verdad cristiana y de la vida de la Iglesia, que, vistos desde el punto de vista ya griego, ya latino, motivarían un más halagüeño panorama de la verdad y de la vida católica. Nos referimos v. gr., a la espiritualidad característica de Oriente y a su manera de simbiotizar liturgia y dogma, culto y religión.

Y no olvidemos nunca que con frecuencia es tan necesaria la psicología como la teología para hacer labor de apostolado. En esta cuestión de la unión de las Iglesias acaso más que en ninguna otra. Psicología que hemos de estudiar no sólo a través de las almas sino también a través de la historia.

¿Pero quién mejor que los mismos orientales hechos católicos o reducidos a unidad católica con nosotros podría servirnos de auxiliar y de guía en este sentido? Un hecho: del 6 al 11 de febrero del pasado año la iglesia melquita se reunía en sínodo extraordinario en el Cairo. En él, el auxiliar del patriarca Maximos IV Saig, Pedro Medawar puso algunos reparos a la codificación reciente para las Iglesias orientales. Reparos justificados psicológica e históricamente, y por tanto dignos de tenerse en cuenta por parte nuestra si queremos favorecer la unión.

Indicaba por ejemplo el susodicho prelado que en la aludida codificación aquella regla sentada por León XIII en la "Orientalium dignitas", según la cual los cristianos

orientales deberían mantenerse en su rito si entraban en la Iglesia católica, haya venido a ser abrogada hasta cierto punto, al dictarse que el acatólico oriental que se hace católico puede escoger el rito que quiera. Y aun más al disponer que esta libertad de elección se refiere únicamente a los bautizados acatólicos de rito oriental que quieren ser católicos. Por donde los protestantes, que no son de rito oriental, quedarían sin libertad de escoger entre los distintos ritos. Al hacerse católicos, deberían adoptar el rito latino. ¿No es esto sentar —dice— un principio de desigualdad de ritos intolerable?

Aunque la cosa no parece tener trascendencia la tiene y grande para la causa de la unión de las Iglesias. Basta tener para ello en cuenta la psicología peculiar de los orientales. Por eso juzgó oportuno el referido arzobispo, como oriental y católico, elevar su queja a Roma. Y hacía saber a continuación que Roma había tenido en cuenta esa queja, explicando que la nueva regla había sido inserta a petición de los obispos de América, pero que no debía ser aplicada en Oriente, para el que vale la de la "Orientalium dignitas". Aun así, hacía votos por que también en América los derechos del rito oriental quedaran equiparados a los del latino, abrogando toda discriminación ritual.

Otro hecho apto para una oportuna meditación con vistas a la unión es el relacionado con la posición o sitio correspondiente a la jerarquía oriental en el caso de una eventual unión de todas las Iglesias cristianas. También con respecto a éste la peculiar psicología de los orientales nos ayudaría a matizar nuestras perspectivas teológicas o jurídicas, preparando primero el camino de la unión y luego la estabilidad de la misma. La pretensión de los patriarcas orientales, hechos católicos, queriendo ocupar el primer puesto inmediatamente después del Sumo Pontífice, quizás para nosotros resulte una cuestión algo bizantina, en la que juega la superbia grecorum *y esa pequeñez de espíritu que se agita por una cuestión de preeminencia. Pero quizás tienen razón ellos cuando afirman que no es ese el motivo que les impele a defender esa prelacía o preeminencia, sino el peso de su historia y de su tradición, en consonancia con las cuales se ha modelado ya el alma oriental, cuya psicología no nos es lícito desconocer. Estos venerables representantes del cristianismo primitivo, cabezas de las Iglesias Madres de la cristiandad, los primeros en llevar el nombre de cristianos y de católicos, que existieron antes de que el cardenalato y los legados apostólicos tuvieran carta jurídica, es muy natural que se resientan (lo dicen ellos mismos por boca de la iglesia melquita) cuando se ven relegados no sólo por bajo de los 70 cardenales romanos, sino también de los legados apostólicos y a veces de los simples obispos de rito latino. Por eso, adoptar sus puntos de vista seria muy útil para sentar las bases de una duradera unión.*

La ortodoxia oriental posee indudablemente una gran riqueza litúrgica. A juicio del profesor del Instituto ortodoxo de San Sergio de París, L. Zander[19]*, el elemento más valioso y que más serviría para enriquecer al alma de Occidente es precisamente el de su culto o liturgia. La Iglesia ortodoxa está como identificada con su culto. Este se afirma como pleno florecimiento de su fe y de su piedad, no puede separarse de ella, y es como la atmósfera que respira su fe. Como el ortodoxo cree en la verdad exclusiva de su Iglesia, así propende a considerar su culto como el solo culto auténtico.*

La liturgia oriental ofrece desde los primeros siglos una impregnación de fe tal que bien puede decirse que las fórmulas trinitarias de Nicea y de Constantinopla, lo mismo que las cristológicas de Efeso y de Calcedonia, han quedado troqueladas y como estereotipadas en su culto. Por eso opina Zander que un trabajo a fondo sobre los occidentales para penetrar en el secreto de la liturgia ortodoxa, les haría ver que «el culto ortodoxo puede levantar su espíritu sobre las alturas de la más inspirada plegaria y que la alegría, y la emoción que experimentan en nuestras iglesias no es comparable con ninguna otra cosa».

La icone debe considerarse también «como la realización la más perfecta de la piedad ortodoxa», según la expresión de P. Florowskij. Y este logro del arte oriental pudiera servir de pauta a las inquietudes artísticas de los occidentales, cuyo arte religioso hoy incurre en tantos modernismos inquietantes.

---

[19] L. Zander, *L'Ortodoxie Occidentale.* Paris, 1958.

La teología de la Iglesia ganaría en plenitud de comprensión con la aportación conceptual que el estudio de la fe ha tenido en la vertiente oriental. La simple vuelta al estudio de las Fuentes ha servido modernamente a la teología católica para refrescar su savia y darle profundidad de visión, pues como ha notado el P. Chenú, ese retorno a las obras y al genio de los Padres ha purificado la atmósfera y ha vigorizado en la investigación teológica el sentido del misterio. El carácter estático *que matiza la concepción latina de la teología se beneficia de la concepción* dinámica, *característica de la teología oriental. Lo aristotélico y lo platónico se complementan y perfeccionan conjugándose en unidad de acción y de intención.*

Esto que Amor Ruibal hace notar con tanta gallardía de pensamiento en su obra "Los problemas fundamentales de la filosofía y del dogma", lo han comprobado positiva y prácticamente otros autores más recientes. El citado P. Chenu destaca en su libro: "La Thèologie est-elle une science?" la importancia de la visión unitaria y dinámica de los orientales, que reduce a segundo plano, junto con el dualismo de la naturaleza y de la gracia, la división de una teología en dos piezas, en la que la divinización se superpone a una naturaleza previamente dada. Y comprueba que es penosa la impresión que dan algunos teólogos católicos reaccionando ofendidos contra la invasión del modo oriental en la especulación latina, porque "el optimismo cósmico y cristológico (de los orientales) hiere la mentalidad occidental, presidida por la concepción agustiniana del universo y del hombre pecador" [20].

La unión de ambas Iglesias limaría asperezas y facilitaría una labor de conjunto para llegar a una síntesis teológica en que los llamados modo griego y latino se conjugarían en unidad vital y armónica.

La unión metería a la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica en una inserción más global, localizada y autenticada con el suelo de las primitivas cristiandades, que está precisamente, por lo menos geográfica e históricamente, en el campo de la ortodoxia. La primera encarnación social cristiana se verificó en la Iglesia griega. «Cuando se habla de la Ortodoxia y sobre todo de la Ortodoxia griega, no tenemos en vista únicamente —ha notado un ortodoxo ruso— los concilios ecuménicos y los Padres de la Iglesia sino también Corinto y Filipo, Efeso y Patmos. En estos nombres sagrados, Grecia toca inmediatamente al cristianismo primitivo, del que deriva. Esta autenticidad de la Ortodoxia se la siente por todas partes: en la lengua, que ha recogido el sentido viviente inmediato de las palabras que, en otras lenguas han recibido una significación sagrada especial; en las costumbres, que en otros pueblos se han hecho privativas del clero, pero entre los griegos son de uso general, como por ejemplo, la incensación de las capillas y casas por las mujeres» [21].

Cuando en Atenas —sigue diciendo el mismo escritor— en las vísperas de los Apóstoles se leen en el Areópago las cartas de San Pablo, todo le lleva a uno a respirar una atmósfera de autenticidad que impresiona: las palabras pronunciadas en la misma lengua del Apóstol, en el mismo sitio, a las mismas gentes. Hay indudablemente una mayor autenticidad de formas, cuya influencia sería beneficiosa.

Nos daría también la unión un mayor sentido de la vida religiosa en dependencia de la liturgia. No cabe duda que entre los griegos hay mucho ritualismo, mucho exterior y superficial, pero hay también una fe real y profunda, una devoción sentida, que se echa de ver en la manera de tomar parte en los oficios religiosos, en su modo de cantar, en su modo de sentir la unión entre la Iglesia y el Estado.

Hasta el pensamiento ortodoxo griego nos ofrecería ocasión de frenar un poco nuestros impulsos teológicos, a menudo excesivamente filosóficos o racionalistas, atándolos algo más a la tradición y al dato escueto de la fe que no a nuestras estructuras mentales sobrecargadas de dinamismo humano.

---

[20] Pgs. 101 ss.

[21] L. ZANDER, *Ortodoxie occidental*, en «Versnik», Paris, 1957, n. 46.

El cristianismo oriental no conoce las inquietudes y el criticismo que han calado tan profundamente en el de Occidente, puesto en contacto con las filosofías modernas. La ortodoxia griega vive prácticamente del convencimiento de que en materia religiosa la doctrina de la fe y la concepción del mundo ha obtenido su elaboración perfecta y su formulación definitiva en los Padres y en los Concilios. Intelectualmente la teología ortodoxa carece de movilidad y dinamismo que reviste la teología occidental. Me refiero a la teología que se historía desde el hecho de la separación de las dos cristiandades. No es que la fe en ellos carezca de vida, ni que sea el suyo un cristianismo petrificado, como quería Harnack. Es que la viven sin la inquietud espiritual propia del Occidente, intensificando el lado práctico vital de la verdad religiosa con preferencia al conceptual o sistemático.

Como hubo un Renacimiento literario y hasta filosófico verificado al contacto de los emigrados griegos por Italia y Europa a raíz de la caída de Constantinopla en poder de los turcos, así puede haber y hasta cierto punto ha comenzado a verificarse ya otro renacimiento más hondo, de carácter religioso, motivado por la inmigración occidental de los ortodoxos bajo la presión moscovita.

Esta inmigración ha posibilitado un conocimiento de cristianos que han sabido guardar nuestra misma fe en un ambiente cultural diverso, propio de la Iglesia oriental.. «Este Oriente, hecho ahora vecino nuestro, nos ha revelado su vitalidad bajo el nombre de "Ortodoxia". Ya no se nos presenta únicamente como una confesión religiosa separada de la nuestra y en oposición con ella, sino sobre todo como el fenómeno espiritual de una evolución cristiana fundada sobre otra cultura, esa cultura que hundía sus raíces en el helenismo, saturado además de todos los valores religiosos del alma eslava cristianizada. Sin pensar, como católicos, que la Ortodoxia venga a ser como "la forma" por excelencia de la vida de la Iglesia, sino sencillamente una de sus formas —interesante, a no dudarlo— entre otras, pasadas y presentes; reconocemos con gusto en la liturgia ortodoxa, por ejemplo, la fe de los primeros siglos mejor expresada que en la nuestra; nos agrada la profundidad de expresión y hasta la sacramentalidad de las icones bizantinas, aun cuando nos resulte dificultoso penetrar en su secreto; nos gusta apreciar la vitalidad de su arte, que no ha sufrido la influencia pagana del Renacimiento, siquiera una cierta decadencia del último período se ha hecho sentir en él bajo la influencia de Occidente, ni la del laicismo de la época moderna. Nosotros descubrimos en la compenetración de su doctrina y de su oración, lo mismo que en su monaquismo, lo que nuestros padres conocieron ya en la edad media. Si no renegamos en absoluto de todo lo que ha venido después y ha dado un nuevo impulso de investigación a las ciencias eclesiásticas, al apostolado, a la defensa de la fe y a nuevos métodos de vida espiritual, no por eso dejamos tampoco de reconocer de buena gana que a la par de ese movimiento, muchos elementos de la vida de la Iglesia han quedado entre nosotros cerebralizados, hipertrofiados y a menudo excesivamente individualizados. De ahí una especie de enclaustramiento en los diversos dominios de la piedad y el apostolado. Se ha perdido esa homogeneidad, cuya imagen creemos descubrir en la Ortodoxia contemporánea, lo que no deja de impresionarnos y de despertar nuestra simpatía.

Por lo demás —y esto es necesario que los ortodoxos lo comprendan bien— no es por su carácter de confesión particular por lo que la Ortodoxia nos atrae. Desde este punto de vista no nos atrae. Lo que nos agrada en ella, lo hemos indicado ya, es la conservación más próxima a las fuentes de muchos elementos de vida cristiana; pero hay también muchos otros aspectos, de los que no hablamos siempre, que nos gustan menos, como son su oscurantismo a menudo pamfletario, las dificultades de una entente entre las jerarquías, etc.» [22].

El cristianismo primitivo no puede en manera alguna identificarse con el helenismo. Por encima de los padres y escritores griegos están las Escrituras, las verdaderas fuentes de la fe y la piedad cristiana. Pero es indudable que la doctrina y la moral misma de Cristo o sea el Evangelio, recibió de madrugada una helenización, cuyo estudio y conocimiento a fondo prueban los hechos de estos últimos años que resulta del más subido interés cultural y religioso.

La Iglesia ortodoxa no puede pretender que por el mero hecho de haber sido los Padres griegos los que con una conceptuación helénica dieron al cristianismo "una categoría eterna de existencia", según frase de Florowskij, ya monopoliza todo el auténtico credo cristiano y el auténtico modo de compor-

---

[22] D. O. ROUSSEAU, *L'Orthodoxie occidentale*, en «Irenikon», 3.º, 1958, págs. 325-326.

tarse cristianamente frente a la vida. Pero nosotros debemos de reconocer que a través de la Iglesia ortodoxa discurre una corriente de pensar y sentir cristiano que, por nacer tan directamente de la primera puesta en contacto del Evangelio con la filosofía y con la vida, y por venir tan celosamente custodiada y salvaguardada por el cauce estático de la ortodoxia, puede desempeñar un papel de capitalísima importancia en un eventual triunfo de la unidad sobre la división y en el empeño consiguiente por su plena expansión al dinamismo de la verdad cristiana. El estudio de las fuentes pone al católico en contacto con la ortodoxia. Pero también la ortodoxia se beneficia de este contacto católico.

Así lo reconocen algunos de entre ellos con M. Cirilo Eltchaninoff que ha escrito: «Numerosos son los ortodoxos para los que este movimiento de vuelta a las Fuentes en el seno de la Iglesia católica ha permitido volver a descubrir lo que la Iglesia ortodoxa posee ya y que está como una riqueza inexplorada e inexplotada. Los teólogos católicos nos han abierto los ojos en muchos casos sobre nuestras propias riquezas; toca a nosotros descubrirlas y vivir de ellas» [23].

Para nosotros los católicos el mundo ortodoxo reducido a unidad eclesiástica en nuestra compañía, sería una hermosa contribución al estudio conjunto de las fuentes cristianas y un estímulo a la búsqueda de riquezas culturales y cultuales que la Iglesia de Oriente acumuló en la primera hora cristiana.

Juntos ellos y nosotros, penetraríamos mejor en el inagotable secreto de la verdad cristiana y aprenderíamos lo mucho que la fe y la piedad se benefician de la uniformidad cultual y de la experiencia religiosa a base de interación entre liturgia y dogma, pero también sabríamos realizar mejor el ideal católico, la Una, Sancta *de los primeros siglos cristianos, en los que la Iglesia universal, la* Catholica, *se inseria dentro de la reconocida existencia de iglesias particulares o locales. La diversidad de culturas y de ritos no era óbice para la convivencia pacífica en la posesión de una misma verdad cristiana que era armónica conjunción de pensares y sentires distintos pero no contrarios ni divididos.*

VERTIENTE MISIONERA

Pero ha sido, es y será en el terreno misional, donde los frutos de la unión, presentida o realizada, se nos ofrecen con más dorada ilusión. Por lo pronto es un hecho comprobado el de que la experiencia misional empuja hacia la unión. Lo que es prueba de que la desunión daña a la acción misionera y la unión la beneficia.

El profesor Ranson, perteneciente a la Iglesia metodista de Irlanda y secretario del Consejo misionero internacional, hacía notar en su discurso de recepción como doctor honoris causa *de la Universidad protestante de Kiel que, para los protestantes, los primeros contactos misionales verificados en la India del Sur habían sido una iluminación y una sacudida de su conciencia cristiana. Muchas cosas —decía— han cambiado para nosotros desde entonces. «El hecho más significativo en la historia contemporánea del cristianismo no romano es el descubrimiento de la idea de la Iglesia como comunidad ecuménica. Para comprender el alcance de este descubrimiento, hay que recordar que la Reforma protestante, con todas sus implicaciones sociales y políticas, oscureció durante cierto tiempo el carácter ecuménico de la Iglesia». A raíz del hundimiento del orden medieval, hasta la idea misma de misiones se nos esfumó. Mientras Francisco Javier se consumía en Asia en un trabajo agotador, los teólogos protestantes consumían el tiempo en demostrar que el mandato de la evangelización había sido dado únicamente a los Apóstoles. Y esta mentalidad prevalecería en el protestantismo durante más de dos siglos. Fueron las misiones las que restablecieron, en el seno del protestantismo, la concepción de la catolicidad de la Iglesia.*

---

[23] *Syndesmos*, printemps 1955, págs. 1-2.

Desgraciadamente las Iglesias nacidas al calor de la acción misionera llevan los estigmas de nuestra división cristiana. Y este hecho crea una tensión teológico-práctica en nuestra conciencia ecuménica. Tenemos que reflexionar sobre la naturaleza y vocación de la Iglesia. Junto a problemas prácticos originados por el circunstancial histórico, hay otros teológicos que reclaman una solución.

La historia de las misiones nos pone esta cuestión: ¿Cuál es exactamente la relación entre la Iglesia y las misiones? ¿Forma la actividad misionera parte del «esse» de la Iglesia? La Iglesia una por una parte y por otra la diversidad de iglesias locales exige también que demos una aclaración de la naturaleza de la unidad que Cristo quiere para su Iglesia y de cómo la Iglesia una ha de penetrar en las más diferentes culturas y adaptarse a las distintas épocas y localidades sin dejar de ser la misma y única Iglesia de Cristo [24].

También el profesor Nicolás Zernov, comunicando sus impresiones acerca de las experiencias misionales, escribía en The International Review of Mission *que la multiplicidad de denominaciones cristianas era fatal para la acción misionera. Un cristianismo dividido no puede cumplir su misión en medio de gentes que toman conciencia de su carácter nacional y no conocen a Cristo. Sólo los esfuerzos combinados de los cristianos pertenecientes a las tradiciones orientales y occidentales de la Iglesia pueden crear una conciencia auténticamente cristiana, no cismática, en comunidades autóctonas* [25].

Para las misiones, el bien que se seguiría de la unión de todas las Iglesias cristianas sería incalculable. Desaparecería el antagonismo de los que se combaten combatiendo por y en nombre de Cristo y la unificación de esfuerzos de los combatientes marchando de frente hacia el enemigo que no conoce a Cristo, posibilitaría la acción misional al quedar neutralizada la resistencia y lastre de nuestra división intestina.

Hecha la unión, el proselitismo cedería el paso a una verdadera campaña cristiana de evangelización del mundo pagano y no se daría el espectáculo lastimoso de los que desplazan a Cristo en nombre de Cristo, llevando sus querellas al campo de batalla donde se juega la suerte de la salvación del mundo, condicionada al conocimiento de Cristo.

¡Qué penosa resulta para un cristiano animado de verdadero celo apostólico y misionero la lectura de documentos como el que la Federación Luterana Mundial daba a luz en 1955 con motivo de una Conferencia luterana panafricana. En él se ponía en guardia a los protestantes contra la Iglesia Católica que desarrolla una vasta campaña para ganar el Africa para Roma; se les pedía una respuesta a la herejía que la Iglesia de Roma esparce hoy por Africa y que tuvieran conciencia bien formada sobre esa herejía, diciendo textualmente: «Hay que insistir en la importancia del testimonio personal en las palabras y en la vida cotidiana, y estar prontos a llevar la Cruz, haciendo así resaltar el contraste entre el cristianismo evangélico y la manera católica de vivir y de adorar que se extiende por Africa» [26].

Creemos sinceramente que esta viva conciencia misionera despertada en las Iglesias separadas de Roma a la luz de las conferencias y deliberaciones ecumenistas es un bien para la causa cristiana en general y hasta para la causa católica, siempre y cuando nosotros sepamos con cordura y caridad apreciar en su justo valor sus deseos de unidad y su empeño evangelizador. Aguzar excesivamente las aristas doctrinales y prácticas que nos ponen en contradición con los llamados disidentes, reaccionando antipáticamente contra sus movimientos hacia la unificación y su manifiesta expansión proselitista o misional, puede fácilmente degenerar a la corta o a la larga en daño no sólo de la causa de la unión sino también de la cristianización del mundo y de su misma catolización.

Lo que procede es disminuir en lo posible la táctica de hostilidad, acumulando refuerzos que destruyan la desunión y ayuden a conseguir la finalidad que a todos interesa, a saber: el fiet unum ovile et unus Pastor, *sabiendo que ese es el deseo y el designio de Cristo, a quienes unos y otros confesamos y cuya gloria queremos pro-*

---

[24] *The Christian World Mission in the perspective of Hitory*, págs. 318-389 en «The International Review of Missions», oct. 1954.

[25] *Christianity in India and the Eastern Orthodox Church*, Ib. págs. 390-396.

[26] Cf. SOEPI, 16 dec. 1955.

mover. Aquí viene bien lo de que más moscas se cazan con miel que con hiel. La fidelidad a nuestros principios y la confianza en nuestra propia causa es compatible con esta sana compresión y esta simpatía que postulamos para el movimiento ecuménico en su doble aspecto: unionista y misionero.

Hay hechos que se prestan fácilmente a la irrilación por parte nuestra. Tal es el del proselitismo protestante en paises oficialmente católicos, pero demasiado abandonados religiosamenle. Aludimos a la América del Sur. Pero no hay que dejarse arrebatar de un celo indiscreto, que podría dañarnos a todos.

El hecho de la irrupción del protestantismo en Iberoamérica tiene su lado feo e inquietante para un católico. No vamos a negarlo. Da rabia pensar que el proselitismo va a ejercerse entre gentes que ya creen en Cristo, a las que se pretende apartar del catolicismo, llevando a sus mentes la equivocación y a sus conciencias la duda o la desconfianza. Ellos que creen en Cristo y lo fian casi todo a la fe, la gracia y la Escritura, sin cuidarse mucho de imponer una autoridad jurisdicional que asegure el buen ejercicio de la profesión cristiana parece que no deberían preocuparse tanto por que fueran tras ellos y se sujetaran al módulo protestante paises que ya creen en Cristo aunque crean a la manera católica.

Sin embargo tenemos que comprender que esta situación es prácticamente inevitable, por razones que están de nuestra parte y de la de ellos. De nuestra parte, en cuanto que la escasez del clero católico hace que grandes masas en esas naciones oficialmente católicas y que de hecho vivieron intensa vida cristiana en otros tiempos, estén actualmente muy desatendidas y vivan de una manera casi pagana. Nada de extrañar que en tierra tan bien abonada para la propaganda, irrumpa el proselitismo protestante tratando de llenar un vacío que nosotros no podemos llenar. Por parte de ellos hace comprensible esta irrupción el desplazamiento de sus fuerzas misioneras de los paises asiáticos, que buscan otro campo de acción, y ese afán misionero que es, como decíamos antes, una nota nueva, muy de admirar, en la conciencia cristiana de las Iglesias separadas de Roma.

Lo que procede es aprovechar esta gran coyuntura histórica, que tiene a no dudarlo su aspecto lamentable, para ahorrar a la causa cristiana el mayor daño posible, trabajando al mismo tiempo por la causa católica, que es la de reducir a unidad cristiana tanto a los que en nombre de Cristo andan divididos como a los que sin Cristo se hallan fuera de la grey de Cristo. «Estamos —dice el P. Villain— en un momento decisivo en el que hay que evitar a toda costa que no se levante frente a Roma un bloque de cuatrocientos millones de cristianos con carácter anticatólico. Este temor, que no tiene nada de quimérico, se desvanecerá en la medida en que, nosotros y ellos, sintamos fervorosamente la urgencia de la unidad, adquiramos una conciencia más profunda y más clara de la tarea ecuménica y procedamos en consecuencia» [27].

Si las distintas confesiones cristianas llegaran a la unión, ese temor desaparecería y las fuerzas hoy rivales conjugarían sus esfuerzos y habría muchas más posibilidades de cristianizar católicamente el mundo, hasta lograr un solo rebaño y un solo pastor. Cuanto hagamos en consecuencia por la aproximación, la concordia y la unión redundará en beneficio de las misiones. Ellos, en sus deliberaciones ecuménicas y misionales, se esfuerzan por limar lo más posible asperezas y suprimir antagonismos. Comienzan por establecer que el mero hecho de pertenecer al Consejo ecuménico no coloca en igualdad de condiciones a las distintas Iglesias, de forma que todas tengan una concepción única de la verdadera Iglesia, reconociéndose o no como la verdadera Iglesia. Y a continuación, proyectando la idea sobre el campo misional, procuran favorecer la expansión misionera, recomendando a las iglesias miembros del Consejo tanto ecuménico como de Misiones, evitar todo cuanto pueda dañar a la evangelización, comportándose amigablemente o por lo menos sin hostilidad.

---

[27] Obr. cit., pág. 61.

En teoría y en práctica, para Iglesias que no tienen la pretensión de considerarse como la Iglesia exclusiva de Cristo, monopolizando la fe y la moral salvadora, este acuerdo pacífico para la convivencia y la actuación misionera no resulta tan imposible o difícil. La cosa en cambio varía cuando se trata de la Iglesia católica, que no puede, sin negarse a sí misma, ponerse en plano de igualdad con las demás confesiones cristianas. Desde el punto de vista teórico, ha escrito Jones, «un paso en la línea del compromiso es para ella absolutamente imposible, contrario a su naturaleza. Moriría de resultas del mismo. Entrar para discutir en nuestras conferencias equivaldría a meterse en el ataúd» [28]. *Y en el terreno práctico, ¿cómo se regulará el que cree en la verdad absoluta de la Iglesia católica como única Iglesia de Cristo y se cree obligado a librar a los paganos de caer bajo el error protestante?*

Confesemos que hay aquí un grave nudo gordiano, cuyo corte radical sería la mejor solución. El corte estaría en acabar de una vez con la desunión de las confesiones cristianas. Quien trabaja en este sentido hará una magnífica obra de apostolado y la acción misionera llegaría a su culmen si la unión de las Iglesias resultara un hecho consumado.

El mundo cristiano unido constituiría una fuerza numérica de peso inigualable, no sólo por el número sino también por la calidad de los pueblos que confiesan a Cristo, por lo menos en el grado actual de civilización. Protestantes, ortodoxos y católicos, integrados en la única Iglesia de Cristo, sumarían entonces más de 942 millones de adeptos. Lo que quiere decir que la vanguardia misionera estaría respaldada y sostenida por una retaguardia poderosa, rica en número y en medios de todas clases para acudir a la empresa de la evangelización del mundo.

Los misioneros católicos suman hoy unos 100.000, repartidos por todos los puntos del planeta. Pero en todas partes insuficientes para atender a la exigencia misionera. Si las Iglesias se unieran, el ejército misional pasaría de cien mil a más de quinientos mil misioneros, y esto repentinamente, por el mero hecho de la unión. Sin contar con la eficacia misional que reportaría la unión sentada.

En el mundo católico hay hoy una iglesia para cada 1.715 personas; en el protestante, una para cada 214. Los católicos cuentan con un sacerdote para cada 800 fieles; los protestantes tienen un ministro para cada 170 adeptos. Los sacerdotes católicos suman 52.689; los protestantes, 355.853. Hágase la unión, y tendremos una fuerza dirigente de multiplicado poder de acción y de expansión.

Económicamente el mundo protestante dispone de mucho mayores recursos que los católicos, dinero y medios de apostolado, que los católicos. ¿Qué duda cabe pues que la unión de las Iglesias supondría un efectivo enriquecimiento de la Iglesia y sobre todo de la Iglesia misionera? ¡Oh si sonase la hora de la unión!

Mientras llega esa hora, por la que todos debemos orar y trabajar, los católicos hemos de poner en el empeño ecuménico la máxima atención y discreción, lo mismo cuando se discute en el terreno de las ideas que en el de la práctica. Condenando, como debe condenarse, toda actitud equívoca, toda injusticia con la verdad, hay que extremar la prudencia y la caridad, a fin de ganarlos a todos para Cristo.

Pero no seamos como el siervo del Evangelio, al que el mucho quehacer de la viña le invitó a tirarse al surco. Sino pongamos manos a la obra, sabiendo ser apóstoles de la hora presente. El peligro de la inacción amenaza gravemente, cargándolos de responsabilidad por su falta de proselitismo, a aquellos de los nuestros que no quieren saber nada de cuestiones ecuménicas por miedo a perder algo. Los teólogos católicos tienen que saber trabajar por la unión de las Iglesias, sabiendo aplicar las normas que la Iglesia da sobre este punto. Esa aplicación va normada por la prudencia, que no tiene reglas fijas de acción. La prudencia no condena todo riesgo. Esto es una batalla, y

---

[28] SPENCER JONES, *L'Eglise d'Anglaterre et la Saint-Siege*, Grenoble, 1941, pág. 212.

en las batallas nada se consigue sin riesgo. La doctrina teológica acerca de la profesión de fe, de su ocultación o disimulación, juega gran papel en estas cuestiones. La Iglesia misma quiere que para la aplicación de las normas por ella dadas en materia de ecumenismo y apostolado misionero se proceda no sólo con lógica, sino sobre todo, con prudencia. Hay que tener en cuenta las circunstancias de personas, lugares y tiempos para que la expresión de la verdad cause efecto a tiempo y Cristo se haga palabra única de verdad para todos a su debido tiempo.

Peca el que no se preocupa para nada de lograr lo que tan deseable es y tan de gloria de Cristo resultaría y tantos beneficios reportaría a la paz de los pueblos. Y peca también el que nada bueno quiere reconocer en los que están fuera de la Iglesia católica, despreocupándose de sus problemas y sus angustias, considerando a los disidentes culpables contra la luz.

No todo en ellos es malo ni es tampoco mala fe. Recordemos que personajes esclarecidos y hasta Sumos Pontífices, nuestro actual Pontífice Juan XXIII, sin ir más lejos, han lamentado esta falta de comprensión y de caridad para los herejes por parte de muchos católicos. Esta falta alcanza no sólo a algunos de los coetáneos de la primera hora de la herejía o el cisma, sino también de la segunda y de la tercera hora. Si los católicos no estuvieron faltos de responsabilidad en aquella hora fatal del comienzo de la disidenia ¿podríamos asegurar que lo están ahora frente a la persistencia de la desunión y la división?

Oportunas son a este propósito unas palabras que pronunciara el Cardenal Mercier a propósito de las Conversaciones de Malines. Recordemos —decía— que «si la verdad tiene sus derechos, la caridad tiene sus deberes. Pensemos que, hablando con el corazón y con persuasión íntima, en un conflicto histórico tan vasto, que dura ya por siglos, todos los errores no estén de un solo lado; precisando los términos de ciertas cuestiones en litigio, haríamos caer muchos prejuicios y desconfianzas, disiparíamos muchos equívocos, allanaríamos los caminos en cuyo final un alma leal, ayudada por la gracia, descubriría, si agradaría a Dios o encontraría la verdad.»

XII

El proselitismo misional despertador de la nostalgia unitaria entre los protestantes

RVDMO. P. GERARDO RUIZ, CMF.
Oficial de la S. C. de Religiosos y Profesor en el Instituto Internacional «Regina Mundi» de Roma

INTRODUCCION

Creo no ser exagerado al afirmar que ninguna idea ha surgido con tanta viveza y espontaneidad en la mente del sencillo pueblo cristiano, al anuncio del Concilio Ecuménico, como la idea de las Misiones.

Se ha asociado, quizás un poco precipitadamente, el hecho de la celebración del Concilio con el hecho real y palpable de la vuelta al verdadero redil de tantas ovejas descarriadas y tantos falsos pastores.

El pueblo cristiano, en su sana y santa simplicidad, ha querido descubrir la hora exacta, el momento preciso de la grande revancha en las Misiones: las Misiones católicas dueñas absolutas del campo y todo por arte mágica de una palabra evocadora: Concilio Ecuménico.

Sin pretender cortar ilusiones, creo deber afirmar que la realidad no aparece tan halagüeña. Nos hallamos de frente a una fuerza desbordada que es muy difícil encauzar. Tan difícil que quizás ni el mismo Santo Padre ni la Comisión Pontificia antepreparatoria lo han pretendido ni lo pretenden directamente al convocar y preparar el Concilio.

El «Osservatore Romano» del 4 de julio de este año (1959), publicaba una nota informativa sobre la reunión de la antedicha Pontificia Comisión Antepreparatoria, celebrada el día 30 de junio y presidida por el Santo Padre Juan XXIII. La nota periodística transmitía literalmente las palabras que el Santo Padre dirigió a los miembros de la Comisión para orientarles en sus trabajos organizativos. Quiero transcribirlas íntegramente traduciéndolas del «Osservatore Romano»:

> «El anuncio del Concilio Ecuménico ha suscitado por doquier favorable interés, aunque tampoco hayan faltado suposiciones y conjeturas que no responden a la realidad.
>
> Es preciso recordar que el Concilio ha sido convocado, ante todo, porque la Iglesia Católica, en la fúlgida variedad de los ritos, en la multiforme acción, en la inquebrantable unidad, se propone alcanzar nuevo vigor para su divina misión. Perennemente fiel a los sagrados principios sobre los que se apoya y a la inmutable doctrina que le fue confiada por el Divino Fundador, la Iglesia, efectivamente, siguiendo siempre las huellas de la tradición antigua, se propone con ferviente ardor "rinsaldare la propria vita e coesione", *revigorizar la propia vida y cohesión* incluso de frente a tantas contingencias y situaciones actuales, para las que sabrá establecer eficaces normas de conducta y de actividad.
>
> Así la Iglesia aparecerá a los ojos de todo el mundo en su pleno esplendor. Confiada se eleva la plegaria al Señor para que ante este providencial brote de nuevo fervor y de obras en la Iglesia Católica, también aquellos que se encuentran separados de la Sede Apostólica sientan nuevo y potente llamamiento a la unidad que Cristo dio a su Iglesia y por la que muchos suspiran ya.»

Síntesis de esas orientaciones y de las paternas preocupaciones del Papa, es la expresión, viva y lapidaria, que en labios del Supremo Pastor adquiere fuerza de mandato: «El Concilio lo hemos convocado mirando hacia dentro».

GENESIS DEL PROSELITISMO MISIONAL PROTESTANTE

El proselitismo misional en el protestantismo es un fenómeno adventicio, de imitación. Y conste que no pretendemos hacer procesos históricos ni renovar polémicas que abran heridas restañadas o inquieten espíritus tranquilizados. Pero el proselitismo misional protestante actual se presenta como una realidad alarmante y el examen de este proselitismo lleva por fuerza de lógica a buscar respuesta al problema que las misiones protestantes plantean a los católicos. Además, ofrecen nueva perspectiva si lo miramos pensando en la posibilidad de unión y en vistas del próximo Concilio recientemente convocado.

El protestantismo nació sin idea, ni impulso misional. Su postura originaria fue de oposición, de rebelión: ruptura con lo existente en el aspecto religioso, doctrinal e institucional. Para nada sentían sus fautores el proselitismo: buscaban es cierto el apoyo de los príncipes y señores terrenos, pero para protegerse en ellos, para salvaguardar sus personas e intereses, para oponerse con la ayuda de sus armas a la Iglesia de Roma.

Esta falta de proselitismo misional en los orígenes del protestantismo es no sólo *un hecho* que fácilmente e históricamente se puede constatar, (basta examinar los dos primeros siglos del protestantismo), es también, nos atrevemos a decirlo, un *principio doctrinal*. Teodoro Beza, calvinista, respondía a Adriano Saravia (1531-1613), quien del calvinismo había pasado al anglicanismo y defendía la obligación de misionar, le respondía negando categóricamente la existencia del mandato de Cristo de predicar el Evangelio a todas las gentes.

Juan Gerhard (1582-1637), considerado como el mejor teólogo luterano de su tiempo, en su grande obra *Loci communes Theologici* (9 vol., Jena, 1610-1622) sostiene que el mandato de Cristo «Id y enseñad a todas las gentes» (Mat. 28, 19) fue plenamente cumplido y terminó con los Apóstoles, fundando su opinión en las palabras de San Pablo (Rom. 10, 18): «In omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terrae verba eorum». El precepto de Cristo fue ya plenamente satisfecho por los Apóstoles.

Este mismo argumento esgrimió la facultad luterana de Wütemberg para responder al conde Truschess, diciendo que había sido un «privilegium personale» de las Apóstoles y por ellos cumplido; de otra manera todos los cristianos deberían ser misioneros. Para ellos un absurdo.

Fue preciso que los protestantes se hallasen en contacto con las misiones católicas en tierra de misión para que ellos sintiesen la vergüenza de su falta de proselitismo. Cuando los ingleses comenzaron a formar su imperio colonial y los holandeses arrebataron, en Asia, las primeras colonias a los portugueses, vieron de frente y palparon la acción de los misioneros católicos. Esto, y el convencimiento de la utilidad, indirecta al menos, del misionero para la consolidación del dominio temporal, dieron vida a las Sociedades misionales dentro del protestantismo.

SOCIEDADES Y SECTAS MISIONALES EN EL PROTESTANTISMO

En 1698 asistimos a la creación de la primera Sociedad con fin misional, precisamente dentro del anglicanismo: la S.P.C.K. (Society for Promoting Christian Knowledge) y su presidente nato lo es siempre el Arzobispo de Canterbury. Su fin era universal: difusión de libros, educación religiosa, las misiones extranjeras, el cuidado espiritual de los emigrantes y colonizadores. Pero la misma multiplicidad de actividades sofocaba su propia actividad y comprendiendo que no podía satisfacer su propio fin, procuró la fundación de otra segunda Sociedad, la S.P.G.

(Society for the Propagation of the Gospel in Foreing Parts), a la cual encomendó el cuidado de las misiones en las colonias inglesas.

Efímera e ineficaz resultó la actividad de esas Sociedades, hasta que, afines y afiliadas a ellas, surgieron las Sociedades, inglesa y norteamericana, para la difusión de la Biblia. La grande arma de las sectas protestantes para la difusión de su doctrina fue siempre y en todas partes la distribución torrencial de Biblias con la predicación del libre examen [1].

La Sociedad inglesa publicó desde 1808 a 1934:

Biblias completas	77.189.270
Nuevo Testamento	112.769.887
Partes de la Biblia	236.445.113

La Sociedad americana, desde 1816 a 1932:

Biblias completas	29.417.421
Nuevo Testamento	216.629.109

Del siglo XVIII es también la primera *secta* misional. La secta de los *Hermanos Moravos*. Su organizador fue el conde Zinzendorff (1700-1760). El espíritu de esta secta se nos descubre en esta descripción que nos hace la *Short History of the Moravian Church*, p. 102: «Todos los misioneros iban a las Misiones con instrucciones precisas y eran acompañados por las oraciones de toda la Iglesia. No debia ir nadie que no estuviera bien decidido, y aún más, si no sentia que éste era un preciso deber suyo. El misionero debe ser un hombre que siente en si mismo una vocación irresistible, que aborrece las cosas del mundo, que arde en amor de Dios y que es aprobado por todos sus hermanos: en su rostro debe resplandecer la luz de una alegria divina que ilumine los corazones negros de los paganos». Esta secta perdura todavía en su espiritu misional y se conserva pujante.

Los calvinistas holandeses crearon el «*Seminarium Indicum*» que tuvo vida efímera. En él se formaron misioneros conscientes de su propio valer e independientes en su actuación de las ambiciones de los mercaderes holandeses. Les faltó el apoyo necesario y se extinguieron porque a los protestantes les interesaba tener instrumentos dóciles para sus ambiciones terrenas y no censores de sus abusos.

El *movimiento pietista* se desarrolló vigoroso en Alemania. Los «*Collegia pietatis*» eran reuniones devotas en las que se practicaba la dirección espiritual de conciencia y diversos actos de piedad. A ellos acudian personas ansiosas de vida más espiritual que no encontraban en el luteranismo. Como dice en P. Crivelli, «era una vuelta a las prácticas de piedad y de ascetismo que habían abandonado separándose de la Iglesia Católica» [2]. Este impulso espiritualista les llevó por inercia natural a la idea misional y misioneros alemanes y daneses salieron repetidamente para la India y Groenlandia.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX las misiones católicas sufrieron de una parálisis verdaderamente trágica. La revolución francesa había secado la fuente de vocaciones. Carlos III de España, expulsando de los dominios de su corona a los beneméritos misioneros de la Compañía de Jesús, los había dejado en manos del primer aventurero, sembrador de doctrinas exóticas. Parecida situación en las misiones portuguesas. Los protestantes encontraban el campo expedito y libre de los únicos que podían contrarrestar su acción, los misioneros católicos. El campo inmenso que clamaba los operarios, sirvió para multiplicar las Sociedades y Sectas, para quienes el misionar era la propia aventura.

En un principio fueron las circunstancias externas más bien que una exigencia interna, las que impulsaron el surgir de las Sociedades misioneras protestantes. Su empuje fue tal que invadieron en abigarrada confusión todos los campos misionales. El protestante encuentra campo de trabajo donde hay personas que no son de su secta [3], sean paganos, sean católicos o sean también protestantes de

---

[1] Vide noticias históricas y estadisticas en el libro del P. Crivelli, Camilo, S. J.: *Sguardi sul mondo protestante*. P. I: *Le Sette*, pág. 81-84; P. II: *Le Missioni Protestanti*, pág. 111-114. De aqui hemos tomado la estadistica del texto.

[2] Ib. Parte II, pág. 23.

[3] Es interesante el cap. XVI de la obra del P. Crivelli, Parte I, titulado *Protestanti contro Protestanti*.

diversa secta. Capellanes militares, emigrantes, colonos: roturaban el campo y echaban la simiente; los misioneros de las Sociedades acudían a recoger y sazonar el fruto.

Y las Sociedades se multiplicaban con la misma espontaneidad con que se multiplicaban las Sectas. Solamente las Sociedades denominacionales (cuyos individuos pertenecen a una misma secta) se cuentan más de 400 y no son menos las Sociedades interdenominacionales (cuyos individuos pueden pertenecer a diversas sectas) [4].

Puédese ya vislumbrar el panorama del proselitismo misional protestante. Pero, además de las circunstancias históricas que hemos observado, ¿puede descubrirse alguna otra razón más íntima y propia?

EJEMPLO DE LAS MISIONES CATOLICAS

Al insinuar el movimiento misional que surgió en la secta de los pietistas, transcribimos las palabras del P. Crivelli: «era una vuelta a las prácticas de piedad y de ascetismo que habían abandonado separándose de la Iglesia Católica.» Es un hecho que el influjo del Catolicismo entre los protestantes fue muy sensible en el siglo pasado. Para los protestantes el ejemplo de las Misiones Católicas era una acusación de su falta de proselitismo, de su vida poco exhuberante. Y esta callada pero elocuente acusación la sentían ellos fuertemente. El Dr. Grooth escribía en 1825 en la Revista *Blackwood's Magazine:* «Nuestras enfermeras cuidan a los enfermos, pero carecen de religión. No podemos confiar solamente en la ciencia y bondad natural de las enfermeras. Los católicos nos acusan de la falta de misioneros. Ahora no pueden: pero todavía pueden acusarnos de la falta de Hermanas de la Caridad.» Este reconocimiento les llevó a desarrollar su actividad misional, acercándose a las formas católicas e inspirándose en ellas. En 1933 se hizo una encuesta entre seglares sobre las misiones protestantes; en ella leemos: «El protestantismo no llegó a ser misionero sino a medida que reintegraba de un modo u otro los elementos católicos que había repudiado. Fueron los *"Disencientes"* de la Reforma, llamados por los mismos protestantes *Deformadores* y denunciados como pietistas catolizantes, los primeros que tomaron por cuenta propia las misiones. Las demás iglesias les siguieron, pero aun esto no fue posible sino en virtud de la penetración de la ideas pietistas y de la *reforma de la Reforma*» [5].

LAS MISIONES Y LA NOSTALGIA UNITARIA

El primer efecto de esta expansión y vitalidad misional fue la necesidad de la unión, sentida en su inquietante y perenne actualidad. Fueron precisamente los pueblos misionados, Asia en particular, los que reclamaban con mayor instancia la unión. Para los protestantes no había límites territoriales; los enviados de las

---

[4] Además del libro del P. Crivelli puede consultarse el artículo de Mons. PAVENTI: *Attività missionaria del Protestantesimo* en la grande obra en colaboración «Il Protestantesimo ieri e oggi» a cura di PIOLANTI ANTONIO, Ferrari, Roma 1958. En las págs. 520-521 se halla la estadística siguiente tomada del World Christian Handbook de 1952 y que globalmente arroja estas cifras: Sociedades misioneras protestantes en Europa, 538; en América, 466; en Asia, 222; en Africa, 87; en Oceanía, 74.

[5] *Supplèment à la Revue L'Union Missionnaire du Clergé de France,* julio 1933. — En este acercamiento a la vida católica puede verse una singular coincidencia y es que el impulso inicial misionero más fuerte, coincidió con el organizarse entre los protestantes de la vida religiosa: vida religiosa como estado con la práctica de los votos en sociedades organizadas y posteriormente reconocidas por la Jerarquía de las Iglesias. El movimiento de Oxford tuvo la virtud de producir inquietudes y preocupaciones de espiritualidad, de perfección. F. ANSON en su libro *The call of the Cloister* nos ofrece esta estadística en la iglesia de Inglaterra: 31 Comunidades de hombres y 82 de mujeres, fundadas desde 1845. De ellas, 15 Sociedades de hombres han desaparecido y 5 han pasado íntegramente al Catolicismo; 22 Sociedades de mujeres se han disuelto. La primera Sociedad religiosa con fin directa y exclusivamente misional se fundó en 1865.

diversas sectas se entremezclaban en un mismo territorio y proclamándose porta-estandartes de la verdad salvífica sembraban la confusión con su división jerárquica y divergencias doctrinales: individuos pertenecientes a una misma Sociedad misionera predicaban cada uno la doctrina de su propia denominación. Ante esa confusión, los paganos no tenían reparo en echarles en cara este reproche: arreglad primero vuestras cuestiones y después venid a adoctrinarnos a nosotros. Ni ha faltado tampoco el reconocimiento público por parte de los mismos Misioneros protestantes: fue en la Asamblea de Amsterdam (1948) en la que estuvieron representadas 150 iglesias y confesiones cristianas provenientes de 43 países, donde los representantes de las Iglesias Jóvenes de los territorios misionados testimoniaron «el escándalo que representa para los países no cristianos, el espectáculo de la discordia entre los discípulos de Cristo» [6].

CONGRESOS UNIONISTAS

Este malestar y desorden experimentado por los misioneros y esta necesidad de unión tan vivamente sentida en las misiones, dio origen a un fuerte movimiento ecuménico unionista que encontró su concreta realización en los diversos y múltiples congresos o Asambleas celebrados buscando la unificación que reforzase sus trabajos y prestigiase ante los paganos la verdad de la doctrina predicada. Primero en Liverpool (1888) y después en Nueva York (1900). Pero sobre todo se han de notar por su carácter estrictamente misional las Conferencias o Asambleas de Edimburgo (14-25 junio 1910), de Jerusalén (24 marzo-8 abril 1928) y de Tambaram-Madras (12-19 diciembre 1938).

A la Asamblea de Edimburgo asistieron más de 1.000 delegados pertenecientes a 159 Sociedades misioneras, desarrollándose en ella un temario exclusiva y estrictamente misional: desde la obligación evangélica de misionar, a la formación de los misioneros y organización de las iglesias nativas. Para la continuación del trabajo de la Asamblea, se instituyó una comisión de 35 miembros, el «Continuation Committee» que el año 1921 se transformó en el «International Missionary Council», compuesto de 80 miembros. Fruto también de la Asamblea fue la creación de la Revista «International Review of Mission».

Dicho Consejo misional internacional fue el que se encargó de organizar las siguientes Asambleas de Jerusalén y Tambaram en las que se trataron poco más o menos los mismos temas misionales que en la de Edimburgo, pero haciendo sentir cada vez más su influjo los enviados de las iglesias jóvenes, formadas en tierra de misión. En ambas fue numeroso el grupo de delegados chinos, japoneses, indios y no faltaron algunos enviados de latino-América y Filipinas [7].

Pero el escollo que aflora siempre en las conferencias de los protestantes es el de la unión y de la cooperación. Ya en Edimburgo la palabra *Iglesia* se usaba con un sentido de conglomerado y confusión; como si la Iglesia de Cristo hubiera de ser el conjunto de todas las sectas o iglesias existentes en el momento. Por eso, al enjuiciar el movimiento unionista protestante, debemos tener de frente una unión de iglesias (con minúscula) entre sí. La Iglesia Católica, la Iglesia (con mayúscula), es considerada y admitida en cuanto ésta acepta o no el ser una de tantas iglesias o sectas. Y la cooperación para conseguir esa unidad debe estar en función de ese concepto subjetivo, relativo de la verdad que está a la base de toda esa concepción.

Hemos siempre de admitir y aprobar lo que esas Asambleas han realizado de positivo en orden a la unión. En Edimburgo se proclamó y admitió el paralelismo de la expresión «Misión y la Unidad». La Conferencia de Willingen (1952) contribuyó a transformar ese paralelismo de aspiraciones y actividad en un movimiento convergente que, según el nuevo lema «Misión en la Unidad», pone el problema misionero y el problema de la unión no sólo en relación con la Iglesia sino al centro de la única Iglesia.

---

[6] GUSTAVO THILS: *Tendenze Ecumeniche del Protestantesimo attuale*, pág. 565. Estudio de la obra en colazoración *Il Protestantesimo ieri e oggi.* — Anteriormente en la famosa «Confesión unitaria de la Conferencia de Edimburgo» se encuentra esta cláusula tan expresiva: «Rogamos a los cristianos de todas las comuniones... que procuren remover los obstáculos que nacen de nuestras divisiones e impiden la propagación del Evangelio entre los paganos».

[7] Más información en el estudio de Mons. PAVENTI, de la Obra antes citada, p. 521-526.

Y no es gratuito afirmar que las voces que más insistentemente se oyeron siempre en los Congresos unionistas protestantes fue la de los representantes de las «iglesias jóvenes», así llamadas las cristiandades formadas en tierra de misión. El canónigo Thils afirma categóricamente: «el ideal ecuménico protestante ha estado siempre íntimamente ligado a su ideal misionero. La Iglesia, dicen los protestantes, es al mismo tiempo una, universal y misionera: es imposible separar estos caracteres esenciales, sea en la doctrina sea en la acción. Efectivamente, las Iglesias Jóvenes reflejan mejor que las Iglesias Viejas la verdad de esta unión» [8].

Nos basta este breve examen de las circunstancias históricas y de los orígenes de los movimientos ecumenistas que han surgido en el protestantismo para plasmar estas consecuencias: La nostalgia unitaria entre los protestantes surgió en el campo misional, se alimentó de la propaganda misional y es considerado como exigencia de la iglesia misionera.

EL PROBLEMA DE LA UNION EN EL PANORAMA MISIONAL ACTUAL

Y viniendo a un aspecto más concreto, me refiero al tema que se nos ha señalado en el programa, podemos preguntarnos: ¿cuáles son las facetas que ofrece el panorama misional actual mirándolo a través del prisma de la unión?

Porque es evidente, como insinuábamos al principio, que la nostalgia de unión es cada día más sentida entre los cristianos. Los católicos en concreto, con el deseo de bien, de evangelización, de apostolado sentimos más vivamente esta necesidad, porque queremos comunicar el bien que poseemos, porque queremos seguir el mandato del Divino Maestro y queremos cumplir su deseo manifestado al Padre: *ut unum sint*. El católico siente el desgarrón y la pérdida de tantos hermanos y con grito herido clama por la vuelta de todos a los brazos del Padre.

¿Cuáles son esas facetas y esas perspectivas? Es evidente que el proselitismo misional protestante es despertador de la nostalgia unitaria entre los cristianos; ¿pero esa nostalgia encontrará la satisfacción debida?

Podemos hablar de perspectivas nebulosas y de perspectivas luminosas. Pero, si el día de la unión total se ve lejano en nuestros países cristianos, más lejano aún aparece mirando a las misiones.

He tenido la oportunidad de conversar con Sacerdotes, en su mayoría procedentes del Africa negra, alumnos de la Pontificia Universidad de Propaganda Fide: con miras a esta exposición obtuve de ellos respuesta a algunas preguntas que sucintamente quiero referir:

—¿Los protestantes hacen bien o mal a la causa católica misionando entre infieles? —¿Quién está mejor dispuesto para el cristianismo, un pagano o un protestante?

Generalmente hablando la acción del pastor protestante es más para mal que para bien de la causa católica. Normalmente es preferible dirigirse al pagano que al protestante indígena: aquél no tiene prejuicios y recibe más pura la verdad. Estos prejuicios y perjuicios que el protestantismo causa en las misiones contra la causa católica, provienen principalmente de que los protestantes presentan siempre a los católicos como el «enemigo», el peligro número uno. Y no sólo bajo el aspecto religioso, sino también bajo un aspecto que podemos decir político o social: como si el catolicismo, el misionero católico en concreto, fuese enemigo de las libertades patrias, de las legítimas independencias a que los naturales tendrían derecho a aspirar. Con todo hay que tener presente que varía mucho de unas sectas a otras, por ejemplo de un anglicano acomodaticio y galante a un calvinista ceñudo e intransigente.

—¿El protestante desarrolla su actividad misionera por verdadero espíritu de bien, con espíritu de misión?

No es apriorístico ni sectario el ponerlo en duda. Aunque hay diferencias de una secta a otra, el espíritu de secta les domina y los adeptos conseguidos cuen-

[8] Lugar antes citado, p. 553.

tan mucho para medrar en la apreciación de los dirigentes y merecer mayor y más eficaz ayuda económica.

—¿Luego no se puede pensar en una colaboración «para el bien» entre misioneros católicos y protestantes?

Como respuesta de principio, se puede decir que es muy difícil llegar a un acuerdo con los pastores protestantes. Les cuesta ceder en su intransigencia anticatólica. Esta unión y colaboración se ve más factible tratándose de conjurar un mal común, como por ejemplo el comunismo. Lo vemos en Africa, en todos los Estados que allí se han formado últimamente, católicos y protestantes colaboran como ministros en los propios gobiernos: al fin y al cabo, la inmensa mayoría de la gente culta en esas regiones ha salido de las escuelas misionales.

Nebulosas son las perspectivas si miramos a la América Latina, considerando que es la presa por ahora más codiciada del protestantismo. Allí se está riñendo la batalla más fuerte entre las fuerzas del bien y del mal. Y mal podemos hablar de unión cuando las partes se encuentran frente a frente.

Por otra parte, bástenos considerar que la unión de elementos es tanto más difícil cuanto más abundantes y diversos son esos elementos. El protestantismo lleva en sí mismo el germen de la desunión y ese germen lo ha sembrado a manos llenas por los campos misionales. A millones esparce sus Biblias que con el riego del libre examen y al calor de esa funesta separación entre lo que es religión y lo que es moral, produce más y más la desunión. Un ejemplo: los autores que escriben de estos temas admiten sin dificultad que en Sur Africa son más de 1.000 las sectas protestantes que han surgido en el suelo nativo [9]. Uno de los sacerdotes a quienes he aludido anteriormente eleva la cifra a las 3.000. Es el caso de recordar la frase de Donoso Cortés: el cuerpo humano es uno; el cadáver engendra seres nuevos a millones. Baste esta consideración para juzgar de la posibilidad o proximidad de la unión.

Pero lo peor muchas veces de ese proselitismo protestante, no es el mayor o menor número de adeptos que puede conseguir. El protestantismo, en tierras de misión, ordinariamente, más que protestantes hace materialistas, gentes sin religión; lo arrasa todo. Baste esta declaración personal de Mons. Celso Costantini: «El protestantismo se divide cada día más, conduciendo los hombres al racionalismo. En el viaje que hice por América en 1931 el protestantismo me apareció no ya una religión, sino más bien un vago romanticismo religioso, a lo sumo una cultura cristiana unitaria. Y en Alemania el racismo hirió de muerte lo poco de cristianismo que quedaba en el protestantismo alemán» [10].

Pero hay también perspectivas luminosas. Volvamos a los campos de América Latina. No perspectivas de unión porque hemos dicho que allí están riñendo su batalla las fuerzas del bien y del mal: son realidades, más bien que perspectivas, de fuerzas nuevas que van en ayuda del bien, a recoger el grito angustioso de tantos hermanos necesitados. Es bien conocida la preocupación de la Santa Sede por este problema: en Roma funciona la Pontificia Comisión pro-América que tiene su centro de actividad en la Sda. Congregación Consistorial conjuntamente a la Secretaría de Estado. Eco de estas preocupaciones son las reuniones periódicamente celebradas por el CELAM y la Confederación adjunta de Religiosos, el CLAR. Eco también las reuniones periódicas de Superiores y Superioras Generales religiosos; y fruto de las mismas ha sido el llamamiento lanzado por varios Superiores Generales pidiendo voluntarios para aquellos inmensos campos del Padre de Familias, amenazados por el protestantismo.

¿Y la actitud de los protestantes indígenas? Es emocionante el caso de uno de los mayores amigos de Newman: sentía el atractivo de la Iglesia católica y reconocía que la verdad estaba allí; pero le faltaba el impulso para abrazarse con esa verdad. «¿Es posible, se decía él, que la verdad de mi iglesia, no tenga virtud suficiente para haber salvado a mis padres?» Este pensamiento, por el cariño a

---

[9] El P. Crivelli fija el número de sectas en Sur Africa en 511. Parte I, págs. 19 y 23; Parte II, págs. 124-128.

[10] Mons. Celso Costantini: *Foglie Secche*. Esperienze e memorie di un vecchio prete. Tip. Artística, Roma, 1947, pág. 126.

sus padres, le torturaba. En su intranquilidad e irresolución gustaba de administrar el bautismo y acabada la ceremonia les besaba a los recién bautizados y exclamaba: «en esto no hay duda». Causa impresión la descripción que Arnold Lunn, gran escritor católico contemporáneo, nos hace de los últimos años de su padre, metodista hasta el último momento, de quien dijo el Card. Hinsley: «No osaría yo emplear la palabra hereje hablando de un hombre como vuestro padre que tanto ama a Cristo y que ama la verdad y está siempre dispuesto a hacer por ella grandes sacrificios». Vivió trabajando por la reunión de la Iglesia y murió convencido que no se lograría [11]. Y no fue pequeña mi admiración al oír a un sacerdote de la capital de Sur Africa que me decía: Hay bastantes protestantes, de familia, que han practicado el protestantismo desde algunas generaciones, que sinceramente reconocen la verdad y la excelencia del catolicismo: le reconocen como religión verdadera, pero se sienten ligados al protestantismo por razones de sentimiento, de amor a sus antepasados. El convertirse, supondría para ellos reconocer que sus padres habían vivido fuera de la verdad. Como el amigo de Newman.

Pero esta es la minoría. Y de ellos se puede esperar la unión: es muy poco lo que nos separa.

La mayoría se sienten ligados al protestantismo por otras razones inconfesables y aun muchos de ellos suscribirían la frase de Harnack: «Si se nos objeta que estamos divididos con tantas doctrinas cuantas cabezas, respondo: es verdad. Pero no deseamos otra cosa, sino al contrario, más libertad y más individualismo en la creencias y en la expresión» [12].

Esto nos lleva a la conclusión que la cuestión de los protestantes en misiones, más que cuestión de unión es cuestión de conversión [13]. Lo digo intencionadamente; hay en ello encerrada una cuestión histórica. Para fomentar la unión o reunión en masa se ha pretendido impedir o detener la conversión individual queriendo ver entre ambas incompatibilidad [14]. No existe tal incompatibilidad: tengamos presente que la conversión o unión de un grupo supone la conversión de cada uno de los miembros de ese grupo. Débese por tanto ejercitar una acción de tal naturaleza que sea capaz de obrar un cambio en cada una de las almas. Se ha afirmado gratuitamente que si Newman no se hubiera convertido antes de tiempo, el Movimiento de Oxford hubiera venido en bloque al catolicismo. Bien sabemos sin embargo que el Card. Rampolla, escribiendo a Lord Halifax le decía: «No es exacto que en Roma se desee solamente la conversión individual, no queriendo las conversiones en cuerpo. Es verdad solamente que no se quieren obstáculos a las conversiones individuales cuyo resultado es más próximo y más fácil mientras se sigue trabajando en las uniones en cuerpo» [15].

A las Conversaciones de Malinas se achaca precisamente el haber tenido a tantos en Inglaterra suspensos esperando una unión en masa que después no se realizó impidiendo mientras tanto la conversión de muchos. Y los hay todavía protestantes en Inglaterra que piensan sólo como única solución en la vuelta o unión corporativa. En cuerpo se vive separados, en cuerpo se ha de volver. Es la Iglesia nacional que se ha de hacer católica [16].

---

[11] Sir Arnold Lunn: *Memory to Memory*, cap. XVI, págs. 144-147.

[12] Harnack: *Das Wessen des Christentuns*, pág. 172.

[13] Veamos cómo lo reconocen los mismos protestantes: En la Asamblea de Amsterdam... (1948) en que se instituyó el Consejo ecuménico de las iglesias, se proclamó abiertamente: «Las iglesias que componen el Consejo encuentran su unidad en Jesús. Ellas no son capaces de crear esta unidad, *es un don de Dios.*» — Anteriormente había declarado el Arzobispo de Cantórbery en la Conferencia de Lausanne: «Solamente acercándonos a Dios es como nos acercaremos los unos a los otros.» (Vide P. Arminjon: Le Mouvement Oecuménique, págs. 91-92).

14. Carlo Boyer, S. J.: *Unus Pastor*, Per la reunione alla Chiesa di Roma dei cristiani separati, págs. 86-98.

[15] Halifax: *Leo XIII and Anglican Orders*, London, 1912, pág. 351.

[16] El P. Urrutia, C. M. F. ha escrito varios artículos muy interesantes en la Revista *Commentarium pro Religiosis*. En particular, 1948 (XXVII), págs. 93-94.

Pretender en las misiones este retardar las conversiones esperando la unión corporativa, sería suicida. El trabajo en misiones es trabajo de lenta penetración; en una palabra, de conversión.

¿Y qué perspectivas ofrece el Concilio convocado, con miras al campo misional? — Perspectivas más luminosas quizás en tierras de misión, que en los países originariamente protestantes. Según confesión de varios sacerdotes indígenas del Africa, al menos para aquellas regiones, las perspectivas son espléndidas. Será de efecto impresionante para los negros el ver tantos Obispos de color que asisten a la Máxima Asamblea Católica, sin discriminación de razas ni colores: todos igualmente Padres Conciliares. Pero hay que saber hacer de ello la conveniente propaganda, y los más indicados son sin duda los mismos sacerdotes nativos, de color. Se ha de presentar el Concilio a los pueblos misionados en su verdadero sentido de catolicidad y ecumenismo.

De todos modos el problema de la unión es acuciante y se siente palpitar en el ambiente preconciliar, aun ahora tan remoto. Y aun prescindiendo de lo que en materia de unión pueda conseguirse hay puntos cuyo examen parece urgir, pues se presentan con vivo recuerdo histórico y con sentido de palpitante actualidad: y es por ejemplo cómo los católicos pueden colaborar con los disidentes, cismáticos y herejes y cómo pueden y deben tolerar sus errores en la doctrina y en la práctica.

La bondad paternal del Santo Padre Juan XXIII atraerá a la verdad a tantos hijos descarriados. Parece ser el Papa enviado por el Señor para lograr cuanto de unidad es posible esperar y cuanto es posible conseguir.

Y el Concilio ha producido ya su primer fruto: despertar en el pueblo cristiano la preocupación de la oración por las Misiones, por la unidad de todos que Cristo pidió al Padre. La oración es la que ha de conseguir la unión que es fruto de la gracia. En días de «división» en el seno de la Iglesia, dijo el Señor a Santa Catalina de Sena: «La unidad y belleza tiene que ser dada a la Iglesia no por la espada, ni por la violencia y la guerra, sino por la paz, la humilde y perseverante oración, los trabajos y las lágrimas de sus hijos más fieles.»

XIII

¿La mariología es punto de convergencia o de divergencia para la unión?

REVDMO. P. CARLOS BALIC, OFM.
Presidente de la Pontificia Academia Mariana Internacional de Roma y Consultor del Santo Oficio

Pío XII, el inmortal Pontífice mariano y Papa de la Asunción, en el exordio de la constitución apostólica *Munificentissimus Deus,* observando, desde lo alto de su Cátedra con ojos iluminados por la fe, el camino de la humanidad hacia Dios, hacía esta constatación:

«Nos es de grande consuelo ver que, mientras la fe católica se manifiesta públicamente más activa, se enciende cada día más la devoción hacia la Virgen, Madre de Dios, y, casi por doquiera, es estímulo y auspicio de una vida mejor y más santa. Por lo cual, mientras la Santísima Virgen desempeña amorosamente el oficio de madre hacia los redimidos por la sangre de Cristo, la mente y el corazón de los hijos son estimulados con mayor empeño a una más amorosa contemplación de sus privilegios" [1].

La misma mirada, iluminada por la fe, nos hace descubrir una admirable y singular coincidencia entre esta característica de la época moderna, por esto definida época mariana, hora de María, y el movimiento ecuménico (otro grande acontecimiento de nuestros tiempos), no solamente entre los hermanos separados cristianos, donde está el fermento y el esfuerzo por la búsqueda de la unidad querida por Cristo, más también entre católicos, donde algunas veces llega a ser impaciencia el salir al encuentro del moverse incierto de los hermanos.

En este movimiento se incluye el anuncio del pasado 25 de enero: la celebración del Concilio Ecuménico.

Sin embargo, debemos admitir que, no solamente los hermanos separados, más también algunos católicos, ven e indican en el grande hecho que Pío XII presentaba cúal signo característico de nuestros tiempos: la devoción a María, uno de los mayores obstáculos para la unión.

Así Danielou, conocido teólogo jesuita, juzga «la devoción a María y el dogma de la mediación de María, tan caros al corazón católico», una de las más manifiestas y reveladoras oposiciones entre la Iglesia católica y los protestantes [2].

---

[1] Pio XII, eons. apost. *Munificentissimus Deus,* 1 noviembre 1950, en AAS 42 (1950) 753-754.

[2] DANIELOU J., *Témoignage catholique,* en «Protestantisme Français», por M. BOEGNER, A. SIEGFRIED (coll. *Présences*), Paris 1945, 439-440: «La dévotion à la Très Sainte Vierge et le dogme de la médiation de Marie, si chers au eoeur catholique, me paraissent eontestés par les protestants — et il n'est aucun aspect du ehristianisme auxquels ils oposent plus de rétieenee — en vertu d'une erreur similaire; ee dogme leur paraît procéder d'une sorte d'idolâtrie par laquelle on attribuerait à une créature ce qui n'est dû qu'à Dieu... Je pense que là nous sommes vraiment au coeur du .problème — et que c'est le point où l'ésprit protestant et l'ésprit catholique s'opposent le plus...» Pierre Maury, que en el mismo volumen, en la parte quinta del título «Protestantisme et

No se puede ignorar cómo algunas veces los grandes convertidos hayan encontrado un obstáculo y sentido una resistencia en el camino del retorno a la Iglesia católica, precisamente por causa de sus prejuicios sobre la Santísima Virgen. Significativa en tal sentido es la confesión del Cardenal Newman, el cual en la autobiografía, hablando de su conversión, escribe: «El principal prejuicio contra Roma, a mis ojos, consistía en los honores que ésta rendía a la Virgen y a los santos»; y añade: «Ciertas devociones, ciertas manifestaciones en honor de la Santísima Virgen han sido mi grande cruz en cuanto concierne al catolicismo» [3].

La prospectiva, apenas esbozada, de la situación respecto al problema, es suficiente para comprender y presentar la dificultad y la importancia del tema, que me ha sido designado por los organizadores de esta XII Semana: *¿La Mariología y la devoción a María, punto de convergencia o piedra de escándalo para la unión de los cristianos?*

El tema envuelve uno de los problemas más candentes y actuales. Para poder desarrollarlo de un modo mejor, en primer lugar expondré algunas reflexiones sobre el método a seguir en el investigar y favorecer el movimiento ecuménico; a continuación pasaré a tratar directamente el tema bajo el aspecto doctrinal, presentando *la verdad católica*, respecto a los misterios y al culto de la Santísima Virgen, en cuanto nos separa y en cuanto nos une; finalmente probaré cómo en la devoción mariana se encuentra la condición *sine qua non* para llegar a la unión deseada.

I. — EL METODO DEL IRENISMO

Aún hacía eco en los ánimos el grito de esperanza, lanzado al mundo cristiano por Pio IX en ocasión de la proclamación de la Inmaculada Concepción [4], cuando el grande Papa León XIII comenzaba a promover con particular acción la cuestión de la unión de las Iglesias cristianas con la Iglesia católica.

Un viento de euforia nueva recorría la Iglesia católica y sobre todo entre los católicos eslavos reinó un grande optimismo.

El Padre Dominico Vannutelli, enviado por la Santa Sede a Rusia, escribe que la cuestión de la unión está madura. En el mes de mayo del 1893 se celebró en Jerusalén el Congreso Eucarístico, en el cual la liturgia se desarrolló en rito latino y oriental. En octubre del 1894 el Papa invitó a los Obispos de las Iglesias separadas a una conferencia. En el mismo año Rusia instauró las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Dos días después de haber recibido al plenipotenciario ruso, León XIII, con la carta apostólica *Praeclara gratulationis*, del 20 de junio de 1894, lanzó a todas las autoridades supremas de los Estados y a todos los pueblos del mundo, una invitación a unirse con la Sede de Pedro. Con particular énfasis el Papa se dirigió a los pueblos de Oriente, de donde ha venido la luz, expresando su certeza que las Iglesias orientales, tan gloriosas por su fe, habrian de tornar al rebaño del cual se habian alejado. Y como para mostrar el camino, les sugería el ejemplo de los Santos Cirilo y Metodio, a los

---

catholicisme, — Ce qui nous unit et ce qui nous sépare», ha expuesto el pensamiento protestante (*Positions protestantes*, pp. 407-425), menciona accidentalmente como un punto de divergencia: "Le rôle de Marie, réparatrice, médiatrice de grâce, intermédiaire pour accéder au Christ, nous parait également porter atteinte au salut accordé librement par Christ seul» (pp. 418-419). Habiendo aprendido de un teólogo católico que la mediación de María es nada menos que un «dogma», en sus ulteriores diálogos, como pronto veremos, no dejará de apoyarse en la autoridad del Danielou. Cf. MAURY P., *La Vierge Marie dans le catholicisme contemporain*, en «Le Protestantisme et la Vierge Marie» (coll. *Protestantisme*, 12), Paris 1950, 27, 65.

[3] NEWMAN J. H., *Histoire de ma vie*, Tournai 1885, 78, citado en *Maria* (H. DU MANOIR), 1, Paris 1949, 879.

[4] Pío IX, let. apost. *Ineffabilis Deus*, 8 diciembre 1854, en *Pii IX Pontificis Maximi Acta* [= APN], I-1, Roma [1854], 617.

cuales los eslavos deben la fe y la cultura, en sus relaciones con los Sucesores de Pedro [5].

El Papa León indicaba como principal impedimento, bajo el aspecto dogmático, la doctrina del Primado [6].

También muchos otros insignes católicos, como el Obispo croata Strosmajer, el Prof. Franchi, declararon que la única divergencia y obstáculo principal era el Primado. Estos, siguiendo el método indicado por el grande convertido Solovjev, se esforzaron en mostrar la identidad de la fe entre ortodoxos y católicos, tratando de poner de relieve lo que une la Iglesia católica y las Iglesias orientales, guardando silencio respecto a las diferencias. Aún llegaron a enseñar de que en el caso de que los ortodoxos hubieran aceptado el Primado del Romano Pontifice, después de la unión, no obstante el mismo «Credo», hubieran podido retener su doctrina sobre los diversos puntos dogmáticos en los cuales divergen de la doctrina católica, en cuanto no son opuestos y contrarios a la doctrina de la Iglesia católica, mas sólo diferentes.

La respuesta del Patriarca de Constantinopla Antimo, publicada el año 1895, mostró con qué ánimo diverso los «ortodoxos» miraban la cuestión. Contra la Iglesia Romana él opuso la innovación doctrinal. «La Iglesia de los siete Concilios Ecuménicos —escribió el Patriarca—, una, santa, católica y apostólica, retiene, como dogma, que la encarnación sobrenatural del único Hijo y Verbo de Dios, por obra del Espíritu Santo y de la Virgen María, es la sola que es pura e inmaculada. Mas la Iglesia papal una vez más ha innovado, apenas cuarenta años hace, estableciendo, respecto a la concepción inmaculada de la Virgen María, Madre de Dios, un nuevo dogma, que era desconocido en la Iglesia antigua" [7].

El falso irenismo de los autores arriba citados, contra el cual luchó enérgicamente el célebre franciscano dálmata Juan Markovic —autor de las conocidas obras *Los eslavos y los Papas* y *El Cesarismo y el Bizantinismo* [8]—, no tuvo éxito. La Iglesia católica fue acusada de fariseísmo y pretensión de dominio, en cuanto los católicos no harían cuestión de fe, de verdad, respecto al problema de unión, mas sólo del Papa y del Primado, guardando silencio que si los hermanos separados admitieran el Primado del Papa deberían aceptar y admitir todas las herejias y los errores contra el depósito revelado innovados por la Iglesia católica.

Hoy un tal equívoco es imposible. Documentos inobjetables del Magisterio eclesiástico enseñan claramente el método a seguir en el obrar a favor del movimiento ecuménico. Pío XII ha condenado a aquellos que «favoreciendo un imprudente irenismo» quieren hacer un edificio sin sólidos principios [9]. Anteriormente la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio, con decreto en fecha 20 de diciembre 1949 [10], establecía algunas normas para observarse en las discusiones ecuménicas: «se debe exponer y proponer toda e íntegra la doctrina católica»; «es necesario decir toda la verdad a los hermanos separados, ya sea porque éstos buscan la verdad, ya sea porque fuera de la verdad no se puede nunca obtener la verdadera unión». Afirmaba además que no se puede tener verdadera unión, sino con el retorno de los disidentes a la única verdadera Iglesia de Cristo. Ultimo, más no menos claro e insigne documento del Magisterio eclesiástico sobre este argumento, es la encíclica *Ad Petri cathedram* del Papa Juan XXIII, felizmente reinante.

---

[5] León XIII, let. apost. *Praeclara gratulationis*, 20 junio 1894, en *Leonis XIII Pontificis Maximi Acta* [= AL], XIV, Roma 1895, 199-203.

[6] *L. c.*, 199: «Praecipuum dissidii caput, de romani Pontificis primatu.»

[7] Cf. Le Bachelet X., *Immaculée Conception*, en «Dictionnaire de Théologie Catholique», VII-1, Paris 1927, 1211.

[8] Cf. Berkovic P., *Pitanje unije i franjevac Ivan Markovic (La Action pour l'union des Eglises et le franciscain* P. J. Marcovic), en «Nova Revija», 5 (1926) 105-122; 6 (1927) 39-46; 138-149.

[9] Pío XII, let. enc. *Humani generis*, 12 agosto 1950, en AAS 42 (1950) 565.

[10] Instrucción del S. Oficio, *De motione Oecumenica*, 20 diciembre 1949, en AAS 42 (1950) 144.

Mientras en el solemne documento, encíclica programática, el Santo Padre manifiesta el corazón paterno del Pastor universal solícito de todas las ovejuelas, redimidas por la sangre de Cristo, indica de nuevo claramente la vía por seguir: la vía de la verdad. «De la obtención de esta verdad que sea plena, integra, sincera —escribe el Santo Padre— debe brotar en nuestros ánimos y en nuestras acciones la unidad.» Una grande parte de la encíclica es reservada al espinoso problema de la unidad. En ella el Papa renueva la enseñanza inmutable de los Predecesores, respecto al problema de unión de la Iglesia católica, que brota de la conciencia que la Iglesia tiene de sí misma y de su derivación de Cristo. «La religión católica —dice el Papa— siendo la sola verdadera entre todas no puede sin suma ofensa venir puesta en el mismo plano de las otras.» «Y esta Iglesia como posee la plenitud de la verdad, posee también aquella unidad (adornada de tres notas características: unidad de doctrina, de régimen, de culto) de la Iglesia querida por Cristo. A esta unidad son invitados todos los hermanos separados» [11].

La vía de la verdad es, por tanto, aquella sola que, según la enseñanza del Magisterio Eclesiástico, pueda conducir a una verdadera unión.

Mas porque el camino por esta vía es largo e intricadísimo, nosotros, solícitos de la realización del anhelo de Cristo *Ut unum sint*, conscientes también de la importancia suprema de la cuestión, quisiéramos aún buscar una solución, una via, que apresurase la hora establecida por la divina Providencia de tal feliz acontecimiento.

En un libro reciente, un gran apóstol del ecumenismo, el P. Villain, tomando de G. Marcel la idea de la distinción entre «problema» teórico y «misterio», se propone trabajar por la unión de los cristianos, no poniéndose en el plano de los conceptos dogmáticos, mas en el plano del misterio cristiano; por consiguiente, no tratando y afrontando el movimiento como un problema que exige sólo investigaciones del espíritu, mas como un misterio dado del cielo, que supera la enunciación dogmática y pide una aproximación espiritual [12]. La aproximación debería suceder en Cristo, que asume en sí todas las afirmaciones fundamentales puestas en luz de la Reforma, como la trascendencia de Dios, el sentido de la gracia y de la salvación gratuita, la justificación por la fe en Jesucristo, nuestro único mediador y salvador [13].

Propuesta asi la distinción, nos parece exponer la cosa a peligrosas interpretaciones y a peores aplicaciones. Para evitar equívocos es necesario observar acerca de este modo de proponer un nuevo método irénico, de no deberse olvidar que la unidad querida por Cristo, es la unidad ya poseída por la Iglesia Romana. Por consiguiente, la Iglesia no puede ponerse en el mismo plano, ni aun psicológicamente, de los hermanos por una común convergencia en Cristo.

Un protestante, como el Prof. Culmann, reconoce y admite que si los católicos piden por la unión, como católicos creyentes deben necesariamente pedir por la conversión y el retorno de los hermanos a la Iglesia Romana [14].

Por tanto, nosotros, aceptando esta distinción, intentamos usarla solamente en cuanto pone en la cuestión un doble plano: el plano de la doctrina y aquel de la oración, que, aunque distintos, no van, sin embargo, separados. Siguiendo esta distinción, trataremos de mostrar cómo, mientras la vía de las discusiones doctrinales sobre la mariología y el culto mariano (los problemas) presenta en sí elementos que impiden la unión, y, al mismo tiempo, signos e indicios que nos inducen a esperar; la vía del misterio, o sea de la oración en Cristo, a fin de que, por intervención de María Santísima, se realice en toda su plenitud la voluntad de Jesús *Ut unum sint*, es la vía por excelencia, la única verdadera,

---

[11] Juan XXIII, let. enc. *Ad Petri cathedram*, 29 junio 1959, en «L'Osservatore Romano», 3 julio 1959.

[12] Villain M., *Introduction à l'oecuménisme*, Paris 1958, 149.

[13] *L. c.*, 155.

[14] Cullman O., *Catholiques et Protestantes. Un projet de solidarité chrétienne*, Neuchâtel 1958, 39.

puente indispensable para pasar de los problemas a la aproximación y a la preparación de la unión y obtener finalmente la satisfacción del supremo anhelo de Cristo y de todos los cristianos.

II. — LA VIA DE LAS DISCUSIONES DOCTRINALES. — EL PROBLEMA

En el libro *Le protestantisme et la Vierge Marie*, Pierre Maury concluye su examen sobre la doctrina y el culto de Maria en el catolicismo con estas palabras textuales: «Con todo es necesario decirlo. El desarrollo ininterrumpido de la doctrina y de la devoción mariana, nos parece acentuar, más fuertemente que nunca la imposibilidad para nuestra conciencia cristiana no solamente de una reunión, mas de una reaproximación actual profunda en el plano doctrinal y espiritual con la Iglesia Romana» [15]. El docto protestante alude en su conclusión al primer principio de la Reforma: «Exclusiva fidelidad a la Escritura» [16]. Sin embargo, de frente a una acentuación tan radical de la oposición protestante a la Iglesia católica en el terreno de la mariologia, nosotros queremos poner bajo la consideración y proponer a un atento examen de los hermanos, la doctrina de los promotores de la Reforma y su ejemplo.

Si bien Lutero habia fundado su especulación sobre estos principios a los cuales tan tenazmente aluden los protestantes de hoy: «Christus solus, Scriptura sola», en esta perspectiva cristológica y escrituristica, él ha reservado un grande puesto para la mariologia y la devoción mariana. El sin vacilación acepta la divina maternidad, la perpetua virginidad, admite la inmaculada concepción y exalta a la Madre de Dios con alabanzas altísimas [17]. Condena a Nestorio y enseña: «No sólo María es Madre de aquel que es nacido, mas de aquel que antes nació del Padre en la eternidad, y de la madre en el tiempo.» «Ha engendrado un hombre, mas también un Dios» [18].

---

[15] Maury, *La Vierge Marie*, 65.

[16] *L. c.*, 66-67: «... le principe premier de la Réforme: la fidélité exclusive à l'Ecriture. C'est avant tout parce que l'Evangile *biblique* nous a appris l'unicité de Jesus Christ comme Sauveur et Seigneur sans aucun médiation nécessaire de Lui à nous et de nous à Lui; c'est avant tout parce que l'Evangile *biblique* nous a appris que le salut est un don gratuit et que nous le recevons... *sola fide;* c'est avant tout parce que l'Evangile *biblique* nous appris... que, nous ne devons vivre, qu'a l'unique gloire de Dieu — *soli Deo gloria;* oui c'est pour cela que, devant le catholicisme de Marie, nous disons: *non possumus!*»

[17] Cf. Ebneter A., *Martin* Luthers *Marienbild*, en "Orientierung» n. 7, 31 marzo 1956, 77-79; n. 8, 30 abril 1956, 85-87; Sartory Th., *Entweder die Mutter oder das Kind? Die Hintergründe der katholisch - protestantischen Kontroverse über Maria.* en «Der christliche Sonntag» 11 (1959) 173-175, 181-183; Guntherus ab Horw, O. F. M. Cap., *Das Marienbild Luthers. Eine Untersuchung über das Zeugnis der Quellen*, Rom. 1952 (tesis doctoral inédita presentada en la Universidad Gregoriana); Schimmelpfennig R., *Die Geschichte der Marienverehrung im deutschen Protestantismus*, Paderborn 1952, 9-18; Delius W., *Luther und die Marienverehrung*, en «Theologische Literaturzeitung» 79 (1954) 409-425.

[18] Cf. D. M. Luthers *WERKE, Kritische Gesamtausgabe.* Unter der Leitung von J. Knaake, G. Kawerau, P. Pietsch, N. Müller, K. Drescher und W. Walther, Weimar 1883 sqq., 36, 60, 62. Cf. Ebneter, *art. cit.*, 77; Schimmelpfennig, *op. cit.*, 12: «Trotz aller leidenschaftlichen Kritik bestimmter Ausprägungen des Madonnenkultes hat Luther nie aufgehört, die Gottesmutter in Wort und Schrift zu preisen; bis zu seinem Todesjahr hat er stets an den Marienfesten gepredigt. In ihm lebt die Marienfrömmigkeit ebenso stark und warm wie in den mittelalterlichen Marienverehrern.» P. Sartory piensa, y no sin razón, que aquí hay una exageración (*art. cit.*, 173): «denn mit einzelnen Lutherzitaten ist hier gar nichts gewonnen, man muss die grundsätzliche Linie im Denken der Reformators vor Augen haben. Und diese stempelt ihn durchaus nicht zu einem "grossen christlichen Marienverehrer".» Delius, *art. cit.*, 410: «Er steht im Hinblick auf die Marienverehrung ganz in der Tradition der Kirche», y col. 411: «Von der Geburt Jesu aus der Maria gebraucht er zur Kennzeichnung der virginitas ante partum, in partu und post partum Formeln der Mariologie wie de ventre clauso utero, onhe männlichen Samen, semper Virgo, mit Duns Scotus hat er als nova veritas die immaculata conceptio und mit dem Ephesinum die Theotokos.»

«Cualquier cosa que se diga del Hijo de Dios, se debe decir lo mismo del Hijo de María.» «Por lo cual en una palabra son sintetizados todos sus honores, de tal modo que cuando se dice 'Madre de Dios', no se puede decir de ella cosa más grande» [19].

Este es el principio fundamental de la teología mariana católica. Los grandes mariólogos, como San Pedro Canisio y San Lorenzo de Brindis, cuando lucharon contra las ulteriores desviaciones, siempre más grandes, de la Reforma, no hicieron otra cosa que aludir a este principio. Lutero mismo de este principio deducía todo otro privilegio que atribuía a la Madre de Dios. Porque María es Madre del Hijo de Dios debía ser concebida sin pecado [20], siempre virgen [21], y por el mismo motivo «es dignísima de los más altos honores» [22] y «Reina sobre todas las cosas» [23].

---

[19] Cf. *Opera*, ed. Weimar, VII, 572-573: «Die grossen ding sind nit anders, den das sie gottis mutter worden ist in wilchen werck szo viel und gross gutter yhr geben sind, das sie niemand begreiffen mag, dann da folget alle ehre, alle selickeit und das sie ym gantzen menschlichem geschlecht eyn eynig person ist über alle, der niemant gleich ist, das sie mit dem hymlischen watter ein kind und solch ein kind hat und sie selb kann yhm keinen namen geben für ubirschwenglicher grosse und musz lassen bleyben dabey... Es sein gross ding, die nit ausstzureden sein noch zumessen. Darumb in einem wort hat man alle yhre ehre begriffen szo man zie gottis mutter nennet, kann niemant grossers von yhr noch zu yhr sagen, wenn er gleich szoviel zungen hett alsz laub und grasz stern am hymel und sand ym mehre ist. Es wil auch mit hertzen bedacht sein, was do sey gottis mutter sein...» Cf. SCHIMMELPFENNIG, *op. cit.*, 12: «In allen seinen zahlreichen Marienpredigten und-betrachtungen stellt Würde Maria um ihrer Gottesmutterschaft willen zukomme.»

[20] Cf. SCHIMMELPFENNIG, *op. cit.*, 14: «Um ihrer Reinheit willen und um der Reinheit und Sündlosigkeit des von ihr geborenen Gottessohnes willen vertrat Luther auch die Anschauung von der *Unbefleckten Empfängnis* Marias durch ihre Mutter Anna und zwar in demselben Sinn, wie sie 1854 in der römischen Kirche dogmatisiert worden ist.» He aquí algunos textos originales: «Cum autem et beata virgo sit ex patre et matre naturaliter nata, voluerunt multi dicere ipsam esse conceptam in peccato originali. In hoc tamen omnes consenserunt, quod in utero materno sanctificata fuerit et quod parentes non sine libidine conceperint. Verum alii per medium illorum sunt, qui dicunt duplicem esse hominis conceptionem: unam quae est naturali coitu sexuum, alteram quando in utero matris paratum est corpusculum et infunditur anima a creatore» (ed. Weimar, IV, 693). «Alia autem conceptio, scilicet infusio animae, pie creditur fuisse sine peccato ullo ut dum infundenda esset anima simul purgaretur a peccato et donis Dei ornaretur ad suscipiendam animam sanctam sibi infusam. Et sic eodem momento quo coepit vivere, erat sine omni peccato. Nam antequam viveret, nec peccatum, nec non peccatum ibi esse dici potuit, quae soli animae viventi esse convenit» (ed. Weimar, IV, 693, 694). «Et sic diva Virgo medium tenet inter Christum et homines alios. Quia Christus simul conceptus et vivus eodem momento plenus fuit gratia; alii homines tam prima, quam secunda conceptione vacui sunt gratia. Beata Virgo, licet prima esset vacua, secunda tamen fuit plena; et hoc merito, quia ipsa fuit etiam media in omni generatione. Nam ipsa est genita a patre et matre; ipsa vero genuit sine patre facta mater, partim carnalis partim spiritualis filii. Quia Christus tam de carne sua, quam ex Spiritu Sancto conceptus est. Christus vero est pater multorum filiorum sine patre et matre carnali. Quare ipsa recte, sicut est medium inter generationem carnalem et spiritualem, ita recte erat medium inter conceptionem» (ed. Weimar, IV, 694). «Hoc est quod nunc nostrum thema dicit: "Benedicta tu inter mulires". Nam benedicta dici non deberet, si unquam sub maledicto iacuisset. Et iustum erat, ut illa persona servaretur sine labe, de qua Christus sumpturus erat carnem omnium peccatorum victricem. Benedictum enim id dicitur quod Dei gratia donatum est, id est, quod sine peccato est» (ed. Weimar, IX, 694). Parece que Lutero no haya conservado hasta la muerte esta opinión sobre la Inmaculada concepción de María.

[21] Cf. SCHIMMELPFENNIG, *op. cit.*, 13-14: «Noch 1543 nahm er scharf Stellung gegen die Lehre des Helvidius... Luther nennt ihn einen'groben Narren.»

[22] Cf. EBNETER, *art. cit.*, 87.

[23] Cf. *Opere*, ed. Weimar, XXXVI, 208. Cf. EBNETER, *art. cit.*, 79: «Luther lässt die Frage der leiblichen Aufnahme Mariens in den Himmel offen... Luther glaubt aber fest, das Maria in der Herrlichkeit ist. In einer spätern Predigt, 2 Juli 1537, singt er von Maria: Keine Frau ist dir gleich. Du stehst über Kaiserin und Königin... hochgelobt über allen Adel, Weisheit, Heiligheit..., — was dem heutigen Protestanten wohl schon überschwänglich erscheint. In der Predigt von Mariae Heimsuchung vom 2 Juli 1532 nennt er die Jungfrau sogar "Domina super coelum et terram"... Luther hatte offenbar keine Schwierigkeit, vom Königtum Mariens zu sprechen.» Cf. SCHIMMELPFENNIG, *op. cit.*, 15,

También Zuinglio no encuentra dificultad en admitir la divina maternidad y la perpetua virginidad de María [24], y Calvino, que pertenece a la segunda generación de la Reforma, aun condena a Nestorio y a Elvidio que negaron la maternidad divina y la perpetua virginidad de María [25].

No queremos ignorar la oposición de Lutero contra ciertas formas de devoción a María, por el principio que la única mediación de Cristo es suficiente. Sin embargo hoy, llevando hasta los extremos este principio, algunos exponentes del protestantismo, mientras acusan de paganismo el culto que la Iglesia católica tributa a María y rechazando la mediación e intercesión de María, no sólo llegan a negar la virginidad de María en el parto y después del parto, mas también entre aquellos que admiten la divinidad de Cristo, no ven en la maternidad la fuente de aquellos privilegios que Lutero mismo admitía; y aún más, se atreven a negar la misma divina maternidad. Significativa y desconcertante es una pregunta dirigida por P. Kenneth Dougherty, de Wáshington, a los pastores, representantes de 17 diversas denominaciones. De los 270 pastores, a los cuales el P. Dougherty propuso la cuestión: ¿qué pensáis respecto a la Madre del Señor (Lc. 1, 45)?

el 64 % no reconocen a María como Madre de Dios,
el 21 % admiten la divina maternidad,
y el 15 % están indecisos [26].

¿Debemos concluir que hoy entre ciertas comuniones protestantes sopla un fuerte viento antimariano?

Tanto al pastor protestante y teólogo luterano Valter Von Loewenich, el cual, en su libro *Der moderne Katholizismus*, acusa «el paganismo de la devoción popular mariana», y ve en la moderna mariología católica «la elevación a sistema de tal paganismo» [27], así como también a los epígonos de los reformadores, queremos sugerir tomar de nuevo en mano la doctrina de sus padres, donde encontrarán en la exaltación del himno mariano «Magnificat» una aproximación a la posición católica; y recuerden la amonestación de un no menos ilustre escritor protestante, Hans Asmussen: «Si María no es la Madre de Dios, entonces la Iglesia ha errado en todos los tiempos; o más bien nosotros, que negamos a María esta denominación, hemos estado separados de la Iglesia cristiana universal» [28].

De cuanto ha sido dicho, se puede ya intuir que el fundamento y las raíces de la vivaz controversia mariana entre católicos y protestantes se deben buscar, más bien que en la mariología, en la oposición radical de algunos principios básicos del protestantismo, esto es, en la doctrina, que reconoce como fuente de la revelación la sola Escritura, en la doctrina sobre las relaciones entre el hombre y Dios y sobre la naturaleza de la gracia. Si el mismo Lutero, aun después de su separación de la Iglesia católica, encontraba la Virginidad de María, reve-

---

el cual dice que del dogma definido en el 1950 se encuentran «Spuren auch bei Luther», «Ferner war Maria für Luther eine Fürbitterin».

[24] Cf. Schimmelpfennig, *op. cit.*, 10: «Eine Betrachtung der Äusserungen des Schweizer Reformators Zwingli über die Marienverehrung ergibt eine grosse Ähnlichkeit mit denen Luthers. Auch für Zwingli ist Maria die Mutter Gottes, die "gebererin unsers heils, die reine magt", die allein unter allen Sterblichen Gott ausserwählt hat, "ut casto intactoque corpore Christum filium dei gestaret, et mater esset sine virginitatis et castitatis iactura"» (H. Zwingli, *Opera completa*, VI, pars 1, p. 204). Cf. también Hamer J., *Marie et le protestantisme a partir du dialogue oecuménique*, en «Maria» (H. Du Manoir), V, Paris 1958, 989.

[25] Cf. Hamer, *art. cit.*, 989.

[26] Cf. Ebneter, *art. cit.*, 77.

[27] Von Loevenich W., *Der moderne Katholizismus*, Witten 1955, 77.

[28] Asmussen H., *Maria die Mutter Gottes*, Stuttgart 1950, 5: «Ist Maria nicht die Mutter Gottes, dann hat die Kirche aller Zeiten sich geirrt, — oder aber wir, die wir der Maria diese Bezeichnung vereignen haben uns von der allgemeinen christliche Kirche getrennt.»

lada claramente en la Escritura y más tarde no la ve más; si, mientras insistía en no querer combatir la veneración de María, mas sólo los abusos en este campo, de hecho rechazó como abuso el mismo culto a María, y si después sus secuaces anduvieron tan lejos hasta poner a María entre los mitos paganos —todo esto se deriva lógicamente de los principios bíblico-eclesiológicos protestantes.

Ahora bien, el hecho mismo que la Iglesia católica exalte a María sobre todos los ángeles y los santos, de tal modo que la mariología y la piedad mariana, hayan llegado a ser en cierto sentido el distintivo de ortodoxia, ha suscitado ante muchos protestantes un vivo interés de conocer más de cerca el misterio mariano. Y nosotros estamos convencidos que, conociendo mejor a María, ciertamente nuestros hermanos no podrán no ver el exclusivismo y la unilateralidad y por esto mismo la equivocación de sus principios básicos. Esto es lo esencial, porque en el caso en que haya abusos en la mariología y piedad mariana ante los católicos, la Iglesia los puede extirpar sin tocar sus principios fundamentales, lo cual no puede acontecer en el protestantismo.

De aquí que propiamente donde los protestantes y «ortodoxos», tan célebres por su devoción a María, así como también algunos católicos, ven el mayor obstáculo y la piedra de escándalo para la unión de las Iglesias, en la así dicha innovación doctrinal (acontecida en los últimos 100 años, con la proclamación de los dos dogmas marianos, que son el origen de la gran devoción actual mariana entre el pueblo católico), a nosotros parece poder indicar el punto de enfoque para una clarificación doctrinal de las posiciones básicas de la doctrina católica y para una serena presentación, que sirva a la superación de los obstáculos para la deseada unión, los cuales encuentran su origen en un cúmulo de prejuicios muy difundidos sobre el Primado del Papa y sobre la infalibilidad pontificia, sobre el progreso dogmático y sobre las relaciones entre la criatura y Dios.

Por las bulas *Ineffabilis Deus* y *Munificentissimus Deus*, como, por la historia de estas bulas, aparece claro que los Romanos Pontífices se han decidido a proclamar dogma de fe las verdades que miran al principio y al término de la existencia terrena de la Madre de Dios, después de haber constituído especiales Comisiones de estudio para examinar la cuestión, y después de haber interrogado a todos los Obispos del mundo católico, si, como pastores de las greyes a ellos confiadas, retenían que estas verdades fueron reveladas por Dios. Este hecho demuestra la carencia de fundamento del temor de ciertos ambientes acatólicos, que la definición de la infalibilidad pontificia habría abierto camino a una innovación doctrinal siempre más radical, en cuanto que el Papa, declarado infalible, no habría de consultar con alguno, y habría podido crear nuevos dogmas como y cuando quisiere. La realidad es bien diversa: todos los católicos saben y los Romanos Pontífices están persuadidos que el Espíritu Santo no fue prometido al Sucesor de Pedro para inspirarlo a hacer nuevas revelaciones, mas para asistirlo, a fin de que no caiga en error en las cuestiones de fe y de moral. Ahora bien, la conciencia de tal asistencia del Espíritu Santo, para evitar que se transforme en tentación de Dios, presupone el estudio más cuidadoso de los problemas y el examen más profundizado de las fuentes de la revelación. De hecho, definiendo los dos dogmas marianos, Pío IX y Pío XII solamente han proclamado el hecho de la revelación divina, hecho constatado después de haber interpretado la historia y la actual creencia de la Iglesia universal, cuyo consentimiento por sí mismo es criterio infalible de verdad. «Porque —escribe Pío XII— la Iglesia universal, en la cual vive el Espíritu de verdad que la conduce infaliblemente al conocimiento de la verdad revelada, en el curso de los siglos ha manifestado en muchos modos su fe, y porque los Obispos del orbe católico con casi unánime consentimiento piden que sea definida, como dogma de fe divina y católica, la verdad de la Asunción corpórea de la Beatisima Virgen María al cielo, verdad fundada en la S. Escritura, inserta profundamente en el ánimo de los fieles, confirmada por el culto eclesiástico desde tiempos remotísimos, sumamente está en consonancia con las otras verdades reveladas, espléndidamente ilustrada y explicada por el estudio de la ciencia y sabiduría de los teólogos — retenemos llegado el momento preestablecido por la Providencia de Dios para proclamar solemnemente este privilegio de María Virgen» [29].

---

[29] Pío XII, cont. apost. *Munificentissimus Deus*, en AAS 42 (1950) 769.

Los Papas, en el caso de la Inmaculada Concepción y de la Asunción de la Virgen, no han hecho otra cosa que confirmar con su supremo juicio la fe de la Iglesia universal. No se trata, por consiguiente, de proclamación de un nuevo dogma, en el sentido de nuevamente revelado, mas de la infalible declaración de verdad, implícita y obscuramente contenida en la revelación, que poco a poco ha llegado a ser más explícita, más clara, hasta alcanzar la plena certeza. La verdad es siempre la misma, substancialmente inmutable e inmutada, mas vista en su plena luz. Este progreso en el conocimiento de la verdad revelada se verifica por obra y bajo la asistencia del Espíritu Santo, prometido por Jesucristo a su Iglesia con la específica función de conducirla al conocimiento perfecto y claro de cuanto ha sido revelado obscuramente [30]. «Del mismo modo —escribía Vladimiro Solovjev— que debe considerarse insipiente aquel que, no viendo en la semilla ni tronco, ni ramas, ni hojas, ni flores, considerase estas partes, no como derivaciones de la virtud de la semilla, mas como adiciones artificiales de manos extrañas, así habría ciertamente de considerarse insipiente el que negase aquellas fórmulas complejas, más claras, que la gracia divina existente en la Iglesia vivifica, por refugiarse únicamente entre las primitivas fórmulas de la comunidad cristiana» [31].

La Iglesia de Cristo, al definir la Inmaculada Concepción y la Asunción, no ha creado un nuevo dogma, mas ha propuesto a los fieles lo que implícitamente está revelado en el Protoevangelio, a la luz de la tradición [32], en el hecho que María es dignísima Madre del Salvador y siempre Virgen, saludada por el Angel «llena de gracia» [33], y por Isabel «bendita entre todas las mujeres» [34]. La tradición cristiana, en la cual encontramos testimonios antiquísimos de la absoluta santidad de María y de su triunfo sobre la muerte, se desenvuelve como un finísimo recamo de mano peritísima en torno a estos datos simplicísimos de la Sagrada Escritura sobre la Madre de Dios. Ni Pío IX ni Pío XII han perdido de vista la Sagrada Escritura: éstos tienen conciencia, que las verdades, por ellos definidas, son reveladas, y, por consiguiente, que se encuentran o en la Escritura o en la tradición apostólica. Mas dejan a los teólogos que investiguen *dónde* y *cómo* precisamente han estado estas verdades reveladas.

También para los teólogos católicos el argumento de la Escritura tiene un primado innegable de importancia y de valor sobre todos los otros; mas éstos saben que no pueden explicar la Escritura como cualquier otro documento histórico, sino teniendo ante los ojos el magisterio de la Iglesia, como norma próxima de verdad.

«La sola Escritura» no puede, por consiguiente, significar la letra muerta escriturística, ya sea oral ya sea escrita, mas la revelación de Dios, que es palabra viva de Dios vivo. La Escritura nos pone delante de los ojos el grande don de la revelación, que no es otra cosa como dice el Prof. protestante Delius, sino la revelación del plan divino de la salvación en el misterio del Cuerpo Místico de Cristo [35]. A este plan se remiten los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción, como es fácil constatar por el prólogo de los documentos pontificios [36].

Por consiguiente, ¿por qué los dos dogmas marianos de la época moderna deberían ser impedimento, más bien que ayuda a la unión? ¿Quién no ve cómo estos dogmas ponen en la verdadera luz y disipan tantos prejuicios sobre los principios básicos del primado pontificio y de la infalibilidad del Romano Pontífice, de los cuales no se podrá prescindir al hacer la unión? ¿Quién no ve cómo estos dogmas ilustran el sano progreso dogmático, el cual deja la puerta abierta para un conocimiento más perfecto del depósito revelado, que la Iglesia

---

[30] Gn. 16, 13.
[31] Solovjev W., *Les fondamentes spirituelles de la vie*, Bruxelles 1932, 189.
[32] Gn. 3, 15.
[33] Lc. 1, 28.
[34] Lc. 1, 42.
[35] Cf. Sartory, *art. cit.*, 175.
[36] Cf. Pío IX, let. apost. *Ineffabilis Deus*, en APN, I-1, 597-598; Pío XII, cons. apost. *Munificentissimus Deus*, en AAS, 42 (1950) 754.

debe conservar, no como un mineral siempre idéntico, porque inerte, sino más bien como un principio viviente que conserva su identidad y estabilidad desenvolviéndose y desarrollándose continuamente?

Y de hecho, la sinceridad de los Romanos Pontífices, los cuales mientras buscan toda posibilidad para hacer un solo rebaño bajo un solo pastor, profesan su fe y ponen a la luz las verdades reveladas por Dios, ha provocado, después de un momento de desvío, también entre los cristianos existentes fuera de la Iglesia católica, un juicio más ponderado. Así los protestantes de Suiza, después de haber interrumpido los coloquios ecuménicos con los católicos por causa de la definición de la Asunción, poco después de nuevo los han continuado, dando el siguiente motivo: «Cuál sea el último sentido providencial de estos acontecimientos, es secreto de Dios, a nosotros no pertenece dar un juicio... Por esto continuaremos en lo que está confiado a ambos: en la obediencia al mandato dado por el Señor de procurar la unidad en El y de ser, con nuestra colaboración, un símbolo, un ramo de olivo, de aquella plena unidad» [37]. De un modo semejante en Alemania, donde el Obispo luterano Stählin y el Profesor Schlinck, a nombre de los protestantes, en el mes de octubre de 1950, habian hecho saber a los católicos que los convenios ecuménicos no se podrían continuar tanto por razones políticas como por la definición de la Asunción; cuatro meses después, en marzo de 1951, por deseo de los mismos protestantes, fueron continuadas de nuevo las reuniones en una atmósfera de amistad y con un óptimo resultado [38]. El pastor protestante luterano Asmussen declaraba que la Asunción corpórea de María no es otra cosa que una consecuencia de su dignidad de Madre de Dios, y que la definición, opuesta a los errores de nuestros tiempos, es muy oportuna [39].

Por tanto; no presuntuosamente Pío XII, como cien años antes Pío IX, definiendo la Asunción expresaba su voto y confianza: «que todos los cristianos sean estimulados a una mayor devoción hacia la Madre celeste, y que el corazón de todos aquellos que se glorían del nombre cristiano sean movidos a desear la unión con el Cuerpo Místico de Jesucristo» [40].

Ahora bien, si los Vicarios de Cristo, que llevan la responsabilidad del incremento de la fe católica en el mundo, han expresado esta idéntica esperanza al definir los dos dogmas, ¿cómo nosotros católicos no queremos nutrir una semejante confianza?

Hay, con todo, otro punto, fundamental en la mariología católica y de gran actualidad, que presenta particular dificultad a la mentalidad protestante: la doctrina de la mediación de María. Esta doctrina, no definida aún como dogma de fe, admitida por la Iglesia «ortodoxa», choca contra uno de los principios básicos del protestantismo, en cuanto contradeciría a la explícita doctrina escriturística: «Unicus Mediator Christus», y disminuiría la gloria de Cristo, que debe ser reconocido por todos como único, suficientísimo y perfectísimo Mediador. Esta misma doctrina además va contra otras particulares doctrinas del protestantismo, como la transcendencia absoluta de Dios y la índole absolutamente gratuita de la salvación, en cuanto se funda sobre la doctrina católica de la cooperación de la criatura con el Creador después de la Encarnación, de la gracia, como no simple acto divino de benevolencia, sino como don que diviniza y transforma intrínsecamente, del mérito; de suerte que el famoso teólogo luterano Karl Barth veía en ella como la expresión típica de todo el sistema teológico católico en su concepción del hombre y de Dios [41].

---

[37] Cf. Bea A., *La definizione dell' Assunta e i Protestanti*, en «Echi e Commenti della proclamazione del dogma dell' Assunzione», Roma 1951, 91.

[38] *L. c.*

[39] *L. c.*

[40] Pío XII, const. apost. *Munificentissimus Deus*, en AAS 42 (1950) 769.

[41] Barth K., *Dogmatique*, trad. franc. de F. Ryser, Ginebra 1954, 132.

Con todo, si la inveterada tradición secular de antagonismo no cierra la puerta de la mente y del corazón, en la caridad de Cristo, a la mutua compresión, nos atreveríamos a creer que aún en este punto se podría insinuar una posibilidad de mutuo entendimiento.

No es propia solamente de los protestantes la legítima preocupación por la gloria de Cristo, quienes han llegado hasta negar todo privilegio a la Virgen. La encontramos claramente expresada por insignes doctores y santos de la Iglesia católica antes aún de la Reforma y aún hoy por teólogos auténticos es tenida en la debida consideración. «No es menester inventar nuevos títulos —escribía San Buenaventura— en honor de la Virgen; no tiene necesidad de nuestra mentira, Aquella que reina en la verdad»; y añadía la advertencia: «para que, al paso que se exalta la excelencia de la Madre, no se disminuya la gloria de Cristo» [42]. Por lo demás es la misma preocupación que, mientras conduce a nuestros hermanos separados a negar los privilegios y la función de medianera a la Virgen, lleva a los católicos a atribuir a la Madre todo lo que es más excelente, si no es contrario a la S. Escritura, precisamente a causa de la excelencia de Cristo único y perfectísimo Redentor y Mediador. ¿No fue Duns Escoto quien, superando la oposición de los mayores doctores escolásticos, nacida precisamente de una tal preocupación, enseñó la Inmaculada Concepción, exactamente «propter excellentiam Christi perfectissimi mediatoris»? [43]. Y cuando el sentido cristiano no podía ni siquiera por un momento pensar que María hubiera sido entregada a la corrupción de la muerte, ¿no fue por razón de su Hijo omnipotente, ya que todo verdadero y amantísimo hijo, pudiendo preservar a su madre de la corrupción, lo haría? Los documentos pontificios para la proclamación de los dogmas marianos definidos en este último siglo, atestiguan claramente esta preocupación de la Iglesia católica. Pío IX afirma que, con la devoción a la Virgen. la Iglesia quiere «honrar siempre en Ella a su Hijo Unigénito, N. S. Jesucristo, ya que todos están convencidos de que todo el honor y la gloria que se da a la Madre, redunda en su Hijo» [44]. La constitución apostólica *Munificentissimus Deus* está llena de innumerables testimonios que celebran la dignidad, la excelencia de Cristo, vencedor de la muerte, el cual «preservó el cuerpo de María porque redundaba en descrédito suyo que fuese víctima de la podredumbre aquella carne virginal, de la cual El se había vestido» [45]. Y cuando la escuela franciscana, con Carlos del Moral a la cabeza, enseñaba que María es corredentora, mediadora, porque nos mereció de condigno todo lo que Cristo nos mereció, ¿no lo hacía sino para exaltar la sobreabundancia de los méritos del único principal y absoluto mediador, Cristo? [46].

Que la mediación no deba ser limitada a solo Cristo, lo admiten aún algunos protestantes, los cuales, junto con Max Thurian, no temen afirmar que «la negación de toda mediación, además de la de Cristo, aún de una mediación por El y en El, conduce a la negación misma de Cristo» [47]. No es necesario colocar a esta Mediadora *al lado* del Mediador, ya que se puede fácilmente seguir el consejo del luterano Asmussen, quien gusta contemplarla *en Cristo* [48]. Lo mismo enseñan muchos teólogos católicos, afirmando que María no se añade al único Mediador, sino ha sido querida por Dios como participante de la mediación, en el plan de la salvación.

Abrigamos la firme esperanza que si el Consejo Ecuménico, ensanchando la mirada de los hermanos hacia la amplia perspectiva del plan de Dios, conti-

---

[42] S. BONAVENTURA, *Sent.* III, d. 3, pars 1, a. 1, q. 2 (*Opera omnia*, ed. Quaracchi, III, 68 ab).

[43] DUNS SCOTO, *Ordinatio*, III, d. 3, q. 1 (ed. BALIC C., *Ioannes Duns Scotus, doctor immaculatae conceptionis*, I, *Textus auctoris*, en «Bibl. Immaculatae Conceptionis», V. Roma 1954, 13).

[44] Pío IX, let. apost. *Ineffabilis Deus*, en APN, 1-1, 615.

[45] Pío XII, const. apost. *Munificentissimus Deus*, en AAS, 42 (1950) 766.

[46] Cf. SEBASTIÁN W., O. F. M., *De B. Virgini Maria universali gratiarum mediatrice. Doctrina Franciscanorum ab an. 1600 ad an. 1730*, en «Bibl. Mediationis B. V. Mariae», 1, Roma 1952, 153-154.

[47] THURIAN M., *Mariology, (d) Reformed*, en «Ways of Worship. The report of a Theological Comission on Fhaith and Order», London 1951, 313.

[48] ASMUSSEN, *op. cit.*, 51: «Die Frage ist nur —bei der Mutter Gottes ebenso wie bei allen anderen Christen—, ob es sich um eine Mittlerschaft *in* Christus oder um eine Mittlerschaft *neben* Christus handelt. Denn dies ist offensichtlich die Unterscheidung, an welcher nicht weniger als alles hängt. Kennen wir eine Mittlerschaft neben Christus, dann ist die Ehre Christi wirklich angefochten.»

nuará su estudio y ahondará siempre más el misterio de la Encarnación, porque el Verbo se hizo carne «ex muliere» [49], entonces no solamente la doctrina católica de la mediación de María no será piedra de tropiezo, sino factor de unión, en cuanto iluminará toda la doctrina relativa al plan divino de la salvación, obligando a nuestros hermanos a desengañarse sobre varias otras cuestiones, en que divergen de la doctrina católica.

Los ayudará singularmente a entender el puesto y el significado de María en el culto católico, sea considerado en sí, sea considerado en sus manifestaciones litúrgicas o en las devociones particulares.

En este campo ante todo es menester deshacer el prejuicio y la grave calumnia lanzada por los protestantes contra el culto católico de María. Teológicamente, en efecto, no es verdad que el culto mariano de la Iglesia católica esté infectado de idolatría, ya que la Iglesia católica constantemente ha enseñado y enseña que María es una creatura. El culto prestado a María no es adoración, sino de veneración, ciertamente superior en su grado a la tributada a los Santos, pues en cuanto Madre de Dios los supera en dignidad y santidad.

En segundo lugar, una devoción iluminada a la Virgen no se detiene en Ella, mas conduce a Jesús. También sobre este punto la enseñanza del Magisterio eclesiástico es bastante clara y precisa. Basta leer la encíclica *Ad diem illum* del Santo Padre Pío X, que tanto ha acrecentado el amor hacia Cristo, tomando por programa la divisa paulina *Instaurare omnia in Christo,* para convencerse de ello [50]. Las palabras además de Pío XII, grande fautor del culto mariano, lo confirman [51].

Y la historia confirma la enseñanza del magisterio, ya que documenta claramente que el culto rendido a María, lejos de hacer sombra o rebajar el culto de adoración debido a Cristo, lo salvaguarda y robustece. Ciertamente en la historia del culto mariano ha tenido lugar un desarrollo, pero éste trae sus principios y raíces de los primeros tiempos de la Iglesia, puesto que, si en el medievo y en la época moderna ha gozado de un espléndido florecimiento, María no estuvo jamás ausente del pensamiento y de la veneración de los cristianos.

Insigne testimonio en el mundo contemporáneo es Lourdes, en donde, según la hermosa expresión de San Pío X, se alza el más glorioso trono de Jesús sacramentado. Quien se llega a Lourdes y logra asir la íntima esencia de su mensaje, superando las apariencias, podrá caer en la cuenta de la función de la devoción y del culto mariano en la Iglesia católica, que es precisamente de conducir a Cristo.

Y puesto que se nos presenta la ocasión, dado que también el hecho de las apariciones marianas del último siglo ofrece a nuestros hermanos motivos de escándalo y de divergencia, no será inoportuno esclarecer el pensamiento y la postura de la Iglesia al respecto.

La Iglesia admite como posibles el milagro y las apariciones de los seres celestiales; con todo procede con la máxima prudencia en la aprobación de eventuales apariciones, habiendo rechazado y condenado muchas de ellas. Con respecto, pues, de algunas apariciones, reconocidas de origen sobrenatural, como las de Lourdes y de Fátima, las más célebres de este último siglo, las mismas no añaden nada al depósito revelado, pero son un eco de él. La Iglesia enseña claramente que la revelación se ha cerrado con la muerte del último de los Apóstoles, y que todo lo que es necesario a nuestra salvación se halla en la S. Escritura. Además, aun habiéndolas reconocido de origen sobrenatural, no obliga a nadie a creerlas de manera absoluta, ni la aprobación implica la garantía de autenticidad de cada gesto y de cada palabra referida por los videntes.

Como es obvio, en la doctrina y en el culto mariano es necesario distinguir lo esencial de lo accidental En este último caso, la Iglesia puede introducir modificaciones, puede permitir que se omita lo que desagrada, o bien declarar

---

[49] Gal. 4, 4.

[50] Pío X, let. enc. *Ad diem illum*, 2 febrero 1904, en *Pii X Pontificis Maximi Acta*, I, Roma 1905, 155.

[51] Pío XII, discurso *Soyez les bienvenus*, 21 julio 1947, en AAS 39 (1947) 413; let. enc. *Fulgens corona,* en AAS 45 (1953) 581-582.

que ninguno debe atenerse a ello. Y aún cuando no se pueda pensar que el culto mariano en general sea plenamente libre —excepto algunas fiestas de precepto—, todo lo demás es materia más bien de consejo que de mandamiento. Ahora bien, como nuestros hermanos separados, vueltos al seno de la Iglesia romana, no quedan obligados a abandonar el propio rito, ni la propia lengua litúrgica, como asimismo les ha sido permitido a veces ejercer el oficio sacerdotal sin la observancia del celibato, así podrían no ser obligados a admitir y ejercer todas las varias devociones marianas ya generales, ya particulares, teniendo presente la observación de Newman, que «ciertas devociones, consideradas convenientes para los italianos, no se podrían practicar entre los ingleses» [52]. Bastaría que no impugnasen este culto como pagano o idólatra o superfluo.

El hecho mismo de que María es Madre de Dios y madre nuestra —«Carne mater capitis nostri, spiritu mater membrorum eius, quia cooperata est caritate, ut filii Dei nascerentur in Ecclesia» [53]— debería ser bastante para hacer entender cómo Dios goza y es honrado El mismo por medio del culto tributado a María, su Madre y Esposa.

III. — LA VIA DE LA ORACION. — EL MISTERIO

Con todo, eso mismo que a la buena voluntad podría parecer realizable, la historia del movimiento ecuménico muestra que es de una dificultad superior a las fuerzas humanas.

Leyendo en las Actas de los Congresos del Consejo Ecuménico las afirmaciones ya de la Iglesia «ortodoxa», que no ha vacilado en presentarse como la sola verdadera Iglesia..., que ha permanecido exenta de todo cambio desde el tiempo de los Apóstoles [54], ya de las otras confesiones y comunidades cristianas, representadas en el Consejo Ecuménico, la impresión es desconcertante. Una grande, desmesurada tentación de desconfianza en las posibilidades humanas oprime el corazón y no nos queda más que o perder toda esperanza, convencidos de la imposibilidad de cambiar tradiciones varias veces seculares y de cruzar los abismos insalvables que separan las varias confesiones cristianas, o bien recurrir a la misericordia divina exclamando: «Credo, Domine, adiuva incredulitatem meam» [55]. Hecho este acto de fe, se abre a la vista de todos los cristianos el camino de la oración a Cristo y en Cristo: *Ut unum sint!*

Si el Padre ha escuchado siempre a su Hijo divino, podemos asegurarnos que lo escuchará también en esta su suprema voluntad: *Ut unum sint,* voluntad que Cristo nos ha dejado como su testamento. No sabemos ni cuándo, ni cómo, ni por cuáles caminos se efectuará la unión de los cristianos, pero debemos tener la certidumbre de que se hará, porque ésta es la voluntad de Cristo mismo, único Redentor nuestro «semper vivens ad interpellandum pro nobis» [56]. Por ello en el último Congreso del Consejo Ecuménico, advirtiendo los fracasos habidos en el camino hacia la unión y las dificultades insuperables que se presentaban, se tomó la siguiente resolución: «Nuestra solicitud y búsqueda de la unidad se mide por la manera con que oramos por la unidad. No podemos esperar que Dios nos dé esta unidad, si nosotros no nos preparamos a recibir este don con una vida de oración que nos cueste y purifique. Orar juntos es ya acercarnos. Pedimos insistentemente que se practique, donde quiera que sea posible, la Semana de oración por la unidad cristiana del 18 al 25 de enero o en otro periodo apto a las condiciones del lugar, *como público testimonio que la oración es la vía y camino hacia la unidad*» [57].

---

[52] Cf. Fries H., *Antwort an Asmussen,* Stuttgart 1958, 147-148.
[53] S. Agostin, *De sancta virginitate,* n. 6 (PL 40, 399).
[54] Cf. Villain, *op. cit.,* 35, nota 5.
[55] Mc. 9, 23.
[56] Ad Hebr. 7, 25.
[57] Cf. Villain, *op. cit.,* 48.

La Semana de oraciones por la unidad, introducida en la Iglesia católica por el gran convertido del protestantismo Pablo Watson, y promovida con infatigable celo por el abate Couturier, se recomienda, pues, también a todos los hermanos separados. Debemos preguntarnos: ¿qué lugar ocupará María en la oración por la unión ya entre los católicos como entre los no católicos?

Si la Madre de Dios es la Madre de la Iglesia, en cuanto madre de la Cabeza y de cada uno de los miembros; si María no es solamente Madre de Cristo, sino, según la voluntad de Dios, su Compañera en la economía de la salvación; si es verdad que toda gracia viene de Dios en Cristo y de Cristo a María, por la cual nos es distribuída, una conclusión se impone: si queremos obtener la mayor gracia, que se pueda imaginar, esto es, la deseada unión de todos los cristianos, la tendremos solamente por medio de María, reina de los corazones, pacificadora de los hombres, reina y madre de la unidad cristiana.

María, en efecto, ha sido aquella que ha ofrecido al Verbo «Ventris et cordis hospitium», por su *Fiat* y por su fe, y ha llegado a ser *Sponsa Dei* y llena de gracia «engendró virgen la salud del mundo, y dio a la luz en su virginidad la vida de todos» [58], y ha sido constituída por tanto madre de cuanto ha sido creado nuevamente y por ende madre de los vivientes. Ya San Agustín, comparando la Iglesia y María, llama indirectamente a la Virgen, Madre de la unidad [59].

María es madre de la unidad cristiana, porque «une la cabeza al cuerpo, Cristo a la Iglesia» [60]; porque «une a los que están desunidos y una vez reunidos los conserva en la unidad» [61], «habiendo ella, la primera y más bienaventurada, recibido el grande cometido en cuya virtud muchos distintos entre si han sido hechos como uno» [62]. Como madre «la Virgen rodea todos los miembros de su Hijo e hijos de su seno con entrañas de piedad y de misericordia» [63]. Madre de la Humanidad y medianera que naturalmente ejecuta la unión, por medio de Ella, «somos inscritos entre los miembros de la Iglesia una, santa, católica y apostólica» [65]. Por eso San Germán de Constantinopla, invocaba así a Maria: «Acuérdate de los cristianos, que son tus siervos; refuerza la fe; abraza estrechamente las Iglesias en la unidad» [66]. Y aún hoy los griegos le dirigen esta plegaria: «Oh Virgen toda pura, que puedes acercarte sin temor a tu Hijo, ruégale, ¡oh toda santa!, que dé al mundo la paz e inspire un mismo sentimiento a todas las Iglesias, y nosotros todos te aclamaremos» [67].

Y, en verdad, quien mira con ojos abiertos el profundo movimiento de la historia, debería caer en la cuenta que María, la Madre de la Iglesia y de la unidad, con presencia imperceptible, escondida, silenciosa y humilde como la acción y la presencia de la madre de familia, está a la obra en su delicado oficio de restaurar la unión entre los hermanos. Ella toca a la puerta del vasto movimiento agrupado en el Consejo Ecuménico. En el Congreso del Consejo Ecuménico, celebrado en 1937 en Edimburgo, habiendo sido cancelada la resolución sobre el eminente puesto que toca a la Madre

---

[58] *Liber salutatorius*, ms. Nuov. acq. lat. 186 B. N. Paris, f. 5r. Cf. Koehler Th., *Maria, Mater Ecclesiae*, en «Marie et l'Eglise», Bulletin de la Société Française d'Etudes Mariales, III, 1953, 139.

[59] S. Agustín, *Sermo 192*, 2 (PL 38, 1012-1013).

[60] Amadeo de Losanna, *Homilia*, 3 (PL 188, 1311).

[61] Felipe d'Harveng, Abad de Buena Esperanza, *Comm. in Cant.*, l. 2 (PL 203, 260).

[62] *L. c.*

[63] S. Alberto Magno, *De natura boni*, Clm. 26831, f. 88. Cf. Desmerais M., *S. Albert le Grand, docteur de la médiation mariale,* Paris-Ottawa 1935, 130. Un estudio sobre María, madre de la unidad, en los escritores del siglo xii, ha sido realizado por Piolanti A., *Mater unitatis. De spirituali Virginis maternitate secundum nonnullos saec. XII scriptores*, en «Marianum», 11 (1949) 423-439.

[64] Cf. Gordillo M., *Mariologia Orientalis*, Roma 1954, 64.

[65] *L. c.*, 72.

[66] S. Germán de Constantinopla, *Oratio hist. in dormitionem Deiparae*, citado en León XIII, let. enc. *Adiutricem populi*, 5 septiembre 1895, en AL, XV, Roma 1895, 307.

[67] *Men. 5 mayo Theotoxion,* después Oden 9 de S. Irene V. M.; cf. *l. c.*

de Dios en el aprecio de todos los cristianos, el Obispo de la Iglesia de Inglaterra, Palmer, protestó vivamente. Afirmó que ninguno puede dudar que Dios haya concedido a su Madre el honor que jamás concedió a ninguna otra humana creatura, y que por tanto los que creen en Dios no pueden rehusar el honor a Aquélla que Dios ha tan altamente honrado. Aunque no fue reafirmado el texto primitivo, se insertó una nota en testimonio de la doctrina de la Iglesia «ortodoxa» y de los varios diversos grupos e individuos respecto a la veneración de María [68]. Los Arzobispos anglicanos dieron este testimonio: «Debemos comprobar públicamente que la Iglesia de Inglaterra rinde honor y reverencia a la Madre de Nuestro Señor Jesucristo» [69]. Los Obispos luteranos alemanes, un año después de la proclamación de la Asunción, declararon: «Según el testimonio de la S. Escritura, María, la Madre de Jesús, fue tomada en servicio de modo particular, dando a la luz como Virgen, el Hijo de Dios. Por eso puede llamarse con los Padres, Madre de Dios, y por tanto ocupa un puesto particular en el universo género humano» [70]. De la misma manera se expresa la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos, pocos días después de la definición de la Asunción (12 de noviembre de 1950): «La Bienaventurada Virgen nos pertenece a todos nosotros. La Iglesia episcopaliana la honra, con dos grandes fiestas, y la Sagrada Escritura nos enseña a llamar: 'llena de gracia', a Aquella cuya pureza y obediencia la hizo portadora del Verbo eterno» [71]. Recientemente un grupo de cristianos de Dresden publicó un *Memorandum* sobre la veneración a la Virgen Nuestra Señora en la Iglesia evangélica. En ese documento se reconoce que «el culto de la Virgen, antiguo como el cristianismo, se ha conservado intacto en la Iglesia católica, y ha recibido un impulso formidable después de las apariciones de Lourdes y de Fátima». Después de haber descrito los fenómenos extraordinarios, las curaciones milagrosas que tienen lugar en estos santuarios marianos, el *Memorandum* propone la cuestión: «¿cuál es el sentido y el significado profundo de estos hechos milagrosos en el plan divino de la salvación?» La respuesta es muy significativa, puesto que se dice allí que los hechos citados deberían mover a los protestantes a reexaminar su posición respecto al culto mariano y abrirle la puerta de nuevo a la Madre de Dios en la Iglesia evangélica [72].

Los frutos se pueden comprobar en el vasto movimiento de conversiones. En nuestros tiempos se cuentan al año cerca de 12.000 conversiones en Inglaterra, y el catolicismo en los Estados Unidos en estos últimos años ha aumentado en unos diez millones.

¿Quién podrá descubrir las secretas preocupaciones marianas que el Espíritu Santo suscita en las almas hasta volver a conducirlas por medio de María, el instrumento más dócil de su obra, a Cristo? Comprenderemos acaso entonces cómo los Santos Padres hayan llegado a veces a identificar María y la Iglesia, atribuyéndole de vez en cuando recíprocamente prerrogativas particulares. Recordemos las conocidas letanías de San Cirilo: «Por Ella es conocida y adorada la Trinidad; por Ella la preciosa cruz es adorada y venerada en todo el mundo; por Ella el cielo exulta... Por Ella las Iglesias han sido fundadas en todo el mundo; por Ella los pueblos son llevados a la conversión...» [73].

Nos es imposible detenernos largamente a recordar los nombres de convertidos famosos al catolicismo, los cuales, en su regreso a la Iglesia, han conocido y experimentado las ternuras de esta Madre de la Iglesia y de la unidad.

En el siglo pasado, el Conde ruso Gregorio Petrovic Schouvalov, habiéndose convertido y entrado entre los barnabitas, estaba persuadido que la unión debería tener lugar en el nombre de María. En el libro *Mi conversión y mi vocación* afirma que no sin causa

---

[68] Cf. Thils G., *Histoire doctrinale du mouvement oecuménique*, Louvain 1955, 56-57.

[69] Cf. Bea, *art. cit.*, 76-77.

[70] *L. c.*, 77.

[71] *L. c.*

[72] Cf. *Über alles die Wahrheit*, en «Una Sancta», 11 (1956) 88-92. Cf. también Schlink B., *Die Oekumenische Marienschwesternschaft Darmstad*, en «Una Sancta», 10 (1955) 54-57; Reidick G., *Katholische Altare in Evangelischen Kirchen*, en «Una Sancta», 12 (1957) 247-249. Sobre los conventos que toman el nombre de María en las iglesias y conventos de Inglaterra cf. Anson P. F., *The Call of the Cloister. Religious Communities and kindred bodies in the Anglican Communion*, London 1955.

[73] S. Cirilo, *Hom. div.*, IV (PG 77, 991-992). Cf. Mueller A., *Ecclesia und Maria. Die Einheit Marias und die Kirche*, ed. 2, Freiburg en Helv. 1955, 152-157.

María inspiró a Pío IX proclamar el dogma de la Inmaculada, precisamente en uno de los momentos más solemnes para Rusia. En su corazón abrigaba la certidumbre de que María «hará de todos los que la aman un pueblo de hermanos bajo la guía paterna del Vicario de Cristo» [74]. Semejantes palabras hallamos en los labios de otro convertido, el príncipe rumeno Mons. Vladimiro Ghika, muerto a los ochenta años de edad en una cárcel de Bucarest, a fines de 1953. Siendo aún joven, pronunció un discurso en el Congreso Mariano Internacional, celebrado en Roma en 1904, en el cual se formuló el voto de que la Inmaculada apresure el retorno de todos los disidentes a la verdad de la única Iglesia de Jesucristo, bajo un único Pastor, el Pontífice Romano [75].

Y para pasar del Oriente al Occidente, entre los convertidos del protestantismo, baste recordar los nombres de intelectuales, como Gustavo Bickel, Enrique Eisbach, Alberto Hetsch, Jarscke, Richter; de los escritores Zacarías Werner, Renato Layvraz; de los futuros sacerdotes Fernando Herbst, Ronald Knox [76], etc.

Y puesto que celebramos la XII Semana de Misionología debemos por lo menos recordar aquel gran acontecimiento, contemporáneo a lo menos de la Reforma, el descubrimiento del Nuevo Mundo, en cuya virtud, mientras una parte del viejo mundo, abandonando el culto de María, se separaba de la Iglesia de Cristo, la Providencia divina abría nuevas tierras más allá del océano, en las cuales, como escribe el historiador Chery, el rosario de María, conquistó a Cristo y a la Iglesia más fieles, de cuantos no se hayan extraviado por la Reforma en la vieja Europa.

Estamos lejos de un optimismo presuntuoso. Sabemos que los hechos mencionados y que se podrían multiplicar, son poca cosa, pero, por otra parte, dado que en la actual situación la unión debe efectuarse antes que todo, persona por persona, y no de Iglesia a Iglesia y que las conversiones aisladas deben preparar el camino al movimiento de unión, nos parece que el movimiento ecuménico de hoy día, que consideramos fruto del incremento de la mariología y del culto mariano a la Iglesia católica y en el mundo protestante, la devoción a María y la mariología no son y no pueden ser piedra de tropiezo, sino puente hacia la unión. Diré, pues, con el apóstol de la unión, el abate Couturier, quien termina una exposición suya sobre la benévola comprensión de los ambientes protestantes de Francia hacia la mariología y la devoción mariana:

> «Eso es poco... pero no deja de ser mucho
> un pequeño manojo de espigas» [77].

Cuanto hemos dicho sobre la dignidad de María, como Madre de la Iglesia y de la unidad y cuanto hemos producido para atestiguar sobre la función y la obra de María como guía de los hermanos separados hacia la unidad, nos permite comprender por qué los Sumos Pontífices colocan toda su confianza para una gracia tan importante y ansiada, en María, «Unitatis fautrix et custos». La razón profunda de esta postura de los Romanos Pontífices nos la da León XIII, precursor y vanguardista de la unión: «Estando íntimamente unida con Cristo, no puede desear sobre toda otra cosa que cuantos han recibido un mismo bautismo se unan con Cristo y entre ellos en la única fe y en la perfecta caridad» [78]. Con particular insistencia el Papa León XIII vuelve sobre el argumento de la encíclica *Adiutricem populi*.

---

[74] Cf. Gordillo M., *La Madre di Dio Maria, speranza «pro unione»*, en «Unitas» (1955) número especial, 142-143.

[75] Cf. *Atti del Congresso Mariano Mondiale*, Roma 1905, 150 ss.

[76] Cf. Lorson P., *Notre-Dame et les conversions*, en «Maria» (H. du Manoir), I, 877-895.

[77] Couturier P., *Dialogue sur la Vierge* (Ronds 1 points), Lyon 1950, 9: «... ce serait inexact de donner au signe qu'est ce petit volume une portée qu'il n'a pas. Une petite nuée révélatrice d'ésperance dans un ciel qui demeure sévère, quelques hirondelles qui, sans doute, annoncent un printemps, apportent quelques tout jeunes petits rameaux d'olivier... On ne peut aller au delà.»

[78] León XIII, let. enc. *Fidentem piumque*, 20 septiembre 1896, en AL, XVI, Roma 1897, 287.

Después de haber presentado a María en el cenáculo, como maestra de los Apóstoles y Madre de la Iglesia, después de haber descrito la acción de María en el cielo, en donde vela sobre la Iglesia como nuestra medianera, reparadora del mundo entero, dispensadora de los dones celestiales, cetro de la verdadera fe, sólido fundamento de la misma, prosigue: «Esta parte tan importante que tuvo y tiene la Santísima Virgen en el camino de dilatación, en los combates, en los triunfos de la fe católica, hace más luminoso el plan divino en lo que le toca, y debe despertar, entre todos los buenos, una grande esperanza para la obtención de todas aquellas finalidades que son el anhelo de todos, *esto es, la unión de todos los cristianos*» [79]. Sí; exclama el Papa: «Es menester confiar en María, es menester invocar a María. ¡Oh, cuán eficaz será su poder para la pronta ralización del nuevo y tan deseado triunfo de la religión, esto es, que en medio de los pueblos cristianos una única profesión de fe tenga unidas todas las mentes, y un único vínculo de perfecta caridad estreche todos los corazones» [80].

Para alcanzar este ideal, Pío XII consagró todo el género humano, y después de una manera especial a Rusia, al Corazón Inmaculado de María, hecho que Juan XXIII recuerda en su encíclica sobre la Unidad, cuando escribe: «La bienaventurada Virgen María, Reina de la paz, a cuyo Corazón Inmaculado nuestro Predecesor Pío XII, de f. m., consagró el género humano, nos alcance de Dios, se lo pedimos fervorosamente, *unidad concorde*, paz verdadera, operosa y militante» [81]. El mismo actual Pontífice, cuyo gran corazón palpita intensamente con el deseo de la unión, solicitando oraciones para obtener la divina ayuda sobre el futuro Concilio Ecuménico que ha despertado tantas esperanzas de unión, aún otra vez, solemnemente señalaba la Virgen como la segura medianera para con Dios en vista de conseguir tan grande gracia [82].

Y puesto que, como dijo bien Hans Asmussen: «Sin María no hay Jesús», queremos firmemente esperar que en sus oraciones y sobre todo durante la semana de oraciones, que los hermanos separados, contemporáneamente con los católicos, elevarán al Señor por la unión de las Iglesias, también ellos abrirán su corazón a la plegaria dirigida a la Madre de Dios y sobre todo querrán orar con los mismos sentimientos de franca acogida y de buena disposición a la voluntad divina, de los cuales es modelo la Virgen, cuando recibió la embajada del ángel.

"Que todos los cristianos se acerquen a su Señor, Cristo, con alma abierta, atenta a la llamada divina, humildemente abandonada, en la actitud de la humilde Virgen María. Ella respondió al Angel la palabra «típica» de la creatura a su Creador: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» — Cuando las disposiciones del alma de la Virgen serán las de las almas cristianas, cuando la respuesta de la Virgen resonará silenciosamente en nuestras almas de todos nosotros, los cristianos, este inmenso clamor silencioso, guiado y dominado por la voz de la Virgen, se elevará delante del Trono del Eterno como súplica irresistible. Y otra vez, por obra del Espíritu Santo, se llevará al cabo la unión» [83].

Sea, pues, la oración la vía de la unión: oración elevada a Dios, interponiendo la mediación de María, Madre de la Iglesia, fautora de la unidad; oración elevada a Dios con los mismos sentimientos y las mismas disposiciones de María: humildad y caridad, mensajeras y bases de la unidad.

---

[79] León XIII, let. enc. *Adiutricem populi*, en AL, XV, 305.
[80] *L. c.*, 305-306.
[81] Juan XXIII, let. enc. *Ad Petri Cathedram*, en «l'Osservatore Romano», 3 julio 1959.
[82] Juan XXIII, *Esortazione alla preghiera onde ottenere i divini aiuti sul futuro Concilio Ecumenico*, 27 abril 1959, en «l'Osservatore Romano».
[83] Cf. Villain, *op. cit.*, 147.

CONCLUSION

«La doctrina y el culto de María —escribe el pastor protestante Max Thurian— en la Iglesia romana crean para el movimiento ecuménico las dificultades más considerables» [84].

Algunos católicos, preocupados por el deseo de salir al encuentro de esta angustia de los hermanos separados y para disminuir el contraste, piensan que el mejor método sería el de criticar los abusos de la doctrina y de la devoción mariana entre los católicos. Es bien sabido que de un tal espíritu fue animado el conocido escritor católico francés J. Guitton, quien en su obra sobre Nuestra Señora *(La Vierge Marie)* llegó a afirmar que María conoció solamente después de la resurrección de Cristo que su Hijo era Dios y que la devoción mariana es libre. Sobre el mismo camino se adelantó el teólogo alemán Pinsk, llegando a equiparar a la Virgen María con los otros miembros del Cuerpo Místico de Cristo, excepto algunas diferencias accidentales. También Villain, apóstol del ecumenismo, refiriéndose a cuanto oyó decir en los ambientes acatólicos, de que ellos habrían rechazado el culto mariano a causa de los católicos [85], insinúa algunas recomendaciones a los católicos, no pudiendo entender cómo se pueda decir que la Virgen «salva», «da la gracia», y cómo se puede invocar a Jesús juntamente con María y José [86].

Otros católicos en cambio están convencidos de que si aún no ha tenido lugar la unión, se deba precisamente al hecho de que no tenemos la profunda conciencia y persuasión que sin María no se la puede conseguir. Escribe Irene Posnof: «Si el inmenso esfuerzo de buenas voluntades siempre más numerosas, que desde hace 50 años tiende hacia la realización del deseo supremo del Salvador 'Que todos sean una sola cosa', no ha alcanzado aún los resultados tan ardientemente deseados, eso se debe a que no hemos tomado conciencia del papel esencial de Nuestra Señora y no hemos suficientemente recurrido a Ella para solicitar esta gracia» [87].

También aquí, en campo católico, se encuentran dos opiniones contrastantes. Nosotros somos del parecer que en mariología, como en la devoción mariana, los extremos, esto es, el maximalismo y el minimismo, uno y otro condenados por Pío XII, deben evitarse. Aunque admitamos que ha habido y que continúa habiendo ciertos abusos relacionados con la devoción mariana (exageraciones en la forma externa, leyendas, ejemplos...), con todo pensamos que, antes de ser reconocidos como tales, deben ser objeto de un atento examen, ya que la experiencia ha demostrado que a veces se trata de acusaciones sin fundamento real, o basadas sobre principios teóricos erróneos, recordando además una profunda amonestación del Card. Newman a propósito: «Guardaos de no extirpar, juntamente con la cizaña, también el buen grano.» Creemos poder afirmar con tranquila conciencia que la Iglesia ha vigilado siempre sobre los abusos en tal campo y se ha mostrado siempre la primera en extirparlos. Con todo, si la Iglesia quiere y procura y vigila que el culto mariano sea exento de abusos, quiere con igual premura de filial afecto que el culto rendido a María sea digno de la Madre de Dios y Madre nuestra: culto de hiperdulía, que requiere el homenaje a María de todas nuestras facultades y debe, por tanto, constar de actos internos y externos.

Conocer, amar y venerar a María; vivir la vida mariana e imitar sus virtudes, esta es la vía real hacia la unión de todos los cristianos: unión, que no podrá

---

[84] THURIAN P., *art. cit.*, 289.
[85] VILLAIN, *op. cit.*, 156.
[86] *L. c.*, 163.
[87] POSNOF I., *Notre-Dame et l'unité*, en «Médiatrice et Reine», 24 (1959-1960), 83.

ser el resultado de un mezquino compromiso, sino será un grande don de Dios, que se relizará por la intercesión de María, en la plena luz de la verdad.

Ante la presencia de María, el Espíritu Santo fue dado con profusión en el Cenáculo pentecostal; y si la Cristiandad podrá comprender el significado de la particular presencia actual de María en el mundo, se da la esperanza de un especial descendimiento del Espíritu que efectuará cuanto antes la deseada unión de todos los cristianos.

XIV

Consecuencias de la Unidad Católica y de su ruptura para la vida de los pueblos

EXCMO. SR. D. RAIMUNDO FERNANDEZ-CUESTA
Ministro Togado de la Armada y Académico de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación *

La obediencia unida al afecto son las razones que principalmente justifican mi presencia ante vosotros. Obediencia al requerimiento del Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Burgos, Doctor Pérez Platero que valorando mis posibilidades muy por encima de la realidad, me honró con el encargo de que ocupara esta cátedra llenándome de orgullo a la par que de confusión. Pero el respetuoso afecto que le tengo y la amistad con que me honra fueron superiores a todas las consideraciones que me impulsaban, conocedor de mis fuerzas, para declinar el encargo. Y aquí me tenéis confiado a vuestra benevolencia y a vuestra indulgente comprensión. Os ruego, pues, no toméis a petulancia mía el que venga a hablar de un tema tan ajeno a mis actividades, estudios y profesión y menos aún el que lo haga ante un público tan escogido y que mi nombre figure unido al de los más autorizados especialistas en la materia, aunque bien mirado el hablar de las consecuencias de la unidad católica y de su ruptura para la vida de los pueblos, es algo que a todos los humanos nos afecta sin distinción de razas, actividades ni profesión. Ni que decir tiene que en mi disertación para nada he de rozar cuestiones teológicas, que para ello Doctores tiene

* NOTA DE LA REDACCION: El Excmo. Sr. Fernández Cuesta tiene una revelante personalidad en la actualidad española y goza de extraordinario prestigio a lo largo de cinco lustros en la política y en las letras. Su renombre ha traspasado en alas de la fama las fronteras patrias.

Nació en Madrid el día 5 de octubre de 1896. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Madrid y es Ministro Togado de la Armada y Notario. Fue designado por José Antonio Primo de Rivera Secretario Nacional de Falange Española, sufriendo por ello encarcelamiento durante la República. Ha desempeñado los cargos de Ministro de Agricultura, Ministro de Justicia, Ministro Secretario General del Movimiento, Presidente del Consejo de Estado y Embajador en Brasil e Italia. Es miembro de la Junta Política, Consejero Nacional, Procurador en Cortes y Académico de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Entre los trabajos publicados, son dignos de especial mención: «Manual de Derecho y Legislación Marítima» (1925); «Intemperie, Victoria y Servicio» (1950); «El movimiento político español» (1952) y otras obras sobre la política española contemporánea que han sido recibidas con unánime aceptación y han merecido encendidos elogios.

Se encuentra en posesión de las siguientes condecoraciones españolas: «Cruz de Primera Clase del Mérito Naval con distintivo blanco», «Medalla del Homenaje», Grandes Cruces del «Mérito Naval», «Mérito Agrícola», «Orden Imperial del Yugo y las Flechas», «Cisneros», «Isabel la Católica», «Cruz Meritísima de San Raimundo de Peñafort», «Medalla de Sufrimientos por la Patria», «Medalla de la Vieja Guardia», «Cruz y Placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo», «Medallas de Oro de las Ciudades de Vitoria, Borja, Lugo, Cuenca y Málaga, Medalla de Oro de la Juventud y Víctor de Oro del SEU.

la Iglesia y aquí egregiamente representada. Me limitaré, pues, a tratar el tema desde un punto de vista histórico y social, otra cosa sería osadía, seguramente penada con las mayores equivocaciones y justificativa de los más severos enjuiciamientos.

Unidad y catolicismo son términos inseparables. Sin la primera no puede haber universalidad y si algo es universal es que es uno para el mundo entero. La Iglesia Católica, tal como apareció en su cuna y tal como aparece a través de los siglos, es una y ecuménica; por eso desde su origen en la maravilla de Pentecostés, supo unir a millares de seres que hablaban distintas lenguas y que pertenecían a diversos pueblos. Esa unión es conforme con la naturaleza misma del hombre y está grabada en su inteligencia y en su voluntad. Por la primera, mediante una escala de unidades parciales sube hasta la unidad superior base de ellas; por la voluntad y mediante una escala de amores que lo son de bellezas busca la belleza infinita encontrándose ambas en ese vértice que es el fin último y origen primero —Dios—. Una religión que no se base en esa Ley es falsa, porque Dios no hace obras contradictorias y lo sería una religión y una naturaleza humana en oposición. Pero la unidad católica ha de ser entendida en su verdadero concepto, esto es, no sólo de fe sino también de Gobierno, el cual por decisión divina se ejerce por Pedro y sus sucesores desde su fundación, con un primado no sólo de honor sino también de jurisdicción, no siendo, por tanto, admisible la teoría de una iglesia integrada por varias unidades como defiende la teoría de las tres ramificaciones, según la cual la Iglesia de Cristo, una teológica y jurídicamente, es de triple faceta en el campo de la realidad. Estas facetas son el petrinismo de Roma, con su característica de autoridad, organización y apoyo en la ley; otra el joanismo greco-ortodoxo con su prerrogativa del amor, característica del discípulo más amado y la tercera, el universalismo del Apóstol de las gentes que es la característica del protestantismo, teoría inadmisible, ya que Je-

---

Entre las extranjeras que le han sido concedidas, mencionaremos: Grandes Cruces de: Del Aguila Roja de Prusia; De la Corona, de Italia; De la Pontificia Orden Piana; Del Cruceiro do Sul, Brasil; Del Cristo, de Portugal; Del Libertador, de la Argentina; De El Sol, del Perú; Rafidain, de Primera Clase, del Irak; Gran Cruz de Duarte, Sánchez y Mella, República Dominicana, etc.

He aquí la presentación que de tan ilustre orador hizo ante los semanistas el Exmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Burgos, Presidente de las Semanas Misionales, Monseñor Don Luciano Pérez Platero: «No creo deber ceder a nadie el preludio de esta intervención, que para cerrar la XII Semana Misionológica, corre a cargo del Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández-Cuesta, ocupando en este acto el sitial ya enaltecido y autorizado en otros años por el prestigio de eximios maestros y conferenciantes.

A fe que no hube de amontonar y componer muchos argumentos para convencerle y reducir y superar su espontánea resistencia, lo cual es de agradecer en sumo grado. Porque D. Raimundo Fernández-Cuesta, en su historial de hombre público y en su cartel de corazón magnánimo, tiene y lleva bien grabado con el brillo de un esmalte en su plancha... el amor que tiene al Instituto Español de Misiones Extranjeras.

Cuando no tuviéramos otras pruebas de ello y el interés irrequieto por su crecimiento ascendiente y próspera fortuna... nos basta el sacrificio que ha hecho de venir a deshojar el rosal florido de su pensamiento y de su entusiasmo en gracia a las Misiones y a sus misioneros.

A su paso por el Ministerio de Justicia se levantó la gran fábrica del Seminario de Misiones, que tanta gloria está dando a Dios, y tanto nombre y tan honorífico a Burgos y a España. El fue el que contribuyó como el que más y de la mejor gana para continuar las obras que gracias a eso pudieron llegar y llegaron a su cumbre y pudieron realizarse sin interrupción, con ritmo acelerado, hasta su último remate, coronado con una estatua de San Francisco Javier, en actitud de bendecir a las Misiones y a los misioneros y a los bienhechores que con una alquimia carismática supieron transformar y transformaron el dinero en cemento, hierro y cal.

sús fundó una Iglesia que posee en sí misma las tres notas o elementos esenciales apuntados, que constituyen el ecumenismo cristiano.

La unidad es siempre compañera de la independencia y toda ruptura de aquella compromete a ésta, de igual manera que la falta de independencia forzosamente trae consigo un relajamiento de esa unidad.

El cristianismo es la primera religión que no se liga a ninguna forma política temporal. Ninguna tiranía ha tenido jamás puesto en el alma cristiana. Y el catolicismo ha salvaguardado en el hombre su libertad esencial y ello bastaría para colocar la religión católica por encima de todas las demás. El cristianismo nos dio a conocer la intimidad humana, cosa que no sucedía en el mundo pagano. Con San Agustín comienza el gran diálogo entre el alma pecadora y el Dios Salvador. A partir de él el hombre ya no está solo, sabe que hay alguien para siempre con nosotros que nos acaricia con su mirada de amoroso consuelo.

Pero independientemente de los argumentos filosóficos y teológicos que la fundamentan, a lo largo de los siglos, en la experiencia milenaria de la historia, encontramos pruebas evidentes de los beneficios que a la humanidad proporcionó, como tenemos también la prueba de los males que su ruptura ha acarreado.

La unidad católica llevó a todos los pueblos la unidad de fe definitiva, la política religiosa de un Pontífice y un Emperador y una floreciente vida real. La ruptura de esta unidad trajo la separación de las iglesias orientales, así como el protestantismo con su pluralidad de sectas, pues ni aquéllas ni éste han podido mantener la unidad de sus respectivas posiciones.

La Iglesia y la unidad católica ha salvado el legado de la cultura antigua de que se nutre el mundo occidental. Gracias a ella, las obras maestras del pensamiento humano se han transmitido a las generaciones posteriores capaces de hacerla fructificar. Con San Benito, el Patriarca del monaquismo occidental los monjes adquieren su regla definitiva adoptada por todas las abadías y en la que la oración, el trabajo intelectual, el manual y el reposo están perfectamente dosificados. La orden de Cluny hace triunfar la teoría de la reforma monacal con la originalidad de que las abadías escapan a toda jurisdicción local, quedando toda sometida sólo al Papa, contribuyendo así a la unidad y universalidad de la Iglesia y abriendo el paso a la época de la soberanía espiritual papal indiscutida en el mundo. A través de las escuelas monacales, parroquiales y episcopales, la unidad católica deja sentir sus beneficiosas consecuencias en la cultura y en la ins-

---

Don Raimundo Fernández-Cuesta no necesita presentación. Sus triunfos literarios y científicos a lo largo de la carrera política y la resonancia de su actuación destacada en la arena candente de la política moderna, hacen que su nombre ande en boca de todos y su personalidad descuelle en el mundo publicitario de la actualidad española. Tiene fama y bien merecida de orador brillante y persuasivo, por la elegancia de su estilo y por la enjundia medular de su doctrina; de orador brillante por la viveza y agilidad de su imaginación, de orador emotivo y subyugador por la diafanía y vaporosa sinceridad.

Porque no es de los oradores que hablan por hablar, de la boca para fuera; que hablan sólo para deslumbrar o salir del compromiso; sino de los oradores que asimilan y sienten y viven lo que dicen y cuecen en el horno del corazón el pan del espíritu que están partiendo en gracia y preciado regalo de sus oyentes. Y como os veo ya impacientes y al mismo tiempo anhelantes de escuchar la autorizada palabra de tan insigne orador, voy a poner punto final a esta obligada presentación, no sin antes reiterar al Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández-Cuesta mi más sincero parabién y profunda gratitud por su noble y gentil aceptación, contribuyendo asi a dar lustre y brillantez a la clausura de la XII Semana Misional. (Los semanistas acogieron con entusiastas aplausos las vibrantes palabras del Excmo. y Rvdmo. Monseñor Pérez Platero).

trucción. Y en el siglo XII provoca una verdadera fiebre de ellas y a semejanza de la Universidad de París se constituyen en España, Italia, Alemania, organismos de enseñanza superior, donde se llevan a cabo los más grandes estudios teológicos que se habían realizado desde los tiempos de los Padres de la Iglesia. Más adelante, con el desarrollo de las riquezas mobiliarias, el tráfico mercantil y el espíritu de crítica surge la necesidad de reaccionar sin romper nada y ésta es la obra de las órdenes mendicantes, cuya existencia obedece también a que la importancia de las nuevas ciudades imponen nuevos métodos de apostolado distintos al de las abadías benedictinas, y así los franciscanos y dominicos van de ciudad en ciudad, se mezclan en la vida de los pueblos y unen al hombre y la naturaleza entera a la obra orgullosa del Creador. Y mientras San Buenaventura, General de los franciscanos, da un brillo y vigor nuevo a la teología tradicional que a través de San Agustín se une al pensamiento platónico, serán la gloria de los dominicos, San Alberto y Santo Tomás, también con espíritu de pobreza y vocación de esperanza de penetrar de aristotelismo la filosofía cristiana y realizar la síntesis armoniosa de la razón y la fe.

Mientras el Doctor Angélico construye el inmenso edificio de sus Summas y el catolicismo defiende su unidad en la lucha contra Cátaros y Albigenses, el gótico sucede al romántico y las catedrales, oración petrificada como alguno las ha llamado, han quedado como monumentos imperecederos y un impulso vertical de oración y caridad, expresión de una época de esplendor y unidad católica, espíritu de unidad que engendró el más grande de los poetas que el cristianismo haya dado al mundo, el Dante Alighieri, cuya Divina Comedia, Summa y Catedral a la vez, es el canto más hermoso que jamás se haya escrito a la unidad de los pueblos cristianos y a la síntesis de amor divino y humano que Beatriz Portinari simboliza.

Estas ventajas de la unidad católica, si en todas partes han sido evidentes y tienen por sí solas valor substancial, en España han adquirido si cabe mayor categoría, pues el catolicismo ha sido el arco clave de nuestra historia y el que realmente ha forjado nuestra Nación a la que ha dado el ser, el alma y el espíritu nacional. Salidos de la unidad de la dominación romana sin salvar las diferencias entre celtiberos y fenicios helénicos, era necesaria otra que llegara hasta las conciencias y forjara la solidaridad interna que con el tiempo había de formar el alma colectiva de la Nación. Y esta obra de unificación espiritual es del catolicismo que borró las diferencias de romanismo y germanismo cegando en los concilios toledanos el abismo que les separaba. En la cruzada de Occidente, que es nuestra Reconquista, los ejércitos cristianos salen de las cuevas eremitas y se abastecen en los monasterios. En la epopeya del descubrimiento de América influye decisivamente, evangeliza a aquélla mediante la lección de los misioneros más heroicos que el mundo ha conocido: Buil, el compañero de Colón, Olmedo, de Cortés, Zumárraga, Coral, Albunquerque, evangelizadores de Méjico, Valdivia, de Chile, Anchieta, del Brasil, Fray Francisco de la Cruz, que en la cuna de los Andes, entre nubes y nieves, torrenteras y abismos, levantó refugio para los fugitivos y pabellón para la fe y la patria; y es el Padre Urdaneta y San Francisco en Oriente; y esa unidad católica nos impulsó a luchar en los pantanos de Flandes, en las aguas de Inglaterra y de Lepanto; y nuestras guerras civiles, bien sea por afirmación o negación, todas representan empresas de unificación espiritual.

¿Cómo se rompe esta unidad? ¿Cómo se inicia la fisura de edificio tan sólido, tan bien construído con arreglo a los planes de su divino Funda-

dor? Cuando Roma dominaba al mundo, la unidad de este Imperio sirvió de instrumento a la voluntad divina de difundir el Evangelio por doquier. Los Emperadores romanos trataron de extirpar el cristianismo pero nunca tuvieron la idea de gobernarlo. La conversión de Constantino y el traslado de la capital del Imperio a Bizancio tuvo extraordinarias consecuencias para la unidad católica. La nacionalidad griega latente en las provincias orientales del Imperio entró en pugna con la nacionalidad latina del Occidente y pronto aparecieron matices, tonalidades, que sin romper la verdad ecuménica, reflejaban influencias griegas y latinas. Del Oriente venía la luz, del Occidente la ley; pero los juristas de Constantinopla no supieron definir con exactitud las fronteras jurisdiccionales entre las dos supremas potestades, la eclesiástica y la temporal, naciendo así una tendencia confusionista muy peligrosa para la unidad de la Iglesia católica. La Iglesia oriental se centraliza en Constantinopla, cuyo Obispo ejerce la jurisdicción canónica del Oriente, pero sometido al influjo de los Césares de Bizancio. Así surge el bizantinismo, sistema que atribuye la potestad espiritual a la Iglesia nacional dirigida por un prelado o una asamblea, sometidos a su vez al Emperador. El bizantinismo es el padre del Cisma. El Emperador es el único intermediario entre el cielo y la tierra, y al decir de algunos Obispos nada debe hacerse de momento contra su voluntad. Estaban echadas las bases del césaro-papismo y al escribirse que el Emperador es el supremo definidor de las creencias y que los cánones dogmáticos del Concilio tienen más validez al estar firmados por el Emperador, no se hace sino robustecer este sistema de gobierno eclesiástico. Ese falso concepto de la dignidad imperial pasó al mundo eslavo educado por Bizancio y el Zar ungido por el Presidente del Sínodo, Patriarca de Moscú, era el supremo representante de la ortodoxia. La Iglesia eslava era como la de Bizancio la Iglesia del Emperador, no la Iglesia de Dios. Sobre esto tampoco tenían ideas muy claras los greco-ortodoxos; para ellos el Sínodo es la suprema autoridad jurisdiccional, es la suya una concepción de democracia conciliar en contra de la católica de coronamiento monárquico. En ella radica la esencia del Cisma. Cristo edificó la Iglesia sobre el Colegio de los doce pastores, pero a condición de que formara cuerpo con Pedro, a quien independientemente de los demás miembros, dio el poder de atar y desatar. Pedro fue Pastor universal del rebaño y el Obispo de Roma su único sucesor y no el Patriarca de Occidente, como los llaman los ortodoxos. Pero pasó el tiempo, Constantinopla cayó en poder de los turcos, los que preferían la media luna a la tiara papal se salieron con la suya y entonces el centro de gravedad greco-ortodoxa se desplaza hacia Rusia haciendo de Moscú la tercera Roma. Ya cien años antes de que esto ocurriera el Metropolitano de Moscú, Jefe de la Iglesia Rusa, entraba en funciones sin la confirmación del patriarca ecuménico de Constantinopla, cristalizando esta autonomía con la creación del patriarcado de Moscú, con un tan extraordinario poder político que era él quien en realidad gobernaba a Rusia por medio del Zar, no tardando mucho tiempo sin que éste pasara al primer plano de la autoridad y a dueño absoluto de la Iglesia y el Estado, sobre todo después de la derrota del Patriarca Nico, defensor extraordinario de la libertad de la ortodoxia que moría definitivamente con la derrota de aquél, trayendo un desarrollo completo del césaro-papismo eslavo más absoluto aún que el bizantino y con él la antipatía hacia el Romano Pontífice; cesarismo que continuó con el fundador de San Petersburgo, para quien la Iglesia no era sino una parte de la organización estatal y quien suprimió el patriarcado y lo sustituyó por el Santo Sínodo. Los zares nombraban

los Metropolitanos, convocaban los Sínodos, regulaban las materias canónicas, administraban los bienes eclesiásticos; y todos los abusos, tiranías y expoliaciones que con posterioridad se han realizado por los gobiernos rusos contra los derechos de su Iglesia, eran consecuencia de esa amalgama de las dos potestades, de ese acaparamiento total de poder sobre la tierra, política que ha tenido su sanción histórica con el triunfo del comunismo, que es la última, más terrible y frenética expresión de ese bizantinismo, de esa confusión de potestades, de la cual arranca una de las rupturas más profundas en la unidad cristiana.

Si suponemos por un momento que la unión entre la religión católica y la ortodoxa eslava se hubiera realizado a fines del siglo pasado o principios del presente, probablemente no habría estallado la revolución rusa ni existiría hoy en el mundo la pesadilla del comunismo. De esa unión sólo ventajas se habrían obtenido, porque en la Iglesia de Dios junto a las tareas litúrgicas y sacramentales existe otra no menos importante que exige cultura y preparación y que rinde sus frutos en la catequesis, en la predicación, en el prestigio social, en la mayor cosecha evangélica y en las actividades misionales, muy escasas en la Iglesia rusa. De haber tenido ésta una fuerte capacidad de heroísmo misional, las masas enormes de población del Asia Central serían hoy cristianas. Ha habido ¿quién lo duda? sacerdotes misioneros de la Iglesia ortodoxa eslava, pero el catolicismo ha sido y es infinitamente más misional y habría realizado una empresa de cristianización, pareja a la llevada a cabo en América por la misionera España. Y seguirán siendo así mientras aquélla continúe separada de ese foco de heroísmo y energía para la tarea apostólica de convertir infieles. Una y otra, la Iglesia católica y la cristiana cismática oriental, son esencialmente igual. Ambas han sufrido el dolor que causa la confusión de la religión y la política, los nacionalismos y la falta de amor fraterno. Por ello es natural que la silla de Pedro haya mirado siempre con amor y benevolencia al cristianismo oriental, amor que se vio agrandado con la más tierna compasión y fraternidad cuando ha comprobado que la fe cristiana de los eslavos lejos de desaparecer se fortalecía con la espantosa persecución que hizo derramar torrentes de sangre en la revolución bolchevique.

Apenas nace el protestantismo hubo intento de aproximación por los ortodoxos, como fueron los de Melanchton y los teólogos de Turingia, traduciendo al griego la confesión de Ausburgo. Así como las relaciones entre el episcopalismo inglés iniciado por el Obispo Palmer y los ortodoxos y el de éstos con los viejos católicos alemanes y la conferencia anglicana de Lambeth de 1920.

Cabe preguntar cómo Iglesias cuyo origen se remonta al Salvador mismo, sustancialmente iguales y una, en las que las catacumbas y la revolución comunista establecen una analogía de sufrimientos, que han luchado juntas, los filósofos griegos y romanos no forman un frente único contra el ateísmo. ¿Por qué ha habido una mayor propensión a la unidad o al menos a la negociación con los protestantes? Las causas pueden ser de una parte el haberse querido basar esa unión en razones excesivamente políticas. Otra, el concepto ortodoxo de la unidad basada en la unión dentro de la multiplicidad y sobre todo la repulsa de la sumisión al primado de Roma de los que ocupan la silla del Príncipe de los Apóstoles (Antioquía), la de Marcos (Alejandría), la de Santiago (Jerusalén) y la de Andrés (Constantinopla), concepto que considera en el mismo plano jerárquico al de los venerables patriarcas de Oriente.

Cincuenta años después de la caída de Constantinopla surge la reforma protestante, que representa la ruptura con la tradición católica, inmediata ruptura que viene labrándose a lo largo de la baja Edad Media Las causas de esta ruptura, aparte de aquellas de carácter superficial que son comúnmente conocidas como determinantes de la misma, predicación de las indulgencias, ambiciones políticas y económicas de principes y señores alemanes, existen otras más profundas y que se pueden resumir en las siguientes: 1.ª, ruptura renacentista de la tradición medieval católica vuelta a la antigüedad cristiana; 2.ª, pérdida de la confianza en la razón teológica; 3.ª, corrupción de la Iglesia visible en su apariencia temporal. Examinemos estas causas siquiera sea someramente.

Al romperse el equilibrio medieval del Papado y del Imperio, aquél asumió una función temporal que a la larga había de convertirle en uno de los estados que rota la unidad imperial nacen con el Renacimiento, el cual consumó la liquidación de la catolicidad política medieval y la religiosa al trasponer al plano religioso la necesidad sentida del retorno a la antigüedad cristiana. La triple seguridad espiritual de la existencia humana —Dios-Iglesia-Tradición—, un Dios, firmamento, fortaleza de la mente del cristiano, explicado por la Iglesia, y en lo humano una tradición secular sin fisuras, constituía la base de la seguridad espiritual de la existencia humana, y esta triple seguridad quedó rota con el protestantismo. Pero además, en el protestantismo existe un odio a la aplicación de la filosofía a la teología, especialmente si aquélla es la de Aristóteles y la Escolástica, pues según Lutero toda filosofía vela el recto entendimiento de la palabra divina. Es la luterana una teología despojada de racionalidad, y en realidad hubiera debido llegar a la disolución de la dogmática. La Biblia contra la Iglesia es el santo y seña del protestantismo, de aquí la división de eclesiásticos y evangelistas, aunque en realidad la base de las lecturas luteranas más que los Evangelios fueron el Antiguo Testamento y sobre todo las Epístolas Paulinas; lo demás, según frase de Lutero, es todo paja.

Por su parte la crisis eclesiástica arranca de que una parte de la Curia había caído en el desprestigio moral y de que el cristianismo popular estaba a punto de convertirse en una religión puramente formalista, de lo que San Juan de la Cruz llamaba «lo ceremoniático». Lutero rompe la tradición católica de la armonía de lo exterior formal con lo interior espiritual, propio del catolicismo. Este considera elemento esencial el rito, la liturgia, los Sacramentos, pero en cuanto símbolo de una realidad espiritual interior, Lutero se queda sólo con esta parte; es la suya, dicen, la religión del espíritu, siendo, además, su forma de pensar puramente abstracta y no figurativa. La ruptura de lo interior con lo exterior en nombre de una falsa espiritualización es, pues, la característica del luteranismo. Pero, además, en la reforma influye el subjetivismo desenfrenado de Lutero. La reforma no obedece, pues, exclusivamente a esos acontecimientos exteriores tan sobreestimados. Ellos fueron, sin duda alguna, los impulsos más eficaces para poner en marcha la revolución. Son impulsos, motivos, que no es posible independizar de la vida psicológica de Lutero, en el que lo cristiano brotaba de su propia experiencia íntima, estaba ligado a lo existencial y la existencia dominada por la angustia, la desesperación en cuanto al problema de la salvación del hombre entendida de un sentido negativo de librarse de la cólera divina, *metus* y *tremor*. Ahora bien, sean las que fueren las razones determinantes del nacimiento del protestantismo, lo cierto es que abrió una nueva e importantísima fisura en la unidad

católica que ha producido daños graves e inmensos, a los cuales ha tratado de poner remedio o al menos de atenuar Roma, habiendo sido instrumento importantísimo para ello los teólogos españoles del tridentino, cuya obra obedece más al propio impulso que a motivos polémicos, es decir, tuvo más un valor de explicitación que defensivo, más de progreso que de contrarreforma.

En el siglo XVI la Iglesia católica tenía ante sí dos grandes problemas: la clarificación de ciertos dogmas y la reforma moral. La falta de claridad teológica en que vivía la cristiandad, la brecha dogmática de la indefinición y oscuridad de las verdades religiosas, eran mucho más importantes para el problema de la ruptura de la unidad que las malas costumbres clericales. Frente a las tendencias medievalistas e imperial los teólogos papales se dieron cuenta que el orden político de la cristiandad medieval tocaba a su fin y que era preciso organizar un nuevo orden católico fundado en las ideas del renacimiento, exaltando la autoridad papal más necesitada que nunca de fortaleza, toda vez que le iba a faltar el apoyo del Imperio al deshacerse éste. San Ignacio y su Compañía más que contrarreforma fueron la interpretación católica de las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad por el Renacimiento, compaginar la aptitud renacentista de la alegría vital y pagana con un sentido religioso, encauzar religiosamente el nuevo acontecimiento a que la humanidad asistía: el advenimiento del hombre moderno y de su conciencia de libertad y responsabilidad.

En esa labor unificadora que estaba llevando a cabo la Iglesia Romana, junto a la Compañía de Jesús puede colocarse la Orden del Carmen Descalzo que quiere restaurar la antigua disciplina monástica. Las dos Ordenes representan frente al protestantismo las dos únicas aptitudes eficaces y posibles. San Ignacio funda su Compañía para la lucha contra la herejía de Europa y para la conquista espiritual de los inmensos territorios descubiertos al otro lado del Atlántico. Los Carmelitas a su vez quieren potenciar, purificar, repristinar el espíritu claustral que la reforma había atacado. En el haz de fuerzas movilizadas por la reforma, junto a la vanguardia del catolicismo extraconventual que los Jesuítas representaban, el Carmelo supone el reforzamiento de la vida contemplativa, mística y monástica.

Si los Jesuítas, con los Dominicos, son una Orden que se puede calificar de épica, los Carmelitas, con los Jerónimos, son una orden lírica.

Si Lutero representa la reforma germánica, Juan Calvino representa la latina, y en cierto modo tiende como la contrarreforma a conciliar el renacimiento humano con la fe cristiana. Lutero y Calvino son radicalmente diferentes. El primero, romántico, impetuoso, desbordado. El segundo, frío, racionalista, utilitario. El primero, odia la profesión de jurista, Calvino lo fue principalmente, así como político y propagandista más que teólogo. Su sentido práctico es enorme. Para él el puntual servicio de la profesión es más grato a Dios que la liturgia. Es algo así como el creador de un racismo espiritual, pues según su doctrina de la predestinación, los elegidos, los que llevan impreso el sello de su unión con Dios, no tienen por qué desaparecer, pero ¡ay de los demás! Calvino fue el sistematizador dogmático del protestantismo.

En esta exposición esquemática que estamos haciendo de la ruptura de la unidad católica con motivo de la aparición del protestantismo, creemos oportuno como prueba precisamente de la desintegración que trajo consigo diversas sectas y religiones, el hablar de la anglicana. Es ésta una

religión histórica, política, nacional, mucho más que teológica y dogmática. Nace por razones puramente circunstanciales y Enrique VIII, salvo en la supremacía papal, fue un católico medievalista. Es Isabel I la que encauzó el movimiento religioso anglicano en una vía media equidistante del catolicismo romano y de la reforma continental, siendo una religión que está haciéndose constantemente, en constante evolución y adaptación a las circunstancias, inspirada en el mismo criterio que inspira su sistema político de constitución flexible, pues los 39 artículos de su fe y confesión «Book of common prayer» han sufrido varias modificaciones, la última en 1928, pues esos artículos son tan flexibles que permiten el despliegue de cualquier movimiento religioso. Es la anglicana una religión que no ha sido dirigida por teólogos sino más bien por hombres políticos; es un sincretismo moderno que acoge en su seno doctrinas opuestas e incompatibles, catolicismo, luteranismo, puritanismo, zuinglismo, erasmianismo, a diferencia de la religión católica que se había enriquecido con el agustinismo, benedictismo, franciscanismo, tomismo, cruzadas, contrarreforma, mística, jesuitismo, pero siempre afectante a aquello que era suyo, lo que ha nacido en ella. El anglicanismo se confunde con la nación. El inglés perfecto ha de ser anglicano, el que no lo sea, es un inglés deficiente, menos inglés.

Este nacionalismo religioso, esta antipatía nacional al catolicismo, obedece a la política exterior de Isabel I en su lucha contra Felipe II, campeón del catolicismo, y también a que todas las épocas de mayor influencia católica se deben a la acción de personalidades extranjeras: a la mujer de Carlos I, hermana de Luis XIII de Francia, a la influencia de la Duquesa de Orleans en el reinado de Carlos II, al reinado de Jacobo II, que destronado se estableció en Francia, en Saint Germain, en Lille.

La emancipación oficial de los católicos ingleses se logra en 1829 por el «Catholic relief bill», y de 1801 a 1815 nacen una docena de grandes católicos procedentes algunos del movimiento de Oxford, Manning, Wisseman, Ullasthorne, Newman, Acton, etc. Hoy día que los nacionalismos decaen en busca de integraciones superiores y que Inglaterra ha perdido su insularidad, ¿qué tendencia tomará el catolicismo inglés? ¿La inglesa? ¿La europea? Nos permitimos creer que la primera.

La reforma ha multiplicado las divisiones, pues aparte de las sectas ya indicadas hay otras muchas más, llamadas no conformistas, porque no aceptan el «Book of common prayer» y sobre todo el episcopado como de origen divino, pudiendo citarse entre otras sectas los baptistas, congregacionalistas, presbiterianos, metodistas, cuáqueros, etc.

Con la reforma se perdió la unidad católica que era la voluntad de Cristo. Aquella ni siquiera ha mantenido su propia unidad y sus numerosas sectas han provocado un excepticismo en el alma del pueblo y un germen de descomposición, proliferación y debilidad. No se puede negar la sinceridad e incluso la profundidad religiosa de muchas almas admirables que viven en el protestantismo, pero si es claro que las ramas desgajadas del tronco común puedan dar aún flores, también lo es que por esas ramas ya no puede circular la savia vivificante del tronco. Cierto, también, que en el protestantismo al lado de errores desastrosos encontramos elementos que tienen su lugar en la verdadera síntesis católica. No dudamos en admirar ciertos matices religiosos que han adquirido una emocionante belleza lejos de la Iglesia auténtica, pero es lo cierto que si la reforma hubiera seguido siendo católica en lugar de hacerse separatista ¡de qué esplendor se hubiera revestido ella misma y qué provecho hubiera sido para

todos los miembros de la Iglesia! ¿Tuvo la reforma, concretamente Lutero y Calvino, conciencia y propósito de que estaban dividiendo la cristiandad? Creemos que no. Querían reformar la Iglesia dentro de su unidad. Fueron los nacionalismos los que se aprovecharon de la reforma para romper a Europa, pero ese nacionalismo que le dio fuerza ¿no será ahora que corre el viento de europeísmo y universalización lo que le debilite?

La división cristiana es un mal para todo cristiano católico y no católico, y sólo un triunfo para el ateísmo y el enemigo de Dios, es decir, el comunismo. La misión europea de propagar por toda la tierra la civilización cristiana ha sufrido un retraso desde la división protestante, cuyos misioneros han llevado la confusión a la mente de los paganos. Un cristianismo dividido falta a su misión, porque la evangelización es autoridad y su base la unidad. Por eso la providencial unidad del mundo romano facilitó extraordinariamente la difusión del cristianismo. Hoy, por el contrario, el mundo dividido hace más difícil esa evangelización y muy otra sería la fuerza de penetración cristiana si el evangelio fuese predicado sólo en su interpretación católica y por una sola voz, si no hubiera diversas interpretaciones sobre ese divino mensaje de vida y amor.

La división del cristianismo es un obstáculo para la conversión del mundo, un escándalo para los no cristianos, una desnaturalización del apostolado misionero, pues el cristianismo tiene su fuerza substancial en su intrínseca verdad, en la predicación pura y simple de Jesús, más que en las obras de instrucción y beneficencia con que a veces se le acompaña como medio de atracción y conquista, en aquella divina plegaria de que todos los hombres fuéramos una sola cosa.

Ante tanta variedad de opiniones, ante la pérdida de unas posibilidades inmensas, todos cuantos tienen la misión del cristianismo en el mundo, están de acuerdo en las ventajas del restablecimiento de su unidad.

Que nos hallamos en un mundo en crisis es cosa sabida. Esta crisis es algo parecida a la que el mundo «*mutatis mutandis*» vivió en la hora de la reforma en cuanto representa una ruptura con el pasado inmediato y un afán renacentista de vuelta a las fuentes mismas de la realidad. Este afán se manifiesta en todos los sectores y aspectos de la actividad humana, arte, filosofía, biología, religión... Si nos fijamos en este último que es el que nos interesa ahora, nos encontraremos con que la cristiandad en el protestantismo ya no vive unida a una causa religiosa determinada. La unidad a lo sumo es de conciliación o convivencia, de posiciones diferentes entre sí. El Occidente se ha convertido en un *modus vivendi*. Pero ¿a qué precio?: Desgarramiento social, quiebra moral, inestabilidad política. El catolicismo se ensancha cada vez más para dar acogida a formas de vivir que durante mucho tiempo han pasado por no católicas. Como ha dicho un autor católico, al no estar constreñido a lo que podíamos llamar posición defensiva, recuperará su gran libertad creadora, invitando al protestantismo a reunírsele a él en la unidad, incorporando cuanto tenga de *válido y admisible*.

La dificultad estriba en el modo como la unión haya de realizarse, pero desde luego el día que llegue no será de derrota para ninguno sino de victoria, de la única posible victoria en Cristo para todos.

El establecimiento de esta unidad ha sido preocupación fundamental de Roma desde que en el año 1054 el Cardenal Umberto, Legado Pontificio, excomulgara a Miguel Cerulario. A lo largo de los siglos se han llevado a cabo varios intentos de unidad, entre los que merecen destacarse los Concilios de Lyon, bajo el Pontificado de Inocencio IV, y de Florencia bajo el

de Eugenio IV, los intentos de Pío IX con sus cartas a los cristianos obispos orientales, con motivo de la convocatoria del Concilio Vaticano y, sobre todo, el del gran Pontífice León XIII, cuya política puede considerarse como una nueva etapa en la historia de las relaciones de Roma con las iglesias disidentes orientales. Buena prueba de ello son la carta apostólica «Praeclara gratulationis» con motivo de sus Jubileos sacerdotales de 1894, la célebre Encíclica de junio de 1896 «Satis cognitum» de carácter eminentemente dogmático, la Encíclica de 1880 «Grande munus» extendiendo a la Iglesia universal la festividad de los Santos Cirilo y Metodio que en el siglo IX aportaron la fe católica a los eslavos, la elevación al Cardenalato del Patriarca de Armenia, que era el primer oriental elevado al Sacro Colegio, después de haberlo sido en el siglo XV el Arzobispo de Nicea, Besarión, asistente al concilio de Florencia, con la creación en 1893 del Colegio de San Anselmo encomendado a los monjes benedictinos que tanta confianza inspiraron en el Oriente cristiano por su especialización en la liturgia, con la celebración del Congreso Eucarístico de Jerusalén en 1894 al que siguió la Encíclica «Orientalium dignitas» en la que quedan trazados los rasgos de la política romana sobre el asunto, con un criterio de colaboración, y la serie de documentos publicados de 1894 a 1896, relativos a la cuestión.

Los Pontífices Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII han seguido en el problema que tratamos la misma línea de conducta y así el segundo de ellos toma la importante iniciativa de crear en 1917 una congregación especial para la Iglesia de Oriente, hasta entonces comprendida en una de las dos secciones en que desde Pío XI estaba dividida la congregación de Propaganda Fide, dando así satisfacción a los cristianos orientales que se consideraban humillados por estar considerados iguales que los infieles. A la creación de esta congregación siguió la fundación de un colegio oriental pontificio encaminado al estudio de investigación científica de las iglesias orientales, como medio del mejor conocimiento y de unión. Por su parte Pío XI, gran conocedor del problema, especialmente por lo que a la Iglesia rusa se refería en razón de su estancia en la Nunciatura de Varsovia y siendo también hombre de estudios, insistió en la idea de Benedicto XV, referente a los estudios orientales, perfeccionando la organización y acción del Instituto Pontificio de Estudios Orientales, que encomendó a los Jesuítas e integró en la Pontificia Universidad Gregoriana, publicando la Encíclica «Rerum orientalium» en 1928, consagrada al estudio de la cuestión y creando una atmósfera de recíproca comprensión y de desnacionalización del cristianismo que no es latino, eslavo, ni bizantino, sino católico.

Desde el principio de este siglo, el llamado movimiento ecuménico, conjunto de asociaciones, reuniones y publicaciones ha trabajado intensamente para el logro de la unidad, pero con un concepto de ésta diferente de la católica. Ese movimiento tiende a conceder menos importancia a las diferencias de orden dogmático de la Religión buscando la unión en los aspectos morales y sociales, viendo en el cristianismo más que un credo un elemento de paz, progreso y convivencia social. Este movimiento, iniciado por el Jefe de la Iglesia sueca, Soderblón, es conocido con el nombre de «Vida y Acción», «Life and work». Contemporáneo de este movimiento que llevaba el sello del protestantismo liberal, surgió otro de origen anglicano y, por tanto, menos alejado del ideal católico, pues buscaba la unidad en un acercamiento sobre los problemas de la fe y la organización eclesiástica, de ahí su nombre «Faith and order», celebrando una confe-

rencia mundial sin asistencia de representación católica, oficial ni privada, expresándose en la Encíclica «Mortalium animos» la razón de ella, pues consideraba a todas las Iglesias cristianas, incluso la católica, como imperfectas en estado de Cisma respecto a la verdadera, aún inexistente. La Iglesia romana ha mirado con simpatía estos movimientos, tendentes a la unidad, pero no puede sacrificar a ella un punto fundamental de la fe. Posteriormente Pío XI dándose cuenta de la influencia que la Encíclica antes dicha había causado en el movimiento pancristiano, autorizó la asistencia privada de católicos a las grandes conferencias ecuménicas de 1937.

Pío XII ha continuado esa política en favor de la unidad cristiana en sus Encíclicas «Mistici Corporis» y «Orientalis ecclesiae decus» con motivo del aniversario de San Cirilo de Alejandría; en la «Orientales omnes ecclesias» con su llamada a la oración en favor de las Iglesias al otro lado del telón de acero y con la codificación del derecho canónico oriental. Ahora bien, en este movimiento hacia la unidad se ve, desde luego, una mayor probabilidad con respecto a la Iglesia de Oriente que ha conservado su integridad, la fe tradicional, organización eclesiástica y sacramentos, pues como dijo Pío XI las piedras aun desprendidas de una roca aurífera también son auríferas.

Con respecto al protestantismo, a lo largo de la Historia también ha habido diversos intentos de aproximación, por ejemplo, los de Grocio, Richelieu, Bossuet y Leibnitz con el gran teólogo alemán Molanus, etc., los del movimiento de Oxford que Pusey y Newman influenciaron, así como los trabajos de Leisler que fundó la PBC o «Association for promotion of union of christendom», el interés de León XIII por el movimiento de Oxford expresado en la elevación al Cardenalato de Newman y por la High Church o Iglesia anglocatólica patrocinada por Lord Halifax y manifestada por la carta «Amantíssimae Voluntatis» ó «Ad anglos» y las instrucciones del Santo Oficio de 22 de octubre de 1949 relativas al movimiento ecuménico y a las relaciones de la Iglesia católica con las diversas confesiones cristianas nacidas de la reforma.

El Papa Juan XXIII apenas elevado a la Cátedra de San Pedro desde la Iglesia de San Marcos de Roma, ha lanzado la idea de un Concilio Ecuménico, cuyo objetivo es invitar a las Comunidades cristianas separadas para buscar la unidad de la Iglesia, objetivo que por propia declaración de la Cancillería Vaticana está dirigido especialmente a la Iglesia ortodoxa oriental, con la cual las posibilidades de conciliar divergencias son mucho mayores que hace centenares de años, pese a los propósitos de los que fieles a la máxima de «divide y vencerás» buscan siempre hacer cada vez mayores las divergencias y separaciones.

Que las palabras de Juan XXIII no caigan en el terreno estéril de nuestros corazones, ni sean el grano comido por los pájaros de mal agüero.

Sección Segunda

Sesiones particulares para Sacerdotes y Religiosos

I

"Pastoral de la unidad y de la unión en la vida parroquial"

EXCMO. Y RVDMO. MONS. ANGEL TEMIÑO
Obispo de Orense

I. — **INTRODUCCION:**

Pastoral de la Unidad y de la Unión.

a) Explicación de términos.
b) Unidad de la Iglesia universal como nota.
c) Unidad diocesana: «pasce oves meas».
d) Las demás Unidades «ex jure eclesiástico»: Provincias Eclesiásticas, Parroquias, etc.
e) Iglesia de Francia, de España, de Alemania, etc.

II. — **COMO DEBEN CONTRIBUIR A LA UNIDAD QUERIDA POR CRISTO:**

1.° *Unidad vital:*

a) Entre los miembros de la Iglesia, un solo e idéntico Cuerpo Místico.
b) Entraña la obediencia debida a los diversos grados de la Jerarquía.

2.° *Uuidad orgánica:*

a) La Parroquia, célula: si la Iglesia forma un organismo viviente con Cristo Cabeza, la Parroquia constituye una célula viviente con vida autónoma y con cierta personalidad.
b) Pero no independiente del Organismo, sino con y para el Organismo.
c) Con vida exuberante.
—Procurar cuidadosamente este extremo: que la Parroquia evite la vida independiente del Organismo.
—En este caso se parecería a las células amenazadas del más terrible cáncer.
d) Las Parroquias deben vivir y desarrollarse, no de manera anárquica sino dentro del Organismo de la diócesis, y dentro de ella en cuanto que está vitalmente articulada con la Iglesia Universal.

3.° *Unidad jerárquica:*

a) El párroco debe sincronizar con su iglesia y diócesis y armonizar toda su actividad con las demás.
b) El párroco no puede desentenderse de las preocupaciones de las diócesis y aún de las de toda la Iglesia Universal.
c) Las experiencias universales tienen segura su vitalidad.
—Ellas elevan además los espíritus sobre todas las miras particularistas.
d) Tratan de eliminar el egoísmo, polo opuesto al verdadero espíritu de Jesucristo.
e) Todos debemos vivir, actuar y sufrir con la Iglesia y dentro de la Iglesia.

4.° *Unidad con toda la Iglesia Misionera:*

a) Las Obras Misionales Pontificias vinculan y unen más a los fieles con los párrocos.
b) La caridad universal enseñada a los fieles, les sirve de estímulo y eficaz acicate.
c) Efectos terribles de la desunión y responsabilidad común que de ella se deriva.
d) ¿Está preparado el pueblo para comprender el problema unionista?
c) ¿Sólo los grupos selectos?
d) Octavario por la Unión de las Iglesias.
e) La Misa «ad toliendum schisma».
f) La Misa «pro Propagatione Fidei».
g) Posibilidades que en el apostolado unionista se les ofrecen hoy al sacerdote.

CONCLUSION:

Todos los sacerdotes, y especialmente los que tienen cura de almas, deben sentirse solidarios en el apostolado unionista y en el acercamiento a Roma de nuestros hermanos separados.

II

"La vida litúrgica y la Ecclesia una"

Excmo. Sr. Dom Justo Pérez de Urbel, *O. S. B.*
Abad de la Santa Cruz del Valle de los Caídos y Catedrático de la Universidad Central

I. — INTRODUCCION:

Toda la Iglesia debe contribuir a la preparación espiritual del próximo Concilio Ecuménico anunciado por Su Santidad Juan XXIII.

a) Liturgia y Unidad.

b) Magnitud y trascendencia práctica del tema y mi insignificancia para desarrollarle convenientemente.

c) Múltiples y absorbentes ocupaciones me han impedido concretar ideas como hubiera sido mi deseo.

II. — RELACIONES ENTRAMBAS:

a) Oración y unidad.

b) No hay oposición entre Liturgia y oración individual.

c) Lo individual tiende a todo el Cuerpo Místico.

d) La Liturgia va directamente al C. M., a través del C. M., y se derrama a todos los miembros del C. M.

e) No puede haber entre los cristianos oración estricta y exclusivamente individual.

III. — LA LITURGICA, LA MAS PERFECTA ORACION POR LA UNIDAD:

1.° *Cómo nos enseñó a orar Jesús.*

a) Salud general, vitamina perfecta.

b) La oración individual es una medicina que tiene la garantía y eficacia de las otras.

c) El hombre antes de J. C. oraba individualmente.

d) J. C. fue quien nos enseñó a orar socialmente «por todos los que han de creer en Mí»... «ut unum sint».

e) En toda la Iglesia que se ha de suceder a través de los tiempos.

f) Rezamos por el Papa, por el Prelado, por el Caudillo, por todos.

2.° *Cómo oraba la Iglesia de los primeros siglos.*

a) La doctrina de los XII Apóstoles.

b) Texto de la oración en ella contenido.

c) La oración se hacía en común y por todos.

d) San Fructuoso, Obispo de Tarragona, oraba así: «Yo tengo que acordarme de toda la Iglesia de Dios, desde Oriente a Occidente...».

3.° *Aspecto social de la oración litúrgica.*

a) La oración, lazo de unión de inteligencias.

b) Da una especie de ciencia social al hombre: éste vive de las ideas.

c) ¿Cómo hacer claridad en el confusionismo reinante? Medio eficaz: la sagrada liturgia.

d) Lo social se convierte así en teologal: ayuda mucho al arte y la literatura.

e) Las masas necesitan ideas afirmadas enérgicamente.

f) El contagio obra a distancia.

4.° *La Liturgia se inspira en la Misión de Cristo, vivida en su oración.*

a) Cristo vino «coniungere sive quae in terris, sive quae in coelis sunt».

b) La regla benedictina de sus 72 Capítulos, dedica 32 a la vida y oración litúrgica.

c) Ejerce el apostolado, mediante la oración litúrgica mientras unos pocos se dedican a la acción.

d) La oración litúrgica ha formado los grandes caracteres y los hombres que

se destacaron como los más valientes defensores de los derechos de la persona humana.

e) La auténtica democracia cristiana, formada en los ambientes cristianos, es la que defendió el pueblo fuerte, ferviente y libre, capaz de crear el románico y el gótico.

5.º *Liturgia y caridad*

a) Es vínculo de solidaridad social por medio de la fe y de la caridad.

b) Con el mismo amor nos une a Dios y a todos los hombres como hermanos entre sí.

c) Liturgia del sacrificio que hace desaparecer los elementos destructivos de la unión.

d) El amor eucarístico en Cristo y en el comulgante se extiende a todos los hombres.

e) Caridad universal, inspirada y alimentada por la Liturgia.

6.º *La oración sacerdotal.*

a) Es eminentemente social.

b) Ruega con la Iglesia por la Unidad de la fe y la adhesión de corazón al Supremo Pastor.

c) Ruega para que vengan a la verdadera Iglesia los hermanos separados.

CONCLUSION:

«Ut unum sint».

III

La Eucaristía, símbolo y factor de la unidad eclesiástica

R. P. JUAN ARRATIBEL
De los PP. Sacramentinos de Madrid

INTRODUCCION: Nociones acerca de la unidad eclesiástica.

1.° Santo Tomás habla del Sacramento de la unidad eclesiástica [1], o sea, de la unidad del cuerpo místico de Jesucristo.

Hoy esta última expresión se utiliza para significar la unión de los cristianos entre sí, bajo la capitalidad de Jesucristo, la animación del Espíritu Santo y la inherencia de la gracia santificante en la esencia del alma de cada miembro.

¿Quiénes son los miembros de ese cuerpo místico de Jesucristo?

La Virgen; los Angeles; los bienaventurados del cielo; las almas del purgatorio; todos los cristianos en gracia; los cristianos en pecado, si conservan la fe y la esperanza informes, radicalmente; los paganos, los infieles y hejeres, únicamente en potencia. Los demonios y los condenados del infierno, ni siquiera en potencia, pues se hallan irremediablemente desvinculados de Jesús Redentor.

La Iglesia es inmensa en el número de sus hijos, en la cifra de sus siglos, en la multitud de sus problemas, en la riqueza de sus dones, en la variedad indefinida de sus espacios.

2.° La unión o unidad de referencia encierra unidad de seres subsistentes o de individuos, pero accidental. No constituye persona física, social o jurídica, sino mucho más, mística, ontológica, porque la unión que hay en ella de Jesucristo, los cristianos y el Espíritu Santo. es mayor que la que hay en las sociedades ordinarias.

En efecto, Jesucristo llega con su actividad de cabeza a lo más íntimo de cada uno de los cristianos, vivificándolos sobrenaturalmente. También el Espíritu Santo, como alma del cuerpo místico, penetra, en lo más íntimo de las almas, para vivificarlas con la gracia intrínsecamente inherente como una forma o cualidad nueva y admirable, o sea, con una participación física y formal, aunque análoga y accidental, de la naturaleza misma de Dios.

3.° Mas a ese cuerpo mistico, ontológicamente uno, se le deben adherir muchedumbres de hombres que tienen la posibilidad de esa incorporación: cismáticos, protestantes, mahometanos, paganos, que son más de 2.000.000.000.

Escribía Monseñor Beitia hace poco [2], *El problema de la unidad es sin duda el problema más agudo que tiene la Iglesia de Cristo. Es una sociedad en crecimiento constante con ansias de universalidad.*

> «ALIAS OVES HABEO QUAE NON SUNT EX HOC OVILI ET ILLAS OPORTET ME ADDUCERE ET VOCEM MEAM AUDIENT ET FIET UNUM OVILE ET UNUS PASTOR [3];... UT UNUM SINT, SICUT TU, PATER, IN ME ET EGO IN TE, UT ET IPSI IN NOBIS UNUM SINT» [4].

---

[1] 3, q. 67, 2, c.
[2] Ecclesia, n. 926, 11 abril 1959; pág. 429.
[3] J., 10, 16.
[4] J., 17, 21.

4.º ¿Qué se precisa para esa incorporación y para que sea lo más excelente posible?

Aceptar y asimilar todo lo que constituye la unidad ontológica del cuerpo místico de Jesús: una fe, una moral, una jerarquía, un culto substancial de que nos habla la encíclica «Ad Petri Cathedram» de 29 de junio de este año de 1959, una gracia santificante debida a un Salvador, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo. Entre las virtudes son moralmente unificadoras, para la felicidad común, la justicia y la caridad, que acarrearán el orden y la paz. De aquella será hijuela el celo que abrasa el corazón convirtiéndolo en santo trotamundo.

5.º ¿Qué papel desempeña la Eucaristía en la unificación de los cristianos entre sí desde el punto de vista sobrenatural y, mediante ellos, en la incorporación a la Iglesia de cuantos viven fuera de ella?

Se dará una contestación relativamente sintética y parcial, planteando la materia siguiente:

LA EUCARISTIA

1.º Es símbolo de la unidad espiritual de la Iglesia.

2.º Es forjadora de esa unidad.

PRIMERA PARTE: La Eucaristía es signo de la unidad espiritual de la Iglesia.

1.º ¿Cómo lo puede ser?

Es la primera pregunta a la que conviene satisfacer.

Se ha de consagrar el pan. Ha sido amasado con harina de muchos granos de trigo, que aparecieron en las doradas espigas del rico trigal. Resulta fruto de la multiplicidad. Una imagen de la unidad espiritual de la Iglesia, sin menoscabo de la multiplicidad física de sus miembros.

El signo no es menos patente en la materia del vino. Extenso campo de vides, cuyas ramas se inclinan a la madre tierra cargadas de racimos regocijantes. De las muchas uvas chorrea fecundo mosto. Al poco tiempo, toneles anchos con el líquido que tuvo el privilegio de ser escogido por el Amo del mundo para una transubstanciación sin igual.

Si muchas uvas fabricaron unidad de vino; también, con todos los trillones de criaturas racionales, blanqueadas con la gracia que saltó del Calvario, se creó la única esposa de Jesucristo.

2.º ¿Quién ha sellado con el carácter de signo de la unidad eclesiástica al pan y al vino transubstanciables?

La tradición eclesiástica. A investigarlo.

Signo es una cosa o señal que, por su naturaleza o por convención, evoca la idea de otra. Así la naturaleza del humo evoca el pensamiento del fuego. Por convención nacional, tal tela de colores pone en vibración el sentimiento patriótico. Por arreglo municipal, el silbato anuncia incendio peligroso.

La tradición eclesiástica consagra el significado sacratísimo en cuestión, la unidad eclesiástica, mediante las materias del sacrificio.

A) Cosa llamativa. Afirma el Concilio de Trento la voluntad del Señor de que la Eucaristía fuese el símbolo de cuerpo místico cuya cabeza es El mismo; ... *Id esse voluit ... symbolum unius illius corporis, cujus ipse caput existit* [5].

B) Ya hacia el año 150, según los estudios más recientes, la Didaché se expresa así:

«Como este pan partido, estaba antes disperso por los montes, y, recogido, se ha hecho uno, así se recoja tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino» [6].

---

[5] Sess. I, cap. 2. DB., n. 875.

[6] Cf. Quasten, *Florilegium patristicum*, f. 7. — BAC, *Textos eucarísticos primitivos*, de Solano, I.

C) El genio de Hipona lanzará su comentadísima exclamación: *O Sacramentum pietatis, o signum unitatis, o vinculum caritatis*[7]. En el siglo v, pues, el águila real del Santo vuela a las alturas en 430.

D) La mente de la Iglesia en el siglo xvi viene reflejada en la afortunada frase del Concilio tridentino[8]: *Pignus praeterea id esse voluit futurae nostrae gloriae et perpetuae felicitatis, adeoque symbolum unius illius corporis, cujus ipse* (I. Cor. XI, 3; Eph. V. 23) *caput existit, cujus nos tanquam membra, arctissima fidei, spei et charitatis conexione adstrictos esse voluit, ut id ipsum omnes diceremur, nec essent in nobis schismata* (Cf. I Cor. 1, 10).

E) La liturgia, desde el siglo de Urbano IV, menciona el simbolismo[9]: *Ecclesiae tuae quaesumus, Domine, unitatis et pacis propitius dona concede, quae sub oblatis muneribus mystice designantur.*

Como se recurre, a cada paso, a la preciosa alegoría de la vid y de los sarmientos: *Ego sum vitis; vos palmites*[10]. Cada uno de los justos es el sarmiento de la cepa divina.

SEGUNDA PARTE: La eucaristía es factor de la unidad espiritual de la Iglesia.

Los signos son evocadores; otras veces, despertadores y motores.

Su fuerza, sin embargo, no es comparable con las verdaderas causas agentes, según el concepto filosófico.

La Eucaristía no es símbolo tan sólo. Mucho más. Es causa agente, obradora, operativa, forjadora de la unidad eclesiástica.

Este aspecto de la Eucaristiología es uno de los más evidentes. Los testimonios a su favor son innumerables y diversos. Una exposición sintética y sencillamente parcial del mismo será un deleite para el entendimiento.

I. SON LEGION LOS MAESTROS QUE LO ENSEÑAN

1.° Lleva la bandera El de las palabras divinas, en cuya fuente se inspiraron por fuerza todos los demás[11]: *Panis enim Dei est, qui de caelo descendit, et dat vitam mundo ... Ego sum panis vitae ... Ego sum panis vivus que de caelo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: panis quem ego dabo caro mea est pro mundi vita ... Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam: et ego resuscitabo eum in novissimo die ... Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo.* La vida producida por la Eucaristía es individual, es eterna, es abundante, vigorosa, que se traduce necesariamente en flores de santidad y finuras de caridad y en martirios de misiones y en vitalización del cuerpo místico. Habrá que gritarlo un poco más adelante.

San Pablo insinúa cómo la Eucaristía nos une íntimamente con todos los miembros de Jesucristo cuando dice: «*El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es la comunión de la sangre de Jesucristo? Y el pan que partimos ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan*[12].

2.° Saboréese el texto del Concilio Florentino (1438 - 1445): *Hujus sacramenti effectus ... est adunatio hominis ad Christum. Et quia per gratiam homo Christo incorporatur et membris ejus unitur, consequens est quod per hoc sacramentum in sumentibus digne gratia augeatur*[13].

---

[7] Tract. in Joann., 26, n. 13.
[8] Sess. 13, cap. 2. DB., n. 875.
[9] Secreta de la Misa del *Corpus*.
[10] J. XV, 6.
[11] Joann. VI, 33 et ss. — No consideramos ahora la Eucaristía como dogma unificador de las verdades católicas, en cuanto es síntesis, centro y foco de todas ellas.
[12] I. Cor., X, 16-17.
[13] Denzinger, n. 698.

3.° Por los Padres de la Iglesia, habla San Juan Damasceno († 749): «Recibamos la brasa divina, para que el fuego del amor impaciente que hay en nosotros, tomado el calor de este carbón encendido, queme nuestros pecados, ilumine nuestras inteligencias, y ardamos, y nos deifiquemos con el contacto del fuego divino» [14], capaces también nosotros de abrasar el mundo. Por la Eucaristía somos uno con Jesucristo, hasta tal punto que con profunda verdad se puede asegurar que somos en cierta manera el mismo Jesús. No es atrevida proposición la de San Hilario: «*Constituens nos in corpore carnis suae. Ipsa enim est ecclesia, per sacramentum corporis sui universam eam continens*».

4.° *Sumos Pontífices.* En la demasiado manoseada encíclica «Mirae Caritatis» de 28 de mayo de 1902, escribía León XIII: «El amor sincero, que se amolda a hacer y padecer cuanto redunda en bien y utilidad de todos, brota activo y se inflama en la sagrada Eucaristía ... Aquí se ve claramente dónde han hallado inspiración, fuerza, constancia y felices resultados las arduas empresas de los hombres apostólicos, y tantas y tan varias instituciones establecidas entre los católicos y merecedores de la gratitud del linaje humano» y añade: *Ipsum denique est veluti anima Ecclesiae, ad quod ipsa sacerdotalis gratiae amplitudo per varios ordinum gradus diriguntur. Indidemque haurit habetque Ecclesia omnem virtutem suam et gloriam, omnia divinorum charismatum ornamenta, bona omnia.* El Papa de los obreros inaugura la era de la Eucaristía con esta aseveración solemne: El alma de la iglesia, no del individuo, es el Santísimo Sacramento.

En la florida y rica literatura eucarística del gran Pío XII, cabe espigar abundantemente: *Por la sagrada Eucaristía los fieles se nutren y robustecen con un mismo manjar y se unen entre sí con la cabeza de todo el cuerpo con un vínculo inefable* [15]. La «Mediator Dei», del 47, recuerda el aspecto social del sacrificio. La «Menti Nostrae» de 1950, enseña: *El sacrificio exige ..., en conformidad con los preceptos evangélicos, se nieguen a sí mismos ..., exige muramos místicamente en la cruz*», para siempre asegurar la unión con Jesucristo y con los miembros de su cuerpo místico.

Juan XXIII, el 15 de febrero de 1959, en radiomensaje al C. E. de Centroamérica: «La Iglesia tiene este germen de unidad, que, antes que anular o debilitar los lazos naturales, los consolida y ennoblece.»

5.° Entre la pléyade de los *teólogos*, se oye la voz serena de un eminente profesor del Angélico, Garrigou-Lagrange: La comunión «unit intelligentias omnium christianorum in eadem professione; unit corda omnium fidelium in Christo cum charitatis augmento» [16].

El Padre Sauras escribe: «La Eucaristía es el sacramento de la unidad eclesiástica. Es el que directamente nos incorpora a Cristo, puesto que es el que directamente nos comunica la vida sobrenatural que posee como cabeza nuestra. Es, pues, el que nos hace miembros del organismo sobrenatural que se llama cuerpo místico» [17].

Hettinger [18] nos dejó una frase interesante: «El Santísimo Sacramento es el lazo divino y humano, visible e invisible, que une a todos los miembros de la Iglesia con Jesucristo y entre sí: es, en el cuerpo de la Iglesia, el corazón que da impulso a la vida sobrenatural y hace circular las olas de salvación por todos los miembros.»

Scheeben, considerado por algunos como el príncipe de los teólogos dogmáticos en el siglo XIX, no queda rezagado: «En la consagración se reproduce el

---

[14] Sobre la fe ortodoxa, l. 4, cap. 13, n. 1.333.
[15] Enc. *Mystici corporis*, 29 junio 1943.
[16] De Eucharistia, q. 79, a 1.
[17] El cuerpo místico, c. 4, 2: Miembros en acto, en Arintero *Evolución mística*, p. 1, c.; c, 4; 3 y 4.
[18] Apolog., conf. 32.

propio Cuerpo de Cristo solamente, a fin de que en la Comunión se una con cada hombre, para que sea un mismo cuerpo con todos» [19].

El llamado por Pío XII «campeón de Cristo viviente en el Sagrario» fue misionero de la Eucaristía, Beato Pedro Julián; con espíritu eminentemente teológico, aunque se desenvolviera de ordinario en el campo ascético, multiplica vigorosas sentencias [20]: *Oui, l'Euchiristie est la vie des âmes et des societés, comme le soleil est la vie des corps et de la terre. Comiendo al Dios de caridad, el cristiano se hace caritativo, bueno, generoso, mártir, por sus hermanos* [21].

II. MAS DE LOS TESTIMONIOS,

¿no deberá saltarse a una **exposición razonada?**

Ordenemos una síntesis de los efectos unificadores del mayor de los Sacramentos, en cuanto lo permite la obligada brevedad. Unos han sido rozados ya en los trozos aducidos en plan de probar su existencia.

1. LA MISA

Es el ejercicio cumbre del catolicismo. Acción del sacerdote como apoderado y ministro de todo el cuerpo místico de Jesucristo. En orden a Dios, el cuerpo místico tributa, con el sacrificio inefable, inmediatamente, homenajes latreúticos y eucarísticos de alcance infinito. La creación puede sentirse esponjada y satisfecha al pensar en las realidades formidables y multiplicadas de nuestros altares. La producción colosal, ilimitada, de gloria divina, es automática, puesta la inmolación.

En orden a los miembros del cuerpo místico, los hombres, baste recordar la exhortación de la Sagrada Congregación del Concilio, del 14 de julio de 1941: *Nihil valeat ad Numinis majestatem placandam propitiandamque quam Eucharisticum Sacrificium ... Eucharisticum sacrificium, quo nihil Deo honorabilius, nihil jucundius esse potest, fiet revera pro totius mundi salute fons vitae et sanctitatis.*

Nunca tan redentores del mundo, como cuando pronunciamos las palabras de la consagración.

Nunca tan propiciadores para un mundo prevaricador, como cuando levantamos la Hostia que alegra los cielos.

Nunca tan orantes eficaces para una tierra reseca, archinecesitada, como cuando cogemos los brazos del Orante infinito.

Nunca tan médicos de las miserias humanas, como cuando aplicamos las medicinas ultramodernas del laboratorio misista.

Nunca tan apóstoles de las razas humanas, como cuando metemos la totalidad de sus miembros en los consejos de la Santísima Trinidad con el introductor más grato y eficaz que cabe concebir.

Nunca tan misioneros, dentro y fuera de España, en misiones internas y externas, como cuando conseguimos una sonrisa segurísima y entusiasmada de los cielos sobre la superficie de nuestro planeta.

De pasada, sin embargo, ha de unirse a estas afirmaciones la teología práctica del P. Aldama: El influjo de la misa sobre el mundo «acrescit ex habituali devotione, crescence ex numero hominum sanctorum tunc in ecclesia viventium» [22].

---

[19] *Los místicos del cristianismo.* Ed. Herder. 1957, p. 510.

[20] Discurso pronunciado en la clausura del tercer congreso de Sacerdotes adoradores, el 28 de abril de 1939 delante de 3.000 sacerdotes y 2.000 estudiantes eclesiásticos.

[21] La présence reelle. Le sacrement de vie, p. 265. — Fétes et mystères: Royauté eucharistique, p. 353.

[22] BAC. Sacrae Theologiae summa, t. IV. De Euch., n. 255.

2. LA COMUNION

A) Desde luego, la palabra comunión, unión común, sugiere la fusión de los miembros vivos del Cuerpo místico de Jesús con su divina cabeza y la de cada uno de ellos entre sí. De modo que, con la Virgen, los ángeles, los justos, cuantos viven en gracia, las almas del purgatorio. La razón honda es que todos ellos están injertados en Jesucristo, formando, con El, el Cristo total. Es imposible unirse a la cabeza mediante la comunión, sin que, al mismo tiempo, nos unamos íntimamente con los miembros vivos de su Cuerpo místico. Es la comunión a modo de unión sacramental con todos nuestros hermanos místicos y una preparación más o menos intensa a la conquista de los demás hombres, pertenecientes al cuerpo místico solamente en potencia.

B) La comunión, además, contribuye a la disminución del egoísmo y de las pasiones disgregadoras: envidias, odios, altanerías, ambiciones, injusticias, destemplanzas..., que son las que originan las rencillas, los alborotos, las muertes, las guerras frías y calientes. El poder destructor del pecado, intrínseco a la recepción eucarística, ejerce influjo de sanación y equilibración del cuerpo místico del Señor. Por tanto, prepara los caminos de la fraternidad humana. No tiene nada de extraño esta doctrina, pues, *per Eucharistiam datur complementum spiritualis vitae*, como enseña el Doctor Eucarístico [23].

C) Más todavía; la comunión crea el ambiente de paz, de buena voluntad, de afable vecindad, de ayuda mutua, de fraternización actual: De los altos, respecto de los bajos; de los ricos, respecto de los pobres; de los patronos, respecto de los obreros; de los sabios, respecto de los ignorantes; de los fuertes, respecto de los débiles; de los buenos, respecto de los malos y los herejes; de los cristianos, respecto de los muchos millones que no lo son y ansían nuestra caridad; de una familia, respecto de otra; de una provincia, respecto de otra; de una nación, respecto de las demás. Con Jesús en el pecho se recuerdan las palabras paulinas: *Non potest autem oculus dicere manui: Opera tua non indigeo* [24]. *Vos autem estis corpus Christi et membra de membro* [25]. Se abrasa el corazón del comulgante clamando: *Charitas Christi urget nos* [26]. Levantámonos de la mesa eucarística como leones respirando fuego, según decía el Crisóstomo [27], para abrasar el mundo de las almas.

En ese horno se forjan los apóstoles. En ese alto horno se templan los aceros misioneros.

No es inútil traer a la memoria incidentalmente la doctrina práctica:

Para los efectos sacramentales de la Eucaristía *ex opere operato*, es más importante la preparación para comulgar que la acción de gracias. Para los efectos, *ex opere operantis*, interesan igualmente la preparación y la acción de gracias.

3.° LA FUERZA UNIFICADORA DE JESUS EN CUANTO SACRAMENTADO

No la podemos comparar con las de la Misa y de la comunión. No obstante, la presencia de Nuestro Señor con nosotros *usque ad consumationem saeculi*, lejos de ser estéril, resulta una fuerza poderosa para la Iglesia.

Sabe a mieles la felicísima expresión de Pío XII en el radiomensaje dirigido a la Archicofradía de los Jueves Eucarísticos el 17 de octubre de 1957:

«*A pesar de todos los males de nuestros tiempos, nuestra esperanza es grande, porque precisamente en nuestros tiempos, y acaso más que en otros, es grande la frecuencia de sacramentos; es universal y magnífico el culto que las personas particulares y los pueblos, en cuanto tales, tributan al Soberano Sacramentado*

---

[23] 4 Sent. d. 8, q. 1., a 2; q. 5. art. 8.
[24] I Cor. XII, 21.
[25] I Cor. XII, 27.
[26] II Cor. V, 14.
[27] Homilía 26 sobre S. Juan, 3.

y es altamente consolador el ver cómo la piedad eucarística, en sus más variadas formas, se extiende y se difunde hasta poderse afirmar que es una de las espléndidas realidades de nuestros días.»

A) Desde el sagrario, y más desde la custodia, derrama Jesús perdones y dones sobre los pueblos de la tierra en dosis inapreciables.

Así como perpetuamente tributa a su Padre magníficos homenajes de adoración y agradecimiento en nombre del género humano. La actividad de Nuestro Señor es infinita, universal, multisecular e incesante, de día y noche, en nombre de sí mismo y de su cuerpo místico, a favor de su eterno Padre y a favor de la Iglesia entera.

B) En cuanto a los adoradores y visitantes del Señor Sacramentado hoy tan multiplicados en tantos institutos religiosos, en tantas hermandades, en tantas funciones sacramentales, comparten la vida íntima de Jesús. A ellos alentaba Juan XXIII el 5 de julio de este año de 1959 en radiomensaje dirigido al 17.° C. E. francés de Lión.

A una con El, somos adoradores, agradecidos, reparadores y orantes, en nombre de todas las criaturas, sobre todo racionales. Llevamos en caridad el título de embajadores, delegados, diputados, mediadores de la Iglesia, del género humano, de la creación entera.

Ahí, en ese reclinatorio, en ese rincón del templo, podemos y debemos ser grandes misioneros y unificadores de la Iglesia, dependiendo la alteza de nuestro apostolado de la intensidad de los actos que realicemos en la aparente inactividad de arrodillarnos. Como quien no hace nada, hacemos *un mondo megliore*, que proclaman Pío XII y Juan XXIII.

Algo o mucho de esto lo entendía el ínclito P. Gemelli, fallecido el 15 de julio de este año de 1959, al establecer en la capilla de su universidad de 11.000 alumnos, la adoración perpetua desde las 4 de la mañana hasta las 9 de la noche.

Acertadas palabras las del P. Arintero: «La Iglesia, como animada de ese divino Espíritu, quiere que día y noche haya almas consagradas a bendecir y alabar al Padre de las misericordias y al Salvador de los hombres, para que nunca falte quien oficialmente ore por tantos como viven descuidados de su salvación y olvidados de los beneficios divinos. ¡Ay de ellos, si no hubiera quien con sus oraciones continuas los amparase!» [28].

CONCLUSIONES PRACTICAS: Acerca de la máxima vida eucarística para la máxima unidad eclesiástica.

Las verdades dogmáticas y ascéticas entrañan sus gérmenes éticos y ascéticos, encierran valor directivo de nuestra existencia. Precisamente la vida espiritual sin apoyo dogmático es pobre, cuando no estéril del todo.

De los dogmas anteriormente recordados brotan luminosas prácticas, como cristalinas aguas que fluyen de la raíz profunda de la esbelta peña que, hincada en majestuosa montaña, busca abrazar el azul sidéreo.

Si la Eucaristía es símbolo vigoroso y factor, de primerísimo orden, de la unidad y edificación eclesiásticas en creencias, gobierno jerárquico, culto substancial, vida sobrenatural con fe, esperanza, caridad, virtudes morales y dones del Espíritu Santo, para felicidad de todo el cuerpo místico actual y de su crecimiento, síguense las conclusiones:

1.ª CONOCIMIENTO

Hay que dar a conocer ampliamente la Eucaristía con libros, revistas, emisoras, televisión..., como naturalmente con la predicación sacerdotal en sus variadas formas, particularmente en el púlpito y en los ejercicios espirituales.

---

[28] La Evolución Mística, P. I, c. 4, 3.

La Iglesia no es guardiana de un museo, en expresión de Juan XXIII [29]; ha de ser explotadora del oro y de los diamantes de la Eucaristía.

2.ª CONTACTO

Es preciso poner al mundo, en particular al misionado, en contacto más intenso con Jesús eucarístico en sus aspectos de sacrificado, comulgado y reservado. Pueden contribuir a ello los variados cultos, las diversas asociaciones que atienden a la misa, a la comunión, a la permanencia del Señor entre nosotros, como las Cuarenta Horas, la Cofradía el Santísimo Sacramento, según el canon 711, la Guardia de Honor del Santísimo. Una mención de los institutos que dedican parte, cuando no la totalidad de su vocación, a promover honores al Rey Sacramentado, de conformidad con el elogio que les dirige la «Mediator Dei» del 47.

3.ª CONGRESOS EUCARISTICOS

Los Congresos Eucarísticos, tanto internacionales como nacionales, diocesanos, arciprestales o interparroquiales, ejercen un influjo extraordinario en las ideas, en los sentimientos, en las costumbres, en los cultos; en una palabra, en la formación eucarística de los individuos, de las familias y de los pueblos. A juicio del ponente, sería una gracia poderosa organizar anualmente bastantes congresos diocesanos para cada nación, y para cada diócesis promover anualmente una o dos asambleas arciprestales, cuando no haya congreso diocesano.

4.ª OFRECIMIENTO

Recomendar el ofrecimiento de misas, comuniones, adoraciones y visitas por la unidad total de los hombres, en el cuerpo místico de Jesucristo. Pudiera organizarse una campaña, particularmente por seminarios, comunidades, colegios, escuelas, hospitales, clínicas. Recuérdese que la comunión puede aprovechar a los demás «ex opere operantis» con mayor razón que los demás sacramentos y las acciones buenas, tanto a modo de satisfacción como de impetración.

5.ª DISPOSICIONES

La eficacia unificadora de la misa y de la comunión hasta cierto grado se consigue *ex opere operato;* pero esa eficacia de la misa y la comunión, añadiendo la adoración, suben *ex opere operantis,* a saber, en proporción de las disposiciones de los actuantes.

Medítese la frase del Dr. Llovera [30]: «Cuanto más santidad y fervor de devoción hay en el sacerdote que celebra la Misa, en el fiel que la encarna, en los circunstantes que la oyen..., raudal más abundoso afluye sobre el mundo de ese manantial inexhausto de gracias y dones de impetración y de propiciación.» Es la misma doctrina que la contenida en el decreto *Sacra tridentia Synodus* de 1905: *Cum vero sacramenta novae legis ... maiorem tamen producant effectum quo maiores dispositiones in eis suscipiendis adhibentur,* procúrense fervorosa preparación y acción de gracias.

---

[29] 25 enero 1959 en la abadía benedictina de San Pablo extramuros, de Roma: *«Hay quienes critican a la Iglesia tildándola de anticuada; pero la Iglesia no es guardiana de un museo, pues vive al día y su principal interés son las almas».*

[30] *Idea integral del sacrificio eucarístico,* por el Dr. D. José María Llovera, canónigo de Barcelona.

6.ª ¿A UNA CON LA EUCARISTIA?

Cuando nos perfeccionamos, se perfecciona el cuerpo místico, como crece la cantidad de un millón si se le añade otro millón. Cuando atrasamos en vida sobrenatural, merma el cuerpo místico. A causa de la solidaridad ontológica existente entre sus varios miembros. Realidad la primera que nos honra, pero creando una tremenda responsabilidad en nosotros. Realidad la segunda que nos debe aterrar.

Pues, nuestra imperfección repercute en la imperfección de todo el organismo del cuerpo místico, del que forman parte los cristianos y principalmente Jesucristo, su cabeza, y el Espíritu Santo, su alma. Se imponen, pues, lógicamente la máxima y la más perfecta frecuentación de la Eucaristía, que es el medio máximo de nuestro perfeccionamiento, sobrenatural; como también el propio crecimiento sobrenatural por los demás medios que nos ofrece la Iglesia.

IV

Conciencia de la unidad y oración por la unión

R. P. Ignacio Prieto Vega
Rector del Seminario de Misiones del IEME

La primera parte de mi tema, «*Conciencia de la Unidad*», parece una trivialidad. Es algo así como si alguien quisiera poner en tela de juicio el que la mano o el pie tienen obligación de estar unidos al resto del cuerpo. Y, no obstante, ahí está, en contra nuestra, la elocuencia de los hechos. Al igual que nos acostumbramos a ver los hombres divididos en blancos y negros, y ver la diversidad de lenguas en las naciones, así nos hacemos a la idea de ver el mundo de las almas dividido en *Protestante, Católico, Cismático* y *Pagano*, como algo inevitable y natural. Es un problema que nos deja fríos. A lo sumo, evoca un poco de curiosidad, o malestar lleno de estériles lamentos. Este tema hay que comenzarle con el «*confiteor*» recalcando el «*mea culpa*».

Quisiera abordar esta importante cuestión moral con las siguientes preguntas:

«Yo, Sacerdote, ¿tengo conciencia de mis obligaciones con los hermanos separados? ¿Qué gravedad implica esa obligación? ¿Cómo la he satisfecho hasta el presente y cómo la satisfaré en el futuro?».

Todo Sacerdote, por el mero hecho de serlo, está obligado *sub gravi* a contribuir en la medida de sus fuerzas a solucionar el problema de la unión de las Iglesias. Veamos las razones.

1.º EL SACERDOCIO Y LA CARIDAD.

Vistas las cosas desde el punto de vista sacerdotal, tenemos que Dios (quien ha dado como primer y principal precepto el mandamiento del amor) fundó un Sacerdocio que no sólo es amor sino que es la expresión del amor más grande que darse puede, ya que «Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis», (Juan, 15, 13). Si mi Sacerdocio, por ser participación del Sacerdocio de Cristo, exige amor y amor de inmolación, amor sumo, naturalmente se sigue que mi Sacerdocio se ha de regir por las leyes del amor; es decir, de *la Caridad*. Y si la caridad de buena ley obliga a ayudar primero y más a los que más lo necesitan... el Sacerdocio que es la expresión de caridad suprema, estará obligado de modo especialísimo a seguir las leyes de la caridad. Ahora bien; ¿qué mayor necesidad puede tener un ejército, en plena campaña, que la unificación de sus mandos? ¿Qué mayor necesidad puede sentir la Iglesia en vistas a hacer frente al mundo infiel que la unificación de sus Confesiones? «Omne regnum divisum contra se, desolabitur» (Mat. 12, 25).

En segundo lugar. Somos embajadores de Cristo: «Sicut misit me Pater, et ego mitto vos» (Juan, 20, 21). «Sacerdos alter Christus». Debemos llevar a todo el mundo la voluntad y los intereses de Cristo. Ahora bien, la voluntad de Cristo repetida hasta la saciedad fue «Ego in eis et tu in me ut sint unum» (Juan, 17, 23).

Esta obligación, bien se la mire desde el punto de vista del precepto de la caridad, bien del de la fidelidad al Sacerdocio, es de suyo grave. Es grave, porque el precepto de la caridad obliga «*per se sub gravi*», y porque la materia sobre la que recae es la salvación de miles de almas.

2. **POR RAZON DEL ESCANDALO.**

La obligación es grave por razón del escándalo. Al más lerdo de los paganos no se le escapa de ver que en Dios no puede haber parcialidad ni contradicción. Si a unos les exige dos Sacramentos y tres mandamientos, a otros no les puede exigir siete y diez, etc. Y en contra de esta verdad, del más elemental sentido común, encontramos una atomización de sectas cristianas en el mundo, imposible de contar. Solamente en la Unión Sudafricana hay 1.260 sectas reconocidas por el Gobierno. Yo creo que nada daría una idea más clara del confusionismo que esto supone que el pasar un Domingo en la Iglesia de San Pedro y San Pablo en Wankie, Rhodesia. A los cuatro costados de la Iglesia Católica, a menos de cien metros de ella, tenemos cuatro escuelas del Gobierno que usan los protestantes negros para sus cultos los domingos. Mientras los Católicos entonan los Kyries, se pueden oír los himnos de los metodistas, la lectura de la Iglesia Holandesa Reformada y los sermones del pastor anglicano. Y no se crean que acaba con eso: Los «Testigos de Jehová» espían por las esquinas y atracan a todo el que encuentran en la calle, metiéndole por los ojos toda clase de sus libros.

En las cuatro escuelas siguen los cultos unas 18 ó 20 denominaciones diferentes hasta bien entrada la noche. Descuellan entre ellos los «Alleluias» atronadores de los Pentecostales. Resumiendo: El número de afiliados a las 20 sectas dichas, juntamente con los católicos, no pasará mucho de los 2.500. Ahora bien: ¿qué escándalo no supone para una ciudad de 10.000 paganos la vista de 2.500 cristianos divididos en 20 sectas?

No hay sitio en el mundo de más confusión y escándalo que aquel mismo lugar donde Cristo Nuestro Señor murió porque fuéramos *«unos»*. Aquella Basílica del Santo Sepulcro, me pareció un establo o algo peor. Las paredes tiznadas, quemadas y apuntaladas, el suelo lleno de hoyos y suciedad, seis denominaciones cristianas diferentes cantando a la vez, o poco menos, sin entenderse... y hasta un piquete de soldados árabes musulmanes a la puerta del templo, caso que se vayan a las manos los cristianos para ponerlos en paz. Allí se veían pasar turistas con el desdén o la sonrisa irónica escrita en sus labios, al contemplar cómo se practica la ley del Amor mutuo donde Cristo la promulgó el Jueves Santo.

* * *

¿De qué medios hemos de echar mano para satisfacer nuestras obligaciones graves para con los hermanos separados?

A) Deponer nuestra actitud meramente pasiva.

Se podría objetar que los órganos más importantes del cuerpo humano, como son el corazón y el cerebro, actúan constantemente, aunque inconscientemente, por el bien de todo el cuerpo. Al igual los Sacerdotes, centros vitales del Cuerpo Místico de Cristo, ya cooperan eficazmente a la vitalidad de toda la Iglesia sin preocuparse ni pensar en el problema de los hermanos separados o las Misiones. La argumentación es falsa... como dice Pío XII en la «Mystici Corporis», el cristiano no pierde su personalidad al ser incorporado al Cuerpo Místico... y por tanto debe obrar conforme a su naturaleza, i. e. conscientemente. Si eso vale de un cristiano, ¿cuánto más de un Sacerdote?

B) Deponer nuestro aire de superioridad. Quitar el complejo de *hermano mayor* del HIJO PRODIGO. Es en nosotros algo inconsciente pero muy real. Nunca pensé que yo mismo adolecía de esa enfermedad, hasta el día de mi entrada en Rhodesia, al sentirme herido y humillado, porque el agente de la policía me preguntó si yo era católico. Veía que algo se rebelaba en mí como diciendo: ¡naturalmente! ¡A quién se le ocurre dudarlo! ¿Qué seríamos ahora nosotros si hubiéramos nacido en un país protestante, y respirado toda nuestra vida una atmósfera protestante? Nuestra buena voluntad nos hubiera salvado

ciertamente... pero hemos de ser comprensivos y suponer esa misma buena voluntad en los protestantes. Esta atmósfera de superioridad y compasión humillante para con los hermanos separados, que priva entre nosotros, llega al menosprecio, a la hostilidad y hasta al odio entre la gente sencilla. Nuestros cristianos se creen ser mejores cristianos si odian a los judíos. Basta observar a qué clase de gente tildamos de *judíos*. Recuerdo haber visto a un niño de cinco años arrastrando por los pelos a una niña de la misma edad, y a ella exasperada decirle: «Quítate de ahí, *judío*». Y más curioso aún es el caso del niño de la catequesis que se escandalizó al oír que Jesús era judío. El quiso paliar la cosa diciendo... bueno, sí, pero eso por poco tiempo, y además se arrepintió». Un análisis parecido de la palabra *protestante* haría ver cómo entre el pueblo eso de *protestante* equivale a *perverso*. Lo cierto es que si al comienzo del protestantismo hubo mucho de malicia, también lo es que muchos cayeron en el Cisma o la Herejía sin ellos mismos saberlo; y que hoy la mayoría de los más aferrados protestantes, lo son por un sentimiento y subjetiva convicción de lealtad a Cristo y a su doctrina.

C) En nuestros contactos con ellos evitar la polémica. Hay tres métodos de tratar con los protestantes: 1) YO ESTOY EN LA VERDAD. 2) TU ESTAS EN EL ERROR. 3) DEFENDER LA VERDAD SEA TUYA O SEA MIA. Monseñor Fulton Sheen confiesa que de los 30 años que lleva hablando en la radio... en los 10 primeros años empleó el primer método, en los otros 10 el segundo y en los restantes el tercero. A los dos primeros les llama «tiempo perdido». Las disputas personales en la generalidad de los casos estorban más que ayudan. Decía Jugié «que ninguno ha sido expulsado de su religión con sólos argumentos». Y Marcos Efesino refiriéndose a la partícula *Filioque* decía: «Peccavit Ecclesia Romana in fraternam Caritatem erga sororem suam Ecclesiam Orientalem, dogma sibi per additionem constituens». Y el ruso Khomiakov lo llamaba «*fratricidio moral*». Pío XII al condenar el falso Irenismo, recordaba también el mismo principio de exponer «la verdad íntegra sin corrupción ni disimulación alguna». Como se ve claro, el Papa condena un cuarto método PAZ Y UNION A COSTA DE LO QUE SEA.

D) *Hacerse cargo de su situación.*

Dice Michale Richards que «a la mayoría de los anglicanos la palabra "*Roma*" suena a algo torvo, evasivo, astuto, instigador y lleno de artimañas secretas». Y Neville Braybrook, dice que «un gran porcentaje de anglicanos identifican la palabra *jesuíta* con espía, y "Roma" con *soberbio* y *altanero*». Como se ve, no se trata tanto de una ofuscación del entendimiento cuanto de un envenenamiento de su afectividad, algo que no desaparece con la fuerza de los silogismos, ni los argumentos de apologética. Se impone, por tanto, como labor previa a la conversión el saneamiento del ambiente. De ahí, que se observen a veces, *métodos* de apostolado y actitudes, en América e Inglaterra principalmente, que no tienen por fin más que demostrar al público que los Católicos somos hombres de carne y hueso como los demás hombres. La carencia de una Literatura de ese tipo es una de las causas que según Monseñor Roland Knox obstaculizan el progreso del Catolicismo en Inglaterra.

E) *Hay que formar la conciencia de unidad en nuestro pueblo.*

Dijimos que se trata de una obligación grave y por tanto hay obligación grave de formarse la conciencia en esta cuestión. Si nuestro pueblo no se preocupa u obstaculiza la unión de las Iglesias, es por ignorancia, y la ignorancia del pueblo es la acusación del sacerdote. Los últimos Papas no han cesado de recomendar que encaucemos los esfuerzos pastorales en esta dirección. A ello se debe la fundación del Pontificio Instituto Oriental en Roma; el imponer estudios de la Teología Oriental en todas las Facultades Teológicas; la celebración del día del Oriente Cristiano en los Seminarios y finalmente el Octavario por la Unión de las Iglesias en todo el mundo. En esta trayectoria, España ha ido a la

zaga de los demás países europeos, a pesar de los esfuerzos del P. Morillo y sus colaboradores; y ello se explica por el hecho de no tener el problema planteado dentro de nuestra Patria.

F) *Movimiento unionista en el extranjero.*

El P. Angel Santos en su obra, «Iglesias de Oriente» da una información detallada de las actividades de otros países a este respecto.

Va delante Francia con su Obra de Oriente de carácter divulgador, que acaba de cumplir su primer centenario. Existen luego las dos revistas «Istina», de tipo científico, y la «Vers l'Unité Chrétienne», de divulgación. Ambas dirigidas por los Padres Dominicos.

En Bélgica el movimiento unionista gira alrededor de los 30 monjes benedictinos, mitad de rito Latino mitad de rito Oriental, en el Monasterio de Chevetogne. Les caracteriza su espíritu de comprensión y el sentido comunitario eclesiológico que inspiran. Publican la revista «Irenikon».

Inglaterra. Acaso ningún país protestante ha sentido tan acuciante el problema de la Unión como Inglaterra. Debido a sus inmensas colonias sintió el problema de la multiplicación de sectas protestantes en un mismo centro de Misión, con el confusionismo que ello supone. Para solucionarlo se organizó la Conferencia de Edimburgo en 1921, que fue el comienzo del actual movimiento Ecumenista. Los anglicanos fundaron la Obra de San Albano en ayuda de los Orientales, y los Católicos la de San Juan Crisóstomo con el mismo fin. Se publica la revista «Eastern churches Quarterly». Los Padres Dominicos, en Oxford, han venido trabajando con los Teólogos Anglicanos desde 1944 a 1948 en temas unionistas de tipo científico. El Santo Oficio aconsejó suspender esas reuniones. De hecho hay unos 11.000 conversos anuales al Catolicismo en Inglaterra.

En Holanda existe «el Apostolado de la Unión» establecido en 450 parroquias, con círculos de estudios y Liturgias Orientales.

En los Estados Unidos además de la Asociación Católica del Oriente existe la «*Liga Paulina*» que cuenta con una retaguardia de 100.000 asociados que rezan todos los días por la conversión de los protestantes. Las conversiones suben a 100.000 al año. Cuentan también con la «*Crusade for Souls*» que está dando magníficos resultados.

Con esto ya vemos un poco por donde va la mente de la Santa Sede y lo que hacen los Católicos de otros países por la solución del problema de la Unión de las Iglesias.

* * *

En nuestro caso particular *¿Qué es lo que podemos hacer para formar una conciencia clara de Unidad en nuestros cristianos?*

A mi modo de ver, lo fundamental es: 1) Dar una formación más sólida de los dogmas fundamentales. 2) Más Evangelio y 3) Más Vida Litúrgica.

Estas tres corrientes son las que caracterizan hoy al movimiento unionista entre Católicos y Luteranos en Alemania, y ésta es la corriente que marcan las tres grandes encíclicas de Pío XII: «Mystici Corporis Christi». «Divino Afflante Spiritu» y «Mediator Dei». Creo que es Alemania quien va a la cabeza de esta corriente, y que su ejemplo nos puede servir de pauta.

En ninguna parte habían sido las hostilidades entre Católicos y Protestantes tan enconadas como en Alemania, donde ardió la guerra de los treinta años, y se estableció la ley de «cuius regio eius et religio». Y en ninguna otra parte se ha llegado a una inteligencia tan sanamente orientada como la que existe hoy entre Católicos y Protestantes en ese país.

¿A quién se debe el origen de este movimiento? A nadie en concreto: se trata de algo impuesto por las circunstancias políticas. Y ahí está lo grande; ese pueblo que por enemistad religiosa luchó la guerra de los treinta años y estableció la ley de «cuius regio eius et religio», por circunstancias políticas se

ve obligado a abrazarse. Dice Otto B. Roegele que la estructura del siglo XIX de los Católicos alemanes, impecablemente organizada se derrumbó merced al celo de la Gestapo de Hitler. La Iglesia se vio reducida a la sacristía. Esto obligó al clero a intensificar la formación individual de las conciencias para que los Católicos se pudieran defender por sí mismos. Por otra parte los Luteranos, (a causa de los excesivos vuelos que conceden a la conciencia individual habían perdido todo vínculo de unión social y dogmático reduciendo su religión a mera ética), sintieron la necesidad de asociarse para defenderse de los ataques del racismo. Esto fue el primer paso de acercamiento mutuo entre Católicos y Protestantes. Las calamidades de la guerra y las humillaciones de la postguerra... sirvieron para estrechar más esa unión. Y en su abatimiento empezaron a quererse y a ver, que después de todo, Católicos y Protestantes, tienen en su doctrina cristiana más motivos para unirse que para hacerse la guerra. Cayeron en la cuenta que las rivalidades religiosas les habían hecho perder de vista lo más importante de su cristianismo mutuo: la caridad.

1. FORMACION DOGMATICA

La fundación de «Una Sancta», del protestante M. J. Metzger, asesinado por la Gestapo, es una agrupación de teólogos Luteranos presididos por el Obispo protestante Sthälin, y otro grupo de Católicos presididos por el Obispo Católico Jäger. Examinan cuidadosamente puntos dogmáticos y encuentran que en la mayoría de los casos las diferencias son puramente de terminología. Así se deshacen muchos prejuicios mutuos. Tiene ramificaciones en la mayoría de las ciudades importantes. Hasta 1918, la autoridad espiritual luterana estaba vinculada a la monarquía. Así, la idea de una autoridad espiritual dentro de la Iglesia fue tomando cuerpo y nació lo que ellos llaman el OBISPO NACIONAL... Ya se ve renacer el principio de autoridad en la Iglesia, aunque hoy sólo sea de honor, nadie duda de que se ha dado un paso bueno. Teólogos como Blumhardt, en la jornada eclesiástica evangélica de Francfort, elevaron voces reclamando la confesión privada.

2. FORMACION LITURGICA.

La formación litúrgica entre los protestantes arranca en su mayor parte de la influencia de las abadías católicas de Beuron y María Laach. Encabezan este movimiento el teólogo Walter Tappolet y la Hermandad de San Miguel.

La intensificación de la vida litúrgica ha hecho nacer en la comunidad el sentido comunitario y eclesiológico; y eso tanto entre Católicos como entre Luteranos. Sin duda, éste es uno de los puntos que al igual que en Alemania formaría la conciencia eclesiológica de nuestros cristianos.

3. FORMACION ESCRITURISTICA Y BIBLICA.

Con el fin de evitar roces y disputas en sus relaciones entre sí, Católicos y Protestantes se han dado intensamente a los estudios del Evangelio. Estudian de nuevo el concepto escriturístico de Iglesia, autoridad, fe, etc. En el campo científico ambas facciones han hecho una gran labor siendo hoy aceptadas por su objetividad tanto las exégesis del Protestante Kittel como las de los Católicos. El estudio de la Biblia no se limitó a los científicos. Se han hecho el centro de la piedad e instrucción religiosa de todos. Hasta los soldados las llevaban en la mochila. Los Luteranos han establecido las *Academias evangélicas,* los Católicos han fundado los *Círculos Bíblicos* según los temas del jesuíta Martín Manuwald. Algo parecido a lo que se hace en nuestros centros de Acción Católica.

ORACION POR LA UNION

Hemos visto los medios humanos que hemos de poner por obra para satisfacer nuestra obligación grave de trabajar por la Unión de las Iglesias: 1) Evitar la actitud meramente pasiva. 2) Deponer nuestro aire de superioridad. 3) Evitar la Polémica. 4) Hacerse cargo de su situación. 5) Dar una formación, dogmática, bíblica y litúrgica a nuestros cristianos.

Esos medios son indispensables... pero no hay que hacerse ilusiones; ellos sólos no darán la solución al problema.

El problema de la Unión de los herejes y cismáticos es, ante todo, un problema espiritual. No se trata de que ellos vengan a nosotros, ni que nosotros vayamos a ellos; sino de que ellos y nosotros vayamos a Cristo... y el ir a Cristo... «Nadie puede venir a Mí, si mi Padre no le atrae» (Juan, 6, 44).

Es un hecho, que hoy estamos más separados *dogmáticamente* de ellos, que estábamos a raíz de la Reforma. Por nuestra parte hemos añadido los dogmas definidos en los Concilios de Trento y Vaticano. Por parte de ellos, dice el teólogo Arnold Nash, son tales los cambios, que los mismos fundadores de la Reforma quedarían asustados al ver sus puntos de discrepancia con los pensadores de hoy.

Es cierto, no obstante, que nuestras voluntades y relaciones han perdido la hostilidad de antaño, es más, se llega a un clima de entera colaboración. Pero sería edificar castillos en el aire pensar que esa buena voluntad por si sola había de resolver el problema. La buena voluntad del movimiento ecumenista, a lo sumo, ha llegado a hacer que de los 150 delegados se consiguiera reconocer que Jesucristo es Dios y Salvador. ¡Nada más!

El protestante Marc Böegner decía: «Hay un muro humanamente inseparable». Estamos pidiendo un milagro; tenemos también la experiencia desilusionante de los Concilios de Florencia y de Lyon. En fin, humanamente no se ve salida. Pero también es cierto que nunca como ahora debemos los cristianos reconocer nuestra impotencia: solicitud paternal de los Papas, buena voluntad, polémicas, todo, todo ha sido inútil... hemos de confesarlo con dolor y amargura. Esta experiencia hace que ellos y nosotros volvamos los ojos a Dios. Sólo la oración puede poner término a este lamentable estado de cosas. La Oración es omnipotente: «Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre se os concederá» (Juan, 16, 23).

El Concilio de TRENTO tenía el soporte de una constelación de Santos de primera magnitud: San Ignacio, San Francisco, Santa Teresa, etc. Dice el Padre J. Cartmell en su artículo a este respecto: «Que la influencia de un alma en la Iglesia hay que deducirla de la unión que existe entre ella y el Espíritu Santo; ya que el Espíritu Santo es el alma del Cuerpo Místico que es la Iglesia».

San Juan de la Cruz añade que «un poco de amor de Dios es más precioso a los ojos de Dios y de más provecho a la Iglesia que todas esas otras actividades» (Cant. Cant. XXVI, 2, 3). Y Santa Teresa de Avila decía que «el Carmelo tenía por fin la conversión de los Luteranos». Por tanto se sigue que, entre todas mis actividades, lo que más tiene que ver con la conversión de los herejes y cismáticos es: *mi Misa, mi Breviario, mi vida espiritual.* Decía antes que el problema de la unión de las Iglesias es un problema de unión con Cristo, no de unión de ellos y nosotros entre sí. En la Unión con Cristo el primer paso es la *negación propia* y la *caridad.* Esos son los comienzos y el remate de la vida espiritual. Juan XXIII dice: «Es nuestro sagrado deber llevar en el corazón y en la ORACION el recuerdo de estos hermanos separados que sufren y se angustian».

Los Protestantes y Cismáticos sienten la misma necesidad de la oración que nosotros:

El Secretario General del Movimiento Ecuménico decía: «Todos los cristianos, cualquiera que sea su confesión, ofrezcan plegarias para que este acontecimiento histórico que constituirá el próximo Concilio Ecuménico sirva para el progreso de la causa de la unidad por la cual Nuestro Señor ofrendó su ORACION».

El Patriarca Atenágoras exclamó: «Personalmente *rogamos sin cesar* por la Unión de las Iglesias».

Sacrificio. El Protestante M. J. Metzger, fundador del movimiento *Una Sancta,* asesinado por Hitler, decía a la hora de su muerte: «Muero gustoso por la unión de las Iglesias»; y un joven protestante alemán moría diciendo: «Ofrezco al Señor el sacrificio de mi vida para que los cristianos nuevamente unidos entre sí, *puedan recibir el Cuerpo del Señor*» (Sal Terrae).

EX IGNE LUX

En la colina de Fouviere, que domina la gran ciudad de Lyón hay un cementerio reservado para sacerdotes. En él, desde el día 24 de marzo de 1953 descansan los restos mortales del insigne sacerdote Abbé Paul Couturier. En la losa de su tumba hay una inscripción que dice: «EL FUE UN APOSTOL DE LA UNIDAD DE LAS IGLESIAS». Mejor que «EL FUE...», dice el Anglicano Benedict Ley, habrá que decir... «*él continúa siendo y será el apóstol de la Unión de las Iglesias...* porque miles de Católicos y Ortodoxos de toda Europa visitan su tumba cada año». El fue para nosotros, sacerdotes, un modelo acabado de lo que debe ser el apóstol de la Unión de las Iglesias.

Su cuerpo era frágil, su alma una llama viva. Tenía por lema «*EX IGNE LUX*» del fuego la LUZ; del fuego de la caridad hacia los hermanos separados saldrá la luz que guíe nuestros pasos en la marcha a Roma. «*Ex igne*», porque hay verdades que sólo las pueden entender los que aman.

Para él, la separación de las Iglesias no fue efecto y consecuencia de la rebeldía de un hombre, sino de los pecados de una época; y la causa de la actual separación tiene su raíz en la languidez de la vida Cristiana actual.

¿Qué tenía aquel hombre para hacerse querer por igual de Católicos, Cismáticos y Herejes? Sencillamente, que todos aquellos que venían a él, encontraban a la par de una lealtad incondicional a su Fe Católica, un respeto sagrado a las conciencias y convicciones de los otros. Lejos de él aquello «yo estoy en la verdad, tú en el error, luego yo soy mayor que tú».

Su arma principal fue la oración. Sólo aquellos que le vieron decir Misa, comprendían de dónde sacaba aquel hombre aquella caridad que le abrasaba y aquella convicción arrolladora. Es cierto que no dejaba piedra sin mover para organizar el Octavario por la Unión de las Iglesias, pero su obsesión suprema era buscar almas víctimas; almas selectas que ofrecieran sus vidas. El, era una de ellas.

En dos palabras, Couturier nos enseña: 1) A tener en carnes vivas la conciencia de la separación de las Iglesias. 2) A curar esa llaga con una reforma a fondo de la vida cristiana de nuestros cristianos a base de evangelio, dogma y liturgia; buscando almas víctimas y siendo nosotros víctimas: ¡SACERDOTES!

V

Como piensan y como actúan los anglocatólicos de hoy

REVD. ARTHUR S. CROOK, CMF *

El escándalo del Cristianismo, para los cristianos, radica en la desunión. La noche antes de morir, Nuestro Señor rogó por la unión entre sus seguidores: —la respuesta de éstos ha sido multiplicar las sectas, originadas y producidas por desavenencias o desigualdades humanas.

Para su crédito las diversas denominaciones, no solamente han deplorado en el último siglo tales diferencias, sino que también han tratado de removerlas, en lo que han dado en llamar el Movimiento Ecuménico.

Bien sabemos que todos los católicos, desde el Papa hasta el último de los simples fieles, están interesados vivamente en la unidad de la Iglesia de Cristo. Sin ella la oración del Señor sería infructuosa, lo cual ningún cristiano puede admitir. Nuestra ausencia en el Concilio Universal de las Iglesias no quiere decir que no estemos interesados en la unidad. La Iglesia Católica está en la convicción de que la unidad en Cristo se consigue únicamente por la autoridad de Cristo.

Qué tragedia fue el que los primeros Reformadores, protestando contra los abusos que el mismo Papa, Adriano IV, admitía existían, se revelaran contra el principio de autoridad instituído por Jesucristo. Por el contrario, si hubiesen permanecido dentro de la unidad del Cristianismo Católico, hubieran podido haber contribuído a la reforma que todos veían era necesaria.

Se separaron, sin embargo, de la Iglesia, y el resultado final de esta separación ha sido la completa desmembración en la unidad de la fe.

Dicho declive hacia la desunión ha progresado de día en día hasta hoy en que existen varios centenares de sectas que se han ido desgajando paulatinamente de las principales sectas Protestantes. El Movimiento Ecuménico atestigua un nuevo y profundamente sincero acercamiento al problema de la Unidad Cristiana.

---

* NOTA DE LA REDACCION. — El R. P. Arthur Crook, de nacionalidad inglesa, es un convertido del Anglicanismo. Su aportación a la XII Semana Misional despertó enorme interés. Por ello vamos a consignar aquí algunos datos de su vida y actividades religiosas, tomados de una interviú que se le hizo durante la XII Semana Misional: Hélos aquí:

Reverendo Padre: ¿Es ésta la primera vez que viene Vd. a España?

—La primera vez fue en 1922. Vine a España a hacer el Noviciado y parte del Escolasticado. Regresé a Inglaterra, mi Patria, en 1929. En España recibí la Ordenación Sacerdotal, precisamente en Segovia; y recuerdo perfectamente que, de paso por Burgos, celebré la santa Misa en el antiguo Seminario de Misiones, en la calle de Fernán González.

¿Podría decir algo de sus actividades como misionero?

—Actualmente soy Rector del Seminario Mayor de Misioneros Claretianos en Inglaterra. Pero anteriormente, trabajé casi siempre en parroquias, tanto de mi Patria, como de Estados Unidos.

Tenemos entendido, Padre, que Vd. no ha pertenecido siempre a la Iglesia Católica: ¿Podría decirnos algo sobre este aspecto de su conversión?

—En efecto. Yo nací en una familia anglicana. Mis padres y mis hermanos pertenecían todos al Anglicanismo. Pero teniendo dieciocho años, quiso el Señor que yo reconociera mi error y encontrara el camino de la verdadera Iglesia.

Si no es indiscreción, ¿podría decirnos si hubo en aquellos años algún acontecimiento que determinara su decisión?

A la ruptura completa de la unidad, se ha seguido, particularmente en Inglaterra, la indiferencia religiosa. Se nota cada día mayor descuido en la práctica de la religión, tanto a lo largo como a lo ancho del país. Los anglicanos practicantes, esto es, los que cumplen con el precepto pascual —unos dos millones— constituyen menos del cinco por ciento de la población. Los Anglicanos son, de hecho, sobrepasados por los No-conformistas, mientras que los Católicos sobrepasan a ambos, Anglicanos y No-conformistas, juntos.

El Rev. West, Arcediano de Newark, escribe en un artículo aparecido en el «Sunday Times»: «Por seis meses presidí el servicio religioso de los domingos en una población minera de unas 10.000 almas. El promedio de feligreses que asistian a dicho servicio religioso, sin contar los niños de las escuelas dominicales, era de unas cien personas escasas. Teniendo presente otras denominaciones, calculo que menos de un 2 por ciento es el porcentaje de los fieles que asisten a la iglesia con regularidad... El golfo de separación entre la Iglesia de Inglaterra y la nación es alarmante».

Otro clérigo de la Iglesia Anglicana, que ha trabajado en una región industrial, reconoce que solamente uno, por cada 40 de los asistentes, es obrero: los demás pertenecen a la clase media. Las cifras de asistencia a los servicios religiosos tomadas por Rowntree y Lavers relativas a la ciudad metropolitana de York, en 1950, confirma lo dicho hasta aquí. El censo está basado en la asistencia a dos domingos y el resultado descubre que las asistencias de 1901, que son 7.453, bajan en 1948 a 3.384, mientras que la población ha subido de 48.000 habitantes en 1901 a 78.500 en 1948. La asistencia, pues, ha disminuído considerablemente.

Por vía de comparación está comprobado que los Anglicanos han disminuído del 43 por ciento al 33 por ciento. Los Católicos, por el contrario, han aumentado del 13 al 30 por ciento. Los No-conformistas han disminuído menos que los Anglicanos. «Es realmente alarmante, escriben algunos autores, que la asistencia total en una ciudad archiepiscopal sea menor que en las iglesias libres, y sólo en un 10 por ciento superior a la asistencia de las católicas». Sin embargo, «La pro-

---

—Sí. Hubo un hecho providencial. Yo pertenecía a una parroquia anglicana. El párroco, también anglicano naturalmente, era el que me instruía y me preparaba. Un buen día, este párroco me dijo que iba a abrazar el Catolicismo, porque había comprendido que solamente en la Iglesia Católica estaba la verdad. Para mí resultaba evidente que si él, siendo mi maestro, consideraba falsas las doctrinas del Anglicanismo, yo no podría hacer menos. Esta fue la ocasión que Dios quiso aprovechar para hacerme hijo de su Iglesia.

¿Hubo algo esencial en el Catolicismo, que le llamó la atención y que tal vez influyó en su conversión?

—¡Ah! Me impresionó la unión de todos los católicos, todos obedecer al mismo Jefe que es el Papa, todos tienen la misma doctrina, todos recitan el mismo credo. Esto impresiona mucho mirándolo desde fuera.

¿Podría darnos su impresión actual sobre el Anglicanismo?

—Mi opinión es que la iglesia anglicana ha perdido mucha autoridad sobre sus adeptos. Estos notan la falta de seguridad doctrinal. Son innumerables los que caen en el indiferentismo. Y todo esto origina un gran desconcierto en la vida práctica.

A pesar de todo esto, ¿son muchos los que cada año en Inglaterra se pasan a las filas católicas?

—Así es en realidad. Se calculan no menos de 14.000 conversiones anuales, aunque no todos procedan del Anglicanismo. Los hay que vienen de otras iglesias libres.

¿Podría decirnos el motivo de su viaje a España?

—He venido a España para participar en estas Semanas Misionales de Burgos, que son muy interesantes y especialmente este año.

* * *

Las intervenciones del R. P. Arthur Crook CMF en las jornadas vespertinas de sacerdotes y Religiosos y en los Coloquios al público burgalés, su participación en una de las Vigilias Eucarísticas y luego su convivencia con los semanistas despertó enorme interés a la par que gran edificación por su piedad sacerdotal y religiosa.

porción en los jóvenes que asisten a las iglesias Romano-Católicas es sustancialmente superior a la proporción en toda la nación». En High Wycombe, condado de Buckinghamshire, los No-conformistas exceden en mucho al número de Católicos y Anglicanos, y los últimos son solamente el 1 por ciento más que los Católicos. No hay razón para suponer que la proporción de los fieles haya de ser diferente de estos datos en otras partes de Inglaterra; es decir, que suponiendo que una mitad de las asistencias es de Anglicanos, ellas representan una vigésima parte de la población total.

Dejando aparte las estadísticas, las cuales son solamente aproximadas, podemos preguntarnos: ¿Por qué, habiendo sido tan relativamente fuerte la Iglesia de Inglaterra hace tan solo 100 años, ha perdido la mayor parte de la población, no pasada a otras denominaciones, sino dejada en un agnosticismo indiferente?

Parece ser que su «Ideal Búsqueda de la Comprensibilidad», por tanto tiempo solaz de apologistas anglicanos, ha sido la verdadera causa; tal principio ha afectado muy poco a los No-conformistas y en nada a los Católicos. Hoy en día un clérigo de la Iglesia Anglicana puede, en apariencia, creer que Cristo nació de una Virgen, que habrá Resurrección física, que el Infierno existe o que sólo es condicional, que los milagros son posibles, que la Iglesia es un Cuerpo Místico y Visible, o bien negar todo ello. Es libre en admitir diversas y aun contrarias doctrinas, como por ejemplo en lo relativo a la naturaleza del Bautismo y de la Eucaristía, y si desea puede defender el Divorcio, la Eutanasia y Eugenesia. El Canónigo Collins, Canciller de la Catedral de San Pablo de Londres, declara que su Iglesia comete «el mayor error concebible al demandar que una persona, para ser miembro de la Iglesia de Inglaterra, debe atenerse al Credo»; y en otra parte, «Permitirles llegar a ser una prueba y una barrera a sí mismos, por exigirlo así la dependencia de por vida dentro de la Iglesia, sería, dice él, una locura».

Sin embargo, el único punto ante el que el clérigo protestante debe mantener una posición definida y clara es respecto a la indefendible naturaleza de los derechos del Papado, como un fundamento negativo en que se funda la religión nacional y oficial.

El Rvdo. F. P. Copeland Simmons, Moderador de la Iglesia Presbiteriana en Inglaterra, hizo un llamamiento a la unidad del Evangelio, en la apertura de la Asamblea General de Newcastle, el día 4 de mayo del presente año. Urgió el que se debía trabajar en Comunión con las Iglesias Libres y con los Anglicanos, y dijo: «La tarea de enfrentarnos con el 90 por ciento del pueblo que está fuera del amparo de la Iglesia, cualquiera que ella sea, es demasiado grande para ser resuelta por ninguno de nosotros aisladamente. Mancomunando nuestras fuerzas, nuestra propaganda y nuestro personal, y entrevistándonos con la gente... podremos más fácilmente tener influencia sobre ellos, que con los descorazonadores efectos de cada uno por separado... Se avanzaría más rápidamente hacia la unión de las Iglesias por medio del evangelismo unido que no con las interminables conferencias generales. En el trabajo, más bien que en la discusión, comenzaron a caer en la cuenta de que la obra común era muy grande, mientras que los obstáculos existentes tan sólo en la imaginación, eran insignificantes y sin valor alguno. Los que no deseen cooperar quedarán aislados. La enseñanza de Calvino, la Confesión de Fe de Westminster, el Libro de la Oración Común y los 39 Artículos, tienen mucho de común».

El soporte oficial de esto podría convertirse en desastre, puesto que no puede obviarse tan fácilmente la lealtad y el fanatismo de cuatro centurias. Ni los cristianos Anglicanos ni los No-conformistas son capaces de salvar del naufragio estos principios, por mucho que sus guías pretendan urgirlos como absolutamente imprescindibles para una supervivencia orgánica.

A muchos Anglicanos complace la amplitud de comprensibilidad de la Iglesia de Inglaterra, entre ellos, al parecer, al actual Arzobispo de Canterbury, quien en su introducción al importantísimo informe sobre la *Catolicidad*, que le fue presentado por los miembros más destacados de su Iglesia, declaró que la Iglesia que él preside podría y debería incluir «Muchas diversidades en función,

en práctica y en intensidad teológica». Y la resolución 25 de la Conferencia de Lambeth de 1958, dice como sigue: «La Conferencia acoge con entusiasmo el renaciente problema de las relaciones entre los sistemas Anglicano y Presbiteriano con relación al Orden de la Iglesia, del cual el Informe sobre las relaciones entre las Iglesias Anglicana y Presbiteriana es una prueba señalada». La resolución 29 declara: «La Conferencia ha escuchado con interés y simpatía el curso de las conversaciones entre los representantes de las Iglesias Anglicana y Metodista en Inglaterra». La resolución 30 alienta la continuación de las conversaciones en orden a llegar a proposiciones concretas, que sirvan de primer peldaño para la reunión, dadas las situaciones particulares e históricas en las que se encuentran las Iglesias interesadas. Pero en el entendimiento de que la unión orgánica es aceptada como meta final, y que cualesquiera planes en orden a un paso interno hacia la inter-comunión están encadenados realmente hacia la consecución de un crecimiento de las Iglesias interesadas.

La Resolución 38 de la Conferencia, dice: «Bienvenida la concesión otorgada por la Autoridad Católico-Romana para poder tener contacto, discusiones y cooperación entre Romano-Católicos y otros Cristianos, según el contenido del Documento-Instrucción a los Ordinarios Locales sobre el Movimiento Ecuménico, promulgado por la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio, en Diciembre de 1949: expresa, primeramente, que estos permisos se pueden usar amplia y generosamente; en segundo lugar, que puedan ser extendidos aún más en orden al entendimiento y unión cristianas; y finalmente, que los Anglicanos harán pleno uso de éstas y de otras oportunidades para hacer posible el llegar a entenderse caritativamente».

La Resolución 38, por último, dice: «La Conferencia desea recalcar la importancia de la extendida oración por la unión del pueblo Cristiano, y recomienda a todos los Anglicanos la observancia de la Semana de Oración por la Unidad Cristiana, según el espíritu del finado Abbé Paul Couturier, el cual enseñó a tantos a orar por la unidad del rebaño de Cristo según el modo y los medios que El escoja. Alaba el creciente aumento de esta oración y recomienda la formación de grupos locales de cristianos de tradiciones diferentes en orden a promover oraciones por la unidad cristiana».

No tengo la menor duda de que los Protestantes en Inglaterra son sinceros al tratar de eliminar las diferencias que separan unos de otros. Pero cuando se trata de la unión con la Iglesia Santa, Apostólica y Romana, la sinceridad es menor, especialmente entre los clérigos Anglicanos. El Rev. Kenneth N. Ross. Rector de la iglesia de Todos los Santos, en la calle Margaret, Londres. una de las iglesias más importantes de la ciudad, nos dice en su libro *«Por qué no soy Católico»* que «En otros tiempos se notaba cierta ternura por parte de aquellos Anglicanos que se habían aproximado más estrechamente a la posición Romano-Católica, hacia sus hermanos Católicos. Ello denotaba que no conocían el desprecio papista para con la Iglesia de Inglaterra en todo asunto e interés católico, tomado en su conjunto; y hay miembros de la Iglesia Anglicana que se resisten a herir susceptibilidades en los Romano-Católicos. Pero es ya tiempo de hablar claramente y de enfrentarse con la verdad; y así, el año 1951 ha venido a ser como el golpe decisivo para aquellos que enseñaban que una minimizada interpretación del Decreto del Vaticano en 1870, junto con la decisión respecto al valor de las Ordenes Anglicanas, podría llevar en un futuro no muy lejano, a la re-unión. No vamos a decir que la doctrina de la Asunción sea digna de no creerse — podría haberse declarado de un modo más moderado y no como un Dogma de Fe; aun los que creen más firmemente en la Asunción se sienten ofendidos por la violencia con que se usa de la Sagrada Escritura y de la Historia en su proclamación, todo lo cual forma parte del depósito de fe encomendado a los apóstoles y creído explícita o implícitamente en la Iglesia desde los primeros tiempos. La Historia se escribirá de nuevo, cuando se enfrente con el tal uso de Infalibilidad del Papa, y los miembros de la Iglesia de Inglaterra tendrán la suficiente consideración sobre los datos históricos en la alternativa de recha-

zar explícitamente la Infalibilidad Papal... La verdad, por lo mismo, me obliga a decir que ni la Asunción ni la Inmaculada Concepción son necesariamente Artículos de Fe, o que la Infalibilidad del Papa sea cosa cierta; que la Iglesia de Inglaterra es una parte auténtica de la Iglesia Católica, con Sacramentos y Ministros válidos; y que lejos de ser perfecta, adolece de los mismos lamentables defectos que la Iglesia de Roma».

La definición de la Asunción hecha por el Papa levantó protestas vehementes; parece ser que el decreto hacía más difícil aún la re-unión con Roma. En 1854, con motivo de la definición de la Inmaculada, no se notó tal oposición. Realmente en aquellos días en que un nuevo dogma parecería hacer más difícil a los Anglicanos y Protestantes en general el unirse a la Iglesia Católica, fue, por el contrario, en muchos círculos, motivo de congratulación. Es claro, no obstante, para un observador sin prejuicios, que no es posible una unión con la Santa Sede si no es sometiéndosele, si se quiere entender el Catolicismo rectamente.

Cada año se pueden contemplar muchas sumisiones a la Unica y Verdadera Iglesia, de todas las denominaciones, particularmente de Anglicanos. En 1953 hubo 11.900 conversiones de adultos. En 1957 fueron 14.581, creciendo cada año el número de conversiones. La Sociedad Misionero-Católica está realizando una obra maravillosa llevando la fe a no-católicos, con sus misiones de uno a otro extremo del país, e igualmente con su revista mensual «The Catholic Gazette» (La Gaceta Católica). Apadrinado por la misma Sociedad, trabaja el «Catholic Enquire Centre» (Centro Católico de Información); su centro principal está en Hamstead, Londres. Cualquiera no-católico puede recibir información sobre un Artículo de nuestra Fe, o alistarse en un curso de Instrucción, con sólo demandarlo. Las estadísticas de la Sociedad, desde marzo de 1954 hasta Enero del 59, son las siguientes:

Folletos explanatorios pedidos	116.645
Alistados para el curso por correo	64.687
Admitidos dentro del seno de la Iglesia, como resultado del trabajo de información de la Sociedad	4.144

Sólo el año pasado, fueron repartidos 24.669 folletos y siguieron el curso por correo 13.000 personas.

Las objeciones de los protestantes, desde el momento en que llegan a la oficina del Centro Católico de Información son agrupadas según cuatro principios protestantes, a saber: el derecho privativo de Dios a ser adorado, la necesidad de la Fe en Cristo, la necesidad de la Gracia por medio de la Cruz y la autoridad de las Sagradas Escrituras. Casi todas las objeciones provienen de negaciones relacionadas con estas doctrinas. El mejor acercamiento a los no-católicos es convenir con sus creencias positivas y demostrarles el desenvolvimiento de todas esas mismas doctrinas, que ellos mantienen aisladas. Hace 50 años los adictos a la Iglesia Libre se hallaban bajo el influjo de realidades como la muerte, el infierno y la necesidad de un Salvador. Hoy en día la Iglesia No-conformista es insegura, vaga e indeterminada; no ofrece salvación desde el momento en que no hay nada que salvar. Para ayudarles se precisa un contacto sicológico con ellos, indagando pacientemente sus creéncias y analizando los términos que usan. Para ellos la verdad es subjetiva y «sentida»; Cristo es divino, pero difícilmente Dios; la Iglesia no es un organismo dotado de autoridad para enseñar, sino una congregación formada de individuos. Para ayudarles se ha de convenir con ellos en todo lo posible, edificar sobre la verdad ya existente y demostrar que esa verdad implica más aún de lo que ellos suponen.

Las reacciones de los grupos no-católicos en Inglaterra con relación al próximo Concilio Ecuménico demuestran evidentemente que es de interés general; pero la actitud de los obispos o de los que están investidos de alguna autoridad es más bien de reserva, hasta que se tengan noticias más concretas del Concilio.

Ha de notarse que el 25 de Mayo último, 1959, la Asamblea General de la Iglesia de Escocia, en Edimburgo, rechazó la propuesta de «Obispos-en-el-Prebiterado» (es decir que algunos de los sacerdotes están en el rango superior de Obispos) por 300 votos contra 266. La Asamblea convino en que la proposición era inaceptable. Ello suponía una negación de la Catolicidad de Escocia y de la validez y regularidad de su ministerio dentro de la Iglesia Católica.

Roguemos por nuestros Hermanos separados. Con ello rogamos a Cristo que es la Esperanza del mundo. Nuestra oración no puede quedar fallida, porque es la oración misma de Cristo a su Padre Celestial. La respuesta se recibirá en el tiempo determinado por Dios y según su Divina Voluntad.

VI

Vida cristiana de los rusos ortodoxos, fuera de la URSS

Santiago Morillo, S. J.
Director de la Obra «Oriente Cristiano»
Madrid.

La emigración rusa, consecuente a las dos guerras de este siglo, cubre la superficie de la tierra, en mayor o menor densidad según las condiciones económicas de cada país. En Europa los países que han absorbido preferentemente las masas rusas de refugiados, son Alemania y Francia, favorecidos por la proximidad en Alemania y por la libertad omnímoda de entrada en Francia. Grandes contingentes de esos rusos, que en un principio buscaron refugio en Europa, emigran ahora hacia América, particularmente hacia el Norte, llevados allá en busca de mayor seguridad ante cualquier contingencia de represalia soviética y atraídos por las riquezas del continente americano. Así resulta que Norteamérica lo mismo el Canadá, que los Estados Unidos, cuentan hoy con un inmenso arsenal humano, procedente de la Unión Soviética. Le siguen los países sudamericanos, donde es más evidente la prosperidad material, como el Brasil, Venezuela, Argentina, siguiendo Chile y el Perú, donde se han establecido igualmente colonias de rusos emigrados. En el lejano Oriente, el país que absorbió más considerable número de prófugos rusos fue la China y Corea, pero éstos debieron buscar nuevo asilo en América al apoderarse los comunistas de la China y Corea del Norte; quedan aún en aquellas latitudes, dispersos en el Japón, y en Australia, y más próximos a nosotros en el Continente Africano, pequeños grupos en diversos países de color.

Esta es la panorámica geográfica de la Rusia emigrada.

El fenómeno de la emigración rusa ha sido una derivación natural del triunfo comunista en Rusia. Triunfo comunista contra el Zar y sus ejércitos, contra la Iglesia y sus jerarcas. Los soldados del ejército blanco con sus jefes y oficiales a la cabeza, los obispos con sus sacerdotes y monjas... derrotados los unos en el campo de operaciones, amenazados los otros en su existencia en el tiempo de los grandes procesos antieclesiásticos, se vieron obligados a mendigar el pan del destierro, buscando refugio en países extraños que por caridad cristiana o por altruismo humanitario les abrieron sus puertas. El pequeño grupo de rusos emigrados, residentes en España, llegó al calor de las armas nacionales, que se batían contra el comunismo ruso en nuestro suelo; esos obtuvieron fácilmente la ciudadanía española y se integraron en nuestra vida, aunque conservan como es natural sus características nacionales y religiosas. Otros han llegado posteriormente, bien como consecuencia de la segunda guerra europea, bien como acompañantes de los españoles repatriados de Rusia.

La situación de toda esta ingente masa de refugiados en suelo extraño fue en todos conceptos precaria, creando un grave problema social en muchos países. El aspecto material del problema ha ido encontrando solución con el concurso de organismos internacionales y con lenta pero sistemática incorporación de los emigrados a la vida del país de recepción. No ha sido tan fácil reajustar el lado moral y religioso del problema. Ha sido tan honda la tragedia de este pueblo: el Zar y su familia asesinados, la iglesia oficial cuarteada en sus fundamentos, las instituciones seculares derrumbadas, las posesiones perdidas, la familia deshecha... el ruso de la emigración ha vivido tan repentinamente el fenómeno sis-

mico que cambió la faz de su patria, y ha sentido tan profunda la convulsión de su espíritu, que no encontrará fácilmente la serenidad y la paz, base de su vida cristiana prolongada fuera de la patria.

En este sentido hacen esfuerzos titánicos los obispos rusos emigrados, que organizan diócesis, parroquias y misiones, atienden moral y espiritualmente a sus compatriotas. Pero, faltos ellos mismos de los recursos morales y materiales suficientes, son impotentes para encauzar esa masa disgregada. No me extiendo en detalles sobre el clero ruso emigrado, pues el programa anuncia una conferencia especial dedicada a él. Pero sí he de dejar constancia de las hostilidades mutuas entre los miembros del alto clero ruso emigrado, que se combaten y excomulgan unos a otros, con el consiguiente escándalo de los fieles y la natural pérdida de autoridad moral sobre ellos. En parte debido a esto, sobre todo teniendo en cuenta el dolor de la patria perdida en manos de brutales comunistas sin Dios y en parte debido también a las difíciles condiciones materiales de vida, muchísimos de ellos han adoptado posiciones, se han adaptado a circunstancias, han requerido ocupaciones, en contradicción con los principios de la moralidad y de la religión cristiana; por otra parte el materialismo circundante en los países de adopción ha producido en el alma de los rusos emigrados una decepción nefasta, hasta sembrar en sus corazones la indiferencia religiosa, herida profunda y desgarradora, que, aunque tal vez deje en ellos aún el rescoldo cristiano, los mantiene alejados de la Iglesia y de la práctica de los sacramentos.

Al enfocar los diversos aspectos de la vida cristiana de los exilados rusos conviene tener en cuenta que nuestros módulos occidentales de vida cristiana difieren en gran manera de los de ellos, y por tanto nos hemos de guardar bien de aplicar a su vida religiosa las categorías de la nuestra.

No busquemos en ellos la exuberancia de vida asociacional de la Iglesia católica, cofradías, asociaciones, organismos de tipo piadoso o apostólico: elementos protectores y estimuladores de la vida cristiana. No existe la Acción Católica, como brazo secular de la Iglesia, para llevar a las más apartadas células la savia del cristianismo. La estructura sistemática de los fieles aparte de lo indispensable para la asistencia episcopal o parroquial, no encaja en las normas generales de la iglesia ortodoxa. No busquemos tampoco la sistematización de la docencia cristiana en catequesis, escuelas, colegios de segunda enseñanza o de estudios superiores, erigidos confesionalmente por la Iglesia para la instrucción y educación cristiana de la juventud. Son excepción los seminarios para el clero y las escuelas misionales.

La vida cristiana en la iglesia ortodoxa tiene características bien limitadas. En lo que al magisterio eclesiástico se refiere, el ortodoxo se nutre de la homilía evangélica los domingos y del sermón de circunstancias en los días festivos. El lenguaje de la liturgia es el mejor catecismo para la instrucción y vida cristiana del ortodoxo; a lo que hemos de añadir la participación colectiva en procesiones y cortejos fúnebres, las peregrinaciones a santuarios o a personas de renombrada santidad, la práctica al menos anual de los sacramentos de penitencia o eucaristía.

Lo que el oriental no posee en extensión, pues sus devociones están concentradas en los actos fundamentales de la vida cristiana, lo compensa sin duda en profundidad. La verticalidad, lo mismo en la misionología que en la ascética y mística, marca la tónica del oriental, en contraste tal vez con la acusada horizontalidad del cristiano de occidente, en todas sus actividades eclesiales. El cristianismo oriental es profundamente piadoso, venera los santos iconos como realidades vivientes supranaturales, descubre fácilmente a Dios en personas y hechos, y vive espontáneamente el fatalismo religioso; pero su piedad tiene rasgos colectivos, comunitarios, litúrgicos. Si exceptuamos a los monjes, el cristiano oriental no practica individualmente la piedad, no tiene devociones personales, no posee un ideal de crecimiento y progreso en las virtudes. Confundido en la masa, participa en el rezo y en el canto, aspira el perfume embriagador del incienso tan pródigo en las iglesias orientales, se deleita en las riquísimas melodías sencillas o polifónicas de las corales, goza por anticipado las dulzuras del cielo, que él descubre en las naves del templo decorado con las imágenes de Cristo, de la Theotokos, de los santos. El cristiano del Oriente vive dentro de la iglesia, como si estuviera en el paraíso, poseído de la presencia de Dios y de la realidad sobrenatural; de aquí su amor a las prolongadas ceremonias, reflejo terrestre de la eternidad. Fuera de la iglesia se lleva consigo el halo de lo sobrenatural, como Moisés al bajar del monte, que impregna todo su ser y comunica a cuanto le rodea.

Las prácticas piadosas que son precioso ornamento de la iglesia latina, como la exposición del Santísimo, el rezo del Santo Rosario, la devoción al Corazón de Jesús, las novenas y tantas otras devociones, lo mismo que las misiones rurales, los retiros y ejercicios espirituales y otros medios de apostolado y piedad cristiana, de tanta trascendencia entre nosotros, no forman parte del bagaje devocional del cristiano en la iglesia oriental. No es que positivamente excluya estas prácticas y devociones, sino que, como nacidas y arraigadas en suelo extraño, no las conoce, y si llega a conocerlas en su forma latina, no las siente. Hay en este aspecto ancho campo a la actividad católica, para saber adaptar las grandes devociones latinas a la mentalidad característica del Oriente cristiano, de manera que, conservando los elementos esenciales y católicos de cada una de ellas, las integren en la piedad oriental de una manera orgánica y vital.

Lo expuesto nos servirá para no exorbitar nuestro criterio sobre la piedad cristiana de los rusos exilados ni menospreciar una piedad de contornos diferentes de los nuestros. ¿Cómo se presenta, pues, la vida cristiana de los emigrados rusos? En los países, donde el acceso a sus iglesias ortodoxas es fácil, porque existen diócesis o parroquias jerárquicamente organizadas, el ruso sigue en general su trayectoria piadosa, participando en la liturgia con espíritu de viva fe y acercándose a recibir los sacramentos, según las normas de su iglesia.

Hacer estadísticas del cumplimiento dominical y del precepto pascual o someter a número las diversas manifestaciones de la vida cristiana entre los ortodoxos fuera de la URSS, es tarea no sólo difícil sino prácticamente imposible. Factores de esa dificultad son la heterogeneidad de los países de la diáspora rusa, la mezcla con otros elementos con elementos de otras confesiones cristianas, el alojamiento práctico de la iglesia por parte de muchos de ellos. Tal vez pudiéramos aventurarnos a base de las relaciones que nos hacen los párrocos y rectores de las iglesias rusas en el extranjero, a establecer a un 10 o un 40 por ciento de cristianos practicantes. A más templos ortodoxos, a más sacerdotes y obispos corresponde naturalmente un porcentaje mayor. Si el ambiente cristiano, que les rodea católico o protestante, es altamente fervoroso, los rusos no quieren ser menos y practican en porcentaje superior su religión ortodoxa. En los países llamados democráticos, donde la existencia de partidos comunistas y la consiguiente influencia moscovita, se cierne una amenaza sobre los pacíficos grupos migratorios, ha descendido el termómetro de la piedad cristiana. Hay también notable diferencia entre la vieja y la nueva emigración, aquélla es más cristiana, ésta es ignorante.

El porcentaje acusa rápido ascenso en ciertas festividades características de la iglesia oriental. Por ejemplo en la Pascua de Resurrección, la fiesta de las fiestas en el Oriente. El cristiano oriental teocéntrico por naturaleza y por religión, se goza en esta manifestación del triunfo de la divinidad y celebra con exclamaciones de júbilo, que inundan su alma e impregnan sus actividades, la fiesta y el ciclo pascual. La Pascua ha venido además a convertirse en una como fiesta nacional, doble símbolo de religiosidad y patriotismo. Los rusos en cualquier latitud que se encuentren, se reúnen ese día junto a Cristo resucitado para saludarse con el Christos voskres, para besarse y abrazarse efusivamente, fraternizando como nunca en el marco de la Iglesia ortodoxa. Fuera de la patria además, Cristo triunfante de sus enemigos al salir victorioso del sepulcro, es la mejor garantía y la más bella esperanza del triunfo definitivo de la santa Rusia sobre el comunismo.

La vida religiosa de los rusos emigrados se aviva y mantiene a través de las páginas de revistas y periódicos que se publican en casi todos los países donde el número de ellos es notable. Algunas de esas revistas son de orientación exclusivamente literaria o histórica. Pero en la mayoría aparecen algunas páginas consagradas a temas religiosos o que tienen íntima relación con la vida eclesiástica. Dado que la emigración es en su mayoría «ortodoxa», no es extraño que también lo sean dichas publicaciones. Pero también los católicos toman parte activa en este campo de actividad y apostolado con revistas mensuales cuyo contenido eminentemente espiritual sirve para enderezar las almas en su camino hacia Dios.

No pretendemos enumerar exhaustivamente aquéllas, mas ofrecemos algunos nombres con el fin de demostrar la extraordinaria actividad que en este campo se desarrolla. La mayor parte de las mismas se publican en ruso y algunas —las menos— aparecen en las lenguas propias del país donde se editan. Entre las revistas exclusivamente religiosas están: «Messager de l'Exarchat du Patriarche Russe en Europe Occidentale» (en francés), trimestral, en París; «Le Messager Orthodoxe», periódico en francés, trimestral de Acción Cristiana de los Estudiantes Rusos, también editado en París; «Nuestra Parroquia» (en ruso), Boletín religioso de la parroquia católica de París; «Russia Christiana cire e gogi» (en italiano), revista mensual publicada en Milán; «Notiziario Religioso Russo» (mensual), en italiano, editado por el Pontificio Colegio Ruso de Roma; «Rusia y la Iglesia Universal» (en ruso), mensual, muy difundida entre los católicos y editada en Bélgica. Otras tratan también temas religiosos, aunque no exclusivamente. Entre éstas están: «Libertad», (en ruso), mensual, órgano de los exilados políticos residentes en Munich; «Mensajero Vladimiriano» (en ruso), mensual, que aparece en San Pablo (Brasil) y que cuenta con varias secciones fijas dedicadas a estos temas; «Nuestra Revista» (en ruso), trimestral y especialmente dedicada a literatura, se publica en Nueva York; «La Bandera de Rusia», mensual, (en ruso), que es el órgano de los emigrados monárquicos y se edita en New York; «Nuestra Común Tarea» (en ruso), mensual, boletín de información que aparece en Munich; «El Pensamiento Ruso» (en ruso), mensual, publicado en París; «Por la Verdad» (en ruso), bimensual, publicado en Buenos Aires; «The Russian Review» (en inglés), trimestral, dedicada al presente y al pasado de Rusia, editada en U.S.A.; «Nasha Periclichka» (en ruso), mensual, también publicada en EE. UU.; «Church and World» (en inglés, y eiclostil) que redacta en Oxford su autor el Dr. Bolshakoff.

Factores de tipo religioso y patriótico hacen que se mantenga vivo en los más el ideal de la Santa Rusia, el recuerdo de su staretz y de sus zares cristianos. La jerarquía ortodoxa trabaja en ese sentido, fomentando las ceremonias sagradas dentro del marco más estricto del rito oriental, difundiendo prensa religiosa periódica y circunstancial, promoviendo reuniones familiares o sociales entre ellos, con el ánimo siempre de mantener unidos dentro de las filas cristianas los ortodoxos dignos de tal nombre. La necesidad es sin embargo tan enorme, que todos los esfuerzos de la iglesia ortodoxa resultan impotentes para remediarla.

Ante este fenómeno, la iglesia católica ha acudido en su ayuda, sumando sus esfuerzos a los de la iglesia ortodoxa. Todos de común acuerdo colaboran en la ingente tarea de despertar del marasmo a los indiferentes, de desterrar la indolencia de las masas, de hacer revivir en ellos los santos ideales de la religión cristiana. Que nadie se escandalice de ello, puesto que es la más bella obra de justicia y caridad en favor de nuestros hermanos separados, por parte de la iglesia católica. Son ante todo hermanos; el que estén separados, sin más culpa que la de sus antepasados, es otro motivo para que los atendamos con mayor cariño. La caridad además socorre la necesidad, sin distinción de personas. Yo conozco obispos, sacerdotes, religiosos, seglares católicos, y no precisamente en los países, que nosotros conceptuamos como liberales en lo religioso y fáciles al confusionismo, sino en países muy católicos, donde persiste un criterio recto sobre las confesiones cristianas, que prestan su ayuda eficaz a individuos, familias, sacerdotes y obispos ortodoxos, en su labor de fomentar la piedad ortodoxa cristiana. Recientemente el Santo Padre Juan XXIII ha recibido directamente en audiencia a un obispo ortodoxo de Norteamérica. En varios países de la América española, donde los ortodoxos no disponían o no disponen aún de capillas o de locales apropiados para la celebración de su culto, las autoridades católicas, secundadas por la comprensión cada vez más amplia de estos problemas interconfesionales, han ofrecido en sus casas, capillas o locales al clero ortodoxo para la celebración de la divina Liturgia, conscientes de que el ruso fuera de su patria, sino practica la religión será un elemento nocivo en la sociedad, y sobre todo teniendo en cuenta que un ortodoxo piadoso está más cerca de la iglesia católica que uno no practicante.

Este alto ejemplo de comprensión cristiana por parte de los católicos ha tenido repercusiones favorables en favor de la unión; la auténtica piedad ortodoxa, practicada en un ambiente católico ha suscitado en muchos la nostalgia de la unidad. Podemos aún confirmar esta aproximación de los ortodoxos a la iglesia católica, estableciendo como una síntesis latino-oriental, en la reciente

exposición de iconos celebrada en Madrid, en la que un pintor ruso ortodoxo ha «iconizado» las Vírgenes más populares en España y los santos latinos de mayor difusión entre los fieles. Esta síntesis, en la que naturalmente se salva siempre, con la complacencia de una gran mayoría de emigrados, el vértice romano de la Iglesia universal y las esencias dogmáticas del cristianismo, no puede por menos de ser un aliciente hacia la unidad perdida.

He empezado con el ejemplo más arduo para de una vez vencer la tesis de los católicos pusilánimes y faltos de corazón. Lo que en este orden se hace va bien controlado por Roma y por la Jerarquía católica.

Con la misma mira de fomentar la piedad entre los ortodoxos y atraerlos a la práctica de la religión cristiana fuera de su patria, la iglesia católica ha organizado y sigue organizando, bajo el control protector de la Sagrada Congregación Oriental, de la que Su Santidad es el Prefecto, multitud de obras católicas, unas piadosas, otras asistenciales, otras apostólicas.

Una extensísima red de obras parroquiales, religiosas, de caridad, asistenciales, proporcional a la densidad de la emigración rusa y susceptible de aumento, existe ya en todas las latitudes. En torno a ellas se mueve un considerable contingente de sacerdotes, rusos o rusificados, católicos distribuídos por la Sagrada Congregación Oriental; nuevos grupos se están formando en los Seminarios y en España gracias a Dios se dibuja un amplio movimiento de simpatía entre las juventudes clericales para sumarse en América o en cualquier otra parte del mundo a la común tarea de fomentar la piedad cristiana de los rusos emigrados.

Recientes estadísticas que datan de febrero de este año arrojan cifras elocuentes sobre el ingente esfuerzo de la iglesia católica en este sentido.

En Europa: Italia (Foligno, Gaeta, Milán, Roma, Trieste); Alemania (Berlín, Frankfurt, Friburgo, Konigstein, Giessen, Munich, Niederalteich, Nuremberg, Pullach, Wuzburg); Bélgica (Bruselas, Chevetogne, Lovaina); Austria (Insbruck, Salzburg, Viena); Checoslovaquia (Zilina); Finlandia (Rekola); España (Madrid, Bilbao); Francia (Boulougne, Lyon, Marsella, Meudón, París); Holanda (Nimega, Voorburg); Inglaterra (Londres); Portugal (Fátima, Lisboa); Suiza (Friburgo).

En América: Canadá (Galt, Toronto, Montreal, Winnipeg); Estados Unidos (Alaska, Boston, Lislex, Los Angeles, Nethuen, Nueva York, Pittsburg, San Francisco); Argentina (Buenos Aires); Brasil (Sao Paulo, Santos). En los países sudamericanos estuve yo un año pulsando el ambiente religioso de la emigración rusa, y ahora tenemos allá como embajador volante del orientalismo español al Canónigo de Oviedo D. Francisco Aguirre, que ha comenzado sus actividades orientales en pro de los refugiados desde la República Dominicana y va descendiendo por Puerto Rico, Venezuela, Colombia, etc.

En Asia y Oceanía: Australia (Koragah); Hong-Kong; Japón (Tokio); Jordania (Jerusalén).

El funcionamiento de estas obras asistenciales y parroquiales, aunque varía según países y condiciones de vida de los emigrados, tienen un tenor parecido en todas partes. En Madrid, por ejemplo, además del trabajo estrictamente eclesiástico, con la Misa en rito ruso y la administración de los sacramentos, se tienen conferencias sobre problemas orientales y unionistas, se trabaja en las emisiones de radio con la colaboración de los mismos ortodoxos, se publican revistas en castellano, con artículos también de escritores rusos; hemos agrupado en una acción benéfica también a los rusos necesitados en lo que nos ayuda la Cáritas.

Funciona además en Madrid un Colegio Mayor donde a varios jóvenes rusos en calidad de universitarios, se les ofrece allí hospitalidad y posibilidades de alcanzar un doctorado universitario en algunas de las Facultades de la Universidad de Madrid. Es interesante constatar cómo esta ayuda católica desinteresada reporta frutos copiosos de simpatía y, al par que fomenta la religiosidad de los emigrados, los acerca a nosotros. El sacerdote ortodoxo de Madrid, por ejemplo, con ocasión de la muerte de S. S. Pío XII celebró en su iglesia una Misa de Requiem e hizo un panegírico del Papa.

Como en Madrid, en todas partes se desarrolla entre los prófugos el conocimiento de la religión en conferencias y folletos rusos, se organizan fiestas de convivencia, se asocia a los mismos ortodoxos a las manifestaciones religiosas de las parroquias y obras católicas en favor de los rusos.

Obsérvese bien el carácter de estas misiones entre los rusos fuera de su patria. Tiene por finalidad mantener y desarrollar la vida cristiana entre los

rusos ortodoxos, y no el convertirlos a la Iglesia Católica. Tal vez pueda esto extrañar a más de uno de nuestros católicos occidentales, no habituados a este género de apostolado entre los orientales separados. Primeramente, el término «conversión» es inadecuado, cuando se trata de cristianos bautizados, con vida de sacramentos y con espiritualidad propia; ese vocablo debe reservarse a los infieles, no incorporados a la Iglesia, a no ser que lo usemos en un sentido amplio, como hablamos de la conversión de tibios o pecadores. En segundo lugar, evita la Iglesia en su ayuda a los orientales toda mira interesada, como si quisiera comprar el retorno a Roma con su caridad. Hace el bien material, moral y religioso a los hermanos separados, sin espera inmediata de recompensa. Si el ortodoxo por su cuenta, convencido de la verdad de la Iglesia Católica, postula su incorporación a Roma, el sacerdote católico ha de examinar bien si lo hace por captarse la simpatía de los católicos e incrementar en su favor la ayuda material o, lo hace movido por razones de orden superior. Hemos de reconocer que tal desinterés confesional despierta en nuestros hermanos ortodoxos el deseo de volver a la unión con Roma, o por lo menos deshace los prejuicios contra la Iglesia Católica y los aproxima lenta, pero segura y eficazmente a nosotros.

Otro de los campos de apostolado cultivados por sacerdotes católicos es el de las peregrinaciones. Por lo menos una vez al año se organizan peregrinaciones a Lourdes y a Roma y en la que toman parte católicos y ortodoxos. Para orar por la liberación de los países cautivos del comunismo. Aún recordamos la que se organizó a Roma con motivo del año santo y la acogida paternal del Papa Pío XII que se dirigió en francés a los presentes.

Obras docentes son los Colegios que para la juventud rusa, hoy día hija de padres emigrados, sostiene la Iglesia católica en diversos continentes. En América del Sur, Brasil y Argentina, sostienen los PP. Jesuítas sendos colegios de niños rusos, y Religiosas católicas otros tantos colegios incipientes para niñas rusas.

En Francia funcionan igualmente otros dos colegios uno en Meudón, dirigido igualmente por los PP. Jesuítas de rito ruso, y otro en la misma capital francesa regentado por monjas francesas especialmente consagradas a este género de apostolado; estas mismas religiosas sostienen a la vez una Residencia para señoritas, entre las cuales hay también rusas, en el mismo París. En Roma y con el apoyo material y moral de la Sagrada Congregación Oriental, existen dos instituciones juveniles rusas, ambas dirigidas por Religiosas católicas integradas en el Instituto de Santa Elena: una es de niñas, en plan de colegio, y la otra de señoritas que se preparan, junto a las de otras nacionalidades, a adquirir un diploma en lenguas, que las capacite para ejercer puestos de secretarias, de intérpretes, etc. Tengo providencialmente a la mano un informe de esta Institución, que nos podrá a la vez ilustrar sobre la importancia en el terreno de la piedad cristiana y de la formación religiosa, que recibe la juventud rusa de la emigración.

El instituto internacional Santa Elena cuenta con un decenio de vida; en los primeros tiempos ofreció generosa hospitalidad a todos los prófugos rusos, lo mismo individuos aislados, que familias enteras, adultos de ambos sexos, incluso sacerdotes, pero en 1951 tomó forma definitiva de Colegio femenino. El primer grupo de 27 niñas se dobló rápidamente, y la casa capaz sólo para 42 personas, alberga hoy 50 internas, sin que puedan atenderse las numerosas peticiones que llegan a la dirección.

Junto al internado se ha abierto una escuela elemental, a la que asisten igualmente niñas externas, cursando todas los 5 primeros cursos del programa elemental italiano. Luego continúan los 3 años de Enseñanza Media, al término de los cuales toman las alumnas diversos rumbos, según sus aptitudes y capacidad. Algunas han seguido el liceo clásico, otras han obtenido el diploma de magisterio, e incluso algunas han aspirado al doctorado en lenguas y a cátedra de francés. Otras, siguiendo la inclinación propia de la mujer a sus labores, han cursado estudios de comercio, de corte y confección, de enfermeras puericultoras, etc. Algunas se han preparado finalmente para obtener el diploma de secretarias e intérpretes.

Desde hace tres años funciona, al lado del Internado y de la Escuela Elemental, una Escuela pensionado de secretarias e intérpretes, que acoge la juventud femenina de varios países, donde estudian con seriedad científica lenguas, dactilografía, estenografía, contabilidad y profunda cultura general, bajo la dirección de profesores especializados. La convivencia de las rusas en esta pequeña sociedad de naciones no puede dejar de ser altamente ventajosa para su cultura y formación.

Cuenta naturalmente el Instituto con una Iglesia de rito eslavo, cuyo capellán es un compatriota nuestro, el P. Francisco Echarri, al que la Sagrada Congregación Oriental ha encomendado la alta dirección moral y espiritual del internado. Las mismas niñas han formado el coro, que ejecuta las melodías los domingos y festividades. Todas las semanas se tienen clases de religión y moral por cursos, se pasan filminas catequísticas y de historia sagrada para las más pequeñas. El curso escolar, empieza invariablemente con los Ejercicios espirituales en plan cerrado para las mayores, al que, a pesar de ser libre asisten las más con gran entusiasmo y provecho. El mes de mayo, el adviento, la cuaresma ofrecen nueva ocasión de intensificar la vida de piedad en el colegio. Las principales fiestas del año, particularmente la Pascua, tan tradicional entre los rusos, se celebran con grandiosidad en el Colegio, trasladándose para las funciones litúrgicas al Colegio Ruso de Roma. Aparte la educación religiosa y científica, se une al aspecto social y recreativo, procurando mantener a las niñas en un clima de serenidad, de alegría y de sociabilidad, que permiten el desarrollo armónico y equilibrado de la personalidad, supliendo así la ausencia de las familias.

Las jóvenes cuando abandonan las aulas de Santa Helena, conservan gratísimos recuerdos de las enseñanzas allí aprendidas; permanecen en contacto con las religiosas directoras y reciben siempre agradecidas los consejos que les dan. Cordiales colaboradores en esta obra protescolar son los sacerdotes de la colectividad rusa, esparcidos un poco acá y allá por el mundo. Las noticias que llegan de América, de Suecia, de Alemania, de Austria, etc., son buenas y confortan la esperanza de ver renacer la piedad cristiana entre los rusos emigrados.

Santa Helena es sólo un ejemplo del inmenso esfuerzo de la iglesia católica por levantar el nivel de profunda piedad entre los rusos fuera de su patria, secundando así la actividad de la jerarquía ortodoxa, directamente más interesada en rescatar de la indiferencia religiosa a sus fieles emigrados.

VII

Vida parroquial entre los protestantes

R. P. PRUDENCIO DAMBORIENA, S. J.
Profesor de la Pontificia Universidad Gregoriana. Roma

I. — INTRODUCCION:

a) Iglesia Calvinista e Iglesia Reformada.
b) ¿Pastorado, igual a sacerdocio?

II. — NATURALEZA:

1.° *Universalidad del sacerdocio:*

a) Todos los fieles son sacerdotes.
b) Elección de los pastores.

2.° *Cómo se llega a ser pastor:*

a) Pastor, elegido por el pueblo, para predicar la palabra divina.
b) Muchos llegan a ser pastores por herencia familiar.
c) Otros proceden de los Colegios y Universidades.
d) Un nutrido grupo de universitarios se preparan para el pastorado.

3.° *Su preparación:*

a) Iglesia y secta: esta última suele tener a veces un sentido peyorativo.
b) Distinta preparación en unas y otras Iglesias.
c) Escuelas públicas de formación de pastores.
d) Tienen que vivir del proselitismo y aprender a polemizar.
e) Dos o tres años: Gente de buena voluntad.

III. — IGLESIAS MAYORES:

1.° *Formación más sólida:*

a) Hay seminarios propios de una Iglesia.
b) Hay seminarios unidos.
c) Su formación escrituraria es, en ocasiones, superior a la nuestra.
d) Tienen su exégesis propia y deben conocer todas las objeciones.

2.° *Formación homilética:*

a) Pastor elegido por el pueblo, no gozará de su simpatía si no cumple bien su oficio de predicador.
b) Depende enteramente de su auditorio.
c) Estudian preferentemente la vida cristiana de los tres primeros siglos de la Iglesia.
d) Estudio superficial de la Edad Media.
e) Cursos de Teología sistemática.

3.° *Seminarios unidos:*

a) Pastores para diversas Iglesias.
b) Sistema por el que se rige.
c) Profesores de diversas ideologías que suelen causar gran desorientación.
d) Profesores que, a veces, ellos mismos no creen las verdades que enseñan.

IV. — CULTO PROTESTANTE:

1.° *Día de su celebración:*

a) A excepción de los Adventistas y Testigos de Jehová, lo suelen celebrar el domingo.
b) Modo de celebrarlo.

2.° *Particularidades del culto:*

a) Memento por los enfermos de la Parroquia.
b) Si asiste el enfermo, se levanta y va hacia el altar a dar gracias.
c) Se administra el Bautismo después del Credo.
d) Suele ser la liturgia aparatosa y muy impresionante, especialmente en el ofertorio y comunión.

e) La acción de gracias en común.
f) Variedad litúrgica en las diversas sectas.
g) Participación activa de los fieles.

CONCLUSION.

Ruegos y preguntas:

M. I. Sr. D. Emilio Segura (Barcelona): *¿Cómo se procede a la elección de Pastores?* Respuesta del ponente: *Los ancianos con su Presidente intervienen activamente en la vida parroquial, en el control de las finanzas y en la admisión y deposición de pastores.*

Otro semanista: *¿Tienen también precepto de cumplimiento pascual?* Ponente: *Son muy pocas las Iglesias que obligan al cumplimiento pascual.*

Otro semanista: *¿Qué táctica hemos de seguir con los protestantes en España y América?* Ponente: *Caridad, mucha caridad y respeto siempre al individuo, evitando ataques personales.*

VIII

Colaboración apostólica seglar entre los protestantes

R. P. Prudencio Damboriena, S. J.
Decano de la Facultad de Misionología de la Pontificia Universidad Gregoriana. Roma

I. — INTRODUCCION:

1.° *Lugar destacado de los seglares en las Iglesias Protestantes:*

a) Ellos influyen frecuentemente en las parroquias en la elección de los pastores.

b) Su influencia es a veces decisiva en «Sinodos», «Circuitos», «Diócesis», etcétera.

c) A veces, llegan a ocupar el puesto de dirección en iglesias no episcopalianas.

2.° *Razones de esta fuerte influencia seglar:*

a) La idea del sacerdocio universal de los fieles anula la diferencia entre pastor y fiel.

b) La doctrina protestante es la verdadera raiz de ese plano de igualdad entre pastores y seglares.

c) La autoridad de los pastores ordenados es mínima.

d) Se le llama «Reverendo» y es consejero y asesor.

3.° *Robustecimiento de la autoridad del pastor:*

a) Al faltarles la autoridad nacida del «Orden», tratan de buscarla en el prestigio de una especialidad sicológica.

b) Poca estima en salvaguardar el tesoro doctrinal.

c) Aceptación gradual de la confesión, como práctica sicológica de expansión y pacificación espiritual.

II. — OTROS MOTIVOS QUE EXPLICAN LA INTERVENCION DE LOS SEGLARES:

a) Repugnancia marcada de los norteamericanos a todo lo «jerárquico».

b) Profundo sentimiento de aceptación de todo lo «democrático».

c) La carencia de religiosos y religiosas determina una mayor intervención de los seglares en el protestantismo.

III. — SEGLARES EN LAS MISIONES PROTESTANTES:

a) Los seglares pueden hacerlo todo menos administrar el Bautismo.

b) Ellos predican, dirigen Hospitales, Colegios, Universidades y Obras Sociales.

c) Algunas sectas exigen a todos sus adeptos el apostolado de la predicación.

d) En USA dan mayor margen de confianza al individuo, que en general se cree bueno y honrado.

e) 1.300 periódicos y revistas suelen reproducir la meditación del P. Keller.

— Lo transmiten también 800 estaciones de televisión.

— Idem 1.000 estaciones de radio diariamente.

IV. — INCONVENIENTES DE ESTA PARTICIPACION SEGLAR:

a) Excesiva intervención de seglares, con frecuencia insuficientemente preparados.

b) Menosprecio de los pastores ordenados.

V. — **SOCIEDADES BIBLICAS:**

a) Enorme influjo de los seglares en ellas.

b) Han traducido la Biblia a más de 1.000 lenguas.

c) A más de 300 idiomas solamente en Africa.

d) Inconvenientes de la libre interpretación de la Biblia.

e) Contribuciones voluntarias para ediciones bíblicas.

CONCLUSION.

Sección Tercera

Sesiones particulares para Seminaristas y Estudiantes religiosos

Coloquios de formación misional con los seminaristas

MONS. ANGEL SAGARMÍNAGA
Director Nacional de la PUMC y

RVDO. D. PEDRO SANMARTÍN
Delegado Nacional de la PUMC para los Seminarios

I COLOQUIO: FINALIDAD DE LA ACADEMIA MISIONAL [1]

A) **Introducción:** *«In omnibus respice finem».* — Para saber lo que es una Academia, tengamos en cuenta su finalidad: Si desconocemos su objetivo, la Academia fracasará, será una ficción. Hemos de evitar a toda costa que un mal enfoque ponga en nuestras manos —vacío y muerto— un instrumento que, bien estructurado y utilizado, puede *colaborar* eficacísimamente en la formación de los aspirantes al sacerdocio.

B) **Conceptos equivocados:** Rechacemos una serie de conceptos equivocados:

a) La Academia Misional no es:

— un círculo de estudios. No busca únicamente estudiar, y es mucho más que una clase.

— una asociación misional. Aunque ningún Seminario ni seminarista pueda desentenderse hoy del problema misional, la Academia de suyo dice siempre relación a pocos. La conspiración de todo el Seminario en favor de las Misiones, constituiría «asociación»;

— un círculo misional. Empobreceríamos la riqueza del problema (histórico, cultural, humanístico, teológico, filosófico, bíblico, litúrgico, educacional, espiritual...);

— un grupo de celadores de las OO. MM. PP. Cae de su peso.

b) El fin primario no es:

— promover amor hacia las Misiones. El amor será una consecuencia, necesaria si se quiere, del objetivo primordial;

— formar propagandistas. Aunque este resultado lógico puede servirnos de criterio para saber si tuvo o no buena orientación la A;

---

[1] ENCUESTA SOBRE FINALIDAD DE LA ACADEMIA MISIONAL

Academia Misional ....
(Advocación)

de ....
(Teología o Filosofía)

del Seminario de ....
(Diócesis)

Finalidad:

1) ¿Cuál es el fin primario de la Academia Misional?

2) ¿Crees necesaria la consecución de este fin para una formación sacerdotal auténtica? ¿Por qué?

3) Además de este fin ¿pueden indicarse otros fines?

4) ¿Existe en el Seminario alguna A. M.?

5) ¿Cuántas hay?

a) ¿una para todo el Seminario?
b) ¿solamente para teólogos?
c) ¿una para cada comunidad?

6) ¿Cuál de las tres formas te parece mejor? ¿Por qué?

7) ¿Crees que la Academia de tu Seminario va consiguiendo esta finalidad? ¿Por qué?

Respuestas dadas por .... (Nombre y apellidos)

Año que ha cursado .... (Firma: ....)

— suscitar vocaciones misioneras. De hecho crea un clima favorable al desarrollo y madurez de las vocaciones, pero también esto es consecuencia y fruto del objetivo principal.

C) **Objetivo primordial:** «*Formar en los seminaristas una sólida y profunda conciencia misionera*»:

— aprender a trabajar exclusivamente por la gloria de Dios;
— por la salvación de todas las almas;
— de todas las regiones de la tierra;
— en las formas que la Iglesia juzgue oportunas;
— estudiar el Evangelio y los Dogmas en su proyección universalista;
— vivir las vicisitudes de la Iglesia en su labor expansiva;
— constituir como eje de la vida espiritual el sentido de Iglesia:

Redención
Cuerpo Místico
Sacerdocio Universal
Comunión de los Santos
Catolicidad...

D) **Triple lema:** La estructura de una Academia Misional podría encerrarse en este triple lema:

Idea, Vida e *Influencia.*

— Ideas: sin ellas, nada estable y duradero se puede hacer. Adquirirlas y profundizarlas con un estudio tenaz y serio.
— Vida: nada de fórmulas frías. Las ideas son para vivirlas.
— Influencia: como consecuencia de las otras dos. Así se realizará plenamente la finalidad de la Academia.

E) **Consecuencia natural:** *La vida tiende a comunicarse.*

Esta sólida y profunda conciencia misionera transcenderá:

a) en el Seminario (fin inmediato):
— fermento en medio de la masa;
— para que en él se respiren aires de universalidad;
— para que se piense única y exclusivamente en católico;
— creando un movimiento orientado hacia la P.U.M.C.:
— conociendo la Obra;
— amándola;
— para vivirla después en el sacerdocio;
— facilitando asimismo el conocimiento y práctica de la Organización Misional Pontificia;
— OO. PP. (Propagación de la Fe, Unión Misional del Clero, Obra de San Pedro Apóstol, Santa Infancia);
— OO. Auxiliares. (C.M.D.E., «Orate», U.E.M., OFIM, MYM, CUM...).

b) en la parroquia (fin mediato):
— el seminarista saldrá del Seminario viviendo plenamente el sacerdocio de Cristo: con un lema: *Unión,* y un objetivo concreto: *Todas las almas;*
— vivirá plenamente la U.M. del C.;
— hará que las almas a él confiadas vivan estas ideas:

Santa Misa;
confesionario;
predicación;
catequesis;
enfermos.

La mentalidad parroquial, diocesana, nacional, debe ser sustituida por una mentalidad eclesial, porque nuestra parroquia es el mundo. Nuestro sacerdocio es el de Cristo, y Cristo es para todos.

F) **La misión de la Iglesia:** Hablemos menos de «Misiones» y más de *la misión de la Iglesia:*

> «En cuanto a la Iglesia, Ella tiene delante de todos una triple misión que cumplir: elevar a los creyentes fervorosos al nivel de las exigencias del tiempo presente; introducir a aquellos que se quedan en el umbral de la intimidad saludable y cálida del hogar; reconducir a aquellos que se han alejado de la religión y que sin embargo, Ella no puede abandonar a su mísera suerte».
>
> (Pío XII, al I Congreso Mundial de Apostolado Seglar).

Corolarios:

1.º) *Es necesario que esta conciencia misionera se consiga en todos los Seminarios.* Con este fin, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, de común acuerdo con la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades,

ha confiado a la P.U.M.C. el encargo de promover la creación de las Academias Misionales en los Seminarios y Casas de formación para religiosos (3-XII-1953).

2.º) *La finalidad de la Academia Misional debe ser la misma en todos los Seminarios.* La diversidad podrá estar en los medios que se utilicen para conseguir este fin. De hecho ha de encontrarse el medio para cada grupo, diferente en todos los casos.

3.º) *Nota bene:* El Movimiento Misional de Seminarios no es una organización. La organización supone jerarquía; el movimiento únicamente exige una dirección que lo coordine. De ningún modo quiere ser una intromisión en la vida interna de los Seminarios. Aunque esté dirigido por la P. U. M. C., debe ser aprobado y regido, dentro de cada Seminario, por sus superiores legítimos. La Dirección Nacional únicamente facilita materiales de trabajo, orientaciones generales, etc., y trata de infundir espíritu de unión, coordinando el esfuerzo de todos.

II COLOQUIO: ORGANIZACION DE LA ACADEMIA MISIONAL [2]

A) **Introducción:** 1.º La organización es fuerza porque es previsión, unión, disciplina, perseverancia, actividad, claridad del fin y de los medios conducentes a él. Organizarse es multiplicarse. La pólvora diseminada en granos dispersos no sirve para nada.

2.º La formación de una conciencia misionera no puede plantearse del mismo modo en los tres estadios de la carrera sacerdotal (Latinidad, Filosofía-Teología). Cada comunidad debe tener su Academia.

3.º No basta el interés de las personas por la causa misional. Si se quiere algo estable y progresivo es necesario un cauce concreto: *Una organización.*

B) **Consiliario de la Academia Misional:** 1.º La dirección de una Academia Misional corre a cargo de la Directiva, formada por seminaristas que pertenecen a la Academia. Sin embargo, de esta Dirección forma parte un sacerdote, un Consiliario, que por ser normalmente el único elemento fijo que queda a través de los años en la Academia, puede garantizar su vitalidad permanente y progresiva.

2.º *Su función:*

— representa a la autoridad: «Omnia per Rectorem»;

— lleva la alta dirección:

orientadora
alentadora
indispensable en la Academia de Latinidad
necesario en la Academia de Filosofía
conveniente en la Academia de Teología
preferible que sea interno (Prefecto)
inapreciable si es el Director Espiritual.

---

[2] ENCUESTA SOBRE ORGANIZACION DE LA ACADEMIA MISIONAL

Miembros:

1) Número de seminaristas en Teología ...... en Filosofía ...... en Latinidad ......

2) ¿Cuántos pertenecen a la Academia?

a) Teología ....
b) Filosofía ....
c) Latinidad ....

3) ¿Qué condiciones se requieren para ingresar en la Academia?

4) ¿Tenéis Consiliario o Director sacerdote? Nombre y cargo en la Diócesis.

5) ¿Cuál es su misión en la Academia?

Directiva:

1) ¿Cuál es la función de la directiva dentro de la Academia?

2) ¿Qué exigirías, en general, de un miembro directivo?

3) ¿Cargos de la directiva? Enumerarlos.

4) ¿Modo de elección?

Grupos:

1) ¿Crees necesaria la distribución de los Académicos en diversos grupos? ¿Por qué?

2) ¿En qué nos podríamos fijar para la distribución de los grupos? ¿Amistad? ¿Los del curso?

Respuestas dadas por .... (Nombre y apellidos)

Año que ha cursado .... (Firma: ....)

3.° *Cualidades.* — Apuntaremos algunas, aunque son de sobra por todos conocidas:

— espíritu sobrenatural (hemos de suponerlo siempre);
— juventud (la dirección de jóvenes requiere iniciativas, movimiento);
— no sobrecargado de ocupaciones; pero es preferible el sobrecargo de ellas, a quien no tiene nada que hacer;
— dispuesto a sacrificarse (los jóvenes, por su inconstancia e irreflexión, exigen mucho espíritu de sacrificio).

C) **Directiva:** 1.° Conviene que la Academia tenga su Junta Directiva, a fin de que la labor esté bien repartida y cada uno pueda aportar a la organización el apoyo de su trabajo. Una sola persona, no podría atender convenientemente a todo: «Pluribus intentus minor fit ad singula sensus».

No conviene que la Directiva sea muy numerosa. El P. Ayala apunta humorísticamente: «Reduciría la Directiva a un Presidente que no presidiera y si trabajara». Con mucha frecuencia la vida de una Academia es inversamente proporcional al número de sujetos de su Junta Directiva. Nombres no, hombres. Y que los cargos sean cargas. Hombres inteligentes, entusiastas, sacrificados, activos, con sentido práctico. ¿No los hay? Pues no habrá obra, ni se hará nada, y menos, cuantos más directivos haya.

2.° *Cargos:* En la Academia Misional pueden existir muchos cargos, y aún es conveniente que los haya, pues así, la responsabilidad se reparte; pero hay unos cuantos cargos con mayor responsabilidad que constituyen la Directiva propiamente dicha:

— Presidente (elegido por votación)
— Secretario
— Tesorero
— Jefes de grupo (dirigen las reuniones de los grupos)
— Vocales diversos (Piedad, Estudio, Propaganda, Filatelia...
— Bibliotecario (encargado de los libros, revistas y fichero).

3.° *Nota bene:* Tengamos en cuenta el futuro. Si queremos que nuestra labor sea permanente y no puramente personal, es indispensable ir preparando nuevos elementos que hayan de encargarse más tarde de la dirección de la Academia. Para ello conviene que la Directiva esté integrada por académicos de todos los cursos y su selección ha de ser escrupulosa.

Para prepararse a esta acción de dirección, además de haber estado algunos años en la Directiva, puede ayudar la asistencia a los Cursillos Regionales, que siempre abren perspectivas nuevas que evitan el anquilosamiento y la rutina.

D) **Miembros de la Academia:** 1.° Ante todo, es indispensable que los componentes de la Academia pertenezcan todos a una misma comunidad. Latinidad, Filosofía y Teología, constituyen tres etapas bien definidas de la formación sacerdotal, cada una con sus características propias y con sus exigencias propias.

— voluntariamente
— no importa el número
— evitar la pasividad
— en Latinidad podrían ser muchos (divididos en decurias, por ejemplo, con un jefe; los jefes de grupo y el Consiliario constituirían propiamente la Academia).

2.° *Organización en grupos:* Si la Academia es numerosa, es absolutamente necesario dividirla en grupos de cuatro, cinco o seis individuos. Las reuniones de una Academia numerosa son, a la larga, ineficaces:

— imposibilidad de un intercambio de ideas y sentimientos;
— imposibilidad de emplear otro método que el de la ponencia, con sus desventajas consiguientes;
— dificultad para despertar espíritu de trabajo y de responsabilidad personal;
— dificultad de acomodación a todos, por pertenecer a cursos distintos, con mentalidad y formación diversas.

3.° *Grupos reducidos:* No importa que los grupos sean del mismo número, sino que estén bien compenetrados los elementos de grupo. En general, no conviene que pasen de unos ocho o nueve individuos para conseguir esto. Podrían indicarse las siguientes condiciones:

— parecida formación y anhelos (por ejemplo, los del curso);
— mutua amistad y confianza;
— ambiente de naturalidad y sinceridad.

4.º *Método de clasificación:* Para conseguir estos grupos, ¿en qué criterio nos hemos de fijar? ¿Amistad natural? ¿Los del curso? ¿Afinidad de temperamentos? En general en todos ellos, pues no son sino diversos elementos que ayudan a esta compenetración. Quizás el criterio más importante sea el pertenecer a un mismo curso, al menos en Teología. En Filosofía, por el contrario, es imposible hacerlo por cursos, ya que los de 1.º de Filosofía no estarían en condiciones de realizar eficazmente las reuniones, cosa que no ocurrirá si se mezclan con otros de cursos superiores, ya acostumbrados al modo de llevarlas.

No es necesario, sin embargo, fijarse con demasiada preocupación en estos criterios para acertar en la distribución de grupos. Teniendo buena voluntad e interés, es fácil llegar a la compenetración a través de las diversas reuniones entre los elementos de un mismo grupo.

III COLOQUIO: REUNIONES DE LA ACADEMIA MISIONAL [3]

A) **Introducción:** 1.º Las reuniones pueden considerarse como uno de los medios más eficaces para la buena marcha y vitalidad de la Academia. De su buena o mala preparación, de su interesante o descuidado desarrollo, dependen el éxito o el fracaso de la Academia. Pueden ser de muy diversas clases:

— de directiva
— de todos los académicos
— de los grupos
— para toda la comunidad.

2.º *Advertencias generales:* Para la buena marcha de las reuniones conviene tener en cuenta las siguientes advertencias:

a) Señalar un día fijo para la reunión, sobre todo para las de los grupos.

b) Ver todos los puntos del orden del día, señalando incluso, un tiempo determinado a cada uno de los puntos. Esta rigidez, necesaria al principio, desaparecerá poco a poco, dando más

---

[3] ENCUESTA SOBRE REUNIONES DE LA ACADEMIA MISIONAL

1) *Reuniones de directiva:* ¿Con qué frecuencia se celebran? ¿En qué momento del día? ¿En qué consisten? ¿Levantáis acta?
2) *Reuniones generales:* ¿Con qué frecuencia se celebran? ¿En qué momento del día? ¿En qué consisten? ¿Levantáis acta?
3) *Reuniones de grupo:* ¿Con qué frecuencia se celebran? ¿En qué momento del día? ¿En qué consisten? ¿Levantáis acta?

Método de las reuniones generales y de grupo.

I. — *Comentario bíblico:*

1) ¿Lo hacéis?
2) ¿De qué modo?

II. — *Estudio:*

1) El tema de estudio, ¿es cíclico, se mueve cada año o circunstancial?
2) Ventajas e inconvenientes.

A) *Por ponencia:*

1) ¿Estudiáis por ponencia?
2) ¿Quiénes se encargan de desarrollar los temas?
3) ¿Ventajas e inconvenientes de este método?
4) ¿Permitís el diálogo? ¿Lo utilizáis con frecuencia?

B) *Por encuesta:*

1) ¿Estudiáis por encuesta? ¿Cómo lo realizáis?
2) ¿La encuesta, es la misma para todos los grupos de la Academia?
3) ¿Sería posible un intercambio de temas entre diversos Seminarios?
4) ¿Ventajas e inconvenientes del método de encuesta?

III. — *Revisión de vida:*

1) ¿La utilizáis?
2) ¿Qué finalidad tiene?
3) ¿Cómo la realizáis?
4) ¿Adoptáis compromisos especiales dentro del grupo?

IV. — *Revisión de influencia:*

1) ¿La utilizáis?
2) ¿Qué finalidad tiene?
3) ¿Cómo la realizáis?

Respuestas dadas por .... (Nombre y apellidos)
Año que ha cursado .... (Firma: ....)

tiempo al punto que más interese, pero sin dejar de ver los demás.

c) Habilitar un local para las reuniones.

d) No alargarlas penosamente.

e) De la buena o deficiente marcha son responsables principales los directivos y jefes de grupo.

f) La oración y el sacrificio condicionan, como ningún otro medio, el éxito de los trabajos.

g) En las Academias reducidas en número y en miembros, o donde no es posible llevar a cabo la división en grupos, y que por tanto realizan solamente reuniones generales, deberá seguirse el esquema de las de grupo.

B) Reuniones de la Directiva:

1.° *ordinarias* (cada 15 ó 20 días).
2.° *extraordinarias*

— al principio de curso
— al principio de cada trimestre
— al fin del curso
— siempre que sea necesario.

Las convoca el Secretario, quien debe redactar siempre el orden del día, para que todos los miembros de la directiva sepan cuáles son los temas que se van a tratar, al menos en líneas generales, y puedan intervenir en el desarrollo y solución de los diversos puntos. En términos generales constarán estas reuniones de dos partes: una fija y otra variable.

3.° *Parte fija:*

— oración breve
— comentario bíblico
— revisión de cargos (cada directivo da cuenta de sus actividades y compromisos cumplidos o no)
— revisión de grupos (los jefes de grupo informan sobre la marcha y reuniones de los grupos particulares).

4.° *Parte variable:*

— preparar alguna jornada misional
— una fiesta de la Academia
— una conferencia aprovechando el paso de algún misionero
— oración final.

Las reuniones que hemos llamado extraordinarias (al principio del curso y del trimestre) es evidente que son para fijar materias, revisiones, plan general de reuniones a seguir durante dicho curso o dicho trimestre.

5.° *Reunión final de curso:* Lo más importante en esta reunión es hacer un balance de todo lo realizado. Por lo tanto, las revisiones de cargos y grupos tendrán un carácter general, reflejando el diagrama del año. Vistos los adelantos y comprobadas las deficiencias es conveniente adoptar unas conclusiones preparadas por los directivos. Por fin, puede tener lugar en esta reunión final, la elección del nuevo presidente para el próximo curso.

6.° *Otras reuniones:* A veces, aprovechando la presencia de algún misionero o de otra persona de interés (algún miembro de la Dirección Nacional) se puede celebrar una reunión que consista simplemente en una charla o conferencia, dando lugar después a un coloquio entre el que dirige la reunión y los asistentes a ella. En este caso sobraría el orden del día, aunque es preferible mantener la revisión de grupos dada su importancia.

Parece innecesario advertir que en las reuniones conviene que exista la mayor intimidad y franqueza posible. Es necesario lograr un clima de naturalidad y sencillez para que se puedan exponer los méritos y fallos de cada uno.

Conviene también que a las reuniones de la directiva asista el Consiliario, si no siempre que se celebran, sí al menos con relativa frecuencia (principalmente en Latinidad y Filosofía). Cuando no asista, conviene entregarle nota del acta con los temas tratados en la reunión y el resultado de las revisiones.

C) Reuniones de la Academia:

Periodicidad: Cada mes, por lo menos.

1.° *Normales.*

a) *Finalidad:*

— dar cuenta delante de todos sobre la marcha de la Academia
— conocerse
— tratar los temas que sean de interés para todos.

b) *Esquema:*

— Oración breve
— comentario bíblico

— lectura del acta
— revisión de cargos (descargo de lo que no se ha cumplido y actividades del mes de interés general)
— revisión de grupos (los jefes de grupo)
— temas (decisiones, planes, ponencia interesante)
— alocución del Consiliario
— oración final.

Advertencias: En estas reuniones, que por el número de asistentes y falta de conversación e intercambio se prestan a la distracción y al cansancio, es conveniente mantener la siguiente norma:

— llevar un orden del día bien prefijado
— conocido por todos los asistentes (cartelera, copias)
— el Secretario dirige la reunión según el orden prefijado
— son admisibles y convenientes las preguntas y comentarios de los que asisten, siempre que se lleven con orden
— aun cuando no se oponen orden e intimidad, una excesiva preocupación de orden, puede ahogar el ambiente de compañerismo e intimidad que debe existir en las reuniones.

2.° *Extraordinarias:* (las que convengan) Imprescindibles:

— al principio de curso o del trimestre (determinando el plan general)
— al final de curso (balance)
— aprovechando la visita de algún misionero o miembro de la Dirección Nacional.

D) **Reuniones de los grupos:** Supuesta la división de la Academia en diversos grupos, debe tener lugar esta reunión semanalmente. El esquema de una reunión de grupo puede ser más o menos el siguiente:

a) Oración
b) Comentario bíblico
c) Tema de estudio
d) Revisión de vida
e) Revisión de influencia.

Por su capital importancia, ya que principalmente la vida de la Academia se desarrolla en estas reuniones de grupos, dedicaremos un pequeño comentario a cada uno de estos puntos de la reunión, aunque algunos de ellos sean suficientemente claros.

1.° *Oración:* Al hacer la oración que abre la reunión, es conveniente, indicar una intención misional por la cual se ofrece el acto de la reunión.

2.° *Comentario bíblico:* Sitúa la reunión en clima de espiritualidad. Normalmente, el pasaje escogido es del Evangelio del domingo anterior a la reunión. La experiencia enseña que de todos o casi todos los textos del Evangelio se puede hacer, sin extorsión, una aplicación misional. Algunos, prefieren escoger unos cuantos textos de claro sentido misional para comentarlos a través de las reuniones del año, pero quizá sea preferible el sistema de comentar el Evangelio del domingo, que insensiblemente nos llevará a buscar el enfoque misional de todas las homilías.

Preparación: Se comprende que el resultado de estos comentarios depende en parte del sabor misional del texto, pero principalmente de la seriedad y profundidad de su preparación. Es aconsejable que lo preparen todos los del grupo.

3.° *Tema de estudio:* Al hablar de la finalidad de la Academia Misional decíamos que era la formación de una sólida y profunda conciencia misionera, bajo el triple aspecto de idea, vida e influencia. El esquema de una reunión de grupo responde a esta triple exigencia. Las ideas se adquieren con el tema de estudio, y la vida e influencia se examinan, despiertan y desarrollan en las revisiones.

El tema de estudio constituye el núcleo fundamental de la reunión, pero es preciso tener en cuenta que la importancia de estas reuniones de estudio no está en la cantidad de conocimientos que suministran. En realidad, las reuniones de la Academia son *medios supletorios* de otros más fecundos, como el estudio privado, las clases dirigidas por un profesor competente.

Es imposible tratar en la Academia todos los temas que se podrían proponer. Por eso es necesario hacer una selección y escoger unos cuantos. Podemos valernos para ello:

— de los dogmas cristianos
— de los sacramentos

— de la liturgia
— de la pastoral
— de la consigna anual propuesta por la Dirección Nacional.

4.° *Métodos:* Para estudiar los temas se pueden seguir dos métodos distintos: el de ponencia y el de encuesta (mejor diríamos, cuestionario).

a) *Ponencia:*

— la desarrolla uno del grupo
— aportando la bibliografía utilizada
— suscitando un coloquio al final, para evitar la pasividad de los oyentes.

b) *Cuestionario:*

— el desarrollo corre a cargo de todos
— las respuestas deben llevarse escritas
— conversación dirigida.

Aunque la elaboración de los cuestionarios es más trabajosa que el otro método, las ventajas de sus resultados lo hacen más aconsejable.

5.° *A modo de ejemplo:* Para mayor claridad transcribimos a continuación un ejemplo de cuestionario elaborado para plantearse entre alumnos de 4.° de Teología. Pertenece al tema genérico «Actuación parroquial misionera» y concretiza uno de los muchos medios de esa acción pastoral. Incluye el ejemplo el modelo completo que habría de distribuirse entre los académicos con el orden del día, unos puntos que se dan por supuestos y que centran la cuestión, y finalmente, el cuestionario propiamente dicho que consiste en unas cuantas preguntas breves, claras (la brevedad no debe obstaculizar la claridad) que mutuamente se completan y llevan el tema del terreno de la teoría al de la práctica:

REUNION DE GRUPO día ...... hora ......

Orden del día:
1) Oración. Intención: Por los enfermos del H. Civil.
2) Comentario evangélico sobre: Dom. III post Pascha.
3) Cuestionario: El dolor.
4) Revisión de vida: Sobre el tema del cuestionario.
5) Revisión de influencia: Sobre el tema del cuestionario.

TEMA - MEDIOS: EL DOLOR:

Suponemos que:
1) El dolor es una experiencia sentida por todos en este mundo.
2) El dolor lo sufren principalmente los enfermos.
3) Es necesario dar un sentido cristiano al dolor de nuestros enfermos.
Lo exigen: a) su satisfacción personal;
b) Las actuales necesidades de la Iglesia.

Tratamos de: Comprender el valor espiritual del sufrimiento para valorizar espiritualmente el dolor que nos rodea.

Cuestionario:
1) ¿Cuál es el origen del dolor, y su razón de ser actual?
2) ¿Qué valor tiene el dolor en la economía actual de salvación? Razones teológicas.
3) ¿Qué puede pedir un sacerdote al enfermo? Grados de superación del dolor.
4) ¿Cuál es la actitud del mundo actual para el dolor? ¿Qué crítica se merece su opinión?
5) Existe una jornada misional dedicada al dolor y a los enfermos. a) ¿Cuándo se celebra? b) ¿Qué fines tiene?
6) ¿Existe alguna agrupación misional para los enfermos? ¿Cuál es su finalidad y organización?

6.º *Revisión de vida:* No basta adquirir una serie de conocimientos a base de temas de estudio. Estas ideas se han de encarnar en mí, he de vivirlas. Que no se limiten a un «adesse» sino que sean un «inesse». La revisión de vida, según esto, debe ser un diálogo vivo, una conversación íntima, una disección de vivencias misioneras. Una revisión de mis pensamientos, criterios, y del influjo que lo misional tiene en mi actuar diario. Bien llevada, la revisión ayuda mucho a crear una mayor confianza y amistad entre los del grupo.

También puede hacerse la revisión de vida sobre una jornada misional celebrada en el Seminario, examinando la influencia que ha tenido en nosotros, en nuestra oración, sacrificios, cumplimiento del deber, etc... De vez en cuando, y de un modo espaciado, se puede hacer un análisis del espíritu universalista adquirido, v. gr. en la vida de piedad.

Hay muchos modos. Lo interesante es que a través de estos u otros podamos descubrirnos en nuestra formación misionera, no limitándonos a un simple ver la situación, sino adoptando compromisos concretos que nos ayuden a salir de la monotonía o de la tibieza, concretando nuestra actuación o, en preparar mejor las encuestas o en orientar nuestra vida espiritual en sentido misional, o en meditar durante unos cuantos días sobre temas misionales o simplemente en orar y sacrificarse unos por otros, para que los del grupo puedan adquirir esa conciencia misionera.

Revisión de influencia: (Coloquio número 5).

E) **Reuniones para toda la Comunidad:** Pueden celebrarse aprovechando las diversas jornadas misionales de carácter nacional o mundial, escalonadas durante el año. Bien preparadas son medio eficacísimo para influir vivamente en todos los que no pertenecen a la Academia Misional.

IV COLOQUIO: ACTIVIDADES DE LA ACADEMIA MISIONAL[4]

A) **Introducción:** Salta a la vista que la actividad de las Academias Misionales deben tener un carácter destacadamente sobrenatural. Es preciso ser levadura para fermentar al mundo. Por tanto, es misión de las Academias Misionales trabajar, ante todo, por formar una desbordante espiritualidad misionera, atenta a los matices propios de los dogmas misioneros sin preterir a los demás. Ante todo, pues,

---

[4] ENCUESTA SOBRE ACTIVIDADES DE LA ACADEMIA MISIONAL

I. — *Internas.*

A) *Biblioteca:*

1) ¿Existe?
2) ¿Cómo la lleváis?
3) ¿De qué secciones consta?
4) ¿Qué libros consideráis necesarios?
5) ¿Cuáles convenientes?

B) *Revistas:*

1) ¿A qué revistas estáis suscritos?
 a) Nacionales
 b) Extranjeras.
2) ¿Qué revistas consideráis necesarias?
3) ¿Cuáles convenientes?
4) ¿Se leen?
5) ¿Qué método seguís para que se lean?

C) *Fichero:*

1) ¿Existe?
2) ¿Cómo lo lleváis?
3) ¿Finalidad práctica?
4) ¿Se utiliza?
5) ¿Realizáis intercambio de fichas con otros Seminarios?

II. — *Externas.*

A) *Banco Misional:*

1) ¿Lo utilizáis?
2) ¿Voluntario u obligatorio?
3) ¿Resultados?
4) ¿Alguna sugerencia para orientar esta actividad espiritual?

B) *Actos colectivos:*

1) ¿Recurrís a lecturas y guiones en el comedor?
2) ¿Procuráis conferencias para el Seminario?
3) ¿Con qué frecuencia?
4) ¿Procuráis pláticas y meditaciones misionales?
5) ¿Con qué frecuencia?

B) **Acción espiritual:**

a) La primera acción apostólica es la acción de la santidad. Quien se santifica aumenta simultáneamene la capacidad de trabajo del apostolado de la Iglesia.

b) El trabajo, el estudio y el sacrificio (sufrimientos morales y físicos) unidos al sacrificio y al trabajo de Jesús y de los Santos, tienen un inmenso valor apostólico.

c) La oración litúrgica (oficial del Cuerpo Místico) y la oración privada (acto personal de amor) tienen un fuerte poder energético para los misioneros y un incalculable valor predispositivo para los infieles y pecadores.

—Las Academias Misionales desarrollan en este aspecto y con esta finalidad las siguientes actividades:

— jornadas misionales anuales
— jornadas misionales mensuales
— Santa Misa
— oración colectiva y privada por las Misiones
— Banco Misional
— pláticas y conferencias.

Para la acción espiritual, las Academias Misionales deben buscar la más amplia colaboración de los Superiores del Seminario, especialmente del Director espiritual.

1.° *Jornadas misionales anuales:*

— DOMUND
— Vocaciones Misioneras (3 de diciembre)
— Día de Africa (Epifanía)
— Octavario por la Unión de las Iglesias (18-25 enero)
— DOMINF (último domingo de enero)
— Clero Indígena (1.er domingo de mayo)
— Jornada de los Enfermos (Pentecostés).

2.° *Días misionales:*

— mensual (para todo el Seminario)
— semanal (para los miembros de la Academia y por grupos, incluso en vacaciones).

3.° *Banco misional:* Tiene gran valor, porque es... infantil, ingenuo, humilde, hasta en sus procedimientos,

— estimula nuestra cooperación espiritual (oración, sacrificio, vida).

Contenido:

— dones que Dios nos hace (Misa, Comunión, etc.)
— dones que hacemos a Dios (mortificación, oración, estudio, etc.)
— establece reciprocidad entre Dios y nosotros (unión amorosa por intercambio de bienes)
— eleva nuestras acciones
— es poco reconocido
  — en su función misional (salvación del prójimo)
  — en su función de propio aprovechamiento
— recoge las obras *actualmente* ofrecidas por las Misiones
— valorándolas cualitativamente, no cuantitativamente
— es un examen diario de nuestro espiritu misional.

C) **Acción cultural:** Es indiscutible que las Academias Misionales no deben descuidar el proporcionar a sus miembros un cierto bagaje de cultura misionológica. He aquí algunos aspectos que debe abarcar:

— Teología misionera.
— Problemas misioneros.
— Historia de las Misiones.
— Religiones y culturas.
— Cooperación misionera...

C) *Jornadas misionales:*

1) ¿Qué jornadas misionales celebráis?
2) ¿Cómo las organizáis?
3) ¿Influyen en la Comunidad?

D) *Días misionales:*

1) ¿Los tenéis establecidos?
2) ¿Con qué periodicidad?
3) ¿En qué consisten?

E) *Otras actividades:*

1) ¿Publicaciones?
2) ¿Periódicos murales? Etc., etc.

N. B.: ¿Con qué recursos económicos cuenta la Academia para todas sus actividades? — ¿Cómo los obtiene vuestra Academia?

Respuestas dadas por .... (Nombre y apellidos)
Año que ha cursado .... (Firma: ....)

Para adquirir este bagaje cultural, además de los estudios propios e irremplazables del Seminario es necesaria una *biblioteca* bien abastecida y organizada con las principales publicaciones misionales.

1.° *Biblioteca* (libros y revistas).

2.° *Secciones:*

— documental (Encíclicas y comentarios a las mismas)
— doctrinal
— geografía
— historia
— espiritualidad
— cooperativa.

3.° *Revistas:* (Complemento insustituible de los libros). Consideramos *imprescindibles* en una Academia Misional:
— Illuminare
— Catolicismo
— El Siglo de las Misiones
— Servicio de Seminarios.

Necesarias:

— Misiones Extrajeras (IEME - Burgos)
— Vivante Afrique (PP. Blancos)
— Eglise Vivante. - 44, rue des Bernardins, Paris
— La Rocca. - Pro Civitate Dei, Assisi, (Italia)
— Fede e Civilta. - Vía S. Martino, 8 Parma.

Sobre Ecumenismo:

— Istina. - Centre d'Etudes «Istina», 25, boulevard d'Autuil, Boulogne - sur - Seine (Seine)
— Irenikon. - Irenikon, Prieure, Chevetoone (Bélgica)

Convenientes (doctrinales):

— Parole et Mission. - 29, boulevard Latouo Maubourg, Paris - 7
— Lumen Vitae. - 184, rue Washington. Bruxelles - 5
— Rythmes du monde. - Abbaye de S. Andrés, Bruges - 3.
(Información y divulgación)
— Missi. - 6, rue d'Auvergne, Lyon, (Francia)
— Gentes. - Vía Astalli, 16, Roma.

Las revistas sirven de modo inmejorable para tomar el pulso a la hora que vivimos. Bien seleccionalas nos ayudarán a sentir más profundamente los problemas misioneros de la Iglesia, enseñándonos a alegrarnos con sus alegrías y a entristecernos con sus tristezas.

4.° *Fichero:* (revaloriza libros y revistas). Para que el fichero tenga la mayor utilidad posible es preciso que todos trabajemos con un criterio común. Ayudar a formar este criterio es el objeto del esquema de materias que indicamos aquí. (Puede completarse y perfeccionarse, naturalmente).

La ficha consta de tres partes:
— título
— cita del artículo
— pequeño resumen del mismo.

a) *Título de la ficha:* Es la parte que requiere mayor cuidado (encabezamiento según los apartados del esquema). Estaría bien citar todos los títulos del esquema detallado (v. gr. Labor Misionera. - Otras actividades. - Enseñanza). Cuando esto sea demasiado largo puede suprimirse alguno, con tal de que quede siempre, al menos, la sección general y el título último, que es el más concreto. (Así, en el ejemplo anterior bastaría: Labor Misionera. - Enseñanza).

En general, no tratándose de artículos doctrinales, se debe añadir el país en que el artículo sitúa la materia de que trata (así: Labor Misionera. - Enseñanza. - Japón).

En la sección VII (*Mundo Misionero)* no hace falta citar los epígrafes intermedios (p. ej.: en vez de poner «Mundo Misionero». - Africa. - Africa Meridional. - Basutolandia», sería mejor citar el país concreto añadiendo el asunto de la ficha así: «Mundo Misionero. - Basutolandia. - Clero Indígena».

No todos los artículos necesitarán fichas; pero siempre son interesantes los artículos y documentos doctrinales. Aun los descriptivos de países de misión aunque con el tiempo pierdan actualidad son interesantes. No así pequeñas notas de los Noticiarios que por lo demás, las repiten casi todas las revistas.

De un mismo artículo pueden y muchas veces deben hacerse varias fichas bajo diversos puntos de vista. Así en la ficha-modelo cabrían otras dos. con estos títulos: «Mundo Misionero. - India. - Adaptación» y «Personal Misione-

ro. - Misioneros destacados (P. Nobili)» con la cita del artículo y el resumen igual que el modelo.

b) *Cita del artículo:* Conviene que sea bien precisa. En ella se consignará:

— el autor, y cuando no hay firma, la sección de la revista (Editorial, Mundo Misionero, etc.)

— el título del artículo (no es lo mismo que el título de la ficha) entrecomillado y con palabras textuales

— la cita propiamente dicha: Revista, con siglas; número de la revista, entre paréntesis; año a que pertenece y página en que comienza el artículo.

c) *Resumen:*

¡Ojo! No se trata de hacer un resumen que supla la lectura del artículo, pues suponemos que tenemos a mano, sino una cosa breve que dé una idea del valor del artículo y de las materias y puntos que toca.

ESQUEMA PARA EL FICHERO DE MATERIAS

Secciones:

I. — COOPERACION MISIONAL

II. — DOCTRINA MISIONAL

III. — RELIGIONES, RITOS Y DOCTRINAS

IV. — LABOR MISIONERA

V. — PERSONAL MISIONERO

VI. — INDIGENISMO EN LAS MISIONES

VII. — MUNDO MISIONERO

I. — COOPERACION MISIONAL

Obligación de la cooperación misional.

Propaganda Fide.

Obras Misionales Pontificias.

Datos generales
Propagación de la Fe
Santa Infancia
Obra de San Pedro Apóstol pro Clero Indígena.

Unión Misional del Clero.

Sacerdotes
Seminaristas

Obras Misionales varias.

Limosna y Misiones
Parroquia y Misiones
Estudiantes y Misiones
Universitarios y Misiones
Maestros y Misiones
Intelectuales y Misiones
Médicos y Misiones
Misionerismo Seglar
Misionólogos y notas bibliográficas
Información y Misiones (cine, radio, prensa...)
Exposiciones, Asambleas, Congresos Misionales
Datos generales
Oración y Misiones
Dolor y Misiones
Filatelia y Misiones
Varios.

II. — DOCTRINA MISIONAL

Documentos

Sumos Pontífices
Sagradas Congregaciones
Episcopado
Direcciones Nacionales de las OO. MM. PP.
Varios

Estudios Misionológicos

Sagrada Escritura
Santos Padres
Teologia Dogmática
Moral y Misiones
Ascética y Misiones
Derecho y Misiones
Liturgia y Misiones
Historia de las Misiones
La Misionologla
Etnografía
Varios (anécdotas...)

III. — RELIGIONES, RITOS Y DOCTRINA

Religiones en general.

Situación religiosa del mundo.

Ritos católicos.

Iglesias cristianas

Datos generales (Movimiento Ecumenista)
Iglesias Orientales
Iglesias Protestantes.

Judaísmo.

Islamismo.

Comunismo.

Paganismo

Animismo
Budismo
Confucionismo
Hinduismo

Otros movimientos doctrinales religiosos.

IV. — LABOR MISIONERA

Vida misionera

Datos generales.

Vida religiosa en las Misiones.

Organizaciones Católicas en las Misiones.

Conversiones, Catecumenado.

Apostasías.

Acción social de la Iglesia.

Otras actividades

Enseñanza
Beneficencia
Varios (cine, radio, prensa...).

Dificultades en las Misiones

Crecimiento de la población
Control de la natalidad
Racismo
Nacionalismo, ... etc.

Varios

Actitud de los gobiernos
Actitud de los no católicos
Prestigio de la Iglesia.

V. — PERSONAL MISIONERO

Estadísticas generales.

Vocaciones Misioneras.

Institutos Misioneros Masculinos

Agustinos
Capuchinos..., etc.
Seminario de Misiones Extranjeras.

Los hermanos en las Misiones.

Institutos Misioneros Femeninos.

Insitutos Contemplativos en Misiones.

Datos biográficos de misioneros destacados.

Colaboración de los Misioneros

A la civilización
A las ciencias.

VI. — INDIGENISMO

Estudios generales.

Clero Indígena

Doctrina de la Iglesia
Realizaciones (Obispos, sacerdotes).

Catequistas indígenas en las Misiones.

Santos, Beatos y Mártires indígenas.

Adaptación

Doctrina general
Realizaciones.

Civilización y Cultura indígenas.

Varios

Figuras destacadas católicas
Figuras destacadas no católicas
Intelectuales, etc.

VII. — MUNDO MISIONERO

Misiones españolas

Misioneros españoles en el mundo

Territorios españoles de Misión

Fernando Poo y Guinea
Marruecos español
Ifni y Río de Oro

Africa

Datos generales

Africa Central	(por países)
Africa N. y NO.	(Id.)
Africa Oriental	(Id.)
Africa Meridional	(Id.)
Africa Occidental	(Id.)
Africa Insular	(Id.)
Africa Portuguesa	(Id.)

América

América del Norte	(por países)
América Central	(Id.)
Antillas	(Id.)
América del Sur	(Id.)

Asia

Datos generales

Asia Rusa	(por países)
Asia Occidental	(Id.)
Asia Meridional	(Id.)
Asia Central	
Asia Oriental.	

Europa

Datos generales
Europa Oriental (por países)
Europa Meridional (Id.)
Islas Británicas (Id.)
Europa Central (Id.)
Europa Norte (Id.)
Pequeños Estados.

Oceanía

Datos generales
Australia
Indonesia
Filipinas
Nueva Guinea
Borneo
Nueva Zelanda
Oceanía Americana (por países)
Oceanía Inglesa (Id.)
Oceanía Francesa (Id.)
Oceanía Franco-Británica
Oceanía Portuguesa.

Otras actividades culturales: Podrían considerarse como tales

— escenificaciones
— cine
— periódicos murales
— carteles murales.

D) **Acción práctica:** Las Academias Misionales han desarrollado y desarrollan un gran número de iniciativas misioneras prácticas

— inscripción en la P.U.M.C.
— inscripción en las OO. MM. PP.
— suscripción y difusión de revistas misionales
— difusión del libro misionero
— recogida de sellos...

V COLOQUIO: INFLUENCIAS DE LA ACADEMIA MISIONAL [5]

A) **Introducción:** Nótese en primer lugar que el carácter de esta influencia no es propiamente personal, de individuo a individuo, sino del grupo o Academia como tal, en la comunidad o en los otros grupos de apostolado como tales.

B) **En otras Academias:** 1.° *Un hecho:* la existencia de otras academias o grupos apostólicos en el Seminario:

— Jesús Obrero
— Rural
— Catequística
— Litúrgica
— Independiente...

— que deben conocer el problema misionero
— y que les conviene para su vitalidad apostólica.

2.° *Modos:*

— suministrando material de trabajo
— presentando problemas para su estudio
— enfocando eclesialmente los problemas propios del grupo.
— poniendo a su disposición:
  — libros
  — revistas
  — fichero
— pidiendo colaboración en:
  — artículos
  — guiones
  — campañas

---

[5] ENCUESTA SOBRE RELACIONES EXTERIORES DE LA ACADEMIA MISIONAL

I. — *Con otros Seminarios.*

1) ¿Qué relaciones mantenéis con otros Seminarios?
2) ¿Celebráis Cursillos Regionales?
3) ¿Influyen en la vitalidad de vuestra Academia? ¿Cómo?

II. — *Con el Secretariado.*

¿En qué consisten vuestras relaciones con el Secretariado Diocesano de Misiones?

III. — *Con la Dirección Nacional.*

¿Qué relaciones tenéis con ella?

Nuestro boletín «Servicio»

1) ¿Lo recibe la Academia?
2) ¿Qué juicio te merece?
3) ¿Qué deficiencias le encuentras?
4) ¿Qué secciones os parecen más interesantes?
5) ¿En qué consiste vuestra colaboración?
6) ¿Cuántos ejemplares se reciben en vuestro Seminario?

IV. — *Otras relaciones.*

Con Institutos Misioneros, con Academias de Religiosos, correspondencia con Misioneros, etc....

Respuestas dadas por .... (Nombre y apellidos)

Año que ha cursado .... (Firma: ....)

— fomentando la reunión de presidentes diversos.

3.° En el Seminario todo debe tener «tamaño» católico. De esta recíproca intervención de la Academia Misional en los problemas de los grupos y de los grupos en las actividades de la Academia surgirá sin duda alguna, mayor amplitud de miras, será más fácil pensar en Iglesia: «Las perspectivas universales de la Iglesia han de ser las perspectivas normales de la vida cristiana» (Fidei Donum). «El espíritu misional y el espíritu católico son una misma cosa... De modo que el cristiano en forma alguna queda vinculado y adscrito a la Iglesia si no se siente igualmente vinculado y adscrito a la universalidad de los fieles cristianos y si no desea con afán tal que la Iglesia eche raíces y florezca en todas partes y entre todas las gentes» (Fidei Donum).

C) **En la Comunidad:**

— con una ejemplaridad a toda prueba
— organizando bien las jornadas y días misionales
— con lecturas e informaciones apropiadas (OFIM)
— con conferencias
— con carteles y periódicos murales...

D) **En otros Seminarios:**

1.° *Conocimiento mutuo:*

— como estímulo
— intercambio de iniciativas.

2.° *Medios:*

— los Cursillos Regionales
— correspondencia
— a través de «Servicio» en su sección «Comunicanda».

E) **En sacerdotes:**

— pidiéndoles colaboración (charlas, conferencias)
— correspondencia
— facilitándoles trabajos elaborados en la Academia.

1.° Uno de los apartados de las reuniones es la revisión de influencia. La vida tiende a comunicarse. Es interesantísima esta revisión en orden a completar la formación de una conciencia misionera.

2.° *Modo de realizarla:* Después de la exposición del tema del cuestionario y con las ideas que renuevan nuestros criterios, podemos enfocar este criterio a nuestra actuación o a las posibilidades de una actuación. Tomemos como ejemplo el mismo tema del dolor, anteriormente expuesto. La revisión de influencia podría plantearse así:

— ¿cuántos enfermos conozco, o con cuántos puedo tener relación?

— ¿en qué puedo servir yo a los enfermos, v. gr. en vacaciones?

— ¿no podría facilitarles algunas revistas que expongan el valor redentor del sufrimiento, tratar con ellos sobre estos temas, abrirles estos horizontes?

— ¿qué experiencias conozco en este sentido?

— ¿conozco la Asociación Misional de enfermos (U.E.M.) y sus fines, no podría inscribir alguna persona en esta Obra, quizá entre los de mi misma casa? etc., etc.

3.° Otras maneras de influir que en las reuniones podría ser materia de revisión son v. gr. preparar el ambiente para una jornada (adoptando compromisos concretos), suscitar conversaciones referentes a los problemas planteados a la Iglesia. Hay infinidad de ocasiones y todas ellas son aprovechables. Claro está que no se trata de enseñar a nuestros compañeros cosas que no saben, pero tampoco hemos de andar remisos en suscitar conversaciones de este tipo con toda naturalidad, porque los problemas de la Iglesia son *nuestros problemas*.

VI COLOQUIO: RELACIONES DE LA ACADEMIA MISIONAL

A) **Con el Secretariado Diocesano de Misiones:**

1.° *Que es:*

— como la Iglesia es misionera por naturaleza, también la diócesis...

— el director nato del secretariado es el Prelado de la diócesis, quien delega en uno o varios el deber de la vida misionera de toda la diócesis.

— organismo oficial diocesano, que coordina, une y fomenta toda la labor misionera diocesana, ayudando al Prelado a cumplir su grave deber.

— colabora con la Dirección Nacional

— busca colaboradores

— no es sólo:

—una oficina que recibe limosnas

—que recibe y contesta cartas

—un almacén de propaganda

— es:

—alma, corazón misionero de la diócesis

—centro de vida misionera

—fuerza de atracción para colaboradores

—coordinación de actividades

—centro de responsabilidad

— su labor:

—enseñar

—organizar

— uno de sus objetivos, quizá el de mayor interés, es el Seminario.

2.° *Influencia en el Seminario:*

a) triple:

— en sus relaciones con el Seminario

— en sus relaciones con los seminaristas

— en sus relaciones con la Academia Misional como tal.

b) objetivos: los mismos de la Academia Misional.

c) medios de relación:

—contacto personal

—clases de misionología, charlas, conferencias, actos misionales

—asistencia a algunas reuniones de la Academia

—la Academia debe contar siempre con el Secretario para la preparación de actos, jornadas, etc.

d) medios de propaganda: los seminaristas han de recibir toda la propaganda del Secretariado, (circulares, folletos, hojas diocesanas, proyecciones, cintas magnetofónicas...) .

3.° *Cursillo final de carrera:* En muchos Seminarios ha dado espléndidos resultados la organización y realización de un cursillo dirigido por el Secretariado a los alumnos de 4.° de Teologia. Lugar del cursillo: en el mismo Seminario, o en los locales del Secretariado. Duración: dos o tres días. Los temas que podrían tratarse son los siguientes:

a) *Obras Misionales Pontificias*

— naturaleza y finalidad

— vitalización, si están organizadas en la Parroquia

— fundarlas si no están

— modos prácticos para propagarlas.

b) *Jornadas Misionales*

— modos prácticos de organizarlas

c) *La oración y las Misiones.*

d) *Vocaciones misioneras*

— fomento

— mantenimiento

— orientación.

e) *La A. M. S.* (Asociación Misionera Seglar).

f) *Bibliografía misional.*

g) *Los enfermos y las Misiones.*

h) *Valor pedagógico de la idea misional* (Maestros, niños).

i) *Los sellos y las Misiones.*

j) *La limosna y las Misiones* (becas, bautizos...).

k) *Relación con el Secretariado Diocesano.*

Buscando con todo ello una orientación eminentemente práctica. Al final del cursillo se entrega a todos una carpeta conteniendo un dossier completo sobre la organización misional de una parroquia.

4.° *Otras relaciones:*

— en la preparación de la Hoja Misional

— en la sección del sello misionero

— en actos de propaganda (durante el curso y las vacaciones)

— en el fichero

— en todo lo que os encomiende.

B) Con la dirección Nacional:

1.° *Su finalidad:*

— Que es: Central creadora y coordinadora

— pretende: un movimiento de carácter nacional (no organización)

— portavoz del Papa, a quien debemos oír, estar unidos y ayudar.

2.º *Modos de colaborar:*

— oraciones
— ayuda económica
— suscripciones y colaboraciones a sus revistas
— correspondencia
— organización de cursillos...

3.º *Boletín formativo - informativo:* La P.U.M.C. facilita a todas las Academias amplios esquemas ideológicos y buenas informaciones bibliográficas a través de un boletín formativo-informativo: *Servicio.*

a) Que es: el órgano de enlace entre la Delegación Nacional y las AA.

b) Pretende:

— los fines de la Academia Misional
— una formación sólida y profunda de la conciencia misionera en los seminaristas
— crear un clima favorable para las vocaciones misioneras
— preparar los futuros sacerdotes de la «retaguardia» misionera
— ser una ayuda eficacísima para la elaboración y desarrollo de las reuniones de la Academia.
— unir más a todos y abrir horizontes
— con sus diversas secciones, llevar el espíritu misionero a toda la vida del Seminario.

c) *Secciones del boletín:*

— Círculo de Estudios
— Teología y Misiones
— Pastoral y Misiones
— Liturgia y Misiones
— Panoramas
— Brújula (Espiritualidad Misionera)
— Mensaje (Comentarios bíblico-misionales)
— Información Misionera (Noticias comentadas)
— El dedo en la llaga
— Bibliografía
— Documentos Pontificios
— Communicanda.

Sus páginas están abiertas a todas las Academias Misionales y aún cuando cada curso se nombran unos responsables para las diversas secciones, de ninguna manera excluye esto la colaboración del resto de los Seminarios.

Concluyamos recordando un hermoso pensamiento de Pío XII en la Encíclica «Fidei Donum», que constituye la mejor orientación para las Academias Misionales: «*Haga Dios que por nuestro llamamiento brote y se vigorice el espíritu misional con mayor pujanza en el ánimo de los sacerdotes y que por su ministerio inflame a todos los fieles cristianos*».

Sección Cuarta

Jornadas de formación misional para el Magisterio

Jornadas de formación misional para el Magisterio *

He aquí el Programa y orden de Conferencias:

I. — PRESENTACION:

Corrió a cargo del Rvdo. P. Eduardo García Pérez, Lcdo. en Misionología y Director de la Procura Central del IEME en Madrid.—Trató de destacar la necesidad, cada día mayor, de una participación eficaz del Magisterio en las tareas de la cooperación misional de la Iglesia. Para ello es necesario poner a su alcance la comprensión de los muchos problemas que hoy les plantea la Pedagogía Misionera. Por otra parte, la Iglesia cifra sus mejores esperanzas en la positiva y eficaz influencia que el Magisterio puede y debe ejercer en la formación religiosa y misional del niño. Por ello la Secretaría de Semanas ha creído necesario organizar estos actos de formación misional del Magisterio.

Seguidamente interviene el Rvdo. Padre Eliseo Quintana, Director Espiritual del Seminario de Misiones del IEME y veterano misionero del Vicariato Apostólico del San Jorge, Colombia. Desarrolla el siguiente tema: «Una experiencia pedagógica entre los indios catíos», que ilustra con un interesante documental de diapositivas en color.

II. — EL MAESTRO ANTE EL PROBLEMA MISIONAL:

He aquí el tema del segundo día, confiado al Rvdo. Mons. D. Angel Sagarmínaga, Director Nacional de la Organización Misional Pontificia.

Destaca el valor pedagógico de las Misiones, explicando con gran claridad y profundidad al mismo tiempo, las razones y fundamentos en que se basa, trayendo a cuento sugestivos ejemplos y además anécdotas. Consignamos a continuación las ideas más salientes de esta interesante conferencia:

a) La idea misionera tiene una incalculable fuerza educativa.

b) El maestro debe enseñar, formar y fomentar la personalidad del niño.

c) En esta vital función educativa juega un papel importantísimo el sentimiento de hermandad universal.

d) Este aflora en el niño al hacerle pensar y vivir la universalidad de la Iglesia.

e) El niño se impresiona vivamente no sólo al conocer la situación privile-

---

* NOTA DE LA REDACCION. — Un grupo de entusiastas Maestras hizo llegar hasta la Secretaría de Semanas una petición para que las Semanas Intensivas de Orientación Misionera tuvieran prevista en su programa general la organización de algunas jornadas de Formación Misional exclusivamente dedicadas al Magisterio de ambos sexos: «De una parte —nos decían— estamos seguras que si la Semana Misional organiza algunas jornadas típicas y especialmente organizadas para el Magisterio, asistirán con asiduidad y entusiasmo buen número de Maestros y Maestras; de otra parte —en son de cierta queja— nos recriminaban dulcemente diciéndonos: ¿Por qué no aprovechar la presencia en Burgos de tan ilustres Maestros de la Misionología y de prestigiosos Sacerdotes venidos de las más lejanas regiones del mundo misionero, para que nos amplíen nuestros conocimientos misionales y nos preparemos mucho mejor cada año a responder, en el desempeño de nuestra misión educadora, a las fundadas esperanzas que la Iglesia tiene puestas en el Magisterio Católico para inculcar en el niño convicciones, sentimientos y entusiasmos más fervientes para cooperar en la nobilísima Causa Misional?»

Nos bastó esta simple sugerencia para que inmediatamente presentáramos la propuesta a la Dirección Nacional de la Organización Misional Pontificia, respondiéndonos a vuelta de correo Monseñor Sagarmínaga con frases de franca aprobación y encendido aliento para aprovechar tan feliz coyuntura de organizar durante la Semana Misional las proyectadas Jornadas de Formación Misional para el Magisterio de Burgos.

Las Semanas Españolas de Misionología organizadas en Burgos desde 1947, han te-

giada de los millones de católicos que viven como él bajo el manto maternal de la Iglesia, sino que su impresión, si cabe, es mayor aún al constatar que hay tantos millones de seres humanos, hijos de Dios como él, redimidos por Cristo como él, y, sin embargo viviendo todavía en las tinieblas del paganismo.

f) Este sentimiento y esta reacción del niño puede servir de magnífico centro de interés a los maestros para llevar a cabo la completa formación religiosa de sus educandos.

III. — LA ESCUELA EN EL AFRICA INGLESA:

Es el tema del tercer día. Corre a cargo del R. P. Ignacio Prieto Vega, Rector del Seminario de Misiones del IEME y antiguo misionero de la Prefectura Apostólica de Wankie en Rhodesia del Sur.

a) Presenta, en primer lugar, una visión general de la crítica situación por que atraviesa el Africa de hoy.

b) Bajo el punto de vista económico, Africa es hoy uno de los territorios más ricos por sus grandes reservas de oro, diamantes, uranio, petróleo, carbón, cobre, etc.

c) De ahí la gran importancia que encierra en los juegos políticos de Oriente y Occidente. Africa está atravesando ahora políticamente una época de crisis y de gran fermentación nacionalista.

d) El mapa de Africa tiene forma de interrogante colocado debajo de Europa. Quizá esto sea símbolo de las incógnitas que en esta tierra se ocultan y que son decisivas para la suerte de Europa.

e) ¿Qué será de Europa si Africa cae en manos del comunismo?

—Los conflictos ocurridos en el Congo, meses pasados, han sido inspirados por el comunismo y los pasquines aparecidos en las calles de Leopolville estaban impresos en Moscú.

f) Diversos movimientos revolucionarios de Africa han utilizado armamento ruso. La Delegación rusa en Abisinia dispone de más de 100 miembros que se dedican a la propaganda de sus ideas. El Mau-Mau tenía también un fondo comunista.

g) A la luz de estos hechos alarmantes se podrá apreciar la importancia vital que las Escuelas tienen en la formación de las juventudes africanas de hoy. Desde el punto de vista católico, las Escuelas tienen una transcendencia básica y fundamental para la propaganda y difusión del Catolicismo.

Las sugestivas preguntas que le hacen varios asistentes completan maravillosamente bien la explicación de tan interesante tema y convierten la lección en diálogo que siguen todos los asistentes con apasionante curiosidad.

IV. — LAS ESCUELAS PARROQUIALES, SECRETO DE LA PUJANZA DEL CATOLICISMO EN LOS EE. UU.:

Tal es el tema de estudio de esta cuarta jornada. Corre a cargo del R. P. Jenaro Artázcoz Lizarraga, Superior de los Misioneros del IEME en California, USA. Para los españoles despierta particular interés el conocer al detalle la organización de las Escuelas Parroquiales Católicas en USA. Por eso, nada extraño que

---

nido desde el primer momento esta santa ambición: «Orientar sobre los problemas misioneros de la Iglesia, proyectando sobre sacerdotes, religiosos y seminaristas potentes haces de luz recogidos de los diversos documentos pontificios y de las luminosas consignas e Instrucciones emanadas de la Sagrada Congregación de Propaganda»... para mejor conocer los actuales problemas del mundo misionero y secundar con mayor generosidad y eficacia los maternales anhelos de la Iglesia misionera en la obra de cooperación misional.

Por ello, las Semanas Misionales desde el primer momento irradiaron su luz misionera sobre el público burgalés que con tanto entusiasmo acude a los Coloquios Misionales y en 1959 organizó estas jornadas en favor del Magisterio de Burgos.

Este primer año ha sido una especie de ensayo que, gracias a Dios, se ha visto coronado con halagüeño éxito. Ello nos obliga a continuar esta prometedora trayectoria en años sucesivos, organizando cada año mejor dichas jornadas dedicadas al meritísimo Magisterio burgalés que tan eficaz labor de cooperación misional está llevando a cabo con el fomento y propaganda de la Obra Pontificia de la Santa Infancia, entre tantos millares de niños y niñas que los padres y madres ponen bajo sus desvelos. Con gusto consignamos a continuación los temarios que se han desarrollado a lo largo de seis días en estas Primeras Jornadas de Formación Misional del Magisterio.

los cursillistas escucharan con gran expectación esta Conferencia. He aquí las principales ideas expuestas.

1.º *Las Escuelas Públicas en USA:*

a) Dependen totalmente del Estado.

b) Pueden acudir a ellas niños de cualquier nacionalidad y religión.

c) Son totalmente gratuitas, incluso los materiales de enseñanza y útiles que manejan los escolares.

d) Son escuelas arreligiosas.

e) Anota como curioso detalle que solamente se usa el nombre de Dios, cuando los niños han de jurar bandera en alguna solemnidad escolar.

2.º *Escuelas Privadas:*

a) Dependen de instituciones particulares que las subvencionan.

b) Esfuerzo de la Iglesia Católica por mantener florecientes sus Escuelas Parroquiales.

c) El 85 % de las Escuelas privadas en USA son católicas.

d) El 10 % son protestantes.

e) El restante 5 % pertenece a los judíos.

f) Este denonado esfuerzo del Catolicismo por fomentar sus Escuelas Parroquiales, en aumento cada año, explica en gran parte su actual gran pujanza y destacada personalidad en la Nación.

CONCLUSION.

V. — LA ESCUELA EN EL JAPON:

Tema correspondiente a la quinta jornada. Está encomendado al M. R. P. Tomás Ondarra, Superior de la Misión de Marugame en el Japón.

Su conferencia tiene dos partes: en la primera trata de exponer la situación escolar, organización, enseñanza religiosa y sistemas pedagógicos hoy en boga en el Japón. Se detiene más bien en las Escuelas Católicas, con frecuentes alusiones al problema religioso de todo el país.

En la segunda parte, que tuvo más bien carácter de animado diálogo, el conferenciante fue contestando una a una a las preguntas que le hicieron muchos de los asistentes.

A continuación, y fuera de programa, intervino en esta sesión, la Srta. Julia Ulloa, Doctora en Filosofía y Letras, miembro de la Asociación Femenina Internacional Católica. La AFIC es un organismo internacional que destina a sus miembros para el apostolado exclusivamente a territorios de misión. Pertenecen a ella señoritas de 20 países, tiene casa centrales en Bruselas, Chicago y Montreal, y sus 200 actuales afiliadas dedican su vida entera al apostolado misionero. Sin ser Instituto Religioso, ellas prestan un eficacísimo servicio a la Iglesia mediante su propia profesión desempeñada en ambientes misionales.

La señorita Ulloa es la primera española incorporada a la AFIC que intervino en esta sesión del Magisterio. Habló acerca de la Asociación Femenina Internacional Católica, que ofrece un bastísimo campo de acción misionera a las jóvenes católicas que quieran incorporarse al apostolado en vanguardia.

VI. — EL NIÑO ANTE EL PROBLEMA MISIONAL:

Con este tema, del mayor interés para el Magisterio de ambos sexos, cerró estas Jornadas de formación misional, el Director Nacional de la Organización Misional Pontificia en España, Mons. Angel Sagarmínaga. Con la amenidad y profundidad que le caracteriza, fue explicando uno a uno los medios pedagógicos más eficaces que el maestro puede poner en práctica para llevar al niño al conocimiento de las grandes verdades y dogmas misioneros de la Iglesia.

El centenar de maestros y maestras que con una asiduidad verdaderamente ejemplar asistieron a estas Jornadas de formación misional, tomaron parte también todos los días en los apasionantes Coloquios Misionales que la Secretaría de Semanas organizó este año para el gran público burgalés.

Sección Quinta

Coloquios misionales para el público

I

Coloquios misionales para el público

Desde un principio, las Semanas Intensivas de Orientación Misionera tuvieron una luminosa irradiación hacia la Caput Castellae. A última hora de la tarde, se organizaron conferencias sobre temas generales de orientación misional, teniendo en cuenta los grandes problemas que en los tiempos modernos inquietan hondamente a la Iglesia Misionera en el mundo.

El público respondió con ejemplar asiduidad e interés a dichas conferencias; fueron muchas las personas intelectuales —abogados, profesores, ingenieros, maestros, destacadas personalidades de la Acción Católica y cuantos siguen con apasionamiento el problema misional de la Iglesia—, hicieron acto de presencia en el salón teatro del Circulo Católico de Obreros para asistir a dichas conferencias.

En estos últimos años, se dio un carácter de Coloquios a dichas Conferencias, y de año en año ha ido creciendo el interés en el selecto público por participar en dichos actos culturales. Ultimamente han pasado del millar las personas que han asistido a los ya célebres Coloquios Misionales para el público que con tanta habilidad y maestría ha dirigido el R. P. Eduardo García Pérez, Licenciado en Misionología y Director de la Procura Central del IEME en Madrid.

En la prensa local de Burgos, leíamos en lugar destacado el anuncio de dichos Coloquios para 1959, cuyo interés e importancia se ponen de relieve con estas expresivas palabras: «Hoy dan comienzo los Coloquios Misionales para el público de la ciudad de Burgos, que tan cariñosa acogida y gentil asistencia ha brindado a estas reuniones de experiencias misioneras —dirigidas por un Padre del Seminario de Misiones—. Estos Coloquios dan ocasión a los burgaleses amantes de la cultura y de las misiones, de ponerse en contacto con personas y problemas de gran actualidad».

Ante la imposibilidad de insertar en este volumen, como sería nuestro deseo, los interesantísimos Coloquios tal como se desarrollaron para el público, nos conformaremos con reseñar, siguiendo el orden de fechas, los temarios que sirvieron de punto de discusión en los animados diálogos y las destacadas personalidades que, en unión con el Director de los Coloquios, intervinieron en los mismos y mantuvieron durante una hora larga, tensa en todo momento, la atención de los asistentes.

II

DIA 7: LA VIDA DEL CIUDADANO SOVIETICO DE HOY

R. P. Pietro Alagiagian, S. J.
Misionero en Rusia y prisionero en Moscú

El cronista de la prensa local de Burgos, destaca así la atrayente y prestigiosa figura del Conferenciante de hoy: «Es un hombre extraordinario. De esos que pasan dejando una estela de luz. Junto a él no sabe uno qué sentir. Por una parte, el gozo de verle liberado definitivamente de ese prolongado calvario de doce años de cárceles rusas. Por otra, el recuerdo de tantas torturas, de tanta soledad, de tanta amargura».

El salón teatro estaba completamente abarrotado de público. Y ante la impaciencia y ansiedad de los espectadores por escuchar a tan eximio conferenciante, el Director de los Coloquios le asaetea materialmente con insinuantes preguntas que ponen al rojo vivo el tema de su charla. Presentamos a continuación un interesantísimo extracto, a través del cual podrá el lector formarse idea bastante exacta de la realidad social que para el ciudadano soviético tiene hoy la vida dentro de las impenetrables fronteras de la URSS.

I. — INTRODUCCION:

Cautela obligada.

«Hablando del Comunismo —advierte el conferenciante— debemos evitar toda exageración. Yo les voy a narrar la verdad y solamente la verdad sobre lo que he visto en el Soviet».

II. — LIBERTAD EN LA URSS:

a) No existe la libertad de expresión.

b) Espionaje y más espionaje.

c) En zozobra continua y bajo la impresión del terror.

d) Anécdotas y ejemplos.

Para muestra un botón:

«¿Libertad? Me replicó uno de los reclusos de la URSS que se hallaba conmigo en la prisión. Pues tienes que saber que aquí en Moscú, si viendo un coche americano por las calles de la ciudad, tú te atrevieras a decir que la marca de ese automóvil es mejor que la de nuestros coches soviéticos, y si alguien te oyera y te denunciara, seguramente te ganarías cinco o diez años de cárcel por *«agitación contrarrevolucionaria»*. Ahí tienes nuestra libertad, concluyó riéndose a carcajadas» [1].

e) Testimonio irrefutable:

«Ya había sabido yo —continúa el conferenciante— por otro lado algo sobre la libertad, la justicia y la legalidad soviéticas, en los campos de concentración, en las prisiones y durante los viajes con toda clase de detenidos» [2].

III. — FALTA DE HUMANIDAD EN LA URSS:

a) El P. Alagiagian nos cuenta su caso: Cae prisionero: «Eran las cuatro de la tarde del 19 de diciembre de 1942, cuando caímos prisioneros del ejército rojo. Nos mandaron ponernos en fila y nos contaron... Eramos 83... De un carro de combate bajó una muchacha en uniforme militar con la bolsa de la Cruz Roja en la mano y nos preguntó si entre los prisioneros había algún herido... La enfermera curó a uno de los heridos oficiales; la muchacha no tuvo tiempo de retirarse, pues ya un militar graduado se adelantó hacia el joven oficial herido, le ordenó que le precediera y andando cinco pasos, lo tumbó con una descarga de fusil ametralladora... Quedamos sencillamente aturdidos. Pero aquello era sólo el principio de los horrores de que íbamos a ser nosotros mismos testigos oculares y víctimas [3].

b) Eliminación de los heridos:

«El Ejército soviético no quería gastar ni cuidados, ni medicinas, ni alimentos, ni tiempo, con los heridos, y así procuraba desembarazarse de ellos: ¡qué horror sintió mi alma —advierte el conferenciante— y qué despedazamiento mi corazón de capellán, cuando al atravesar el pasillo del hospital, tuve que constatar que donde antes oía las lamentaciones y suspiros de los heridos, ahora reinaba un silencio sepulcral: todos nuestros enfermos y heridos habían sido eliminados! ¡qué horror sintió mi alma! ¡ochenta!, ¡todos fusilados...!, ¡y pensar que no habían pasado siquiera dos horas desde el momento de nuestra detención! [4].

c) La caravana de esclavos del siglo XX:

Así denomina el P. Alagiagian a las largas columnas grises de prisioneros rusos y extranjeros que han caído en manos de la policía de la URSS y avanzan agarrotados por el frío y torturados por el hambre: «con la cabeza inclinada ¡bajo la amenaza de los guardias bestializados, listos para segar la vida de cualquiera que se quedase retrasado aunque fuese un solo paso, o se saliese de la

[1] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en la pág. 265.

[2] Cfr., loc. cit.

[3] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en la pág. 22.

[4] Cfr., loc. cit.

fila! [5], dirigiéndose a los campos de concentración.

d) Tremenda impresión:

«Desde los primeros pasos, sigue el conferenciante, la marcha se hizo a través de un terrible escenario de muertos, entre congelados y fusilados, sembrados a derecha e izquierda del camino para señalar el paso de nuestra caravana de esclavos del siglo xx. Afligido hasta la más profunda fibra de mi corazón de sacerdote y de padre de aquella turba de inocentes, arrastrados al matadero, me imponía el deber de ir siempre en cabeza de la columna y de rezar continuamente el *Omnipotentia orans*, a la Virgen Santísima, con el Rosario, suplicándole que ninguno de mis hijos sucumbiese en el camino y ofreciéndome con el voto de ir en peregrinación a su santuario de Pompeya en cuanto regresara a la patria» [6].

e) Exterminación de los alemanes.

«Algunos días después viendo engrosado nuestro número de prisioneros de uniforme alemán, el sargento primero, que era el jefe de la expedición, me los presentó para que les preguntase a qué nación pertenecían. No hacía falta mucho para comprender el objeto de la pregunta... Poco después se agregaron dos oficiales capturados hacía poco y me pregunta qué eran; el sargento estaba por intervenir, yo me esforcé por hacerle creer que seguramente pertenecían los dos a algún pueblo nórdico y por eso no comprendían mis preguntas. Fue en vano, él les dio una breve orden: «¡media vuelta!, y los dirigió hacia la blanca campiña. Yo les acompañé con la mirada pensando que seguramente serían encerrados en algún subterráneo o atados y tirados en algún establo. Pero dados unos veinte pasos, el guardia, de un balazo en la nuca los tumbó en el suelo» [7].

f) Las cárceles en la URSS:

El 29 de julio de 1943 fue conducido el P. Alagiagian a la Lubianka. De ella nos hace él mismo la siguiente descripción: «La llamada Lubianka —que actualmente suscita en cada ciudadano soviético un instintivo terror y espanto, pensando en sus víctimas (se cuentan por millones), la prisión de las confesiones arrancadas y de las increíbles torturas— en un tiempo no era más que uno de los hoteles más corrientes de la ciudad de Moscú. Los tres primeros pisos son los mismos del antiguo hotel; sólo el cuarto y el quinto, con sus pequeñas habitaciones de una, dos y tres camas, han sido agregados después de la metamorfosis del hotel en cárcel. El grandioso edificio es el más sanguinario de la URSS, y de todo el mundo. Ha cobijado y continúa cobijando una institución netamente soviética y comunista, que fue el despiadado verdugo del pobre pueblo ruso y que, por más que haya cambiado a menudo de nombre (Cheka, Comisión Extraordinaria...), siempre ha sido y sigue siendo el mismo salvaje cortacabezas...

»En la Lubianka, pues, después de largas y minuciosas formalidades de recibimiento y de registro personal, hice la lista de aquellas pocas cosas que llevaba, entregando tres recibos: uno pecuniario de 67 rublos rusos; otro, de los objetos de oro o de algún valor; y el tercero de la indumentaria. Entonces me condujeron al baño, me quitaron hasta la ropa interior y los vestidos y me dieron los de la cárcel. Por fin, al regresar del baño, me encerraron en uno de tantos calabozos que había junto a la oficina de recibimiento [8].

g) Castigos rigurosos:

En las cárceles soviéticas existe para los encarcelados un método coercitivo y de castigo disciplinario llamado *Karzer* «reclusión de rigor»: «En la URSS la práctica de tales medidas coercitivas se aplica, no ya como en otras partes como medidas de excepción contra los indisciplinados recalcitrantes y obstinados, sino casi como regla permanente... El condenado es despojado de toda su ropa, menos la interior, o le dejan con ropa interior, camisa y calcetines...; puede ser condenado de uno a quince días; recibe como alimento dos tercios de la ración diaria de pan y luego durante los tres primeros días sólo dos vasos de agua hervida, después un plato sólo de sopa y nada más. Se le encierra en una pequeñísima celda vacía, sin más que las cuatro paredes y el suelo de ce-

---

[5] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en la pág. 23.

[6] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en la pág. 24.

[7] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en la pág. 25.

[8] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en la pág. 55.

mento, o bien en un calabozo con un taburete sujeto a la pared. Desde la media noche, a las seis de la mañana le dan una mesa para echarse encima. En invierno se hiela uno, y en verano se sofoca, y siempre se tiene agobio para respirar por falta de aire puro. Pocos logran resistir más de una semana, y sólo aquellos dotados de una constitución robusta y muy sana... todos los demás en su gran mayoría sienten que se debilitan, caen desvanecidos y luego los recogen medio muertos el personal sanitario... casi ninguno de los detenidos que haya pasado cierto tiempo en las cárceles puede permanecer libre de esta medida de «predilección soviética» [9].

h) Inventos del terrorismo soviético:

Hay más de 40 millones de condenados a trabajos forzados en la URSS. «Cuando expresé la opinión de que aquello era una gran exageración, inspirada seguramente por sus exacerbados sufrimientos, algunos intelectuales comunistas se me echaron encima, furiosos como si quisieran pegarme. Ellos me hicieron considerar que si yo insistía en no dar fe a las aseveraciones de todos ellos y de todos los demás compañeros encontrados por ellos en los campos, debería recordar otro hecho. Cuando —dijo uno de ellos— el Presidente de los Estados Unidos de América, Sr. Truman acusó al Gobierno soviético de tener 23 millones de condenados a trabajos forzados, Molotoff lo desmintió, afirmando que los condenados a *«trabajos correccionales»* eran no 23 sino 17 millones. Y esto —agregó otro—, era entonces, y fue oficialmente reconocido... Ustedes —concluyó un tercero muy excitado y enfurecido— ustedes los europeos son niños estúpidos!... ¡Ustedes se tragan todo lo que les dice nuestra prensa! [10].

CONCLUSION:

Termina el conferenciante hablando de las diversas torturas físicas empleadas en la Lubianka, si bien no todas son experimentadas por todos los reclusos. Flagelaciones con látigos de hierro, torturas con la celda helada, torturas de suspensión, torturas de las tres cámaras, es decir, cámara-baño, cámara-jaula y cámara-erizo, tortura de la silla con gota de agua, rayo de luz y la de una terrible hambre, tortura del sepulcro parlante, del terrible calabozo rojo, etc. [11].

---

[9] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en las págs. 194-195.

[10] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en la pág. 267.

[11] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en las págs. 197-202.

NOTA DE LA REDACCION. — Deliberadamente hemos eliminado del adjunto esquema las estadísticas presentadas por el P. Alagiagian y muchas de las anécdotas contadas al fluir de su fascinadora palabra, por estar ya repetidos, al menos en parte, en el documental estudio presentado por el insigne jesuíta ruso en una de las sesiones públicas que insertamos en otro lugar de este volumen.

III

DIA 8: LA VIDA RELIGIOSA DEL CIUDADANO SOVIETICO DE HOY

R. P. Pietro Alagiagian, S. J.
Misionero en Rusia y prisionero en Moscú

A las ocho y cuarto, se celebró en el salón-teatro del Círculo Católico de Obreros el segundo Coloquio Misional para el público. El conferenciante fue el mismo del día anterior y el tema, continuación y complemento del punto desarrollado ayer. El salón ofrecía un lleno completo y entre los asistentes reinaba enorme espectación por escuchar a ese gran héroe del Cristianismo, actualmente en Burgos.

El Coloquio de ayer se dedicó a la «Vida religiosa del ciudadano soviético de hoy». Llevando a los asistentes de sorpresa en sorpresa, el eminente jesuita

P. Alagiagian demostró a todos que la nación rusa es un pueblo profundamente religioso, y que el Cristianismo tiene en él hundidas profundamente sus raíces. Entreveró con abundancia de anécdotas numerosos episodios sufridos durante su prolongada estancia en el «paraíso soviético» para hacer resaltar la gran fe de los rusos.

La exposición comprendía tres períodos históricos de Rusia: a saber; su religión en el pasado (hasta 1613 y luego hasta 1917); la situación planteada por la revolución marxista y, en fin, la vida religiosa de los soviéticos en nuestros mismos días. Ante la imposibilidad de transcribir aquí el texto íntegro del Coloquio, como sería nuestro deseo, ofrecemos un amplio esquema con las principales ideas expuestas.

I. — INTRODUCCION:

1.° *El pueblo ruso es profundamente religioso:*

a) Todavía se conserva viva la fe cristiana en la URSS.

b) El conferenciante refiere interesantes anécdotas religiosas de su prolongada estancia en el «Paraíso Soviético».

II. — TRES PRINCIPALES PERIODOS DE SU HISTORIA RELIGIOSA:

a) La religión en el pasado (1613-1917).

b) Situación religiosa planteada por la Revolución Marxista.

c) La vida religiosa del ciudadano soviético en nuestros días.

III. — SECTAS RELIGIOSAS MODERNAS:

a) Rusia ha sido una tierra en la que siempre han pululado sectas religiosas más o menos importantes y numerosas.

b) Se explica por la insuficiencia de conocimientos teológicos y por la nula formación eclesiástica del clero en general.

c) Y esto debido principalmente a su alejamiento de la verdadera Iglesia de Cristo, Madre de todos los cristianos, Católica y Romana.

d) Es consecuencia también de la violenta imposición de la religión predominante por parte del gobierno zarista.

e) Caído el Zarismo y proclamada por los bolcheviques la libertad religiosa, según ellos, debiera haber terminado la propagación de sectas en Rusia.

f) Ocurrió todo lo contrario. A la antigua falta de formación debida del clero, se agregaba ahora su defección y traición a la causa de Dios y de la verdadera Fe.

g) La decantada libertad religiosa fue efímera y sólo promulgada y nunca practicada.

h) Tras el sometimiento servil de la Iglesia Nacional Rusa al régimen comunista, el gobierno ateo se puso a perseguir las distintas sectas y las diversas agrupaciones de fieles.

i) ¿Causa de la persecución? Porque dichas sectas y grupos religiosos no querían reconocer al Patriarca oficial de Moscú desde que él se entregó servilmente al régimen comunista.

IV. — LA FE RELIGIOSA Y LAS DEPORTACIONES A SIBERIA:

a) ¿Cuántos son los millones de personas enviadas a Siberia y condenadas a trabajos forzados? ¿Unos cuarenta millones?

b) De ellos doce millones sufren tan terrible condena por motivos de Fe.

c) Vida religiosa de los perseguidos.

V. — TENTATIVAS COMUNISTAS PARA PERVERTIR LA INFANCIA:

a) En las Escuelas.

b) Queriendo explicarlo todo científicamente y sin Dios.

c) Ridiculizando la Fe y las prácticas religiosas.

d) Divinizando al Estado Comunista.

e) El conferenciante narra a continuación interesantes anécdotas: «Atrajeron mi atención de manera especial dos detenidos rusos. Uno de ellos ocupaba el extremo derecho de los tablados superiores y el otro el extremo izquierdo de

los tablados inferiores. Los dos eran de elevada estatura y corpulentos. Pero el primero, de larga barba, algo rubia, estaba siempre triste, cabizbajo y taciturno y pasaba todo el día tirado sobre las tablas duras, no queriendo hablar ni tratar con los demás. Al principio lo tomé por un sacerdote ruso, pero luego me dijeron los vecinos que era un burgués, exasperado por el tratamiento recibido de los soviéticos, y sospechoso —no sin razón— de ser acechado por espía y provocador. Mientras que el otro, realmente tranquilo y silencioso, pero de facciones serenas y de abierta bonachonería, había sido un *ponomar* (sacristán campanero).

Me gustó mucho éste, por su sencillez de corazón y rectitud de espíritu junto a la fortaleza de su fe, digna de los tiempos apostólicos. No obstante la poco, o por mejor decir, la ninguna cultura religiosa y profana. «Yo —me dijo— soy un ignorante, apenas sé leer y escribir, sólo he hecho la tercera elemental. Pero sé una cosa con seguridad, que no se puede ser cristiano y *niechristi* (infiel, pagano).

Contó haber sido campanero en una iglesia, junto a un buen sacerdote de estampa clásica, que un buen día fue arrestado y enviado a Siberia porque no quería obedecer a un Patriarca que se había puesto de acuerdo con los *niechristi*, haciéndose traidor a Cristo y a la religión cristiana.

Luego le llamaron también a él, pobre ignorante campanero, y le propusieron firmar una declaración de condenación del sacerdote y de sujección al legítimo patriarca, manifestándole que el viejo sacerdote pecaba de insubordinación y era un herético, un excomulgado.

El buen campanero queriendo evitar el tener disgustos con los comunistas, respondió sencillamente confesando su total ignorancia en las cosas dogmáticas y disciplinares de la Iglesia, y les rogó que lo dejaran en paz. Pero los bolcheviques insistieron en sus órdenes y se obstinó el buen hombre en su negativa. Lo que dio lugar a un breve diálogo y a una trágica conclusión:

«¡Camaradas jueces! —les dice—, la Iglesia está separada del Estado, ¿sí o no?

Sí, está separada.

Cada ciudadano soviético ¿es libre, sí o no, según la constitución de Stalin, de profesar cualquier confesión religiosa o de no profesar ninguna?

Sí, es libre.

Entonces, ¿por qué me queréis mezclar en las cuestiones, discusiones y disensiones internas de nuestra Iglesia nacional rusa?

Y la contestación resolutiva de los jueces soviéticos fue cruel e inhumana: veinte años en Siberia para el pobre sacristán campanero» [1].

V. — LA MORAL DESPUES DE LA REVOLUCION MARXISTA:

a) Perseguida la religión, de rechazo sufrió igualmente sus ferores ataques la moral religiosa de las costumbres.

b) El divorcio se puso a la orden del día:

«El joven oficial G. P. —refirió el conferenciante— que durante todo el tiempo que duró la inspección había sostenido una animada conversación con una de las señoritas, nos contó extrañas cosas sobre el tema tratado.

La muchacha se había lamentado amargamente de la corrupción de la juventud bolchevique. Su compañera —que creíamos señorita— estaba divorciada por tercera vez a los 22 años.

El joven había hecho la observación de que no comprendía la causa de tantos divorcios, siendo la muchacha —según él— nada fea y de carácter no insoportable. «¡Peor para ella!» —exclamó la otra—, y empezó a explicar que entre ellos para una muchacha el tener un aspecto encantador y ser buena, significaba transformarse en el señuelo de los muchachotes más desvergonzados, que al principio se la disputaban con el mayor ahinco, luego el que primero lograba engañarla con una farsa de matrimonio, en cuanto encontraba una desvergonzada cualquiera, no dudaría en dejarla caer en el deshonor con un falaz proceso de divorcio.

Ella era una señorita que no se había atrevido a unirse en matrimonio con ninguno y decía no querer casarse nunca con un joven soviético, definiéndolos a todos como *gadki* (asquerosos). Aseguraba que entre los matrimonios soviéti-

---

[1] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en las págs. 270-271.

cos que ella conocía, ninguna pareja había vivido unida ni siquiera diez años. La duración normal de sus matrimonios era, en general, de dos a tres años y a veces sólo de algunos meses [2].

c) La vergüenza y pudor, prejuicios capitalistas.

Se refiere el conferenciante a la doctrina moral de Lunaciarski, Primer Comisario de Educación Pública soviético, quien había proclamado lo siguiente:

«Que la vergüenza y el pudor eran prejuicios capitalistas»; y había enseñado en la Universidad a los estudiantes, hombres y mujeres, que en sus recíprocas relaciones amistosas no existía para los comunistas ni pecado ni mal moral, sino sólo prudencia y medida para no enfermarse; ni más ni menos, como en el comer, en el apretón de manos y en cualquiera otro placer natural; y que el uso de prevenir ciertas consecuencias bastantes molestas y a veces bastante inoportunas que era la cosa más elogiable en la nueva sociedad comunista [3].

Otra anécdota de un médico de Leningrado: N. N., cada vez que tenía la ocasión de presentar a su mujer en sociedad o a los amigos, aprovechaba con una especial satisfacción, para emplear una fórmula que le gustaba: «Camaradas, les presento a mi quinta pero no a mi última esposa». Queriendo aludir así a las primeras cuatro de las que se había divorciado y a su deseo de desembarazarse también de aquella después de algún tiempo, ni más ni menos que si se tratara de un par de zapatos o de una chaqueta según los cambios de la moda [4].

d) Lección bien aprendida por las juventudes comunistas.

Otra anécdota: «En la segunda década del régimen comunista en Rusia, algunos jóvenes y algunas muchachas de la organización de *Konsomol* (Unión de la Juventud Comunista) exaltados por las libertades morales tan descaradas de sus jefes, llegaron a tal exceso de extraña locura que, a veces, en los días sofocantes de verano, como se vio en Rostov, Karkov, Oriol, etc., se esparcían por grupos por las plazas y hasta subían a los tranvías públicos completamente sin vestidos, llevando en cambio al cuello sólo una ancha banda en bandolera sobre el hombro izquierdo y por debajo del brazo derecho con la inscripción en letras mayúsculas: «*Daloi stid*» («¡abajo la vergüenza!»).

CONCLUSION.

[2] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en las págs. 240-241.

[3] *Lubianka*, Madrid, 1959 Reproducido en la pág. 241.

[4] *Lubianka*, Madrid, 1959. Reproducido en la pág. 242.

DIA 10: EL CATOLICISMO, ARCA DE SALVACION PARA TODOS LOS HOMBRES

El público que asiste a estos Coloquios, sigue en aumento. Hoy vimos a varios caballeros de pie, que prestaban al diálogo la mayor atención.

Bajo la dirección del P. Eduardo García, intervinieron en este Coloquio el Señor Vicario Apostólico del Darién, Panamá, Excmo. y Rvdmo. Monseñor Jesús Serrano Pastor, quien contestando a las sugestivas preguntas del Coloquio, disertó sobre los indios Caribes-Cunas a cuya evangelización se han consagrado desde hace años los misioneros españoles claretianos. También es susceptible la iglesia de ser plantada y consolidada entre aquellas tribus de indios americanos, quienes, al bautizarse, no se despojan de sus costumbres y folklore, sino de aquella nada más que envuelve manifiestamente superstición y pecado. La Iglesia respeta en ellos cuanto de bueno y natural tienen, quedando después de alguna manera elevado por el santo bautismo.

La segunda parte del Coloquio corrió a cargo del dominico japonés P. Agustin Takeshima Koichi, quien describió a las mil maravillas el hecho de su conversión al Catolicismo y de toda su familia. Destacó mil anécdotas de gran interés que los asistentes escucharon con la mayor atención. Los Coloquios resultaron animadísimos y los asistentes honraron a ambos conferenciantes con frecuentes y entusiastas aplausos.

DIA 11: VIDA RELIGIOSA DE LOS ORIENTALES FUERA DE LA URSS

Interviene en la primera parte el gran orientalista español R. P. Santiago Morillo, S. J., director de la obra «Oriente Cristiano» en Madrid. El tema polarizó desde el primer momento la atención de todos los asistentes. Hoy se calculan en más de diez millones los rusos que actualmente viven expatriados en otros países. Entre los países que alojan a colonias rusas, mencionó a España, cuyo grupo está encabezado por el Gran Duque Vladimiro, residente en Madrid. Renunciamos a consignar aquí mas datos sobre esta conferencia, para evitar repeticiones de hechos, estadísticas y anécdotas, que cuidadosamente ordenadas, figuran en otro trabajo que insertamos en este volumen.

En la segunda parte del Coloquio, intervino la Srta. Julia Ulloa de quien ya nos hemos ocupado al tratar de las sesiones del Magisterio. Presentó en el Coloquio una amplia e interesante exposición sobre el origen, objetivos apostólicos y desarrollo actual de la AFIC (Asociación Femenina Internacional Católica) que al mismo tiempo que ofrece un vastísimo campo de acción misionera a las jóvenes católicas que anhelen vivamente incorporarse al apostolado de vanguardia, proporciona en las nuevas diócesis en las que la Iglesia ha sido aun recientemente plantada y consolidada en Extremo Oriente o en el Continente Africano, una ayuda valiosísima a los Prelados indígenas de los respectivos países.

Cerró la sesión de los Coloquios interviniendo en la última parte de ellos el eminente mariólogo, Rvdmo. P. Carlos Bálic, OFM, Presidente de la Academia Internacional Mariana de Roma, elevada recientemente por S. S. el Papa Juan XXIII a rango pontificio, y consultor del Santo Oficio.

Habló en castellano correctísimo, con gran sorpresa y admiración de los asistentes, sobre la posición de los protestantes de hoy respecto de la devoción de los fieles a la Santísima Virgen. Su charla despertó enorme interés entre los asistentes. Como publicamos íntegra la maravillosa conferencia mariológica pronunciada por el P. Bálic dentro de la XII Semana Misional, desistimos ahora de ampliar la reseña de su meritísima participación en el Coloquio para evitar posibles repeticiones.

DIA 12: EL PROTESTANTISMO EN EUROPA Y CENTROAMERICA

La clausura de los Coloquios en este día fue presenciada por más de un millar de espectadores, que con visible simpatía y entusiasmo han acogido estas sesiones organizadas exclusivamente para el público. El cronista de la prensa local consignaba estas impresiones: «Tanto era el cariño por estas sesiones, que he oído a muchos lamentarse de que haya llegado a su fin la XII Semana Misional. Los Coloquios de ayer revistieron gran brillantez. E indudablemente el interés fue grande y en muchas ocasiones conmovedor, gracias a la emocionada intervención del P. Arthur Crook».

Presidían el salón Monseñor Gregorio Gómez, Abad Nullius de Nueva Nursia (Australia Occidental), de la Orden Benedictina. Monseñor Gómez es un hombre sencillo, bondadoso y humilde. Iba vestido esta tarde como un simple religioso. Y sólo al subir al palco presidencial, con mucho disimulo, iba metiendo la mano en el bolsillo para sacar su pectoral. Nacido en Villoruebo (Burgos), incorporado posteriormente a la Orden Benedictina, ha permanecido durante treinta y cinco años en Australia, trabajando en la conversión de aquellos países. La extensión de su Misión rebasa los 50.000 Km.². Durante su intervención en el Coloquio, que ha producido en todos gran simpatía, Monseñor Gómez presentó un informe general sobre la situación religiosa, ya católica, ya protestante, del Continente Australiano, y más concretamente sobre la zona encomendada a los misioneros benedictinos españoles.

Intervino igualmente en este Coloquio el Prefecto Apostólico de San Miguel de Sucumbíos, (Ecuardor), Monseñor Wenceslao Gómez Frande, O. C. D., expo-

niendo las dificultades enormes de evangelización que ha de superar la Iglesia para establecerse y consolidarse entre las tribus de indios ecuatorianos que evangelizan los Padres carmelitas españoles. Aportó datos interesantísimos sobre la situación económica, cultural, religiosa y de régimen entre las tribus aborígenes que les toca misionar.

IV

LOS ANGLOCATOLICOS ANTE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Pero es justo hacer constar aquí que quien más logró calar en el alma del público que se manifestó en atronadores aplausos, fue el R. P. Arthur Crook, CMF, por la profunda sinceridad y fervor con que narró al numeroso público los incidentes de su conversión al Catolicismo.

«Estoy seguro —decía el cronista de la prensa local—, que los asistentes han sentido admiración, simpatía y gusto durante la fervorosa alocución del gran amigo de España. Nacido en un pequeño pueblo inglés, no muy lejos de Londres, se educó en la iglesia y doctrina anglicana. Solamente habia tres católicos en el pueblo: el médico y sus dos hijas. La parroquia anglicana estaba atendida por dos pastores, párroco y coadjutor. Ha señalado el dato curioso que las enseñanzas doctrinales de estos pastores, a sus feligreses, eran con frecuencia contradictorias. Durante una función, el párroco explicaba a los fieles que solamente son dos los Sacramentos. En el mismo púlpito, el pastor Asistente decía a los fieles que los Sacramentos eran siete. La conversión de este pastor joven al Catolicismo fue la ocasión para que también su amigo, Arthur S. Crook, emprendiera el camino de la única Verdad.

En su narración el bondadoso misionero claretiano ha recorrido paso a paso, todas las etapas de su conversión del Anglicanismo al Catolicismo, en lo cual tuvo evidente influjo y gran parte la oración. Estoy seguro de que los mil burgaleses que anoche escucharon al P. Crook en el Círculo Católico, han quedado impresionados por esta narración, vibrante, fervorosa, de una sinceridad insospechada, que no sólo merecía bien los aplausos del público, sino más aun los sentimientos de simpatía y felicitación que secretamente corrían por el corazón de todos los presentes.

El P. Crook contó igualmente el proceso de su vocación religiosa. Es el primer inglés que ingresó en la Congregación del Inmaculado Corazón de María, gracias a la providencial lectura de cuatro o cinco líneas en un periódico inglés que daba la noticia de haberse otorgado en Roma el título de Venerable al actual santo, Antonio María Claret».

Ante la imposibilidad de reproducir aquí el animado diálogo del Coloquio con todas sus emotivas incidencias, transcribimos a continuación un amplio resumen que a petición nuestra nos preparó con edificante caridad y celo el mismo protagonista que con tanto éxito intervino reiteradas veces en las jornadas de la XII Semana Misional de Burgos.

¿CUAL ES LA POSICION DE LOS ANGLOCATOLICOS DE HOY ANTE LA UNIDAD DE LA IGLESIA?

A tan fascinador y sugestivo interrogante viene a contestar el converso del Anglicanismo, R. P. Arthur S. Crook en las siguientes impresiones que han brotado de su misma pluma, no sin antes recibir el calor y latido de las palpitaciones de su apostólico y sacerdotal corazón: Helas aquí:

Una de las señales más esperanzadoras de nuestros tiempos es el deseo anhelante de los cristianos por la unidad. Seamos agradecidos a Dios ya que este deseo no es meramente un refugio en lo que la unidad supone de fuerza y comodidad,

sino más bien el resultado proveniente del convencimiento de que esta unidad es la voluntad de Dios. La inexorable lógica de «un Dios y Padre de todos»... una fe... un Espíritu..., y por lo tanto también «una Iglesia», despacio, pero inexorablemente, surte su efecto.

Recuerdo en qué aprieto me encontré, siendo aún anglicano, cuando un incrédulo me dijo: «Ciertamente vosotros los cristianos no debíais estar divididos como estáis, porque después de todo no hay más que un Cristo». Era imposible negar que Nuestro Señor fundó una sola Iglesia, y no se necesitaba ser un historiador para caer en la cuenta de que Inglaterra se había separado de ella. Si un cristiano se separa de la Iglesia, decimos que ha cometido una apostasía. Si todo un conjunto de cristianos, incluyendo Obispos, se separan de la unidad de la Iglesia, su acción es igualmente una apostasía. El número no muda la naturaleza del acto; y ¿en qué se diferencia esto de lo que aconteció a la Iglesia Anglicana durante la Reforma?

Consideraciones parecidas a las presentes inquietan la conciencia de muchos sinceros anglicanos.

Deseo exponeros que la Iglesia Anglicana es lo que su Fundadora la Reina Isabel, pretendió e hizo, nada más, nada menos: Que ninguna criatura humana puede decir qué es lo que la Iglesia Anglicana enseña, y por lo tanto el anglicano que toma parte en una discusión, no representa otra cosa que a sí mismo.

El asombroso auge del partido Anglo-católico en la Iglesia Anglicana, ha hecho que los apologistas católicos dirijan particularmente la atención a las Notas de la Iglesia, tales como «Unidad Visible» y «Unidad» o «Unicidad». Se han visto obligados a insistir más y más en que no hay más que una Iglesia de Cristo y que ésta abarca todo el mundo, cuya cabeza es el Papa, Vicario de Cristo en la tierra, Obispo de Roma, Patriarca de Occidente y Sucesor de Pedro. La teoría «Anglo-Católica» sobre la continuidad, es una negación práctica de estos artículos de fe, suponiendo, como lo hace, que la Iglesia existe en estado de división y que cada una de las ramas tiene derecho a ser considerada como el todo. Para sostener esta teoría se han visto obligados a defender que la escisión de Roma durante la Reforma Inglesa no interrumpió la continuidad del Anglicanismo con la Iglesia pre-reformada de Inglaterra, y por lo tanto que el pueblo actual inglés, que se denomina a sí mismo católico en comunión con Roma, forma en realidad lo que uno de los Prelados anglicanos llama «Misión Italiana», un cuerpo intruso, sin derecho alguno en el país. Se ha escrito mucho para refutar esta extraña afirmación, tan ajena de la realidad histórica, pero la falacia todavía persiste y se acepta —de hecho se proclama sin ambages en los pórticos de innumerables iglesias anglicanas— y ciertos acontecimientos de años recientes, particularmente las «Conferencias de Lambeth» y las «Conversaciones de Malinas» han sido interpretadas en este sentido, como si le hubieran otorgado valor real.

Un mero lapso de tiempo no puede alterar principios fundamentales u obviar hechos inconvenientes. La Iglesia Anglicana es aún hoy día tal como Isabel I de Inglaterra la fundó. No son los hechos de ahora los de mayor importancia, sino los ocurridos en 1559, la fundación de la nueva Iglesia que repudiaba algunos de los más esenciales dogmas de la antigua: La supremacía de la Sede de Roma como centro de Unidad, la doctrina de la Misa y del Sacerdocio sacrificial. Pero el principio de Unidad Católica, esto es, que Cristo fundó una Iglesia sobre Pedro y sus Sucesores, y que persistiría hasta el fin de los tiempos, no ha sido invalidado por la «moderna perspectiva teológica».

Enrique VIII arrastró a Inglaterra al cisma, y los católicos ingleses, Prelados y clero, en su mayor parte, obedecieron tímidamente al tirano separándose de la unidad con Roma, esperando sin duda que la discusión terminaría en breve plazo, como ocurrió bajo el reinado de María Estuardo. Sin duda, la escisión de Enrique con el Papa y la caída más profunda aún, llevada a cabo por los consejeros de su hijo Eduardo, hicieron más fácil a la Corona, bajo el reinado de Isabel, el influir radicalmente en la fe del reino. Estos veinte años de caos religioso desde la primera usurpación de las prerrogativas papales hecha por Enrique VIII hasta la muerte de Eduardo, debió remover completamente la inestable y no muy instruida fe de los laicos. Si en días católicos, después de la terrible plaga —la

Muerte Negra (the Black Death)— el promedio de educación en el bajo clero y en los fieles era con frecuencia lamentablemente bajo, éste no pudo haber sido mejorado por la confusión introducida en la Iglesia con motivo del cisma de Enrique VIII. Pero no fue él quien fundó la actual Iglesia Anglicana, por mucho que su desastrosa conducta preparara y pavimentara el camino. Nos parece necesario insistir en este hecho, por cuanto que incluso escritores católicos se envuelven en sí mismos en dificultades innecesarias, adscribiendo el nacimiento del Anglicanismo a la sensualidad y avaricia del terrible Tudor.

Todo historiador honesto debe atribuir a Enrique VIII el descrédito de haber envuelto en el cisma a la Iglesia de Inglaterra, y a sus ministros el reproche de haberla infectado en parte con herejía ya definida, de la que se vio purgada y reconciliada bajo el reinado de María, y deberá, igualmente, reconocer como genuino hijo de Isabel la presente constitución Anglicana, fundada en la negación de la antigua fe y enriquecida con los despojos de sus antiguas posesiones. Su Ordenación no es capaz de consagrar Sacerdotes Sacrificiales, sus Sacramentos, con excepción del Bautismo y Matrimonio, los cuales pueden ser admitidos por laicos, son nulos, su Doctrina ecléctica y contradictoria, su fe está fundada en el juicio privado de cada uno, es una criatura del Estado y su poder depende de la voluntad del Parlamento, ha roto total e irrevocablemente con la Tradición Católica y ninguna reanudación de creencias o de prácticas Católicas pueden hacerle dejar de ser lo que fue: una verdadera partición de la Iglesia de Cristo.

La reclamación, abiertamente hecha por algunos en favor de la Reforma Anglicana, de ser la misma que la Iglesia Pre-Reformada, es repudiada con vehemencia por la mayoría de sus miembros. Aun los más fervientes Anglo-Católicos no pueden escapar del todo a esta realidad histórica. El Doctor Darwell Stone, erudito, franco y cuidadoso autor anglicano, en una obra no muy extensa, se ha empeñado en explanar la posición del partido «Católico» en la Iglesia de Inglaterra.

Según el Dr. Stone, los Anglo-Católicos provienen según lógica derivación de los Tractarianos, mientras que los Tractarianos extrajeron su doctrina no de los partidarios de Isabel, sino de la antigüedad, de los Padres Primitivos y de los Concilios e Iglesia. En conformidad con esto, casi todo el material está dedicado a explanar cómo los Tractarianos fueron recobrando, una tras otra, las doctrinas características católicas, las cuales la Reforma había olvidado (o por mejor decir, nunca había tenido). Pero según él mismo admite, esta Iglesia, de la cual los Tractarianos, representados hoy día por los Anglo-Católicos, son una sección; es decir, la Iglesia Nacional Inglesa no ha recobrado aún estas doctrinas, o si nos es permitido decirlo, no ha tenido la intención de recobrarlas. Lejos por el contrario de recobrarlas y de sentir la necesidad de ellas, muchas de las verdades que los partidarios de Isabel retuvieron han caído en desuso, merced a la influencia del Racionalismo y Modernismo. El Dr. Stone debe sentirse consciente de esto, pues no reclama una excomunión para esos tales herejes ni proclama siquiera que su partido constituya la Iglesia Anglicana; reconoce el derecho de los otros a formar sus creencias, como él ha formado las suyas, con el ejercicio del libre examen de cada uno. Por lo mismo debe admitir que la Iglesia Inglesa (Anglicana) es lo que los partidarios de Isabel hicieron, a saber: un cuerpo que incluye miembros adictos a diversos y aun contrarios credos religiosos, los cuales por eso mismo no pueden identificarse con la Iglesia Pre-Reformada. Por ejemplo, escribe: «Una nota característica de la política adoptada por las autoridades de la Iglesia y Estado Ingleses durante el reinado de Isabel fue el haber admitido gente de las más opuestas opiniones dentro de la Iglesia Nacional; por una parte los que eran casi católicos-romanos, dado que no mantenían una doctrina del Papado incompatible con la supremacía de la Corona, y por la otra los que eran casi Puritanos, con tal de que exteriormente se conformaran a las regulaciones exteriores de la Iglesia. Esta política difirió mucho de la intolerancia adoptada por Enrique VIII, Eduardo VI y la Reina María. Se abría a las objeciones de los diversos credos; así ha continuado, con diversas modificaciones la política de la Iglesia Anglicana». («La fe de una Iglesia Católica») pág. 111.

La «Iglesia Reformada» quedó, pues, dividida por un abismo infranqueable de la Iglesia de Cristo, la cual enseña con autoridad y es por lo mismo infalible,

puesto que su autoridad viene de Dios. Para nosotros, que vivimos en contacto diario con el Anglicanismo y estamos familiarizados con él, todo su desarrollo desde su origen en el reinado de Isabel, sus pretensiones de ser la Iglesia Pre-Reformada, tanto en doctrina como en culto o en disciplina, son por supuesto indefendibles. Por su propia boca, o mejor por la de sus expositores, se condena y se arguye de estar desprovista de un cuerpo de doctrina o de medios de formarlo.

La cuestión de la «Continuidad» está unida estrechamente con la cuestión de la validez de las Ordenes Anglicanas. En el año 1895, se intentó recurrir a la Santa Sede para reanudar las discusiones tocantes a la validez de dichas Ordenes, siguiendo el parecer de teólogos Anglicanos. Pero el intento fracasó. Sin embargo el Abbé Portal y sus amigos lograron por último gestionar un examen del asunto que llevó a efecto una comisión nombrada por la Santa Sede, aunque hacía ya mucho tiempo que Roma lo había cancelado, como estaba demostrado en la constante y persistente práctica de ordenar absolutamente y sin condiciones a clérigos anglicanos convertidos que deseaban hacerse sacerdotes. El celo del Abbé consiguió el que, después de un maduro examen hecho por teólogos católicos, algunos de ellos entrevistados con doctos anglicanos y dispuestos a aceptar su posición, las Ordenes Anglicanas fueron declaradas nulas e inválidas en 1896 por Decreto definitivo e irrevocable.

De esta forma la teoría de la «Continuidad», aunque de una manera atenuada, fue contradicha por la Santa Sede, y la posición de los católicos, vindicada en absoluto.

Con la caída de la teoría de la «Continuidad», también debía desaparecer la idea de una «Re-Unión Corporativa». La frase resulta completamente falsa e inaceptable: si no hubo unión previa, y si la Iglesia Anglicana nunca fue la Iglesia Católica de Inglaterra hasta que Isabel la instituyó como organismo nuevo, independiente y herético, no puede darse «reunión» de entidades que nunca estuvieron unidas, no puede haber unión, en igualdad de términos, entre la divinamente instituida Iglesia Católica y una institución nacida de la obra del hombre, dependiente en su existencia de leyes humanas. ¿Cómo un cuerpo cuya existencia se debe a Dios y otro que por su misma existencia se opone a sus designios, pueden unirse corporalmente en una organización fundada por Dios para enseñar en su nombre y transmitir sus gracias sacramentales?

Una exposición clara por qué Roma no puede ceder un punto en sus postulados dogmáticos, y que cuanto se oponga a ellos debe ser rechazado sin rebozos —la única posible actitud en una Iglesia Infalible—, deja al individuo la responsabilidad de examinar y entender sus dogmas y se los presenta desde un principio como una verdad con la que ha de enfrentarse más tarde o más temprano si desea incorporarse a la Iglesia.

Aun cuando la «Iglesia Reformada» tenga un marco definido y se sirva de ciertas fórmulas, no ha aceptado sin embargo un código de fe, ni ha tratado de consolidarlo. Sus apologistas no tratan de ocultar esa evidencia, más bien, los anglicanos más leales alardean y se glorían de la amplitud de su Iglesia, o de la tolerancia de doctrinas contradictorias. Consecuentemente nadie sabe en qué dogmas cree un determinado anglicano o por qué motivos.

Por muy endeble e ilógico que parezca el sistema anglicano, se debe reconocer no obstante que ninguno, fuera del Ortodoxo Oriental, se aproxima tanto al Catolicismo, como la «Alta Iglesia» y los Anglo-Católicos. Los principios católicos están entrelazando toda la historia y la vida inglesa, aunque sólo sea incompletamente, y actúan como fermento en la «Comunión Anglicana».

No deberíamos pasar por alto los Católicos, las dificultades y angustias que sobrevienen en cada caso individual de conversión, uno a uno, a la Iglesia Católica. En muchos se da el temor de pecar contra el Espíritu Santo si abandonan lo que, en la Providencia de Dios, ha ocupado para ellos un puesto señalado, y en lo que se han sentido conscientes de los beneficios de Dios en sus almas y en las de los demás. La existencia de la Iglesia Oriental Ortodoxa ha pesado mucho como prueba irrefutable de que los derechos Romanos no son válidos. Los anglicanos tienen una enraizada aversión a los «nuevos dogmas», como ellos dicen. La «Antigüedad» nos legó la norma de que cuanto no existiera claramente durante

el período de los siete primeros Concilios Generales es erróneo, como dogma, permisible tal vez como opinión piadosa. Por lo mismo, si Roma pretende imponer dogmas tales como el de 1870, o en otra fecha subsiguiente a la del Séptimo Concilio General, está en el error.

El inglés ordinario no puede apreciar lo ocurrido entre ambas Jerarquías, el Cardenal Pole y el Obispo Parker, con una mayor brecha entre ambas jerarquías. Más aún; los anglicanos piensan que las antiguas catedrales son monumentos anglicanos y pruebas de la antigüedad del Anglicanismo. Cuando la iglesia parroquial, por ejemplo, data del siglo XIV y el Párroco o el Vicario, recibe títulos existentes desde tiempo medioevales, la prueba de la continuidad de la Iglesia es evidente, sin que obste el hecho de haber cambiado con el transcurso del tiempo. El aislamiento insular prueba mucho; pero desde que el Arzobispo Fisher ocupa actualmente la silla de San Agustín, no es difícil a los Anglicanos el pensar en que también la ocupa espiritualmente. La posesión de un lugar parece presumir la verdadera jurisdicción.

La formación anglicana es merecidamente elogiada en todo el mundo y naturalmente esto confiere cierta autoridad a la posición general Anglicana y a su principio de comprehensibilidad.

Newman, eminentemente calificado para exponer su opinión sobre la naturaleza del Anglicanismo, escribió: «No hablo con desdén de la Iglesia Anglicana, aunque ellos (los anglicanos) me crean desdeñoso. Para ellos naturalmente se trata de «aut Caesar aut nullus» o «César o ninguno», pero no para mí. Puede admitirse una creación grande sin ser precisamente divina, y así es como la juzgo yo. Hombres que abjuran del derecho divino de los reyes se sentirían indignados si fueran considerados desleales en ese punto. Y así considero a la Iglesia Anglicana como una institución digna del honor temporal, de nobles recuerdos históricos, un monumento de sabiduría antigua, un arma de importancia para la fuerza política, un órgano nacional, fuente de inmensos beneficios para el pueblo, y, hasta cierto punto, una testigo y maestra de la verdad religiosa... Pero que se trate de algo sagrado, o que sea un oráculo de doctrina, que pueda demandar parte en San Ignacio o San Cipriano, que pueda tener el derecho de argüir la enseñanza o a detener el camino de la Iglesia de San Pedro, que pueda llamarse a si misma la «Esposa del Cordero», ésta es la perspectiva que desapareció simplemente en mi conversión y que sería casi un milagro reproducir.» (Apología, 1908).

La Iglesia Anglicana representó realmente a Inglaterra. No es así hoy día. Puede ser todavía una importante arma política, un gran órgano nacional, pero las fuerzas de desintegración son grandes. Dos Oficios Constitucionales están aún reservados para anglicanos: la Corona y la Cancillería de los Lores. El número de los anglicanos practicantes —como unos dos millones— constituye menos del cinco por ciento de la población. Los Anglicanos están de hecho sobrepasados por los No-Conformistas, mientras que los Católicos sobrepasan a ambos, Anglicanos y No-Conformistas.

La cuestión del «Des-Establecimiento» de Inglaterra se ha presentado de una forma diversa: los No-Conformistas ven que el resultado sería el dejar a los Católicos como el más poderoso cuerpo en Inglaterra, y en ese sentido han dejado de apoyarlo. Las autoridades anglicanas sintiendo que el Establecimiento, —esto es, la Reforma en tiempos de Isabel— es ahora tan absurda como moralmente indefendible, creen que para salvar los harapos del «status quo» —estado presente— de la Iglesia de Inglaterra deben unirse a los No-Conformistas en una Iglesia Estatal Protestante. Creen que la unión a otras confesiones cristianas es el único remedio para remediar esta impotencia creciente. Por otra parte sus promotores no parecen ser insinceros.

La doctrina comúnmente aceptada por los Anglo-Católicos es:

I. La Sucesión Apostólica del Episcopado, aunque son notablemente despreocupados en cuanto a la obediencia a los Diocesanos, y en todo caso pueden negar la sucesión apostólica.

II. La Presencia Real; muchos defienden la «Transustanciación» y no les es

desconocida la doctrina de Santo Tomás y del Concilio Tridentino a este respecto. Defienden y enseñan la Doctrina «Alta» (Higg) de los Sacramentos de la Penitencia y Extremaunción. Según ellos, la Reforma es una purificación de la Iglesia de falsas doctrinas y de adherencias de prácticas.

Los textos y los libros de espiritualidad, la cual es frecuentemente profunda, (algunos de los seglares tienen confesor regular e incluso director espiritual), son en su mayoría de autores católicos: Tomás de Kempis, San Francisco de Sales, de Caussade; o bien de los místicos ingleses; ahora, especialmente, son leidos los místicos españoles: San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús. Entre los autores modernos conocen a Dom J. Chapman, al Abad Marmión y al Abad Vonier. Los escritos de Baron von Hugel y Evelyn Underhill han logrado ahondar en la espiritualidad anglicana, y su obra la continúan extensamente las Ordenes Religiosas y las Asociaciones Piadosas.

Existe entre los extremistas una corporación llamada «Anglo-Papista»; defienden la Doctrina Católica y desprecian al mismo tiempo la propia Autoridad Episcopal, el Libro de la Oración Común y otros formularios Anglicanos. Están apartados del resto del clero, usan el «Misal Inglés» y en ocasiones el «Misal Latino». Su Ordo (Epacta) es una traducción inglesa del nuestro con las fiestas recientes y el ORDO HEBDOMADAE SANCTAE INSTAURATUS (Nueva Semana Santa). En sus iglesias el movimiento romanizante ha llegado a lo sumo, tanto que a veces los católicos asisten equivocadamente a los servicios religiosos debido a que en las apariencias externas no se distinguen de los católicos.

Estas disensiones dentro de la Iglesia Anglicana no han de regocijarnos a nosotros los Católicos. Por el contrario, agradezcamos el que aún vivimos en su esencia la verdad Cristiana. La Antigüedad ha de sernos más venerada que a los Anglicanos, y nuestra intolerancia en lo tocante al Dogma, ha de estar suavizada y guiada por la cortesía y la caridad cristianas. No podemos menos de ver con simpatía la lucha valerosa de los Anglo-Católicos contra las dificultades, aparentemente invencibles, para preservar su Iglesia de caer en un anti-catolicismo o en la incredulidad.

Muchos en verdad, aunque lejos de la Doctrina Católica, admiran el ideal católico. Debemos rogar especialmente por éstos para que Dios les otorgue el valor y la fortaleza de seguir, como muchos lo han realizado ya, a toda costa, esa luz.

Tengamos presente que, caso de sobrevenir una disgregación, la obra a realizar será tanto de ellos como nuestra: ellos deberán estar preparados a pagar el «Precio de la Unidad» a coste harto caro. Nosotros estando dispuestos a recibirlos en la casa paterna, en la que encontrarán la plenitud de la Verdad y el amor que nunca desfallece y soporta todas las cosas.

El Anglo-Catolicismo ha sido para muchos el camino más puro y sencillo para llegar al Catolicismo. De lejos escuchaban los ecos de las melodías musicales en el santuario de la Santa Madre Iglesia, y tal vez, como inconscientemente, son arrastrados a su interior.

Esperemos y roguemos para que los Anglo-Católicos puedan llegar pronto a la meta y encontrar su hogar dentro de la Santa Iglesia Apostólica y Romana, establecida e instituida divinamente por el mismo Cristo, Señor Nuestro, para enseñar a todos los hombres la Justicia y la Santidad.

Sección Sexta

Jornadas de Oración

Oremos por la unidad cristiana

Las jornadas de la XII Semana Española de Misionologia celebradas en Burgos han sido dedicadas al Concilio Ecuménico Vaticano II. El tema de estudio se ha centrado en este punto: «La unión de todos los cristianos, exigencia vital de las Misiones».

Secundando los vehementes anhelos de S. S. el Papa Juan XXIII que al anunciar la celebración del próximo Concilio, ha recabado oraciones por el éxito del mismo a toda la Cristiandad, se ha querido dar a la XII Semana un tono eminentemente espiritual y de plegaria por la unión de todos los cristianos. Por eso, si en el ambiente de las sesiones públicas y privadas de la XII Semana quedaba siempre flotando la honda inquietud sacerdotal por la unión de todos los cristianos, en la oración litúrgica y privada, y en todos los actos de piedad, ya de carácter comunitario, ya de carácter privado durante la XII Semana Misional ha tenido lugar primacial entre todas las intenciones, la de rogar incesantemente por las intenciones del Papa en la convocatoria del Concilio Ecuménico de la Unidad. Entre los actos comunitarios, queremos destacar los siguientes:

I.—MEDITACIONES MISIONALES.

Todas las mañanas, antes de la Misa, el R. P. Eliseo Quintana, del IEME, Director Espiritual de la Semana, ha dirigido la meditación misional a los semanistas, explicando alguno de los más interesantes aspectos de la Unidad de la Iglesia y su vivencia en nosotros y en relación a los fieles y a nuestros hermanos separados, a la luz de las orientaciones y consignas pontificias.

II.—MISA DE COMUNION.

Varios Excmos. Prelados Misioneros que participaban en las jornadas de la XII Semana Misional, fueron turnándose en los diversos días en la celebración de la Misa de Comunión para los seminaristas. Estos seguían el santo sacrificio recitando las diversas partes litúrgicas con el celebrante, tal como suele hacerse de ordinario en las así llamadas Misas Comunitarias. En las oraciones y en los cantos vibraban las sentidas invocaciones por la unidad y por el Papa.

III.—VIGILIAS POR LA UNIDAD.

Además de la Visita al Santísimo Sacramento que comunitariamente solía hacerse cada día al terminar la refección del mediodia, se celebraban a última hora de la noche, antes de la cena, las Vigilias bíblico - litúrgicas por la Unidad.

En ellas parecían como rivalizar en santa emulación y como perseguir en veloz carrera una misma meta común la doctrina y la plegaria, el dogma y la súplica, el pensamiento y el sentimiento, ambos encarnados en la misma fórmula litúrgica, en la misma expresión bíblica y en la misma jaculatoria invocativa. Pues no cabe duda que la palabra de Dios proclamada y comentada ofrece los últimos fundamentos doctrinales de la unidad eclesiológica. Y la oración colectiva en forma de salmos, preces, y culto eucarístico, viene a ser una forma de respuesta al encargo sagrado del Papa de recabar por medio de ardientes plegarias las luces de lo alto para el éxito del próximo Concilio.

A) IGLESIA UNA [1]

Vigilia dirigida por el Rvdo. D. Pedro Sanmartín

Delegado Nacional de la PUMC para los Seminarios

DIA 7 DE AGOSTO.

1.—*Canto de entrada.* Salmo 23: Del Señor es la tierra.

Antífona 1.ª: Alzaos.

2.—*Saludo del celebrante.* Todos sois hijos de Dios por la Fe en Cristo Jesús. Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío y griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús. (Gal, 3, 26-29).

R. Amén. *(Cantado).*

3.—*Lecturas del Antiguo Testamento.*

a) Dios, creador de la gran familia humana. (Gen. 2, 7-23).

b) El arca de Noé, símbolo de la unidad de la Iglesia. (Gen. 8 todo y 9, 1-18).

4.—*Canto de meditación.* Salmo 8: Oh Señor, dueño nuestro.

Antífona 1.ª: Oh Señor, dueño nuestro.

5.—*Lecturas del Nuevo Testamento.*

a) Jesús proclama el mandato nuevo de la caridad, de la que no están excluídos los mismos enemigos. (Mat. 5, 21-26 y 43-48).

Aclamación: Gloria a Ti, Señor, *(cantado).*

b) Los primeros cristianos vivían en la más perfecta unión (Hechos, 2, 37-47).

6. *Homilía.* No se puede dudar de que una de las notas que Jesucristo ha querido para su Iglesia es la de la unidad. Así se lo pide al Padre en la última Cena y esta unión recomienda encarecidamente a sus discípulos. Una misma fe predicada por la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación, y la caridad que habita en nuestros corazones, nos prepara un destino común en el cielo.

7.—*Preces litánicas.*

8.—*Oración silenciosa.*

9.—*Colecta:* Omnipotente sempiterno Dios, que por tu amado Hijo, Rey universal, quisiste restaurar todas las cosas: concede propicio para todas las naciones de la tierra, a quienes separa la herida del pecado, se sometan a su suavísimo imperio. Que contigo vive...

(Colecta de la Fiesta de Cristo Rey).

10.—*Canto final.* Salmo 46: Todos los pueblos batid palmas.

Antífona 3.ª: Cantad salmos.

---

[1] Con el fin de uniformar la celebración de estas Vigilias bíblico-litúrgicas en los diversos días de la Semana Misional, se tuvieron en cuenta las normas siguientes, que constituían eomo el ceremonial:

Salían todos los actuantes procesionalmente de la sacristía, mientras el pueblo entonaba el eanto de entrada.

Iban delante el lector y el director. Tras ellos el sacerdote que actúa de presidente acompañado de dos acólitos.

Todos iban revestidos de sobrepelliz.

Al llegar al altar el sacerdote, saluda con el texto bíblico señalado.

El sacerdote con los acólitos pasan al lugar que ordinariamente ocupan en Vísperas y se sientan.

El lector lee los textos bíblicos desde el ambón.

Durante las lecturas los asistentes están de rodillas, menos en la del Evangelio que se escucha de pie.

Los salmos se cantan de pie. Lo mismo, las preces litánicas. La oración en silencio, de rodillas.

De rodillas también, se toma parte en el breve acto eucarístico, con el que termina la Vigilia.

En la citación de salmos y antífonas nos referimos a la obra «22 Salmos de Gelineau) (editoriales «Hechos y Dichos», Zaragoza y «El Perpetuo Socorro», Madrid). Gracias al esmerado ensayo hecho con todos los Seminaristas por el Rvdo. D. Pedro Sanmartín para cada una de las Vigilias, resultaron éstas solemnísimas y con el mayor esplendor.

B) IGLESIA UNIVERSAL

Vigilia dirigida por Monseñor D. Angel Sagarmínaga

Director Nacional de la Organización Misional Pontificia

DIA 8 DE AGOSTO:

1—*Canto de entrada.* Salmo 46: Todos los pueblos batid palmas.
Antífona 3.ª: Cantad salmos.

2.—*Saludo del celebrante:* Carísimos: No se os caiga de la memoria que delante de Dios un solo día es como mil años y mil años como un solo día. No retrasa el Señor la promesa como algunos creen; es que pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia. (II Pet. 3, 8-10).
R. Amén. *(Cantado).*

3.—*Lecturas del Antiguo Testamento.*

a) En Abrahám son bendecidas todas las familias de la tierra. (Génesis, 12, 1-4).

b) El siervo de Yavé justificará a muchos y tendrá las multitudes por botín. (Isaías 53, 1-12).

c) La nueva Jerusalén verá llegar a ella todos los pueblos. (Isaías 60, 1-22).

4.—*Canto de meditación.* Salmo 66: Que Dios tenga piedad.
Antífona 1.ª: Que te den gracias.

5.—*Lecturas del Nuevo Testamento.*

a) Los Apóstoles son enviados a predicar a todas las gentes. (Mateo 26, 16-20).
Aclamación: Gloria a Ti, Señor.

b) Los Apóstoles ejercen esta misión. (Marcos 16, 19-20).

c) También los gentiles son llamados al Reino (Hechos 10, 1-48).

6.—*Homilía.* La fe y la obediencia de Abrahám le hacen acreedor a una posteridad numerosísima. Cristo con su obediencia se hace digno de un nombre sobre todo nombre ante el cual todo se rinde. Su reino será universal y la Iglesia. su obra, acogerá a todas las gentes. Las promesas de Dios no se reducirán a la casa de Israel. El mandato de Jesús es de dimensiones universales. Avivar en los fieles la conciencia de la responsabilidad universalista de la Iglesia.

7.—*Preces litánicas.*

8.—*Oración en silencio.*

9.—*Colecta.* Oh Dios, que quieres se salven todos los hombres y lleguen al conocimiento de la verdad: rogámoste envíes operarios a tu mies y les concedas predicar con toda confianza tu palabra para que tu verdad se difunda y esclarezca y todas las gentes te conozcan a Ti, único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, que contigo vive... (Colecta de la Misa de Propaganda Fide.)

10.—*Canto final.* Salmo 116: Alabad al Señor todos los pueblos.
Antífona. — Alleluya.

C) LA MISA Y LA COMUNION, FUENTE DE UNIDAD

Vigilia dirigida por el R. P. Pietro Alagiagian, S. J. [2]

DIA 9 DE AGOSTO:

1.—*Canto de entrada.* Salmo 99: Aclamad al Señor.
Antífona 4.ª: El Señor es bueno.

2.—*Saludo del celebrante.* Haciendo sin cesar memoria de vosotros en mis oraciones, doy gracias a mi Dios, porque sé la fe y la caridad que tenéis hacia el Señor Jesús y hacia todos los santos. (Filemón 1, 4-6).
R. Amén. *(Cantado).*

3.—*Lecturas del Antiguo Testamento.*

a) Melquisedec, rey y sacerdote y como tal, tipo del Mesías, sale al paso de Abrahám con ofrenda de pan y vino. (Génesis 14, 18-24).

b) Los israelitas se alimentan con el maná. (Exodo 16, 1-36).

c) El sacrificio de la Nueva Ley se ofrecerá de Oriente a Occidente. (Malaquías 1, 1-12).

4.—*Canto de meditación.* Salmo 41: Como suspira la cierva.
Antífona 1.ª: Como suspira.

---

[2] El acto eucarístico de este día se celebró en la histórica Iglesia Excolegiata de Covarrubias, predicando el R. P. Pietro Alagiagian, y asistiendo con los semanistas todo el pueblo fiel. Pero se tuvo que prescindir en este día de esta forma paralitúrgica de la Vigilia.

5.—*Lecturas del Nuevo Testamento.*

a) Jesús promete dar su carne en comida y su sangre en bebida. (Juan 6, 30-59).

b) Jesús instituye la Santísima Eucaristía. (Mateo 26, 17-29).

Aclamación: Gloria a Ti, Señor.

c) La unidad del pan está reclamando la caridad fraterna. (I Corintios 10, 16-18).

d) El Apóstol describe los ágapes eucarísticos y a continuación trae la doctrina de la caridad, simbolizada en el cuerpo uno. (I Carintios 11, 17-34 y 12, 1-31 y 13 todo).

6.—*Homilía.* San Pablo relaciona el sacrificio de la antigua Ley y el de Melquisedec con el sacrificio de Cristo (Hebreos). Jesús, al prometer la Eucaristía, evoca el maná del desierto. En la institución de la Eucaristía se hace constar la destinación universal del sacrificio de Cristo. Una sola cosa deben ser los que tienen una misma fe, un mismo bautismo y comen un mismo pan.

7.—*Preces litánicas.*

8.—*Oración en silencio.*

9.—*Colecta.* Recibidos los dones del Sagrado Misterio, pedimos humildemente, Señor, que lo que nos mandaste hacer en memoria tuya, sirva de auxilio a nuestra flaqueza. Que vives... (Postcomunión del domingo 22 después de Pentecostés).

10.—*Canto final.* Salmo 66: Que Dios tenga piedad.

Antífona 1.ª: Que te den gracias.

D) CONCILIO ECUMENICO

Director: R. P. Prudencio Damboriena
Decano de la Universidad Gregoriana de Roma [3]

DIA 10 DE AGOSTO:

1.—*Canto de entrada.* Salmo 28: Dad al Señor gloria.

Antífona 3.ª: Hijos de Dios.

2.—*Saludo del celebrante.* Os ruego, hermanos, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que todos habléis igualmente y no haya entre vosotros cisma, antes seáis concordes en el mismo pensar y en el mismo sentir. (I Corintios 1, 10-11).

3.—*Lecturas del Antiguo Testamento.*

a) El profeta piensa en los días venturosos en que todos los pueblos vengan al monte de Yavé. El los juntará, como se juntan en la era las gavillas. (Miqueas 4, 1-13).

b) Os haré objeto de gloria cuando a vuestros ojos haré retornar a los alejados. (Sofonías 3, 1-20).

4.—*Canto de meditación.* Salmo 129: En Dios pongo mi esperanza.

Antífona 1.ª: Desde el abismo.

5.—*Lecturas del Nuevo Testamento.*

a) Se reúne el primer concilio, llamado de Jerusalén. (Hechos 15, 1-33).

b) San Pablo se reúne con todos los presbíteros en Jerusalén. (Hechos 21, 15-27).

c) Normas que da Jesús para la corrección fraterna. Promete estar en medio de los que se juntan en su nombre. (Mateo 18, 15-20).

Aclamación: Gloria a Ti, Señor.

6.—*Homilía.* El Santo Padre Juan XXIII ha anunciado la celebración de un Concilio Ecuménico con el fin de atender a la edificación del pueblo cristiano y queriendo que sea también una invitación a las comunidades separadas, para buscar la unidad que tantas almas de todos los puntos de la tierra anhelan hoy. Esta finalidad ha querido tenerse particularmente en cuenta en la presente vigilia.

Expóngase brevemente la naturaleza de un concilio universal y exhórtese a orar para que Dios derrame abundantes luces sobre él.

7.—*Preces litánicas.*

8.—*Oración en silencio.*

9.—*Colecta.* Omnipotente y sempiterno Dios, que a todos salvas y no quieres que nadie se pierda: vuelve tus ojos a las almas seducidas por el engaño del diablo, para que los corazones descarriados, dejando toda herética malicia, vuelvan a la unidad de tu verdad. (Oración de la Liturgia del Viernes Santo).

---

[3] Si bien estaba todo preparado para la celebración de la Vigilia en la forma aquí indicada, fue necesario prescindir esta noche del ceremonial paralitúrgico y celebrar el acto eucarístico en la forma ordinaria por falta material de tiempo al prolongarse el acto de la distribución anterior.

10.—*Canto final.* Salmo 22: El Señor es mi Pastor.

Antífona 1.ª: El Señor es mi Pastor.

E) REENCUENTRO DE HERMANOS

Vigilia dirigida por el R. P. Santiago Morillo, S. J.

Director de la Obra «Oriente Cristiano» Madrid

DIA 11 DE AGOSTO:

1.—*Canto de entrada.* Salmo 90: El que mora al amparo del Altísimo.

Antífona 1.ª: Si me invoca.

2.—*Saludo del celebrante.* Hermanos míos, si alguno de vosotros se extravía de la verdad y otro logra reducirle, sepa que quien convierte a un pecador de su errado camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados. (Santiago 5, 19-20).

3.—*Lecturas del Antiguo Testamento.*

a) Dios llama a los alejados: volveos a Mí y seréis salvos. (Isaías 45, 14-23).

b) Si el impío se aparta de su iniquidad, vivirá. (Ezequiel 33, 10-20).

4.—*Canto de meditación.* Salmo 121: Me alegré cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor.

Antífona 3.ª: Da la paz.

5.—*Lecturas del Nuevo Testamento.*

a) Las parábolas de la misericordia que trascribe San Lucas revelan la alegría que siente Dios al volver a El los pecadores arrepentidos. (Lucas 15, 1-32).

b) Pablo, practicando esta doctrina, perdona a un rebelde y exhorta a los demás a perdonarle. (II Corintios 2, 1-11).

6.—*Homilía.* La voluntad salvífica de Dios aparece en toda la Sagrada Escritura. Desde el Protoevangelio, en que ofrece la esperanza de un redentor, hasta las invitaciones a la conversión que aparecen en el Apocalipsis. Comentar brevemente los textos leídos y sacar como fruto una inmensa compasión de los extraviados, una determinación de orar por ellos e intentos eficaces por recuperarlos.

7.—*Preces litánicas.*

8.—*Oración en silencio.*

9.—*Colecta.* Oración del Misal «ad tollendum schisma».

10.—*Canto final.* Salmo 125. Al devolver Dios a Sión del cautiverio.

Antífona 3.ª: Haz que volvamos.

F) CONSUMACION DE LA UNIDAD

Vigilia dirigida por el R. P. Arthur S. Crook, CMF.

DIA 12 DE AGOSTO:

1.—*Canto de entrada.* Salmo 147: Jerusalén ensalza al Señor.

Antífona 3.ª: Hosanna.

2.—*Saludo del celebrante.* Doy continuamente gracias a Dios por la gracia que os ha sido otorgada en Cristo Jesús, porque en El habéis sido enriquecidos en todo: en toda palabra y en todo conocimiento, en la medida en que el testimonio de Cristo ha sido confirmado entre vosotros; así que no escaseéis en don alguno mientras llega para vosotros la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo. (I Corintios 1, 4-8).

R. Amén. *(Cantado).*

3.—*Lecturas del Antiguo Testamento.*

a) El reino del Mesías, reino de paz y reino universal. (Isaías 11, 1-16).

b) Abatida toda impiedad, Yavé reinará sobre todos los pueblos. (Isaías 25, 1-12).

4.—*Cantos de meditación.* Salmo 135: Demos gracias al Señor.

Antífona: Porque su amor.

5.—*Lecturas del Nuevo Testamento.*

a) Jesús pide para sus discípulos que sean consumados en la unidad. (Juan 17, 1-16).

Aclamación: Gloria a Ti, Señor.

b) Los primeros cristianos tenían un solo corazón y una sola alma. (Hechos 4, 32-37).

c) La nueva Jerusalén, ciudad de los elegidos, donde reina el gozo y la paz verdadera. (Apocalipsis 21, 1-9).

6.—*Homilía.* Dios nos habla de un reino uno y universal, que es la Iglesia. El principio de la admirable unidad de esta Iglesia Católica es la vida de fe y de amor que Jesús pide para sus discípulos y por la cual El será glorificado. El ejemplo de la primitiva Iglesia debe ser imitado por los cristianos de todos los tiempos. La gloria del cielo será el triunfo definitivo de la caridad.

Las primeras páginas de la Historia de la Iglesia se repiten periódicamente. Una vez más el llamamiento de Cristo que nos exhorta por medio de su Vicario en la tierra a un Concilio Ecuménico; el primero se celebró en el Cenáculo y la Eucaristía es su simbolo y vínculo de Unidad.

Para una mentalidad protestante, el llamamiento del Señor a la Unidad constituye algo así como una llamada a la «aglomeración» de todos los fieles; para nosotros, los católicos, es por el contrario una «Consumación», es decir, hemos de llegar a consumar aquella unidad de que nos habla San Juan en el Sermón Sacerdotal de la Cena (San Juan 17, 20-24): «Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en Mí por su palabra, para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, para que también ellos sean en Nosotros, y el Mundo crea que Tú me has enviado... Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados en la Unidad...».

Nos ha tocado, en esta Semana, representar la conciencia de los católicos ingleses ante el imperativo cristiano de la Unidad, y también, con algo de rubor, vernos obligados a confesar que la mayoría del pueblo inglés prefiere la indiferencia o si no el particularismo privilegiado de una Iglesia Nacional, con mengua del mandato de Cristo que ha decidido una vez más «reunirse esta noche con nosotros». Es verdad que se va despertando progresivamente esta conciencia de la Unidad, pero ello supone: 1º) Un gran sacrificio, una «consumación» de los derechos particulares. Y 2.º) Una purgación de la época más floreciente de su Historia, en la que escritores, aventureros y políticos forjaron la unidad política y religiosa. Es necesario recalcar este punto, puesto que si «consumación» ha de significar unión organizada, hemos de esperarlos sin merma de su individualidad, de su Historia y de su Cultura.

Nuestra oración tiene como objetivo el que sepamos encontrarnos de nuevo, tal y como Cristo quiere reunirnos de nuevo en el Cenáculo, bajo su dirección y su insignia, en una clase de obediencia análoga a la del Padre con el Hijo, de subordinación y de obediencia al «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (S. Mateo, c. 16 v. 18).

Si a San Pablo se le presta el cuerpo humano, para crear su inmortal idea del Cuerpo Místico, y después completa su metáfora con la semejanza a un edificio o a una vid, todo ello confirma nuestra idea principal: Hasta que un edificio o un organismo está terminado o consumado, se encuentra en estado de construcción o de formación.

Sabemos que cuantos esfuerzos se han hecho hasta el presente para restaurar este edificio, han conducido a establecer las diferencias y los puntos de contacto e inteligencia entre las diversas confesiones cristianas; también se ha repasado la Historia, porque las diferencias han de ir borrándose, más por la obra constructiva del espíritu y de la gracia, que por prejuicios humanos.

La Oración del Señor la tenemos segura, mientras estemos animados por espíritu de sinceridad: «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo sino por los que Tú me diste; porque son tuyos» (San Juan, c 17-v. 9). Igualmente Nuestra Señora («Our Blessed Lady» como todavía se complacen en denominarla y honrarla en la Iglesia de Inglaterra, dedicándole indefectiblemente una capilla en las iglesias y catedrales Anglicanas) intervendrá poderosamente con su intercesión para reunir a las iglesias descarriadas; Ella formó el primer cuerpo físico de Cristo, y ha de influir en el perfeccionamiento del Cuerpo Místico, formado por todos los que están movidos del amor de Cristo.

7.—*Preces litánicas.*

8.—*Oración en silencio.*

9.—*Colecta.* Por la largueza de tus dones, Señor, sostennos con tu socorro en el tiempo y renuévanos para la eternidad. Por nuestro Señor Jesucristo. (Postcomunión del Jueves de la Primera Semana de Cuaresma).

10.—*Canto final.* Salmo 116: Alabad al Señor.

Antífona: Id y enseñad.

SOLEMNE ACTO EUCARISTICO Y TE DEUM EN LA CATEDRAL

DIA 13 DE AGOSTO:

Desde el salón del Círculo, los prelados y semanistas se dirigieron a la Santa Iglesia Catedral, para asistir al acto eucarístico y Te Deum que interpretó la coral de niños de Santa María la Mayor. En la reserva y bendición del Santísimo actuó de pontifical el Arzobispo de Foochw, monseñor Teodoro Labrador, O. P.; de presbítero asistente el sacerdote de rito bizantino P. Santiago Morillo; de diácono el R. Padre Arthur Crook, CMF, sacerdote converso del Anglicanismo y de subdiácono el sacerdote argentino R. P. Felipe Weingartt, SVD.

Lectura de Telegramas recibidos en la solemne sesión de Clausura de la XII Semana Misional

SU SANTIDAD EL PAPA BENDICE LAS JORNADAS DE LA XII SEMANA MISIONAL

El secretario de Semanas dio lectura a los siguientes telegramas enviados al presidente de la XII Semana Misional.

Del Vaticano: Augusto Pontífice ha visto complacido ofrecimiento sus intenciones labores XII Semana Misional por cuyo feliz éxito formula cordiales votos, eleva oraciones mientras prelados, semanistas todos, reitera gustosamente implorada Bendición Apostólica. *Cardenal Tardini.*

De Propaganda Fide, Roma: Intimamente unido alta y amplia representación eclesiástica misionera española y extranjera ocasión XII Semana Misional de estudios agradece homenaje y envío ferviente adhesión este Dicasterio, augura copiosos frutos implora abundancia bendiciones participantes esa Asamblea. *Cardenal Agagianian.*

Toledo. Felicito Vuecencia por brillantez Semana Misional uniéndome espiritualmente a ella, rogando Señor produzca óptimos frutos. *Cardenal Primado.*

San Sebastián. Jefatura Estado. Secretario Su Excelencia Jefe Estado y Generalísimo al agradecer amable telegrama en el que le comunica la inauguración por Nuncio Apostólico XII Semana Misional, me encarga le envíe para todos los asistentes a dicho acto su saludo afectuoso, bésale pastoral anillo.

Ministerio de Justicia. Agradezco a Vuecencia la atención de su telegrama al que correspondo con un sincero deseo de que esa Semana Misional obtenga en sus trabajos los mejores frutos espirituales, salúdale y besa S I A. P. Iturmendi.

Ministro de Educación Nacional. Agradezco telegrama de Vuestra Excelencia Rvdma., comunicándome comienzo Semana Misional a la que deseo el mayor éxito en sus propósitos. Salúdale.

Ministerio de Asuntos Exteriores de San Sebastián. Vivamente agradezco el saludo que envía en unión del Nuncio Apostólico y de los asistentes a la inauguración de la XII Semana Misional; estoy seguro de que sus trabajos serán profundamente beneficiosos para el resurgir de la España Misionera envíole mi más sincera adhesión y mis fervientes votos por el total éxito de la Semana.

Indices

Indice onomástico y de materias

Indice general

Págs.



